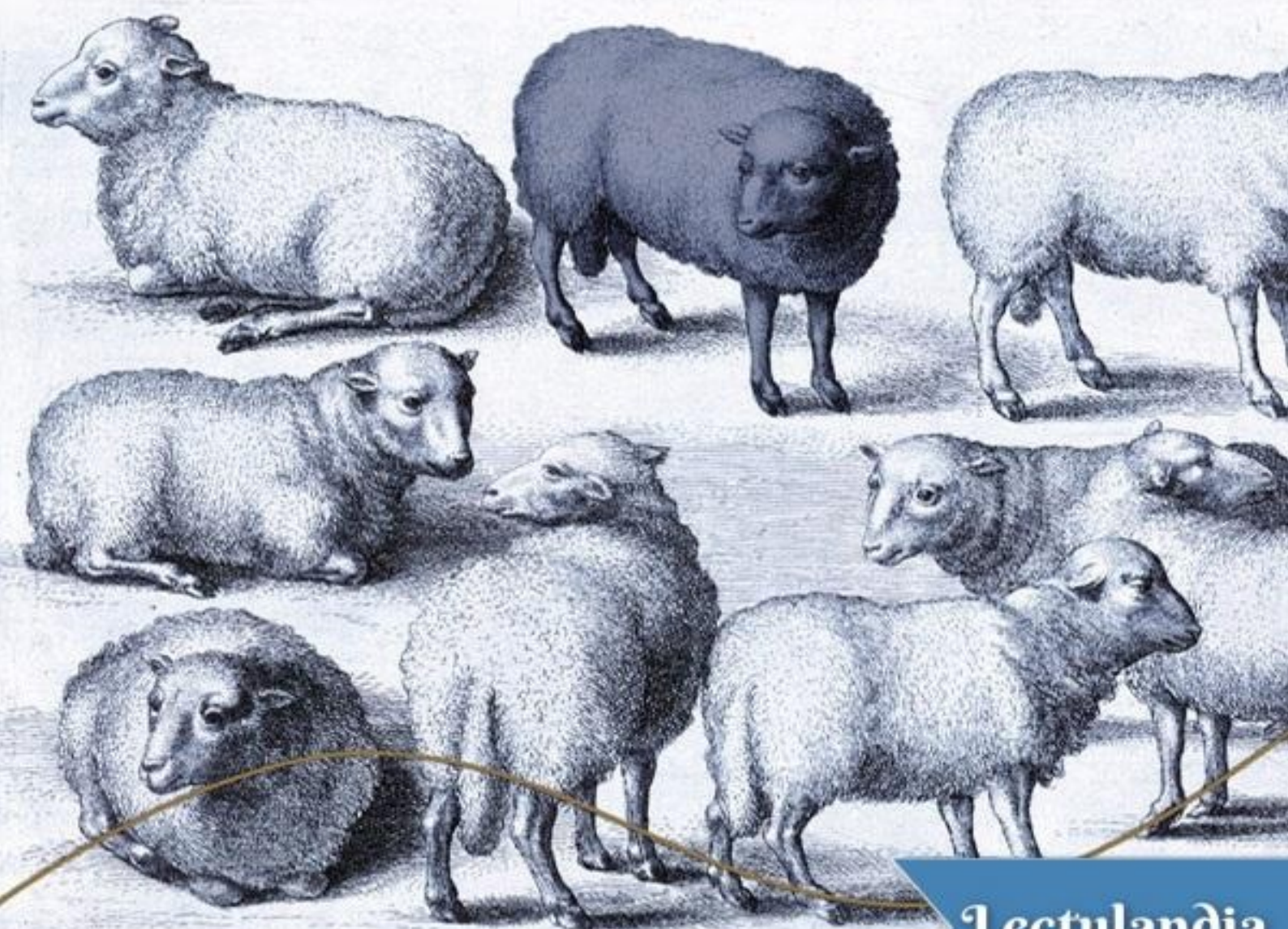




Escenas de la vida parroquial  
*George Eliot*



Lectulandia

*Escenas de la vida parroquial* fue la primera obra narrativa publicada por George Eliot. Consta de tres novelas cortas —«El triste destino del reverendo Amos Barton», «La historia de amor del señor Gilfil» y «El arrepentimiento de Janet»— que aparecieron anónimamente por entregas en la revista *Blackwood's* y luego se publicarían en un libro en 1858, ya firmado por «George Eliot». Si *Middlemarch* sería la crónica de la vida en provincias, estas *Escenas*, situadas en las ficticias poblaciones de Shepperton y Milby, en Warwickshire, lugar de nacimiento de la autora, son una crónica de la vida rural, trazada especialmente alrededor de la figura del párroco, uno de los personajes más relevantes de la narrativa británica del siglo XIX. Los conflictos sociales y religiosos son el telón de fondo de historias muy íntimas, casi secretas, en torno a reputaciones dañadas, virtudes equívocas, amores perdidos o pesadillas incubadas en interiores respetables. «El arrepentimiento de Jane», trata precisamente, de un modo insólito, el tema de la violencia doméstica. George Eliot ya mostraba aquí la profundidad de pensamiento, la amplitud de miras, la gracia constructiva y el sutil manejo de la narración que serían características de su obra de madurez.

**Lectulandia**

George Eliot

# **Escenas de la vida parroquial**

ePub r1.0

Titivillus 30.11.16

Título original: *Scenes of Clerical Life*

George Eliot, 1857

Traducción: Marta Salís

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Nota al texto

Los tres relatos que componen este libro se publicaron anónimamente por entregas en *Blackwood's Edinburgh Magazine* de enero a noviembre de 1857, por el orden en que aquí figuran. En enero de 1858 Blackwood los publicó en dos volúmenes, con el título de *Scenes of Clerical Life*, y ya firmados por «George Eliot». Nuestra traducción se basa en el texto de esta primera edición en forma de libro, corregida por la autora.

# **El triste destino del reverendo Amos Barton**



# Capítulo I

La iglesia de Shepperton<sup>[1]</sup> era muy diferente hace veinticinco años. Es cierto que su sólida torre de piedra nos sigue mirando por su ojo inteligente, el reloj, con el aire amistoso de antaño; pero todo lo demás ¡ha cambiado tanto! Ahora hay un gran tejado de pizarra a ambos lados del campanario; las ventanas son altas y simétricas; las puertas exteriores tienen brillantes vetas de roble, y las interiores, revestidas de fieltro rojo, guardan un silencio reverencial; en cuanto a sus muros, ningún liquen volverá a crecer en ellos: han quedado tan lisos y desnutrados como la coronilla del reverendo Amos Barton, después de diez años de calvicie y un exceso de jabón. En el interior, la nave está llena de bonitos bancos en los que puede sentarse todo el mundo; y en ciertos rincones privilegiados, menos expuestos al fuego de los ojos del pastor, hay asientos reservados para los más pudientes de Shepperton. Varias columnas de hierro sustentan las amplias galerías, y en una de ellas se encuentra la gloria suprema, la auténtica joya de la iglesia de Shepperton: un órgano, no muy desafinado, en el que un recaudador de modestos arrendamientos, convertido por la fuerza de las circunstancias en organista, acompaña tu salida apresurada tras la bendición con un minué sagrado o un sencillo *Gloria*.

«¡Cuántas mejoras!», dice el espíritu juicioso que celebra siempre la aparición de la Nueva Policía, la Ley de Conmutación del Diezmo, el correo del penique<sup>[2]</sup>, y cualquier otra garantía del progreso de la humanidad, y no consiente que el intelecto conservador reformista se eche una cabezada, mientras la imaginación, aferrándose a las tradiciones sin que nadie se entere, lamenta que la vieja y querida ineficiencia, tan pintoresca y deteriorada, se vea ahora reemplazada por la impoluta y recién pintada y barnizada eficiencia, que producirá diagramas, planos, alzados y secciones, pero ¡ay!, ninguna imagen. El mío, me temo, es un espíritu poco juicioso: de vez en cuando siente apego por los excesos del pasado; tiene cierta debilidad por la época de los clérigos de voz gangosa y los pastores con botas de caña alta<sup>[3]</sup>, y suspira por las sombras desaparecidas de los errores vulgares. Por eso no es sorprendente que recuerde con cariño y tristeza la iglesia de Shepperton de los viejos tiempos, con su fachada de estuco rugoso, su tejado de tejas rojas, sus heterogéneas vidrieras con trozos irregulares de cristal pintado, y su pequeño tramo de escaleras, con una barandilla de madera, que subía por el exterior hasta la galería de la escuela.

En cuanto a su interior, ¡era tan pintoresco! Empezó a fascinarme cuando mi experiencia como feligrés era tan reciente que mi niñera creía necesario avivar mi paciencia y devoción introduciendo a escondidas pan con mantequilla en el sagrado edificio. El presbiterio, custodiado por dos pequeños querubines que parecían incómodamente apretujados entre un arco y la pared, estaba decorado con el escudo de armas de la familia Oldinport, que me ofrecía infinitas posibilidades a la hora de interpretar las manos manchadas de sangre, las calaveras y tibias cruzadas, las garras

de leopardo y las cruces de Malta. Había inscripciones en los paneles del coro, que registraban las obras de caridad destinadas a los pobres de Shepperton, con intrincadas y elegantes mayúsculas y finales llenos de florituras, que mi erudición alfabética descifraba con incansable placer. Entonces no había bancos, sino asientos grandes y espaciosos, donde se sentaban los devotos feligreses durante el sermón, intentando no mirarse a los ojos. No existían los separadores de escasa altura que, desprovistos de contraste y misterio, hoy nos permiten verlo todo, sino paneles altos y oscuros, bajo cuya sombra creía aislarme durante la letanía, para sentir luego con más fuerza mi irrupción en la vida pública cuando tenía que subirme al asiento para cantar los salmos.

Y estos cánticos no eran algo maquinal y rutinario; estaban llenos de dramatismo. Cuando se acercaba el momento de la salmodia, ocurría algo tan misterioso e inexplicable para mí como la floración o las estrellas fugaces: una pizarra aparecía delante de la galería, señalando en grandes caracteres el salmo que había que cantar, por si el sonoro anuncio del pastor dejaba dudas en algún espíritu bucólico. Después el reverendo pasaba a la galería, donde, en compañía de un fagot, dos cornetas de llave, un carpintero con fama de asombrosa segunda voz, y dos astros musicales menos importantes, se unía a un coro que en Shepperton consideraban una prestigiosa atracción, que de vez en cuando traía oyentes de la parroquia vecina. Los libros de himnos<sup>[4]</sup> eran una novedad aún inimaginable; incluso la *Nueva versión*<sup>[5]</sup> se aceptaba con una especie de tolerancia melancólica, como si formara parte de la degeneración que presidía un tiempo en que los precios habían bajado y una prenda de algodón ya no duraba toda la vida; pues el gusto lírico de las mejores cabezas de Shepperton se había formado con Sternhold y Hopkins<sup>[6]</sup>. Con todo, los mayores éxitos del coro de Shepperton se reservaban para el domingo, día en que la pizarra anunciaba una ANTÍFONA, que dignamente se abstenía de nombrar, ya que su letra y su música quedaban muy lejos del alcance de los aficionados más distinguidos de la congregación: una antífona donde las dos cornetas de llave corrían presurosas, mientras el fagot tronaba de vez en cuando tras ellas.

En cuanto al pastor de entonces, el reverendo Gilfil, un anciano caballero entrado en años que fumaba pipas muy largas y predicaba sermones muy breves, será mejor que no hable de él o caeré en la tentación de contar su vida, que no está exenta de romanticismo, como la mayoría de las vidas entre la edad de las peonzas y la edad del tabaco. Además, he de ocuparme de una clase muy diferente de eclesiástico, el reverendo Amos Barton, que no llegó a Shepperton hasta mucho después de que el reverendo Gilfil dejase este mundo, y hasta algo después de que los debates sobre el Evangelismo y la Cuestión Católica empezaran a agitar las almas rústicas. Un herrero papista había desencadenado una violenta reacción entre los protestantes tras declarar que, en cuanto se aprobara la Ley de Emancipación<sup>[7]</sup>, se haría rico fabricando parrillas; y la aversión general de los feligreses de Shepperton a empañar la única gloria de san Lorenzo<sup>[8]</sup>, convirtieron la Iglesia y la Constitución en un asunto muy



personal. Un fogoso predicador evangélico había hecho retumbar el tornavoz del púlpito con unos sermones muy diferentes a los del reverendo Gilfil; el libro de los himnos había reemplazado prácticamente a las versiones antigua y nueva; y los amplios asientos cuadrados estaban llenos de caras nuevas llegadas de los rincones más alejados de la parroquia, quizá de alguna capilla disidente<sup>[9]</sup>.

No imaginarás, espero, lector, que Amos Barton era el titular del beneficio<sup>[10]</sup> de Shepperton. No era así. En aquellos tiempos un hombre podía tener tres beneficios pequeños, pagar una miseria a un coadjutor en dos de ellos, y malvivir él con el tercero. Y ése era el caso del párroco de Shepperton (un párroco aficionado a los ladrillos y el mortero, por lo que estaba muy endeudado en una lejana provincia norteña), que cumplía sus funciones parroquiales con Shepperton embolsándose treinta y cinco libras y diez chelines al año, cantidad que guardaba para sí después de pagar ochenta libras anuales de salario a su coadjutor. Y ahora ¿podrías resolverme el siguiente problema? Tenemos a un hombre casado y con seis hijos, obligado a salir siempre con un traje de paño negro que no socave los cimientos del orden establecido con un brillo plebeyo o cierta blancura indecorosa en los puños; con un pañuelo níveo en el cuello, lo que supone una importante labor en las secciones de costura, almidonado y plancha; y con un sombrero que no muestre síntoma alguno de adherirse a la odiosa doctrina del oportunismo, deformándose según las circunstancias. Supongamos, además, que tiene una parroquia lo bastante grande para crearle una necesidad exterior de abundante cuero para zapatos, y una necesidad interior de abundante carne de vaca y cordero, así como lo bastante pobre para requerir frecuente consuelo espiritual en forma de chelines y monedas de seis peniques; y, finalmente, imaginemos que se ve obligado, por su propio orgullo o el de los demás, a vestir a su mujer y a sus hijos de punta en blanco, desde los lazos del sombrero hasta los cordones de los zapatos. ¿Mediante qué proceso divisorio puede conseguirse que la suma de ochenta libras anuales dé un cociente que cubra las necesidades semanales de ese hombre? Pues éste era el problema que planteaba la situación del reverendo Amos Barton, como coadjutor de Shepperton, hace poco más de veinte años.

Lo que opinaban de este problema, y del hombre que tenía que solucionarlo, algunos de los habitantes más pudientes de Shepperton, más de dos años después de la llegada del reverendo Barton, es algo que conocerás si me acompañas a la granja Cross, junto al fuego de la señora Patten, una anciana dama sin hijos, que se había enriquecido principalmente gracias al proceso negativo de no gastar nada. La acumulación pasiva de riqueza de la señora Patten, superando toda clase de «adversidades», en la granja de la que había sido única arrendataria desde la muerte de su marido, la explicaba con sarcasmo su ingeniosa vecina, la señora Hackit, diciendo que «las monedas de seis peniques crecían en los pastos de la granja Cross»; mientras que el señor Hackit, expresando su opinión de un modo más literal, recordaba a su mujer que «el dinero cría dinero». El señor y la señora Hackit, de la

granja colindante, son los invitados esta noche de la señora Patten; así como el señor Pilgrim, médico de la población con mercado más cercana, quien, aunque de vez en cuando se da aires aristocráticos, e invita a unas cenas que empiezan muy tarde con platos enigmáticos y un oportu ponzoñoso, se siente más cómodo que nunca cuando estira sus piernas profesionales en una de esas maravillosas granjas donde los ratones están lustrosos y el ama llena de achaques. Y ahora mismo se siente en la gloria.

Pues el alegre resplandor de la chimenea de la señora Patten se refleja en su brillante tetera de cobre, los bollos caseros centellean apetitosos y succulentos, y la sobrina de la señora Patten, una solterona de cincuenta años, que ha rechazado las propuestas más inaceptables de matrimonio por devoción a su anciana tía, está sirviendo la nata en el aromático té con discreta liberalidad.

¡Lector!, ¿has probado alguna vez una taza de té como la que la señorita Gibbs está pasando en este momento al doctor Pilgrim? ¿Conoces el dulce poder, la suavidad excitante del té debidamente mezclado con auténtica nata casera? No; lo más probable es que seas un pobre lector criado en la ciudad, para el que la nata es un líquido blanco y acuoso dejado en cantidades infinitesimales en los escalones de entrada; o quizá, por temor a que se te reblandezca el cerebro, no tomas lácteos y te raspas la lengua con un té de pésima calidad. Es posible que imagines vagamente una vaca lechera como un animal de yeso blanco ante la ventana del lechero, y que desconozcas la dulce historia de una nata tan genuina como la de la señorita Gibbs: cómo se hallaba esta mañana en las ubres de unos animales grandes y lustrosos, que mugían su paciente súplica antes de ser ordeñados; cómo cayó rítmicamente en el cubo de Betty, impregnando el frescor del aire de un delicioso aroma a incienso; cómo fue llevada a ese templo de húmeda limpieza, la vaquería de la granja, donde se separó en silencio de los componentes más humildes de la leche y reposó en su dulce blancura, lista para pasar su capa cremosa desde un recipiente a la jarra de cristal de la señorita Gibbs. Si no me equivoco en mis conjeturas, ignoras las excelencias del té; y el doctor Pilgrim, que ahora sostiene la taza en la mano, las conoce mejor que tú.

La señora Hackit rehúsa la nata; lleva tanto tiempo sin probarla con la mira puesta en el ahorro semanal de mantequilla que la abstinencia, casada con el hábito, ha engendrado aversión. Es una mujer delgada que padece del hígado, lo que le habría asegurado el respeto y los elogios incondicionales del doctor Pilgrim aunque éste no hubiera temido su lengua, tan afilada como un bisturí. Ha traído su labor de punto: nada frívolo ni caprichoso, unas gruesas medias de lana; el entrechocar de las agujas acompaña toda su conversación; y, aunque le encante echar a perder las fanfarronerías de sus amigos, jamás ha echado a perder una de sus medias.

La señora Patten no ve con buenos ojos toda esta actividad con las agujas. Estar en su butaca sin hacer nada, mientras el interés compuesto se acumula, hace mucho tiempo que le parece una ocupación suficiente, y da rienda suelta a su malevolencia con discreción. Es una dama hermosa y menuda de ochenta años, con una cofia muy ajustada y diminutos rizos blancos alrededor del rostro, tan peripuesta, pulcra y

hierática como la estatua de cera de una pequeña anciana en una urna de cristal; antaño doncella de una señora, había sido desposada por su belleza. Adoraba a su marido, y ahora adora su dinero, al tiempo que alberga un odio soterrado a su sobrina, Janet Gibbs, que, como ella sabe, espera recibir una herencia sustanciosa, que no le piensa dejar. Legará todo su dinero a un pariente lejano de su marido, así Janet no tendrá que tomarse la molestia de fingir que llora cuando descubra que solo le ha dejado una miseria.

A la señora Patten pocas personas le inspiran tanto respeto como su vecino el señor Hackit. Éste es un hombre sagaz y fiable, cuyo consejo sobre cultivos y cosechas siempre merece la pena escuchar, y que es demasiado rico para pedir dinero prestado.

Y ahora que estamos cómodos y calentitos con este pequeño grupo que se ha reunido para tomar el té, mientras el frío de febrero arrecia fuera, vamos a escuchar su conversación.

—Así que el domingo pasado —dijo el doctor Pilgrim, con la boca medio llena de bollos— hubo jaleo en la iglesia de Shepperton. Esta mañana he ido a casa de Jim Hood, el hombre que toca el fagot, para atender a su mujer, y ha jurado vengarse del pastor, un maldito metodista que se mete siempre donde no le llaman. ¿Saben qué pasó?

—Nada, un montón de tonterías —dijo el señor Hackit, metiendo un pulgar entre los botones de su amplio chaleco mientras sujetaba con el otro un pellizco de rapé; pues solo le gustaban con moderación «las copas que alegran pero no embriagan<sup>[11]</sup>», y ya se había bebido el té—. La gente empezó a cantar el salmo de bodas, uno de los salmos más bonitos del libro de oraciones, en honor de una pareja de recién casados. Desde que soy niño se ha cantado a todos los novios. ¿Qué puede haber más apropiado?

El señor Hackit extendió su brazo izquierdo y, echando la cabeza hacia atrás, empezó a cantar:

Oh, algo maravilloso es  
y muy gozoso de ver  
que hermanos juntos convivan  
en amistad y armonía<sup>[12]</sup>.

—Pero el señor Barton es partidario de los himnos, y de un tipo de música que no me convence.

—Y entonces —dijo el doctor Pilgrim, sacando al señor Hackit de su evocación lírica para seguir con la historia— gritó: «¡Silencio!», ¿no es así?, al subir al púlpito y empezó a cantar un himno.

—Sí —dijo la señora Hackit, acercándose a la vela para coger un punto—, y se puso tan colorado como un pavo. A menudo digo que, cuando predica sobre la

humildad, se da una bofetada en la cara. Es como yo, tiene mucho carácter.

—En mi opinión, no es un hombre educado —dijo el doctor Pilgrim, que detestaba al reverendo Amos por dos motivos: porque había acudido a un médico que acababa de instalarse en Shepperton; y porque, muy aficionado a los fármacos, había curado a uno de sus pacientes—. Dicen que su padre era un zapatero disidente, y que él también es medio disidente. ¿Acaso no improvisa sus sermones en una casa de campo los domingos por la tarde?

—¡Bah! —era la exclamación favorita del señor Hackit—. Eso de predicar sin libros solo está bien cuando un hombre tiene facilidad de palabra y conoce la Biblia al dedillo. Parry lo hacía muy bien, tenía ese don; y cuando era joven escuché en Yorkshire a aquellos fanáticos predicadores<sup>[13]</sup> que hablaban dos horas seguidas sin detenerse siquiera a respirar. Recuerdo que un tipo muy listo les decía: «Sois como las palomas torcaces, que se pasan el día zureando sin hacer nada». Eso sí que es hablar claro. Pero nuestro pastor no tiene la menor facilidad de palabra. Puede pronunciar un sermón aceptable si lo escribe antes, pero, cuando intenta predicar sin un texto delante, empieza a divagar sin ceñirse a lo que debe; y de vez en cuando pierde el hilo y se queda atascado, como esas ovejas que, al caer de espaldas, son incapaces de levantarse. Si usted fuera a la iglesia ahora, señora Patten, no le gustaría nada.

—¡Qué cosas! —exclamó la anciana, recostándose en el respaldo de la butaca y levantando sus pequeñas manos reseca—. Me gustaría saber qué diría el reverendo Gilfil si pudiera ver los cambios habidos en la Iglesia en los últimos diez años. No entiendo estas doctrinas nuevas. Cuando el señor Barton viene a verme solo habla de mis pecados y de mi necesidad de misericordia divina. Y yo, señor Hackit, jamás he sido una pecadora. Desde que entré a servir, cumplí con mis señores. Fui tan buena esposa como cualquier mujer del condado, y nunca contrarié a mi marido. El tendero decía que siempre se podía confiar en mis quesos. He conocido a mujeres que hacían unos quesos hinchados que eran una vergüenza, aunque sus maridos contaran con ese dinero para el arrendamiento; y, a pesar de eso, tenían tres vestidos en lugar de uno como yo. Si no me salvo, sé de muchos que tampoco se salvarán. Es una suerte para mí no poder ir más a la iglesia, porque, sin los cantores de antes, no quedará nada de los tiempos del señor Patten; y, para colmo, van a derruir la iglesia para construir otra nueva, ¿no es así?

Lo cierto es que el reverendo Barton, en su última visita, había pedido encarecidamente a la señora Patten que aumentara el donativo de veinte libras que había prometido, recordándole que no era más que la administradora de su fortuna, y que el mejor modo de glorificar al Señor con ésta era dar una buena suma para la reconstrucción de la iglesia de Shepperton, precepto práctico que no tenía visos de conseguir que la anciana aceptara su doctrina teológica. Al señor Hackit, más entendido en cuestiones doctrinales, le había escandalizado un poco el paganismo de sus palabras, y se alegró de que la conversación tomara otro derrotero con aquella

pregunta dirigida a él como custodio y autoridad en todos los temas parroquiales.

—En efecto —contestó—, el pastor ha acabado convenciéndonos, y empezaremos a derribarla esta primavera. Aunque aún no tenemos dinero suficiente. Yo prefería esperar hasta conseguirlo, y además creo que el número de fieles ha descendido últimamente; aunque el señor Barton dice que es porque la gente no encuentra sitio cuando viene. Recuerdo que en tiempos de Parry había tantos feligreses que la gente se quedaba en las naves laterales. No veo que ahora haya ninguna multitud.

—Pues a mí me cae bien el señor Barton —dijo la señora Hackit, sacando a relucir su naturaleza bondadosa al no estar de acuerdo con el tono dominante de la conversación—. Creo que es un buen hombre, aunque no tenga mucho cerebro; y su mujer es encantadora. ¡Da gusto ver cómo lleva a sus hijos! ¡Con lo mal que andan de dinero! Y estando tan delicada..., con seis niños y otro en camino. No sé cómo llegan a fin de mes, de veras, ahora que se ha marchado su tía. La semana pasada les mandé un queso y un saco de patatas; eso ayudará a alimentar a los pequeños.

—¡Ah! —exclamó el señor Hackit—, y mi mujer invita al señor Barton a un buen vaso de *brandy* con agua cuando viene a cenar después de predicar en la casa de campo. A él le gusta; le da un poco de color a su cara y parece mucho más guapo.

Esta alusión al *brandy* con agua recordó a la señorita Gibbs que debía traer las licoreras, ahora que habían retirado el té; pues, en una sociedad rural de hace veinticinco años, se consideraba al animal humano de sexo masculino permanentemente sediento, y «beber algo» era una condición tan necesaria para la existencia del pensamiento como el Espacio y el Tiempo.

—En cuanto a esos sermones en la casa de campo —dijo el doctor Pilgrim, sirviéndose un licor con agua y sin azúcar—, el otro día hablé de ellos con el reverendo Ely, nuestro pastor, y a él no le parecen bien. Dice que no conduce a nada hablar con tanta llaneza de las enseñanzas religiosas. Éstas fueron las palabras de Ely: que no conduce a nada hablar con tanta llaneza de las enseñanzas religiosas.

El doctor Pilgrim hablaba a trompicones; uno de sus pacientes había comentado que era una pena que un hombre tan inteligente tuviera ese «pedimento» en el habla. Sin embargo, cuando llegaba a lo que él consideraba el meollo de su argumentación o el momento clave de su broma, pronunciaba las palabras con lento énfasis, como una gallina a punto de poner un huevo que, en intervalos regulares, pasa de pianísimas semicorcheas a fortísimas negras. Aquellas palabras del señor Ely le parecían especialmente metafísicas y profundas, además de contundentes, porque eran una generalidad y no le explicaban nada.

—Bueno, no estoy muy segura —dijo la señora Hackit, que siempre tenía el valor de dar su opinión—, pero sé que algunos de nuestros campesinos y tejedores que nunca van a la iglesia se acercan a la casa de campo; y eso es preferible a que se pasen la vida sin escuchar nada bueno. Y existe esa sociedad que reparte panfletos<sup>[14]</sup>, como hace ahora el señor Barton; he visto a más pobres repartiendo panfletos que en

todos los años que llevo en la parroquia. Y es necesario hacer algo con ellos; pues lo que beben en sus clubs benéficos es una vergüenza. Apenas hay hombres y mujeres sobrios, si exceptuamos a los disidentes.

Mientras hablaba la señora Hackit, el doctor Pilgrim emitió una sucesión de pequeños resoplidos, bastante similares a los agudos gruñidos de un conejillo de Indias, que en su caso reflejaban su desacuerdo. Pero jamás contradecía a la señora Hackit, una mujer siempre hospitalaria a la hora de comer, y que a su vez confiaba ciegamente en sangrías, ampollas y pócimas.

La señora Patten, sin embargo, sentía la misma disconformidad, y no tenía ningún motivo para disimularla.

—No creo que sea bueno entrometerse en la vida de nuestros vecinos, sean pobres o ricos —señaló—. Y no me gusta que las mujeres vayan de casa en casa haga el tiempo que haga, llueva o no, y vuelvan con las enaguas sucias y los zapatos llenos de barro. Janet quería repartir panfletos, pero le dije que no permitiría que nadie saliera de mi casa para hacerlo; cuando me muera, podrá hacer lo que quiera. No me he ensuciado las enaguas en toda mi vida, y no quiero saber nada de esa clase de religión.

—Lo que pasa —dijo el señor Hackit, muy aficionado a suavizar las asperezas del espíritu femenino con un cumplido jocos— es que usted lleva las enaguas cortas para mostrar sus finos tobillos: no todas las mujeres pueden hacerlo.

Su broma fue celebrada por todos, incluso por la desairada Jane, cuyos tobillos solo parecían finos a fuerza de apretarse exageradamente las botas. Pero Janet parecía siempre identificarse con la personalidad de su tía, teniendo la suya a raya.

Amparados por la hilaridad general, los caballeros rellenaron sus copas. El doctor Pilgrim trató de celebrar con ella su despedida diciendo que «debía irse». La señorita Gibbs aprovechó la ocasión para contarle a la señora Hackit sus sospechas de que Betty, la joven que ordeñaba las vacas, freía el mejor tocino para el pastor cuando éste la ayudaba «a fabricar cerveza»; a lo que la señora Hackit respondió que Betty le había parecido siempre una mentirosa; y la señora Patten añadió que nadie le había robado tocino cuando ella llevaba la casa. El señor Hackit, que se quejaba a menudo de que «jamás había conocido a una mujer que se llevara bien con sus criadas, mientras él jamás tenía problemas con sus empleados», eludió escuchar esta discusión preguntando al doctor Pilgrim por las algarrobas. La conversación tomó así otro derrotero: y nadie volvió a mencionar al reverendo Amos Barton, que es ahora el objeto central de nuestro relato. Dejaremos, pues, la granja Cross sin esperar a que la señora Hackit, poniéndose muy decidida sus zuecos y su capa, obligue al doctor Pilgrim a cumplir sus reiteradas amenazas de marcharse.



## Capítulo II

Fue una suerte para el reverendo Amos Barton no escuchar, como nosotros, la conversación recogida en el capítulo anterior. ¿Acaso existe algún mortal entre nosotros al que pudiera alegrar la oportunidad de comparar la imagen que tiene de sus actos con la que se forma de éstos la retina mental de sus vecinos? No somos más que pobres plantas que el depósito de aire de nuestra vanidad mantiene a flote: ¡qué desgracia para nosotros si algún pellizco desinflara esa etérea confianza en nosotros mismos! Perderíamos nuestra capacidad de hacer las cosas bien. Como le digas de pronto al orador más entusiasta que lleva la peluca torcida, o le cuelga el faldón de la camisa, y es el hazmerreír de la gente en lugar de asombrarla con su intervención, secarás infaliblemente la fuente de su elocuencia. Como dice la sabiduría popular, para hacer milagros se necesita fe: la fe del trabajador en sí mismo, así como la fe de los destinatarios de su esfuerzo en él. Y casi toda la fe en sí mismo del trabajador se basa en su convencimiento de que los demás creen en él.

Si me convencen de que a mi vecino Jenkins le parezco un zoquete, jamás volveré a conversar de manera inteligente con él. Si averiguo que a la adorable Phoebe mi bizquera le resulta insoportable, jamás volveré a mirarla tranquilamente con mi ojo bisojo. Gracias a Dios que vivimos un poco engañados, pudiendo así ser útiles y agradables; que ignoramos lo que nuestros amigos piensan exactamente de nosotros; que el mundo no es un espejo que refleje nuestra imagen ¡y cuanto ocurre a nuestras espaldas! Esta dulce entelequia nos permite soñar que somos encantadores y nuestros rostros expresan un gran aplomo; nos permite soñar que otros hombres nos admiran y nuestra bondad sigue incólume; nos permite soñar que hacemos mucho bien, ¡cuando en realidad hacemos tan poco!

Y eso es lo que ocurría con Amos Barton aquel mismo jueves por la noche, mientras todos hablaban de él en la granja Cross. Había cenado en casa del señor Farquhar, el segundo terrateniente más poderoso de la parroquia, y, empujado por las extrañas salsas de carne y el oporto, había dado su opinión sobre asuntos parroquiales y no parroquiales con considerable animación. Ahora regresaba a casa a la luz de la luna; un poco aterido, la verdad, pues no tenía ningún abrigo que armonizara con la dignidad clerical, y una boa de piel alrededor del cuello, con una capa impermeable sobre los hombros, no espanta el frío de las piernas; pero sin sospechar para nada, no solo la opinión del señor Hackit sobre sus habilidades oratorias, sino tampoco las críticas que le asestaban las señoritas Farquhar en cuanto la puerta del salón se cerró tras él. La señorita Julia dijo que nunca había conocido a nadie que se sorbiera la nariz de un modo tan espantoso como el señor Barton; había tenido ganas de ofrecerle su pañuelo. Y la señorita Arabella quería saber por qué siempre decía que pensaba atacar algo. El buen eclesiástico, mientras tanto, meditaba sobre la labor pastoral que haría al día siguiente: pondría en marcha su biblioteca pública, en la que había introducido algunos títulos que supondrían un duro golpe para los disidentes,

especialmente uno escrito, según decían, por un trabajador, que, en su afán por defender el bienestar de su clase, se había molestado en advertir a todos de los ladrones e hipócritas que eran los predicadores disidentes. El reverendo Amos Barton creía profundamente en la existencia de ese trabajador, y tenía planes de escribirle. La disidencia, pensaba, sufriría un descalabro en Shepperton, pues ¿acaso no la atacaba él por dos frentes? Predicaba la doctrina de la Iglesia Baja, tan evangélica como la que se escuchaba en la Iglesia Independiente; y defendía al mismo tiempo las funciones y los poderes eclesiásticos de la Iglesia Alta<sup>[15]</sup>. Estaba claro que los disidentes pensarían que «el pastor» era demasiado para ellos. Nada como un hombre que combina astucia y energía. La sabiduría de la serpiente, pensaba el reverendo Barton, era uno de sus puntos fuertes.

¡Mira cómo cruza el pequeño cementerio! La luz plateada que cae sesgadamente sobre las tumbas y la iglesia te permite ver su figura negra y delgada, que los pantalones ajustados afilan todavía más, mientras avanza entre la palidez de las lápidas. Anda con paso ligero, y ahora llama con decisión a la puerta de la rectoría. Se apresura a abrirle la niñera, cocinera y doncella, todo a la vez; es decir, la robusta criada para todo, Nanny. Y, mientras el señor Barton cuelga el sombrero en el pasillo, puedes ver un rostro fino de tez indefinida (hasta la viruela que lo ha atacado parece de una especie híbrida, imprecisa) y rasgos anodinos, con unos ojos inexpresivos coronados por una calvicie que se eleva suavemente desde la frente hasta la coronilla. Le echas, sin equivocarte, unos cuarenta años. La casa está silenciosa, pues son las diez y media y los niños llevan mucho tiempo dormidos. El reverendo Barton abre la puerta del salón, pero, en lugar de encontrar a su mujer, como esperaba, cosiendo primorosamente a la luz de una vela, la ve sumida en la oscuridad, andando, con el mayor sigilo, de un lado a otro de la chimenea. Lleva en brazos al pequeño Walter, que tiene un año y mira por encima de su hombro con los ojos muy abiertos, mientras su paciente madre le da cariñosas palmaditas en la espalda y contempla con un suspiro el montón de calcetines grandes y pequeños que siguen sin remendar sobre la mesa.

La señora Barton era una mujer preciosa: una madona alta, dulce y hermosa, con abundantes rizos castaños que enmarcaban sus mejillas redondas, y unos ojos grandes, afectuosos y algo cortos de vista. Su figura airosa volvía elegante el más humilde de los vestidos; y el traje de seda negra, viejo y desgastado, reposaba sobre su pecho, sus brazos y sus piernas con plácida elegancia, irradiando una distinción que contrastaba fuertemente con la sensación de fuera de lugar que emanaba el frufú del *gros de Naples*<sup>[16]</sup> de la señora Farquhar. Las cofias que se ponía, en la mano, podrían haberse tachado de toscas y feas, pues en aquel tiempo incluso las cofias de moda eran amplias y flexibles; pero, cuando coronaban su cuello largo y arqueado, y entrelazaban cintas y cenefas de encaje barato con sus rizos castaños, parecían un prodigio de la sombrerería. Con los desconocidos era tan tímida e insegura como una niña de quince años; se ponía roja como la grana si alguien le pedía su opinión; y, sin

embargo, su altura, elegancia y sólida presencia impresionaban tanto por su dulzura que los hombres se dirigían a ella con una agradable sensación de cohibimiento.

¡Cuán balsámico e indescriptible es el encanto de las mujeres bondadosas! Invalida todas las adquisiciones, todas las destrezas. Jamás habrías preguntado a la señora Barton, en ningún momento de su vida, si dibujaba o tocaba el piano. Incluso es posible que te hubiera escandalizado que descendiese de la serena dignidad de ser al afanoso dinamismo de hacer. ¡Feliz el hombre, pensaría cualquiera, cuya mirada se posara en ella al interrumpir la lectura junto al fuego; cuya frente enfebrecida viera aliviado su dolor con la suavidad y el frescor de su mano; y que se recuperara de sus fracasos y errores bajo la amorosa luz de unos ojos incapaces de reprochar nada! Quizá te sorprenda que toda esa dicha le cayera en suerte a un hombre como Amos Barton, que, como habrás comprendido ya, carece de la refinada sensibilidad para la que habrías imaginado destinadas las cualidades de la señora Barton en aras de la armonía preestablecida. Pero a mí, en principio, no me parece mal que Amos Barton tenga una esposa tan adorable. Siempre he tenido simpatía por los desgarbados perros callejeros; y preferiría sorprender a uno de ellos con una palmadita o un rico bocado que soportar los condescendientes avances de uno de esos maravillosos Skye-terrier que tienen un cojín al lado de su ama. Pero no cabe duda de que esto no es lo habitual: cuando aparece un joven de hermosas proporciones y porte aristocrático, que es incapaz de dar un *faux pas*<sup>[17]</sup> y se ha labrado una reputación intachable en los ambientes más variados, enseguida se elige para él la más encantadora de las solteras, diciendo: «¡Harían tan buena pareja!». De ninguna manera, protesto yo: dejad que ese afortunado, atractivo, competente y discreto caballero aguante algo que no sea lo mejor en la sección matrimonial; y que esa joven tan adorable procure alegría y bienestar a un pobre diablo cuyas piernas dejan mucho que desear, cuyos esfuerzos son con frecuencia un desatino, y que por lo general recibe más patadas que medios peniques. A ella, esa dulce joven, le dará igual; pues su capacidad infinita de amar verá aumentado su campo de acción; y me atrevo a decir que el carácter de la señora Barton no habría llegado a ser ni la mitad de angelical si se hubiera casado con el hombre que tú, lector, le habrías elegido: un hombre con ingresos suficientes y un gran éxito personal. Además, Amos era un marido cariñoso y, a su manera, la tenía a ella por su tesoro máspreciado.

Pero acaba de cerrar la puerta, y dice:

—¡Hola, Milly!

—¡Hola, querido!

Y los dos hacen su saludo más elocuente con una sonrisa.

—¡Conque ese joven granuja no quiere dormir! ¿Por qué no se lo das a Nanny?

—Nanny tenía mucho que planchar esta noche; pero se lo llevaré ahora.

Y la señora Barton se dirigió majestuosa a la cocina mientras su marido corría al piso de arriba para ponerse su batín color maíz, vestimenta con la que ella lo encontró cargando en silencio su pipa cuando regresó al salón. El color maíz decididamente no

le favorecía, y además se ensucia enseguida; ¿por qué lo elegía entonces el señor Barton para llevar en casa? Tal vez porque se le daba bien equivocarse tanto en cuestiones de atuendo como de gramática.

La señora Barton encendió la vela y se sentó delante de su montón de calcetines. Tenía algo desagradable que contar a su marido, pero prefería esperar un poco.

—¿Has pasado una buena velada, querido?

—Sí, muy buena. Ely ha cenado con nosotros, pero se marchó bastante pronto. La señorita Arabella está empeñada en pescarlo. Pero no creo que él esté enamorado. Tengo la impresión de que Ely está comprometido con alguien de fuera; un día de éstos traerá a su novia y dará una buena sorpresa a todas las damas que languidecen de amor por él. Ely es un pájaro de cuenta; disfrutará haciéndolo.

—¿Han comentado algo los Farquhar sobre los himnos del domingo pasado?

—Sí; Farquhar está de acuerdo en que había llegado el momento de mejorar un poco el coro. Pero le escandalizó bastante que yo eligiera *Lydia*. Dice que siempre lo cantan los metodistas independientes.

El reverendo Barton soltó una carcajada (tenía un modo de reírse de las críticas que los demás encontraban hiriente), y mostró los dientes que le quedaban que, como los restos de la Vieja Guardia, eran muy pocos y estaban en muy malas condiciones.

—Pero —continuó diciendo— la señora Farquhar se ha pasado casi toda la noche hablando del señor Bridmain y de la condesa. Cree todos los chismorreos que circulan sobre ellos, y pretendía convencerme de que son ciertos; pero le he dicho con contundencia lo que pensaba.

—¡Dios mío! ¿Por qué la gente pone tanto empeño en encontrar defectos a los demás? He recibido una nota de la condesa mientras estabas fuera, invitándonos a cenar con ellos el viernes.

Y la señora Barton cogió la nota de la repisa de la chimenea y se la dio a su marido. Nosotros miraremos por encima de su hombro mientras la lee:

Queridísima Milly:

Trae tu bonito rostro y a tu marido a cenar con nosotros el viernes a las siete, por favor. De lo contrario, estaré enfadada contigo hasta el domingo, día en que me veré obligada a verte, y en que estaré deseando darte un beso.

Tuya, en función de la respuesta,

CAROLINE CZERLASKI

—Típico de ella, ¿verdad? —exclamó la señora Barton—. Supongo que podemos ir, ¿no?

—Sí; no tengo ningún compromiso. La reunión clerical es mañana, como sabes.

—Y, querido, Woods el carnicero ha pasado por casa para decir que la semana que viene tenemos que darle algo de dinero. Tiene que hacer un pago.

Esta noticia dejó al reverendo Barton pensativo. Dando chupadas más rápidas a la pipa, se quedó contemplando el fuego.

—Será mejor que le pida a Hackit un préstamo de veinte libras, pues faltan casi dos meses para el día de la Anunciación, y no podemos darle a Woods el último chelín que nos queda.

—No se lo pidas al señor Hackit, querido; él y su mujer son tan amables con nosotros... Nos han mandado tantas cosas últimamente...

—Entonces se lo pediré a Oldinport. Le escribiré mañana por la mañana para decirle que se me ha ocurrido celebrar el servicio religioso en el asilo mientras se amplía la iglesia. Si está de acuerdo en aparecer por allí un par de veces, los demás seguirán su ejemplo. Pesca el pez gordo y tendrás en tu mano un montón de pececillos.

—Ojalá pudiéramos arreglárnoslas sin pedir dinero prestado, pero no veo cómo hacerlo. El pobre Fred necesita zapatos nuevos; ayer no le dejé ir a casa de la señora Bond porque le asomaban los dedos del pie por las punteras, ¡pobrecillo! Hay que conseguirle un par antes del domingo. La verdad es que botas y zapatos son la mayor preocupación de mi vida. Las demás cosas pueden heredarlas unos de otros, y no es difícil conseguir que lo viejo parezca nuevo; pero no hay manera de que las botas y los zapatos den el pego.

La señora Barton estaba menospreciando en broma su habilidad para metamorfosear botas y zapatos. Llevaba en aquel momento unas zapatillas que habían sido de sarga hacía mucho tiempo y que ahora se labraban una respetable carrera como zapatillas de seda negra, después de que los dedos primorosos de la señora Barton las forraran primorosamente con esa tela. ¡Aquellos maravillosos dedos! Y nunca estaban quietos; pues, si su dueña iba a pasar unas horas en casa de alguna feligresa amiga, sacaba el dedal y un trozo de calicó o de muselina, y, antes de su marcha, los había convertido en una pequeña y misteriosa prenda con toda clase de ribetes y dobladillos. Incluso estaba tratando de convencer a su marido para que dejara de llevar pantalones ajustados, ya que, si se avenía a llevarlos más anchos, como casi todo el mundo, ella se los haría tan bien que nadie adivinaría el sexo del sastre.

El reverendo Barton acaba de terminar su pipa, la vela está llegando a su fin, y la señora Barton va a ver si Nanny ha conseguido dormir a Walter. Nanny lo está metiendo en la cuna al lado de la cama de su madre; la cabeza de finos rizos castaños se hunde en la pequeña almohada; y un diminuto puño, blanco y regordete, oculta sus labios sonrosados, pues el niño es dado al pecadillo infantil de chuparse el dedo gordo.

Nanny se suma así a la breve oración nocturna, y después se van a la cama.

La señora Barton subió al piso de arriba el montón de calcetines que no había podido remendar, y lo puso en una mesa cerca de la cama, donde dejó también un abrigado chal; colocó su vela, antes de apagarla, en una palmatoria de estaño fijada

junto al cabecero. Estaba exhausta, pero nada apesadumbrada, a pesar del señor Woods, el carnicero, y de la naturaleza pasajera del calzado de cuero; pues su corazón rebosaba tanto cariño que estaba segura de tener cerca una fuente de amor que cuidaría de su marido y de sus hijos mejor de lo que ella podía imaginar; así que no tardó en dormirse. Pero hacia las cinco y media de la madrugada, si había ángeles observando su lecho (cosa que a éstos les encantaría hacer), vieron cómo la señora Barton se levantaba con todo sigilo, a fin de no despertar a Amos, que roncaba el ronquido de los justos, encendía su vela, se sentaba muy erguida con ayuda de la almohada, se abrigaba los hombros con el chal y reanudaba su ataque al montón de calcetines sin zurcir. Y estuvo remendando hasta que oyó a Nanny en marcha; luego, con el alba, le entró la somnolencia, apagó la vela y se quedó dormida. Pero a las nueve en punto estaba en la mesa del desayuno, cortando afanosamente pan con mantequilla para cinco bocas hambrientas, mientras Nanny, con el bebé en un brazo, las mejillas encendidas, el cuello grueso, y en camión, traía una jarra caliente de leche aguada. Al lado de su madre se sienta Patty, la hija mayor de nueve años, cuyo dulce rostro ya muestra a veces una gran seriedad, y que siempre quiere correr al piso de arriba para que no se cansen las piernas de mamá, que acaban la jornada agotadas. Luego hay cuatro cabezas rubias: dos niños y dos niñas, en orden decreciente de tamaño hasta llegar a Chubby, que está haciendo una O muy redonda con la boca para recibir un trocito del colín de papá. La atención de papá estaba dividida entre mimar a Chubby, regañar al ruidoso Fred, cosa que hizo tal vez con excesiva brusquedad, y tomar su propio desayuno. Aún no había mirado a mamá, y no sabía que sus mejillas estaban más pálidas de lo habitual. Pero Patty susurró:

—Mamá, ¿te duele la cabeza?

Afortunadamente la leña era barata en los alrededores de Shepperton, y el señor Hackit dejaba que sus caballos llevaran a cualquier hora una carga al «reverendo» sin cobrarle nada; así que ardía un buen fuego en la chimenea del salón, y no porque fuera innecesario, pues el jardín de la rectoría, cuando miraron por el ventanal, estaba cubierto de escarcha negra, y el cielo tenía ese aire blanco y borroso que augura la llegada de la nieve.

Una vez acabado el desayuno, el señor Barton subió a su estudio y se ocupó en primer lugar de la carta del señor Oldinport. Era una carta que habría redactado cualquier clérigo en sus circunstancias, si exceptuamos que escribió «deanvular» en vez de «deambular», y «perjuicio» en lugar de «prejuicio» cuando nada en el contexto hablaba de detrimentos o daños. El reverendo Barton no tenía el don de la ortografía ni de la sintaxis en su propio idioma, lo que era una desgracia, pues tenía fama de no saber hebreo, y tampoco era considerado un buen helenista. Esos lapsus, en un hombre que se había adentrado en los misterios eleusinos<sup>[18]</sup> de una educación universitaria, llenaban de estupor a las jóvenes de su parroquia; sobre todo a las señoritas Farquhar, a quienes en una ocasión se había dirigido en una carta como «Queridas Sñras», una supuesta abreviatura de «Señoras». Los que menos se



sorprendían de las deficiencias del reverendo Amos eran sus hermanos del clero, que se habían adentrado personalmente en tales misterios.

A las once de la mañana, el reverendo Barton, con su capa y su boa, se dirigió con el aguanieve bañándole el rostro a leer unas oraciones en el hospicio, eufemísticamente llamado el «Internado». El «Internado» era un gigantesco edificio cuadrado de piedra que se erguía en lo que parecía una tímida elevación del terreno y podía verse a quince kilómetros de Shepperton. La zona es fea y llana; bastante desoladora para la vista incluso en los días más luminosos. Los caminos están negros de carbonilla, las casas de ladrillo sucias de humo; y, en aquella época —la de los tejedores a mano— una casa sí y otra no tenían un telar en la ventana, donde se podía ver a un hombre o a una mujer de aspecto pálido y enfermizo apoyando su estrecho pecho contra un tablero y moviendo sin cesar los brazos y las piernas. Era una región problemática para un eclesiástico; al menos para uno como Amos Barton, que daba a la «cura de almas» un sentido más elevado del oficial; pues, además de la rústica ignorancia de los peones agrícolas, los mineros traslucían una escandalosa sensualidad, y los tejedores caían con acritud en el radicalismo y la disidencia. De hecho, la señora Hackit decía a menudo que los mineros del carbón, entre los que había muchos que ganaban más que el señor Barton, «lo único que hacían era fumar y beber cerveza como las bestias que perecen<sup>[19]</sup>» (hablando, suponemos, en un sentido remotamente analógico); y en algunas de las tabernas sazonzaban la bebida con una sórdida clase de infidelidad, como si enjuagaran a Tom Paine<sup>[20]</sup> en el agua de una acequia. Una parte del fervor religioso avivado por los sermones populares del reverendo Parry, el antecesor de Amos, se había extinguido casi, y la vida religiosa de Shepperton se acercaba a su nivel más bajo. Aquel lugar, podía uno percibir, era un terrible bastión de Satanás; y era natural compadecer al reverendo Amos Barton, que tenía que enfrentarse solo a él y pedirle que se rindiera. Hemos leído que las murallas de Jericó se derrumbaron ante el clamor de las trompetas; pero jamás hemos oído que esas trompetas fueran roncas o débiles. No hay duda de que emitían un sonido fuerte y claro, y de que su potente vibración atravesaba ladrillos y mortero. Pero la oratoria del reverendo Amos se parecía más al silbato de un tren belga, que no ve debidamente colmadas sus loables aspiraciones. A menudo desafinaba en sus exhortaciones públicas y privadas, lo que le ponía de mal humor. Pues, aunque Amos se creía fuerte, no se *sentía* fuerte. La naturaleza le había dado la opinión, pero no la sensación. Es probable que, sin esa opinión, jamás hubiera llevado alzacuellos de batista, pero habría sido un excelente ebanista y diácono de alguna iglesia independiente, como su padre antes que él (pues no había sido zapatero, como decía el doctor Pilgrim). Podría entonces haberse sorbido ruidosamente la nariz en una esquina de su banco en la capilla de Gun Street; podría haberse permitido una retórica vacilante cuando se reunían para rezar, y haber hablado un inglés incorrecto en su vida privada; y esas pequeñas debilidades no habrían impedido que un hombre tan honrado y leal como él fuera una figura destacada en el círculo de disidentes de

Bridgeport. Una vela de sebo, del tamaño más pequeño, es una bendición en la palmatoria de la cocina, y ni la nariz ni los ojos de Betty perciben la diferencia entre ésta y la mejor cera; solo al ponerla en un candelero de plata y llevarla al salón parece oscura, inútil y plebeya. ¡Ay del hombre respetable que, como esa vela, se mete donde no le corresponde! Solo las almas más generosas serán capaces de apreciarlo y compadecerlo, y reconocerán y amarán la honradez de sus propósitos en medio de la torpe debilidad de sus conquistas.

Pero ahora Amos Barton ha llegado a través de la nevisca hasta el Internado, se ha quitado el sombrero, la capa y la boa, y, en el lóbrego comedor empedrado, está leyendo una parte del oficio matinal a los internos que se han sentado delante de él. No olvides, lector, que la Nueva Ley de los Pobres<sup>[21]</sup> no se ha aprobado todavía, y el reverendo Barton no actúa como capellán remunerado de la Unión, sino como pastor que ha de cuidar todas las almas de su parroquia, con independencia de sus bienes. Después de las oraciones, siempre pronuncia un pequeño sermón inspirado en la lectura del día, procurando de ese modo que algún tema edificante llegue al intelecto y la conciencia de los pobres: una tarea que, como se puede imaginar, pondría a prueba la paciencia y la fe de cualquier honrado clérigo. Pues, en el primer banco, estaban los rostros en que su mirada tenía que posarse, pendiente de cualquier emoción bajo una apariencia hierática.

Justo delante de él —probablemente porque estaba sordo como una tapia, y se consideraba más edificante no oír nada desde cerca que desde una distancia grande— se sentaba el «Viejo Maxum», como le llamaban, ya que su verdadero patronímico era un misterio para casi todos. Un fino sentido filológico percibe en este apodo el indicio de que el patriarca de los pobres había adquirido en otro tiempo fama de expresarse en un lenguaje conciso y sentencioso; pero sus noventa y cinco años gravitaban onerosamente sobre su lengua y sus oídos, y se sentaba delante del reverendo sacando la barbilla, masticando ruidosamente y con una mirada extraviada.

A su lado se sentaba Poll Fodge —conocida como Mary Higgins por la magistratura de su condado—, una mujer tuerta y con la cara llena de cicatrices, la rebelde más conspicua del hospicio, quien, según decían, en una ocasión había arrojado el caldo sobre los faldones del director, y quien, a pesar de la evidente salvaguardia de la naturaleza contra esa contingencia, había contribuido a la perpetuación de los rasgos Fodge con un niño pequeño, que se estaba portando muy mal en uno de los últimos bancos. La señorita Fodge clavaba su único ojo en el reverendo Barton con aire duro y desafiante.

Más allá de ese miembro del sexo débil, en un extremo del banco, se sentaba el «Tonto Jim», un joven que padecía hidrocefalia, agitaba la cabeza y se miraba la punta de la nariz. Éstos eran los seguidores, a su derecha, del Viejo Maxum.

A su izquierda se sentaba el señor Fitchett, un hombre alto que había sido en otro tiempo criado de la familia Oldinport y, aturdido ante tanto honor, había manifestado su desdén por el estofado de vaca, lo que, según la tradición de Shepperton, había

determinado que acabara en el hospicio. Sus pantorrillas habían encogido, y tenía el pelo gris sin necesidad de empolvarlo; pero seguía con la barbilla bien alta como si llevara una pajarita almidonada; se ponía astutamente su gastado sombrero ladeado hacia la oreja izquierda; y, cuando trabajaba en el campo, cargaba y descargaba el estiércol con la elegancia de un lacayo, la sombra de aquel garboso porte con que recibía a las visitas matutinas de la señora. El estómago era el único lugar que había domeñado su naturaleza de criado; y seguía dividiendo a la sociedad en caballeros, criados de caballeros, y personas que los abastecían. Un clérigo sin un criado era una anomalía, y no pertenecía a ninguna de esas tres clases. El señor Fitchett tenía una tendencia irreprimible a la somnolencia a la hora de la instrucción espiritual, y la recurrente regularidad con que dormitaba hasta que una cabezada le despertaba, lo asemejaba a una pieza de un ingenioso mecanismo inventado para medir la duración del sermón del reverendo Barton.

Completamente despierta, por el contrario, estaba su vecina de la izquierda, la señora Brick, una de esas ancianas inmortales a las que la edad parece proporcionar una red de arrugas a modo de armadura mágica contra el asalto de los inviernos, fríos o cálidos. El punto en el que aún la señora Brick era muy sensible, el tema con el que posiblemente despertaría en ella esperanzas y miedos... era el rapé. Eran como unos polvos embalsamadores, que ella consideraba la sal de su alma.

Pues bien, con un auditorio del que ese primer banco era un ejemplo, más un grupo de niños testarudos sobre los que el señor Spratt, el director del hospicio, ejercía una airada vigilancia, habrá que admitir que el clérigo de formación universitaria, cuya misión es llevar el Evangelio a semejante puñado de almas, desempeña una tarea ímproba. Ya que, para tener alguna posibilidad de triunfar, a falta de ayuda divina, debe acercar mucho su intelecto geográfico, cronológico y exegético al punto de vista de los pobres, o a su no punto de vista; y debe tener alguna idea aproximada del modo en que las doctrinas que gozan de tanta vitalidad en su cerebro lleno se comportarán *in vacuo*, es decir, en un cerebro que no es geográfico, ni cronológico, ni exegético. Es una imaginación flexible la que puede dar un salto así, y una lengua elocuente la que puede adaptar su discurso a una posición tan extraordinaria. Pero el reverendo Amos Barton no tenía ni esa imaginación flexible, ni esa lengua elocuente. Hablaba de Israel y sus pecados, de instrumentos de elección, del cordero pascual, de la sangre como medio de reconciliación; y luchaba así por transmitir la verdad religiosa a intelectos como los de Fodge y Fitchett. Aquella mañana, la primera lectura era el capítulo duodécimo del Éxodo, y en su explicación el reverendo Barton recurrió al pan ázimo. ¡Nada en el mundo más apropiado para una fácil comprensión que las enseñanzas basadas en ejemplos y símbolos conocidos! Pero conllevan siempre un peligro: que el interés o la comprensión de los oyentes se pare en seco justo cuando empieza la interpretación espiritual. Y el reverendo Barton consiguió esa mañana llevar la imaginación de los pobres al recipiente con la masa; pero, desgraciadamente, fue incapaz de elevarla

desde tan conocido objeto hasta las verdades inexploradas con las que pretendía eclipsarlo.

¡Ay! Una incapacidad natural para enseñar, rematada por una estancia en Cambridge, donde hay matemáticos competentes y la mantequilla se vende en cantidades desmesuradas, no parece lo más indicado para que la doctrina cristiana «se destile como el rocío<sup>[22]</sup> sobre las almas marchitas».

Así pues, mientras fuera el aguanieve se convertía incuestionablemente en nieve, y el gélido comedor se volvía más lúgubre y oscuro, y el señor Fitchett cabeceaba más que nunca, y el señor Spratt daba sopapos a los niños con un *rinforzando* constante, consciente de que se acercaba la hora de comer, el reverendo Barton puso fin a su exhortación sintiendo el frío de febrero tanto en los pies como en el alma. El señor Fitchett, completamente despierto ahora que el sermón había terminado, se acercó obsequioso y elegante para ayudar al reverendo Barton a ponerse la capa, mientras la señora Brick escarbaba con su marchito dedo índice en una cajita de rapé en forma de zapato, tratando inútilmente de coger un poco. No puedo dejar de pensar que aquella mañana el reverendo Barton habría despertado en la señora Brick algo más cercano a los buenos sentimientos espolvoreando esa cajita con un poco de rapé escocés que disertando sobre el pan ázimo. Pero nuestro buen Amos trabajaba tan escaso de tacto como de fondos; y, cuando observó el movimiento del dedo índice de la anciana, dijo con su brusquedad habitual:

—Se le ha terminado el rapé, ¿verdad?

Los ojos de la señora Brick brillaron con la ilusa esperanza de que el pastor rellenara su caja, si no directamente, dándole alguna pequeña moneda.

—Bueno, no tardará en irse a un lugar donde no hay rapé. Y necesitará misericordia. Es posible que entonces la busque y no la encuentre, como le pasa ahora con el rapé.

En cuanto oyó la primera frase, los ojos de la señora Brick perdieron el brillo. Su corazón se cerró en el preciso instante en que la tapa de la cajita hizo «¡clic!».

Pero ahora la atención del reverendo Barton la acaparaba el señor Spratt, que llevaba a rastras a un niño pequeño desde el fondo de la sala. El señor Spratt era un hombre de facciones menudas y pequeña estatura con un asombroso lenguaje, mitigado por sus titubeos, que siempre se esmeraba por expresar sentimientos intachables en un lenguaje intachable.

—Señor Barton, reverendo... Ah... ah... Perdone que abuse de su tiempo... ah... para rogarle que llame al orden a este niño; él... ah... insiste en comportarse de un modo abominable en el servicio religioso.

El incorregible culpable era un niño de siete años, que luchaba en vano contra las «velas» que le colgaban de la nariz sorbiéndose sin fuerzas los mocos. Pero, en cuanto el señor Pratt pronunció su acusación, la señorita Fodge corrió a ponerse entre el reverendo y el acusado.

—Es *mi* hijo, señor Barton —exclamó, haciendo más ostensibles sus instintos

maternales al limpiar con el delantal la nariz de su retoño—. Siempre le parece mal todo lo que hace, y le castiga por nada. Que vaya a atiborrarse de ganso asado en nuestras narices mientras nosotros tomamos un caldo grasiento, pero que deje a mi niño en paz.

Los ojos del señor Spratt centellearon, y corrió peligro de expresar unos sentimientos que no eran intachables delante del clérigo; pero el reverendo Barton, adivinando que la prolongación de aquel episodio no resultaría edificante, pidió «¡Silencio!» con la mayor severidad.

—No quiero oír insultos. ¿Cómo se va a portar tu hijo bien si le das tan mal ejemplo?

Luego se inclinó hacia el pequeño Fodge y, cogiéndole del hombro, le preguntó:

—¿A ti te gusta que te peguen?

—No.

—Entonces eres muy tonto por portarte mal. Si fueras bueno, no te pegarían. Además, si te portas mal, Dios se enfadará contigo tanto como el señor Spratt; y Dios puede hacer que ardas para siempre. Eso será mucho peor que recibir una paliza.

El rostro del pequeño Fodge no pareció decir ni sí ni no a aquella propuesta.

—Pero, si te portas bien —continuó el reverendo Barton—, Dios te amará y llegarás a ser un hombre de provecho. Bueno, espero que el próximo jueves me digan que te has portado bien.

El pequeño Fodge no veía con claridad las ventajas que le procuraría ese cambio de rumbo. Pero el reverendo Barton, consciente de que la señorita Fodge había tocado un asunto delicado al mencionar el ganso asado, estaba decidido a no presenciar más polémicas entre ella y el señor Spratt, por lo que, despidiéndose de este último, se apresuró a abandonar el Internado.

La nieve caía en copos cada vez más gruesos, y el jardín de la rectoría estaba cubierto de un manto blanco cuando cruzó la verja de entrada. La señora Barton oyó cómo abría la puerta, y salió corriendo de la sala para darle la bienvenida.

—Me temo que tienes los pies empapados, querido. ¡Qué mañana tan horrible! Dame tu sombrero. Tus zapatillas están en la chimenea.

El reverendo Barton tenía frío y estaba un poco malhumorado. No es fácil, cuando has estado cumpliendo con unas tareas desagradables, sin que nadie te aplauda, en un día de nieve, prestar atención a los principios morales más secundarios. Así que no mostró el menor agradecimiento por las atenciones que le dispensaba Milly, y se limitó a decir:

—¿Me traes el batín?

—Está abajo, querido. Pensaba que querías ir al estudio; dijiste que escribirías cartas y numerarías los libros de la biblioteca pública. Patty y yo los hemos forrado, y están todos listos en la sala de estar.

—Vaya, no puedo hacerlo esta mañana —dijo el señor Barton, mientras se quitaba las botas y metía los pies en las zapatillas que Milly le había dado—; será

mejor que los llevéis al salón.

La sala de estar era también el cuarto de jugar y la clase; y, mientras mamá estaba de espaldas, Dickey, el segundo de los chicos, se empeñó en quitar a Chubby el caballo sin cabeza, de un rojo despintado, que la pequeña estaba arrastrando por la habitación, y, cuando papá abrió la puerta, ésta empezó a dar alaridos.

—Milly, que se vayan estos niños. Necesito silencio.

—Sí, querido. Cállate, Chubby; ve con Patty a la cocina para ver qué está haciendo Nanny de comida. Y vosotros, Fred, Sophy y Dickey, ayudadme a llevar estos libros al salón. Toma estos tres, Dickey. Que no se te caigan.

Papá, mientras tanto, se arrellanó en su butaca y cogió un ensayo sobre el episcopado que había sacado de la Sociedad Clerical de Lectura; con idea de terminarlo y devolverlo esa misma tarde cuando fuera a la reunión clerical de la rectoría de Milby, donde la sociedad tenía su sede.

La reunión clerical y la sociedad de lectura, fundadas ocho o diez meses antes, habían causado un gran efecto en el reverendo Amos Barton. Al llegar a Shepperton era un simple clérigo evangélico, cuya experiencia cristiana se había iniciado con las enseñanzas del reverendo Johns, en la capilla de Gun Street, y se había consolidado en Cambridge bajo la influencia del señor Simeon. John Newton y Thomas Scott eran su ideal doctrinal; se habría suscrito al *Observador cristiano* y al *Récord* de haber podido pagarlos<sup>[23]</sup>;] sus anécdotas solían ser jocoso-piadosas, algo habitual entre los círculos disidentes; y consideraba irreprochable un sistema episcopaliano.

Pero, por aquel entonces, el efecto del tractarianismo<sup>[24]</sup> empezaba a sentirse en las zonas rurales más atrasadas, y las sátiras de este movimiento sobre los seguidores de la Iglesia Baja empezaban a hacer mella incluso en aquellos que criticaban o se resistían a aceptar su doctrina. La vibración de un movimiento intelectual se percibía desde el oro de la cabeza hasta el fango de los dedos del pie; y ése fue el motivo de que, en los alrededores de Milby, una población con mercado cercana a Shepperton, los miembros del clero acordaran reunirse una vez al mes para ejercitar su intelecto debatiendo cuestiones teológicas y eclesiásticas, y fortalecer su amor fraternal compartiendo una buena cena. La idea de añadir una sociedad de lectura a tan agradable plan no se hizo esperar; y de ese modo, como puedes apreciar, lector, se sembró la discordia en las testas clericales.

Pues bien, el reverendo Amos Barton era uno de esos hombres con voluntad de hierro e ideas propias; iba siempre muy erguido, y no carecía de confianza en sí mismo. Avanzaría resueltamente por la senda que él considerara mejor; pero lo cierto es que era muy fácil convencerle de cuál era el mejor camino. Y así, unos cuantos libros y unos cuantos debates insospechados le hicieron ver que un sistema episcopaliano no era en modo alguno irreprochable; y en otros muchos puntos empezó a creer que sus opiniones eran demasiado lúcidas y profundas para comunicárselas de un modo rudimentario y con brusquedad a los intelectos ordinarios. Él era como una cebolla frotada con especias; el intenso aroma original se



mezclaba con algo nuevo y desconocido. La cebolla de la Iglesia Baja disgustaba aún al refinado olfato de la Iglesia Alta, y las especias eran desagradables para el paladar del genuino comedor de cebolla.

No acompañaremos al reverendo a la reunión clerical, pues quizá queramos ir otro día en que no esté él. Y justo ahora te presentaré al señor Bridmain y a la condesa Czerlaski, con los que los señores Barton están invitados a cenar mañana.

## Capítulo III

En el exterior, la luna arroja su fría luz sobre la fría nieve, y los abetos de barba blanca que rodean Camp Villa proyectan una sombra azul en el suelo nacarado, mientras se oye el crujir de la nieve bajo los zapatos del reverendo Amos Barton y de su mujer, cuando se acercan el viernes por la noche, hacia las siete, a la puerta de esta bonita residencia campestre —con comedor, salita de desayuno, y varias estancias—, situada a menos de un kilómetro de la población con mercado de Milby.

En el interior, arde un brillante fuego en la chimenea de la sala, que envuelve en una luz hermosa y vacilante el delicado vestido de seda de una dama recostada tras un biombo en la esquina del sofá, y nos permite ver que el pelo del caballero que se sienta en el sillón de enfrente, con un periódico en las rodillas, se está volviendo indudablemente gris. Un pequeño spaniel «rey Carlos» con un collar carmesí, que hasta ahora estaba hecho un ovillo justo en el centro de la alfombrilla de la chimenea, acaba de descubrir que en esa zona hace demasiado calor para él y se sube de un salto al sofá, con la intención evidente de instalarse sobre el vestido de seda. Hay dos velas en la mesa, preparadas para ser encendidas en cuanto se oigan los esperados golpeteos en la puerta.

Éstos se producen, encienden las velas, y en un abrir y cerrar de ojos el reverendo Barton y su mujer son conducidos a la sala: el señor Barton, erguido y clerical, con un alzacuellos impecable y un cráneo reluciente; la señora Barton, muy elegante con una seda negra a la que acaba de dar la vuelta.

—¡Qué encantador por su parte! —dijo la condesa Czerlaski, acercándose para recibirlos, y besando a Milly con estudiada afectación—. Me siento realmente avergonzada de mi egoísmo por haber invitado a mis amigos con este tiempo tan horrible. Y usted, señor Barton —añadió, dando la mano a Amos—, que es ¡un hombre tan ocupado! Pero estoy haciendo una buena obra al alejarlo de sus labores. Tengo un plan secreto para impedir que se martirice.

Mientras este recibimiento tenía lugar, el señor Bridmain y Jet, el spaniel, miraban como si fueran dos actores que no conocieran la escena. El señor Bridmain, un hombre estirado y bastante corpulento, les dio la bienvenida con forzada cordialidad. Era sorprendente lo poco que se parecía a su hermosa hermana.

Pues la hermosura de la condesa Czerlaski era innegable. Mientras se sentaba junto a su anfitriona en el sofá, los ojos de Milly se posaron sobre todo —no sé si confesarlo— en los detalles de su elegante vestido, en la rica seda de tono lila rosado (la condesa siempre llevaba colores suaves por la noche), en la esclavina de encaje negro, y en el velo de encaje negro que, cayendo por detrás de su pequeña cabeza, cubría un cabello cuidadosamente trenzado. Pues Milly tenía una debilidad —y no has de quererla menos por eso, era una debilidad muy femenina—: le encantaba la ropa. Y a menudo, mientras cosía sus vestidos y sombreros, siempre tan económicos, imaginaba ilusionada lo bonito que sería llevar cosas realmente elegantes; unas

mangas globo rígidas, por ejemplo, sin las que un vestido de señora no era nada en aquellos tiempos. Tú y yo, lector, tenemos también nuestras debilidades, ¿verdad?, que nos hacen pensar tonterías de vez en cuando. Quizá una de ellas sea admirar demasiado las manos y los pies pequeños, una figura esbelta y un sedoso pelo oscuro trenzado. Todo esto lo tenía la condesa, además de una nariz delicadamente modelada, muy recta, y una tez trigueña. Su boca, debe admitirse, estaba demasiado hundida en comparación con la nariz y la barbilla y, para un ojo profético, amenazaba con parecer un cascanueces a una edad avanzada. Pero lo cierto es que, a la luz de las llamas y de las velas, ese momento parecía muy lejano, y nadie echaría a la condesa más de treinta años.

¡Mira a las dos mujeres en el sofá! Milly, alta, hermosa y de mirada dulce, es tímida incluso en la amistad: no le resulta fácil hablar del cariño que embarga su corazón. La condesa, esbelta, morena y de labios finos, se devana los sesos, en sus pequeñas dimensiones, en busca de palabras afectuosas y simpáticas exageraciones.

—¿Y cómo están todos sus querubines? —preguntó la condesa, agachándose para coger a Jet—. Un resfriado me ha tenido encerrada en casa desde el domingo —añadió sin esperar la respuesta—; de lo contrario, no habría aguantado tanto tiempo sin verlos. ¿Qué ha hecho con esos horribles cantores, señor Barton?

—Bueno, tenemos una nueva coral que lo hará muy bien con un poco de práctica. Yo estaba completamente decidido a echar a los miembros del viejo coro. Había dado órdenes de que no volvieran a cantar el salmo de bodas, como lo llaman ellos, para que los recién casados no quedaran en ridículo, y no me hicieron ni caso. Si quisiera, podría llevarlos al Tribunal Eclesiástico por elevar sus voces en la iglesia en contra de la voluntad del pastor.

—Y ¡qué buen castigo sería! —exclamó la condesa—. La verdad es que es usted demasiado paciente y tolerante, señor Barton. En cuanto a mí, me saca de mis casillas ver lo poco que le valoran en ese miserable Shepperton.

Es probable que el señor Barton no supiera qué respuesta dar a aquel velado cumplido, así que debió de ser un alivio para él que anunciaran la cena justo en ese momento, y tuviera que ofrecer el brazo a la condesa.

Mientras el señor Bridmain conducía a la señora Barton al comedor, comentó:

—Qué invierno tan severo.

—Severísimo, sí —contestó Milly.

Para el señor Bridmain la conversación era un arte. A las damas les hablaba del tiempo, y estaba acostumbrado a considerar éste desde tres puntos de vista: como un asunto relacionado con el clima en general, comparando Inglaterra con otros países; como un tema personal, preguntando cómo afectaba en especial a su interlocutora; y como una cuestión de probabilidades, debatiendo si cambiarían o no las presentes condiciones atmosféricas. A los caballeros les hablaba de política, y leía expresamente dos periódicos diarios para estar en condiciones de hacerlo. Al señor Barton le parecía un hombre que sabía mucho de política, pero no de sus facetas más

interesantes.

—¿Así que piensan celebrar siempre la reunión clerical en casa del señor Ely? —dijo la condesa entre dos cucharadas de sopa.

(La sopa estaba un poco demasiado condimentada. La señora Short de Camp Villa, que tenía por costumbre alquilar los mejores aposentos de la mansión, pagaba un sueldo más que modesto a su cocinera).

—Sí —respondió el señor Barton—; Milby es un lugar que a todos nos viene bien, y es muy cómodo reunirse siempre en el mismo sitio.

—Bueno —continuó la condesa—, todo el mundo parece de acuerdo en dar preferencia al señor Ely. En lo que respecta a mí, soy incapaz de admirarlo. Sus sermones me parecen demasiado fríos. Les falta pasión... les falta corazón. Como le digo a menudo a mi hermano, es un consuelo que la iglesia de Shepperton no esté demasiado lejos de aquí; ¿verdad, Edward?

—Sí —contestó el señor Bridmain—; en Milby nos sentaron en un banco horrible, justo en plena corriente de aire, cerca de la puerta. Cogí una tortícolis la primera vez que fuimos.

—Bueno, lo que a mí me molesta es el frío del púlpito, no el del banco. Esta mañana he escrito a mi amiga *lady* Porter, y se lo he comentado. Las dos pensamos lo mismo sobre estas cuestiones. Tiene muchísimas ganas de que, cuando a *sir* William se le presente la ocasión de conceder el beneficio eclesiástico de su propiedad, Dippley, vaya allí un hombre realmente entusiasta e inteligente. Le he dicho a cierto amigo mío, que, en mi opinión, sería usted perfecto para el cargo. Y la rectoría es tan bonita, Milly; ¡cuánto me gustaría que fueras su dueña!

Milly sonrió y se ruborizó un poco. El reverendo Amos se puso muy colorado y se rió avergonzado; rara vez podía mantener los músculos dentro de los límites de una sonrisa. En ese momento John, el criado, se acercó a la señora Barton con una salsera, además de cierto olor a cuadra que normalmente llevaba adherido cuando trabajaba dentro de la casa. John estaba muy nervioso; y cuando, en aquel momento tan inoportuno, la condesa se dirigió a él, tiró toda la salsa en el vestido de seda al que la señora Barton acababa de dar la vuelta.

—¡Qué horror! Dile a Alice que venga inmediatamente a limpiar el vestido de la señora Barton —dijo la condesa al tembloroso John, cuidándose mucho de no acercar su traje lila a la mancha de salsa que había en el suelo.

Pero el señor Bridmain, que tenía un interés estrictamente privado en las telas de seda, se levantó de un salto para frotar enseguida el vestido de la señora Barton con su servilleta.

Milly se disgustó un poco por dentro, pero no perdió el buen humor, e intentó quitar importancia al asunto por John y por los demás. La condesa se alegró en su fuero interno de que su delicada seda hubiera salido mejor parada, pero se deshizo en exclamaciones de consternación e indignación.

—Eres una santa —exclamó cuando Milly se rió y dijo que, como su seda no era

muy brillante, apenas se notaría la mancha—; estas cosas te dan igual, lo sé. Un día me pasó lo mismo en casa de la princesa Wengstein, con un vestido de satén rosa. Y sufrí muchísimo. Pero a ti la ropa te resulta indiferente; y no me extraña. Eres tú la que embelleces un vestido, no el vestido el que te embellece a ti.

Alice, la doncella pechugona, cuyo traje era mucho mejor que el de la señora Barton, apareció entonces para relevar al señor Bridmain en aquel contratiempo; y, después de mucho restregar, volvieron las aguas a su cauce y la cena siguió su curso. Cuando John contó su accidente a la cocinera, le dijo:

—La señora Barton es muy amable; ojalá hubiera tirado la salsa en el elegante vestido de la condesa. Pero ¡menuda la organizaría cuando se fueran los invitados!

—Ojalá no hubieras tirado nada, digo yo —respondió la antipática cocinera, a la que John *no* cortejaba—. ¿Quién crees que va a hacer salsa suficiente si te dedicas a rociar con ella los trajes de la gente?

—Bueno —propuso John, humildemente—, quizá podrías poner un poco de agua para que no estuviera tan resbaladiza.

—¡Mira con lo que me sales ahora! Un poco de agua... ¡para tu abuela! —exclamó la cocinera; una respuesta que quizá consideraba a la luz de la *reductio ad absurdum*, y que, de hecho, sumió a John en el silencio.

Más tarde aquella noche, mientras John recogía la mesa del comedor y quitaba las migas del mantel entre silbidos (los mismos que daba para animarse cuando cepillaba el caballo del señor Bridmain), el reverendo Amos Barton sacó del bolsillo un folleto delgado de tapas verdes y, ofreciéndoselo a la condesa, dijo:

—Creo que le gustó mi sermón del día de Navidad. Lo han publicado en *El púlpito*, y he pensado que le agradaría un ejemplar.

—Por supuesto que sí. Me complacerá mucho volver a leerlo. ¡Era tan profundo! ¡Qué argumentación! Un sermón para ser escuchado más de una vez. Estoy encantada de que adquiera notoriedad, como ocurrirá ahora que lo ha publicado *El púlpito*.

—Sí —dijo Milly, cándidamente—, me hizo tanta ilusión la carta del editor...

Y sacó su pequeño monedero, donde guardaba como un tesoro la nota de la editorial, mientras el señor Barton se reía y exclamaba sonrojado:

—¡Qué tontería, Milly!

—Estoy muy orgullosa de los elogios que prodiga a mi marido —exclamó ella, dando la carta a la condesa.

El sermón del que hablamos, dicho sea de paso, era una disertación sumamente polémica sobre la Encarnación; que, al ser dirigida a unos feligreses entre los que ninguno dudaba de esa doctrina, y para los que los socinianos<sup>[25]</sup> allí cuestionados eran tan desconocidos como los arimaspi<sup>[26]</sup>, resultaba extremadamente adecuada para inquietar y confundir a los habitantes de Shepperton.

—¡Ah! —dijo la condesa, devolviéndole la carta del editor—, dice que le alegrará recibir otros sermones de la misma procedencia. Aunque yo preferiría que publicara sus sermones en un volumen, señor Barton; sería aconsejable tenerlos en ese formato.

Podría mandarle un ejemplar al deán de Radborough, por ejemplo. Y otro a lord Blarney, al que conocí antes de que fuera canciller. Me tenía un cariño muy especial, y no se pueden ni imaginar las cosas tan agradables que me decía. No podré resistir la tentación de escribirle un día de éstos *sans façon*<sup>[27]</sup>, y contarle lo que debería hacer con el próximo beneficio vacante.

No sé si Jet el spaniel, con mucho más conocimiento del que cualquiera pensaría, deseaba mostrar su rechazo a las palabras de la condesa, por no ser compatibles con su concepto del buen juicio y la veracidad, pero en ese instante se bajó del regazo de su dueña y, dándole la espalda, colocó una pata sobre la rejilla de la chimenea y levantó la otra para calentarse, como si quisiera abstraerse de la conversación.

El señor Bridmain sacó el tablero de ajedrez, y el señor Barton aceptó su desafío de jugar una partida con inmensa satisfacción. Al reverendo Amos Barton le encantaba el ajedrez, como a casi todo el mundo que, a lo largo de los años, puede seguir creando interesantes vicisitudes en el juego, a base de movimientos largamente meditados con los caballos para descubrir después que ha dejado desprotegida a la dama.

El ajedrez es un juego silencioso; y la condesa y Milly charlaban en voz baja, posiblemente de asuntos femeninos que sería impertinente escuchar; así que dejaremos Camp Villa y nos dirigiremos a la rectoría de Milby, donde está el señor Farquhar con otros dos invitados con los que ha cenado en casa del reverendo Ely, y tiene un poco aburrido a este reverendo caballero con su interminable parloteo.

El señor Ely era un hombre alto, moreno y con aire distinguido de treinta y tres años. La sociedad laica de Milby y sus alrededores lo consideraba un hombre de extraordinario talento y cultura, que tenía que causar sensación tanto en los púlpitos como en los salones de Londres cuando de tarde en tarde visitaba la metrópoli; y sus hermanos del clero lo tenían por un joven discreto y amable. El señor Ely jamás se acaloraba en una discusión; indicaba lo que debía pensarse, pero rara vez decía lo que pensaba; no dejaba nunca que los demás, hombres o mujeres, se dieran cuenta de que se reía de ellos, y tampoco brindaba a nadie la oportunidad de que se riera de él. Solamente cometía una imprudencia. Llevaba el pelo oscuro y ondulado con una raya al medio; y, como tenía una cabeza más bien plana, este peinado no le favorecía nada.

El señor Farquhar no pertenecía a la parroquia del reverendo Ely, pero era uno de sus más fervientes admiradores, y estaba convencido de que sería un yerno perfecto, aunque no fuese de «buena familia». El señor Farquhar era muy sensible a la «sangre»; su propio fluido circulatorio, que infundía vida a una persona bajita y un tanto fofa, le parecía de una calidad muy superior.

—A propósito —dijo, con cierta pomposidad contrarrestada por su ceceo—, cómo hizo el ridículo Barton la otra noche cuando salieron a relucir Bridmain y la condesa, como le gusta llamarse a ella. Después de que se marcharan ustedes, la señora Farquhar le contó lo que opinaba todo el vecindario de ellos, y él se puso hecho una furia. ¡Válgame Dios! Se ha tragado toda esa historia del marido polaco y

su asombrosa fuga; y piensa que ella es un dechado de perfecciones, una mujer de sentimientos muy elevados, etcétera.

El señor Ely sonrió.

—Algunos dirían que nuestro amigo Barton no es el mejor juez del refinamiento. Es posible que esa dama le adule un poco, y los hombres somos sensibles al halago. Ella va a la iglesia de Shepperton todos los domingos... atraída, es de suponer, por la elocuencia del señor Barton.

—¡Psss! —exclamó el señor Farquhar—. Bueno, en mi opinión, basta con mirar a esa mujer para saber lo que es: las miradas que echa cuando entra en la iglesia, los vestidos que se pone para llamar la atención... Juraría que está cansada de su hermano Bridmain, y anda buscando otro hermano que se le parezca más. La señora Farquhar tiene un gran cariño a la señora Barton, y le inquieta mucho que se relacione con esa mujer, de ahí que sacara a relucir el tema. Aunque ya le he dicho que no se moleste, con un tipo tan testarudo como él... Barton tiene buenas intenciones, pero es demasiado engreído. Me niego a darle más consejos.

El reverendo Ely sonrió en su fuero interno y pensó: «¡Menudo castigo!». Pero al señor Farquhar le dijo:

—Barton tendría que ser más sensato, hay que reconocerlo.

Estaba cansado y no quería hablar más del asunto.

—Y nadie va a visitarlos salvo los Barton —continuó el señor Farquhar—. ¿Para qué habrá venido esa gente? Seguro que tienen algún motivo para preferir un vecindario donde nadie les conozca. ¡Bah! Todo tiene muy mala pinta. Usted pasó a verlos, ¿no? ¿Qué impresión le causaron?

—¡Oh! Creo que el señor Bridmain es un hombre vulgar que se esfuerza por parecer culto y refinado. Le apabulla a uno con toda esa información política, y parece saber mucho del rey de Francia. La condesa es sin duda una mujer hermosa, pero exagera un poco al darse esos aires. Woodcock se quedó prendado de ella, e insistió en que su mujer fuera a visitarla y la invitara a cenar; pero la señora Woodcock salió muy nerviosa de su primera visita, y no quiere saber nada de ella.

—¡Ajajá! Woodcock siempre ha tenido debilidad por una cara bonita. Es curioso que se casara con esa mujer tan fea, y encima sin fortuna.

—Los misterios del amor —dijo el reverendo Ely—. Como sabe, no estoy iniciado en ellos.

En ese momento anunciaron el carruaje del señor Farquhar, y, como esta conversación no nos ha parecido especialmente brillante con el estímulo que ofrecía la presencia excepcional del reverendo Ely, no le acompañaremos a casa, al ambiente menos emocionante de su vida doméstica.

El señor Ely se desplomó aliviado en su sillón, apoyó los pies en un saliente de la chimenea y, en esa gozosa postura de soltero, empezó a leer las memorias del obispo Jebb.



## Capítulo IV

Estoy seguro de que, si la buena gente de Milby hubiera sabido la verdad sobre la condesa Czerlaski, se habría llevado una buena decepción al descubrir que estaba muy lejos de ser tan mala como imaginaban. Las distinciones sutiles son problemáticas. Es mucho más fácil decir que una cosa es negra que diferenciar el tono específico de marrón, azul o verde que realmente irradia. Es mucho más fácil decidir que tu vecino es un inútil que tratar de comprender unas circunstancias que le obligarían a uno a cambiar de opinión.

Y tampoco hay que olvidar toda la virtuosa oratoria, toda la penetrante observación, basadas exclusivamente en la idea fundamental de que la condesa era una persona sin principios, y que se verían subvertidas e invalidadas si se destruía esa premisa. La señora Phipps, mujer del banquero, y la señora Landor, mujer del abogado, habían invertido parte de su fama de perspicaces en la conjetura de que el señor Bridmain no era hermano de la condesa. Además, la señorita Phipps era consciente de que, si la reputación de la condesa fuera buena, ella no podría compensar con su superioridad moral la más que manifiesta superioridad de la otra dama en encanto y belleza. La figura rechoncha y el atuendo mal elegido de la señorita Phipps, en lugar de mirar hacia abajo desde una montaña de virtud y con una aureola alrededor de la cabeza, se verían entonces a la misma altura y con la misma luz que la imagen de diosa Diana y las telas exquisitas de la condesa Czerlaski. La señorita Phipps, por su parte, detestaba vestirse para impresionar; había evitado siempre ese estilo de acicalamiento que buscaba causar sensación.

Y cuántas insinuaciones chistosas de los caballeros de Milby mientras tomaban vino se habrían visto completamente frustradas y reducidas a la nada si hubiesen sabido que la condesa no era en realidad culpable de ningún delito que exigiera su exclusión de una sociedad estrictamente respetable; que su marido había sido el verdadero conde Czerlaski, quien había protagonizado unas fugas asombrosas, como decía ella, y quien, como no decía ella, pero sí decían ciertas circulares que había doblado con sus hermosas manos, había dado posteriormente clases de baile en la metrópoli; que el señor Bridmain era ni más ni menos su medio hermano, quien, gracias a su incuestionable integridad y diligencia había llegado a ser socio de una fábrica de sedas, y ganado de ese modo una modesta fortuna, que le había permitido retirarse, como el lector ha podido ver, para profundizar en la política, en la meteorología y en el arte de la conversación en su tiempo libre. El señor Bridmain, de hecho, como buen solterón cuádragenario, estaba encantado de acoger a su hermana viuda, y de brillar con el reflejo de su belleza y de su título. Todo hombre que no sea un monstruo, un matemático o un filósofo loco es esclavo de alguna mujer. El señor Bridmain había metido el cuello bajo el yugo de su preciosa hermana, y, por muy pequeña que fuese su alma —que era mínima—, ni se habría atrevido a llamarla suya. Quizá fuera un poco obstinado de vez en cuando, como suelen serlo los paquidermos

de orejas largas, bajo el azote de la lengua de la hermosa condesa; pero parecía haber muy pocas probabilidades de que su cuello volviera a quedar libre. Con todo, el corazón de un soltero es una fortaleza lejana que algún bello enemigo puede tomar por asalto o con ayuda de alguna estratagema; y siempre existía la posibilidad de que las primeras nupcias del señor Bridmain se celebraran antes de que la condesa tuviera aseguradas sus segundas. Tal como estaban las cosas, sin embargo, satisfacía todos los caprichos de su hermana, no se quejaba jamás de que sus vestidos y su doncella estuvieran fuera del alcance de su pequeña renta de sesenta libras anuales, y accedía a llevar una vida nómada, en esa tierra de nadie entre la aristocracia y la burguesía, en vez de instalarse en algún lugar donde sus quinientas libras anuales le permitieran adquirir la clara dignidad de potentado local.

La condesa sabía lo que hacía al elegir un apacible rincón de provincias como Milby. Después de tres años de viudedad, estaba considerando la idea de elegir un sucesor para su llorado Czerlaski, cuyo bonito bigote, porte elegante y románticas aventuras habían conquistado su corazón hacía diez años, cuando la hermosa Caroline Bridmain, en la flor de la edad a sus veinticinco años, era la institutriz de las hijas de *lady* Porter, a las que iniciaba en los misterios del *pas de bas* y del baile de los lanceros. Había pasado siete años bastante felices casada con Czerlaski, que la había llevado a París y a Alemania, donde le había presentado a muchos de sus viejos amigos de grandes títulos y pequeñas fortunas. Así que la hermosa Caroline había tenido una experiencia considerable en la vida, de la que había sacado, si no una sabiduría madura y profunda, un gran refinamiento externo y ciertas conclusiones prácticas muy firmes. Una de esas conclusiones era que había cosas más sólidas en la vida que un bonito bigote y un título, y que, al aceptar un segundo marido, subordinaría esas dos cosas a un carruaje y una vivienda. Y había averiguado, después de varias residencias provisionales, que la pieza que deseaba capturar era difícil de encontrar en un balneario, donde abundaban las beldades con caña de pescar, y donde predominaban los hombres con bigotes que podían ser teñidos y con ingresos que eran aún más problemáticos; de ahí que hubiera decidido probar suerte en una vecindad donde todo el mundo estuviera al tanto de los asuntos de los demás, y donde casi todas las mujeres fueran feas y vistieran mal. El lento cerebro del señor Bridmain había hecho suyo el criterio de su hermana, y estaba convencido de que una mujer tan hermosa y distinguida como la condesa haría una boda capaz de elevarlo a él a la región de las celebridades del condado, y que le permitiría al menos tener una relación casi de primos con el tribunal de justicia local<sup>[28]</sup>.

Todo esto, que era la simple verdad, habría resultado demasiado soso y aburrido para los chismosos de Milby, que se habían inventado algo mucho más emocionante. La historia real no era tan abominable. Es cierto que la condesa era un poco presumida, un poco ambiciosa, un poco egoísta, un poco frívola y superficial, un poco aficionada a las mentiras piadosas. Pero ¿quién puede considerar esas pequeñas imperfecciones, esas espinillas morales, un impedimento para formar parte de la

sociedad más respetable? Seguro que las damas más rigurosas de Milby habrían reconocido que esos rasgos no establecían una diferencia muy grande entre la condesa Czerlaski y ellas mismas; pero, al ser evidente que esa diferencia existía, la causa tenía que atribuirse a la posesión de ciertos vicios que ellas sin lugar a dudas no tenían.

Ése fue el motivo de que la mejor sociedad de Milby se negara a admitir en su seno a la condesa Czerlaski, a pesar de la asiduidad con que iba a la iglesia y de lo mucho que le había disgustado la increíble escasez de feligreses el Miércoles de Ceniza. Y ella empezó a tener la sensación de que había calculado mal las virtudes de un vecindario donde todo el mundo conoce los asuntos privados de los demás. En tales circunstancias, es fácil imaginar lo mucho que agradeció la entrega y admiración con que la acogieron los Barton. Le había irritado especialmente el trato que le había dado el reverendo Ely; estaba segura de que su belleza no le había impresionado lo más mínimo, de que se tomaba a risa su conversación y de que hacía comentarios desdeñosos sobre ella. Una mujer sabe siempre cuándo no puede hacer nada, y rehúye una mirada fríamente satírica como rehuiría a una Gorgona. Y deseaba sobre todo la atención y la amistad de un clérigo, no solo porque fuera el reconocimiento más respetable que podía obtenerse en sociedad, sino también porque le interesaban de veras los asuntos religiosos, y tenía la incómoda sensación de que no estaba completamente a salvo en ese ámbito. Tenía la firme intención de volverse muy piadosa —sin cortapisas de ninguna clase— en cuanto consiguiera su carruaje y su vivienda. Tendámosles esta pequeña trampa, dice Ulises a Neoptólemo, y luego seremos siempre honrados<sup>[29]</sup>:

*ἀλλ' ἤδὸν γάρ τι κτῆμα τῆς νίκης λαβεῖν,  
τόλμα· δίκαιοι δ' αὖθις ἐκφανούμεθα.*

La condesa no citó a Sófocles, pero se dijo: «Solo este poquito de vanidad y ostentación, y luego seré buenísima, y me aseguraré el cielo».

Como no tenía ni en sueños tanto gusto y perspicacia para las enseñanzas teológicas como para los vestidos, el reverendo Amos Barton le parecía un hombre no solo erudito —algo que se daba por sentado en un clérigo— sino con un gran talento como director espiritual. En cuanto a Milly, la condesa la quería todo lo que su ensimismamiento afectivo le permitía. Pues, como habrás adivinado ya, la condesa estaba consagrada en cuerpo y alma a una única persona, cuyos deseos estaban por encima de todo lo demás; a saber, Caroline Czerlaski, de soltera Bridmain.

Así que no había demasiada afectación en las dulces palabras y atenciones que dedicaba a los Barton. Con todo, su amistad no respondía de ningún modo al objetivo que ella albergaba al llegar a Milby, y hacía tiempo que había comprendido que debía sugerir un cambio de residencia a su hermano.

Las cosas que ansiamos suceden a menudo, pero nunca exactamente como nos

hemos figurado. La condesa se marchó realmente de Camp Villa pocos meses después, pero en unas circunstancias que jamás habría imaginado.

## Capítulo V

El reverendo Amos Barton, cuyo triste destino me he comprometido a relatar, no era en absoluto, como ves, un personaje maravilloso ni excepcional; y tal vez sea una osadía pedir que mires con buenos ojos a un hombre que estaba muy lejos de ser extraordinario, a un hombre cuyas virtudes no eran heroicas, y que no escondía en su pecho ningún delito secreto; un hombre al que no rodeaba el menor misterio, y que era palpable e inequívocamente mediocre; un hombre que ni siquiera estaba enamorado, pues había solventado ese padecimiento muchos años antes. «¡Un personaje completamente desprovisto de interés!», me parece oír exclamar a una lectora. La señora Farthingale<sup>[30]</sup>, por ejemplo, que prefiere lo ideal en las novelas; para quien una tragedia significa estolas de armiño, adulterio y asesinato, y una comedia, las aventuras de algún personaje realmente «singular».

Pero, mi querida señora, la inmensa mayoría de nuestros compatriotas son igual de insignificantes. Al menos ochenta de cada cien varones adultos nacidos en Gran Bretaña y registrados en el censo de población ni son extraordinariamente tontos, ni extraordinariamente malos, ni extraordinariamente sabios; sus ojos no vierten lágrimas sensibleras, ni brillan con las ocurrencias que no pueden contar; es probable que no hayan protagonizado fugas precipitadas, ni hayan corrido emocionantes aventuras; sus cerebros no están en absoluto hinchados de genio, ni sus pasiones han explotado como un volcán. Solo son hombres de tez más o menos terrosa, cuya conversación es más bien deshilvanada y trivial. Y, sin embargo, estos individuos tan vulgares —muchos de ellos— tienen una conciencia, y sienten la necesidad imperiosa de hacer lo que está bien, por doloroso que sea; sufren en silencio, y también tienen grandes alegrías; puede que sus corazones se hayan apagado con la muerte de su primogénito, y hayan llorado una pérdida irreparable. ¿Acaso no hay *pathos* en su misma insignificancia, en nuestra comparación de su oscura y estrecha existencia con las gloriosas posibilidades de esa naturaleza humana que ellos comparten?

Sin duda ganarías muchísimo como persona si aprendieras conmigo a ver un poco de la poesía y del *pathos*, de la tragedia y de la comedia que hay en la experiencia de un alma humana que mira el mundo con ojos grises y apagados, y que habla en un tono de voz que pasa inadvertido. Entonces yo dejaría de temer que no te importara saber qué le ocurrió al reverendo Amos Barton, o que encontraras insustanciales los pequeños detalles que tengo que contar. Tal como están las cosas, abandona, si quieres, la lectura de esta historia; te será fácil encontrar otra más afín a tus gustos, pues sé por los periódicos que, solo en esta última temporada, se han publicado un montón de novelas excelentes y de narración fluida, llenas de situaciones asombrosas y emocionantes peripecias.

Entretanto, los lectores que han empezado a interesarse por el reverendo Amos

Barton y su mujer se alegrarán de saber que el señor Oldinport les prestó las veinte libras. Pero veinte libras se gastan enseguida cuando se deben doce al carnicero, y cuando tener ocho soberanos extra en medio de un gélido febrero es una tentación irresistible de encargarse un abrigo nuevo. Y, aunque el señor Bridmain dejara a un lado las economías que se veía obligado a hacer para costear el elegante vestuario de la condesa y su cara doncella, y eligiera una hermosa seda negra —muy firme, como percibió su ojo de experto, con la solidez genuina de la propia textura, en lugar de la falsa solidez de la goma— para regalársela a la señora Barton, a fin de reparar el contratiempo ocurrido en su casa..., a pesar de todo, ¡ay!, como saben todos los hombres casados, ¿qué valor tiene el regalo de un vestido cuando tu indumentaria deja mucho que desear y encima tienes seis niños con una habilidad para llevar y romper ropa que resulta increíble para cualquiera que no sea su madre?

Lo cierto es que la relación entre ingresos y gastos planteaba nuevas, constantes y cada vez mayores dificultades al señor y a la señora Barton; pues, poco después de que naciera el pequeño Walter, la tía de Milly, que había vivido con ella desde su matrimonio, se había marchado con sus muebles y su renta anual a casa de otra sobrina; empujada a dar ese paso, muy probablemente, por un pequeño altercado con el reverendo Amos, que se produjo mientras Milly estaba en el piso de arriba, y que resultó demasiado para la paciencia y magnanimidad de la anciana. El reverendo Barton era de genio vivo, aunque, por otro lado, las solteras de edad tienen fama de susceptibles; así que no le echaremos toda la culpa a él; y menos cuando estaba lleno de motivos para seguir la corriente a una allegada cuya presencia ahuyentaba al lobo de la puerta<sup>[31]</sup>. Hacía casi un año de la partida de la señorita Jackson y, para un oído muy fino, el aullido del lobo se acercaba de forma audible.

Fue muy triste también que, cuando la nieve acabó de derretirse y empezaron a crecer en el jardín las flores moradas y amarillas del azafrán, y la vieja iglesia estaba ya medio demolida, Milly cayera enferma; sus labios palidieron y se hizo indispensable que reposara algún tiempo. El señor Brand, el médico de Shepperton que tanto detestaba el doctor Pilgrim, le recetó oporto; y no tuvieron más remedio que contratar a una mujer de la limpieza que ayudara a menudo a Nanny con todo el trabajo extra.

La señora Hackit, que casi nunca visitaba a nadie que no fuera la señora Patten, su vecina más antigua y querida, dio el insólito paso de pasarse una mañana por la rectoría; y las lágrimas asomaron a sus ojos nada sentimentales cuando vio a Milly sentada en la sala toda lánguida y pálida, incapaz de seguir cosiendo el babero que tenía en la mesa de al lado. Al pequeño Dickey, un niño revoltoso de cinco años, de mejillas hermosas y sonrosadas y piernas robustas, le tocaba el turno de sentarse con su madre, y se acuclillaba sin decir ni pío junto a sus rodillas, con la mano blanca y suave de ella entre sus diminutos puños colorados de uñas negras. Era un niño al que la señora Hackit, de mal talante, había calificado de «intratable»; pero, al ver su buena conducta, le sonrió con cariño e, inclinándose hacia él, le pidió un beso, algo

que él le negó categóricamente.

—¿Seguro que está comiendo bien? —fue una de las primeras preguntas de la señora Hackit.

Y Milly intentó hacerle creer que jamás había existido una mujer que corriera tanto peligro de sobrealimentarse o de ser demasiado indulgente consigo misma. Pero la señora Hackit dedujo un hecho de sus respuestas; a saber, que el doctor Brand le había recetado oporto.

Mientras esta conversación tenía lugar, Dickey acariciaba y besaba con sigilo la mano blanca y suave de su madre.

—¿Por qué me besas la mano, Dickey? —le preguntó finalmente ella con cara risueña, en medio de una pausa.

—*Ez tan gonita* —contestó Dickey, cuya pronunciación, como ves, era bastante deficiente.

La señora Hackit conservaría en el recuerdo esa pequeña escena, y sentiría especial lástima y ternura por aquel «niño intratable».

Al día siguiente llegó una cesta con los respetos de la señora Hackit; y, al abrirla, encontraron media docena de botellas de oporto y dos parejas de aves. La señora Farquhar, asimismo, se mostró muy amable; insistió en que la señora Barton no tomara otros arruruces que los suyos, genuinamente indios, e invitó a Sophy y a Fred a pasar quince días con ella. Estas y otras bondadosas atenciones hicieron más soportable la enfermedad de Milly, pero no pudieron evitar que los gastos aumentaran; y el reverendo Barton empezó a pensar muy seriamente en acudir a una organización benéfica que auxiliaba a los coadjutores necesitados.

En definitiva, tal y como estaban las cosas en Shepperton, es probable que los feligreses sintieran con viveza que el clérigo necesitaba más su ayuda material de lo que ellos necesitaban su ayuda espiritual; una situación muy poco aconsejable en una época y un país donde la confianza en las virtudes espirituales de los hombres había disminuido bastante, y especialmente perniciosa para la autoridad del reverendo Amos, cuyas virtudes espirituales no habrían tenido un gran ascendiente ni en la edad de la fe.

Pero querrás saber... ¿y la condesa Czerlaski? ¿Acaso no prestó atención a sus amigos en todo ese tiempo? Por supuesto que lo hizo. Visitó incansablemente a su «dulce Milly» y pasó muchas horas con ella. Tal vez te parezca sorprendente que no se le ocurriera llevarse a alguno de los niños, ni satisfacer alguna de las posibles necesidades de Milly; pero, como sabes, no cabe esperar que una dama de rango acostumbrada al lujo se imagine con detalle lo que es la pobreza. Empapaba en colonia el pañuelo de bolsillo de la señora Barton, le colocaba bien la almohada y el escabel, le besaba las mejillas, la envolvía en el chal suave y abrigado que llevaba ella, y la hacía reír con sus historias de lo que había visto en el extranjero. Cuando el reverendo Barton se unía a ellas, hablaba de tractarianismo, de su decisión de no volver a entrar en la vorágine de la vida mundana, y de sus ansias de verlo predicar



en un ambiente más acorde con su talento. Milly encontraba encantadoras su animación y su afectuosa cordialidad, y le tenía mucho cariño; mientras que el reverendo Amos tenía la vaga sensación de haber ascendido a la vida aristocrática, y solo se relacionaba con sus feligreses de clase media de un modo pastoral y parentético.

Con todo, los días se volvieron más luminosos y las mejillas y los labios de Milly recuperaron su brillo; y en unas semanas estaba casi tan activa como siempre, aunque unos ojos atentos habrían podido ver que la actividad no era fácil para ella. Los ojos de la señora Hackit eran de ese género, y el primer día que los Barton cenaron con ella después de la enfermedad de Milly le comentó a su marido:

—Esa pobre criatura está muy delicada; no soportaría otro embarazo.

El reverendo Barton, mientras tanto, había proseguido infatigable su vocación. Había predicado dos sermones extemporáneos todos los domingos en el hospicio, donde se había acondicionado un cuarto para el oficio divino hasta que se reformara la iglesia; y había ido andando esa misma tarde a una casa de campo en algún lugar remoto de su parroquia para pronunciar otro sermón, todavía más extemporáneo, en una atmósfera impregnada de flores silvestres y de sudor. Después de todo ese trabajo, no es de extrañar que estuviera agotado a las nueve y media de la noche, y que una cena en casa de algún amigable feligrés, con un vaso, o incluso dos vasos, de brandy con agua, fuera el mejor modo de recuperarse. El reverendo Barton no era nada asceta, pensaba que las virtudes del ayuno se circunscribían al Antiguo Testamento, y disfrutaba relajándose con algún chisme; lo cierto es que la señorita Bond, y otras damas de opiniones entusiastas, lamentaban a veces que el reverendo Barton no mostrara más ininterrumpidamente su superioridad sobre las cosas de la carne. Las damas enjutas, que apenas hacen ejercicio y que no tienen el hígado lo bastante fuerte para tolerar estimulantes, ¡son tan exageradamente críticas con los hábitos personales de los demás! Después de todo, el reverendo Amos nunca se acercaba a los límites del vicio. Sus mismas faltas eran medianas; no era muy agramatical. No estaba en su naturaleza ser superlativo en nada; si exceptuamos, desde luego, que era superlativamente mediano, la quintaesencia de la mediocridad. Si había algún punto en el que mostraba cierta tendencia al exceso, era la confianza en su propia perspicacia y talento para las cuestiones prácticas; así que estaba lleno de planes muy parecidos a sus movimientos de ajedrez: admirablemente bien calculados, suponiendo que las cosas fueran de otro modo. Por ejemplo, su famoso plan de introducir libros contra la Disidencia en su biblioteca pública no parecía haber herido en absoluto la cabeza de los disidentes, aunque sí hubiera predispuesto enérgicamente a sus seguidores a morder el talón<sup>[32]</sup> del reverendo Amos. De nuevo, atribuló las almas de sus custodios y feligreses más influyentes con copiosas insinuaciones sobre qué debían hacer en el asunto de la reforma de la iglesia, y otras laicidades eclesiásticas.

—Nunca he visto nada igual a los clérigos —dijo un día el señor Hackit a su

colega custodio, el señor Bond—; siempre están metiendo la nariz en cosas de las que saben tanto como mi potrilla negra.

—¡Ah! —exclamó el señor Bond—. Son demasiado instruidos para tener sentido común.

—Bueno —comentó el señor Hackit, en un tono modesto y dubitativo, como si formulara una hipótesis que pudiera considerarse atrevida—, no creo que pueda ser buena una educación que vuelve a la gente irrazonable.

Así que, como ves, lector, la popularidad del reverendo Barton estaba en esa situación tan precaria, en ese estado tan inestable y contingente en que el menor empujón de un destino maligno podía tirarla por los suelos. Y ese empujón no tardaría en producirse, como verás.

Una hermosa mañana de mayo, mientras Amos hacía sus visitas parroquiales, y la luz del sol entraba a raudales por el ventanal de la sala donde Milly cosía, levantando de vez en cuando la vista para mirar a los niños en el jardín, se oyó un fuerte golpe en la puerta, con el que enseguida reconoció a la condesa, y esta elegante dama irrumpió en la estancia con el velo cubriéndole el rostro. A Milly no le sorprendió ni apenó verla; pero, cuando la condesa se levantó el velo y se le vieron unos ojos hinchados y enrojecidos, se sintió tan apenada como sorprendida.

—Caroline, querida, ¿qué te pasa?

Caroline soltó a Jet, que dio un pequeño gruñido; luego abrazó a Milly y empezó a llorar; luego se desplomó en el sofá y pidió un vaso de agua; luego se quitó el sombrero y el chal; y, cuando a la imaginación de Milly no le quedaban más desgracias que evocar, dijo:

—No sé cómo empezar, querida. Soy la mujer más desgraciada del mundo. Pensar que me ha engañado un hermano al que he estado tan unida. Y ver cómo se degrada... ¡arrojándose a las fauces de los perros!

—¿Qué ha sucedido? —quiso saber Milly, que empezaba a imaginar al serio y formal señor Bridmain dándose a la bebida y al juego.

—Piensa casarse... casarse con mi doncella Alice, esa embustera a la que siempre he tratado con la mayor indulgencia. ¿Habías oído en tu vida algo más deshonesto? ¿Más humillante? ¿Más vergonzoso?

—¿Y acaba de decírtelo? —preguntó Milly, que, habiendo oído cosas peores incluso en su inocente vida, prefirió eludir una respuesta directa.

—¿Decírmelo? Ni siquiera ha tenido la delicadeza de hacerlo. Entré de repente en el salón y la estaba besando. A su edad... ¿verdad que es repugnante? Y cuando le afeé a ella la conducta por darle esas libertades, se volvió y me dijo con el mayor descaro que estaba comprometida con mi hermano, y no veía nada vergonzoso en dejar que la besara. Edmund es un miserable cobarde, ¿sabes?, y parecía asustado; pero, cuando ella le pidió que dijese si era cierto, intentó armarse de valor y darle la razón. Salí del cuarto indignada, y esta mañana he hablado con Edmund y he averiguado que está decidido a casarse con esa mujer, y que ha estado postergando el

momento de decírmelo... porque estaba avergonzado de sí mismo, supongo. No puedo quedarme en casa después de esto, es imposible, con mi doncella convertida en señora. Y ahora, Milly, he venido a implorar vuestra caridad una semana o dos. ¿Me dejaréis alojarme aquí?

—Por supuesto que sí —dijo Milly—, si puedes soportar lo humildes que son nuestros cuartos y nuestra forma de vida. ¡Será un placer tenerte con nosotros!

—Me tranquilizará pasar unos días contigo y con el reverendo. Me faltan fuerzas para irme ahora con mis otros amigos. En cuanto a esos dos miserables, no sé lo que harán. Espero que se marchen enseguida del vecindario. Le pedí a mi hermano que lo hiciera antes de ponerse en evidencia.

Cuando Amos regresó a casa, se mostró tan cordial y comprensivo como Milly. Más tarde, llegaron a la rectoría los imponentes baúles de la condesa (donde ella había guardado cuidadosamente sus pertenencias antes de que la indignación la alejara de Camp Villa), y fueron depositados en el cuarto de invitados y en dos armarios, que estaban llenos y Milly se vio obligada a vaciar. Una semana después, la bonita vivienda de Camp Villa, que constaba de un comedor, un salón, tres dormitorios y un vestidor, volvía a alquilarse; y la repentina marcha del señor Bridmain, junto con la instalación de la condesa Czerlaski como visitante en la rectoría de Shepperton, se convirtió en la comidilla del lugar. La perspicaz virtud de Milby y Shepperton vio en todo aquello la confirmación de sus peores sospechas, y se compadeció de la ingenuidad del reverendo Amos Barton.

Pero, cuando empezaron a pasar las semanas y los meses sin que la condesa se marchara, cuando volaron el verano y la cosecha, dejando tras ellos a esa dama ocupando el cuarto de invitados y los armarios, así como gran parte del tiempo y la atención de la señora Barton, nuevas conjeturas de la peor índole se sumaron a los viejos rumores, y comenzaron a adoptar la forma de firmes convicciones incluso en la cabeza de los feligreses más amigos del reverendo Barton.

Y se presenta aquí la oportunidad para un escritor competente de apostrofar a la calumnia, de citar a Virgilio<sup>[33]</sup>, y de mostrar su conocimiento de las cosas más ingeniosas que se han dicho sobre este asunto en la buena literatura.

Pero ¿qué es una oportunidad para el hombre que no puede aprovecharla? Un huevo huero, que las olas del tiempo arrastran hacia la nada. Así que, como mi memoria está semivacía, y mi cuaderno mucho peor, no puedo mostrarme erudito ni elocuente respecto a la calumnia de la que el reverendo Amos Barton era víctima. Solo puedo preguntar a mi lector: ¿has volcado alguna vez el tintero y contemplado, con impotencia y horror, cuán rápidamente se extendía la negrura estigia sobre tu impecable manuscrito o tu immaculado mantel? Con una velocidad muy parecida ennegrecían los chismorreos la reputación del reverendo Amos Barton, suscitando el desprecio de los más ariscos e incluso el alejamiento de los más afables, en un momento en que otras dificultades tomaban cuerpo a su alrededor.

## Capítulo VI

Una mañana de noviembre, al menos seis meses después de que la condesa Czerlaski se instalara en la rectoría, la señora Hackit oyó que su vecina la señora Patten había tenido un ataque de su vieja dolencia, llamada con imprecisión «los espasmos». Por tanto, hacia las once, se puso el sombrero de terciopelo y la capa de paño, con una boa muy larga y unos manguitos tan grandes que podría esconder en ellos a un hermoso bebé; pues la señora Hackit ajustaba su vestimenta al calendario, y sacaba las pieles el uno de noviembre, hiciera la temperatura que hiciera. No era una mujer débil que se acomodara a procesos titubeantes. Si la estación del año no cumplía con su deber, no ocurría lo mismo con la señora Hackit. En sus buenos tiempos, hacía mucho frío el día de la Conspiración de la Pólvora<sup>[34]</sup>, y a ella no le gustaban nada las modas nuevas.

Y aquella mañana el tiempo estaba muy razonablemente de acuerdo con su vestimenta, pues mientras avanzaba por los campos hacia la granja Cross, las hojas amarillas de los olmos, que se recortaban brillantes y doradas sobre unas nubes purpúreas y muy bajas, se esparcían por el camino cubierto de hierba, empujadas por el viento más gélido de noviembre.

«¡Ah! —pensaba la señora Hackit—. Es muy probable que tengamos una ola de frío este invierno; de ser así, no me extrañaría que se llevara a la anciana. Dicen que una Navidad verde engorda el cementerio; pero, en realidad, una Navidad blanca también. Cuando el banco está podrido, da lo mismo quién se siente en él».

Con todo, cuando llegó a la granja Cross, la perspectiva del fallecimiento de la señora Patten volvió a ser arrojada a la nebulosa de su imaginación, pues la señorita Janet Gibbs la recibió con la noticia de que su tía estaba mucho mejor, y la acompañó, sin previo aviso, al dormitorio de la anciana. Janet acababa de llegar al final de su relato pormenorizado sobre la aparición del ataque y los síntomas de su tía —relato que la señora Patten, con su gorro de dormir primorosamente fruncido, parecía escuchar con desdeñosa resignación por la inexactitud histórica de su sobrina, contentándose con mover de vez en cuando la cabeza para aturullar a Janet— cuando el estrépito de los cascos de un caballo en el patio anunció la llegada del doctor Pilgrim, que, con su corpulencia y sus botas altas, apareció enseguida en el piso de arriba. Encontró tan mejorada a la señora Patten que no tuvo que adoptar un aire solemne. Era un hombre que pasaba tranquilamente de un pésame a un chisme, sin caer en la maledicencia, y tener la oreja de la señora Hackit era una tentación irresistible.

—Qué feo se está poniendo el asunto de su pastor —fue el comentario con que hizo esta agradable transición, echándose hacia atrás en la silla desde la que se había inclinado hacia su paciente.

—¡Ay, Dios! —exclamó la señora Hackit—. Ya lo creo que se está poniendo feo.

He defendido al señor Barton cuanto he podido, por su mujer; pero no puedo tolerar semejantes tejemanejes. Es horrible que esa mujer vaya con ellos al servicio dominical, y, si mi marido no fuera custodio y a mí no me pareciera mal abandonar mi propia parroquia, me iría a la iglesia de Knebley. Lo han hecho muchos feligreses.

—Pensaba que Barton no era más que un necio —dijo el doctor Pilgrim, en un tono que reflejaba su conciencia de haber sido demasiado caritativo—. Creía que, cuando esa gente llegó, habían abusado de su amabilidad y le habían hecho perder el norte. Pero ahora eso es imposible.

—Bueno, está más claro que el agua —dijo la señora Hackit—. Ella apareció en Milby como un gorrión que se posara en una rama, podríamos decir, con su hermano, como lo llamaba; y de pronto el hermano se va solo y ella se echa en brazos de los Barton. Aunque sabe Dios qué ha podido ver en un coadjutor pobre de solemnidad, que no puede siquiera mantener a su mujer y a sus hijos; yo, desde luego, lo ignoro.

—Puede que el señor Barton tenga encantos que no conocemos —señaló el doctor Pilgrim, que se enorgullecía de su talento para el sarcasmo—. La condesa ya no tiene doncella, y dicen que el señor Barton es muy habilidoso ayudándola a vestirse. Le ata los cordones de las botas, y esas cosas.

—¡Es indignante! —dijo la señora Hackit—. Mientras esa pobre criatura se mata a trabajar... todo el día cosiendo para sus niños; y con otro en camino. ¡Lo que habrá tenido que soportar! Se me parte el corazón al darle la espalda. Pero no tendría que haber permitido que la pusieran en esa situación.

—¡Vaya! Precisamente el otro día estuve hablando de eso con la señora Farquhar. Me dijo que la señora Barton le parecía «u-n-a m-u-j-e-r-m-u-y-b-l-a-n-d-a». —El doctor Pilgrim repitió sus palabras con lento énfasis, como si creyera que la señora Farquhar había expresado una opinión memorable—. No piensan invitarla mientras siga alojando en casa a esa persona de dudosa reputación.

—¡Bueno! —exclamó la señorita Gibbs—. Si estuviera casada, por nada del mundo toleraría que me trataran como a la señora Barton.

—Sí, es fácil decirlo —comentó la señora Patten, desde su almohada—; los maridos de las solteronas siempre son muy manejables. Si estuvieras casada, probablemente serías tan necia como tus mayores.

—Lo que me gustaría saber —dijo la señora Hackit— es cómo se las arreglan los Barton para llegar a fin de mes. Seguro que ella no aporta nada; tengo entendido que a él le ha dado dinero una organización benéfica para el clero. Dicen que ella al principio se cameló al reverendo diciendo que iba a escribir al canciller y a sus elegantes amigos para que le consiguieran un beneficio. Sin embargo, a saber lo que es mentira y lo que es verdad. El señor Barton ya no viene por casa, un día le dejé entrever lo que pensaba. Quizá esté avergonzado de sí mismo. Me pareció terriblemente delgado y nervioso el domingo.

—Oh, debe de ser consciente de que es ya un apestado. A los demás miembros del clero les indigna su insensatez. Dicen que Carpe se alegraría de quitarle su

coadjutoría si pudiera; pero, como Barton está autorizado para ejercer, tendría que venir personalmente a Shepperton; y no creo que esté dispuesto.

En ese momento la señora Patten dio muestras de un empeoramiento que requirió los cuidados profesionales del doctor Pilgrim; y la señora Hackit, recordando que era jueves y debía vigilar la mantequilla, se despidió con la promesa de volver pronto, y traer sus labores.

Aquel jueves, dicho sea de paso, era el primero del mes, el día en que se celebraba la reunión clerical en la rectoría de Milby; y, como el reverendo Amos Barton tenía motivos para no asistir, lo más probable es que se convirtiera en tema de conversación entre sus hermanos del clero. ¿Qué tal si nos acercamos y vemos si el doctor Pilgrim ha expresado bien cuál era su opinión?

El grupo no es muy numeroso hoy, pues es la época de los dolores de garganta y los catarros; así que las discusiones exegéticas y teológicas, que son los prolegómenos de la cena, no han sido tan espirituales como de costumbre; y, aunque no ha quedado completamente clara una cuestión relacionada con la Epístola de Judas, las seis campanadas del reloj de la iglesia y el anuncio simultáneo de la cena son sonidos que todo el mundo agradece.

¡Qué maravilloso es (cuando uno no es bilioso) entrar en un comedor acogedor, donde las cortinas rojas están corridas y resplandecen a la luz del fuego de la chimenea y de las velas, donde el cristal y la plata centellean sobre un damasco immaculado, y una sopera deja adivinar el aroma que muy pronto invadirá tus hambrientos sentidos, preparándolos, con la sutil visita de sus átomos, para el placer de un contacto más intenso! Sobre todo si confías en la capacidad de tu anfitrión de dar una buena cena; si sabes que no es un hombre que abraza la idea rastrera de que la comida y la bebida son la mera satisfacción del hambre y la sed, y que, insensible a todas las influencias más exquisitas del paladar, espere contentar a sus invitados con salsas mal condimentadas y el marsala más barato. El reverendo Ely merecía especialmente esa confianza, y es posible que sus virtudes como anfitrión hubieran pesado tanto como la situación céntrica de Milby para que se celebraran en su casa las reuniones del clero. Tiene un aire tan elegante sentado en la cabecera de su mesa y, por supuesto, en todas las ocasiones en que hace de presidente o moderador: es un hombre que parece saber escuchar, y es una amalgama excelente de distintos ingredientes.

En el otro extremo de la mesa, como «vice», se sienta el reverendo Fellowes, párroco y magistrado, un hombre de físico imponente, con voz meliflua y un gran ingenio. El señor Fellowes obtuvo hace ya tiempo un beneficio eclesiástico gracias al encanto persuasivo de su conversación, y a la facilidad con que interpretaba las opiniones de un *baronet* obeso y tartamudo, a fin de que éste tuviera una percepción muy placentera de su propia sabiduría. El reverendo Fellowes es un hombre de mucho éxito, y tiene muy buen carácter en todas partes excepto en su parroquia, donde, sin duda porque sus feligreses son gente pendenciera, tiene siempre acaloradas

discusiones con un par de granjeros, el dueño de una mina de carbón, un tendero que antes ejercía de custodio y un sastre que en otro tiempo fue clérigo.

A la derecha del reverendo Ely, vemos a un hombre diminuto de rostro cetrino y algo hinchado, que se cepilla el pelo hacia arriba, con la clara intención de alcanzar una estatura que armonice más con la idea que tiene de su propia importancia que la altura de un metro cincuenta que, por un descuido de la naturaleza, le ha tocado en suerte. Es el reverendo Archibald Duke, un hombre muy dispéptico y evangélico, cuya opinión de la humanidad y su futuro no puede ser más sombría, y que considera el éxito de los *Papeles de Pickwick*<sup>[35]</sup>, recientemente concluidos, una de las pruebas más fehacientes del pecado original. Desgraciadamente, aunque el señor Duke no tiene las cargas de un padre de familia, sus gastos anuales tienden a ser bastante mayores que sus ingresos; y las desagradables circunstancias que se derivan de esto, junto con los pesados desayunos de carne, es muy posible que hayan contribuido a su visión desoladora del mundo en general.

Al lado de él se sienta el reverendo Furness, un joven alto, rubio y con bigote, que no se licenció en Cambridge debido únicamente a su genio; al menos sé que tiempo después publicó un volumen de poemas, que muchas damiselas de su entorno consideraron increíblemente hermosos. El reverendo Furness escribía sus propios sermones, como cualquier persona con cierto espíritu crítico habría podido acreditar al comparar éstos con sus poemas: en ambos había una exuberancia de metáforas y símiles totalmente original, sin que se parecieran en nada sus contenidos.

A la izquierda del señor Furness está el reverendo Pugh, otro joven coadjutor mucho menos brillante. No ha publicado ningún poema; incluso se licenció en la universidad; tiene un cuidado bigote negro y la tez pálida. El domingo lee dos veces las oraciones y un sermón; y los demás días de la semana sale a cumplir sus deberes parroquiales con un corbatín blanco, un sombrero cepillado con esmero, unas botas lustrosas y un impecable traje negro: un atuendo que, en su opinión, debe de simbolizar el espíritu de la cristiandad para los feligreses de Whittlecombe.

Enfrente del señor Pugh se sienta el reverendo Martin Cleves, un hombre de unos cuarenta años, de estatura media, ancho de espaldas, con el nudo del corbatín mal hecho, facciones grandes e irregulares, y una cabeza enorme con abundante pelo lacio. Tras una mirada superficial, el señor Cleves es el más vulgar del grupo y el que menos aspecto de eclesiástico tiene; sin embargo, aunque no lo parezca, *ahí* está el verdadero párroco, el pastor al que quiere, pide consejo y en el que confía su rebaño; un eclesiástico que no se hermana con los poderosos, sino que te ofrece su ayuda en la dificultad; un maestro cuyas palabras son más alentadoras que severas. El reverendo Cleves tiene el maravilloso don de pronunciar unos sermones que el carretero y el herrero entienden; no porque, condescendiente, les diga simplezas sino porque llama al pan, pan, y al vino, vino, y sabe cómo despojar a las ideas de sus perifollos verbales. Míralo con más atención, y verás qué rostro tan interesante tiene; el humor y la sensibilidad que reflejan sus ojos y la comisura de sus labios de líneas



toscas: un hombre que seguramente procede de la clase media baja, y que ha heredado una gran compasión por la accidentada vida de sus congéneres. Los lunes por la noche reúne a los trabajadores en su parroquia, y les habla de cuestiones prácticas que puedan serles útiles, contándoles una historia o leyéndoles algún pasaje muy escogido de un libro ameno, y comentándolos con ellos; y, si preguntaras a cualquier bracero o artesano de Tripplegate qué clase de hombre era el párroco, te contestarían: «Un caballero increíblemente culto, sensato y franco; además de una gran persona». Sin embargo, a pesar de todo esto, quizá sea el mejor helenista del grupo, si exceptuamos al reverendo Baird, el joven que está a su izquierda.

El señor Baird se ha hecho bastante famoso por sus escritos y sus conferencias metropolitanas, pero en aquel tiempo pronunciaba sus sermones en una pequeña iglesia semejante a un granero, ante una congregación formada por tres granjeros ricos y sus criados, unos quince braceros, y la cantidad proporcional de mujeres e hijos. Los granjeros ricos lo consideraban «un auténtico erudito»; pero, si les hubieras pedido una descripción más precisa, habrían dicho que su cara era más bien delgada y parecía un poco bizco.

Siete en total: un número encantador para una cena, siempre que las unidades fueran encantadoras; todo depende de eso. Durante la cena, el reverendo Fellowes llevó el peso de la conversación, que giró insistentemente en torno a la remolacha forrajera y la rotación de cultivos; pues el señor Fellowes y el señor Cleves cultivaban las tierras de sus beneficios eclesiásticos. El reverendo Ely, asimismo, tenía ciertas nociones de agricultura, e incluso el reverendo Archibald Duke se había incorporado a semejantes asuntos mundanos gracias a sus campos de patatas. Los dos jóvenes coadjutores, mientras tanto, hablaban un poco aparte de otras cosas: para sus intelectos sin tierras, aquel tema tenía un interés escaso; y el trascendente y miope señor Baird parecía escuchar con aire más bien distraído, pues lo único que sabía de patatas y remolachas forrajeras es que eran una forma del «condicional».

—¡Qué afición tiene lord Watling a las labores agrícolas! —dijo el reverendo Fellowes, cuando quitaban el mantel—. Coincidí con él en su granja de Tetterley el verano pasado. Es una granja realmente modélica: lácteos de primera, tierras de pastoreo y trigales, y unas dependencias espléndidas. Pero ¡qué pasatiempo tan caro! Supongo que pierde un montón de dinero. Está loco por el ganado negro, y todos los años manda a su viejo y borracho administrador escocés a Escocia, y con el bolsillo lleno de libras, para que compre esas bestias.

—A propósito —dijo el reverendo Ely—, ¿sabe a quién ha dado lord Watling el beneficio de Bramhill?

—A un hombre llamado Sargent. Lo conocí en Oxford. Su hermano es abogado y ayudó mucho a lord Watling en aquel asunto tan feo de Brounsell. Sargent ha conseguido el beneficio gracias a eso.

—Sargent —repitió el reverendo Ely—. Lo conozco. ¿No es un tipo fanfarrón y parlanchín que ha escrito sobre sus viajes por Mesopotamia, o algo así?

—En efecto.

—Pasó algún tiempo en Witherington, como coadjutor de Bagshawe. Cogió mala fama allí; se vio envuelto en un escándalo por un escarceo amoroso, creo.

—Hablando de escándalos —dijo el señor Fellowes—, ¿han oído la última historia de Barton? Nisbett me contó el otro día que cena solo con la condesa a las seis, mientras la señora Barton prepara todo en la cocina.

—Una autoridad bastante apócrifa, Nisbett —dijo el reverendo Ely.

—¡Ay! —exclamó el señor Cleves, con expresión alegre y bondadosa en la mirada—. Seguro que es una versión adulterada. El texto original es que cenaron juntos *con* otros seis —me refiero a seis niños— y que la señora Barton es una cocinera excelente.

—Ojalá cenar solos fuese lo peor de ese triste asunto —dijo el reverendo Archibald Duke, en un tono que denotaba que su deseo era una consistente figura retórica.

—Bueno —señaló el reverendo Fellowes, llenándose el vaso y con aire jocos—, o Barton es el mayor embaucador que existe o guarda un astuto secreto: un filtro o algo parecido que le vuelve encantador para una dama hermosa. No todos podemos hacer conquistas cuando nuestra fealdad ha dejado atrás su mejor momento.

—La dama parece haberle conquistado a él desde el principio —dijo el reverendo Ely—. Me divertí muchísimo en casa de Granby una noche en que Barton nos habló de las aventuras de su marido. Dijo: «Cuando ella me lo contó, sentí no sé cómo... sentí su historia desde la coronilla hasta la planta del pie».

El señor Ely pronunció estas palabras con dramatismo, imitando el fervor y la acción simbólica del reverendo Barton, y todos se rieron excepto el señor Duke, cuya visión de las cosas no tendía a ser jovial después de la cena.

—Creo que alguno de nosotros debería reprochar al señor Barton el escándalo que está protagonizando —dijo—. No solo está poniendo en peligro su alma, sino también la de sus feligreses.

—Seguro que hay una explicación muy sencilla para todo este asunto —dijo el señor Cleves—, solo que no la conocemos. Barton siempre me ha parecido un hombre sensato que no se hace ningún favor a sí mismo con su manera de ser.

—A mí nunca me ha gustado Barton —señaló el reverendo Fellowes—. No es un caballero. Era muy amigo de aquel prior santurrón que murió hace poco; un tipo que andaba siempre bebido y hablaba del Evangelio con la nariz roja.

—La condesa habrá refinado sus gustos, supongo —comentó el señor Ely.

—Bueno —dijo el reverendo Cleves—, el pobre muchacho tiene que pasarlas moradas para sacar adelante a una familia tan numerosa con tan pocos ingresos. Esperemos que la condesa contribuya a que puedan llevarse algo a la boca.

—Ella, ¡qué va! —exclamó el señor Duke—; hay muchos indicios de que son más pobres que nunca.

—Vamos, vamos —contestó el señor Cleves, que a veces podía ser cáustico, y no

apreciaba demasiado a su reverendo hermano, el señor Duke—, eso es algo que en todo caso dice mucho en favor de Barton. Puede ser pobre *sin* que se le note.

El reverendo Duke se puso amarillo, que era su modo de sonrojarse, y el señor Ely acudió en su ayuda diciendo:

—Están haciendo un gran trabajo en la iglesia de Shepperton. Dolby, el arquitecto que lleva la obra, es un tipo muy inteligente.

—Ha sido él quien ha hecho la iglesia de Coppleton —señaló el reverendo Furness—. La tienen en excelentes condiciones para la visita pastoral.

La mención de dicha visita trajo a sus mientes al obispo, y abrió un ancho conducto que desvió completamente la corriente de animadversión de aquella pequeña tubería, de aquel vaso capilar, el reverendo Amos Barton.

La conversación de los clérigos sobre su obispo pertenece a la parte esotérica de su profesión; así que nos apresuraremos a abandonar el comedor de la rectoría de Milby, no vayamos a escuchar algún comentario poco indicado para oídos laicos, y que pueda perturbar nuestra paz espiritual.

## Capítulo VII

Supongo que la larga estancia de la condesa Czerlaski en la rectoría de Shepperton te tiene tan desconcertado, querido lector, como a los hermanos clérigos del señor Barton; tanto más cuanto que no sientes la menor inclinación, espero, a aceptar una explicación tan retorcida como la del cetrino y dispéptico señor Duke y el florido y extremadamente péptico señor Fellowes. Confío en que conozcas ya lo suficiente al reverendo Amos Barton para saber que era más dado a cometer un disparate que un pecado, más dado a ser engañado que a tener necesidad de engañar él: y, si eres buen fisonomista, habrás comprendido que la condesa Czerlaski se quería demasiado para enredarse en un asunto del que no podía sacar nada.

¿Cómo es posible entonces, te preguntarás, que esta elegante dama decidiera alojarse en casa de un pobre coadjutor, donde las alfombras estaban probablemente agujereadas, solo había una criada para todo, y seis niños campaban por sus respetos desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche? Seguro que estás tergiversando la realidad.

¡Dios nos libre! En vista de que no tengo demasiada imaginación, como puedes ver, y soy incapaz de inventar emocionantes peripecias para entretenerte, mi único mérito debe residir en la veracidad con que represento la humilde experiencia de un mortal como cualquier otro. Deseo que despierten tu compasión las preocupaciones más corrientes —que llores por sufrimientos reales: sufrimientos que podrían ser de tus vecinos—, esas que no visten terciopelos ni harapos, sino atavíos normales y decentes.

En consecuencia, para disipar cualquier sospecha sobre mi veracidad, te ruego que tengas en cuenta que, cuando la condesa Czerlaski abandonó Camp Villa presa de la indignación, solo llevaba veinte libras en el bolsillo, más o menos un tercio de la renta que tenía con independencia de su hermano. Comprenderás así que estaba en un auténtico aprieto al haberse peleado más que con su pan con queso, con su pollo y su tarta, una situación aún más apurada porque su ociosidad habitual la había inhabilitado para ganar esas superfluidades tan necesarias, y porque, con todos sus encantos, no había conseguido ningún amigo entusiasta que le abriera las puertas de su casa y se muriera por verla. Así que estaba en un callejón sin salida, a menos que diera un paso muy desagradable; a saber: rebajarse ante su hermano y aceptar a su mujer. Pero eso no entraba en sus cálculos, pues seguía albergando la esperanza de que él tomara la iniciativa; y con esas ilusiones seguía un mes tras otro en la rectoría de Shepperton, pasando graciosamente por alto las deficiencias de su alojamiento, y convencida de que su conducta era intachable.

«¿Quién podría comportarse de otro modo —pensaba— con una criatura tan dulce y adorable como Milly? Sentiré mucho tener que dejarla, pobrecilla».

Así que, aunque se quedaba en la cama hasta las diez, y bajaba a desayunar ella sola a las once, accedía amablemente a cenar muy pronto, a las cinco, cuando les

servían un trozo de carne asada, que los niños comían frío al día siguiente; y tenía la delicadeza de impedir que Milly dedicara demasiado tiempo a sus hijos, insistiendo en que leyera, charlara y paseara con ella; e incluso empezó a bordar una capota para la criatura que iba a nacer, que sería una niña y se llamaría Caroline.

Un par de meses después de que la condesa Czerlaski se instalara en la rectoría, el reverendo Amos Barton se dio cuenta —como era inevitable que ocurriera— del feroz rechazo que inspiraba su conducta y del cambio que experimentaban los sentimientos de sus mejores feligreses. Pero, en primer lugar, la condesa le seguía pareciendo una mujer encantadora e influyente, dispuesta a ofrecerle su amistad, y, además, ¿cómo iba a insinuar que abandonara su casa una dama que se había portado tan bien con él y con los suyos, y que cualquier día les anunciaría espontáneamente el final de su visita?; en segundo lugar, era consciente de su propia inocencia, y sentía desprecio e indignación por la gente que estaba tan dispuesta a pensar mal de él; finalmente, como sugerí con anterioridad, le gustaba aferrarse a sus opiniones e ideas, por lo que había algo de obstinación y de rebeldía en medio de los sentimientos que le asaltaban.

La consecuencia funesta que no podía ni eludir ni contrarrestar el mejor de los talentos era que, en medio de sus estrecheces, tenía que desembolsar cada vez más dinero para unos gastos domésticos que amenazaban con sobrepasar en mucho la ayuda que recibía de la organización benéfica clerical. La calumnia puede derrotarse con la ecuanimidad; pero los pensamientos valientes no pagan la cuenta del panadero, y la fortaleza en ninguna parte se considera una moneda de curso legal para la carne. Mes tras mes la situación financiera del reverendo Amos se fue complicando; y mes tras mes fue desvaneciéndose también esa armadura de indignación y rebeldía con que se había protegido en un principio de las miradas severas de unos rostros que antes le prodigaban su amistad.

Pero quien más sufría estas penurias era Milly —la dulce y resignada Milly—, cuyo delicado cuerpo cada vez se resentía más con todas las cosas que había que hacer desde que se levantaban hasta que se acostaban. Al principio pensó que la visita de la condesa sería breve, y se alegró incluso de tener que esforzarse más para que su amiga estuviera cómoda. Me resulta casi insoportable pensar en lo mucho que trabajó con sus preciosas manos, siempre a escondidas, sin permitir que su marido supiera nada (y los maridos no son clarividentes): cómo salaba el tocino, planchaba camisas y pañuelos, remendaba remiendos y volvía a zurcir zurcidos. Además tenía que aprovechar cualquier retal y coser la ropita del bebé que esperaba, mientras se atormentaba pensando cómo se las arreglarían Nanny y ella con un niño más, como tendrían que hacer en muy pocos meses.

Cuando empezó a pasar el tiempo sin que la visita de la condesa terminara, Milly fue muy consciente de cada fase de su posición. Conoció las maledicencias; se dio cuenta de cómo se distanciaban sus viejos amigos; pero lo sintió sobre todo por su marido. El universo de una amante esposa se circunscribe a los cuatro muros de su

casa; y solo a través de su marido entabla una comunicación eléctrica con el mundo exterior. Puede que la señora Simpkins la hubiera mirado con desprecio, pero su pequeño gorjea y le tiende los bracitos con la misma alegría; puede que la señora Tomkins haya dejado de visitarla, pero su marido sigue llegando a casa para recibir sus cuidados y sus mimos; ha sido un día triste y lluvioso fuera de casa, pero ella ha repasado los botones de las camisas, ha cortado los baberos del bebé, y tiene casi terminada la blusa de Willy.

Y eso le pasaba a Milly. Solo le disgustaba que pudieran disgustar a su marido, solo le dolía que a él lo juzgaran mal. Pero vivía las dificultades económicas de un modo muy diferente. A su rectitud le asustaba la idea de que los tenderos tuvieran que esperar a que les pagaran; su amor maternal le hacía temer que sus hijos vieran reducidas sus comodidades; y la sensación de que su salud se debilitaba potenciaba esos miedos de un modo exagerado.

Milly no podía seguir cerrando los ojos a la falta de consideración de la condesa, aunque no se atreviera a albergar pensamientos más severos; y empezó a pensar que pronto sería un deber para ella decirle con toda franqueza que no podían permitirse el lujo de que prolongara su visita. Pero en otras dos personas se estaba desarrollando un proceso mental que acabó ahorrando a Milly tan dolorosa tarea.

Para empezar, la condesa se estaba cansando de Shepperton, harta de esperar el acercamiento que nunca llegaba de su hermano; así que, una hermosa mañana, decidió que el perdón era un deber cristiano, que una hermana no debía ser rencorosa, que el señor Bridmain echaría en falta sus consejos, a los que había estado acostumbrado tres años, y que era muy probable que «aquella mujer» no le hiciera feliz al pobre. Con ese estado de ánimo escribió una cariñosa solicitud, y se la envió al señor Bridmain a través de su banquero.

La otra mente que estaba a punto de llegar a su cenit era la de Nanny, la criada para todo, que tenía un corazón muy afectuoso, y un temperamento todavía más vehemente. Nanny adoraba a su señora: le habían oído decir que «besaría el suelo que ésta pisaba»; y Walter, para ella, era su bebé, del que estaba tan celosa como si fuera un amante. Pero desde el principio le inspiró muy poca admiración la condesa Czerlaski. Esta dama, en su opinión, era un personaje que siempre vestía con elegancia, y cuya existencia servía esencialmente para tener que hacer más camas, llevar agua caliente, poner manteles y preparar comidas y cenas. A Nanny le «exasperaba» cada vez más que ella y su señora tuvieran que trabajar como auténticas mulas porque esa dama tan distinguida se alojara en casa.

—Y encima no paga nada —comentó Nanny al señor Jacob Tomms, un joven sastre, que de vez en cuando (únicamente porque le gustaba conversar) aparecía en la cocina de la rectoría por las tardes—. Sé que mi señor tiene menos dinero que nunca, y se nota muchísimo en los gastos de la casa... que ella está aquí; además nos obliga a tener constantemente una mujer de la limpieza.

—¡Menudas historias corren sobre la condesa en el pueblo! —exclamó el señor

Tomms—. Dicen que el señor Barton se desvive por complacerla; de otro modo ella jamás se habría instalado aquí.

—Entonces dicen un montón de mentiras, y debería darte vergüenza ir repitiéndolas por ahí. ¿Cómo se te puede pasar por la cabeza que alguien casado con una mujer como mi señora pueda salir corriendo detrás de una mujer tan engreída como la condesa, que no le llega ni a la suela del zapato? Y no le tengo tanto cariño a mi señor, pero sé que no caería tan bajo.

—La verdad es que no lo creí —dijo el señor Tomms, con humildad.

—¿Creerlo? Menudo bobo estarías hecho. Y esa condesa no puede ser más antipática y más tacaña. Desde que vive aquí, jamás me ha dado ni una moneda de seis peniques ni un viejo harapo. ¡Mira que quedarse en la cama y bajar a desayunar cuando los demás van a comer!

Si ése era el estado emocional de Nanny a finales de agosto, cuando tuvo este diálogo con el señor Tomms, es fácil imaginar cómo sería a principios de noviembre: bastaría una ligera chispa para que, en el momento menos pensado, la irritación que llevaba tanto tiempo ardiendo lentamente estallara en llamas de abierta indignación.

La chispa saltó la misma mañana en que la señora Hackit fue a ver a la señora Patten, tal como hemos visto en el capítulo anterior. La aversión de Nanny por la condesa se extendía a su inofensivo perro Jet, al que «no podía soportar que mimaran como a un cristiano. Y, para colmo, había que bañar al pobre bicho todos los sábados, ¡como si no hubiera suficientes niños que lavar!».

Esa mañana en concreto Milly se despertó demasiado indispuesta para levantarse, y el reverendo Barton le dijo a Nanny, al salir, que pediría al doctor Brand que fuera a verla. Esta situación ya era suficiente para que Nanny estuviera inquieta y susceptible. Pero la condesa, cómodamente ignorante de lo que ocurría, bajó como de costumbre hacia las once para tomar el desayuno, que encontraba preparado a esa hora en la sala, con la tetera silbando sobre una placa de la chimenea para que ella se hiciera el té. Había una jarrita de nata, que tenían la costumbre de sacar de la leche de la noche anterior, y que guardaban especialmente para el desayuno de la condesa. Jet esperaba siempre a su ama junto a la puerta del dormitorio, y ella tenía el hábito de bajar las escaleras con él en brazos.

—Y ahora, mi pequeño Jet —dijo la condesa, dejándolo con delicadeza en la alfombrilla de la chimenea—, vas a tomar un desayuno delicioso, delicioso.

Jet dio a entender que encontraba este comentario de lo más pertinente y oportuno, levantándose al punto sobre las patas traseras; y la condesa vació la nata en un platillo. Normalmente había en la bandeja, al lado de la nata, una jarrita de leche destinada al desayuno de Jet, pero esa mañana Nanny, como «iba de cabeza», olvidó ese detalle, así que, cuando la condesa se preparó el té, se dio cuenta de que faltaba la segunda jarra y tocó la campanilla. Nanny apareció toda roja y acalorada, pues había estado encendiendo el fuego de la chimenea, un trabajo que en modo alguno mejora el humor de nadie.



—Nanny, se ha olvidado de la leche de Jet; ¿me trae más nata, por favor?

Esto fue demasiado para la paciencia de Nanny.

—Supongo que sí. Estoy aquí sin dar abasto para atender a los niños y preparar la comida, y la señora está enferma en la cama, y el doctor Brand a punto de llegar, y resulta que tengo que ir corriendo al pueblo para comprar más nata porque se la ha dado usted a ese asqueroso bicho negro.

—¿Está enferma la señora Barton?

—Enferma... sí. Yo diría que está enferma, y a usted le trae sin cuidado. ¿Cómo no va a estar enferma si no para en todo el día por culpa de personas que estarían mejor en otra parte?

—¿Qué quiere usted decir con esas palabras?

—¿Que qué quiero decir? Quiero decir que mi señora está trabajando como una mula, sin pegar ojo por las noches, por culpa de personas que deberían atenderla a *ella*, en lugar de quedarse en la cama y no hacer nada en todo el santo día, excepto dar trabajo a los demás.

—Salga de aquí y no sea insolente.

—¿Insolente? Prefiero ser insolente que parecerme a otras personas que... que viven a costa de los demás y encima los desacreditan.

Y Nanny salió corriendo del salón, dejando que la dama digiriera con tranquilidad aquel inesperado desayuno.

La condesa se quedó estupefacta unos minutos, pero, cuando empezó a recordar las palabras de Nanny, se vio obligada a sacar unas conclusiones muy desagradables y a ver bajo una luz completamente diferente su posición en la rectoría. La interpretación de la alusión de Nanny al «descrédito» también estuvo al alcance su imaginación, y comprendió que tenía que marcharse de Shepperton enseguida. Con todo, le gustaría esperar la carta de su hermano... No, le pediría a Milly que se la enviara... o, mejor aún, saldría inmediatamente para Londres, preguntaría la dirección del señor Bridmain a su banquero, e iría a visitarlo sin más preámbulos.

Subió al cuarto de Milly y, después de muchos besos y preguntas, dijo:

—Le he dado muchas vueltas a la carta que recibí ayer, querida Milly, y no tengo más remedio que decirte adiós y volver a Londres. Pero no permitas que me vaya contigo enferma, tunanta.

—Oh, no te preocupes —respondió Milly, que sentía como si le hubieran quitado un peso de encima—. Estaré bien dentro de un par de horas. Lo cierto es que ya me siento mucho mejor. Querrás que te ayude a hacer el equipaje. Pero no te irás hasta dentro de dos o tres días, ¿verdad?

—He de marcharme mañana. Pero no dejaré que me ayudes a hacer el equipaje. Olvida esos planes disparatados y no te muevas de la cama. El doctor Brand vendrá a verte, dice Nanny.

La noticia no fue ninguna sorpresa desagradable para el reverendo Barton cuando llegó a casa, aunque pudo expresar su pesar por la partida de la condesa con unas

palabras que los labios de Milly habían sido incapaces de pronunciar. El sentimiento inicial que le había inspirado la condesa no se había borrado tanto en él como en Milly, pues las mujeres jamás se traicionan ante los hombres, aunque sí lo hagan entre ellas; y el reverendo Amos no era nada sagaz juzgando a las personas. Pero sintió que se quitaba de encima un problema, y del modo más cómodo y fácil para él. Ni él ni Milly sospechaban que Nanny les hubiera sacado las castañas del fuego, pues la condesa se cuidó mucho de decir nada al respecto. En cuanto a Nanny, era perfectamente consciente de la relación entre causa y efecto en aquel asunto, y se rió a escondidas de haberle cantado las cuarenta, el mejor trabajo matutino de toda su vida.

Así pues, el viernes por la mañana, se vio un carruaje en la entrada de la rectoría con los baúles de la condesa en la parte superior; y luego se vio cómo esta dama subía al vehículo. Después de estrechar la mano al reverendo Barton por última vez, y de dar los últimos besos a Milly y a los niños, se cerró la portezuela; mientras el carruaje se alejaba, el pequeño grupo de la rectoría vislumbró a la hermosa condesa tirándoles besos asomada a la ventanilla. También vieron la carita negra de Jet, y sin duda tenía sus propios pensamientos e impresiones sobre aquel momento, pero se los guardó celosamente para él.

La maestra de enfrente fue testigo de su marcha, y se la contó sin perder tiempo al maestro, que comunicó la noticia al propietario de Los Alegres Mineros cuando terminó el horario matinal de la escuela. Nanny le dio la buena nueva al lacayo del señor Farquhar, que apareció casualmente con una carta; y el doctor Brand la divulgó entre todos los pacientes que visitó esa mañana, después de atender a la señora Barton. De modo que, antes del domingo, todo el mundo sabía en la parroquia de Shepperton que la condesa Czerlaski se había marchado de la rectoría.

La condesa se había marchado, pero ¡ay!, los gastos que había contribuido a aumentar seguían allí; al igual que la exigüidad de la ropa de los niños, que también era en parte consecuencia indirecta de su presencia; así como la frialdad y distanciamiento de los parroquianos, que no podían desvanecerse de pronto con su partida. El reverendo Amos Barton no fue exculpado; el pasado no se borró. Pero lo peor de todo es que la salud de Milly fue motivo frecuente de alarma, y la perspectiva del nacimiento de su pequeño se vio ensombrecida por unos temores que no existían en un alumbramiento normal. El parto se adelantó, unas seis semanas después de que se marchara la condesa, pero el doctor Brand señaló que todo había ido bien a cuantos le preguntaron al día siguiente, que era sábado. El domingo, después del oficio matinal, la señora Hackit se acercó a la rectoría para preguntar cómo estaba la señora Barton, y fue invitada a subir al piso de arriba para verla. Milly descansaba hermosa y apacible en su debilidad, y tendió la mano a la señora Hackit con una sonrisa radiante. Le complacía mucho ver a su vieja amiga de nuevo cariñosa y sin reservas. El bebé sietemesino era diminuto y estaba muy rojo, pero las apariencias engañan y el médico dictaminó que se encontraba bien; y la señora Hackit volvió a

casa feliz creyendo que el peligro había pasado.

## Capítulo VIII

El miércoles siguiente, cuando los señores Hackit estaban bien acomodados junto al fuego de la chimenea, disfrutando de una larga tarde gracias a un almuerzo antes de la hora habitual, Rachel, la criada, entró y dijo:

—Perdone, señora, el pastor pregunta si ha oído usted que la señora Barton ha empeorado y no esperan que viva.

La señora Hackit palideció y corrió a hablar con el hombre que, según descubrió, había oído la triste noticia en una taberna del pueblo.

—Convendría que cogieras el tálburi y te acercaras ahora mismo —exclamó su marido, que había salido tras ella.

—Sí —respondió la señora Hackit, demasiado abatida para decir nada—. Rachel, ven y ayúdame con mis cosas.

Mientras su marido estaba tapándole los pies con la capa en el pequeño carruaje, ella le comentó:

—Si no vengo a casa esta noche, mandaré el tálburi para que sepas que allí me necesitan.

—Sí, sí.

Era un día gélido y luminoso y, cuando la señora Hackit llegó a la rectoría, el sol estaba a punto de ponerse. Había un carruaje de dos caballos junto a la verja, que ella reconoció como el del doctor Madeley, el médico de Rotherby. Entró por la puerta de servicio para no llamar y poder hablar discretamente con Nanny. La cocina estaba vacía, pero, al pasar al vestíbulo, vio abierta la puerta del salón, y a Nanny, con Walter en brazos, recogiendo los cuchillos y los tenedores que había puesto para el almuerzo tres horas antes.

—El señor dice que es incapaz de comer nada —fueron las primeras palabras de Nanny—. No ha probado bocado desde ayer por la mañana, solo una taza de té.

—¿Cuándo empeoró la señora?

—El lunes por la noche. Mandaron a buscar al doctor Madeley ayer a mediodía, y ha vuelto ahora.

—¿El bebé está vivo?

—No, murió ayer por la noche. Los niños están todos con la señora Bond. Vino ayer por la noche y se los llevó, pero el señor dice que hay que ir a buscarlos enseguida. Está arriba con el doctor Madeley y el doctor Brand.

En ese momento la señora Hackit oyó unas pisadas fuertes y lentas en el pasillo; y acto seguido entró Amos Barton, con los ojos secos de desesperación, demacrado y sin afeitar. Esperaba encontrar la sala tal como la había dejado, con el costurero de Milly en la esquina del sofá, y los juguetes de los niños volcados junto al ventanal. Pero, cuando vio que se le acercaba la señora Hackit con expresión dolorida, fue incapaz de contener por más tiempo su torrente de lágrimas; se arrojó al sofá, ocultó el rostro y estalló en sollozos.

—Tranquilícese, señor Barton —se atrevió a decir finalmente la señora Hackit—; tranquilícese por el bien de los niños.

—Los niños —repitió Amos, poniéndose en pie—. Hay que mandar a buscarlos. Alguien tiene que ir a por ellos. Milly querrá...

No pudo acabar la frase, pero la señora Hackit le comprendió.

—Mandaré el tálburi a buscarlos —dijo.

Salió para darle instrucciones a su cochero y se encontró con el doctor Madeley y el doctor Brand, que estaban a punto de marcharse.

—Me alegro muchísimo de que esté aquí, señora Hackit —dijo el doctor Brand—. Hay que traer a los niños sin pérdida de tiempo. La señora Barton quiere verlos.

—¿Entonces no pueden hacer nada por ella?

—No creemos que pase de esta noche. Nos ha suplicado que le dijéramos cuánto iba a vivir; y luego ha preguntado por sus hijos.

El tálburi salió en busca de los niños; y la señora Hackit fue a decirle al reverendo Barton que quería ir al piso de arriba. Él la acompañó y le abrió la puerta del dormitorio. Éste daba hacia el oeste; el sol estaba a punto de ocultarse, y la luz rosada del crepúsculo caía de lleno sobre la cama, donde Milly yacía con la mano de la muerte visiblemente sobre ella. Le habían quitado la base de plumas, y estaba en un colchón bajo, con la cabeza un poco más alta por las almohadas. Su cuello largo y hermoso parecía exigirle un doloroso esfuerzo; sus facciones estaban pálidas y desencajadas, y sus ojos cerrados. No había nadie en el cuarto, excepto la enfermera y la maestra de la escuela libre, que había ido a ayudarla en su tránsito.

Amos y la señora Hackit se quedaron junto a la cama, y Milly abrió los ojos.

—Amor mío, la señora Hackit ha venido a verte.

Milly sonrió y miró a su amiga con esa expresión extraña y distante de quienes van a abandonar este mundo.

—¿Van a venir los niños? —preguntó, con mucho esfuerzo.

—Sí, están a punto de llegar.

Ella cerró los ojos de nuevo.

No tardaron en oír el tálburi; y Amos, haciendo una señal a la señora Hackit para que le siguiera, salió de la habitación. Mientras bajaban por la escalera, ella le sugirió quedarse con el carruaje para que volviera a llevarse a sus hijos después, y Amos aceptó.

Y en medio de aquella triste sala estaban los cinco dulces niños, desde Patty hasta Chubby: todos, con los ojos de su madre; todos, excepto Patty, buscando con vago temor la mirada de su padre cuando éste entró. Patty, consciente de la gran desgracia que iba a sobrevenir, trató de contener los sollozos al oír los pasos de su padre.

—Hijos míos —dijo Amos, cogiendo a Chubby en brazos—, el Señor va a llevarse a vuestra madre. Ella quiere veros para despedirse. Tenéis que intentar ser muy buenos y no llorar.

No pudo decir nada más, pero se dio media vuelta para ver si estaba Nanny con el

pequeño Walter; luego subió el primero la escalera, llevando a Dickey de la otra mano. La señora Hackit le siguió con Sophy y con Patty, y luego iba Nanny con Walter y con Fred.

Milly pareció oír las pequeñas pisadas en la escalera, pues, cuando Amos entró, tenía los ojos muy abiertos, clavados con impaciencia en la puerta. Todos se quedaron junto a la cabecera; Amos, pegado a ella, sosteniendo a Chubby y a Dickey. Pero Milly pidió con un gesto que Patty fuera la primera en acercarse, y, cogiendo a la pobre y pálida niña de la mano, le dijo:

—Patty, no puedo quedarme con vosotros. Quiere mucho a papá. Consuélalo; y cuida a tus hermanitos pequeños. Dios te ayudará.

Patty la escuchó con una gran serenidad y dijo:

—Sí, mamá.

La madre movió los pálidos labios para pedir a su querida hija que se inclinara hacia ella y le diera un beso; y entonces Patty, incapaz de soportar tanto dolor, rompió a llorar. Amos se acercó a ella y la abrazó con dulzura, mientras Milly hacía señas a Fred y a Sophy, y les decía con voz aún más desmayada:

—Patty intentará ser vuestra mamá cuando yo no esté, tesoros. Tenéis que ser buenos y no disgustarla.

Los dos se inclinaron hacia ella, que acarició sus cabezas rubias y besó sus mejillas cubiertas de lágrimas. Lloraban porque mamá estaba enferma y papá parecía muy desgraciado; pero pensaban que tal vez al cabo de una semana las cosas volverían a ser como antes.

A los más pequeños los encaramaron a la cama para que le dieran un beso.

—Mamá, mamá —dijo el pequeño Walter, y extendió sus brazos regordetes sonriendo.

Chubby, muy seria, parecía desconcertada; pero Dickey, que no había quitado los ojos de su madre, a punto de hacer pucheros desde que entró en la habitación, pareció comprender de pronto que su mamá se marchaba a otra parte; su pequeño corazón explotó de dolor y lloró a lágrima viva.

Entonces la señora Hackit y Nanny se llevaron a los niños. Patty pidió al principio que la dejaran quedarse, en vez de volver a casa de la señora Bond; pero, cuando Nanny le recordó que tenía que cuidar a los más pequeños, accedió enseguida, y subió con sus hermanos al tálburi.

Milly estuvo algún tiempo con los ojos cerrados cuando se marcharon los niños. Amos se había puesto de rodillas, y la tenía cogida de la mano sin apartar la mirada de su rostro. Luego ella abrió los ojos e, invitándole a acercarse, susurró muy despacio:

—Mi querido... queridísimo... marido... has sido... tan... bueno... conmigo. Me... has... hecho... muy... feliz.

Pasaron muchas horas sin que volviera a decir nada. Los demás vieron cómo su respiración se volvía cada vez más irregular; y la tarde se hundió en la oscuridad, y

pasó la medianoche. Hacia las doce y media pareció querer hablar, y se acercaron a ella para no perderse sus palabras.

—Música... música... ¿la habéis oído?

Amos se arrodilló al lado de la cama sin soltar la mano de su mujer. No podía creer aquella desgracia. Era una pesadilla. Ni se dio cuenta de cuando ella partió. Pero el doctor Brand, al que la señora Hackit había mandado llamar antes de las doce, pensando que el señor Barton podría necesitar su ayuda, se acercó y le dijo:

—Ella ya no siente ningún dolor. Vamos, querido reverendo, venga conmigo.

—No está muerta, ¿verdad? —gritó desconsolado el pobre hombre, tratando de zafarse del doctor Brand, que le había cogido del brazo.

Pero estaba demasiado extenuado para ofrecer resistencia, y fue sacado a rastras de la habitación.

## Capítulo IX

Los depositaron en la tumba —la dulce madre con su bebé en brazos— mientras un espeso manto de nieve navideña cubría el cementerio. Fue el reverendo Cleves quien los enterró. Al enterarse de la desgracia del señor Barton, había venido de Tripplegate por si podía ser útil; y, al apretar silenciosamente la mano de Amos, había insuflado el doloroso aliento de la vida en el pobre corazón yerto del hombre destrozado.

Un espeso manto de nieve cubría las sepulturas, y el día era frío y sombrío; pero muchos ojos afligidos siguieron el cortejo fúnebre desde la rectoría hasta la iglesia, y desde la iglesia hasta el sepulcro. El cementerio estaba lleno de hombres y mujeres que habían hecho comentarios de mal gusto sobre su pastor, y que le habían llamado con ligereza pecador; pero ahora, al verlo detrás del féretro, pálido y demacrado, volvieron a bendecirlo por su terrible desgracia y le miraron con respetuosa compasión.

Todos sus hijos estaban allí, pues Amos así lo había querido, pensando que algún borroso recuerdo de aquel momento sagrado podría perdurar incluso en la memoria del pequeño Walter, y sumarse a lo que oyeran de su dulce madre años después. Él llevaba a Patty y a Dickey de la mano, Sophy y Fred les seguían, el doctor Brand iba con Chubby en brazos, y Nanny cerraba la marcha con Walter. Formaron un círculo alrededor de la tumba mientras bajaban el ataúd. Patty era la única que comprendía que su madre estaba en él, y que una vida nueva y más triste empezaba para su padre y para ella. Estaba pálida y temblorosa, pero le apretó la mano con más fuerza cuando bajaron el ataúd, y no soltó una lágrima. Fred y Sophy, aunque solo tenían dos y tres años menos, y aunque habían visto a mamá en el féretro, creían estar asistiendo a un extraño espectáculo. No habían aprendido a descifrar la terrible escritura del destino humano, la enfermedad y la muerte. Dickey no había querido vestirse de negro, pero obedeció enseguida cuando le explicaron que era por mamá; y ahora, aunque Nanny hubiera dicho que mamá estaba en el cielo, tenía la sensación de que regresaría al día siguiente, le diría que había sido muy bueno y le dejaría vaciar el costurero. Se quedó al lado de su padre, con las mejillas redondas y sonrosadas y los ojos azules muy abiertos, levantando primero la mirada hasta el reverendo Cleves y bajándola después hasta el féretro, y pensando que Chubby y él jugarían a eso cuando estuvieran en la rectoría.

El entierro tocó a su fin, y Amos volvió a entrar con sus hijos en la casa: la casa donde una hora antes había yacido el cuerpo de su querida Milly, donde las ventanas apenas dejaban entrar la luz, y el dolor parecía tener su propio recinto sagrado, fuera del mundo. Pero ahora ella se había marchado; la luz de la nieve reverberaba en todas las habitaciones; la rectoría volvía a parecer una parte del mundo normal del trabajo diario, y Amos, por primera vez, sintió que estaba solo... que día tras día, mes tras mes, año tras año, tendría que vivir sin el amor de Milly. Llegaría la primavera, y ella no estaría; el verano, y ella no estaría; y jamás volvería a tenerla a su lado al amor de



la lumbre en las largas tardes invernales. Todas las estaciones le parecían irritantes; y ¡qué tristes los días soleados que sin duda vivirían! Ella ya no estaba con él; y no podría mostrarle lo mucho que la amaba, ni reparar los descuidos del pasado llenando de ternura los días del futuro.

Cuán angustioso es el pensamiento de que nunca podremos expiar el cariño que hemos escatimado a nuestros muertos, la ligereza con que hemos respondido a sus quejas y a sus ruegos, el escaso respeto que hemos manifestado por esa alma humana sagrada que ha vivido tan cerca de nosotros y era la cosa más excelsa que Dios nos ha permitido conocer.

Amos Barton había sido un marido cariñoso y, mientras Milly estuvo con él, nunca se le ocurrió pensar que quizá pudiera ser más atento con ella; pero ahora que rememoraba su vida juntos, con la memoria y la imaginación exacerbadas por culpa del duelo, sentía que su amor necesitaba perdón por su pobreza y egoísmo.

Ningún consuelo exterior podía contrarrestar la amargura de su aflicción interna. Pero el consuelo exterior llegó. Los rostros fríos volvieron a ser afectuosos, y los parroquianos dieron muchas vueltas al mejor modo de aliviar a su pastor. El señor Oldinport le escribió una nota de condolencia, a la que adjuntó otro billete de veinte libras, rogando que le permitieran contribuir así a mitigar las preocupaciones pecuniarias del reverendo Barton en unos momentos de dolor que todos sus feligreses debían compartir; y ofreciendo su intervención para que las dos niñas mayores entraran en un colegio fundado especialmente para hijas de eclesiásticos. El reverendo Cleves consiguió recaudar treinta libras entre sus hermanos más ricos del clero, y, añadiendo diez libras de su bolsillo, le envió la suma a Amos con unas palabras de lo más amables y delicadas sobre la fraternidad cristiana y la amistad entre los mortales. La señorita Jackson olvidó viejos agravios, y se instaló unos meses en la rectoría con los niños de Milly, contribuyendo con toda la ayuda material que le permitía su pequeña renta. Fueron apoyos muy importantes, que liberaron a Amos de la tensión de sus apuros económicos; y las atenciones, los apretones cariñosos de mano, las miradas cordiales que encontraba en cualquier rincón de su parroquia, le hicieron sentir que la funesta helada que había caído sobre sus tareas pastorales — durante la estancia de la condesa en la rectoría— se había fundido por completo, y que los feligreses volvían a abrirle su corazón. Nadie osaba pronunciar ya el nombre de la condesa; pues el recuerdo de Milly santificaba a su marido, como un antiguo lugar donde un ángel divino hubiera descendido.

Cuando llegó la primavera, la señora Hackit invitó a Dickey a pasar una temporada en su casa; y las vivencias del pequeño durante esa visita fueron muy enriquecedoras. Todas las mañanas —bien abrigado del pecho para arriba por las propias manos de la señora Hackit, pero con las piernas desnudas y coloradas— le dejaban correr a sus anchas entre las vacas y las gallinas, perseguir al pavo con imitaciones satíricas de su gluglutear, y hacer preguntas engorrosas al mozo de cuadra sobre el motivo de que los caballos tuvieran cuatro patas, y otras cuestiones

trascendentes. Después el señor Hackit se llevaba a Dickey a caballo mientras recorría su granja, y la señora Hackit tenía un gran bizcocho de ciruelas cortado por si tenía un ataque inesperado de hambre. Así que Dickey había cambiado considerablemente de opinión sobre la deseabilidad de los besos de la señora Hackit.

Las señoritas Farquhar se encariñaron en especial con Fred y con Sophy, a los que se comprometieron a dar clases de escritura y geografía dos veces a la semana; y la señora Farquhar ideó sorpresas y regalos para los más pequeños. Lo que más le gustaba a Patty era quedarse en casa o pasear con papá; y cuando éste se acomodaba junto al fuego por las noches, cuando los demás niños se iban a acostar, ella cogía un escabel y, pegándolo a los pies de su padre, se sentaba en él y apoyaba la cabeza en sus rodillas. Entonces la mano de Amos se posaba en su cabecita rubia, y tenía la sensación de que el amor de Milly no había desaparecido por completo de su vida.

El tiempo transcurrió hasta que llegó el mes de mayo, y la iglesia estuvo terminada y volvió a abrirse en todo su nuevo esplendor, y el señor Barton se dedicó con más vigor que nunca a sus tareas parroquiales. Pero una mañana —era una mañana muy soleada, y a las malas noticias a veces les gusta volar cuando hace mejor tiempo— llegó una carta para el reverendo Barton, de puño y letra de su párroco. Amos la abrió con nerviosismo; de un modo u otro, presentía algo malo. La carta le comunicaba que el señor Carpe había tomado la decisión de residir en Shepperton, y que, por ese motivo, las responsabilidades como coadjutor del reverendo Barton en esa parroquia cesarían al cabo de seis meses.

¡Qué duro fue! Justo cuando Shepperton se había convertido en el lugar donde más deseaba estar, donde tenía amigos que conocían sus tribulaciones, donde vivía cerca de la tumba de Milly. Alejarse de esa tumba era como separarse de Milly por segunda vez; pues Amos era un hombre que se aferraba a todos los vínculos materiales entre su pensamiento y el pasado. Carecía de una imaginación vívida, y necesitaba el estímulo de la percepción real.

Y era amargo, asimismo, pensar que el deseo del señor Carpe de residir en Shepperton era un simple pretexto para echar al reverendo Barton, a fin de acabar nombrando coadjutor a su propio cuñado, que necesitaba un puesto nuevo.

Con todo, había que sobrellevarlo; y había que emprender la dolorosa tarea de buscar otra coadjutoría sin pérdida de tiempo. Pasados unos meses, Amos tuvo que renunciar a la esperanza de conseguirla cerca de Shepperton, y al final se resignó a aceptarla en un condado lejano. La parroquia estaba en una gran ciudad industrial, donde sus paseos discurrirían entre ruidosas calles y sucios callejones, y donde los niños no tendrían ningún jardín para jugar, ninguna granja apacible que visitar.

Fue otro golpe asestado al hombre herido.

## Capítulo X

Finalmente llegó la temida semana en que Amos y sus hijos tenían que abandonar Shepperton. Todos los feligreses lamentaban su marcha, aunque ninguno de ellos considerara sublimes sus virtudes espirituales, ni fuera consciente de que su ministerio le hubiera servido de ejemplo. Pero sus recientes infortunios habían suscitado su compasión, lo que es siempre una fuente de amor. Amos, que no había logrado tocar el resorte de la bondad con sus sermones, lo tocó eficazmente con su dolor; y ahora existía un vínculo real entre él y sus feligreses.

—Mi corazón sufre por esos pobres niños huérfanos —dijo la señora Hackit a su marido—, que vivirán entre extraños... y en una horrible ciudad, donde no se pueden conseguir buenos alimentos y los malos cuestan un dineral.

La señora Hackit imaginaba vagamente la vida en la ciudad como una mezcla de sórdidos patios traseros, ropa sucia y carne de cerdo de la peor calidad.

Los parroquianos más pobres tenían unos sentimientos muy parecidos. El viejo y artrítico señor Tozer, que aún ganaba unas perras «trabajando» de jardinero, detuvo a la señora Cramp, la mujer de la limpieza, cuando salía de la rectoría, donde había ayudado a Nanny a hacer el equipaje la víspera de su partida, y se interesó especialmente por el futuro del reverendo Barton.

—Pobre hombre —le oyeron decir—, ¡qué pena me da! No es que ganara mucho aquí, pero allí será todavía más pobre. Y mejor es pan duro que ninguno.

Las tristes despedidas habían tenido lugar la noche anterior; y, cuando el equipaje estuvo hecho y los preparativos acabaron, Amos sintió la opresión de ese ínterin en que a uno solo le queda pensar en el sombrío futuro: la separación de lo que amamos y nos es familiar, y la escalofriante entrada en lo nuevo y desconocido. En todos los adioses está la presencia de la muerte.

Pasadas las diez, después de mandar a Nanny a la cama para que estuviera bien descansada día siguiente, Amos salió sigilosamente de la casa para visitar por última vez la tumba de Milly. Era una noche sin luna, pero el cielo estaba plagado de estrellas, cuya luz bastaba para mostrar que la hierba había cubierto la sepultura, y que había una lápida donde se leía en letras brillantes, recortadas sobre el oscuro suelo, que allí yacían los restos de Amelia, la amada esposa de Amos Barton, fallecida a los treinta y tres años, dejando a un marido y seis hijos desconsolados tras su pérdida. Las últimas palabras de la inscripción eran: «Hágase tu voluntad».

El marido avanzaba ahora hacia el amado túmulo del que muy pronto tendría que despedirse, quizá para siempre. Se quedó unos minutos leyendo una y otra vez las palabras de la lápida, como si quisiera asegurarse de que todos los recuerdos felices e infelices del pasado eran reales. Pues al amor le asustan los intervalos de insensibilidad y dureza que invaden poco a poco los dominios del desconsuelo, y se esfuerza por recordar la intensidad de la aflicción inicial.

Poco a poco, mientras sus ojos se detenían en las palabras: «Amelia, la amada

esposa», una oleada de emoción embargó su alma y, arrojándose sobre la tumba, la abrazó con fuerza y besó el frío césped.

—Milly, Milly, ¿puedes oírme? No te amé lo suficiente... No fui lo bastante cariñoso contigo... Pero es ahora cuando me doy cuenta.

Los sollozos ahogaron su voz, y unas lágrimas ardientes corrieron por su rostro.

## Conclusión

Amos Barton solo volvió a visitar una vez la tumba de Milly. Fue bajo la luz suave y apacible de una tarde otoñal, e iba acompañado. Daba el brazo a una joven de rostro dulce y serio, muy parecido al de la señora Barton, aunque no fuera tan hermoso ni tuviera su colorido. Tendría unos treinta años, aunque unas arrugas alrededor de los ojos y de la boca indicaran prematuras preocupaciones.

Amos había cambiado mucho. El escaso pelo que rodeaba su coronilla se había vuelto casi blanco; y ya no andaba erguido, ni su paso era firme. Pero su mirada era serena, e incluso alegre, y su ropa impecable ponía de manifiesto que una mujer lo cuidaba. Milly no se llevó todo su amor de este mundo al morir. Dejó algo de él en el corazón de Patty.

Los demás hijos eran ya adultos, y cada uno había seguido su camino<sup>[36]</sup>. Dickey, te alegrará saber, había demostrado ser un ingeniero excelente. Sus mejillas seguían coloradas, a pesar de las matemáticas mixtas, y sus ojos igual de grandes y azules; pero la señora Hackit no lo habría reconocido de haberse encontrado con él; sobre todo ahora que no debe de ver muy nítido con el desgaste de veinte años más. Dickey mide más de un metro ochenta, y es ancho de hombros y bien proporcionado; lleva gafas y se pasa las enormes manos blancas por su hirsuta cabellera castaña. Pero estoy segura de que no tienes la menor duda de que Richard Barton es un hombre de buen corazón, amén de inteligente, y de que te encantaría estrecharle la mano un día de éstos, no solo por él sino también por su madre.

Patty es la única que vive con su padre, y convierte el anochecer en la hora más soleada de su vida.

## **La historia de amor del señor Gilfil**

## Capítulo I

Cuando el anciano señor Gilfil murió, hace treinta años, todo Shepperton se sumió en la tristeza; y, si su sobrino y principal legatario no hubiera mandado colgar una tela negra alrededor del púlpito y del facistol, los feligreses habrían pagado de su bolsillo la suma necesaria para que no faltara esa muestra de respeto. Las mujeres de todos los granjeros sacaron sus vestidos de bombasí negro; y la señora Jennings, en El Embarcadero<sup>[37]</sup>, desató las críticas más severas al aparecer con su chal verde y sus lazos de color salmón el primer domingo tras la muerte del señor Gilfil. Lo cierto es que la señora Jennings era una recién llegada, y se había criado en la ciudad, así que ¿cómo iba a esperar nadie que supiera lo que era o no correcto? Pero, tal como la señora Higgins comentó en voz baja a la señora Parrot a la salida de la iglesia:

—Su marido, que sí ha nacido en la parroquia, tendría que habérselo explicado.

Cierta renuencia a vestirse de luto cuando se presentaba la ocasión o una premura excesiva para quitárselo reflejaban, en opinión de la señora Higgins, una ligereza alarmante y una insensibilidad contra natura al orden esencial de las cosas.

—Hay gente que no soporta quitarse los colores —dijo—; pero en *mi* familia nunca hemos sido así. Desde que me casé, señora Parrot, hasta que mi marido murió, en Candlemas<sup>[38]</sup> hará nueve años, no pasé ni dos años seguidos sin llevar luto.

—¡Ah! —exclamó la señora Parrot, consciente de su inferioridad en este sentido—, no existen muchas familias con tantas muertes como la suya, señora Higgins.

La señora Higgins, una viuda entrada en años, con el riñón bien cubierto, pensó complacida en la justicia del comentario de la señora Parrot, y en las escasas probabilidades de que la señora Jennings perteneciera a una familia con muchos funerales.

Incluso la sucia señora Fripp, que casi nunca entraba en la iglesia, había pedido a la señora Hackit una tira de tela negra, y, con esta muestra de dolor prendida en su pequeña capota en forma de cubo, había hecho una reverencia delante del púlpito. Esta manifestación de respeto por su parte a la memoria del señor Gilfil no tenía el menor fundamento teológico. Se debía a un suceso acontecido años atrás y que, lamento decir, había dejado a esta astrosa anciana tan indiferente como siempre a los instrumentos de la gracia divina. La señora Fripp criaba sanguijuelas, y decían que tenía tanto poder sobre estos obstinados animales que, aunque los que ella nutría no tenían demasiada aceptación, pues se sospechaba que habían perdido el apetito, sus servicios eran continuamente requeridos para que aplicara los ejemplares más vivaces criados en el consultorio del doctor Pilgrim cuando, como ocurría con frecuencia, algún paciente privado de este lúcido hombre sufría un ataque inflamatorio. Así pues, la señora Fripp, además de «poseer» algo con lo que ganaba al menos media corona semanal, tenía unos ingresos profesionales que ascendían, según estimaban con imprecisión sus vecinos, a «libras y más libras». Y, por si fuera poco, tenía un

flamante negocio de pirulís con los golfillos epicúreos que compraban sin ton ni son ese lujo pagando el doble de lo que valía. No obstante, a pesar de todas esas fuentes conocidas de ingresos, la desvergonzada anciana se quejaba continuamente de su pobreza, y le pedía las sobras a la señora Hackit, que, aunque siempre decía que la señora Fripp era una embustera, además de avariciosa y pagana, conservaba cierto afecto por su antigua vecina.

—Ya vuelve Judy, esa vieja sin entrañas, en busca de las hojas de té —diría la señora Hackit—; y yo soy lo bastante necia para dárselas, aunque ¡también las necesite Sally para barrer el suelo<sup>[39]</sup>!

Y así era la señora Fripp, a la que el señor Gilfil, un cálido domingo por la tarde en que cabalgaba tranquilamente con botas de caña alta y espuelas después de cumplir con sus obligaciones en Knebley, vio sentada en una acequia seca cercana a su casa, al lado de un cerdo enorme que, con la familiaridad y confianza propias de una amistad sin tacha, yacía con la cabeza en su regazo sin hacer otro esfuerzo por mostrarse amable que dar algún que otro gruñido de vez en cuando.

—¡Vaya! —dijo el párroco—, no sabía que tuviera usted un cerdo tan hermoso, señora Fripp. ¡Menudas tajadas va a comer estas Navidades!

—¡Dios nos libre! Me lo regaló mi hijo hace dos años, y desde entonces me hace compañía. No tendría corazón para separarme de él, aunque no volviera a probar el tocino en toda la vida.

—Pues él se comería la cabeza de su hijo de un mordisco, y la suya también. ¿Cómo puede criar un cerdo y no sacar ningún provecho de él?

—Bueno, como va por ahí buscando raíces, y a mí no me importa cederle algún que otro bocado... Y un poco de compañía vale mucho; me sigue por todas partes, y gruñe cuando le hablo, como cualquier cristiano.

El reverendo Gilfil se echó a reír; y me veo obligado a reconocer que se despidió de la señora Fripp sin preguntarle por qué no iba a la iglesia, ni buscaba en absoluto su edificación espiritual. Pero al día siguiente pidió a su criado David que le llevara un buen trozo de panceta, con el recado de que el párroco quería asegurarse de que la señora Fripp volviera a comer tocino. Por eso, cuando murió el señor Gilfil, ella manifestó su agradecimiento y respeto con la zafiedad que he mencionado antes.

Como ya sospecharás, lector, el clérigo no brillaba demasiado en las funciones más espirituales de su cargo; en realidad, lo máximo que puedo decir en este aspecto es que cumplía tales funciones con la mira puesta en la eficiencia y la brevedad. Tenía un montón de librillos de sermones cortos, con los bordes bastante gastados y amarillentos, del que cogía dos todos los domingos, garantizando la absoluta imparcialidad de su elección al escogerlos al azar, no porque tuvieran relación con ningún tema. Después de predicar uno de ellos en Shepperton por la mañana, montaba en su caballo y galopaba con el otro en el bolsillo hasta Knebley, donde celebraba el oficio religioso en una iglesita preciosa, con un pavimento ajedrezado donde habían resonado en otro tiempo los pasos férreos de los monjes soldado, con



escudos de armas arracimados en el noble techo, y con guerreros de mármol y sus mujeres sin nariz, que ocupaban una extensa superficie, y los doce apóstoles, con la cabeza muy ladeada y didácticas cintas en las manos, pintados al fresco en sus muros. En este lugar, con el ensimismamiento que le caracterizaba, el reverendo Gilfil olvidaba a veces quitarse las espuelas antes de ponerse la sobrepelliz, y solo se daba cuenta de su error al sentir cómo los faldones de esa vestimenta se le enganchaban misteriosamente cuando se disponía a leer el sermón. Pero para los granjeros de Knebley era tan impensable criticar a la luna como a su pastor. Éste seguía el curso de la naturaleza, como los mercados y las barreras de peaje y los billetes de banco sucios; y, para ser un eclesiástico, su exigencia de respeto nunca se había visto contrarrestada por una irritante exigencia del dinero de sus bolsillos. Algunos de ellos, que no se permitían la frivolidad de tener un carro cubierto sin muelles, comieron media hora antes de lo habitual —es decir, a las doce— para recorrer el largo camino de senderos enfangados y ocupar sus lugares antes de que el señor Oldinport y *lady* Felicia, para los que la iglesia de Knebley era una especie de templo familiar, avanzaran entre las reverencias y los saludos de sus sirvientes y arrendatarios hasta un banco tallado a mano y coronado por un dosel, en el presbiterio, difundiendo a su paso una delicada fragancia a rosas de la India en los insensibles orificios nasales de los feligreses.

Las mujeres y los hijos de los granjeros se sentaban en los oscuros bancos de roble, pero ellos preferían casi siempre la inconfundible dignidad de la sillería bajo uno de los doce apóstoles, donde, cuando la alternancia entre oraciones y responsorios daba paso a la agradable monotonía del sermón, podía verse u oírse a los paterfamilias echando una apacible cabezada de la que infaliblemente despertaban con el sonido de la doxología final. Y luego regresaban a sus hogares por los senderos embarrados, sintiéndose quizá mejor tras este sencillo homenaje semanal a lo que creían bueno y justo que muchas congregaciones más preparadas y críticas de nuestros días.

El señor Gilfil, asimismo, solía volver directamente a casa en los últimos años de su vida, pues había abandonado la costumbre de cenar los domingos en la abadía de Knebley, después de haber tenido, lamento decirlo, una amarga discusión con el señor Oldinport, primo y predecesor de aquel señor Oldinport que viviría como un rey en los tiempos del reverendo Amos Barton. Esta discusión fue una lástima, pues los dos habían disfrutado sobremanera cazando juntos cuando eran jóvenes; y, mientras duró su amistad, muchos miembros de la partida de caza envidiaron al señor Oldinport por llevarse tan bien con su pastor, pues, como dijo *sir* Jasper Sitwell: «Después de una mujer, no hay nada más infernal para un hombre que su párroco, siempre a la vuelta de la esquina».

Supongo que el desacuerdo inicial que llevó a la ruptura fue insignificante; pero el señor Gilfil podía ser sumamente mordaz, y su humor tenía un sello de originalidad imposible de encontrar en sus sermones; y, como la armadura de virtud consciente del

señor Oldinport dejaba a la vista unas grietas considerables, es probable que los comentarios afilados del clérigo le hicieran unas incisiones demasiado profundas para ser olvidadas. Ésa fue, al menos, la interpretación del señor Hackit, que sabía tanto del asunto como cualquier tercera persona. Pues unos días después de la pelea, mientras presidía la cena anual de la Asociación para el Encausamiento de Delincuentes, celebrada en el Oldinport Arms, contribuyó con entusiasmo al jolgorio general informando a los presentes de que «el párroco había dado al caballero un lametón con la parte áspera de la lengua». El descubrimiento de la persona o personas que habían ahuyentado el novillo del señor Parrot no habría sido mejor recibido por los arrendatarios de Shepperton, para los que el señor Oldinport era un pésimo terrateniente, pues no había bajado los alquileres a pesar de la caída de los precios, y ni se había inmutado con algunos párrafos de la prensa provincial que señalaban cómo el honorable Augustus Purwell o el vizconde Blethers habían devuelto un diez por ciento el último día que habían cobrado los arriendos. Lo cierto es que el señor Oldinport no tenía la menor intención de ser parlamentario, y sí el firme propósito de hacer prosperar sus tierras no sujetas a vínculos. De ahí que a los granjeros de Shepperton les supiera a gloria que el reverendo se mofara de los gestos de caridad del terrateniente, poco mejores que los del hombre que robó un ganso y dio sus menudillos de limosna. Pues Shepperton, como se puede ver, estaba en un estadio cultural propio del Ática en comparación con Knebley; tenía caminos de peaje y una opinión pública, mientras que en el beociano<sup>[40]</sup> Knebley tanto los carros como los intelectos de los hombres se movían por los surcos más profundos, y el terrateniente era considerado un mal necesario e inalterable, como el tiempo, la pulguilla de la col y los gorgojos.

Así que en Shepperton aquella ruptura con el señor Oldinport solo vino a reforzar la armonía que siempre había existido entre el párroco y sus feligreses, desde la generación cuyos hijos había bautizado un cuarto de siglo antes, hasta la generación tan prometedor que representaba el pequeño Tommy Bond, que acababa de cambiar el mandilón y los pantalones cortos por la severa simplicidad de un ajustado traje de pana que aflojaban numerosos botones de latón. Tommy era un niño descarado, impermeable al respeto, y excesivamente aficionado a peonzas y canicas, fuentes de diversión con las que acostumbraba dar ilimitadamente de sí los bolsillos de su pantalón de pana. Un día en que estaba jugando a la peonza en el sendero del jardín, al ver que el reverendo se acercaba en el emocionante instante en que ésta empezaba a zumbar, le gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Pare, pare! ¡Va a tirarme la peonza!

Desde ese día «Panitas» se había convertido en uno de los parroquianos favoritos del señor Gilfil, que disfrutaba suscitando su genio vivo y su asombro con unas preguntas que no hacían sino empeorar la opinión que Tommy tenía de su intelecto.

—Hola, Panitas, ¿sabes si ya han ordeñado el ganso hoy?

—¿Que si han ordeñado el ganso? Los gansos no se ordeñan, ¡no sea tonto!

—¿No? Entonces ¿qué comen sus crías?

Como la alimentación de los ansarinos superaba sus conocimientos de las ciencias naturales, Tommy simuló haber oído esta pregunta en un tono más exclamativo que interrogativo, y se concentró en su peonza.

—¡Ajá, veo que no sabes lo que comen! Pero ¿te diste cuenta ayer de que llovían golosinas? —Al escuchar esto, Tommy aguzó el oído—. Cayeron dentro de mis bolsillos mientras cabalgaba. Vamos, mete la mano... Ya verás cómo es cierto.

Tommy, sin detenerse a analizar el supuesto precedente, se apresuró a constatar la presencia del delicioso resultado, pues tenía una confianza más que justificada en los beneficios de bucear en el bolsillo del reverendo. El señor Gilfil lo llamaba su bolsillo mágico, porque, como le gustaba contar a los «jovencitos» o «dos zapatos» — llamaba así a los niños—, siempre que metía peniques en él se convertían en caramelos o galletas, o cualquier otra golosina. De hecho, la pequeña Bessie Parrot, una «dos zapatos» gordinflona, muy blanca y muy rubia, tenía siempre la admirable franqueza de saludarle con la pregunta: «¿Qué tiene en el bolsillo?».

Como puedes imaginar, lector, la presencia del párroco no restaba un mínimo de diversión a los banquetes de los bautizos. Los granjeros disfrutaban especialmente de su compañía, pues no solo fumaba su pipa y salpimentaba los detalles de la vida parroquial con chistes cáusticos y proverbios, sino que, como decía a menudo el señor Bond, ningún hombre sabía más que el reverendo de la cría de vacas y caballos. Tenía sus propias tierras de pasto a ocho kilómetros de distancia, que un administrador, fingiendo ser su arrendatario, llevaba bajo su dirección; y, ahora que sus días de caza habían quedado atrás, cabalgar de aquí para allá y vigilar la compraventa de ganado eran las principales distracciones del anciano caballero. Al oírle hablar de los méritos respectivos de las razas vacunas de Devonshire y de los «Cuernos Cortos», o del último necio veredicto de los jueces sobre un indigente, un observador superficial habría podido encontrar apenas diferencia, aparte de una mayor sagacidad, entre el párroco y sus rústicos feligreses; pues tenía la costumbre de acercar su acento y su forma de hablar a la de ellos, porque sin duda estaba convencido de que malograba la finalidad de una lengua hablar de «borregos» y «ovejas» a unos hombres que siempre decían «borregus» y «uvejas». Sin embargo, los propios granjeros eran muy conscientes de la diferencia que existía entre el párroco y ellos, y no le consideraban menos caballero ni menos reverendo por su lenguaje desenfadado y la familiaridad de su trato. La señora Parrot se alisaba el delantal y se colocaba bien la cofia con la mayor solicitud cuando lo veía acercarse, le hacía grandes reverencias, y todas las Navidades le enviaba un pavo bien cebado con sus «respetos». Y, en los momentos que más chismorreaban con el señor Gilfil, habrías advertido que tanto hombres como mujeres medían sus palabras, y buscaban siempre su aprobación.

El mismo respeto inspiraban sus funciones estrictamente clericales. Los beneficios del bautismo se suponían de algún modo unidos a la figura del señor Gilfil,

una distinción tan metafísica como la existente entre un hombre y su cargo, algo hasta el momento impropio de la mentalidad de un buen clérigo de Shepperton, que lo habría considerado un caso claro de Disidencia. La señorita Selina Parrot prefirió retrasar un mes su boda cuando el señor Gilfil tuvo un ataque de reumatismo antes que casarse con su sustituto, el coadjutor de Milby.

«¡Qué estupendo el sermón de esta mañana!», era el comentario más frecuente después de escuchar alguno del viejo montón amarillento, y que les complacía mucho más porque lo habían oído veinte veces; pues para el nivel intelectual de Shepperton es la repetición, no la novedad, lo que produce mayor efecto; y las frases, al igual que las melodías, tardan mucho tiempo en sentirse como en casa en el cerebro.

Los sermones del señor Gilfil, como puedes imaginar, no eran nada elevados, y mucho menos polémicos, desde el punto de vista doctrinal. Es posible que no examinaran muy a fondo la conciencia; pues recuerda que a la señora Patten, que los había escuchado durante treinta años, el anuncio de que era una pecadora le había parecido una irrespetuosa herejía; pero, por otro lado, no exigían nada irrazonable a los intelectos de Shepperton, en los que a duras penas conseguían desarrollar la concisa tesis de que quienes obran mal salen perdiendo y quienes obran bien, ganando; la naturaleza del pecado era expuesta en sermones especiales en contra de la mentira, la maledicencia, la ira, la pereza, etcétera; y la buena conducta se identificaba con la honradez, la sinceridad, la caridad, la laboriosidad y otras virtudes normales y corrientes que se encuentran en la superficie de la vida, y tienen poco que ver con una profunda doctrina espiritual. La señora Patten comprendió que, si hacía unos quesos mal prensados, recibiría su merecido; aunque, me temo, no pusiera en práctica el sermón sobre la maledicencia. La señora Hackit encontró de lo más edificante el sermón sobre la honradez, ya que la alusión a un peso injusto y una balanza fraudulenta le resultaron especialmente lúcidos tras una discusión reciente con el tendero; pero, que yo sepa, jamás pareció afectarle el sermón sobre la ira.

En cuanto a abrigar alguna sospecha de que el señor Gilfil no predicara el Evangelio más puro, o censurar su doctrina y el modo de difundirla, son pensamientos que jamás pasaron por la cabeza de los feligreses de Shepperton; esos mismos feligreses que, diez o quince años después, se mostrarían sumamente críticos con los sermones y la conducta del señor Barton. Pero, en el ínterin, habían probado el peligroso fruto del árbol de la sabiduría: una novedad que, como es bien sabido, abre los ojos, aunque pueda hacerlo de un modo desagradable. En aquellos días, poner reparos a un sermón equivalía casi a poner reparos a la propia religión. Cierta domingo, un sobrino del señor Hackit, el señorito Tom Stokes, un joven frívolo de ciudad, escandalizó sobremanera a sus virtuosos parientes declarando que él era capaz de escribir un sermón tan bueno como el del señor Gilfil; después de lo cual, el señor Hackit pretendió sacarle los colores al presuntuoso joven ofreciéndole una libra de oro si conseguía aquello de lo que se jactaba. El sermón fue escrito, sin embargo; y, aunque nadie aceptó que tuviese la altura de los del señor Gilfil, resultó tan

asombrosamente parecido a un sermón, con un texto, tres partes, y una exhortación final que empezaba: «Y ahora, hermanos míos», que la libra de oro, formalmente negada, fue informalmente entregada, y el sermón, en cuando el señorito Stoke se dio la vuelta, fue declarado «extraordinariamente inteligente».

De hecho, el reverendo Pickard, de una Iglesia Independiente, había afirmado en un sermón predicado en Rotheby (a fin de reducir la deuda del Nuevo Sión, templo construido con exuberante fe y falta de fondos por secesionistas del Sión originario) que vivía en una parroquia donde el pastor era muy «oscuro»; y, en las oraciones que dirigía a sus propios feligreses, tenía la costumbre de comparar globalmente a los parroquianos que no eran de su congregación con Galión, «al que todas aquellas cosas le tenían sin cuidado<sup>[41]</sup>». Pero no es necesario decir que ningún anglicano practicante llegó a estar jamás lo bastante cerca para oír al señor Pickard.

Los granjeros de Shepperton no eran los únicos que disfrutaban con la compañía del señor Gilfil; era recibido con complacencia en algunas de las mejores casas de la zona. Al anciano *sir* Jasper Sitwell le habría encantado verlo todas las semanas; y, si hubieras visto cómo acompañaba a *lady* Sitwell al comedor, o le hubieras oído hablar con ella con maliciosa y, sin embargo, elegante galantería, habrías deducido que un período anterior de su vida había transcurrido en una compañía más señorial de la que podía encontrarse en Shepperton, y que su lenguaje campechano y la familiaridad de su trato eran como manchas de humedad en un antiguo y hermoso bloque de mármol, que todavía permitieran ver aquí o allá la finura de la veta y la delicadeza del tono original. Pero en sus últimos años de vida, esas visitas se volvieron muy complicadas para el anciano clérigo, que rara vez pasaba una velada fuera de los límites de su propia parroquia; aunque lo más frecuente es que se quedara al lado de su chimenea, fumando una pipa y manteniendo una encantadora antítesis de sequedad y humedad con algún trago esporádico de ginebra con agua.

Y, con estas palabras, soy consciente de correr el riesgo de alejar a todas mis lectoras refinadas, y matar completamente la curiosidad que pudieran sentir por los detalles de la historia de amor del señor Gilfil. «¡Ginebra con agua! ¡No puede ser! Es como si pidiera que nos interesáramos por la historia de amor de un fabricante de velas, que hiciera la imagen de su amada con sebo derretido y unos moldes».

Pero, en primer lugar, queridas damas, dejadme alegar que la ginebra con agua, como la obesidad, la calvicie o la gota, no excluye un gran número de historias de amor previas, como tampoco los rizos falsos, primorosamente hechos, que algún día adornarán vuestra frente excluirán las trenzas menos costosas que tenéis ahora. ¡Ay, ay! Nosotros, pobres mortales, a menudo somos solo un poco mejores que las cenizas de madera: una pequeña señal en la savia, la frescura de las hojas, los brotes que en otro tiempo nacieron; pero, dondequiera que vemos cenizas de la madera, sabemos que en el pasado toda esa plenitud debió existir. Yo, al menos, rara vez contemplo a un anciano encorvado o a una anciana llena de arrugas sin ver, con los ojos de la imaginación, ese Pasado del que son los restos consumidos; y el idilio inacabado de

mejillas sonrosadas y ojos brillantes parece en ocasiones de muy poco interés e importancia comparado con ese drama de esperanza y amor que mucho tiempo atrás acabó en catástrofe, y dejó ese pobre corazón como un escenario oscuro y polvoriento, con todas sus dulces escenas de jardín y sus hermosas perspectivas derrumbadas y apartadas de su vista.

En segundo lugar, dejadme aseguráros que la cantidad de ginebra con agua que bebía el señor Gilfil era muy moderada. Su nariz no estaba enrojecida; por el contrario, su pelo blanco enmarcaba un rostro pálido y venerable. Bebía esto principalmente, creo, porque era barato; y aquí vuelvo a tropezarme con otro punto flaco del párroco, que, si hubiera querido hacer un retrato halagador en vez de fiel, habría preferido omitir. Es innegable que, con el paso de los años, el señor Gilfil se volvió, como señalaba el señor Hackit, cada vez más «agarrado», aunque esa inclinación creciente se notara más en la tacañería de sus hábitos personales que en su falta de ayuda a los necesitados. Ahorraba —ésa era su teoría— para un sobrino, el hijo único de una hermana a la que, si exceptuamos una persona, había querido más que a nadie en el mundo.

«El muchacho —pensaba— tendrá una pequeña fortuna con la que podrá establecerse en la vida, y algún día traerá a su joven y preciosa mujer a conocer el lugar donde yace su viejo tío. Quizá redunde en provecho de su hogar la soledad que ha presidido el mío».

¿Así que el señor Gilfil era soltero?

Ésa es la conclusión a la que probablemente se llegaría al entrar en su salón, donde las mesas vacías, las enormes y anticuadas sillas de crin de caballo, y la raída alfombra turca fumigada constantemente con tabaco, parecían contar la historia de una existencia sin esposa, que no desmentía ningún retrato, ningún bordado, ningún detalle desvaído de primorosa trivialidad que dejara entrever unos dedos finos y algunas pequeñas ambiciones femeninas. Y era allí donde el reverendo Gilfil pasaba las veladas, casi siempre a solas con Ponto, su viejo setter marrón, que, tendido cuan largo era sobre la alfombra, con el hocico entre las patas delanteras, arrugaba el entrecejo y abría los párpados de vez en cuando para intercambiar una mirada de entendimiento mutuo con su dueño. Pero había una habitación en la rectoría de Shepperton que contaba una historia muy diferente a la del salón triste y vacío; una habitación en la que solo entraban el señor Gilfil y la vieja Martha, el ama de llaves, que, con su marido David como mozo de cuadra y jardinero, eran todo el servicio con que contaba el párroco. Las persianas de esta habitación estaban siempre cerradas, salvo una vez al trimestre, cuando Martha entraba a limpiarla y ventilarla. Siempre le pedía al señor Gilfil la llave, que él guardaba celosamente en su escritorio, y se la devolvía en cuanto terminaba su faena.

Era conmovedor ver cómo la luz del día entraba a raudales cuando Martha levantaba las persianas, descorría las gruesas cortinas y abría las ventanas del mirador gótico. En el pequeño tocador había un delicado espejo con un marco dorado

bellamente labrado; aún quedaban restos de cera en los candelabros laterales, y en uno de sus brazos colgaba un pequeño pañuelo de encaje negro; un acerico de raso descolorido con los alfileres oxidados, un frasco de perfume y un gran abanico verde seguían en la mesa; y sobre un pequeño neceser al lado del espejo había un costurero y una capota de bebé sin terminar, que el tiempo había amarilleado. Dos vestidos, que llevaban siglos sin estar de moda, pendían de unos clavos tras la puerta, y unas zapatillas rojas diminutas, con un pequeño bordado plateado y ya sin lustre, continuaban al pie de la cama. Dos o tres acuarelas, unas imágenes de Nápoles, colgaban en las paredes; y sobre la repisa de la chimenea, encima de unas piezas singulares de porcelana antigua, dos miniaturas ovaladas. Una de ellas representaba a un joven de unos veintisiete años, de constitución sanguínea, labios carnosos y ojos gris claro de expresión ingenua. La otra era el retrato de una joven que no parecía tener más de dieciocho años, de facciones pequeñas, mejillas delgadas, tez pálida de aspecto sureño y grandes ojos negros. El caballero tenía el pelo empolvado; la dama se había peinado hacia atrás su cabello oscuro, y llevaba un sombrerito, con un lazo color cereza, en la parte superior de la cabeza: un tocado muy coqueto, aunque sus ojos reflejaran tristeza en lugar de coquetería.

Ésas eran las cosas a las que Martha, desde sus lozanos veinte abriles, quitaba el polvo y aireaba cuatro veces al año; y ahora, en la última década de la vida del señor Gilfil, no cabía duda de que se encontraba en el lado malo de la cincuentena. Así era la habitación cerrada con llave de la casa del señor Gilfil: una especie de símbolo visible de la cámara secreta de su corazón, donde hacía mucho tiempo que había encerrado sus antiguas esperanzas y penas, impidiendo que volvieran a entrar jamás la pasión y la poesía en su vida.

No había mucha gente en la parroquia, aparte de Martha, que tuviera un recuerdo muy vívido de la mujer del reverendo Gilfil, ni que supiera nada de ella en realidad, excepto que había una lápida de mármol en su memoria, con una inscripción en latín, encima del asiento del párroco en la iglesia. Los feligreses con edad suficiente para recordar su llegada carecían por lo general de talento para describir, y lo máximo que se les podía sonsacar es que la señora Gilfil «parecía extranjera, con esos ojos... asombrosos, y una voz que te traspasaba cuando cantaba en la iglesia». La única excepción era la señora Patten, cuya buena memoria y afición a las intimidades ajenas se habían convertido en una valiosa fuente de tradición oral en Shepperton. El señor Hackit, que no se había instalado en la parroquia hasta diez años después de la muerte de la señora Gilfil, hacía a menudo viejas preguntas a la señora Patten para obtener viejas respuestas, algo que le complacía tanto como los pasajes de un libro muy querido o las escenas de una obra de teatro conocida a las personas más refinadas.

—¿Se acuerda del domingo en que la señora Gilfil entró por primera vez en la iglesia, señora Patten?

—Por supuesto que sí. Era el domingo más soleado que uno pueda imaginar, justo

al empezar la cosecha. El señor Tarbett pronunció el sermón ese día, y el señor Gilfil estaba en el banco con su mujer. Me parece estar viendo cómo la llevaba hasta el altar; la cabeza de ella casi ni le llegaba al hombro: una mujer pálida y menuda, con unos ojos negros como las endrinas, y, sin embargo, carentes de expresión, como si no vieran nada.

—¿Seguro que llevaba un traje de novia? —preguntaba el señor Hackit.

—Nada especialmente elegante; solo un sombrero blanco atado en la barbilla, y un vestido de muselina blanca de la India. Pero no se puede imaginar cómo era el señor Gilfil en aquella época. Era muy guapo; se estropeó antes de que usted llegara a la parroquia. Tenía la piel sonrosada, y unos ojos muy brillantes que daba gusto mirar. Parecía extrañamente feliz ese domingo; pero no sé por qué tuve la sensación de que aquello no iba a durar mucho. No puedo decir que me gusten los extranjeros, señor Hackit, porque cuando era joven viajé por su país con mi señora, y vi lo suficiente de sus comidas y de sus asquerosas costumbres.

—La señora Gilfil era italiana, ¿no?

—Creo que sí, pero nunca lo he sabido con certeza. Al señor Gilfil jamás se le ha podido hablar de ella, y nadie más de por aquí estaba al cabo de la calle. Con todo, debió de venir muy joven, pues hablaba nuestro idioma tan bien como usted y como yo. Los italianos tienen unas voces preciosas, y es imposible encontrar a alguien que cantara como la señora Gilfil. El reverendo la trajo a tomar el té conmigo una tarde, y dijo con su jovialidad habitual: «¿Sabe, señora Patten?, quiero que mi mujer vea la casa más limpia y beba el mejor té de todo Shepperton; enséñele la vaquería y el cuarto de los quesos, y después ella le cantará una canción». Y así lo hizo; y su voz a veces parecía llenar la habitación; y luego se volvía muy dulce y muy suave, como si susurrara cerca de tu corazón.

—Supongo que usted no volvió a escucharla, ¿verdad?

—No, ella ya estaba enferma, y murió pocos meses después. No llegó a vivir en esta parroquia ni medio año. No me pareció muy alegre aquella tarde, y me di cuenta de que no le interesaban ni los quesos ni la vaquería, de que solo lo fingía para contentarlo a él. En cuanto al reverendo, jamás he visto a un hombre tan colado por una mujer. La miraba con auténtica adoración, como si quisiera llevarla siempre en brazos para que no tuviera que molestarse en andar. ¡Pobre hombre! ¡Pobre hombre! Es como si le hubieran matado cuando ella murió, aunque jamás se rindiera y siguiese yendo a caballo y predicando sermones. Pero se convirtió en una sombra, y sus ojos parecían los de un muerto; no lo habría reconocido usted.

—¿Ella no tenía fortuna?

—En absoluto. Todos los bienes del señor Gilfil vienen de la familia de su madre, que no solo tenía abolengo sino también dinero. Es una verdadera lástima que hiciera esa boda... un hombre tan guapo como él, que podía haber elegido la joven más distinguida de la región, y estar ahora rodeado de nietos. Con lo que le gustan los niños, además...



La señora Patten acostumbraba a terminar así sus recuerdos de la mujer del pastor, de la que, como te habrás percatado, no sabía casi nada. Era obvio que la comunicativa anciana no sabía nada de la historia de la señora Gilfil antes de su llegada a Shepperton, y de que desconocía la historia de amor del señor Gilfil.

Pero yo, querido lector, soy tan comunicativo como la señora Patten, y estoy mucho mejor informado; así que, si te interesa saber más sobre el noviazgo y el matrimonio del señor pastor, solo necesitas trasladar tu imaginación a los últimos años del siglo pasado y tu atención al capítulo siguiente.

## Capítulo II

Es la tarde del 21 de junio de 1788. El día ha sido soleado y bochornoso, y el sol seguirá más de una hora sobre el horizonte, pero sus rayos, quebrados por el entramado frondoso de los olmos que rodean el parque, han dejado de ser un obstáculo para que dos damas saquen cojines y bordados y se sienten con su labor en el césped delante de Cheverel Manor<sup>[42]</sup>. La mullida hierba se hunde bajo el paso de hada de la más joven, cuya pequeña estatura y delgada figura se apoyan en unos pies de adulto que no pueden ser más diminutos. Camina grácilmente delante de la dama de más edad, con los cojines en la mano, que coloca en su lugar preferido, justo en la pendiente al lado de un grupo de laureles, desde donde pueden ver los rayos de sol centelleando entre los nenúfares, y pueden ser vistas a su vez desde los ventanales de los salones. Ha dejado los cojines en el suelo, y se da media vuelta, para poder ser contemplada de cuerpo entero mientras espera el avance más lento de la otra dama. Enseguida te quedas prendado de sus enormes ojos negros, que, en su belleza inconsciente e inexpresiva, recuerdan a los de un cervatillo, y solo aguzando la vista reparas en la falta de lozanía de sus jóvenes mejillas, y en el tono aceitunado y sureño de su pequeño rostro y de su cuello, por encima del pañuelito de encaje negro que impide la comparación directa de su piel con el vestido de muselina blanca. Sus grandes ojos destacan todavía más porque lleva recogido el cabello oscuro, bajo un sombrerito que le cubre la coronilla, con un lazo color cereza a un lado.

La dama de más edad, que se dirige hacia los cojines, está fundida en un molde muy diferente de feminidad. Es alta, y da la impresión de serlo aún más porque su pelo empolvado está peinado hacia atrás sobre un tupé, coronado de lazos y cintas. Se acerca a los cincuenta años, pero se conserva joven y hermosa, con la belleza de las mujeres de cabello rubio caoba; el mohín orgulloso de sus labios, y la cabeza un poco echada hacia atrás mientras camina le dan un aire altanero que no contradicen sus ojos grises. El chal que ciñe el estrecho corpiño de su escotado vestido azul realza la majestuosidad de su busto; y cruza el césped como si fuera una de las imponentes damas de *sir* Joshua Reynolds, que hubiera salido inesperadamente de su retrato para disfrutar del frescor de la tarde.

—Coloca los cojines más abajo, Caterina, para que no nos dé tanto el sol —dijo, en tono autoritario, cuando se encontraba aún a cierta distancia.

Caterina la obedeció, y ambas se sentaron, formando dos manchas brillantes de rojo, blanco y azul sobre un fondo verde de laureles y hierba; y no resultarían menos bonitas en un cuadro porque una de las mujeres tuviera el corazón frío y la otra, triste.

Y qué encantador cuadro de Cheverel Manor podría haberse pintado aquella tarde si algún Watteau inglés hubiera estado allí: la casa almenada de piedra gris, y los rayos de sol que arrojan destellos dorados a través de los cristales multiformes de las ventanas ajimezadas, y un haya gigantesca que cae sobre una de las torres que

flanquean el edificio, rompiendo, con sus oscuras ramas aplastadas, la simetría demasiado formal de la fachada; el camino ancho de grava que serpentea hacia la derecha, junto a una hilera de pinos muy altos, al lado del estanque, y se bifurca hacia la izquierda, entre pequeñas colinas cubiertas de hierba y coronadas de grupos de árboles, donde el tronco rojizo del abeto escocés resplandece en la luz del atardecer sobre el verde brillante de los tilos y de las acacias; el gran estanque, donde una pareja de cisnes nada lentamente con una pata recogida bajo el ala, y donde los nenúfares abiertos yacen serenos aceptando los besos de los reflejos intermitentes del sol; el césped, con su suave verdor esmeralda, que desciende hacia el herbaje más áspero y oscuro del parque, del que está invisiblemente separado por un pequeño riachuelo que se aleja sinuoso del estanque y desaparece en la lejanía, bajo un puente de madera en el bonito jardín cercano a la casa; y sobre ese césped están nuestras dos damas, cuyo papel en el paisaje representará el pintor —situado en un lugar privilegiado del parque— con unos ligeros toques de rojo, blanco y azul.

Desde las grandes ventanas góticas del comedor, sus siluetas estaban mucho más definidas, y resultaban claramente visibles para los tres caballeros que bebían clarete allí, todos ellos interesados personalmente en las dos hermosas damas. Dichos caballeros constituían un grupo al que merecía la pena prestar atención; pero cualquiera que entrara por primera vez en ese comedor es probable que se fijara más en la propia estancia, que, al hallarse casi vacía, impresionaba con su belleza arquitectónica de catedral. Un trozo de estera de una puerta a otra, un resto de alfombra raída bajo la mesa, y un aparador metido en un hueco no lograban desviar la mirada ni un instante del elevado techo en forma de bóveda de crucería, con motivos ornamentales ricamente tallados, de un blanco cremoso salpicado aquí y allá por algún toque dorado. En un lado, ese elevado techo se apoyaba en columnas y arcos, más allá de los cuales un techo más bajo, una copia en miniatura del más alto, cubría el saliente cuadrado que, con sus tres grandes ventanas apuntadas, constituía el elemento central del edificio. La sala, más que un lugar donde comer, parecía un espacio cerrado únicamente por la belleza de sus formas; y la pequeña mesa de comedor, con el grupo de comensales que la rodeaba, parecía algo fortuito y sin importancia, en vez de algo relacionado con su finalidad original.

Pero, al observarlo de cerca, ese grupo de hombres estaba lejos de ser insignificante; pues el de más edad, que leía en el periódico las últimas actuaciones ominosas de los parlamentos franceses<sup>[43]</sup>, y se volvía de vez en cuando para comentar algo a sus jóvenes acompañantes, era un excelente espécimen de anciano caballero inglés de aquellos venerables días de sombreros de tres picos y coletas. Sus ojos negros brillaban bajo unas cejas entrecanas, que parecían aún más prominentes por ser muy pobladas; pero cualquier impresión de severidad que pudieran dar esos ojos penetrantes, y una nariz un tanto aquilina, quedaba disipada por la expresión bondadosa de su boca, que conservaba todos los dientes y un aire vigoroso a pesar de sus sesenta inviernos. La frente estaba un poco en declive en comparación con las

cejas, y su contorno puntiagudo quedaba en evidencia por la manera de peinarse el cabello profusamente empolvado, echado hacia atrás y recogido en una coleta. Se sentaba en una sillita dura, en la que era imposible arrellanarse, y que resaltaba la rectitud de su espalda y la anchura de su pecho. De hecho, *sir* Christopher Cheverel era un anciano soberbio, como puede ver cualquiera que entre en el salón de Cheverel Manor, donde su retrato de cuerpo entero, pintado a los cincuenta años, cuelga al lado del de su mujer, la majestuosa dama sentada en el césped.

Al mirar a *sir* Christopher, se abrigaba enseguida la esperanza de que tuviera un hijo adulto y heredero; pero quizá uno habría deseado que no fuera el joven a su derecha, y cuyo parecido con el *baronet*, en el contorno de la nariz y de las cejas, parecía indicar un parentesco. Si el joven hubiera tenido un físico menos distinguido, habría llamado la atención por la elegancia de su atuendo. Pero la perfección de su figura esbelta y bien proporcionada era tan asombrosa que solo un sastre podría percatarse de la excelencia de su chaqueta de terciopelo; y sus manos blancas y pequeñas, con venas azules y dedos afilados, eclipsaban por completo la belleza de sus volantes de encaje. El rostro, sin embargo —era difícil decir por qué—, no resultaba agradable. Nada podía ser más delicado que el rubio de sus cabellos, que, al empolvarlos, se volvía dorado, y que el pliegue de sus párpados venosos, que daban una expresión indolente a sus ojos color avellana; nada podía estar más bellamente dibujado que las alas traslúcidas de su nariz y el pequeño labio superior. Tal vez la barbilla y la mandíbula de abajo fueran demasiado pequeñas para que su perfil fuera irreprochable, pero este defecto contribuía a la delicadeza y *finesse* que constituían el rasgo característico del joven, y que culminaban el arco castaño claro de sus cejas y la suavidad marmórea de su frente abombada. No se podía decir que su cara no fuera sumamente hermosa; y, sin embargo, para la mayoría de los hombres y las mujeres, carecía de atractivo. A las mujeres no les gustaban esos ojos que parecían aceptar con indolencia la admiración, en lugar de profesarla ellos; y los hombres, sobre todo si sus narices y tobillos eran propensos a la tosquedad, tendían a considerar a aquel Antínoo<sup>[44]</sup> con coleta un «maldito mocososo». Supongo que ésa era con frecuencia la exclamación interior del reverendo Maynard Gilfil, que estaba sentado enfrente, aunque las piernas y el perfil del señor Gilfil no pudieran en absoluto volverlo especialmente sensible a la impertinencia y frivolidad de una superioridad física. Su rostro franco y saludable y sus brazos y piernas eran un patrón excelente para la vida diaria; y, en opinión del señor Bates, el jardinero del norte, habrían quedado mucho mejor en el regimiento que las facciones «paliduchas» y la delgadez extrema del capitán Wybrow, por mucho que este joven caballero, como sobrino y heredero designado de *sir* Christopher, tuviera mayor derecho por linaje a exigir el respeto del jardinero, amén de unas proporciones indiscutiblemente armónicas. Pero ¡ay!, los anhelos humanos son perversamente obstinados; y al hombre que le apetece una pera, es inútil ofrecerle el calabacín más grande. Al señor Gilfil le daba igual la opinión del señor Bates, pero sí le importaba la opinión de otra persona, que en ningún caso

compartía la preferencia del jardinero.

Quién era esa persona no habría sido difícil de adivinar para un buen observador, por cierta fogosidad en la mirada del señor Gilfil mientras la pequeña figura de blanco caminaba grácilmente con los cojines por el césped. El capitán Wybrow también miraba en la misma dirección, pero su hermoso semblante continuaba siendo hermoso, y nada más.

—Ah —dijo *sir* Christopher, alzando la vista del periódico—, ahí esta mi mujer. Toca la campanilla para que nos traigan el café, Anthony; luego saldremos a verla, y el mico de Tina nos cantará una canción.

El café llegó enseguida; en lugar de traerlo como de costumbre el criado, de escarlata desvaído, lo hizo el viejo mayordomo, de negro raído pero cepillado con esmero.

—Si me permite, *sir* Christopher —dijo, al dejarlo sobre la mesa—, la viuda Hartopp está llorando en la despensa, y pide permiso para ver al señor.

—Ya he dado a Markham las órdenes pertinentes respecto a la viuda Hartopp —contestó *sir* Christopher en tono cortante y decidido—. No tengo nada que decirle.

—Mi señor —rogó el mayordomo, frotándose las manos y poniéndose una capa adicional de humildad—, la pobre mujer está terriblemente asustada y dice que no podrá pegar ojo esta noche si no ve al señor, y le suplica que perdone su atrevimiento por venir a esta hora. Lloro como si se le fuera a romper el corazón.

—¡Ay, ay! El agua no paga impuestos. Está bien, llévela a la biblioteca.

Una vez tomado el café, los dos jóvenes salieron por el ventanal abierto y se dirigieron al césped a ver a las damas, mientras *sir* Christopher se encaminaba a la biblioteca, seguido solemnemente por Rupert, su sabueso, que, en su lugar habitual a la derecha del *baronet*, se portaba con gran urbanidad durante las comidas; pero que, en cuanto quitaban el mantel, desaparecía invariablemente debajo de la mesa, considerando, al parecer, la jarra de clarete una simple debilidad humana, a la que guiñaba el ojo pero que se negaba a sancionar.

La biblioteca solo estaba tres escalones más alta que el comedor, en el otro extremo de un pasillo con arcadas y esteras en el suelo. El haya gigantesca daba sombra al mirador; y esto, junto con el artesonado del techo y el color oscuro de los libros antiguos que cubrían las paredes, daba a la estancia cierto aire lóbrego, sobre todo cuando uno venía del comedor, con sus curvas aéreas y sus molduras color crema salpicadas de oro. Cuando *sir* Christopher abrió la puerta, un chorro de luz cayó sobre una mujer vestida de luto en el centro de la sala, que lo recibió con una profunda reverencia. Era una mujer metida en carnes que se acercaba a los cuarenta, con los ojos enrojecidos por unas lágrimas que obviamente habían empapado el pañuelo que, hecho una bola, tenía en la mano derecha.

—Y bien, señora Hartopp —dijo *sir* Christopher, sacando su cajita dorada de rapé y dando un golpecito en la tapa—, ¿qué tiene que decirme? Markham le ha notificado que tiene que marcharse, ¿no es así?

—Sí, señor, y por eso he venido. Espero que el señor lo piense mejor y no nos eche a mis pobres hijos y a mí de la granja; mi marido siempre pagó el arrendamiento a toque de campana.

—¡Qué tontería! Me gustaría saber qué beneficios les reportaría a usted y a sus hijos quedarse en una granja y perder hasta el último cuarto de penique que les ha dejado su marido, en vez de vender el ganado y marcharse a algún lugar donde puedan conservar el dinero. Todos mis arrendatarios saben que nunca permito que las viudas se queden en las granjas de sus maridos.

—*Sir Christopher*, por favor, si *podiera* reconsiderarlo... Cuando venda el heno, y el grano, y los animales, y pague las deudas, y vea el dinero que me queda, apenas tendré lo suficiente para sobrevivir. ¿Y cómo voy a criar a mis hijos y a colocarlos de aprendices? Tendrán que ser jornaleros, y su padre era un hombre con tantas pertenencias como cualquiera de sus arrendatarios, señor, y jamás trilló el trigo antes de que las gavillas estuvieran secas, ni vendió la paja de su granja, ni hizo nada parecido. Y puede preguntar a los granjeros de los alrededores si había un hombre más serio y formal que mi marido cuando iba al mercado de Ripstone. Y las últimas palabras que me dijo fueron: «Bessie, te las arreglarás para llevar la granja sola si *sir Christopher* te deja quedarte».

—¡Bah! ¡Bah! —exclamó éste, cuando los sollozos de la señora Hartopp interrumpieron sus ruegos—. Y ahora escúcheme bien e intente aplicar un poco de sentido común. Es usted tan capaz de llevar una granja como su mejor vaca lechera. No tendrá más remedio que contratar a un capataz que la estafará o la engatusará para que se case con él.

—No diga eso, señor; jamás he sido de esas mujeres, cualquiera puede decírselo.

—Tal vez no, porque antes no había enviudado. Las mujeres siempre son bobas, pero cuando más tonterías hacen es al ponerse la cofia de viudas. Vamos, señora Hartopp, pregúntese a sí misma cuánto habrá mejorado su situación si se queda en la granja dentro de cuatro años, cuando haya gastado todo su dinero, haya dejado que la granja se venga abajo, y deba la mitad del arrendamiento; aunque quizá tenga un marido fuerte y corpulento que la insulte y dé patadas a sus hijos.

—Sé muy bien lo que es una granja, señor, y podría decirse que crecí trabajando en una de ellas. Y la tía abuela de mi marido llevó una granja veinte años, e hizo testamento a favor de todos sus sobrinos y sobrinas, sin olvidarse de mi marido, que aún no había nacido.

—¡Psss...! Supongo que era una mujer de más de un metro ochenta, bizca y dominante: un hombre con enaguas. No una viuda de mejillas sonrosadas como usted, señora Hartopp.

—¡Qué va, señor! Jamás oí a nadie decir que fuera bizca; y dicen que podría haberse casado varias veces con hombres que no necesitaban su dinero.

—¡Ay, ay! Eso es lo que todas creen. Cuando un hombre las mira es porque desea casarse con ellas; y, cuantos más hijos y menos dinero tienen, más las quiere. Pero es

inútil hablar y llorar. Sé muy bien por qué hago las cosas, y nunca cambio de parecer. Lo que tiene que hacer es coger las mejores cabezas de ganado y buscar un pequeño lugar donde ir cuando deje La Hondonada. Y ahora vuelva al cuarto de la señora Bellamy y dígame que le prepararé un té con algo de comer.

La señora Hartopp, comprendiendo por el tono de *sir* Christopher que no debía molestarlo más, le hizo una pequeña reverencia y salió de la biblioteca, mientras el *baronet* se sentaba en su escritorio y procedía a escribir la siguiente carta:

Señor Markham:

No tome ninguna medida para alquilar Crowsfoot Cottage, pues tengo la intención de instalar allí a la viuda Hartopp cuando se marche de la granja. Si viene el sábado a las once de la mañana, nos acercaremos a caballo para ver qué reformas hay que hacer; y piense usted en el mejor modo de añadirle un poco de tierra a la casa, porque ella necesitará tener una vaca y algunos cerdos.

Sinceramente suyo,

CHRISTOPHER CHEVEREL

Después de tocar la campanilla y ordenar que enviaran la carta, *sir* Christopher salió de la casa y se encaminó hacia el grupo que se sentaba en el césped. Pero, al ver los cojines abandonados, se dirigió a la fachada este del edificio, donde, al lado de la majestuosa entrada y dando a la curva de grava, estaba el mirador del salón, desde el que se divisaba una gran extensión de césped ondulante, bordeado de árboles muy altos, que, aunque parecía unirse a los pastizales y a un camino cubierto de hierba a través de unos campos cultivados, terminaba a una gran distancia en el arco gótico de una verja de entrada. El mirador estaba abierto, y *sir* Christopher, al entrar, encontró a los amigos que buscaba examinando los progresos del techo inacabado. Era del mismo estilo gótico florido y de arco apuntado que el comedor, pero estaba decorado con una tracería más elaborada, que semejaba un bordado de piedra en distintos tonos muy delicados. Aproximadamente una cuarta parte seguía sin colorear, y debajo de ella había andamios, escaleras y herramientas; por lo demás, el amplio salón estaba vacío, y parecía un suntuoso dosel gótico para las cinco figuras humanas que estaban en el centro.

—Francesco ha avanzado un poco más estos últimos dos días —dijo *sir* Christopher, uniéndose al grupo—: es un holgazán, y seguro que tiene la habilidad de quedarse dormido de pie con el pincel en la mano. Pero tengo que espabilarle, o no podremos quitar los andamios antes de que llegue la novia... si demuestras ser un hábil general en tu cortejo, ¿eh, Anthony?, y tomas en seguida Magdeburg<sup>[45]</sup>.

—¡Ah, señor! Los asedios tienen fama de ser una de las operaciones más tediosas de la guerra —contestó el capitán Wybrow, sonriendo muy tranquilo.

—No cuando hay un traidor en casa bajo la forma de un corazón tierno. Y eso es lo que habrá si Beatrice tiene la dulzura, así como la belleza, de su madre.

—¿Qué le parece, *sir Christopher* —dijo *lady Cheverel*, que pareció sobresaltarse un poco ante los recuerdos de su marido—, poner la *Sibila* de Guercino encima de esa puerta cuando colguemos los cuadros? Está un poco perdida en mi sala de estar.

—Muy bien, amor mío —respondió *sir Christopher*, en un tono de cariño puntillosamente cortés—; si no te importa separarte de él, quedará de maravilla. Nuestros retratos de *sir Joshua* estarán enfrente del mirador, y la *Transfiguración* al final de esa pared. Como ves, Anthony, no estoy dejando ningún sitio bueno para ti ni para tu mujer. Colgaremos vuestros retratos al revés en la galería, y con el tiempo podréis vengaros de nosotros.

Mientras tenían esta conversación, el señor Gilfil se volvió hacia Caterina y dijo:

—La vista que hay desde esta ventana es la que más me gusta de la casa.

Ella no contestó, y él vio cómo las lágrimas asomaban a sus ojos.

—¿Por qué no andamos un poco? —añadió entonces—. *Sir Christopher* y *lady Cheverel* parecen ocupados.

Caterina accedió en silencio, y los dos bajaron por uno de los senderos de grava que conducían, después de mucho zigzaguear bajo árboles de gran altura y entre claros de hierba, hasta un hermoso jardín lleno de flores y rodeado por un muro. Caminaban en silencio, pues Maynard Gilfil sabía que los pensamientos de Caterina no estaban con él, y hacía mucho tiempo que la joven le obligaba a llevar la carga de un estado de ánimo que se cuidaba mucho de disimular ante los demás. Llegaron al jardín, y abrieron maquinalmente la verja que, a través de un seto ancho y alto, ofrecía a la vista una explosión de colores, la cual, después de las sombras de verdor que habían cruzado, pareció deslumbrarles como el fuego. El efecto se acentuaba con la ondulación del terreno, que descendía poco a poco desde la verja de entrada, y luego volvía a elevarse hasta el fondo del jardín, coronado con las arcadas que protegían los naranjos. Las flores brillaban con la luminosidad del atardecer; las verbenas y los heliotropos despedían el aroma del incienso. Era como una fiesta donde todo fuera felicidad y esplendor, y donde el sufrimiento no pudiera ser entendido. Ése era el efecto que causaba en Caterina. Mientras recorría sus senderos sinuosos entre los arriates dorados, azules y rosas, donde las flores parecían mirarla con asombrados ojos de elfo, sin saber lo que era el dolor, se apoderó de ella la sensación de soledad en su desdicha, y las lágrimas, que antes corrían lentamente por sus pálidas mejillas, empezaron a caer a chorros acompañadas de sollozos. Sin embargo, había un ser humano lleno de ternura a su lado, cuyo corazón suspiraba por el de ella, que era consciente de lo desgraciada que se sentía, así como de su imposibilidad de confortarla. Pues a la joven le disgustaba demasiado que sus deseos no coincidieran con los de ella, y que él lamentara más la insensatez de sus esperanzas que la probabilidad de que se vieran defraudadas, para dejar que él la consolara. Caterina, como todos nosotros, rehusaba cualquier muestra de simpatía



que pudiera encerrar cierta crítica, al igual que un niño rehúsa una golosina cuando teme que pueda ser una medicina.

—Mi querida Caterina, me parece oír voces —dijo el señor Gilfil—; puede que vengan hacia aquí.

Ella se sobrepuso como si estuviera acostumbrada a ocultar sus emociones, y corrió a toda prisa al otro extremo del jardín, donde pareció muy ocupada eligiendo una rosa. En ese momento entró *lady* Cheverel, apoyada en el brazo del capitán Wybrow, y seguida de *sir* Christopher. Los tres se detuvieron para admirar los geranios junto a la entrada; y, mientras tanto, Caterina regresó con paso grácil y un capullo de rosa de musgo en la mano, y, acercándose a *sir* Christopher, dijo:

—Tome, *padroncello*<sup>[46]</sup>, aquí tiene una rosa muy bonita para su ojal.

—¡Ah, miquito de ojos negros! —exclamó él, acariciándole cariñosamente la mejilla—. Ya veo que has salido corriendo con Maynard, no sé si para atormentarlo o para que se enamore un poco más de ti. Ven, ven, quiero que nos cantes *Ho perduto*<sup>[47]</sup> antes de que juguemos a las cartas. Ya sabes que Anthony se va mañana; tienes que lograr con tus trinos que se ponga sentimental para que haga un buen papel en Bath.

*Sir* Christopher colocó el bracito de Caterina bajo el suyo, e inició el regreso a casa diciéndole a *lady* Cheverel:

—¡Vamos, Henrietta!

Entraron todos en el salón, que, con su mirador, ocupaba el mismo lugar que la biblioteca en la otra ala, y que tenía también un techo plano cargado de blasones y tallas; pero ningún árbol lo ensombrecía y, al tener las paredes llenas de retratos de caballeros y damas vestidos de escarlata, blanco y dorado, no resultaba tan lúgubre como la biblioteca. Allí colgaba el retrato de *sir* Anthony Cheverel, quien, en el reinado de Carlos II, había restaurado el esplendor de la familia, que había sufrido cierto declive desde los gloriosos tiempos del Chevreuil que llegó a Inglaterra con el Conquistador<sup>[48]</sup>. Y lo cierto es que aquel *sir* Anthony era un personaje impresionante, con un brazo en jarras y una pierna adelantada con elegancia, obviamente con la mira puesta en la gratificación de sus contemporáneos y en la posteridad. Se le podría haber quitado la espléndida peluca y la capa escarlata, que llevaba por detrás de los hombros, sin minar la dignidad de su porte. Y había sabido elegir esposa, además, pues ésta, que estaba colgada enfrente de él —con el cabello castaño claro retirado con unos pasadores de su cara de expresión dulce y grave, y que le caía en dos grandes rizos sobre el cuello níveo y delicadamente formado, el cual deslucía el color y el contorno de su vestido de raso blanco—, era la madre perfecta de unos ricos herederos.

En este aposento se servía el té; y en él, todas las noches, con la misma regularidad con que el gran reloj del patio daba las nueve en un tono deliberadamente grave, *sir* Christopher y *lady* Cheverel se sentaban a jugar a las cartas hasta las diez y media, hora en que el señor Gilfil leía las oraciones a todos los habitantes de la casa

reunidos en la capilla.

Pero todavía no eran ni las nueve, y Caterina tenía que sentarse en el clavicémbalo y cantar las arias favoritas de *sir Christopher* del *Orfeo* de Gluck, una ópera que, para alegría de esa generación, se representaba entonces en los escenarios londinenses. Dio la casualidad de que esa noche, el sentimiento que presidía estas arias, *Che farò senza Eurydice?* y *Ho perduto il bel semblante*<sup>[49]</sup>, en las que el cantante expresa su añoranza del amor perdido, se acercaban mucho al estado de ánimo de Caterina. Pero su emoción, en vez de entorpecer su canto, le añadió un poder adicional. Cantar era lo que mejor hacía; lo único en que su superioridad era manifiesta, y en lo que probablemente destacaría sobre la beldad de cuna aristocrática que Anthony iba a cortejar; y el amor, los celos, el orgullo, la rebelión contra el destino, formaron un torrente de pasión que brotó en las notas sonoras y profundas de su voz. Era una contralto excepcional, y *lady Cheverel*, con su refinado gusto musical, había tenido el cuidado de impedir que abusara de sus posibilidades.

—Excelente, Caterina —dijo *lady Cheverel*, en la pausa que siguió a la maravillosa dulzura encadenada de *Che farò*—. Nunca lo habías cantado tan bien. ¡Una vez más!

La joven satisfizo su deseo; y luego llegó el *Ho perduto* que *sir Christopher* le pidió que repitiera, aunque el reloj diera en ese momento justo las nueve. Mientras la última nota moría, el caballero exclamó:

—¡Lo que vale este mico de ojos negros! Y ahora saca la mesa de naipes.

Caterina sacó la mesa y puso las cartas encima; luego, con la agilidad de sus movimientos de hada, se puso de rodillas y abrazó la pierna de *sir Christopher*. Él se inclinó, acarició su mejilla y sonrió.

—Caterina, no hagas el tonto —dijo *lady Cheverel*—. Me gustaría que te dejaras de pantomimas.

La muchacha se levantó de un salto, ordenó la partitura en el clavicémbalo, y después, al ver al *baronet* y a su mujer enfrascados en la partida de naipes, salió sin hacer ruido de la sala.

El capitán Wybrow había estado recostado cerca del clavicémbalo mientras ella cantaba, y el capellán se había desplomado en un sofá en el otro extremo del salón. Los dos cogieron ahora un libro. El señor Gilfil eligió el último número de *Gentleman's Magazine*; el capitán Wybrow, tendido en un diván junto a la puerta, abrió *Faublas*<sup>[50]</sup>; y reinó un silencio monacal en el salón que, diez minutos antes, vibraba con las notas apasionadas de Caterina.

Ésta se dirigió a través de los pasillos con arcadas, iluminados aquí y allí por pequeñas lámparas de aceite, hasta la escalera principal, que conducía directamente a la galería que recorría toda el ala este del edificio, donde tenía la costumbre de pasear cuando quería estar sola. La brillante luz de la luna entraba libre por las ventanas, envolviendo en extrañas luces y sombras los objetos heterogéneos que llenaban las largas paredes de estatuas griegas y bustos de emperadores romanos; vitrinas bajas

repletas de curiosidades, de la naturaleza o de un anticuario; pájaros tropicales y cornamentas; dioses hindúes y conchas singulares; espadas y puñales, y pedazos de cotas de malla; lámparas romanas y maquetas diminutas de templos griegos; y, por encima de todo esto, extraños retratos familiares: de niños y niñas, en otro tiempo la esperanza de los Cheverel, con el pelo rapado y las cabezas aprisionadas en gorgueras almidonadas; de damas marchitas con colorete, facciones rudimentarias y sofisticados tocados; de galantes caballeros con caderas altas, hombros altos y puntiagudas barbas pelirrojas.

Allí paseaban *sir* Christopher y su mujer los días lluviosos, y allí se jugaba al billar; pero, por las noches, todos lo abandonaban excepto Caterina... y, algunas veces, otra persona.

La joven iba de un lado a otro a la luz de la luna; y su semblante pálido y su delgada silueta vestida de blanco recordaban el fantasma de alguna antigua *lady* Cheverel que hubiera regresado para vislumbrar la luna.

Más adelante se detuvo frente al ancho ventanal que había sobre el pórtico, y contempló el extenso panorama de césped y árboles que se extendía frío y apesadumbrado a la luz de la luna.

De pronto, un hálito de calor y de rosas pareció flotar hacia ella, y un brazo le rodeó la cintura dulcemente, mientras una mano suave le cogía sus dedos diminutos. Caterina sintió una descarga eléctrica, y se quedó paralizada un buen rato; luego apartó de sí el brazo y la mano, y, dándose la vuelta, alzó la vista para mirar el rostro que se cernía sobre ella lleno de ternura y reproches. La inocencia del cervatillo había desaparecido de su expresión, que reflejaba la verdadera naturaleza de la pobre Caterina: amor apasionado y unos celos atroces.

—¿Por qué me alejas de ti, Tina? —preguntó el capitán Wybrow en un susurro—. ¿Estás enfadada conmigo por lo que un destino cruel me obliga a hacer? ¿Preferirías que desobedeciera a mi tío, que ha hecho tanto por los dos, en lo que más desea? Sabes que tengo unas obligaciones (los dos las tenemos) ante las que los sentimientos deben ser sacrificados.

—Sí, sí —dijo Caterina, dando una patada en el suelo y volviendo la cabeza—; no me digas lo que ya sé.

Había una voz en la cabeza de Caterina a la que jamás había dejado explayarse. La voz repetía sin cesar: «¿Por qué me empujó a enamorarme? ¿Por qué dejó que yo supiera que me amaba sabiendo que no podría arriesgarlo todo por mí?». Entonces el amor respondía: «Se dejó arrastrar por la pasión del momento, al igual que tú, Caterina; y ahora tienes que ayudarlo a obrar bien». Y la voz replicaba: «Era un asunto sin importancia para él. Le da lo mismo renunciar a ti. Enseguida se enamorará de esa hermosa mujer, y se olvidará de una pobre paliducha como tú».

Así era como el amor, la ira y los celos luchaban en esa joven alma.

—Además, Tina —continuó el capitán Wybrow con mayor dulzura—, no lo voy a conseguir. Seguro que la señorita Assher prefiere a otro; y ya sabes que estoy

decidido a fracasar. Volveré como un triste soltero... para encontrar quizá que te has casado ya con el guapo capellán, que está loco por ti. Al pobre *sir* Christopher se le ha metido en la cabeza que seas la mujer de Gilfil.

—¿Por qué dices eso? Lo que pasa es que no me quieres. Aléjate de mí.

—No nos separemos enfadados, Tina. Tal vez no pase nada. Hay muchas probabilidades de que nunca me case con nadie. Puede que estas palpitaciones acaben conmigo, y tú tengas la satisfacción de saber que jamás seré el novio de nadie. ¿Quién sabe lo que puede suceder? Quizá sea dueño de mí mismo antes de prometerme en sagrado matrimonio, y pueda elegir a mi pequeño pájaro cantor. ¿Por qué tenemos que afligirnos antes de tiempo?

—Es fácil hablar así cuando no se ama —contestó Caterina, con el rostro lleno de lágrimas—. Pase lo que pase luego, ahora es tan duro... Pero te da igual que sufra.

—¿Eso crees, Tina? —dijo Anthony con la mayor ternura, rodeando de nuevo su cintura con el brazo y atrayéndola hacia él.

La pobre Tina era esclava de su voz y de su tacto. Dolor y despecho, recuerdos y presentimientos se esfumaron; el pasado y el futuro se desvanecieron en la dicha del instante en que Anthony la besó en los labios.

«¡Pobre pequeña Tina! —pensó el capitán Wybrow—. Le haría tan feliz que fuera suyo. Pero está loca».

En ese momento, el vibrante son de una campanilla sacó a Caterina de su raptó de felicidad. Era la llamada para las oraciones en la capilla, y echó a correr, dejando que el capitán Wybrow la siguiera sin prisa.

Era un hermoso espectáculo ver a la familia reunida para rezar en la pequeña capilla, donde dos velas iluminaban débilmente las figuras arrodilladas. En la mesa estaba el señor Gilfil, con una expresión más seria de lo habitual. A su derecha, de hinojos en sus cojines de terciopelo rojo, estaban el señor y la señora de la casa, con su belleza dignificada por la edad. A su izquierda, la elegancia juvenil de Anthony y Caterina, con todo el sorprendente contraste de su colorido: él, con su exquisito perfil y su belleza rubia, como un dios del Olimpo; ella, morena y menuda, como una niña gitana cambiada por otra al nacer. Y luego estaban los criados, arrodillados en unos sacos forrados de rojo: las mujeres, encabezadas por la señora Bellamy, la pulcra y diminuta vieja ama de llaves, con una cofia blanca como la nieve y un delantal, y la señora Sharp, la doncella de *lady* Cheverel, de aspecto un poco avinagrado y atuendo ostentoso; y los hombres, por el señor Bellamy, el mayordomo, y el señor Warren, el venerable ayuda de cámara de *sir* Christopher.

Unas pocas oraciones breves del oficio vespertino era lo que leía habitualmente el señor Gilfil, que terminaba con esta sencilla petición: «Ilumina nuestra oscuridad».

Y después todos se levantaron, y los criados se volvieron para hacer una reverencia o inclinar la cabeza antes de salir. Los miembros de la familia regresaron al salón, se dieron las buenas noches y se retiraron cada uno a su aposento, donde, excepto dos de ellos, todos cogieron el sueño enseguida. Caterina se durmió llorando

después de que el reloj diera las doce. El señor Gilfil siguió despierto un rato más, pensando que Caterina estaría anegada en llanto.

El capitán Wybrow, tras despedir a su ayuda de cámara a las once, se quedó traspuesto en el acto; su cara parecía un hermoso camafeo en relieve sobre la almohada ligeramente hundida.

## Capítulo III

El capítulo anterior ha dado al lector exigente una noción aproximada de la situación que se vivía en Cheverel Manor en el verano de 1788. Ese verano, como sabemos, la gran nación francesa se veía agitada por ideas y pasiones encontradas, que no eran sino el principio de penalidades y sufrimientos. Y en el interior de nuestra pobre Caterina se había desatado también un terrible combate. El pobre pajarillo estaba empezando a batir las alas y estrellar en vano su dulce pecho contra los barrotes de hierro de lo inevitable; y nosotros vemos con demasiada claridad el peligro de que, si esa agonía aumentaba en lugar de aplacarse, el palpitante corazón acabase herido de muerte.

Entretanto, si, como espero, sientes algún interés por Caterina y sus amigos de Cheverel Manor, quizá te estés preguntando cómo llegó allí. ¿Cómo era posible que esa muchacha menuda y de ojos oscuros, cuya cara sureña evocaba inmediatamente colinas cubiertas de olivos y altares iluminados por cirios, tuviera su hogar en aquella imponente casa solariega inglesa, al lado de una matrona rubia como *lady* Cheverel? Era casi como encontrar un colibrí posado en uno de los olmos del parque, junto a la paloma buchona más bonita de esa aristócrata. ¡Hablando un inglés perfecto, además, y rezando oraciones protestantes! Seguro que la habían adoptado y llevado a Inglaterra cuando era muy pequeña. Y ésa era la respuesta.

Durante su último viaje a Italia, quince años antes, *sir* Christopher y su mujer habían residido algún tiempo en Milán, donde *sir* Christopher, que era un enamorado de la arquitectura gótica, y tenía entonces el proyecto de convertir su fea mansión familiar de ladrillo en un ejemplo de casa solariega gótica, se dedicaba a estudiar los detalles de ese milagro de mármol: la catedral. Allí *lady* Cheverel, al igual que en otras ciudades italianas en las que su estancia era prolongada, contrató a un *maestro* para que le diera lecciones de canto, pues, además de un gusto musical muy refinado, tenía una bonita voz de soprano. En aquel tiempo la gente muy rica utilizaba partituras manuscritas, y muchos hombres que no se parecían a Jean-Jacques<sup>[51]</sup> en nada más, se ganaban el sustento como él *a copier la musique a tant la page*. Como *lady* Cheverel necesitaba este servicio, el maestro Albani prometió enviarle a un *poveraccio* que conocía, cuyos manuscritos eran los más limpios y correctos. Desgraciadamente, el *poveraccio* no estaba siempre bien de la cabeza, por lo que a veces era un poco lento; pero sería una obra de caridad cristiana digna de la hermosa *signora* dar trabajo al pobre Sarti.

Al día siguiente, la señora Sharp, entonces una lozana criada de treinta y tres años, entró en el aposento privado de su señora y le dijo:

—Perdone, *milady*, pero el hombre más sucio y andrajoso del mundo está en la puerta, y le ha dicho al señor Warren que el maestro de canto le ha enviado para ver a la señora. Pero no creo que quiera que lo traiga aquí. Tiene pinta de ser solo un

mendigo.

—Oh, sí, hazle pasar inmediatamente.

La señora Sharp se retiró, murmurando algo sobre «pulgas y algo peor». No podía admirar menos a la bella Ausonia<sup>[52]</sup> y a sus nativos, y ni su profundo respeto por *sir Christopher* y su mujer le impedía expresar su asombro de que las personas nobles tuvieran el capricho de vivir «entre papistas, en unos países donde no servía de nada airear la ropa blanca, y donde la gente olía a ajo que tumbaba de espaldas».

No obstante, reapareció enseguida acompañada de un hombre flaco y menudo, cetrino y sucio, con expresión inquieta en sus ojos sin brillo, y una timidez exagerada en sus profundas reverencias, por lo que parecía un hombre que hubiera estado mucho tiempo aislado en una prisión. Y, sin embargo, a pesar de toda su miseria y su mugre, se adivinaba en él cierta juventud y el rastro de una anterior belleza. *Lady Cheverel*, aunque no era una persona cariñosa, y mucho menos sentimental, era esencialmente buena, y le gustaba prodigar favores como una diosa que, desde las alturas, mira con benevolencia a los cojos, tullidos y ciegos que se acercan a su altar. Sintió cierta compasión al ver al pobre Sarti, que le recordó a un pecio destrozado que hubiera flotado alegremente al iniciar su travesía entre la música de tambores y gaitas. Le indicó amablemente la selección operística que deseaba que le copiara; y su radiante presencia pareció infundir nuevos bríos a su visitante, que, cuando salió con las partituras bajo el brazo, le hizo una reverencia menos tímida, aunque igual de respetuosa.

Sarti llevaba diez años sin ver nada tan luminoso, señorial y bello como *lady Cheverel*. Pues estaba lejos la época en que había pisado las tablas vestido de satén y con un tocado de plumas, como *primo tenore* de una breve temporada. Había perdido completamente la voz el invierno siguiente, y desde entonces había sido poco más que un violín roto, que solo sirve para hacer fuego. Pues, al igual que muchos cantantes italianos, era demasiado ignorante para dar clases; y, de no haber sido por su excelente caligrafía, su joven y desvalida mujer y él habrían muerto de hambre. Después de que naciera su tercer hijo, unas fiebres se llevaron a la agotada madre y a los dos niños mayores, y atacaron también al pobre Sarti, que abandonó su lecho de enfermo con el cerebro y los músculos debilitados, y un bebé diminuto en los brazos, de apenas cuatro meses de edad. Se alojaba encima de la frutería de una mujer corpulenta, gritona y de carácter iracundo, pero que había tenido hijos, y que se ocupó de la pequeña *bambinetta* de tez amarillenta y ojos negros, además de atender a Sarti durante su enfermedad. Y allí continuaba viviendo, logrando a duras penas que su hijita y él subsistieran gracias al trabajo de copiar música, que le conseguía sobre todo el maestro Albani. Sarti parecía existir únicamente para la niña: la cuidaba, la mimaba, se pasaba la vida con ella en la habitación sobre la frutería, y solo le pedía a su casera que se ocupara de la criatura cuando se ausentaba brevemente para recoger el trabajo y llevárselo a casa. Los clientes que frecuentaban la frutería veían a menudo a la pequeña Caterina sentada en el suelo con las piernas

sobre un montón de guisantes que le encantaba desparramar; o metida quizá, como un gatito, en una gran cesta, a salvo de cualquier peligro.

Algunas veces, sin embargo, Sarti dejaba a su hijita con otra clase de protectora. Era un hombre muy devoto, y tres días a la semana iba a rezar a la gran catedral llevándose a Caterina con él. En ese lugar, cuando el sol de la mañana calentaba desde gran altura la miríada de pináculos resplandecientes del exterior, luchando contra la oscuridad descomunal que reinaba dentro, se podía ver la sombra de un hombre con una criaturita en brazos que avanzaba a paso ligero entre las sombras más estacionarias de las columnas y los parteluces, y se dirigía hacia una pequeña virgen con purpurina que colgaba en un rincón apartado cerca del coro. Entre todas las cosas sublimes de la enorme catedral, el pobre Sarti había elegido esa virgen con purpurina como símbolo de misericordia divina y protección; del mismo modo que un niño, al ver un gran paisaje, hace caso omiso del esplendor de bosques y cielos, y concentra su atención en una pluma que flota en el aire o un insecto que pasa ante su vista. Y era allí donde Sarti rezaba, dejando a Caterina en el suelo a su lado; y, alguna que otra vez, cuando la catedral estaba cerca de algún sitio donde requerían sus servicios, y no quería llevar a la pequeña, la dejaba delante de la virgen con purpurina, donde se quedaba sentada, sumamente tranquila, distrayéndose con el ruidito de sus balbuceos y el balanceo de su cuerpo diminuto. Y, cuando Sarti volvía, siempre encontraba que la Santísima Madre había cuidado muy bien a Caterina.

Ésa era de manera resumida la historia de Sarti, que hizo tan bien el trabajo que le había encargado *lady* Cheverel que ésta volvió a enviarle a casa con nuevas partituras. Pero empezaron a pasar las semanas y Sarti ni apareció ni envió la música que se le había confiado. *Lady* Cheverel empezó a preocuparse, y un día en que se preparaba para salir en carruaje, pensando en enviar a Warren para que preguntara en la dirección de Sarti, el ayuda de cámara le entregó un trocito de papel que, según dijo, había dejado para ella un hombre con un carro de fruta. En el papel había solo dos líneas temblorosas, en italiano:

¿Tendría la *Eccelestissima*, por el amor de Dios, compasión de un moribundo, e iría a verlo?

*Lady* Cheverel reconoció la letra de Sarti, a pesar de su falta de firmeza, y, bajando a su carruaje, ordenó al cochero milanés que la llevara a la Strada Quinquagesima número 10. El vehículo se detuvo en un callejón estrecho y sucio frente a la frutería de la Pazzini, donde un voluminoso espécimen de mujer apareció rápidamente en la puerta, para gran disgusto de la señora Sharp, que comentó en privado al señor Warren que la Pazzini era «una vaca horrible». La frutera, sin embargo, dedicó toda clase de sonrisas y reverencias a la *Eccelestissima*, que, al no entender demasiado bien su dialecto milanés, abrevió la conversación pidiéndole que la llevara cuanto antes con el *signor* Sarti. La Pazzini subió delante de ella una



escalera oscura y estrecha, y abrió una puerta por la que le rogó que entrara. Justo enfrente de la puerta yacía Sarti, en un camastro en el suelo. Tenía los ojos vidriosos, y ningún movimiento indicó que fuera consciente de su llegada.

Al pie de la cama estaba sentada una niña diminuta, que no parecía tener ni tres años de edad, con una capota de lino en la cabeza y unas botas de cuero en los pies, sobre las que aparecían desnudas sus piernecitas esqueléticas y amarillas. Un vestido, confeccionado con lo que en otro tiempo había sido una alegre seda floreada, era la única otra prenda que llevaba. Sus grandes ojos oscuros brillaban en medio de su extraña carita, como dos piedras preciosas en una imagen grotesca tallada en viejo marfil. Tenía un frasco de medicinas vacío en la mano, y se divertía poniendo el tapón de corcho y quitándolo de nuevo para oír su chasquido.

La Pazzini se acercó a la cama y dijo:

—*Ecco la nobilissima dona.*

Pero inmediatamente gritó:

—¡Virgen santísima! ¡Está muerto!

Era cierto. La nota se había enviado demasiado tarde para que Sarti pudiera poner en práctica su proyecto de pedir a la gran dama inglesa que cuidara de su Caterina. Ésa era la idea que había atormentado su débil cerebro desde que empezó a temer que su enfermedad fuera mortal. Ella tenía dinero, y era buena; seguro que hacía algo para ayudar a la pobre huérfana. Y así, finalmente, envió aquel trocito de papel que hizo que su plegaria fuera atendida, aunque él no viviera para pronunciarla. *Lady Cheverel* dio a la Pazzini una cantidad para pagar un decoroso entierro al finado, y se llevó a Caterina, con la intención de preguntar a *sir Christopher* qué debían hacer con ella. Incluso la señora Sharp sintió tanta pena ante la escena que presenció cuando le pidieron que subiera a por la niña que se le saltaron las lágrimas, aunque ella no fuera nada propensa a esas flaquezas; lo cierto es que se abstenía de llorar por una cuestión de principios, porque, como decía a menudo, se sabía que era lo peor del mundo para los ojos.

En el camino de vuelta al hotel, *lady Cheverel* consideró los distintos planes que se podían hacer con Caterina, pero al final uno de ellos aventajó a los demás. ¿Por qué no se llevaban a la niña a Inglaterra y la educaban allí? Llevaban casados doce años, pero ninguna voz infantil alegraba *Cheverel Manor*, y a la antigua mansión le sentaría bien un poco de esta música. Además, sería una obra cristiana convertir a aquella pequeña papista en una buena protestante, e injertar toda la fruta inglesa posible en el tallo italiano.

*Sir Christopher* escuchó su plan encantado. Le gustaban mucho los niños, y se encariñó enseguida con el mico de ojos negros, como llamó a Caterina toda su corta vida. Pero ni a él ni a *lady Cheverel* se les ocurrió adoptarla como hija, ni darle el mismo rango que ellos en la vida. Eran demasiado ingleses y aristocráticos para pensar en algo tan romántico. ¡No! La niña crecería en *Cheverel Manor* como una protegida de la familia, para acabar siendo útil, quizá, haciendo ovillos de estambre,

llevando las cuentas y leyendo en voz alta, además de servir de gafas cuando los ojos de *milady* vieran borroso.

Así que la señora Sharp tuvo que comprar ropa nueva que sustituyera la capota de lino, el vestido floreado y las botas de cuero; y entonces, aunque parezca extraño, la pequeña Caterina, que había vivido sin ser consciente de tantas desgracias en su existencia de treinta lunas, empezó a pasar conscientemente malos ratos. «La ignorancia —dice Áyax— es un mal indoloro<sup>[53]</sup>»; y lo mismo podría decirse de la suciedad, teniendo en cuenta la felicidad de los semblantes que la acompañan. En cualquier caso, la limpieza es a veces un bien doloroso, como puede corroborar cualquiera al que haya lavado la cara de malos modos una mano despiadada con un anillo de oro en el dedo corazón. Si tú, lector, no has conocido ese tormento iniciático, es inútil esperar que te hagas una idea aproximada de lo que Caterina tuvo que sufrir en la primera sesión de agua y jabón que le dio la señora Sharp. Afortunadamente, este purgatorio no tardó en verse asociado en su pequeño cerebro con el paso directo a la felicidad suprema: el sofá de la sala de estar de *lady* Cheverel, donde había juguetes que romper, se cabalgaba en las rodillas de *sir* Christopher, y un spaniel de carácter resignado se dejaba torturar un poco sin rechistar.

## Capítulo IV

Tres meses después de la adopción de Caterina, concretamente a finales del otoño de 1773, las chimeneas de Cheverel Manor humeaban de un modo desacostumbrado, y los criados esperaban nerviosos el regreso de sus señores después de una ausencia de dos años. El asombro de la señora Bellamy, el ama de llaves, no pudo ser mayor cuando el señor Warren sacó en brazos del carruaje a una pequeña de ojos negros; y tampoco pudo ser mayor el sentimiento de superioridad, en cuanto a información y experiencia, de la señora Sharp mientras detallaba aquella noche la historia de Caterina, salpicada de abundantes comentarios, a los demás sirvientes de categoría, mientras tomaban juntos un delicioso vaso de ponche en el cuarto del ama de llaves.

Nadie habría podido desear, para reunirse una fría noche de noviembre, una estancia más acogedora. La chimenea por sí misma era un espectáculo: un hueco ancho y profundo con una meseta baja de ladrillo en el medio, donde unos leños enormes de madera seca lanzaban una miríada de chispas que ascendían por el oscuro tiro; y, sobre la parte delantera de este hueco, había un gran friso de madera con este lema delicadamente tallado en antiguas letras inglesas: «Temed a Dios y honrad al rey<sup>[54]</sup>». Y más allá del grupo que formaba una media luna con las sillas y una mesa llena de vituallas, ¡qué espacio de claroscuro para deleite de la imaginación! En el otro extremo del cuarto se extendía una mesa de roble, lo bastante alta para los dioses de Homero, que sostenían cuatro patas macizas con protuberancias dignas de una urna esculpida. Y, bordeando la pared más lejana, alacenas enormes que sugerían mermelada de albaricoque sin fin y unos beneficios exagerados del carnicero. Un par de cuadros desechados habían encontrado su lugar allí, y formaban dos agradables manchas de color marrón oscuro en las paredes pintadas de *beige*. Muy por encima de la ruidosa puerta doble colgaba uno de ellos que, según ciertos detalles del rostro que surgía de la oscuridad, podía considerarse, haciendo un gran esfuerzo de síntesis, un retrato de María Magdalena. Bastante más abajo colgaba lo que parecía un sombrero de plumas, con partes de una gorguera, que, según la señora Bellamy representaba a *sir Francis Bacon*, que había inventado la pólvora y, en su opinión, «podría haberse dedicado a algo mejor<sup>[55]</sup>».

Pero esa noche apenas despertó interés el gran Verulam<sup>[56]</sup>, y el ambiente invita a considerar menos interesante a un filósofo muerto que a un jardinero vivo, que se sienta visiblemente en el semicírculo al amor de la lumbre. El señor Bates es un huésped habitual del ama de llaves por las noches, ya que prefiere los placeres sociales —el banquete de los chismes y la abundancia del ponche<sup>[57]</sup>— a la silla de soltero en su encantadora cabaña con el tejado de brezo en una pequeña isla, donde todos los ruidos son lejanos, excepto los graznidos de los grajos y los gritos de los gansos salvajes, ruidos cargados de poesía sin duda, pero, desde el punto de vista humano, muy poco cordiales.

El señor Bates no era en absoluto una persona corriente que pudiera pasar desapercibida. Era un fornido hombre de Yorkshire, de casi cuarenta años, cuyo semblante parecía haber coloreado la naturaleza en un momento en que tenía prisa y no podía andarse con *sutilezas*, pues cada milímetro visible por encima de su corbatín era completamente rojo; y así, cuando se encontraba a cierta distancia, la imaginación de uno era libre de colocar sus labios en cualquier lugar entre la nariz y la barbilla. Desde más cerca, se veía que sus labios eran inconfundibles, y supongo que eso tenía mucho que ver con la peculiaridad de su dialecto, que, como veremos, era individual más que regional. El señor Bates se distinguía también de la gran masa por el parpadeo continuo de sus ojos; y este detalle, unido a la rubicundez de su piel, y al modo en que inclinaba la cabeza hacia delante, sin dejar de balancearla mientras andaba, le hacía parecer un Baco con delantal azul, que, dada la precariedad del Olimpo en esos días, se ocupara personalmente de sus vinos. Pero, al igual que los glotones son a menudo delgados, los hombres sobrios en la bebida son a menudo rubicundos; y el señor Bates lo era, con esa sobriedad tan varonil, británica y clerical que permite beber unos cuantos vasos de ponche sin que se clarifiquen perceptiblemente las ideas.

—¡Que me aspen si entiendo algo! —exclamó el señor Bates, que, al terminar la narración de la señora Sharp, sintió la necesidad de soltar un juramento—. Nunca imaginé que *sir* Christopher y *lady* Cheverel volvieran con una niña extranjera; y bueno, no sé si viviremos para verlo, pero seguro que esto acaba mal. La primera vez que vi algo parecido fue en una antigua abadía, con el huerto más grande de manzanas y peras que hayáis visto en la vida. Había un ayuda de cámara francés, y robaba medias de seda, camisas, anillos, y todo aquello a lo que podía poner la mano encima; y al final huyó con el joyero de la señora. Estos extranjeros son todos iguales. Lo llevan en la sangre.

—Vaya —dijo la señora Sharp, con el aire de una persona que, pese a tener ideas liberales, supiera dónde estaba el límite—, no seré yo quien defienda a los extranjeros, pues tengo motivos de sobra para saber cómo son, y siempre diré que se parecen muchísimo a los paganos, y que el aceite con que cocinan solo puede revolverle el estómago a un cristiano. Pero, a pesar de esto, y de que me ha tocado lavar y cuidar a la pequeña durante todo el viaje, creo que *milady* y *sir* Christopher han hecho una buena obra al traer a esta niña, tan inocente que no sabe ni cuál es su mano derecha, a un lugar donde dejará de hablar ese galimatías y será educada en la religión verdadera. En cuanto a esas iglesias extranjeras que, no entiendo por qué, hacen perder la cabeza a *sir* Christopher, con imágenes de hombres y mujeres que se muestran tal como Dios los trajo al mundo, tengo para mí que es casi pecado entrar en ellas.

—Pues me temo que vais a tener más extranjeros —dijo el señor Warren, que disfrutaba buscando las cosquillas al jardinero—: *sir* Christopher ha contratado a varios italianos para ayudar en las reformas de la casa.

—¿Reformas? —exclamó la señora Bellamy, espantada—. ¿Qué reformas?

—Bueno —respondió el señor Warren—, *sir Christopher*, por lo que sé, va a hacer grandes cambios en la vieja casa solariega, tanto por dentro como por fuera. Y van a llegarle unos portafolios llenos de planos y dibujos. Piensa revestir la fachada de piedra, siguiendo el estilo gótico... muy parecido a las iglesias, según tengo entendido; y los techos superarán a todo cuanto se haya visto en el país. *Sir Christopher* ha estudiado a fondo el asunto.

—¡Santo cielo! —exclamó la señora Bellamy—. Habrá yeso y cal por todas partes, y tendremos la casa llena de obreros enredándose con las criadas y creando toda clase de problemas.

—Apuesto a que tiene razón, señora Bellamy —dijo el señor Bates—. Pero reconozco que el estilo gótico es muy bonito, y es maravilloso ver piñas, tréboles y rosas tallados de ese modo en la piedra. Supongo que *sir Christopher* hará algo precioso en la casa; y no habrá muchas mansiones en la región que se le parezcan, con un jardín, unas praderas de césped y unos frutales de los que el rey Jorge<sup>[58]</sup> se sentiría orgulloso.

—Bueno, no creo que la casa pueda estar mejor que ahora, gótica o no gótica —dijo la señora Bellamy—; y tres semanas antes de Michaelmas<sup>[59]</sup> hizo catorce años que empecé a hacer encurtidos y conservas en ella. Pero ¿qué opina la señora?

—La señora tiene demasiado buen juicio para llevar la contraria a *sir Christopher* —señaló el señor Bellamy, molesto por el tono crítico de la conversación—. *Sir Christopher* se saldrá con la suya, de eso podéis estar seguros. Y es justo que sea así. Es un caballero desde la cuna, y tiene dinero. Pero vamos, señor Bates, llene su vaso y beberemos a la salud de él y de *lady Cheverel*, y luego nos cantará usted una canción. *Sir Christopher* no regresa de Italia todas las noches.

Una situación tan innegable fue considerada sin vacilaciones un buen motivo para brindar; pero el señor Bates, convencido, al parecer, de que su canción no era una secuencia tan lógica, hizo caso omiso de la segunda parte de la propuesta del señor Bellamy. Así que la señora Sharp, a quien habían oído decir que no pensaba casarse con el señor Bates, aunque fuera el hombre más sensato y con la tez más sonrosada que muchas mujeres pudieran pescar, repitió la petición del señor Bellamy.

—Vamos, señor Bates, cántenos *La mujer de Roy de Aldivalloch*<sup>[60]</sup>. Prefiero escuchar una buena canción tradicional a todas esas elegantes tonadas italianas.

El señor Bates, apremiado de forma tan halagüeña, metió los pulgares en la sisa del chaleco, se echó para atrás en la silla con la cabeza en una posición que le permitiera mirar directamente hacia el cenit, y empezó a cantar *La mujer de Roy de Aldivalloch* con una técnica de *staccato* memorable. El defecto de esta melodía es ser demasiado repetitiva, pero eso precisamente la hacía más recomendable para aquel auditorio, que así encontraba más fácil unirse al estribillo. Tampoco disminuía para nada su placer que el único detalle sobre la mujer de Roy que la dicción del señor Bates les permitía entender era que «lo había engañado»; mientras que todo lo

relacionado con las hortalizas u otros productos del jardín, o por qué aquel nombre se repetía con júbilo, seguía siendo un bonito misterio.

La canción del señor Bates fue el punto culminante de una velada llena de camaradería, y el grupo no tardó en dispersarse; es posible que la señora Bellamy soñara con cal viva volando entre sus cacerolas de confitura, o criadas con mal de amores que olvidaban barrer rincones; y que la señora Sharp se recrease en la visión de un gobierno doméstico independiente en la cabaña del señor Bates, sin campanillas a las que responder, y con frutas y verduras *ad libitum*.

Caterina no tardó en acabar con todos los prejuicios en contra de su sangre extranjera; pues ¿qué prejuicios se pueden tener contra unos balbuceos entrecortados y desvalidos? Se convirtió en la mascota más querida de la casa, y relegó al sabueso favorito de *sir* Christopher en aquel tiempo, a los dos canarios de la señora Bellamy y a la gallina Dorking<sup>[61]</sup> más grande del señor Bates a una posición meramente secundaria. De ahí que, en el transcurso de un día de verano, pasara por un gran ciclo de experiencias, que empezaba en su cuarto con la benevolencia un tanto agria de la disciplina de la señora Sharp. Luego venían el lujo y la gravedad de la sala de estar de *lady* Cheverel, y, tal vez, la dignidad de cabalgar en las rodillas de *sir* Christopher, seguida a veces de una visita en su compañía a los establos, donde Caterina aprendió en rápidamente a no llorar por los ladridos de los sabuesos encadenados, y a decir, con ostentosa valentía, sin soltar la pierna de *sir* Christopher:

—No *hasen* nada a Tina.

Después la señora Bellamy salía quizá a coger pétalos de rosa y lavanda, y Tina se sentía feliz y orgullosa porque le dejaba llevar un puñado en el delantal; y más feliz todavía cuando los esparcían sobre unas sábanas para que se secaran, pues así podía sentarse en medio como una rana y dejar que cayera sobre ella aquella lluvia aromática. Otro de sus placeres más frecuentes era hacer una excursión con el señor Bates por el huerto y los invernaderos, donde abundantes racimos de uvas verdes y moradas colgaban del techo, muy lejos del alcance de la diminuta mano amarilla que trataba de alcanzarlos; aunque estuviera segura de acabar consiguiendo una fruta deliciosa o una flor perfumada. Lo cierto es que, en la interminable y monótona ociosidad de aquella mansión campestre, siempre había alguien que no tenía nada mejor que hacer que jugar con Tina. De modo que el pajarillo del sur encontró su nido del norte revestido de ternura, mimos y cosas bonitas. Una naturaleza sensible y cariñosa, con una educación así, tenía muchas posibilidades de volverse demasiado frágil para enfrentarse con éxito a cualquier experiencia más dura; y más en este caso en que existían unos destellos de resistencia feroz a cualquier disciplina que tuviera un lado severo o poco afectuoso. Pues en lo único que Caterina se mostró precoz fue en un cierto ingenio para la venganza. A los cinco años se vengó de una prohibición molesta llenando de tinta el costurero de la señora Sharp; y en una ocasión, cuando *lady* Cheverel le quitó una muñeca porque, con sus cariñosos lametones, le estaba quitando la pintura de la cara, la muy pícara se subió al instante en una silla y tiró un

jarrón con su soporte. Ésta fue casi la única vez que su ira fue mayor que su temor reverencial a *lady* Cheverel, que ejercía un ascendiente sobre ella más ligado a una ternura que nunca se deshace en caricias y es severa aunque uniformemente benéfica.

Con el tiempo, la feliz monotonía de Cheverel Manor se vio interrumpida justo como el señor Warren había anunciado. Los caminos que recorrían las tierras se vieron cortados por los carros que traían la piedra de una cantera vecina, el patio cubierto de hierba se llenó de polvo con la cal, y la apacible casa vibró con el ruido de las herramientas. Los diez años siguientes *sir* Christopher se dedicó a la metamorfosis arquitectónica de la vieja mansión familiar; adelantándose así, impulsado por su gusto personal, a esa reacción general que llevó de la anodina imitación del estilo palladiano a la restauración del gótico, y que caracterizó el final del siglo XVIII. Ése era el objetivo en el que había puesto todo su empeño, con una determinación que contemplaban, no sin cierto desdén, sus vecinos cazadores de zorros, a los que sorprendía sobremanera que un hombre con una de las mejores sangres de Inglaterra en las venas fuera tan tacaño como para ahorrar en su bodega, y reducir su caballeriza a dos viejos caballos de tiro y un jamelgo, en aras de cabalgar sobre una afición y jugar a ser arquitecto. Sus mujeres no encontraban nada muy reprochable en el asunto de la bodega y los establos, pero mostraban con elocuencia su pesar por la pobre *lady* Cheverel, que tenía que vivir solo en tres habitaciones a la vez, entre ruidos molestos y dolores malsanos que minaban su constitución. Era igual de horrible que tener un marido con asma. ¿Por qué no alquilaba *sir* Christopher una casa en Bath para ella, o, al menos, si él tenía que supervisar el trabajo de los obreros, algún lugar cerca de Cheverel Manor? Pero su compasión era gratuita, como lo es siempre la compasión más desbordante; pues, aunque *lady* Cheverel no compartía el entusiasmo arquitectónico de su marido, tenía una visión demasiado rigurosa de los deberes de una mujer casada, y un respeto demasiado profundo por *sir* Christopher, para considerar la sumisión un motivo de queja. En cuanto a *sir* Christopher, era completamente indiferente a las críticas. «¡Qué hombre tan testarudo y malhumorado!», decían sus vecinos. Pero yo, que he visto Cheverel Manor, tal como se la dejó a sus herederos, prefiero atribuir su inquebrantable determinación arquitectónica a cierto fervor de genio, así como a una voluntad inflexible; y, al recorrer esas estancias, con sus techos majestuosos y sus escasos muebles, que reflejaban cómo el dinero de más lo absorbían cosas que no tenían nada que ver con la comodidad, he tenido la sensación de que en aquel viejo *baronet* inglés había un poco de ese espíritu sublime que diferencia el arte del lujo, y es capaz de sacrificarse por la belleza.

Mientras Cheverel Manor pasaba de la fealdad a la hermosura, Caterina dejó de ser una niña amarillenta para convertirse en una muchacha más pálida y sin una gran belleza, pero a la que su gracilidad, sus grandes y expresivos ojos negros, y una voz que, en su ternura grave, recordaba a las notas de amor de una paloma zurita, volvían especialmente encantadora. A diferencia del edificio, sin embargo, la

evolución de Caterina no era el resultado de ningún plan metódico y estudiado. Crecía como las primulas, que al jardinero le da igual ver dentro de su recinto, pero no se molesta en cultivar. *Lady Cheverel* le enseñó a leer y a escribir, y también el catecismo; el señor Warren, que era un buen contable, le dio clases de aritmética, siguiendo los deseos de *lady Cheverel*; y la señora Sharp la inició en todos los misterios de la aguja. Pero, durante mucho tiempo, nadie pensó en darle una educación más sólida. Es muy probable que, hasta el día de su muerte, Caterina pensara que la tierra no se movía, y que el sol y las estrellas daban vueltas a su alrededor; pero lo mismo les ocurrió a Helena, y a Dido, y a Desdémona, y a Julieta; así que espero que mi Caterina no te parezca menos digna de ser una heroína. Lo cierto es que, con una excepción, su única cualidad era ser cariñosa; y es posible que las mujeres más astronómicas no pudieran superarla en eso. Aunque fuera una huérfana y una protegida, esta cualidad pudo cultivarla con creces en *Cheverel Manor*; y Caterina tenía más gente a la que querer que muchas damas y caballeros sin importancia llenos de tazas de plata y parientes. Creo que el primer rincón de su corazón infantil se lo entregó a *sir Christopher*, pues las niñas pequeñas son propensas a encariñarse con los caballeros más guapos que tienen a mano, sobre todo cuando éstos no saben nada de disciplina. Después del *baronet* estaba Dorcas, la joven alegre y de mejillas sonrosadas que hacía de lugarteniente de la señora Sharp en el cuarto de jugar, cumpliendo así el papel de uva pasa en una dosis de purgante. Fue un día aciago para Caterina cuando Dorcas se casó con el cochero y se marchó, con una gran sensación de haber ascendido en la vida, a llevar una taberna en la ruidosa ciudad de Slopetter. Una cajita de porcelana, con el lema: «Aunque ya no estés, mi memoria no te olvida», que Dorcas le envió de recuerdo, seguía entre los tesoros de Caterina diez años después.

El único otro talento excepcional que atesoraba, como ya habrás adivinado, era la música. Cuando el hecho de que Caterina tenía un oído prodigioso para la música llamó la atención de *lady Cheverel*, tanto ella como *sir Christopher* se entusiasmaron con el descubrimiento. Su educación musical se convirtió enseguida en un objeto de interés. *Lady Cheverel* le dedicó mucho tiempo; y, al ver que los progresos de Tina eran mucho más rápidos de lo esperado, contrataron a un maestro de canto italiano que, durante años, pasó varios meses con ella en *Cheverel Manor*. Este don inesperado supuso un gran cambio en la posición de Caterina. Después de esos primeros años en que las niñas son mimadas como si fueran cachorritos o gatitos, llega un período en el que no resulta tan obvio para qué pueden valer, sobre todo cuando, como en el caso de Caterina, su inteligencia y su belleza no son especialmente prometedoras; y no es raro que en esa etapa tan anodina nadie se preocupara de organizar su futuro. Siempre podría ayudar a la señora Sharp, suponiendo que no sirviera para otra cosa, mientras crecía; pero ahora, ese singular talento para el canto le granjeó el cariño de *lady Cheverel*, que amaba la música por encima de todas las cosas, y la vinculó inmediatamente a los placeres del salón.



Imperceptiblemente, llegó a ser una más de la familia, y los criados empezaron a comprender que la señorita Sarti sería una dama después de todo.

—Y una dama como Dios manda —dijo el señor Bates—, porque no me la imagino yo ganándose el pan con las manos; y es que es tan suave y delicada como una flor de melocotón... casi como un jilguero, con un cuerpo en el que solo le cabe la voz.

Pero, mucho antes de que Tina llegara a esta fase de su vida, comenzó para ella una nueva era con la llegada del amigo más joven que había conocido hasta entonces. Cuando no tenía más de siete años, un pupilo de *sir* Christopher —un chico de quince años llamado Maynard Gilfil— empezó a pasar las vacaciones en Cheverel Manor, donde no encontró ningún compañero de juegos que le gustara tanto como Caterina. Maynard era un muchacho afectuoso, aficionado a los conejos blancos, a las ardillas domésticas y a las cobayas, quizá un poco mayor para entretenerse así, pues a esa edad los jóvenes caballeros suelen encontrar pueril esa clase de diversiones. También le gustaba mucho pescar, y la ebanistería, como una de las bellas artes, desligada por completo de cualquier utilidad. Y en todos estos placeres le encantaba tener la compañía de Caterina, llamarla con toda clase de apodos cariñosos, contestar a sus preguntas llenas de asombro, y verla trotar detrás de él, al igual que un spaniel Blenheim tras un enorme setter. Siempre que Maynard regresaba al colegio, se repetía la misma escena de despedida:

—No te olvidarás de mí antes de que vuelva, ¿verdad, Tina? Te dejaré toda la cuerda trenzada que hemos hecho; y no dejes que se muera el conejillo de Indias. Vamos, dame un beso, y prométeme que te acordarás de mí.

Con el paso de los años, Maynard dejó el colegio para ir a la universidad, y el muchachito delgado se convirtió en un joven fornido; y la camaradería de ambos en las vacaciones inevitablemente se transformó, aunque conservara la familiaridad de unos hermanos. En el caso de Maynard, el cariño infantil había llegado a ser, de un modo inconsciente, un amor apasionado. Entre todas las clases de primer amor, el que comienza entre juegos infantiles es el más fuerte y duradero: cuando la pasión une su poder con un largo afecto, el amor alcanza su cenit. Y el amor de Maynard Gilfil era de esos que le hacía preferir vivir atormentado por Caterina a cualquier placer, aparte de ella, que el mago más benévolo ideara para él. Así son los hombres de brazos y piernas largos y fuertes, desde Sansón hasta ahora. En cuanto a Tina, la muy pícara era perfectamente consciente de que Maynard era su esclavo; él era la única persona en el mundo con la que hacía lo que quería; y no es necesario decir que esto era un síntoma de que no estaba enamorada de él: pues el amor de una mujer apasionada está siempre ensombrecido por el miedo.

Maynard Gilfil no se engañaba al interpretar los sentimientos de Caterina, pero abrigaba la esperanza de que algún día le quisiera lo suficiente para aceptar su amor. Así pues, esperaba pacientemente el momento en que pudiera atreverse a decir: «¡Caterina, te amo!». Él se habría contentado con muy poco, ¿sabes?, pues era uno de

esos hombres que pasan por la vida sin exigir nada para ellos; y que no dan la menor importancia al corte de una chaqueta, ni al sabor de una sopa, ni hasta dónde se inclina un criado al hacer una reverencia. Consideró —bastante neciamente, pensarán los enamorados— un buen augurio residir en Cheverel Manor en calidad de capellán, al tiempo que era coadjutor en la parroquia vecina; juzgando equivocadamente, en su caso, que el hábito y el cariño eran las avenidas más seguras para el amor. *Sir Christopher* satisfizo varios sentimientos al nombrar a Maynard capellán de su casa. Le gustaba la dignidad anticuada de ese apéndice doméstico; le gustaba la compañía de su pupilo; y, como Maynard tenía cierta fortuna personal, podría vivir cómodamente en aquel agradable hogar, continuando con la caza y cumpliendo sus deberes clericales de un modo bastante laxo, hasta que el beneficio eclesiástico de Cumbermoor quedara libre y él pudiera instalarse para siempre en el vecindario de Cheverel Manor. «Casado con Caterina, además», empezó a pensar *sir Christopher* enseguida; pues, aunque el buen *baronet* no era nada perspicaz a la hora de imaginar lo que resultaba desagradable y se oponía a sus conveniencias, sí tenía la sagacidad de ver lo que encajaría con su propios planes; y primero había adivinado, y después constatado, preguntándose directamente, el estado de los sentimientos de Maynard. En un santiamén llegó a la conclusión de que Caterina sentía lo mismo, o al menos lo sentiría cuanto tuviera la edad suficiente. Pero entonces era demasiado pronto para decir o hacer algo definitivo.

Entretanto, se produjeron nuevas circunstancias, que, aunque no cambiaron los planes y proyectos de *sir Christopher*, convirtieron las esperanzas del señor Gilfil en una gran inquietud, y le dejaron claro no solo que el corazón de Caterina probablemente nunca sería suyo, sino que se lo había entregado sin reservas a otra persona.

Una o dos veces en la infancia de Caterina, había venido otro visitante a Cheverel Manor más joven que Maynard Gilfil: un niño precioso de rizos castaños y espléndidos ropajes, al que Caterina había contemplado con tímida admiración. Era Anthony Wybrow, el hijo de la hermana menor de *sir Christopher* y heredero designado de Cheverel Manor. El *baronet* había sacrificado una gran suma de dinero (reduciendo incluso los recursos que pensaba utilizar para sus proyectos arquitectónicos) para que su dominio dejara de estar vinculado y este pequeño pudiera convertirse en su heredero, empujado, lamento decir, por una discusión implacable con su hermana mayor; pues la capacidad de perdonar no estaba entre las virtudes de *sir Christopher*. Finalmente, tras la muerte de la madre de Anthony, cuando él ya no era un niño de pelo ensortijado, sino un joven alto con el grado de capitán, Cheverel Manor se convirtió en su hogar también, cuando no estaba con su regimiento. Caterina era entonces una mujercita, entre los dieciséis y los diecisiete años, y no es necesario que me explaye contando algo que te parecerá lo más natural del mundo.

No había muchas visitas en Cheverel Manor, y el capitán Wybrow se habría

aburrido mucho más si no hubiese estado Caterina. Era muy agradable mostrarse cortés con ella, hablarle con dulzura, y ver cómo vibraba de emoción, el rubor que encendía sus pálidas mejillas y la mirada tímida que brillaba fugazmente en sus ojos negros cuando él elogiaba su voz, inclinado sobre el piano a su lado. ¡Y era agradable también vencer a aquel capellán de largas pantorrillas! ¿Qué hombre ocioso puede resistir la tentación de fascinar a una mujer o de eclipsar a otro hombre? Sobre todo cuando tiene muy claro que no pretende hacer daño, y dejará que las aguas vuelvan a su cauce más adelante. Al cabo de dieciocho meses, sin embargo, durante los que el capitán Wybrow había pasado gran parte de su tiempo libre en Cheverel Manor, descubrió que las cosas habían llegado a un punto que había sido incapaz de prever. El tono dulce había derivado en palabras dulces, y las palabras dulces habían suscitado unas miradas que hacían imposible no continuar con el *crescendo* del galanteo. Verse adorado por una mujer grácil, menuda, de ojos negros y voz angelical, a la que nadie necesita despreciar, es una sensación placentera, comparable a fumar el *latakia*<sup>[62]</sup> más selecto, y que parece obligarle a uno a devolver un poco de cariño.

Quizá pienses que el capitán Wybrow, que sabía que el sueño de casarse con Caterina era ridículo, era un temerario y un libertino por conquistar su amor así. En absoluto. Era un joven de pasiones tranquilas, que rara vez se veía empujado a una conducta que no pudiera explicarse a sí mismo de forma plausible; y la diminuta y frágil Caterina era una mujer que conmovía la imaginación y las emociones más que los sentidos. Él la quería de veras, y es muy probable que se hubiera enamorado de ella de haber sido capaz de amar. Pero la naturaleza le había negado esa facultad. Le había dado una figura admirable, las manos más blancas, los orificios nasales más delicados, y una gran cantidad de serena satisfacción de sí mismo; pero, como si quisiera impedir que esa delicada obra de arte corriera el riesgo de hacerse pedazos, le había protegido de cualquier inclinación a los sentimientos ardientes. No había ninguna lista de fechorías juveniles en su contra, y *sir Christopher* y *lady Cheverel* le consideraban el mejor de los sobrinos, el más digno de los herederos, enormemente respetuoso y agradecido, y, sobre todo, un joven que se guiaba siempre por su sentido del deber. El capitán Wybrow siempre hacía lo más cómodo y ventajoso para él guiado por su sentido del deber: se vestía sin reparar en gastos, porque era un deber hacia su posición; por su sentido del deber se adaptaba a la voluntad inflexible de *sir Christopher*, que habría sido muy molesto además de inútil resistir; y, al ser de constitución delicada, cuidaba de su salud por su sentido del deber. Su mala salud era el único motivo de inquietud para sus amigos; y a eso se debía que *sir Christopher* deseara ver a su sobrino casado enseguida, tanto más cuanto un pronto matrimonio que complacía mucho al *baronet* parecía factible. La señorita Assher, hija única de una dama que había sido el primer amor de *sir Christopher*, pero que, como a veces ocurre, se había casado con otro *baronet*, había conocido a Anthony y se había quedado preñada de él. El padre de la señorita Assher había muerto, y ella era dueña

de una bonita propiedad. Si, como era probable, la joven se mostraba sensible al físico y a la personalidad de Anthony, nada podría hacer más feliz a *sir* Anthony que ver un matrimonio que impediría que Cheverel Manor cayera a su muerte en unas manos equivocadas. Anthony ya había sido amablemente recibido por *lady* Assher como el sobrino de un viejo amigo; ¿por qué no iba a Bath, donde su hija y ella residían en ese momento, profundizaba la amistad, y conquistaba a una novia hermosa, de alta cuna y suficientemente rica?

*Sir* Christopher comunicó estos anhelos a su sobrino, que al punto le dio a entender su deseo de complacerle... guiado por su sentido del deber. El joven comunicó con dulzura a Caterina el sacrificio que se les exigía a ambos; y tres días después tuvo lugar la escena de despedida que has presenciado en la galería, un día antes de que el capitán Wybrow saliera rumbo a Bath.

## Capítulo V

El inexorable tictac del reloj se asemeja a las punzadas de dolor para las sensaciones agudizadas por un miedo enfermizo. Y lo mismo ocurre con el gran mecanismo de relojería de la naturaleza. Las margaritas y los ranúnculos ceden el paso a las hierbas marrones y ondulantes, teñidas de cálidas y rojizas acederas; las hierbas ondulantes desaparecen, y los campos son como esmeraldas esparcidas entre frondosos setos; el grano de ápices tostados empieza a doblarse con el peso de las espigas; los segadores se inclinan entre ellas, que no tardan en formar gavillas; y en breve las manchas de rastros amarillos yacen al lado de bandas de tierra color rojo oscuro, que el arado está labrando para poder sembrar la semillas recién separadas de la paja. Y este paso de una belleza a otra, que para los seres felices es como el fluir de una melodía, determina para muchos corazones humanos el acercamiento de un dolor vislumbrado, y parece correr hacia el momento en que la sombra del temor da paso a la realidad de la desesperación.

¡Qué cruelmente breve le pareció aquel verano de 1788 a Caterina! Sin duda las rosas se marchitaban antes, y las bayas del serbal se mostraban impacientes por enrojecer y traer el otoño, cuando tendría que enfrentarse a su desgracia y presenciar cómo Anthony dedicaba su tono amable, sus palabras dulces y sus miradas tiernas a otra joven.

Antes de que terminara julio, el capitán Wybrow escribió para darles la noticia de que *lady Assher* y su hija se disponían a abandonar el calor y las diversiones de Bath para dirigirse a la sombreada quietud de sus tierras en Farleigh, donde había sido invitado. Sus cartas daban a entender que sus relaciones eran excelentes con las dos damas, y no sugerían la existencia de ningún rival; así que *sir Christopher* se mostraba más contento y animado de lo habitual después de leerlas. Finalmente, a punto de acabar el mes de agosto, el capitán Wybrow les anunció que su amor había sido aceptado; y, después de una correspondencia abundante en felicitaciones y elogios entre ambas familias, acordaron que en septiembre *lady Assher* y su hija visitarían Cheverel Manor, donde Beatrice conocería a su futura familia y se discutirían todos los preparativos necesarios.

Mientras tanto, todos los habitantes de Cheverel Manor tenían algo que hacer para preparar la llegada de las visitantes. *Sir Christopher* estaba muy ocupado consultando el caso con su administrador y con su abogado, dando órdenes a todos los demás, y sobre todo persiguiendo a Francesco para que terminara el salón. El señor Gilfil se encargaba de conseguir un caballo de señora, ya que la señorita Assher era muy buena amazona. *Lady Cheverel* tenía innúmeras visitas que hacer e invitaciones que mandar. El césped, la grava y los macizos de flores del señor Bates estaban siempre tan impecables que no se podía hacer nada excepcional en el jardín, excepto regañar más de la cuenta al segundo jardinero, aditamento que el señor Bates no desatendía.

Afortunadamente para Caterina, le habían asignado también una tarea con la que

llenar las tristes e interminables horas del día: tenía que acabar el cojín de una silla que completaría el juego de fundas bordadas del salón, un trabajo que *lady* Cheverel llevaba haciendo un año, y lo único digno de destacar entre el mobiliario de la casa. Inclclinada sobre su labor, se sentaba con los labios fríos y el corazón palpitante, agradeciendo que la tristeza que la embargaba a lo largo del día pareciera contrarrestar la predisposición al llanto que volvía a albergar cuando era de noche y estaba sola. Se sentía aterrorizada cuando *sir* Christopher se le acercaba. La mirada del *baronet* era más brillante y su paso más elástico que nunca; y tenía la sensación de que solo las almas más sombrías y groseras podían no sentirse felices y briosas en un mundo donde las cosas marchaban tan bien. ¡Pobre caballero! Había ido por la vida algo enardecido con el poder de su voluntad, y ahora su último proyecto parecía salir adelante, y Cheverel Manor lo heredaría un sobrino nieto, al que quizá tendría aún tiempo de ver convertido en un guapo muchacho con un poco de pelusa en la barbilla. ¿Por qué no? Uno sigue siendo joven a los sesenta años.

*Sir* Christopher siempre tenía algo divertido que decirle a Caterina.

—Vamos, mico, quiero que tengas la voz perfecta: eres la trovadora de Cheverel Manor, ya lo sabes; y asegúrate de llevar un traje precioso con un lazo nuevo. Pero no te vistas de color bermejo, aunque seas un pájaro cantor.

O quizá:

—Luego toca que te cortejen a ti, Tina. Pero nada de volverte una engreída y empezar a darte aires. No quiero que Maynard sufra.

El cariño de Caterina por el viejo *baronet* la ayudaba a sonreír mientras él le acariciaba la mejilla y la miraba con ternura, pero ésos eran los momentos en que más difícil le resultaba no echarse a llorar. La conversación y la presencia de *lady* Cheverel eran menos penosas; pues ella solo sentía una alegría reposada ante aquel acontecimiento familiar; y, además, estaba un poco celosa ante el placer que procuraba a *sir* Christopher la idea de ver a *lady* Assher, consagrada en su memoria como una belleza de ojos dulces de dieciséis años, con la que se había intercambiado un mechón de pelo antes de emprender sus primeros viajes. *Lady* Cheverel habría preferido morir antes que admitirlo, pero no podía sino desear que *lady* Assher lo decepcionara, y se avergonzase un poco de haber ponderado tanto sus encantos.

El señor Gilfil observaba a Caterina con sentimientos encontrados. Su sufrimiento le llegaba al alma; pero, incluso por el bien de ella, se alegraba de que un amor destinado al fracaso no siguiera alimentándose de falsas esperanzas; y cómo iba a evitar decirse a sí mismo: «Quizá, pasado algún tiempo, Caterina se canse de sufrir por ese petimetre frío e insensible, y entonces...».

Finalmente llegó el ansiado día, y el más brillante de los soles de septiembre iluminaba los limeros amarilleados cuando, hacia las cinco de la tarde, el carruaje de *lady* Assher pasó por debajo del pórtico. Caterina, bordando en su habitación, oyó el retumbar de las ruedas, luego puertas que se abrían y se cerraban, y unas voces en el corredor. Recordando que se cenaba a las seis, y que *lady* Cheverel le había pedido

que bajara pronto al salón, empezó a vestirse, y le alegró mucho sentirse de pronto fuerte y animosa. La curiosidad por ver a la señorita Assher, el pensamiento de que Anthony estaba en la casa, el deseo de no parecer poco atractiva, fueron sentimientos que dieron algo de color a sus labios y le hicieron más fácil ocuparse de su aseo personal. Le pedirían que cantara esa noche, y lo haría muy bien. La señorita Assher no la consideraría del todo insignificante. De modo que se puso el vestido de seda gris y el lazo color cereza con el mismo cuidado que si fuera ella la novia; sin olvidar los pendientes de perlas redondas que *sir* Christopher había pedido a *lady* Cheverel que le regalara, porque las orejitas de Tina eran preciosas.

Tardó poco en arreglarse, y encontró a *sir* Christopher y a *lady* Cheverel en el salón conversando con el señor Gilfil, y diciéndole lo guapa que era la señorita Assher, aunque no se pareciera nada a su madre; al parecer, era igual que su padre.

—¡Ajá! —exclamó *sir* Christopher, al volverse hacia Caterina—. ¿Qué opinas, Maynard? ¿Habías visto alguna vez tan hermosa a Tina? ¡Vaya! El vestido gris está hecho con un pedacito del de mi mujer, ¿no es así? Un pañuelo de bolsillo es casi suficiente para vestir al pequeño mico.

*Lady* Cheverel, serenamente ufana al haber comprendido con una sola mirada la inferioridad de *lady* Assher, sonrió también en señal de aprobación; y el estado de ánimo de Caterina tenía ese aplomo y esa indiferencia que llegan como la marea baja entre las luchas de la pasión. La joven se dirigió al piano, y se dedicó a organizar las partituras, consciente de que la observaban con admiración, y pensando que la próxima vez que se abriera la puerta entraría el capitán Wybrow, y ella lo recibiría alegremente. Pero cuando le oyó entrar, y la embargó el olor a rosas, le dio un vuelco el corazón. Apenas fue consciente un momento después de que él le apretaba la mano y le decía con la familiaridad de siempre:

—¿Qué tal, Caterina? Estás radiante.

Notó como sus mejillas enrojecían de indignación al ver la despreocupación con que le hablaba. ¡Ah! Estaba demasiado enamorado de otra mujer para recordar lo que había sentido por *ella*. Pero enseguida se dio cuenta de su insensatez. «¡Cómo iba a mostrar algún sentimiento!», pensó. Este conflicto de emociones convirtió en una eternidad los escasos momentos que transcurrieron antes de que la puerta se abriera de nuevo, y su propia atención, así como la de los demás, se viera absorbida por la entrada de las dos damas.

La hija era la que más llamaba la atención, por el contraste que ofrecía con su madre, una mujer cargada de espaldas y de edad mediana, que había tenido la belleza efímera y rosada de una rubia, con rasgos anodinos y, desde muy joven, metida en carnes. La señorita Assher era alta y grácil, a pesar de su constitución sólida, y se movía con una mezcla de elegancia y seguridad en sí misma; su pelo castaño oscuro, sin empolvar, formaba espesos rizos alrededor del rostro y largos y gruesos tirabuzones que le llegaban casi hasta la cintura. El brillante color carmín de sus mejillas redondeadas, y el delicado contorno de su nariz recta producían una

impresión de belleza exquisita, a pesar de unos ojos marrones muy corrientes, una frente estrecha y unos labios finos. Estaba de luto, y el negro oscuro de su vestido de crep, mitigado aquí y allá por algún aderezo de azabache, realzaba el color de su tez y la blancura redondeada de sus brazos, desnudos desde el codo. La primera impresión era deslumbrante; y cuando *lady* Cheverel le presentó a Caterina, y ésta vio cómo la miraba desde las alturas con una sonrisa benévola, la pobre pequeña pareció comprender, por primera vez, toda la locura de su antiguo sueño.

—Nos encanta este sitio, *sir* Christopher —dijo *lady* Assher, con una lánguida pomposidad, que parecía copiar de otra persona—. Estoy segura de que su sobrino ha encontrado Farleigh terriblemente descuidado. El pobre *sir* John prestaba tan poca atención al mantenimiento de la casa y de las tierras. Yo se lo decía a menudo, pero él me contestaba: «¡Bah! ¡Bah! Mientras mis amigos tengan una buena cena y una buena botella de vino, les dará igual que mis techos estén ennegrecidos por el humo». ¡*Sir* John era un hombre tan hospitalario!

—La vista de la casa desde el parque, justo después de cruzar el puente, me parece especialmente bonita —dijo la señorita Assher, interrumpiendo a su madre con cierta impaciencia, como si temiera que pudiese decir algo inadecuado—; y nuestro placer al contemplarla por primera vez ha sido mucho mayor porque Anthony no nos había avisado. No quería estropear nuestra primera impresión levantando falsas expectativas. Estoy deseando visitar la casa, *sir* Christopher, y conocer la historia de todos sus proyectos arquitectónicos, a los que, según Anthony, ha dedicado tantas horas de estudio.

—¡Cuidado con pedir a un anciano que hable del pasado! —exclamó el *baronet*—; espero que encuentre algún entretenimiento mejor que dar vueltas a mis viejos planos y dibujos. Nuestro amigo el señor Gilfil ha encontrado una yegua preciosa para usted, así que puede cabalgar cuanto quiera por los alrededores. Anthony nos escribió lo buena amazona que es.

La señorita Assher se volvió hacia el señor Gilfil con su sonrisa más luminosa, y le dio las gracias con la estudiada amabilidad de una persona que quiere resultar encantadora y está segura de su éxito.

—Le ruego que no me dé las gracias —dijo el señor Gilfil— hasta que haya probado la yegua. *Lady* Sara Linter la ha montado los dos últimos años; pero, en caballos como en otras cuestiones, el gusto de dos damas no tiene por qué coincidir.

Mientras tenía lugar esta conversación, el capitán Wybrow se apoyaba en la repisa de la chimenea, contentándose con responder bajo sus indolentes párpados a las miradas que la señorita Assher le dirigía constantemente mientras hablaba.

«Está muy enamorada de él», se dijo Caterina.

Pero le consoló ver que Anthony no la cubría de atenciones. Pensó, asimismo, que parecía más pálido y lánguido de lo habitual.

«Si él no la amara mucho..., si alguna vez echara de menos el pasado, creo que podría sobrellevarlo mejor, y me alegraría ver feliz a *sir* Christopher».



Durante la cena hubo un pequeño incidente que confirmó sus pensamientos. Cuando llevaron los postres a la mesa, pusieron un molde de gelatina justo delante del capitán Wybrow, que, antes de tomar un poco, invitó a servirse a la señorita Assher. Ésta enrojeció y dijo en tono más seco:

—¿Aún no te has enterado de que nunca tomo gelatina?

—¿De veras? —contestó él, que no tenía la suficiente perspicacia para notar la diferencia de un semitono—. Creía que te encantaba. Siempre había en la mesa de Farleigh, ¿no es así?

—Veo que no te interesa mucho lo que me gusta y lo que no.

—Me domina el pensamiento feliz de que yo te gusto —fue la respuesta *ex officio*, en tono melodioso.

Este pequeño episodio pasó desapercibido para todos, excepto para Caterina. *Sir Christopher* escuchaba educadamente el relato de *lady Assher* sobre su último cocinero, que hacía unas salsas excelentes, y por eso tenía encandilado a *sir John*— «era tan exigente con sus salsas, *sir John*»—; así que lo habían tenido seis años en casa, a pesar de ser muy mal repostero. *Lady Cheverel* y el señor Gilfil sonreían a Rupert, el sabueso, que había metido la cabeza bajo el brazo de su amo, y estaba inspeccionando las fuentes después de olfatear el plato del *baronet*.

Cuando las damas regresaron al salón, *lady Assher* no tardó en exponer a *lady Cheverel* su opinión sobre enterrar a la gente con una mortaja de lana.

—Por supuesto, el sudario tiene que ser de lana, lo dice la ley<sup>[63]</sup>; pero eso no debería impedir que se llevara alguna prenda de lino debajo. Yo decía: «Si *sir John* se muriera mañana, lo enterraría con su camisa»; y así lo hice. Y déjeme aconsejarle que haga lo mismo con *sir Christopher*. Usted no conoció a *sir John*, *lady Cheverel*. Era un hombre alto y voluminoso, con una nariz como la de Beatrice, y muy exigente con sus camisas.

La señorita Assher, mientras tanto, se había sentado al lado de Caterina, y, con esa sonriente afabilidad que parece decir: «En realidad no soy nada engreída, como podías haber esperado», comentó:

—Anthony me ha dicho que canta usted maravillosamente. Espero que la escuchemos esta noche.

—Por supuesto —respondió Caterina en voz baja, sin sonreír—. Canto siempre que me lo piden.

—No sabe cuánto envidia ese maravilloso don. No tengo oído. Soy incapaz de tararear una canción, por breve que sea, y ¡me gusta tanto la música! ¿No le parece mala suerte? Pero será una delicia estar aquí; el capitán Wybrow asegura que nos cantará usted todas las noches.

—Creía que la gente sin oído no apreciaba la música —dijo Caterina, volviéndose epigramática a fuerza de grave simplicidad.

—Oh, a mí me encanta, se lo aseguro; y Anthony es tan aficionado... Sería delicioso tocar el piano y cantar con él; aunque dice que prefiere que no cante, que

eso no concuerda con la idea que tiene de mí. ¿Qué estilo de música le gusta más?

—No lo sé. Me gustan todas las músicas hermosas.

—¿Y le gusta tanto montar a caballo como la música?

—No; jamás monto a caballo. Me moriría de miedo.

—¡Oh, no! Seguro que no, con un poco de práctica. Yo nunca he sido nada asustadiza. Creo que Anthony tiene más miedo por mí que yo; y, como he estado montando con él, no he tenido más remedio que ser más prudente para que no se pusiera nervioso.

Caterina no contestó; pero se dijo: «Me gustaría que se fuera y no hablara conmigo. Solo quiere que vea lo amable que es, y hablar de Anthony».

La señorita Assher pensaba al mismo tiempo: «Qué insignificante y estúpida parece esta señorita Sarti. Las personas con dotes musicales a menudo son así. Pero es más bonita de lo que esperaba; Anthony me dijo que no era nada guapa».

Afortunadamente, en ese momento *lady* Assher llamó a su hija para que viera los cojines bordados; y la señorita Assher, acercándose al sofá de enfrente, entabló al punto una conversación con *lady* Cheverel sobre tapicerías y bordados en general, mientras su madre, con la sensación de que sobraba, iba a sentarse al lado de Caterina.

—Tengo entendido que tiene usted una voz prodigiosa —fue por supuesto su comentario inicial—. Todos los italianos cantan de maravilla. Viajé por Italia con *sir* John cuando estábamos recién casados, y fuimos a Venecia, donde la gente va en góndola, ¿sabe? Veo que no lleva usted el cabello empolvado. Tampoco Beatrice; aunque muchos piensan que sus rizos estarían más bonitos empolvados. Ella tiene muchísimo pelo, ¿no cree? Nuestra última doncella la peinaba mucho mejor; pero se puso las medias de Beatrice antes de que las lavaran, y ¿cómo no íbamos a echarla después de eso?

Caterina, convencida de que era una simple pregunta retórica, consideró superfluo responder, hasta que *lady* Assher repitió:

—Cómo no íbamos a echarla, ¿verdad? —como si la aprobación de Tina fuera necesaria para su tranquilidad espiritual.

Después de un «sí» apenas audible, *lady* Assher prosiguió:

—Las criadas solo dan problemas, y no sabe lo exigente que es Beatrice... Yo le digo a menudo: «La perfección no existe, querida». Ese vestido que lleva puesto... no cabe duda de que le sienta divinamente ahora... pero han tenido que deshacerlo y rehacerlo dos veces. Es igual que el pobre *sir* John... ¿era un hombre tan exigente con sus cosas! ¿*Lady* Cheverel es muy exigente?

—Bastante. Pero la señora Sharp lleva veinte años siendo su doncella.

—Ojalá existiera alguna posibilidad de quedarnos con Griffin veinte años. Pero me temo que tendremos que despedirla porque su salud es muy delicada; y es tan testaruda que no toma digestivos como le digo. *Usted* también parece delicada. Le recomiendo que tome una infusión de manzanilla por la mañana, con el estómago

vacío. Beatrice es tan fuerte y saludable que jamás toma ninguna medicina; pero, si yo hubiera tenido veinte hijas, y hubiesen sido delicadas, les habría dado a todas infusiones de manzanilla. No hay nada que fortalezca más una constitución. ¿Me promete que tomará infusiones de manzanilla?

—Muchas gracias, pero no estoy enferma —contestó Caterina—. Siempre he sido pálida y delgada.

*Lady Assher* estaba convencida de que las infusiones de manzanilla cambiarían eso por completo: Caterina tenía que comprobarlo; y después continuó goteando como una ducha mal cerrada hasta que la llegada anticipada de los caballeros distrajo su atención, y se aferró a *sir Christopher*, que probablemente empezaba a pensar que, por motivos poéticos, era mejor no volver a encontrarse con un primer amor después de cuarenta años.

El capitán *Wybrow*, por supuesto, se reunió con su tía y con la señorita *Assher*; y el señor *Gilfil* intentó evitar que Caterina cometiera la inconveniencia de sentarse muda y distante, y le contó cómo un amigo suyo se había roto el brazo y había atado el caballo a una estaca esa mañana, fingiendo no darse cuenta de que ella apenas le escuchaba y tenía la vista fija en el otro extremo del salón. Uno de los tormentos de los celos es que jamás pueden apartar los ojos de lo que causa su sufrimiento.

Todo el mundo acabó cansado de charlar, y *sir Christopher* probablemente el que más; fue él quien hizo esta propuesta tan agradable:

—Pero, Tina, ¿es que no vamos a tener música esta noche antes de jugar a las cartas? Supongo que *lady Assher* juega a las cartas, ¿no es así? —añadió, esforzándose por recordarlo y volviéndose hacia *lady Assher*.

—¡Oh, sí! Al pobre *sir John* le gustaba jugar al *whist* todas las noches.

Caterina se apresuró a sentarse en el clavicémbalo, y, en cuanto empezó a cantar, advirtió complacida que el capitán *Wybrow* se acercaba a ella y ocupaba su lugar de siempre. Saber esto aumentó la potencia a su voz; y, cuando se dio cuenta de que la señorita *Assher* seguía a su prometido con ese aire de ostentosa admiración que no refleja sino la ausencia de un verdadero goce, su brillante ejecución final no empeoró al verse alentada por cierto desdén triunfal.

—Tienes la voz mejor que nunca, Caterina —dijo el capitán *Wybrow*, cuando ella terminó—. Esto no se parece en nada a los gritos de la señorita *Hibbert* que tanto nos gustaban en *Farleigh*, ¿verdad, Beatrice?

—Ya lo creo. Es usted una criatura envidiable, señorita *Sarti*... Caterina. ¿Puedo llamarla Caterina? Anthony me ha hablado tanto de usted que tengo la sensación de conocerla desde hace mucho. ¿Me dejará llamarla Caterina?

—Sí. Todo el mundo me llama Caterina, menos cuando me llaman Tina.

—Vamos, vamos, sigue cantando, sigue cantando, pequeño mico —gritó *sir Christopher* desde el otro extremo del salón—. No hemos tenido ni la mitad de lo que queremos.

Caterina estaba más que dispuesta a obedecer, pues mientras cantaba era la reina

de la velada, y la señorita Assher se veía obligada a hacer muecas de admiración. ¡Ay! Mira lo que estaban haciendo los celos en esa pobre alma joven. Caterina, que había pasado su vida como un pequeño y modesto pájaro cantor, acurrucado ingenuamente bajo las alas que se extendían para protegerlo, cuyo corazón latía solo al ritmo apacible del amor o se estremecía ante algún temor fácil de disipar, había empezado a conocer las feroces palpitaciones del triunfo y del odio.

Cuando terminó la sesión de canto, *sir* Christopher y *lady* Cheverel se pusieron a jugar al *whist* con *lady* Assher y el señor Gilfil, y Caterina se quedó al lado del *baronet*, como si quisiera observar la partida, para no imponer su presencia a la pareja de novios. Al principio estaba radiante con su pequeño triunfo, y se sentía orgullosa; pero no pudo evitar que sus ojos miraran furtivamente al otro lado de la chimenea, donde el capitán Wybrow se había sentado junto a la señorita Assher, y se apoyaba con su brazo en el respaldo de la silla, una postura muy típica de enamorado. Caterina empezó a sentir que se ahogaba. Pudo ver, casi sin mirar, cómo él le cogía el brazo para examinar su pulsera; cómo sus cabezas se juntaban, y los rizos de ella rozaban la mejilla de él... y el instante en que él ponía los labios en su mano. Caterina notó que le ardían las mejillas; no podía seguir sentada allí. Se puso en pie, fingió buscar algo, y finalmente salió sin hacer ruido.

Cogió una vela y echó a correr por los pasillos y la escalera que llevaba a su dormitorio, donde se encerró con llave.

—¡No puedo soportarlo! ¡No puedo! —exclamó en voz alta la pobre, juntando sus deditos y apretándose con ellos la frente, como si quisiera romperlos.

Después anduvo a toda prisa de un lado para otro.

—Y esto seguirá días y días, y yo tendré que presenciarlo.

Miró a su alrededor nerviosamente en busca de algo que agarrar. Había un pañuelo de muselina en la mesa; lo cogió y lo rompió en tiras mientras seguía yendo de un lado para otro, y luego hizo una pelota con ellas.

«Y Anthony —pensó— puede hacer esto sin importarle lo que siento. Oh, él puede olvidarlo todo: cómo me decía que me amaba, cómo me cogía la mano mientras paseábamos, cómo se quedaba a mi lado por las tardes para mirarme a los ojos».

—¡Es tan cruel! ¡Es tan cruel! —exclamó en voz alta de nuevo, al recordar todos esos momentos de amor del pasado.

Entonces lloró a lágrima viva, se arrojó de rodillas al suelo y sollozó amargamente junto a la cama.

No fue consciente del tiempo que estuvo allí, hasta que le sobresaltó la llamada a las oraciones; temiendo que *lady* Cheverel enviara a alguien en su busca, se puso en pie y empezó a desvestirse a toda prisa para que nada pudiera obligarla a bajar de nuevo. Acababa de desatarse el pelo, y de ponerse un holgado camisón, cuando llamaron a la puerta y se oyó decir a la señora Sharp:

—Señorita Tina, *milady* quiere saber si se encuentra mal.

Caterina abrió la puerta y dijo:

—Gracias, querida señora Sharp; me duele mucho la cabeza; por favor, dígle a *lady Cheverel* que me ha empezado a doler justo después de cantar.

—Entonces, ¡por el amor de Dios!, ¿por qué no está en la cama en vez de quedarse tiritando ahí y coger un resfriado de muerte? Vamos, deje que le desate el pelo y la arropo.

—No, gracias; ahora me meto en la cama. Buenas noches, querida Sharpy; no me regañe; seré buena y me acostaré.

Caterina besó a su vieja amiga con zalamería, pero la señora Sharp no era fácil de «camelar», e insistió en ver cómo la jovencita que una vez había estado a su cargo se metía en la cama; se llevó la vela que la pobre criatura habría querido conservar. Pero era imposible quedarse allí tendida mucho tiempo con el corazón desbocado; y la figurita blanca no tardó en salir de la cama, buscando consuelo en el propio frío y la incomodidad. Había suficiente luz para que pudiera ver su cuarto, pues la luna, casi llena, cabalgaba muy alta por el firmamento entre veloces nubes. Caterina descorrió las cortinas; y, sentada con la frente apoyada en el gélido cristal, miró la gran extensión de césped y árboles.

¡Qué lóbrega es la luz de la luna cuando un viento huracanado le arrebatara toda su ternura y sosiego! Los árboles se ven hostigados por sus sacudidas, cuando desearían estar en reposo; la trémula hierba la hace temblar con frío compasivo; y los sauces junto al estanque, blancos e inclinados bajo ese rigor invisible, parecen tan agitados e indefensos como ella. Pero la escena le gusta más por su tristeza: hay cierta piedad en ella. No es como la dura e insensible felicidad de los enamorados, que resulta ostentosa ante la desgracia.

Apretó con fuerza los dientes contra el marco de la ventana; y gruesas lágrimas corrieron veloces por su rostro. Agradecía tanto poder llorar, pues la pasión delirante que había sentido cuando sus ojos estaba secos la aterrorizaba. Si llegaba a asaltarle ese sentimiento atroz delante de *lady Cheverel*, jamás sería capaz de contenerse.

Además estaba *sir Christopher*... tan bueno con ella... tan feliz con el matrimonio de Anthony; y no dejaba de atormentarse con estos terribles pensamientos.

—¡No puedo evitarlo! ¡No puedo! —se oyó susurrar mientras sollozaba—. ¡Oh, Dios, apiádate de mí!

Tina pasó así las largas horas de aquella luz de luna azotada por el viento, hasta que finalmente, exhausta y dolorida, volvió a tenderse en la cama y se durmió de puro agotamiento.

Mientras este pobre corazoncito se veía aplastado por un peso demasiado abrumador para él, la naturaleza seguía su curso sereno e inexorable, envuelta en una belleza hierática y terrible. Las estrellas trazaban libres su rumbo eterno; las mareas subían hasta alcanzar el nivel de la última maleza expectante; el sol iluminaba las ajetreadas naciones de la otra cara de la fulgurante tierra. El torrente de los

pensamientos y de las acciones humanas avanzaba rápidamente y se ensanchaba. El astrónomo observaba por su telescopio; los grandes navíos surcaban con dificultad las olas; la laboriosa pujanza del comercio, el espíritu feroz de la revolución, se tomaban apenas un breve descanso; y estadistas insomnes temían la posible crisis que estallaría al día siguiente. ¿Qué eran nuestra pequeña Tina y su aflicción en medio de esta poderosa corriente que avanzaba con ímpetu de un enigma terrible a otro? Más insignificante que la onda más imperceptible al caer una gota de agua, tan escondida y desamparada como el latido de angustia en el pecho de un pajarillo que, después de conseguir a duras penas comida, revoloteara hasta su nido y lo encontrase destrozado y vacío.

## Capítulo VI

Al día siguiente, cuando Caterina despertó de su profundo sueño al llevarle Martha el agua caliente, el sol brillaba, el viento había amainado, y las horas de sufrimiento nocturno parecían irreales, una pesadilla, a pesar del cansancio de brazos y piernas y de los ojos doloridos. Se levantó y empezó a vestirse con una extraña sensación de indiferencia, como si ya nada pudiera hacerle llorar; e incluso tenía ganas de estar abajo, rodeada de gente, para librarse de aquel estado de embotamiento.

Casi todos nos avergonzamos de nuestros pecados y locuras cuando nos bendice el sol de la mañana, que aparece como un ángel de alas resplandecientes invitándonos a abandonar el viejo sendero de vanidad que se extiende largo y sombrío detrás de nosotros; y Tina, aunque sabía poco de doctrinas y teorías, tenía la sensación de haber sido necia y malvada el día anterior. Hoy intentaría ser buena; y, cuando se arrodilló para rezar una breve oración (la misma que se había aprendido de memoria cuando tenía diez años), añadió: «¡Oh, Señor, ayúdame a sobrellevarlo!».

Ese día su oración pareció ser atendida, ya que, después de algunos comentarios sobre su palidez durante el desayuno, Caterina pasó una mañana muy tranquila: la señorita Assher y el capitán Wybrow hicieron una excursión a caballo. Por la noche se reunieron a cenar, y cuando Caterina hubo cantado un poco, *lady* Cheverel, recordando que no se encontraba bien, la mandó a la cama, donde enseguida se quedó profundamente dormida. El cuerpo y el alma deben recuperar las fuerzas tanto para sufrir como para gozar.

Al día siguiente, sin embargo, amaneció lluvioso, y todos tuvieron que quedarse en casa; así que decidieron que *sir* Christopher enseñara a sus invitadas el edificio, la historia de las reformas arquitectónicas, los retratos y las reliquias familiares. Todo el grupo, salvo el señor Gilfil, estaba en el salón cuando se hizo la propuesta; y, cuando la señorita Assher se puso en pie para seguir a su anfitrión, miró al capitán Wybrow esperando que también se levantara; pero él continuó sentado junto al fuego, volviendo la vista hacia el periódico que tenía en la mano sin leer.

—¿No vienes, Anthony? —dijo *lady* Cheverel, advirtiéndole la mirada expectante de la señorita Assher.

—Preferiría quedarme si no os importa —respondió él, levantándose y abriendo la puerta—; tengo un poco de frío esta mañana, y me dan miedo los cuartos helados y las corrientes.

La señorita Assher enrojeció, pero no dijo nada y salió acompañada de *lady* Cheverel.

Caterina bordaba en el ventanal. Era la primera vez que Anthony y ella se quedaban solos, y había llegado al convencimiento de que él la rehuía. Pero ahora, sin duda, quería hablar con ella... decirle algo amable. El capitán Wybrow, alejándose de la chimenea, se acomodó en un diván enfrente de Caterina.

—Bueno, Tina, ¿qué tal has estado todo este tiempo?

Tanto el tono como las palabras fueron una ofensa para ella; el tono era tan diferente al de antes, las palabras tan frías e irrelevantes.

—No es necesario que lo preguntes. Te da prácticamente lo mismo —respondió con cierta amargura.

—¿No tienes nada más amable que decirme después de mi larga ausencia?

—No sé por qué ibas a esperar que te dijera algo amable.

El capitán Wybrow guardó silencio. Deseaba con toda el alma evitar alusiones al pasado o comentarios sobre el presente. Y, sin embargo, quería llevarse bien con Caterina. Le habría encantado acariciarla, hacerle regalos y que pensara que era muy bueno con ella. Pero ¡estas mujeres son fastidiosamente tercas! No hay manera de que entren en razón. Finalmente dijo:

—Esperaba que me apreciaras más, Tina, por lo que he hecho, en lugar de guardarme rencor. Esperaba que comprendieras que era lo mejor para todos... incluso para tu felicidad.

—Oh, por favor, no cortejes a la señorita Assher en aras de mi felicidad —replicó Tina.

En aquel momento se abrió la puerta, y la señorita Assher entró a coger su bolso, que estaba sobre el clavicémbalo. Dirigió una mirada penetrante a Caterina, que se había ruborizado, y salió rápidamente del salón diciendo al capitán Wybrow con aire despectivo:

—Si tienes tanto frío no entiendo qué haces sentado al lado de la ventana.

Su prometido no pareció inmutarse demasiado, pero se quedó unos instantes callado; luego se sentó en el taburete del clavicémbalo y, acercándolo a Caterina, le cogió la mano y dijo:

—Vamos, Tina, no me mires así. Seamos amigos. Yo siempre seré tu amigo.

—Gracias —dijo Caterina, retirando la mano—. Eres muy generoso. Pero aléjate, te lo ruego. La señorita Assher puede volver a entrar.

—¡Que se fastidie! —exclamó Anthony, sintiendo cómo le embargaba la fascinación de antaño ante la proximidad de Caterina.

Le rodeó la cintura con el brazo, y acercó su mejilla a la de ella. Sus labios no pudieron evitar encontrarse después de eso; pero al instante, con el corazón a punto de explotar y las lágrimas asomándole a los ojos, Caterina se alejó de él y salió corriendo de la estancia.



## Capítulo VII

Caterina se alejó de Anthony con el esfuerzo desesperado de alguien a quien le quedara justo la capacidad de recordar que los gases del carbón van a adueñarse de sus sentidos si no logra respirar aire puro; pero, cuando llegó a su dormitorio, seguía demasiado intoxicada por aquel nuevo vigor de las viejas emociones, demasiado agitada por el súbito regreso de la ternura de su amado, para saber si predominaba el placer o el dolor. Era como si hubiera ocurrido un milagro en su pequeño universo de sentimientos, y el futuro se hubiera vuelto muy impreciso: una neblina matinal de posibilidades, en lugar de la sombría luz invernal y el claro y rígido contorno de la dolorosa certeza.

Necesitaba moverse. Tenía que dar un paseo, a pesar de la lluvia. Afortunadamente, se veía un pequeño claro entre la cortina de nubes que parecía prometer que muy pronto, hacia el mediodía, el cielo se despejaría. Caterina pensó: «Iré paseando hasta los Musgos, y le llevaré al señor Bates la bufanda que le he hecho; así no le extrañara tanto a *lady* Cheverel que salga».

En la puerta principal encontró a Rupert, el viejo sabueso, instalado en el felpudo con la determinación de honrar con su aprobación y compañía a la primera persona que tuviera la sensatez de dar un paseo esa mañana. Cuando metió la enorme cabeza negra y leonada bajo su mano, y movió la cola con vigorosa elocuencia, y alcanzó el clímax de su bienvenida dando un salto para lamerle la cara, que estaba a una altura muy cómoda, Caterina agradeció al viejo perro su cordialidad. Los animales eran unos amigos tan entrañables: no hacían preguntas, no dirigían críticas.

Los Musgos era un rincón muy solitario del jardín, rodeado de un regato que salía del estanque; y lo cierto es que, para un día lluvioso, Caterina difícilmente podría haber elegido una ruta menos apropiada, pues, aunque ya solo chispeará un poco y fuera a escampar, seguían cayendo fuertes gotas de los árboles que se arqueaban sobre gran parte del camino. Pero encontró el alivio que buscaba para su excitación febril avanzando lentamente por los senderos empapados, con un paraguas que le hacía daño en el brazo. Aquel ejercicio era para su cuerpo diminuto como un día entero de caza para el señor Gilfil, que a veces tenía ataques de celos y de tristeza de los que librarse, y recurría al opio inocente de la naturaleza: la fatiga.

Cuando Caterina llegó al bonito puente arqueado de madera que componía la única entrada a los Musgos para quienes no tenían pies palmeados, el sol había derrotado a las nubes, y brillaba entre las ramas de los gigantescos olmos que formaban un profundo nido para la cabaña del jardinero, convirtiendo las gotas de lluvia en diamantes, e invitando a las capuchinas que trepaban por el porche y el tejado de brezo a levantar una vez más sus cabezas anaranjadas. Los grajos graznaban con la monotonía de muchas voces; al parecer, increíblemente cercanos a la inteligencia humana, hallaban en el cambio de tiempo un gran tema de conversación. El césped cubierto de musgo, salpicado con los anchos tallos de las plantas de los

humedales, ponía de manifiesto que el nido del señor Bates era bastante húmedo cuando el tiempo era inmejorable; pero él opinaba que un poco de rocío solo haría daño al hombre que, maliciosamente, descuidara ese antídoto obvio y providencial: el ron con agua.

Caterina amaba ese nido. Todo lo que había en él, todos los sonidos que lo hechizaban le resultaban familiares desde los días en que el señor Bates la llevaba allí en brazos, imitando los graznidos de los grajos, batiendo palmas a las ranas verdes que saltaban en la hierba mojada, y clavando unos ojos muy serios en las aves del jardinero que cloqueaban en el gallinero. Y ahora el lugar le parecía más bonito que nunca; estaba tan alejado de la señorita Assher, con su belleza resplandeciente, sus reivindicaciones personales y sus pequeños comentarios corteses. Pensó que el señor Bates no habría ido aún a almorzar, así que se sentó a esperarlo.

Pero se equivocaba. El señor Bates estaba en su butaca, con el pañuelo de bolsillo sobre la cara, como si éste fuera el mejor modo de pasar esas horas superfluas entre comidas cuando el mal tiempo empuja a un hombre a quedarse en casa. Al despertarle los furiosos ladridos de su bulldog encadenado, vio que se acercaba su querida pequeña, y se apresuró a esperarla en el umbral, pareciendo desproporcionadamente alto en comparación con su cabaña. El bulldog, entretanto, liberado de la severidad de su comportamiento oficial, inició un amistoso intercambio de ideas con Rupert.

El pelo del señor Bates había encanecido, pero su cuerpo era igual de fuerte, y su rostro parecía aún más rojo, ofreciendo un artístico contraste con el azul marino de su pañuelo de algodón y de su mandil de lino enroscado como una faja alrededor de la cintura.

—¡Diantre, señorita Tiny<sup>[64]</sup>! —exclamó—. ¿Cómo se le ocurre salir a chapotear como un pequeño pato almizclado en un día como éste? Y no es que no me alegre de verla. Hester, ven aquí —gritó a su vieja y jorobada ama de llaves—, coge el paraguas de la señorita y extiéndelo fuera para que se seque. Entre, entre, señorita Tiny; siéntese junto al fuego y séquese los pies. Tiene que tomar algo caliente, no vaya a coger un resfriado.

El señor Bates fue delante de ella, agachándose cada vez que había una puerta, hasta la salita, y, sacudiendo el almohadón de retales de su butaca, lo acercó tanto a la chimenea como si quisiera hacer un asado con él.

—Gracias, tío Bates —Caterina seguía dirigiéndose a sus amigos con los mismos epítetos que cuando era niña, y éste era uno de ellos—; no lo pegue mucho al fuego, estoy acalorada de tanto andar.

—Bueno, pero tiene los zapatos empapados, y ha de poner los pies en la rejilla. Qué pies tan enormes, ¿verdad? Por lo menos del tamaño de una cuchara sopera. Me gustaría saber cómo pueden sostenerla en pie. Veamos, ¿qué quiere tomar para calentarse por dentro? ¿Una gota de vino caliente?

—No, no quiero beber nada, gracias; he desayunado hace poco —dijo Caterina,

sacando la bufanda de un bolsillo muy profundo. Los bolsillos eran muy grandes en aquellos días—. Mire, tío Bates, le he traído esto. Lo he hecho para usted. Tiene que llevarla este invierno, y darle la suya roja al viejo Brooks.

—¡Vaya, señorita Tiny! *Es preciosa*. ¡Y la ha hecho con esos deditos para un viejo como yo! Se lo agradezco de veras, y me sentiré muy orgulloso de llevarla. Con esas rayas azules y blancas, no puede ser más bonita.

—Sí, y le sentará muy bien a su tez, mucho mejor que la vieja de color escarlata. Sé que la señora Sharp se enamorará más que nunca cuando le vea con ésta.

—¡Mi tez, pequeña granuja! Se está riendo de mí. Pero ya que ha salido el tema, ¡qué mejillas tan sonrosadas tiene la futura novia! ¡Diantre! Parece tan hermosa y elegante a caballo: tan erguida como un dardo, con un aire tan majestuoso. La señora Sharp ha prometido llevarme detrás de una puerta cuando las damas bajen a cenar, para que pueda verla arreglada, con todos sus rizos y esas cosas. La señora Sharp dice que es casi tan guapa como *lady* Cheverel cuando era joven; y no creo que haya muchas mujeres así la región.

—Sí, la señorita Assher es muy hermosa —dijo Caterina con voz apenas perceptible, volviendo a cobrar conciencia de su propia insignificancia al ver la impresión que la señorita Assher causaba en los demás.

—Bueno, espero que también sea bondadosa, y una buena sobrina para *sir* Christopher y la señora. La señora Griffin, la doncella, dice que es bastante quisquillosa, y siempre está descontenta con su ropa, y cosas así. Pero es joven... es joven; se le pasará en cuanto se case, y tenga hijos, y más asuntos de los que preocuparse. *Sir* Christopher está encantado, puedo verlo. El otro día me dijo: «Bueno, Bates, ¿qué te parece tu futura señora?». Y yo le contesté: «Señor, creo que es la muchacha más bonita que he visto en mi vida; y le deseo al capitán mucha suerte y una maravillosa familia, y al señor que viva muchos años y tenga salud para verlo». El señor Warren dice que *sir* Christopher quiere que la boda sea cuanto antes, y seguramente se celebrará antes de que termine el otoño.

Mientras el señor Bates hablaba, Caterina sintió como un doloroso espasmo en el corazón.

—Sí —dijo, levantándose—, supongo que sí. *Sir* Christopher está impaciente por verlos casados. Pero tengo que irme, tío Bates; *lady* Cheverel necesitará que la ayude, y es hora de que usted coma.

—No, mi comida da igual; pero no quiero retenerla si la señora la necesita. Aunque no le he dado las gracias como es debido por la bufanda... el tapaboca, como lo llaman. ¡Caramba... es preciosa! Pero la veo muy pálida y muy triste, señorita Tiny; no me extrañaría que estuviera un poco pachucha; y andar bajo la lluvia no le conviene.

—Oh sí, me sentará bien —exclamó Caterina, saliendo a toda prisa, y cogiendo el paraguas del suelo de la cocina—. Y ahora tengo que irme, de veras; adiós, tío Bates.

Se marchó con paso ligero, llamando a Rupert, mientras el buen jardinero, con las

manos en el fondo de los bolsillos, la contemplaba y movía la cabeza con aire melancólico.

—Parece cada vez más enclenque y delicada —dijo medio para sí, medio para Hester—. No me extrañaría que se marchitara como los ciclámenes que he trasplantado. Me recuerda a ellos no sé por qué, sobre sus pequeños y delgados tallos, tan blancos y tan tiernos.

La pobre Caterina volvió a casa, y ya no sentía un fuerte anhelo de aire frío y húmedo para contrarrestar su agitación interior, sino un corazón helado que volvía el gélido exterior únicamente deprimente. La luz dorada del sol resplandecía entre las ramas empapadas como una Shejiná, o presencia divina visible, y los pájaros gorjeaban y trinaban sus nuevas canciones otoñales con tanta dulzura como si su garganta, al igual que el aire, se hubiera aclarado con la lluvia; pero Caterina se movía entre toda esa alegría y belleza como un pobre lebrato herido que arrastrara su pequeño cuerpo entre los dulces tréboles... para él, dulces en vano. Las palabras del señor Bates sobre la alegría de *sir* Christopher, la belleza de la señorita Assher, y la cercanía de la boda, habían sido como el tacto de una mano helada que, sacándola de un confuso duermevela, la devolviera a una realidad muy cruda y familiar. Eso pasa con las naturalezas emotivas cuyos pensamientos no son más que sombras fugaces proyectadas por el sentimiento: para ellas las palabras son hechos, e incluso cuando saben que son falsas, dominan sus lágrimas y sus sonrisas. Caterina volvió a entrar en su dormitorio, sintiéndose tan hundida y desesperada como antes, pero con una sensación añadida de haber sido agraviada por Anthony. El modo en que se había comportado con ella esa mañana era una nueva ofensa. Arrancarle una caricia cuando ella solo reclamaba una expresión de pesar, arrepentimiento y compasión significaba menospreciarla más que nunca.

## Capítulo VIII

Aquella tarde la señorita Assher pareció comportarse con una altanería insólita, y no dejó de observar fríamente a Caterina. No cabe duda de que el ambiente estaba enrarecido. El capitán Wybrow pareció tomarse el asunto con mucha filosofía, e incluso prestó más atención que otros días a Caterina. El señor Gilfil la había convencido para que jugara a las damas con él, mientras *lady* Assher jugaba a las cartas con *sir* Christopher, y la señorita Assher conversaba resueltamente con *lady* Cheverel. Anthony, desparejado, se acercó a la silla de Caterina y se inclinó detrás de ella para seguir la partida. Tina, abrumada por los recuerdos de esa mañana, sintió que sus mejillas enrojecían cada vez más, y acabó diciendo con impaciencia:

—Me gustaría que te fueras.

Todo esto ocurrió delante de la señorita Assher, que vio cómo Caterina se ruborizaba y decía algo con impaciencia, y cómo el capitán Wybrow se alejaba a raíz de sus palabras. Hubo otra persona, asimismo, que siguió este incidente con sumo interés, y que además fue consciente de que la señorita Assher no solo veía, sino que observaba atentamente lo que ocurría. Esta otra persona era el señor Gilfil, que extrajo ciertas conclusiones muy dolorosas que aumentaron su preocupación por Caterina.

A la mañana siguiente, a pesar del buen tiempo, la señorita Assher se negó a salir a caballo, y *lady* Cheverel, advirtiéndole que pasaba algo raro entre los novios, se encargó de que los dejaran solos en el salón. La señorita Assher, en el sofá junto al fuego, estaba muy enfrascada en sus labores de aguja, como si quisiera avanzar mucho esa mañana. El capitán Wybrow estaba enfrente de ella con un periódico en la mano, del que leía gustoso fragmentos con un aire elaboradamente desenfadado, deliberadamente inconsciente del desdeñoso silencio con que ella proseguía sus filigranas. Finalmente dejó el periódico, cuando no pudo seguir fingiendo que le quedaba algo por leer, y entonces la señorita Assher le dijo:

—Pareces tener una gran intimidad con la señorita Sarti.

—¿Con Tina? Oh, sí; siempre ha sido el juguete de la casa, ¿sabes? Hemos crecido juntos como hermanos.

—Las hermanas, por lo general, no se ruborizan tanto cuando sus hermanos se les acercan.

—¿Se ruboriza? Nunca me he dado cuenta. Pero es muy tímida.

—Sería mejor que no fueras tan hipócrita, capitán Wybrow. Estoy segura de que ha habido algo entre los dos. La señorita Sarti, en su situación, jamás te habría hablado con la irritabilidad de ayer por la noche si no le hubieras dado cierto derecho a hacerlo.

—Mi querida Beatrice, sé razonable; pregúntate qué posibilidades puede haber de que yo quiera coquetear con la pobre Tina. ¿Hay algo en ella que atraiga esa clase de atención? Es más niña que mujer. Tan niña que dan ganas de mimarla y jugar con

ella.

—Si se puede saber, ¿a qué jugabas con ella ayer por la mañana cuando entré de improviso y tenía las mejillas rojas y las manos temblorosas?

—¿Ayer por la mañana? Ah, ya lo recuerdo. Siempre le tomo el pelo con Gilfil, que está enamorado hasta las cejas de ella; y se enfada por eso... quizá porque le quiere. Ya eran viejos compañeros de juegos años antes de que yo empezara a venir, y a *sir* Christopher se le ha metido en la cabeza que se casen.

—Capitán Wybrow, eres un mentiroso. No tiene nada que ver con el señor Gilfil que ella se sonrojara ayer por la noche cuando te inclinaste sobre su silla. Aunque también podría ser que fueras un ingenuo. Si no estás realmente decidido, te ruego que dejes de forzarte a hacer lo que no quieres. Estoy más que dispuesta a ceder el paso al superior atractivo de la señorita Sarti. Quiero que comprendas que, en lo que respecta a mí, eres completamente libre. No quiero ni una pizca del amor de un hombre que pierde mi respeto por duplicidad.

Después de estas palabras, la señorita Assher se levantó, y, cuando estaba saliendo altiva y majestuosa del salón, el capitán Wybrow se colocó delante de ella y le cogió la mano.

—Querida, querida Beatrice, ten paciencia; no me juzgues con tanta precipitación. Siéntate, mi amor —añadió con voz suplicante, apretando las manos de ella entre las suyas y llevándola otra vez al sofá, donde se sentó a su lado.

La señorita Assher no se resistió a volver o a escucharlo, pero conservó su expresión fría y altanera.

—¿Acaso no confías en mí, Beatrice? ¿No me crees, aunque haya cosas que no te pueda explicar?

—¿Y por qué tiene que haber cosas que no me puedas explicar? Un hombre honorable jamás se vería envuelto en unas circunstancias imposibles de explicar a la mujer con la que quiere casarse. Jamás le pediría que *creyera* que obra bien; dejaría que ella *supiera* que es así. Y ahora quiero irme, capitán.

Intentó ponerse en pie, pero él le rodeó la cintura con el brazo y la detuvo.

—Vamos, Beatrice querida —imploró—, ¿no entiendes que hay cosas de las que un hombre no puede hablar... secretos que debe guardar por el bien de otras personas, no suyo? Puedes preguntarme cualquier cosa que me afecte a mí, pero no me pidas que te cuente los secretos ajenos. ¿Lo entiendes?

—Oh, sí —dijo la señorita Assher con desdén—, claro que lo entiendo. Siempre que cortejas a una mujer... es su secreto, y tú tienes que guardárselo. Pero es absurdo seguir hablando, capitán Wybrow. Salta a la vista que hay algo más que amistad entre tú y la señorita Sarti. Puesto que no puedes explicarme esa relación, no tenemos nada más que decirnos.

—¡Maldita sea, Beatrice! Vas a volverme loco. ¿Puede evitar un hombre que una niña se enamore de él? Esas cosas pasan todo el tiempo, pero no se habla de ellas. Son fantasías que surgen sin el menor fundamento, sobre todo cuando una mujer ve a

muy poca gente; y que se desvanecen cuando nadie las alienta. Si puedes quererme tú, no tendría que extrañarte que me quisieran otras personas; deberías tener mejor concepto de ellas por eso.

—¿Quieres decir, entonces, que la señorita Sarti está enamorada de ti, y tú nunca le has hecho la corte?

—No me obligues a decir esas cosas, querida. Basta con que sepas que te amo, que estoy entregado a ti. Vamos, no seas mala, sabes que eres una reina y nadie puede compararse contigo. Solo intentas atormentarme, demostrar tu poder sobre mí. Pero no seas demasiado cruel; ya sabes que tengo otra afección del corazón, aparte del amor, y estas escenas me producen unas palpitaciones terribles.

—Pero tienes que contestarme a esta pregunta —dijo la señorita Assher, un poco ablandada—. ¿Has estado, o estás, un poco enamorado de la señorita Sarti? No me interesan sus sentimientos, pero tengo derecho a conocer los tuyos.

—Quiero mucho a Tina; ¿quién podría no querer a semejante criatura? No te gustaría que dejara de quererla, ¿verdad? Pero el amor... eso es algo muy diferente. Una mujer como Tina inspira un cariño fraternal; pero hay otra clase de mujer que enamora.

Estas últimas palabras se hicieron doblemente elocuentes con una mirada de ternura y un beso estampado en la mano que el capitán Wybrow sujetaba entre las suyas. La señorita Assher se rindió. Era tan improbable que Anthony amara a aquella muchachita pálida e insignificante; y tan probable que adorara a la hermosa señorita Assher. En general, era bastante halagüeño que otra mujer languidciera por su apuesto prometido; él era realmente una criatura exquisita. ¡Pobre señorita Sarti! Bueno, ya lo superaría.

El capitán Wybrow vio que tenía ventaja.

—Vamos, mi dulce amor —continuó—, no hablemos más de cosas desagradables. Guardarás el secreto de Tina, y serás muy amable con ella, ¿verdad? Lo harás por mí. ¿Querrás salir a caballo ahora? Hace un día maravilloso para montar. Déjame que pida los caballos. Necesito muchísimo tomar el aire. Vamos, dame un beso para hacer las paces, y dime que saldrás.

La señorita Assher accedió a las dos peticiones, y fue a prepararse para montar, mientras su prometido se dirigía a las caballerizas.

## Capítulo IX

Entretanto el señor Gilfil, con el alma apesadumbrada, esperó el momento en que, tras la marcha de las dos damas de más edad, Caterina se quedara probablemente sola en la sala de estar de *lady* Cheverel. Subió la escalera y llamó a la puerta.

—Pase —dijo la voz dulce y melodiosa, que siempre era para él como el murmullo del agua para el sediento.

Entró en la habitación, y encontró a Caterina algo turbada, como si acabara de sacarla de su ensimismamiento. La joven se sintió aliviada al ver que era Maynard, pero, acto seguido, también un poco molesta por que la hubiera interrumpido y asustado.

—¡Oh, Maynard, eres tú! ¿Buscabas a *lady* Cheverel?

—No, Caterina —contestó gravemente—; te buscaba a ti. Tengo algo muy especial que decirte. ¿Me dejas sentarme media hora contigo?

—Sí, mi querido predicador —dijo Caterina, sentándose con aire cansino—; ¿qué ocurre?

El señor Gilfil tomó asiento enfrente de ella, y prosiguió:

—Espero que no te sientas herida, Caterina, por lo que voy a decirte. Solo un cariño verdadero y la preocupación que siento por ti me empujan a hablar contigo. Todo lo demás carece de importancia. Sabes que eres lo que más quiero en el mundo; pero no pondré ante ti un sentimiento que no puedes corresponder. Te hablo como un hermano: el viejo Maynard que te reñía cuando se te enredaba el sedal hace diez años. No creerás que tengo algún motivo mezquino y egoísta para hablar de cosas que te resultan dolorosas, ¿verdad?

—No; sé que eres demasiado bueno —repuso Caterina, distraídamente.

—Lo que vi ayer por la noche —continuó el señor Gilfil, con cierta vacilación y enrojeciendo un poco— me hace temer... por favor, Caterina, perdóname si me equivoco... que tú... que el capitán Wybrow sea lo bastante ruin para seguir jugando con tus sentimientos, que se permita comportarse contigo como no debería hacerlo ningún hombre que estuviera oficialmente comprometido con otra persona.

—¿Qué pretendes decir, Maynard? —dijo Caterina, con una mirada furibunda—. ¿Que yo dejé que me cortejara? ¿Qué derecho tienes a pensar eso de mí? ¿Qué es lo que viste ayer por la noche?

—No te enfades, Caterina. Estoy seguro de que no has hecho nada malo. Solo sospecho que ese mocoso sin corazón se ha preocupado de que siguieran vivos en ti unos sentimientos que no solo destruyen tu tranquilidad espiritual, sino que pueden resultar devastadores para otros. Quiero advertirte de que la señorita Assher está muy pendiente de lo que ocurre entre el capitán Wybrow y tú, y no me extrañaría que estuviera celosa de ti. Por favor, ten mucho cuidado, Caterina, e intenta mostrarte cortés e indiferente con él. Ya es hora de que te des cuenta de que no es digno de lo que sientes por él. Le preocupan más las pulsaciones que tiene por minuto que todo el



sufrimiento que te ha causado con su frivolidad.

—No deberías hablar así de él, Maynard —dijo Caterina, con vehemencia—. No es lo que crees. Él me quería; él me amaba; pero deseaba complacer a su tío.

—¡Oh, por supuesto! Sé que son los motivos más virtuosos los que le empujan a hacer lo que le conviene. —El señor Gilfil hizo una pausa. Veía que estaba perdiendo la calma y yendo en contra de sus propósitos. Al punto continuó en tono sereno y afectuoso—. No diré nada más de él, Caterina. Pero te amase o no, su relación actual con la señorita Assher convierte en una fuente de dolor cualquier sentimiento amoroso que te inspire. Sabe Dios que no espero que dejes de amarlo en un instante. El tiempo y la ausencia, y tratar de hacer lo que está bien, son la única cura. De no ser por el disgusto y la extrañeza de *sir* Christopher y *lady* Cheverel si mostraras el deseo de marcharte hoy, te rogaría que hicieras una visita a mi hermana. Ella y su marido son buenas personas, y te harían sentir como en casa. Pero no puedo pedirlo justo ahora sin alegar algún motivo especial; y lo más pavoroso de todo sería que *sir* Christopher llegara a sospechar lo ocurrido en el pasado, o tus sentimientos actuales. Estás de acuerdo conmigo, ¿verdad, Tina?

El señor Gilfil volvió a hacer una pausa, pero Caterina no dijo nada. Había apartado la vista de él, y sus ojos, llenos de lágrimas, miraban por la ventana. Él se levantó y, acercándose un poco a ella, le tendió la mano y dijo:

—Perdona, Caterina, que me entrometa así en tu intimidad. Tenía tanto miedo de que no te percataras de cómo te miraba la señorita Assher. Recuerda, te lo ruego, que la felicidad de toda la familia depende del dominio de tus emociones. Pero di que me perdonas antes de que me vaya.

—Mi querido, mi bondadoso Maynard —dijo, extendiendo la manita y agarrando con fuerza dos de sus enormes dedos, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas—; soy muy antipática contigo. Pero tengo el corazón destrozado. No sé qué hacer. Adiós.

Él se inclinó, le besó la mano, y después salió de la habitación.

—¡El muy sinvergüenza! —dijo entre dientes, al cerrar la puerta—. Si no fuera por *sir* Christopher, me gustaría machacarlo y que su pasta sirviera para envenenar a unos cuantos mocosos como él.

## Capítulo X

Aquella tarde el capitán Wybrow, después de un largo paseo a caballo con la señorita Assher, fue a su vestidor y se sentó con aire bastante lánguido frente al espejo. La imagen que se reflejaba de su exquisito ser era sin duda más pálida y ojerosa de lo habitual, y podría disculpar la inquietud con que se tomó el pulso y luego se llevó la mano al corazón.

«Es horroroso para un hombre hallarse en esta situación —pensaba, mientras, con los ojos fijos en el espejo, se recostaba en la silla y cruzaba las manos detrás de la cabeza—: entre dos mujeres celosas, y las dos a punto de arder como la yesca. ¡Y encima en mi estado de salud! Me encantaría huir de todo, y marcharme a un comedero de lotos<sup>[65]</sup> o a algún lugar donde no hubiera mujeres, o solo mujeres demasiado adormecidas para tener celos. Aquí estoy, sin hacer nada que me guste a mí, tratando de contentar a los demás, y lo único que consigo es que me fulminen unos ojos de mujer y me escupan veneno unas lenguas de mujer. Si a Beatrice le da otro ataque de celos (y es bastante probable, Tina es tan difícil de controlar), no sé qué tormenta podría desatar. Y cualquier complicación en este matrimonio, especialmente de esa clase, podría ser funesta para mi viejo tío. No querría que recibiera ese golpe por nada del mundo. Además, un hombre tiene que casarse en algún momento de su vida, y no creo que pudiera encontrar a nadie mejor que Beatrice. Es una mujer extraordinariamente hermosa, y me gusta mucho de veras; y, como le dejaré hacer lo que quiera, su mal genio no será un inconveniente. Ojalá estuviéramos casados ya, porque todo este alboroto no me conviene nada. No me he sentido demasiado bien últimamente. El escándalo que ha armado con Tina esta mañana me ha alterado mucho. ¡Pobre pequeña Tina! ¡Qué ilusa es! ¡Mira que enamorarse de mí de esa manera! Tendría que saber que es imposible que las cosas sean diferentes. Ojalá comprendiera cuánto la quiero, y me considerara un amigo; pero eso es lo que no se puede conseguir de una mujer. Beatrice es de natural bondadoso; estoy seguro de que será cariñosa con ella. Sería un alivio que Tina quisiera a Gilfil, aunque solo fuera para vengarse de mí. Él sería un marido maravilloso, y me gustaría ver al pequeño saltamontes feliz. Si mi situación hubiera sido diferente, me habría casado con ella yo, por supuesto; pero, dadas las responsabilidades que he contraído con *sir* Christopher, esto es impensable. Creo que, si mi tío insiste un poco, ella aceptará a Gilfil; sé que nunca se opondrá a sus deseos. Y, en cuanto estén casados, ella es tan amorosa que parecerá una tortolita con él, como si nunca me hubiera conocido. Pienso que lo mejor para su felicidad es que ese matrimonio se celebre cuanto antes. ¡En fin! Qué afortunados son esos hombres de los que no se enamoran las mujeres. Es una maldita responsabilidad».

En ese momento de sus meditaciones volvió la cabeza un poco, para verse tres cuartas partes de la cara. Era evidente que el *donno infelice della bellezza*<sup>[66]</sup> era la

causa de tan pesadas obligaciones, una idea que naturalmente le sugirió que debía llamar a su criado.

Los días siguientes, sin embargo, cesaron hasta tal punto los síntomas amenazantes que la inquietud tanto del capitán Wybrow como del señor Gilfil pareció disiparse. Todas las cosas mundanas tienen sus momentos de calma: incluso en las noches en que ruge el viento más implacable, habrá un instante de silencio antes de que vuelva a sacudir las ramas, y azote las ventanas, y aülle como mil demonios extraviados a través de los ojos de las cerraduras.

La señorita Assher parecía estar de un humor inmejorable; el capitán Wybrow estaba más atento que nunca con ella, y se mostraba muy circunspecto con Caterina, a la que la señorita Assher prodigaba inusitadas atenciones. El tiempo era espléndido; había excursiones a caballo por la mañana, y elegantes cenas por la noche. Las conversaciones entre *sir* Christopher y *lady* Assher en la biblioteca parecían avanzar cumplidamente; y se sobreentendía que aquella visita a Cheverel Manor terminaría a los quince días, cuando comenzaran con toda diligencia los preparativos para la boda en Farleigh. El *baronet* estaba cada día más radiante. Acostumbrado a ver a las personas que formaban parte de sus planes bajo la grata luz que su voluntad y su optimismo proyectaban sobre el futuro, no percibía más que belleza y prometedoras cualidades domésticas en la señorita Assher, cuya agudeza y gusto por las apariencias servían para estrechar los lazos de simpatía que estaba forjando con ella. El entusiasmo de *lady* Cheverel nunca se elevaba por encima de la moderada marca de la satisfacción serena; y, con el sentido crítico que caracteriza a las mujeres a la hora de juzgarse mutuamente, tenía una opinión más sensata de las cualidades de la señorita Assher. Sospechaba que la hermosa Beatrice tenía un carácter vehemente e imperioso; y al ser, por principios y por el hábito de dominar sus impulsos, la más deferente de las mujeres casadas, veía con malos ojos el aire de tanto en tanto autoritario de la señorita Assher con el capitán Wybrow. Una mujer orgullosa que ha aprendido a someterse dedica todo su orgullo a reforzar su sometimiento, y, con severa superioridad, considera cualquier presunción femenina «indecorosa». *Lady* Cheverel, sin embargo, limitaba esas críticas a la intimidad de sus pensamientos, y, con una discreción que me temo parecerá increíble, no las utilizaba para perturbar la complacencia de su marido.

¿Y Caterina? ¿Cómo pasaba aquellos soleados días otoñales en que los cielos parecían sonreír a la felicidad de la familia? Para ella el cambio de actitud de la señorita Assher era inexplicable. Aquellas atenciones compasivas, aquellas sonrisas condescendientes eran un tormento para Caterina, que tenía constantemente la tentación de rechazarlas con ira.

«Es posible que Anthony le haya dicho que sea amable con la pobre Tina», pensaba.

Esto era ofensivo. Él tendría que saber que la mera presencia de la señorita Assher era dolorosa para ella, que las sonrisas de la señorita Assher le quemaban

como el fuego, que las palabras amables de la señorita Assher eran como picaduras venenosas que la arrastraban a la locura. Y él era obvio que se arrepentía de la ternura que había dejado traslucir aquella mañana en el salón. Se mostraba frío, distante y cortés con ella para ahuyentar las sospechas de Beatrice; y Beatrice era ahora tan amable porque sabía que el amor de Anthony era enteramente suyo. ¡Bueno! Así debía ser; y ella no debería desear que fueran de otro modo. Y, sin embargo, ¡Anthony *era* tan cruel con ella! Tina nunca lo habría tratado así. Hacer que le amara de ese modo... decirle unas palabras tan dulces... mimarla así, y luego comportarse como si esas cosas no hubieran ocurrido nunca. Anthony le había dado un veneno que parecía muy dulce mientras lo bebía, pero ahora estaba en su sangre, y ella no podía hacer nada.

Con esta tempestad reprimida en el pecho, la pobre criatura subía por las noches a su dormitorio, donde sus emociones se desataban. Allí, entre fuertes suspiros y sollozos, andando sin descanso de un lado para otro, tendiéndose en el duro suelo, exponiéndose al frío y al agotamiento, contaba a la noche, que la escuchaba compasiva, la angustia que no podía revelar a ningún oído mortal. Pero el sueño acababa llegando siempre, y al alba la calma reparadora que le permitía vivir durante el día.

Es asombroso el tiempo que un cuerpo joven puede luchar con esta clase de aflicción secreta, sin que nadie vea en él la huella del conflicto, salvo unos ojos muy compasivos. El propio físico frágil y delicado de Caterina, su palidez natural y sus maneras habitualmente tímidas y silenciosas hacían que cualquier síntoma de fatiga o sufrimiento fuera menos perceptible. Y su canto —lo único en que dejó de ser pasiva, y brilló con luz propia— no perdió un ápice de su energía. A veces se preguntaba por qué, estuviera triste o enojada, destrozada por la indiferencia de Anthony, o ardiendo de indignación por las atenciones de la señorita Assher, cantar era siempre un consuelo para ella. Aquellas notas fuertes y profundas que emitía parecían disipar el dolor de su corazón, parecían expulsar la locura de su cerebro.

Así pues, *lady* Cheverel no advirtió ningún cambio en Caterina, y solo el señor Gilfil percibió con inquietud el rubor febril que teñía a veces sus mejillas, las ojeras cada vez más profundas, la mirada extraña y ausente, y el brillo enfermizo de sus preciosos ojos.

Pero ¡ay!, aquellas noches de desasosiego estaban causando un efecto mucho más funesto del que sugerían aquellos pequeños cambios externos.

## Capítulo XI

El domingo siguiente, como amaneció lluvioso, decidieron que la familia no iría a la iglesia de Cumbermoor como de costumbre, sino que el señor Gilfil, que solo tenía un oficio vespertino en la parroquia vecina, dirigiera el oficio matinal en la capilla.

Justo antes de las once, la hora fijada, Caterina bajó al salón con tan mala cara que *lady* Cheverel le preguntó inquieta si se encontraba mal; al enterarse de que le dolía mucho la cabeza, insistió en que no asistiera al oficio y se apresuró a acomodarla en un sofá cerca del fuego, poniendo en sus manos un volumen de los sermones de Tillotson<sup>[67]</sup>, una lectura muy indicada si Caterina se hubiera sentido con fuerzas para ese instrumento de edificación.

Los sermones del buen arzobispo son una excelente medicina para el alma, pero una medicina, por desgracia, muy poco indicada para el caso de Tina. Se quedó con el libro abierto sobre las rodillas, y los ojos negros clavados con expresión ausente en el retrato de la hermosa *lady* Cheverel, mujer del insigne *sir* Anthony. Miraba el cuadro sin pensar en él, y la impresionante dama rubia parecía observarla desde las alturas con esa indiferencia benigna, con ese ligero asombro con que las mujeres felices y apacibles suelen mirar a sus hermanas más débiles y sensibles.

Caterina pensaba en el futuro inmediato: en la boda que no tardaría en celebrarse, en lo que tendría que vivir los próximos meses.

«Ojalá me pusiera muy enferma, y muriera antes —se dijo—. Cuando las personas enferman, dejan de preocuparse por las cosas. La pobre Patty Richards parecía tan feliz cuando empeoró... Era como si le diera igual su prometido, y le encantaba oler las flores que yo le llevaba. Oh, si pudiera ilusionarme algo... ¡Si pudiera pensar en otra cosa! Si todos estos sentimientos tan terribles dejaran de acosarme, me daría lo mismo no ser feliz. No querría nada; y podría hacer lo que me pidieran *sir* Christopher y *lady* Cheverel. Pero, cuando me asaltan la rabia y la ira, no sé qué hacer. Es como si desapareciera el suelo que me sostiene; solo siento los latidos de mi cerebro y de mi corazón, y tengo ganas de hacer algo terrible. ¡Oh! Me gustaría saber si alguien se ha sentido así antes que yo. Debo de ser realmente mala. Pero Dios se apiadará de mí; Él sabe lo que tengo que soportar».

Tina siguió sumida en sus pensamientos hasta que oyó unas voces en el pasillo, y reparó en que el volumen de Tillotson se le había caído al suelo. Acababa de recogerlo, y de ver con alarma que las páginas se habían doblado, cuando entraron *lady* Assher, Beatrice y el capitán Wybrow, con esa vivacidad y alegría que a menudo suscita un sermón después de ser pronunciado.

*Lady* Assher se acercó enseguida a Caterina y tomó asiento a su lado. La dama había echado una cabezada reparadora, y venía llena de bríos para un monólogo.

—Bueno, mi querida señorita Sarti, y ¿qué tal se encuentra ahora? Un poco mejor, por lo que veo. Sabía que le sentaría bien reposar un rato en silencio. Estas

jaquecas son todas de debilidad. No puede hacer esfuerzos, y tiene que beber cerveza amarga. Yo solía tener las mismas jaquecas a su edad, y el viejo doctor Samson le decía a mi madre: «Señora, su hija sufre de debilidad». Era un anciano muy peculiar el doctor Samson. Pero ojalá hubiera oído el sermón de esta mañana, señorita Sarti. ¡Ha sido excelente! Hablaba de diez vírgenes, cinco necias y cinco inteligentes, ¿sabe? Y el señor Gilfil nos lo ha explicado todo. ¡Qué joven tan simpático! Es tan tranquilo y agradable, y juega tan bien al *whist*. Ojalá viviera en Farleigh con nosotras. A *sir* John le habría encantado; tiene tan buen carácter cuando juega a las cartas; y *sir* John era un hombre de naipes. Y nuestro párroco es demasiado irritable; no soporta perder dinero en una partida. No me parece bien que a un eclesiástico le preocupe perder dinero, ¿y a usted? ¿Qué opina?

—*Lady Assher*, por favor —le interrumpió Beatrice, con su tono habitual de superioridad—, no canse a la pobre Caterina con asuntos tan intrascendentes. Su jaqueca no parece haber mejorado, querida —continuó diciendo a Caterina, con cara de circunstancias—; tome mi frasco de sales, y guárdelo en su bolsillo. Quizá la reanimen de tanto en tanto.

—No, gracias —contestó Caterina—; no quiero dejarla sin ellas.

—No se preocupe, querida, yo nunca las empleo; cójalas —insistió la señorita Assher, poniendo el frasco en la mano de Tina.

Tina enrojeció vivamente, empujó las sales con cierta impaciencia y dijo:

—No, gracias, nunca las empleo. No me gustan las sales.

La señorita Assher, sorprendida, volvió a guardarse el frasco en el bolsillo con un silencio altanero; y el capitán Wybrow, que había presenciado la escena con inquietud, se apresuró a decir:

—¡Mirad! ¡Ha salido el sol! Tenemos tiempo de dar un paseo antes de comer. Vamos, Beatrice, ponte la capa y un sombrero, y caminemos media hora por el sendero de grava.

—Sí, querida —la animó *lady Assher*—, y yo iré a ver si *sir* Christopher está dando su paseo por la galería.

En cuanto se cerró la puerta tras las dos mujeres, el capitán Wybrow, de espaldas a la chimenea, se volvió hacia Caterina y le dijo en tono de reproche:

—Mi querida Caterina. Te ruego que domines mejor tus emociones; has sido muy grosera con la señorita Assher, y sé que has herido sus sentimientos. Piensa en lo raro que le pueden parecer tus reacciones. Se preguntará por qué te portas así. Vamos, querida Tina —añadió, acercándose a ella e intentando cogerle la mano—; por tu propio bien, te suplico que recibas sus atenciones con cortesía. A ella le caes muy bien, y me haría muy feliz que fuerais amigas.

Caterina estaba ya en un estado tal de susceptibilidad enfermiza que las palabras más inocentes del capitán Wybrow habrían sido tan irritantes para ella como el más leve zumbido de un insecto para alguien que padeciera de los nervios. Pero aquel tono de reproche magnánimo le resultó intolerable. Él le había infligido una grave

herida sin arrepentirse, y ahora adoptaba aquella actitud benévola con ella. Se trataba de un nuevo ultraje. Su manifestación de buena voluntad era una insolencia.

Caterina retiró la mano bruscamente y exclamó indignada:

—¡Déjame sola, capitán Wybrow! Yo no te mortifico a ti.

—Caterina, ¿por qué eres tan violenta... tan injusta conmigo? Solo me preocupo por ti. La señorita Assher ya se ha percatado de lo extraño que es tu comportamiento tanto con ella como conmigo, y eso me coloca en una posición muy delicada. ¿Qué puedo decirle?

—¿Decirle? —estalló Caterina con profunda amargura, levantándose y acercándose a la puerta—. Dile que soy una pobre criatura estúpida que se ha enamorado de ti y está celosa de ella; y que lo único que has sentido por mí ha sido lástima, y nunca me has mostrado otra cosa que cordialidad. Dile eso, y te apreciará aún más.

Tina dijo esto como la peor muestra de sarcasmo que podía venirle al pensamiento, sin sospechar siquiera que pudiera haber algo de verdad en sus palabras. Bajo el sentimiento de injusticia que palpitaba en ella, más instintivo que reflexivo, bajo la locura de sus celos y el impulso incontrolable de rencor y de venganza, bajo aquella pasión abrasadora, subyacían ocultas algunas gotas cristalinas de rocío en las que perduraba la confianza, el remordimiento y la convicción de que Anthony trataba de obrar con rectitud. No todo el amor se había desvanecido para alimentar el fuego del odio. Tina seguía creyendo que Anthony la amaba más de lo que parecía; y ni se le pasaba por la cabeza que fuera culpable de algo peor para una mujer que la inconstancia. Y los reproches que vertió solo fueron la expresión más vehemente que pudo encontrar para aquel momento de ira.

Mientras seguía casi en el centro de la estancia, con su cuerpo menudo todo tembloroso por la conmoción de unas pasiones demasiado intensas para ella, con los labios pálidos y los ojos brillantes, se abrió la puerta y apareció la señorita Assher, alta y esplendorosa, vestida para salir a pasear. Al entrar, su rostro esbozaba la sonrisa más idónea para las salidas y entradas de una dama joven que considera su presencia un hecho interesante; pero un instante después contempló a Caterina con grave sorpresa, y luego dirigió una mirada de colérica sospecha al capitán Wybrow, que acusó cansancio e irritación.

—Quizá estés demasiado ocupado para dar un paseo, capitán Wybrow. Iré sola.

—No, no, ya voy —respondió él, corriendo hacia ella y llevándola fuera de la habitación, dejando que la pobre Caterina se avergonzara y sintiera remordimientos de su arrebató de celos.

## Capítulo XII

—Y dime, ¿cómo será la siguiente escena en el drama entre tú y la señorita Sarti? —preguntó la señorita Assher al capitán Wybrow en cuanto salieron al camino de grava—. Estaría bien tener una idea de lo que se avecina.

El capitán Wybrow guardó silencio. Estaba de mal humor, cansado, molesto. Hay momentos en que uno toma casi la determinación de no volver a responder a una mujer enojada más que con un silencio sepulcral.

«¡Maldita sea! —pensó—. Ahora van a atacarme por el otro flanco».

Miró resueltamente al horizonte, con el gesto más enfurruñado que Beatrice le había visto nunca.

Después de dos o tres minutos, la joven prosiguió en un tono aún más altanero:

—Supongo que eres consciente, capitán Wybrow, de que espero una explicación de lo que acabo de presenciar.

—No tengo ninguna explicación, mi querida Beatrice —contestó finalmente él, haciendo un gran esfuerzo—, aparte de la que te he dado ya. Esperaba que no volvieras a sacar el tema.

—Tu explicación, sin embargo, dista mucho de ser convincente. Lo único que puedo decir es que la señorita Sarti se da unos aires contigo que son de todo punto incompatibles con nuestra relación. Y su actitud conmigo no puede ser más ofensiva. No me quedaré en Cheverel Manor en estas circunstancias, y mamá tendrá que explicarle el motivo a *sir* Christopher.

—Beatrice —dijo el capitán Wybrow, al tiempo que su irritación daba paso a la alarma—, te suplico que tengas paciencia, y consideres este asunto con todos tus buenos sentimientos. Es muy doloroso, lo sé, pero estoy seguro de que te daría pena perjudicar a la pobre Caterina, hacer que mi tío descargara su ira sobre ella. Piensa que la pobre criatura depende de él para todo.

—Eres muy hábil dando evasivas, pero no creas que me engañas con ellas. La señorita Sarti jamás osaría tratarte así si no hubieras coqueteado con ella, si no le hubieras hecho la corte. Supongo que considera tu noviazgo conmigo una traición. Agradezco mucho, por supuesto, que me hayas convertido en la rival de la señorita Sarti. Me has mentido, capitán Wybrow.

—Beatrice, declaro solemnemente que Caterina solo es para mí una niña a la que, como es natural, tengo cariño... por ser la protegida de mi tío, y una criatura adorable. Me encantaría verla casada con Gilfil mañana mismo; y, en mi opinión, ésa es una prueba tangible de que no estoy enamorado de ella. En cuanto al pasado, es posible que le dedicara algunas atenciones que ella exageró o malinterpretó. ¿Qué hombre no está expuesto a esa clase de situaciones?

—Pero ¿por qué razón se comporta así? ¿Qué te ha dicho esta mañana para temblar de ese modo y ponerse blanca como la cera?

—No lo sé. Acababa de decirle algo sobre su falta de cortesía. Con esa sangre



italiana que corre por sus venas, uno nunca sabe cómo va a tomarse las cosas. Es una pequeña fiera, aunque por lo general parezca muy tranquila.

—Pero alguien debería explicarle lo indecorosa y poco delicada que es su actitud. A mí me sorprende que *lady* Cheverel no haya reparado en sus respuestas cortantes ni en los aires que se da.

—Te ruego, Beatrice, que no insinúes nada de esto delante de *lady* Cheverel. Sabrás ya lo estricta que es. No le cabe en la cabeza que una joven se enamore de un hombre que no haya pedido su mano.

—Bueno, pues le diré yo misma a la señorita Sarti que he observado cómo se comporta. Será un acto de caridad.

—No, querida; eso solo sería perjudicial. Caterina tiene un temperamento muy extraño. Lo mejor que puedes hacer es alejarte lo más posible de ella. Se le pasará. Estoy segura de que no tardará en casarse con Gilfil. Los caprichos de las niñas cambian con facilidad de un objeto a otro. ¡Santo cielo, mi corazón va a galope tendido! Estas malditas palpitaciones están empeorando en lugar de mejorar.

Y así terminó la conversación, al menos en lo concerniente a Caterina, no sin establecer un decidido propósito en el pensamiento del capitán Wybrow: un propósito que llevó a cabo al día siguiente, cuando se reunió en la biblioteca con *sir* Christopher para discutir algunos detalles de la boda que se avecinaba.

—Por cierto —dijo con aire despreocupado cuando hicieron una pausa, mientras paseaba por la habitación con las manos en los bolsillos de la chaqueta, mirando el lomo de los libros que cubrían las paredes—, ¿cuándo van a casarse Gilfil y Caterina, señor? Me siento muy cerca de un pobre diablo enamorado hasta los tuétanos como Maynard. ¿Por qué no se casan al mismo tiempo que nosotros? Supongo que él ya se habrá declarado a Tina.

—Bueno —dijo *sir* Christopher—, yo pensaba esperar a que se muriera el viejo Crichley; el pobre hombre no durará mucho; para que Maynard entrase en el matrimonio y en la rectoría al mismo tiempo. Pero, al fin y al cabo, no es ningún motivo para retrasar la boda. No tienen por qué marcharse de Cheverel Manor cuando se casen. Y el pequeño mico ya tiene edad suficiente. Será bonito verla como una matrona, con un bebé del tamaño de un gatito en brazos.

—Creo que eso de esperar siempre es malo. Y, si puedo mejorar la dote que piensa asignar a Caterina, me encantará satisfacer sus deseos.

—Mi querido muchacho, eso es muy generoso por tu parte; pero Maynard tendrá suficiente; y por lo que sé de él... y lo conozco bien, creo que preferirá mantener él solo a Caterina. Sin embargo, ahora que me lo has recordado, empiezo a reprocharme no haber pensado en esa boda antes. He estado tan obsesionado con Beatrice y contigo, granuja, que la verdad es que me he olvidado del pobre Maynard. Y es mayor que tú... Ya es hora de que forme una familia. —*Sir* Christopher guardó silencio, tomó un poco de rapé con aire pensativo, y a continuación dijo, más para sí mismo que para Anthony, que estaba tarareando una melodía en el otro extremo de la

biblioteca—: Sí, sí. Será un plan excelente solventar todos nuestros asuntos familiares sin dilación.

Mientras paseaba a caballo con la señorita Assher esa misma mañana, el capitán Wybrow le dijo como de pasada que *sir* Christopher tenía muchas ganas de que se celebrase la boda de Gilfil y Caterina cuanto antes, y que él, por su parte, haría todo lo posible para impulsar el enlace. Sería lo mejor del mundo para Tina, cuyo bienestar realmente le preocupaba.

Con *sir* Christopher nunca pasaba mucho tiempo entre el propósito y la ejecución. Tomó la decisión rápidamente, y con idéntica celeridad pasó a la acción. Al levantarse de la mesa después del almuerzo, le dijo al señor Gilfil:

—Ven conmigo a la biblioteca, Maynard. Quiero hablar contigo. Maynard, querido muchacho —empezó a decir en cuanto se sentaron, dando golpecitos a su cajita de rapé y radiante de felicidad por el placer inesperado que estaba a punto de procurarle—, ¿por qué no tenemos dos parejas felices en lugar de una antes de que acabe el otoño, eh? ¿Eh? —repitió unos instantes después, alargando el monosílabo, cogiendo un pellizco de rapé y mirando a Maynard con una sonrisa maliciosa.

—No estoy muy seguro de entenderlo, señor —respondió el señor Gilfil, de lo más contrariado al notar que había palidecido.

—¿Que no me entiendes, rufián? Sabes muy bien quién es la persona cuya felicidad me preocupa más después de Anthony. Hace mucho tiempo que me confiaste tu secreto, así que no tienes nada que confesar. Tina ya tiene edad suficiente para ser una buena esposa; y, aunque la rectoría no esté lista para ti, da lo mismo. Mi mujer y yo estaremos mucho mejor si vivís con nosotros. Echaríamos de menos a nuestro pequeño pájaro cantor si se marchara de pronto.

El señor Gilfil se encontró en una posición terriblemente difícil. Tenía miedo de que *sir* Christopher sospechara o descubriera el verdadero estado de los sentimientos de Caterina, pero se veía obligado a convertir estos sentimientos en la base de su respuesta.

—Mi querido señor —dijo finalmente con cierto esfuerzo—, no quiero que piense que no soy consciente de su bondad, que no agradezco su interés paternal en mi felicidad; pero, dados los sentimientos de Caterina, me temo que no hay ninguna esperanza de que acepte una propuesta mía de matrimonio.

—¿Se lo has preguntado alguna vez?

—No, señor. Pero a menudo estas cosas son obvias sin preguntarlas.

—¡Bah! ¡Bah! *Seguro* que ese mico te ama. Fuiste su primer compañero de juegos; y recuerdo que lloraba si te hacías un corte en el dedo. Además, siempre ha admitido tácitamente que eras su enamorado. Yo siempre le he hablado de ti como si lo fueras. Daba por sentado que habríais decidido el asunto entre los dos; y lo mismo le pasa a Anthony. Anthony cree que Tina está enamorada de ti, y él es joven y puede ver con claridad estas cosas. Me lo ha dicho esta mañana, y me ha gustado mucho la simpatía y el interés que ha mostrado por vosotros.

La sangre —más de la necesaria— volvió súbitamente al rostro del señor Gilfil; apretó los dientes y cerró los puños, esforzándose por reprimir un estallido de indignación. *Sir Christopher* advirtió su rubor, pero pensó que reflejaba la fluctuación entre la esperanza y el miedo que le infundía Caterina.

—Eres demasiado modesto, Maynard —prosiguió—. Un hombre fornido como tú no debería ser tan apocado. Si no te atreves a hablar con ella, deja que lo haga yo.

—*Sir Christopher* —dijo el pobre Maynard con gravedad—, el mayor favor que podría hacerme usted es no mencionar este asunto a Caterina por el momento. Creo que semejante proposición, planteada antes de tiempo, solo puede apartarla de mí.

*Sir Christopher* empezaba a estar un poco disgustado con aquella negativa. Su tono se volvió algo más severo cuando dijo:

—¿Tienes algún motivo para afirmar esto, aparte de tu idea general de que Tina no está lo bastante enamorada de ti?

—No tengo ningún motivo, fuera de una hondísima impresión de que no me ama lo suficiente para casarse conmigo.

—Pues ese motivo no me parece nada convincente. Nunca se me ha dado mal juzgar a las personas; y, si no me engaño en el caso de Tina, lo que más anhela ella es que seas su marido. Deja que me ocupe de este asunto del modo que crea más conveniente. Confía en mí, no perjudicaré tu causa, Maynard.

El señor Gilfil, sin atreverse a decir nada más, y horrorizado ante las consecuencias que podría acarrear la decisión de *sir Christopher*, salió de la biblioteca con una mezcla de indignación contra el capitán Wybrow y de angustia por él y por Caterina. ¿Qué iba a pensar la joven de él? Quizá creyera que él había instigado y consentido el proceder de *sir Christopher*. Tal vez no se le presentara la oportunidad de hablar con ella a tiempo; le escribiría una nota, y se la llevaría a su cuarto cuando sonara la campanilla para vestirse para la cena. No; eso la perturbaría mucho, y sería incapaz de bajar al comedor y pasar una velada tranquila. Lo retrasaría hasta la hora de acostarse. Después de las oraciones, se las arregló para llevarla de vuelta al salón, y ponerle una carta en la mano. Tina, extrañada, subió con ella al dormitorio, donde leyó:

Querida Caterina:

Ni se te ocurra pensar que nada de lo que pueda decirte *sir Christopher* sobre nuestro matrimonio ha sido idea mía. He hecho cuanto he podido para convencerle de que no precipitara este asunto, y, si no me he mostrado más contundente, ha sido por temor a dar pie a preguntas que yo no podría contestar sin causarte nuevos sufrimientos. Te escribo estas líneas para que estés preparada para cualquier cosa que *sir Christopher* pueda decir, y para asegurarte —aunque espero que ya lo sepas— que tus sentimientos son sagrados para mí. Preferiría renunciar al anhelo más ardiente de mi vida que

contribuir a que se acentúe tu dolor.

Ha sido el capitán Wybrow quien ha animado a *sir* Christopher a ocuparse del asunto en estos momentos. Te lo cuento para que no te enteres de repente cuando estés con *sir* Christopher. Ya ves de qué está hecho el corazón de ese cobarde. Confía siempre en mí, Caterina, pase lo que pase, como tu fiel amigo y hermano,

MAYNARD GILFIL

Las palabras sobre el capitán Wybrow fueron en un principio una conmoción demasiado grande para que Caterina pudiera pensar en las adversidades que se cernían sobre ella; en lo que le diría *sir* Christopher, o en lo que ella contestaría. Un amargo sentimiento de agravio, un resentimiento feroz, no dejaban espacio al miedo. Con su túnica envenenada, la víctima se retuerce de dolor mientras la torturan, y no piensa en la muerte que se avecina.

¿Cómo podía hacer Anthony aquello? La única explicación era el desprecio más absoluto por los sentimientos de Caterina, el sacrificio más abyecto de toda la consideración y la ternura que le debía para afianzar su situación con la señorita Assher. No. Era algo peor: era crueldad intencionada y gratuita. Él quería mostrarle cuánto la menospreciaba; quería que fuera consciente de su locura por haber creído que él la amaba.

Las últimas gotas cristalinas de confianza y ternura, pensó, se habían secado; un odio abrasador lo había agostado todo. Ya no necesitaba reprimir su resentimiento por temor a ser injusta con el capitán Wybrow: él había jugado con ella, como decía Maynard; él había obrado con imprudencia; y ahora se mostraba ruin y cruel. Tenía motivos suficientes para sentir aquel rencor y aquella ira; no eran tan malos como creía.

Mientras estos pensamientos discurrían veloces, uno tras otro, como punzantes latidos de un dolor febril, Caterina no derramó una sola lágrima. Iba nerviosamente de un lado para otro, como era su costumbre, con los puños apretados y los ojos brillantes de furia, muy inquieta, como si buscara algo sobre lo que abalanzarse al igual que una tigresa.

—Si pudiera hablar con él —susurró—, y decirle que lo odio, que lo desprecio, que me repugna...

De pronto, como si se le hubiera ocurrido algo, sacó una llave del bolsillo y, abriendo el escritorio de marquetería donde guardaba sus recuerdos, cogió una pequeña miniatura. Tenía un marco dorado muy fino con una anilla, como para llevarlo en una cadena; y bajo el cristal, en el dorso, había dos mechones de pelo, uno oscuro y otro castaño dorado, atados con un artístico nudo. Era un regalo secreto que Anthony le había hecho un año antes, una copia encargada especialmente para ella. Llevaba un mes sin sacarlo de su escondite: no era necesario evocar las vivencias del

pasado. Pero ahora lo agarró con fiereza, y lo arrojó violentamente al otro lado de la habitación, contra la chimenea de piedra sin encender.

¿Debía pisotearlo y aplastarlo con su zapato de tacón alto, hasta que desapareciera cualquier huella de aquellas facciones falsas y crueles? ¡Ah, no! Atravesó el cuarto corriendo; pero, cuando vio el pequeño tesoro que tanto había querido, que tan a menudo había cubierto de besos, y tan a menudo había escondido bajo la almohada y recordado al recuperar la conciencia por la mañana; cuando vio aquella única reliquia palpable de un pasado demasiado feliz con el cristal roto, los mechones en el suelo, el fino marfil resquebrajado, su emoción fue tan intensa que le sirvió de revulsivo: su ánimo se aplacó y rompió a llorar.

Mira cómo se agacha para recoger su tesoro, y busca el mechón de pelo y lo devuelve a su sitio, y después examina con tristeza la grieta que desfigura la imagen que tanto amó en el pasado. ¡Ay! Ya no hay ningún cristal que proteja el mechón de pelo y el retrato; pero mira con qué delicadeza lo envuelve en un papel muy suave, y lo guarda de nuevo en su viejo escondite. ¡Pobre criatura! ¡Que Dios apacigüe siempre su alma antes del acto más irrevocable!

Aquel arrebato la había tranquilizado, y se sentó a releer la carta de Maynard. La leyó dos o tres veces sin asimilar lo que decía; se sentía un poco aturdida por el frenesí de la última hora, y le costó entender lo que sugerían las palabras de su amigo. Finalmente, empezó a tener una conciencia muy clara de su inminente entrevista con *sir* Christopher. La idea de contrariar al *baronet*, a quien todo el mundo temía en Cheverel Manor, le asustaba tanto que no le parecía posible oponerse a su deseo. Él creía que estaba enamorada de Maynard; siempre había hablado como si estuviera convencido de eso. ¿Cómo iba a decirle ella que se engañaba? ¿Y qué pasaría si él le preguntaba si amaba a otra persona? Que *sir* Christopher la mirara airado era algo insoportable para ella, aunque solo fuera en su imaginación. ¡Había sido siempre tan bueno con ella! Entonces empezó a pensar en el dolor que ella le infligiría, y la zozobra más egoísta del miedo cedió el paso a la zozobra del cariño. Lágrimas desinteresadas asomaron a su rostro arrepentido, y la gratitud a *sir* Christopher ayudó a despertar su sensibilidad a la ternura y generosidad del señor Gilfil.

«¡Mi querido y bondadoso Maynard! —pensó—. ¡Qué mal me he portado con él! Ojalá hubiera podido quererlo... Pero jamás podré volver a amar o sentir afecto por nadie. Mi corazón se ha roto».

## Capítulo XIII

Al día siguiente llegó el temido momento. Caterina, con los sentidos embotados tras el sufrimiento de la noche anterior, con ese sordo dolor mental que sigue a una angustia muy intensa, estaba en la sala de estar de *lady* Cheverel, copiando una lista de obras de beneficencia, cuando ésta entró y le dijo:

—Tina, *sir* Christopher quiere verte; te espera en la biblioteca.

Bajó la escalera toda temblorosa. En cuanto entró, *sir* Christopher, sentado cerca de su escritorio, le dijo:

—Y ahora, pequeño mico, ven aquí; tengo algo que decirte.

Caterina cogió un escabel, y se sentó en él al pie del *baronet*. Tenía la costumbre de sentarse en esas banquetas tan bajas, y así podría ocultar su rostro mejor. Rodeó con su bracito la pierna de él, y apoyó la mejilla en su rodilla.

—Pareces muy triste esta mañana, Tina. ¿Qué te pasa?

—Nada, *padroncello*; solo me duele la cabeza.

—¡Pobre mico! Bueno, ¿no te dolería menos la cabeza si yo te prometiera un buen marido, y un precioso traje de novia y, con el tiempo, una casa, de la que serías su pequeña dueña, y donde *padroncello* iría a visitarte algunas veces?

—¡Oh, no, no! No me gustaría casarme nunca. ¡Deje que me quede siempre con ustedes!

—¡Bah! ¡Bah! No seas tonta. Yo me volveré viejo y aburrido, y aquí estarán los niños de Anthony haciéndote perder los estribos. Necesitarás a alguien que te quiera más que a nadie en el mundo, y has de tener tus propios hijos. No quiero que pierdas tu lozanía y te conviertas en una solterona. Detesto a las solteronas: me deprimen. Siempre que miro a Sharp, me estremezco. Mi pequeño mico de ojos negros nunca estuvo destinada a semejante horror. Y además tenemos a Maynard Gilfil, el mejor hombre del condado, que vale su peso en oro, a pesar de lo fuerte y robusto que es; te quiere más que a las niñas de sus ojos. Y tú también le quieres a él, pequeño mico, por mucho que digas que no quieres casarte nunca.

—No, no, querido *padroncello*, no diga eso; no podría casarme con él.

—¿Y por qué no, criatura ridícula? No sabes ni lo que quieres. Todos sabemos que estás enamorada de él. *Lady* Cheverel siempre ha dicho que estaba segura de que lo amabas. Se ha dado cuenta de los aires de princesita que te das con él; y Anthony también cree que estás enamorada de Gilfil. Vamos, ¿por qué se te ha metido en la cabeza que no quieres casarte con él?

Los sollozos de Caterina le impidieron contestar. *Sir* Christopher le dio una palmadita en la espalda y exclamó:

—Vamos, vamos; esta mañana no te encuentras bien, Tina. Ve a descansar, pequeña. Medita sobre lo que te he dicho, y recuerda que, después del matrimonio de Anthony, no hay nada que yo desee más que veros a Maynard y a ti asentados en la vida. No quiero caprichos ni locuras... nada de tonterías —dijo esto con cierta

severidad, pero añadió en un tono más dulce—: Venga, venga, deja de llorar, y sé un mico bueno. Ve a echarte y duerme un poco.

Caterina se deslizó por el escabel y, arrodillada, cogió la mano del viejo *baronet*, y la cubrió de lágrimas y de besos; luego salió corriendo de la biblioteca.

Antes del anochecer, el capitán Wybrow se enteró por su tío del resultado de la entrevista con Caterina.

«Si pudiera hablar largo y tendido con ella —pensó—, tal vez lograrse convencerla de que tiene que ser más razonable. Pero es imposible hablar en esta casa sin que nadie nos interrumpa, y no puedo verla en ningún otro lugar sin que Beatrice lo descubra».

Al final decidió contárselo en secreto a la señorita Assher, decirle que quería hablar tranquilamente con Caterina para apaciguarla y conseguir que hiciera caso a Gilfil. Estaba encantado con aquel plan tan juicioso y tan cándido, y en el curso de la tarde decidió la hora y el lugar de la reunión, y le comunicó su propósito a la señorita Assher, que le dio su consentimiento. Anthony, pensaba ella, hará bien al hablar seriamente y sin rodeos con la señorita Sarti. Era realmente un hombre bueno y paciente con ella, teniendo en cuenta cómo se comportaba.

Tina se quedó todo el día en su cuarto, donde la atendieron con cariño como si estuviera enferma, después de que *sir* Christopher le contara a su mujer cómo andaban las cosas. Aquellos cuidados resultaron tan fastidiosos para Caterina, que recibía incómoda unas atenciones y unas amabilidades basadas en una idea equivocada, que a la mañana siguiente hizo un gran esfuerzo para aparecer en el desayuno, asegurando que se sentía bien, aunque su cabeza y su corazón siguieran palpitantes. Estar recluida en su dormitorio era insoportable; ya era bastante desgracia que la miraran y le hablaran, pero era todavía peor quedarse sola. Le aterrorizaban sus propias sensaciones: le aterrorizaba la imperiosa nitidez con que imágenes del pasado y del futuro asaltaban su imaginación. Y había otro sentimiento que también despertaba en ella el deseo de estar en el piso de abajo, yendo de un lado para otro. Tal vez surgiera la oportunidad de hablar a solas con el capitán Wybrow, de decirle esas palabras de odio y desprecio que le abrasaban la lengua. Y esa oportunidad se le presentó del modo más inesperado.

Cuando estaban en el salón, *lady* Cheverel mandó a Caterina a su sala de estar para que cogiera los patrones de unos bordados, y el capitán Wybrow salió al punto tras ella y la encontró cuando volvía por la escalera.

—Caterina —dijo, cogiéndole el brazo mientras la joven seguía bajando sin dirigirle la mirada—, ¿te reunirás conmigo en la Colonia de los Grajos a las doce? Tengo que hablar contigo, y allí podremos hacerlo en privado. No puedo hablar contigo en la casa.

Para su sorpresa, un destello de placer cruzó el rostro de Caterina, que respondió con brevedad y contundencia: «Sí», y luego apartó el brazo de él y siguió andando.

La señorita Assher estaba muy ocupada esa mañana devanando seda, empeñada

en emular los bordados de *lady* Cheverel, y *lady* Assher eligió el pasivo pasatiempo de sujetar los ovillos. *Lady* Cheverel tenía todos sus utensilios de trabajo al lado, y Caterina, pensando que no la necesitaban, fue a la sala de estar y se sentó en el clavicémbalo. Era como si tocar aquellos armoniosos acordes, emitir un gran volumen de sonido, fuera el mejor modo de pasar el rato febril e interminable hasta que llegaran las doce. *El Mesías* de Haendel estaba abierto en el atril, en el coro de «Todos, como ovejas, nos hemos descarriado<sup>[68]</sup>», y Caterina se apresuró a atacar las impetuosas complejidades de esta magnífica fuga. En sus momentos más felices no habría podido ejecutarla tan bien: pues un esfuerzo convulsivo arrojaba sobre su música la pasión que ahora la hacía tan desgraciada, de igual modo que el dolor insufla nuevas fuerzas a quien va a abandonar la lucha, y que el terror acrecienta la intensidad del grito del más debilitado.

Pero a las once y media apareció *lady* Cheverel, que le dijo:

—Tina, ¿podrías ayudar a la señorita Assher con los ovillos de seda? *Lady* Assher y yo hemos decidido dar nuestro paseo en carruaje antes del almuerzo.

Caterina bajó al salón, preguntándose cómo podría escapar a tiempo para estar en la Colonia de los Grajos a las doce. Nada le impediría ir; nada le privaría de ese preciado momento... quizá el último... en que podría decirle al capitán Wybrow lo que pensaba. Después de eso, se volvería pasiva; soportaría cualquier cosa.

Pero acababa de sentarse con una madeja de seda amarilla en las manos cuando la señorita Assher dijo amablemente:

—Sé que tiene una cita con el capitán Wybrow esta mañana. No deje que la retenga demasiado tiempo.

«Así que le ha contado cosas de mí», pensó Caterina; y sus manos empezaron a temblar mientras sujetaba el ovillo.

La señorita Assher prosiguió con idéntica cortesía:

—Es muy aburrido sujetar esos ovillos. Le estoy muy agradecida.

—No, no tiene nada que agradecerme —exclamó Caterina, presa de la irritación—; solo lo hago porque *lady* Cheverel me lo ha pedido.

Al oír esto, la señorita Assher fue incapaz de reprimir por más tiempo su deseo largamente incubado de que «la señorita Sarti se enterara de lo impropio que era su forma de comportarse». Con esa ira maligna que adopta un tono compasivo, le espetó:

—Señorita Sarti, la compadezco porque es usted incapaz de controlarse. Sucumbir a unos sentimientos injustificables es rebajarse... de eso no hay duda.

—¿Qué sentimientos injustificables? —preguntó Caterina, dejando caer las manos y clavando sus grandes ojos oscuros en la señorita Assher.

—No es necesario que añada nada más. Tiene que saber de qué estoy hablando. Recorra a su sentido del deber. Está usted haciendo sufrir muchísimo al capitán Wybrow con su falta de dominio de sí misma.

—¿Le ha contado él que le hago sufrir?



—Sí, por supuesto. Le duele mucho que se porte como si yo fuera una especie de enemiga. Le gustaría que usted se llevara bien conmigo. Le aseguro que los dos la queremos mucho, y sentimos que abrigue esos sentimientos.

—El capitán es muy bueno —repuso Caterina, con acritud—. ¿Qué sentimientos le dijo que abrigaba yo?

Este tono agrio aumentó la irritación de la señorita Assher. Aunque no quisiera reconocerlo, seguía palpitando en el fondo de sus pensamientos la vaga sospecha de que el capitán Wybrow le había mentado sobre su conducta y sus sentimientos por Caterina. Fue esta sospecha, más que la ira del momento, lo que la empujó a decir algo que probase la veracidad de su afirmación. El hecho de que también resultara humillante para Caterina fue solo una tentación complementaria.

—Hay cosas de las que no me gusta hablar, señorita Sarti. No puedo entender cómo una mujer puede dar rienda suelta a su pasión por un hombre que nunca le ha hecho el menor caso, como el capitán Wybrow me asegura que ha ocurrido en esta ocasión.

—¿Eso le ha contado? —inquirió Caterina, en un tono bajo y claro, levantándose de la silla con los labios blancos como el papel.

—En efecto. Se vio obligado a contármelo por culpa de su extraño comportamiento.

Caterina no dijo nada, pero se volvió bruscamente y salió del salón.

¡Mira cómo corre por el pasillo sin hacer ruido, como un pálido meteorito, y sube las escaleras de la galería! Esos ojos brillantes, esos labios pálidos, ese paso veloz y silencioso hacen que parezca la encarnación de un propósito siniestro, más que una mujer. El sol del mediodía centellea en la armadura de la galería, dibujando nuevos soles en los puños ornamentados de las espadas y en las aristas de los petos bruñidos. Sí, hay armas muy afiladas en la galería. Hay un puñal en esa vitrina; ella lo sabe. Al igual que una libélula se gira en su vuelo para posarse un instante en una hoja, se abalanza sobre la vitrina, saca el puñal y se lo mete en el bolsillo. Tres minutos después está en el jardín, con su capa y su sombrero, y corre por el camino de grava hacia las espesas sombras de la lejana Colonia de los Grajos. Se adentra en las sinuosidades de los campos cultivados, sin sentir las hojas doradas que llueven sobre ella, sin sentir la tierra que pisa. Su mano está en el bolsillo, agarrando el mango del puñal, que lleva medio desenvainado.

Ha llegado a la Colonia de los Grajos, y está bajo la penumbra de las ramas entrelazadas. Su corazón palpita como si estuviera a punto de explotar, como si cada latido fuera el postrero. Espera, espera, ¡oh, corazón!, hasta que ella perpetre su última acción. Él estará allí; lo tendrá delante de ella en un instante. Se acercará con esa sonrisa falsa, convencido de que ignora su ruindad... y ella le clavará el puñal en el corazón.

¡Pobre criatura! ¡Pobre criatura! La misma que lloraba para que devolvieran los peces al agua, y era incapaz de matar al ser vivo más insignificante, sueña ahora,

cegada por la cólera, con matar al hombre cuya mera voz la amedrenta.

Pero ¿qué es eso que yace entre las frías y húmedas hojas del sendero, a menos de tres metros?

¡Santo cielo! Es él quien yace inmóvil. Se le ha caído el sombrero. Está enfermo, entonces: se ha desmayado. Ella suelta el puñal y corre hacia él. Tiene la mirada perdida, no la ve. La joven cae de rodillas, coge en sus brazos la cabeza que tanto ama y besa su frente helada

—¡Anthony, Anthony! Dime algo... Soy yo, Tina... ¡dime algo! ¡Dios mío, ha muerto!

## Capítulo XIV

—Sí, Maynard —decía *sir* Christopher, charlando con el señor Gilfil en la biblioteca—, es realmente sorprendente que jamás se haya truncado ninguno de los planes que he concebido. Los pienso muy bien, y nunca los abandono. Una voluntad de hierro es mi único truco. Y, cuando se emprende un plan, lo mejor del mundo es verlo culminado. Éste será el año más feliz de mi vida, si exceptuamos 1753, cuando tomé posesión de Cheverel Manor y me casé con Henrietta. Las obras de la casa están a punto de acabar; la boda de Anthony —lo que más deseo— se ha fijado a mi entera satisfacción; y con el tiempo tú comprarás un pequeño anillo de compromiso para el dedo de Tina. No muevas la cabeza con ese aire tan desesperado; cuando hago una profecía, generalmente se cumple. Pero están dando las doce y cuarto. He de acercarme a caballo a High Ash para hablar con Markham sobre la tala de algunos árboles. Mis viejos robles gemirán por esta boda, pero...

La puerta se abrió violentamente, y Caterina, jadeando y blanca como la cera, con los ojos dilatados por el terror, entró corriendo, se abrazó al cuello de *sir* Christopher, y gritó con voz ahogada:

—Anthony... la Colonia de los Grajos... muerto... en la Colonia de los Grajos.

Y cayó desvanecida al suelo.

*Sir* Christopher salió al punto de la biblioteca, y el señor Gilfil se agachó para coger a Caterina en brazos. Cuando la levantó del suelo, sintió algo duro y pesado en su bolsillo. ¿Qué podía ser? Aquel peso sería suficiente para abrirle una herida. La llevó al sofá, metió la mano en el bolsillo y sacó el puñal.

Maynard se estremeció. Caterina, ¿había querido matarse entonces o...? Una sospecha terrible le asaltó. «Muerto... en la Colonia de los Grajos». Se odió a sí mismo por el pensamiento que le empujó a desenvainar el puñal. ¡No! No había ningún rastro de sangre, y él estaba dispuesto a besar el buen acero por su inocencia. Escondió el arma en su propio bolsillo; la devolvería cuanto antes a su sitio de siempre en la galería. Pero ¿por qué había cogido Caterina ese puñal? ¿Qué había ocurrido en la Colonia de los Grajos? ¿Sería solo una alucinación de ella?

Tenía miedo de tocar la campanilla... miedo de llamar a alguien para que atendiera a Caterina. ¿Qué podría decir al recuperar el conocimiento? Quizá se pusiera a delirar. No podía dejarla sola, y, sin embargo, se sentía culpable por no seguir a *sir* Christopher para averiguar la verdad. No tardó más que un instante en pensar y sentir esto, pero se le hizo tan largo e insoportable que empezó a reprocharse haberlo dejado pasar sin buscar el modo de reanimar a Caterina. Afortunadamente, la jarra que había sobre la mesa de *sir* Christopher estaba llena. Al menos intentaría que volviera en sí echándole el agua por encima. Tal vez se recobraría sin necesidad de pedir ayuda.

Entretanto, *sir* Christopher se dirigía a toda prisa hacia la Colonia de los Grajos; su rostro, tan radiante y seguro de sí mismo en los últimos tiempos, se veía ahora

perturbado por un vago temor. El ladrido profundo y alarmado de Rupert, que trotaba a su lado, llegó hasta el señor Bates, que volvía a su casa, como algo extraordinario; y el jardinero, acercándose velozmente al lugar de donde venía el sonido, encontró al *baronet* justo en la entrada de la Colonia de los Grajos. La mirada de *sir* Christopher fue suficiente. El señor Bates no dijo nada, pero siguió corriendo a su lado, mientras Rupert desaparecía entre las hojas muertas con el hocico pegado al suelo. Acababan de perderlo de vista cuando un cambio en el tono de su ladrido les hizo comprender que había encontrado algo; un instante después regresó saltando por encima de uno de los grandes montículos cultivados. Se dieron la vuelta para subir a él, siguiendo a Rupert; el graznido tumultuoso de los grajos, el susurro de las hojas bajo sus pies, cayeron como un negro presagio en el oído del *baronet*.

Llegaron a la cima del montículo y empezaron a bajar. *Sir* Christopher vio algo morado en el sendero que había debajo, entre las hojas amarillas. Rupert ya se encontraba allí, pero *sir* Christopher no podía ir más rápido. Un temblor se había apoderado de sus brazos y de sus piernas, siempre tan firmes. Rupert volvió a su lado y lamió la mano temblorosa, como si quisiera decir «¡Ánimo!», y luego bajó de nuevo a olfatear el cuerpo. Sí, era un cuerpo... El cuerpo de Anthony. Allí estaba la mano blanca con su anillo de diamantes, aferrándose a las oscuras hojas. Tenía los ojos medio abiertos, pero no prestaban atención al rayo de sol que caía directamente sobre ellos por entre las ramas.

Pero quizá solo se hubiera desmayado; quizá solo fuera un ataque. *Sir* Christopher se arrodilló, le desató el corbatín, le desabrochó el chaleco y le puso la mano en el corazón. Quizá fuera un síncope; no podía estar... no podía estar muerto. ¡No! Tenía que alejar ese pensamiento.

—Corra a pedir ayuda, Bates; lo llevaremos a su cabaña. Que alguien vaya a casa y se lo comunique al señor Gilfil y a Warren. Que ellos se encarguen de llamar al doctor Hart, y de decirle a *lady* Cheverel y a la señorita Assher que Anthony se encuentra mal.

El señor Bates se marchó a toda prisa, y el *baronet* se quedó solo con su sobrino. El cuerpo joven y flexible, las mejillas redondeadas, los labios carnosos y delicados, las manos suaves y blancas, yacían fríos y rígidos; y el rostro envejecido se inclinaba sobre él silenciosamente angustiado; las viejas manos de venas muy marcadas buscaban con trémula curiosidad algún síntoma de que la vida no se hubiera extinguido de manera irrevocable.

Rupert también estaba allí, expectante. Lamió primero las manos muertas y después las manos vivas; luego salió tras las huellas del jardinero, como si quisiera acelerar su regreso, pero volvió enseguida, incapaz de abandonar el escenario del dolor de su dueño.

## Capítulo XV

Es un momento maravilloso la primera vez que socorremos a alguien que se ha desmayado y presenciamos el renacer de su conciencia y cómo ésta se extiende por las facciones inexpresivas, al igual que el sol naciente sobre las cumbres alpinas, fantasmales y dormidas bajo la luz plomiza del amanecer. Un ligero estremecimiento, y los ojos de escarcha recobran su luminosidad y transparencia; durante un instante, reflejan la semiinconsciencia de un niño; luego, con un pequeño sobresalto, se abren más y empiezan a mirar; el presente resulta visible, pero solo como una extraña escritura, y la Memoria, su intérprete, todavía no está.

El señor Gilfil sintió una trémula alegría cuando estos cambios se hicieron perceptibles en el rostro de Caterina. Se inclinó sobre ella, frotándole las manos heladas y mirándola con tierna compasión cuando sus ojos oscuros le observaron con sorpresa. Pensó que habría algo de vino en el comedor, que estaba a dos pasos. Salió de la biblioteca, y los ojos de Caterina se volvieron hacia la ventana, hacia la butaca de *sir Christopher*. Allí estaba el eslabón en la cadena de la conciencia que se había roto; y, cuando los sucesos de la mañana empezaban a reaparecer en su imaginación con la vaguedad de un sueño medio olvidado, Maynard regresó con un poco de vino. La ayudó a incorporarse, y ella se lo bebió; pero seguía callada, como absorta tratando de recordar el pasado, cuando se abrió la puerta y apareció el señor Warren con una expresión que anunciaba algo terrible. El señor Gilfil, temiendo que le diera la noticia delante de Caterina, se le acercó con un dedo en los labios, y lo condujo al comedor, al otro lado del pasillo.

Caterina, reanimada por el estimulante, recuperó la conciencia de lo ocurrido en la Colonia de los Grajos. Anthony yacía allí, muerto; ella lo había dejado solo para avisar a *sir Christopher*; tenía que volver y ver qué hacían con él; tal vez no estuviera realmente muerto, solo en un trance; a veces las personas se sumían en un trance. Mientras el señor Gilfil explicaba a Warren el mejor modo de dar la noticia a *lady Cheverel* y a la señorita Assher, impaciente por volver al lado de Caterina, la pobre criatura se dirigió exangüe a la puerta principal, abierta de par en par. Con el ejercicio y el aire puro, cobró nuevos bríos; y, cuánto más fuerte se sentía, más intensa era su emoción y más intenso su deseo de estar donde estaba su pensamiento: en la Colonia de los Grajos, con Anthony. Anduvo cada vez más deprisa y, finalmente, con toda la potencia artificiosa de su exaltación, echó a correr.

Pero no tardó en oír fuertes pisadas, y, bajo la sombra amarillenta cercana al puente de madera, vio a unos hombres que avanzaban lentamente con algo en brazos. Pronto estuvo delante de ellos. Anthony ya no estaba en la Colonia de los Grajos: lo llevaban tendido sobre una puerta, y detrás de él iba *sir Christopher*, con la mandíbula firmemente apretada, la palidez cadavérica, y la expresión reconcentrada de sufrimiento que denotan el dolor contenido de un hombre fuerte. La visión de su rostro, en el que Caterina no había contemplado jamás un asomo de angustia, suscitó

en ella un nuevo sentimiento que, de momento, atemperó todos los demás. Se acercó con dulzura a él, le dio su manita y caminó en silencio a su lado. *Sir Christopher* no pudo pedirle que lo dejara, así que ella acompañó a aquel triste cortejo a la cabaña del señor Bates en los Musgos, y se sentó sin decir nada, esperando que se aclarara si Anthony estaba realmente muerto.

Aún no había echado en falta el puñal que llevaba en el bolsillo; ni siquiera se había acordado de él. Al ver a Anthony muerto en el suelo, su naturaleza relegó al olvido la nueva inclinación al resentimiento y al odio para retornar al viejo y dulce hábito de amar. Lo primero y más prolongado sigue predominando sobre nosotros; y el único pasado que vinculaba a aquellos ojos vidriosos e inconscientes era el pasado en que éstos resplandecían de ternura al mirarla. Caterina borró de su memoria el intervalo de agravios, celos y odio, toda la crueldad de él y los deseos de venganza de ella; al igual que el exilio olvida la travesía tormentosa entre el hogar y la felicidad y la lúgubre tierra en la que se encuentra desolado.

## Capítulo XVI

Antes de que llegara la noche toda esperanza se había desvanecido. El doctor Hart confirmó que había muerto; el cuerpo de Anthony fue llevado a la casa, y todo el mundo se enteró de la desgracia que se había abatido sobre ellos.

El doctor Hart hizo unas preguntas a Caterina, que respondió brevemente cómo había encontrado a Anthony tendido en el suelo. El hecho de que hubiera paseado por la Colonia de los Grajos en ese momento fue una coincidencia que no despertó conjeturas en nadie que no fuera el señor Gilfil. Salvo para contestar esta pregunta, ella no había roto su silencio. Se quedó muda en un rincón de la cocina del jardinero, moviendo la cabeza cuando Maynard le pidió que volviera con él, incapaz de pensar aparentemente en nada que no fuera la posibilidad de que Anthony reviviera, hasta que vio cómo los hombres se llevaban el cuerpo a la casa. Entonces los siguió de nuevo al lado de *sir* Christopher, tan silenciosamente que ni siquiera el doctor Hart puso objeciones a su presencia.

Decidieron dejar el cuerpo en la biblioteca hasta que el magistrado<sup>[69]</sup> iniciara la investigación al día siguiente; y, cuando Caterina vio finalmente cerrada la puerta, subió por las escaleras de la galería para ir a su dormitorio, el lugar donde se sentía a gusto con sus penas. Era la primera vez que regresaba a la galería después del terrible momento que había vivido esa mañana; y ahora el lugar y los objetos que la rodeaban empezaron a refrescar su confusa memoria. La armadura ya no brillaba a la luz del sol, sino que colgaba sombría y sin vida sobre la vitrina donde había cogido el puñal. ¡Sí! Ahora lo recordaba todo... toda la desdicha y todo el pecado. Pero ¿dónde estaba el puñal? Se llevó la mano al bolsillo; no estaba. ¿Sería una fantasía suya? Miró en la vitrina; tampoco estaba. ¡Ay, no!, no era ninguna fantasía, y ella *era* la culpable de esa iniquidad. Pero ¿dónde estaría el puñal? ¿Se le habría caído del bolsillo? Oyó unos pasos que subían por la escalera y corrió a su habitación, donde, arrodillándose al pie de la cama y tapándose el rostro con las manos para protegerse de la odiosa luz, intentó rememorar cada sentimiento e incidente de la mañana.

Todo acudió a su pensamiento; todo lo que Anthony había hecho, y todo lo que ella había sentido durante el último mes... durante muchos meses... desde aquella noche de junio en que él le habló en la galería por última vez. Recordó sus arrebatos de ira, los celos y el odio que le inspiraba la señorita Assher, su deseo de venganza de Anthony. ¡Oh, qué malvada había sido! Era ella quien había pecado; era ella quien le había empujado a hacer y decir aquellas cosas que tanto la enfurecían. Y, aunque Anthony hubiera sido injusto con ella, ¿qué había estado a punto de hacerle a él? Era demasiado abominable para que la perdonasen algún día. Le gustaría confesar su ruindad para que pudieran castigarla; le gustaría arrastrarse por el barro delante de todo el mundo, incluso de la señorita Assher. *Sir* Christopher la expulsaría de su casa... No querría volver a verla, si supiera la verdad; y ella preferiría que la

castigarán y despreciarán antes que ser tratada con cariño ocultando aquella culpa en el pecho. Pero, si *sir* Christopher se enterara de todo, su dolor se acentuaría y sería más desdichado que nunca. ¡No! No podía decir nada: tendría que hablar de Anthony. Pero no podía quedarse en Cheverel Manor; tenía que marcharse; sería incapaz de soportar la mirada de *sir* Christopher, sería incapaz de seguir viendo todas esas cosas que le recordaban tanto a Anthony como su pecado. Tal vez muriera pronto: se sentía muy débil; no podía quedar mucha vida en ella. Se iría lejos y viviría humildemente, y rogaría a Dios que la perdonara y la dejara morir.

La pobre criatura nunca pensó en el suicidio. En cuanto pasó su arrebató de ira, recuperó la ternura y la timidez de su naturaleza, y solo pudo amar y llorar la pérdida de Anthony. Su inexperiencia impidió que imaginara las consecuencias de su desaparición de Cheverel Manor; no previó la terrible alarma, la angustia y la búsqueda que desencadenaría.

«Creerán que he muerto —se decía a sí misma—, y con el tiempo me olvidarán, y Maynard volverá a ser feliz y se enamorará de otra mujer».

Le sacó de su ensimismamiento un golpe en la puerta. La señora Bellamy estaba allí. El señor Gilfil le había pedido que fuera a ver cómo se encontraba la señorita Sarti, y aprovechara para llevarle algo de comer y vino.

—Pareces tan triste, querida —dijo la vieja ama de llaves—, y estás temblando de frío. Métete en la cama ahora mismo. Martha vendrá a calentarla y encenderá la chimenea. Te he traído un poco de arrurruz con una gota de vino. Tómallo, te entonará. Tengo que volver abajo, no puedo quedarme contigo un rato. Hay tantas cosas de las que ocuparse; y la señorita Assher tiene un ataque de histeria y, como su doncella está en cama, ¡pobre mujer!, llama continuamente a la señora Sharp. Pero te enviaré a Martha, y tú acuéstate, tesoro, y cuídate mucho.

—Gracias, abuelita —dijo Tina, besando las mejillas arrugadas de aquella anciana tan menuda—; me comeré el arrurruz, y no te preocupes más por mí esta noche. Estaré muy bien cuando Martha me encienda la chimenea. Dile al señor Gilfil que estoy mejor. Me iré a la cama enseguida, así que no vuelvas a subir, no quiero que me despiertes.

—Bueno, bueno; cuídate mucho, tesoro, y que duermas como una bendita.

Caterina se comió el arrurruz con avidez mientras Martha encendía el fuego. Quería cobrar fuerzas para el viaje, y se quedó con el plato de galletas para guardarse alguna en el bolsillo. Todo su pensamiento se centraba en alejarse de Cheverel Manor, y meditaba sobre los diferentes recursos que su pequeña experiencia vital podría procurarle.

Había anochecido; esperaría hasta el amanecer, pues era demasiado miedosa para huir en medio de la oscuridad, pero tendría que alzar el vuelo antes de que alguien se levantara. Estaban velando a Anthony en la biblioteca, pero ella podría salir por una puertecita que daba al jardín, frente al salón que había en el otro lado de la casa.

Dejó preparados la capa, el sombrero y el velo; luego encendió una vela, abrió el



escritorio y sacó la miniatura rota envuelta en papel. La ocultó en su pecho con dos pequeñas notas de Anthony, escritas a lápiz. Encontró también la cajita de porcelana de Dorcas, los pendientes de perlas, y un monedero de seda con las quince monedas de siete chelines<sup>[70]</sup> que le había regalado *sir* Christopher por su cumpleaños desde que vivía en Cheverel Manor. ¿Debía llevarse los pendientes y las monedas de siete chelines? No podría separarse de ellos; era como si llevaran un poco del cariño de *sir* Christopher. Le gustaría que la enterraran con ellos. Se puso los pequeños pendientes redondos, y se guardó el monedero y la cajita de Dorcas en el bolsillo. Tenía otro monedero en él, y lo sacó para contar el dinero, pues jamás gastaría sus monedas de siete chelines. Tenía una guinea y ocho chelines; sería suficiente.

Así pues, se sentó a esperar la mañana, temerosa de dormir demasiado si se tendía en la cama. ¡Ojalá pudiera ver a Anthony una vez más y besarle la frente helada! Pero no podía ser. Ella no se lo merecía. Tenía que alejarse de él, y de *sir* Christopher, *lady* Cheverel, Maynard y todos los que habían sido amables y cariñosos con ella, convencidos de su buen corazón cuando en realidad era una desalmada.

## Capítulo XVII

A la mañana siguiente, la señora Sharp dedicó algunos de sus primeros pensamientos a Caterina, a la que no había podido visitar la noche anterior, y a la que, por una mezcla casi igual de cariño y de vanidad, no le gustaba dejar al cuidado de la señora Bellamy. A las ocho y media subió al dormitorio, dispuesta a imponer con benevolencia dosis, dietas y un día de cama. Pero, al abrir la puerta, encontró la cama hecha y vacía. Era evidente que no había dormido en ella. ¿Qué podía significar aquello? ¿Se había quedado levantada toda la noche, y había salido a dar un paseo? La pobre criatura tenía que estar conmocionada por lo que había ocurrido la víspera; era tan brutal haber encontrado al capitán Wybrow de ese modo; quizá estuviera desquiciada. La señora Sharp miró angustiada el lugar donde Tina guardaba su sombrero y su capa; no estaban, así que al menos había tenido la serenidad de ponérselos. Con todo, la buena mujer estaba muy alarmada y corrió a contárselo al señor Gilfil, que, como ella sabía, estaba en su estudio.

—Señor Gilfil —dijo, en cuanto cerró la puerta tras ella—, temo que le pase algo horrible a la señorita Sarti.

—¿Por qué? —exclamó el pobre Maynard, con un miedo espantoso de que Caterina hubiera dicho algo del puñal.

—No está en su dormitorio, ni ha dormido en su cama esta noche, y se ha llevado el sombrero y la capa.

El señor Gilfil se quedó unos instantes sin habla. Estaba seguro de que había ocurrido lo peor: Caterina se había quitado la vida. Aquel hombre tan fuerte pareció de pronto tan enfermo y desvalido que la señora Sharp empezó a asustarse del efecto causado por su brusquedad.

—Oh, señor, lamento de corazón haberlo alarmado; pero no sabía a qué otra persona acudir.

—No, no, ha hecho usted bien.

El joven sacó fuerzas de su misma desesperación. Todo había acabado, y lo único que podía hacer era sufrir y sobrellevar el sufrimiento.

—No le diga una palabra de esto a nadie —prosiguió con voz más firme—. No debemos inquietar a *lady* Cheverel ni a *sir* Christopher. Puede que la señorita Sarti solo esté paseando por el jardín. Lo que vio ayer la perturbó sobremanera, y quizá estuviera demasiado nerviosa para acostarse. Entre usted discretamente en las estancias vacías para ver si está en la casa. Yo saldré a buscarla fuera.

El señor Gilfil bajó la escalera, y, para evitar que se preocuparan en la casa, fue directamente a los Musgos en busca del señor Bates, al que encontró cuando volvía de desayunar. Confió al jardinero sus temores sobre Caterina, alegando que la impresión del día anterior podría haberle hecho perder la razón; y le pidió que mandara algunos hombres a buscarla por los jardines y las tierras de *sir* Christopher, y preguntara si alguien la había visto en las cabañas de los trabajadores. De no

encontrarla ni tener noticias de ella, habría que rastrear sin pérdida de tiempo las aguas que rodeaban Cheverel Manor.

—Dios nos libre de tener que hacerlo, Bates, pero estaremos más tranquilos después de haber buscado por todas partes.

—Confíe en mí, confíe en mí, señor Gilfil. ¡Ay! Habría trabajado por un mísero jornal el resto de mi vida antes de permitir que a ella le ocurriera nada malo.

El bondadoso jardinero, terriblemente afligido, se dirigió dando zancadas a las caballerizas para que todos los mozos de cuadra recorrieran a caballo las tierras.

La siguiente idea del señor Gilfil fue buscar en la Colonia de los Grajos: quizá estuviera obsesionada con el escenario de la muerte del capitán Wybrow. Subió raudo todos los montículos, miró detrás de todos los árboles grandes y se adentró en todas las sinuosidades de los caminos. En realidad tenía muy pocas esperanzas de encontrarla allí; pero la recóndita posibilidad alejó por un tiempo la convicción terrible de que el cuerpo de Caterina aparecería en el agua. Cuando hubo registrado en vano la Colonia de los Grajos, corrió a la orilla del riachuelo que delimitaba un lado de la finca. Discurría casi siempre oculto entre los árboles, y había un lugar donde era más ancho y profundo; lo más probable es que hubiese ido allí antes que al estanque. Se acercó a toda prisa con la mirada desencajada, mientras su imaginación representaba incesantemente lo que tanto temía ver.

Hay algo blanco detrás de aquella rama que sobresale. Le tiemblan las rodillas. Cree ver un trozo de su vestido enganchado en una rama, y su querido rostro sin vida boca arriba. ¡Oh, Dios mío, da fuerzas a esta criatura a la que has infligido un dolor tan lacerante! Está muy cerca de la rama, y el objeto blanco se mueve. Es un ave acuática, que extiende sus alas y se aleja volando entre graznidos. Apenas sabe si es un alivio o una decepción que no sea ella. La certeza de que está muerta sigue siendo una carga igual de fría y pesada para él.

Cuando llegó al gran estanque delante de la casa, vio al señor Bates con un grupo de hombres, preparándose para la terrible búsqueda que solo podría reemplazar su vaga desesperación por un horror definitivo; pues el jardinero, atenazado por la angustia, había sido incapaz de postergar aquella operación hasta que otras indagaciones resultaran vanas. El estanque despedía alegres destellos entre los nenúfares. Parecía negro y cruel bajo el cielo sombrío, como si sus frías profundidades retuvieran inexorables toda la felicidad y las esperanzas truncadas de la vida de Maynard Gilfil.

Las tristes consecuencias tanto para él como para otros se agolpaban en su pensamiento. Las persianas y los postigos de Cheverel Manor seguían cerrados, y era muy poco probable que *sir* Christopher se hubiera enterado de lo que pasaba en el exterior; pero el señor Gilfil sabía que no podrían ocultarle mucho tiempo la desaparición de Caterina. La investigación del magistrado empezaría en breve; preguntarían por ella, y entonces sería inevitable que el *baronet* tomara conciencia de la realidad.

## Capítulo XVIII

A las doce, cuando todas las búsquedas e indagaciones resultaron en vano, y el magistrado estaba a punto de llegar, el señor Gilfil no pudo retrasar más la dura tarea de revelar la nueva desgracia a *sir* Christopher, que de otro modo podría enterarse abruptamente.

El *baronet* se hallaba sentado en su vestidor, donde las oscuras cortinas estaban corridas para que solo entrara una luz muy tenue. Era la primera vez que el señor Gilfil se encontraba con él esa mañana, y le impresionó ver lo que un día y una noche de padecimiento habían avejentado al vigoroso anciano. Las arrugas de su frente y alrededor de los labios se habían hecho más profundas; su tez parecía cenicienta y marchita; y los ojos, hinchados y con ojeras, en vez de mirar el presente con determinación, tenían esa expresión vacía que indica que la vista ha dejado de ser un sentido para convertirse en memoria.

Le tendió la mano a Maynard, que la estrechó y se sentó a su lado en silencio. El dolor de *sir* Christopher empezó a desbordarse ante aquella muestra de mudo afecto; las lágrimas asomaron a sus ojos y corrieron torrenciales por sus mejillas. Las primeras lágrimas que derramaba desde su niñez eran por Anthony.

Maynard tuvo la sensación de que la lengua se le había pegado al paladar. No podía ser el primero en hablar: tenía que esperar a que *sir* Christopher dijera algo que diera pie a las palabras crueles que debían pronunciarse.

Finalmente el *baronet* se sobrepuso lo suficiente para decir:

—Me siento muy débil, Maynard. ¡Que Dios me asista! Creí que nada me abatiría de este modo; pero tenía todas mis esperanzas puestas en ese muchacho. Quizá me haya equivocado al no perdonar a mi hermana. Ella perdió a uno de *sus* hijos hace poco. He sido demasiado orgulloso y obstinado.

—No es fácil que aprendamos humildad y ternura sin dolor —dijo Maynard—; y el Señor se preocupa de que no nos falte, pues nuestro sufrimiento es cada vez más abrumador. Tenemos una nueva aflicción esta mañana.

—¿Tina? —preguntó *sir* Christopher, levantando la vista con inquietud—. ¿Se ha puesto enferma?

—Mi incertidumbre sobre ella es terrible. Ayer estaba muy trastornada, y con lo delicada que es su salud... Me da miedo que haya perdido la razón.

—¿Acaso está desvariando mi pobre pequeña?

—Sabe Dios dónde se encuentra. No podemos dar con ella. Cuando la señora Sharp ha subido esta mañana a su cuarto, no había nadie en él. La cama estaba sin deshacer. Faltaban su sombrero y su capa. He hecho que la buscaran por todas partes: en la casa y en el jardín, en el parque y... en el agua. Nadie la ha visto desde que Martha subió a encender su chimenea a las siete de la tarde.

Mientras el señor Gilfil hablaba, los ojos de *sir* Christopher, clavados en él, recobraron parte de su viveza; y un sentimiento repentino y doloroso, como si

acabara de percatarse de algo, alteró su rostro previamente demudado, como la sombra de una nube tenebrosa sobre las olas. Cuando reinó el silencio, puso la mano en el brazo del señor Gilfil y dijo en voz más baja:

—Maynard, la pobre criatura ¿estaba enamorada de Anthony?

—Sí.

Maynard vaciló después de decir esto, luchando entre su resistencia a infligir una herida aún más profunda a *sir* Christopher y su determinación de que no se cometiera ninguna injusticia con Caterina. Los ojos de *sir* Christopher seguían clavando en él una mirada inquisitiva, y Maynard fijó la vista en el suelo mientras trataba de encontrar las palabras que desnudaran menos cruelmente la verdad.

—No piense que Tina ha obrado mal —dijo finalmente—. Tengo que contarle por el bien de ella algo que, de no haber concurrido estas circunstancias, habría guardado siempre en secreto. El capitán Wybrow conquistó su amor con unas atenciones que, en su posición, no debía haberle dispensado. Antes de que se hablara de su matrimonio, se comportó con ella como si fuera su pretendiente.

*Sir* Christopher sujetó con menos fuerza el brazo de Maynard, y apartó la mirada de él. Se quedó unos minutos en silencio, tratando ostensiblemente de dominar sus emociones, a fin de expresarse con serenidad.

—Tengo que ver a Henrietta de inmediato —dijo al fin, con un asomo de su antigua y tajante determinación—; tiene que saberlo todo; pero debemos hacer lo posible por ocultárselo a los demás. Mi querido muchacho —prosiguió en un tono más afable—, la carga más pesada ha caído sobre tus hombros. Pero todavía podemos encontrarla; no tenemos que perder las esperanzas: no ha pasado el tiempo suficiente para que tengamos la certeza. ¡Pobre pequeña! ¡Que Dios me perdone! Yo creía verlo todo y estaba ciego.

## Capítulo XIX

La triste y lenta semana pasó finalmente. Tras la investigación del magistrado, el veredicto emitido fue muerte súbita. El doctor Hart, que conocía el estado de salud del capitán Wybrow, declaró que la causa de la muerte había sido una antigua afección cardíaca, aunque probablemente la hubiera acelerado alguna emoción imprevista. La señorita Assher era la única persona que sabía realmente por qué el capitán Wybrow había ido a la Colonia de los Grajos; pero no mencionó el nombre de Caterina, ni se enteró de las pesquisas y los detalles más dolorosos, que le fueron ocultados deliberadamente. El señor Gilfil y *sir* Christopher, sin embargo, sabían lo suficiente para suponer que la agitación mortal se debía a su cita con Caterina.

Todo cuanto habían hecho para encontrarla había sido en vano, lo que no era de extrañar, pues estaban ofuscados por la idea de que se había suicidado. Nadie echó de menos las bagatelas que había cogido de su escritorio; nadie había visto la miniatura, ni sabía que atesoraba las monedas de siete chelines; y no era nada extraordinario que llevara puestos los pendientes de perlas. Había salido de casa, pensaban, con las manos vacías; no podía haber llegado muy lejos; y su enajenación debía ser tan grande que era muy plausible que hubiese buscado consuelo en la muerte. Los mismos lugares en un radio de cinco o seis kilómetros fueron rastreados una y otra vez; todos los estanques, todas las acequias de la vecindad fueron inspeccionadas.

Maynard pensaba a veces que la muerte podría haberle llegado sin que ella la buscara, por el cansancio y el frío; y no pasaba un solo día sin que vagara por los bosques vecinos, rebuscando entre los montones de hojas muertas, como si fuera posible que el cuerpo tan querido de la joven estuviera oculto entre ellas. Luego volvía a obsesionarle una idea terrible, y antes de que anocheciera recorría las estancias deshabitadas de la casa para asegurarse de que no estaba escondida detrás de algún armario, puerta o cortina; y de que no la encontraría con la locura en los ojos, mirando y mirando sin poder verlo.

Pero, finalmente, aquellos cinco días eternos con sus noches terminaron, y los carruajes regresaban a Cheverel Manor después del funeral. Cuando habían salido de casa, llovía a cántaros; pero ahora estaba escampando, y los rayos de sol centelleaban entre las ramas empapadas bajo las que pasaban. Un destello cayó sobre un hombre a caballo que iba al trote, y al que el señor Gilfil reconoció, a pesar de su mermada corpulencia, como Daniel Knott, el cochero que se había casado con Dorcas, la joven de mejillas sonrosadas, diez años antes.

Cualquier incidente nuevo inspiraba la misma idea al señor Gilfil; y, en cuanto divisó a Knott, pensó: «¿Nos traerá alguna noticia de Caterina?».

Entonces recordó que Caterina había querido mucho a Dorcas, y que siempre tenía algún regalo para ella cuando Knott hacía una visita ocasional a Cheverel Manor. ¿Habría ido Tina en busca de Dorcas? Pero le dio un vuelco el corazón cuando pensó que seguramente Knott estaba allí porque se había enterado de la

muerte del capitán Wybrow y quería saber cómo su antiguo amo sobrellevaba el duro golpe.

Tan pronto como el carruaje llegó a la casa, subió a su estudio y empezó a dar vueltas nerviosamente de un lado para otro, deseoso de bajar a hablar con Knott, aunque con mucho miedo de que se desvanecieran sus maltrechas esperanzas. Cualquiera que mirara su rostro, normalmente tan lleno de buena voluntad, se daría cuenta de la profunda huella que había dejado en él la última semana de sufrimiento. De día cabalgaba o vagaba sin cesar, buscando personalmente a Caterina o dirigiendo las pesquisas de los demás. De noche era incapaz de conciliar el sueño, solo se quedaba adormilado de manera intermitente, y, en su duermevela, creía encontrar a Caterina muerta; entonces se despertaba sobresaltado de aquella agonía irreal para sucumbir a la angustia real de pensar que no volvería a verla. Los ojos de color gris claro parecían hundidos y desasosegados; los labios llenos y despreocupados tenían una extraña tirantez; y la frente, antes tan tersa y despejada, se contraía como si le atenazara algún dolor. No había perdido el objeto de unos pocos meses de pasión; había perdido al ser que iba ligado a su capacidad de amar, de igual modo que el arroyo junto al que jugamos o las flores que cogemos en nuestra niñez van unidos a nuestro sentido de la belleza. El amor para él significaba amar a Caterina. Durante años, el pensamiento de ella había estado en todas las cosas, como el aire y la luz; y, ahora que se había ido, todos los placeres habían perdido su vehículo: el cielo, la tierra, el paseo diario, la charla cotidiana podían continuar allí, pero la hermosura y la alegría que había en ellos se habían desvanecido para siempre.

Acto seguido, mientras seguía dando vueltas de un lado para otro, oyó unos pasos en el corredor, y alguien llamó a la puerta de su estudio.

—Pase —dijo con voz temblorosa; y el rapto de esperanza renovada resultó casi indistinguible de su dolor cuando vio que Warren entraba seguido de Daniel Knott.

—Ha venido Knott, señor, con noticias de la señorita Sarti. He pensado que era mejor que hablase con usted primero.

El señor Gilfil no pudo sino acercarse al antiguo cochero y estrecharle la mano; pero, incapaz de articular palabra, le hizo un gesto para que se sentara mientras Warren salía del cuarto. Con la mirada fija en la cara de luna de Daniel, escuchó su vocecilla aguda con la misma expectación solemne y anhelante con que habría prestado atención al mensajero más temible del país de las sombras.

—Ha sido Dorcas, señor, quien me ha hecho venir; pero no sabíamos nada de lo ocurrido en Cheverel Manor. Mi mujer se ha llevado un susto de muerte con la señorita Sarti, y me ha hecho ensillar a Blackbird esta mañana, y dejar el arado, para venir a hablar con *sir* Christopher y *lady* Cheverel. Quizá se haya enterado, señor, de que ya no tenemos el Cross Keys de Sloppeter; un tío mío murió hace tres años y me dejó una herencia. Era el administrador del señor Ramble, y tenía muchas granjas grandes en sus manos; así que ahora tenemos una pequeña granja de unas dieciséis hectáreas, pues a Dorcas no le gustaba atender a la clientela cuando empezó a tener

niños. Y es el sitio más bonito que ha visto en su vida, señor, con agua para el ganado en la parte trasera.

—Por el amor de Dios —dijo Maynard—, cuénteme qué sabe de la señorita Sarti. Es lo único que me interesa ahora.

—Sí, señor —contestó Knott, bastante asustado por la vehemencia del pastor—. Llegó a casa en el carro del recadero el miércoles, casi a las nueve de la noche; y Dorcas salió corriendo cuando oyó que el carro se detenía, y la señorita Sarti se abrazó a su cuello y le dijo: «Llévame dentro, Dorcas, llévame dentro», y luego pareció desmayarse. Y Dorcas me llamó: «¡Daniel!», y yo salí enseguida y cogí a la señorita en brazos para meterla en casa; y ella volvió en sí al cabo de un rato, y abrió los ojos, y Dorcas le hizo beber un poco de ron con agua... Tenemos un ron magnífico que nos trajimos del Cross Key, y que Dorcas no deja beber a nadie. Dice que lo guarda para las enfermedades; aunque yo pienso que es una pena beber un buen ron cuando las cosas no te saben a nada; es como si tomaras una medicina. Y bueno, Dorcas la metió en la cama, y desde entonces no ha salido de ella, y es como si no se enterara de nada, y nunca habla, y solo toma unos sorbitos de sopa cuando Dorcas logra convencerla. Y entonces empezamos a estar muy asustados, y nos preguntábamos por qué habría huido de Cheverel Manor, y Dorcas tenía mucho miedo de que hubiera pasado algo. Y esta mañana me dijo que ya no podía aguantar más y que yo tenía que venir a enterarme; así que he cabalgado treinta y dos kilómetros con Blackbird, que estaba convencido de que seguía arando y cada veinticinco metros se daba la vuelta como si el surco hubiera terminado. Lo he pasado muy mal con él, señor, se lo aseguro.

—¡Que Dios le bendiga por venir, Knott! —exclamó el señor Gilfil, estrechando de nuevo la mano del cochero—. Baje ahora a tomar algo y descanse. Pasará aquí la noche. Luego le pediré que me indique el mejor atajo para ir a su casa. En cuanto hable con *sir* Christopher, saldré inmediatamente para allí.

Una hora después el señor Gilfil galopaba sobre una robusta yegua rumbo a la aldea embarrada de Callam, ocho kilómetros pasado Sloppeter. De nuevo detectó un poco de alegría en la luz vespertina; de nuevo fue un placer para él ver pasar los árboles que crecían en los setos, y ser consciente de tener una buena montura mientras Kitty, su yegua negra, saltaba debajo de él y el viento silbaba al ritmo de su paso. Caterina no estaba muerta; el amor, la ternura y la resignación cristiana eran tan fuertes en él que tenían que devolverle la vida y la felicidad a la joven.

Tras una semana de desesperación, la emoción fue tan desbordante que proyectó sus esperanzas hasta el límite más lejano que habían alcanzado jamás. Caterina llegaría a quererlo algún día; sería suya. Habían atravesado todo aquel camino oscuro y lleno de penalidades para que ella viera la profundidad de su amor. ¡Cuánto mimaría a su pajarillo de ojos brillantes y tímidos, y la dulce garganta que temblaba con el amor y la música! Ella se acurrucaría contra él, y el pobre corazón que tanto habían perturbado y herido estaría a salvo para siempre. En el amor de un hombre



valiente y leal hay siempre un fondo de ternura maternal; él vuelve a transmitir esos rayos de cariño protector que derramaron sobre él cuando estaba en el regazo de su madre. Empezaba a anochecer cuando llegó a la aldea de Callam. Preguntó a un bracero que regresaba a casa dónde vivía Daniel Knott, y se enteró de que su granja estaba al lado de la iglesia, que, con su achaparrado campanario cubierto de hiedra, se erguía sobre una ligera elevación del terreno; un detalle muy útil para identificar aquel envidiable hogar que Daniel había descrito como «el sitio más bonito que ha visto en su vida» —aunque un pequeño patio lleno de vacas y de excelente estiércol condujera directamente a la puerta sin verse interceptado por algo tan baladí como un jardín o una valla—, y que quizá habría bastado para hacer esa descripción inequívocamente concreta.

En cuanto el señor Gilfil llegó a la verja que daba al patio de las vacas, vio a un niño muy rubio de nueve años, prematuramente vestido con una *toga virilis*<sup>[71]</sup> o blusón, que se acercó corriendo para abrir la puerta al extraño visitante. Un instante después Dorcas estaba en la puerta, con sus mejillas en apariencia más sonrosadas por los tres pares de mejillas que se apiñaban a su alrededor, y por el bebé regordete que llevaba en brazos y que, mirando al recién llegado con los ojos muy abiertos, chupaba un mendrugo de pan con tranquila fruición.

—¿Es usted el señor Gilfil? —preguntó Dorcas, haciéndole una reverencia mientras él avanzaba entre la paja mojada después de atar el caballo.

—Sí, Dorcas; ha pasado tanto tiempo que ya no me reconoce. ¿Cómo está la señorita Sarti?

—Exactamente igual, señor, como Daniel le habrá contado; pues supongo que viene de Cheverel Manor, aunque no sé cómo ha podido darse tanta prisa, la verdad.

—Sí, él llegó hacia la una, y yo he salido en cuanto me ha sido posible. No ha empeorado, ¿verdad?

—No ha habido ningún cambio, señor, ni para mejor ni para peor. Pase, por favor. Está tumbada como si no se diera cuenta de nada, igual que un bebé de una semana, y me mira como si no me conociera. ¿Qué puede pasarle, señor Gilfil? ¿Por qué se marchó de Cheverel Manor? ¿Cómo están *sir* Christopher y la señora?

—Muy afligidos, Dorcas. El capitán Wybrow, el sobrino de *sir* Christopher, como sabe, ha muerto inesperadamente. La señorita Sarti encontró su cadáver, y creo que la impresión le ha hecho perder la cabeza.

—¡Ay, Dios! Ese joven tan apuesto que iba a ser su heredero, según me contó Daniel. Recuerdo cuando era pequeño y venía de visita a Cheverel Manor. ¡Madre mía! Qué doloroso para *sir* Christopher y la señora. Pero la pobre señorita Tina, ¿fue ella quien lo encontró muerto? ¡Válgame Dios!

Dorcas le llevó a la cocina principal, tan acogedora como solían ser esas habitaciones en las granjas que no tenían cuarto de estar: el reflejo del fuego en una brillante hilera de platos y fuentes de peltre; las mesas de pino frotadas con arena tan limpias que daban ganas de acariciarlas; el salero en un rincón de la chimenea y una

silla esquinera en el otro, las paredes ricamente tapizadas de pancetas y tocinos, y el techo adornado con jamones que colgaban de las vigas.

—Siéntese, señor, se lo ruego —dijo Dorcas, moviendo la silla esquinera—, y deje que le traiga algo después de su largo viaje. Becky, ven a ocuparte del niño.

Becky, una damisela de brazos encarnados, salió de la cocina trasera y cogió al niño, que afortunadamente, por sus sentimientos o por su gordura, no pareció inmutarse con el cambio.

—¿Qué puedo ofrecerle, señor? Le traeré enseguida una loncha de panceta, y tengo un poco de té, o quizá prefiera un vaso de ron con agua. Sé que no tenemos nada de lo que usted suele comer y beber; pero lo que tengo, señor, será un orgullo para mí ofrecérselo.

—Gracias, Dorcas; no puedo comer ni beber nada. No estoy hambriento ni cansado. Hablemos de Tina. ¿Ha dicho algo?

—Nada después de sus primeras palabras. «Dorcas —me pidió—, llévame dentro», y luego se desmayó, y desde entonces no ha vuelto a hablar. He conseguido que coma un poquito de sopa o de alguna otra cosa, pero es como si no se enterara de nada. De vez en cuando llevo a Bessie conmigo —al decir esto se sentó en el regazo a una niña de cabello rizado y tres años de edad, que enroscaba entre los dedos una esquina del delantal de su madre y miraba con los ojos muy abiertos al caballero—, la gente se fija a veces en los niños cuando ninguna otra cosa llama su atención. Y el otro día recogimos el azafrán de primavera fuera del huerto, y Bessie cogió un ramillete y se lo puso en la cama. Sé cuánto le gustaban las flores a la señorita Tina cuando era pequeña. Pero miró a Bessie y las flores como si no las viera. Me parte el corazón ver sus ojos; parecen más grandes que nunca, y me recuerdan a los de mi pobre hijito antes de morir, cuando se quedó tan delgado. ¡Ay, Dios! Sus manitas son transparentes. Pero tengo grandes esperanzas de que, cuando le vea, señor, como viene usted de Cheverel Manor, ella recobre la cordura.

Maynard también albergaba esta esperanza, pero sentía cómo le envolvían las heladas brumas del miedo después de las escasas horas cálidas y luminosas de alegre confianza que habían transcurrido desde que se enteró de que Caterina estaba viva. Empezaba a perseguirle la idea de que ni su cuerpo ni su alma se recuperarían jamás de la terrible prueba a la que se habían visto sometidos; de que el delicado hilo de su vida estaba a punto de ser cortado.

—Vaya a ver cómo se encuentra ahora, Dorcas, pero no le diga que he venido. Quizá sea mejor que espere a la luz del día para verla; aunque será muy duro pasar la noche así.

Dorcas dejó en el suelo a la pequeña Bessie, y se marchó. Los otros tres niños, incluyendo al joven Daniel con el blusón, se quedaron enfrente del señor Gilfil, mirándolo aún más cohibidos ahora que no estaba su madre. Maynard acercó a él a la pequeña Bessie, y la sentó en sus rodillas. Ella se apartó los rizos dorados de los ojos y alzó la vista para decirle:

—¿Haz venido a ver a eza zeñora? ¿Vaz a hacer que hable? ¿Qué haraz? ¿Le daraz un bezo?

—¿Te gusta que te den besos, Bessie?

—No —exclamó ella, agachando inmediatamente la cabeza para oponer resistencia a la esperada réplica.

—Tenemos dos cachorritos —dijo el joven Daniel, envalentonado al observar la amabilidad del caballero con Bessie—. ¿Quiere que se los enseñe? Uno tiene manchas blancas.

—Sí, me encantaría verlos.

Daniel salió corriendo, y apareció en seguida con dos cachorritos ciegos, seguidos ansiosamente por su madre, muy cariñosa aunque de raza mestiza; y empezaba una escena de lo más emocionante cuando volvió Dorcas diciendo:

—Nunca parece haber ningún cambio en ella. No es necesario que espere, señor. Está muy quieta, como siempre. He puesto dos velas en la habitación para que pueda verlo a usted. Le ruego que disculpe lo humilde que es el dormitorio, señor, y la cofia que lleva; es una de las mías.

El señor Gilfil asintió con la cabeza y se levantó para seguirla por la escalera. Entraron en el primer cuarto; y sus pisadas resonaron un poco en el suelo de yeso. Las cortinas de lino a cuadros rojos estaban corridas en la cabecera de la cama, y Dorcas había puesto las velas en ese lado de la habitación, para que la luz no estorbara a Caterina. Cuando abrió la puerta, Dorcas susurró:

—Será mejor que lo deje solo, ¿no cree, señor?

El señor Gilfil hizo un gesto de aprobación, y pasó al otro lado de la cortina. Caterina yacía con los ojos vueltos hacia el otro lado, y no parecía consciente de que hubiera entrado nadie. Sus ojos, como Dorcas había dicho, daban la sensación de ser más grandes que nunca, quizá porque su rostro estaba más delgado y más pálido, y su pelo recogido bajo una de las gruesas cofias de Dorcas. Sus pequeñas manos, asimismo, posadas lánguidamente por fuera de las sábanas parecían más esqueléticas que nunca. Tenía aspecto de ser más joven, y cualquiera que viese por primera vez una cara y unas manos tan diminutas pensaría que su dueña no tenía más de doce años, e iba a ser alejada de las penas venideras y no de las pasadas.

Cuando el señor Gilfil avanzó y se quedó frente a ella, la luz dio de lleno en el rostro del joven. Una expresión de ligero sobresalto brilló en los ojos de Caterina; lo miró unos instantes con seriedad, levantó la mano como si quisiera que se inclinara sobre ella, y susurró:

—¡Maynard!

Él se sentó en la cama, y se inclinó hacia ella.

—Maynard —repitió—, ¿viste el puñal?

Él obedeció a su primer impulso al contestarle, y acertó.

—Sí —respondió—, lo encontré en tu bolsillo y volví a guardarlo en la vitrina.

Le cogió la mano y la sujetó con ternura, esperando sus siguientes palabras. Se

sentía tan agradecido de que ella lo hubiera reconocido que a duras penas pudo contener un sollozo. Poco a poco, la mirada de Caterina se fue dulcificando. Las lágrimas asomaron lentamente a sus ojos y resbalaron, gruesas y ardientes, por sus mejillas. Entonces se abrieron las compuertas, y una corriente balsámica salió a borbotones: Caterina estalló en un llanto profundo, y pasó casi una hora sin decir nada, mientras la pesada capa de hielo que le impedía expresar su sufrimiento se iba derritiendo. ¡Cuán preciosas fueron esas lágrimas para Maynard, que día tras día se había estremecido ante la imagen siempre recurrente de Tina con la mirada extraviada y abrasadora de la locura!

Poco a poco los sollozos remitieron, y su respiración se sosegó; y ella guardó silencio con los ojos cerrados. Maynard esperó pacientemente, sin prestar atención al paso de las horas, sin prestar atención al viejo reloj que hacía un sonoro tictac en el descansillo. Pero, cuando se acercaban las diez, Dorcas, preocupada e impaciente por ver el resultado de la aparición del señor Gilfil, no pudo evitar entrar de puntillas. Sin moverse, el joven le pidió en voz baja que trajera velas, viera si el vaquero se había ocupado de su yegua, y se acostara; él cuidaría a Caterina: un gran cambio se había operado en ella.

Poco después, los labios de Tina empezaron a moverse.

—Maynard —susurró de nuevo.

Él se inclinó hacia ella para que continuara.

—Entonces ya sabes lo mala que soy... Sabes lo que quería hacer con el puñal.

—¿Pensabas suicidarte, Tina?

Ella movió la cabeza despacio, y luego reinó el silencio un buen rato. Finalmente, mirando al señor Gilfil con aire solemne, dijo en voz baja:

—Pensaba matarlo a *él*.

—Tina, amor mío, jamás lo habrías hecho. Dios conoce bien tu corazón; sabe que serías incapaz de matar una mosca. Él cuida de Sus criaturas, y no permitirá que hagan nada que en modo alguno querrían hacer. Solo fue un pensamiento en un momento de ira, y Él te perdona.

Ella volvió a hundirse en el silencio hasta que llegó casi la medianoche. El espíritu exhausto y debilitado parecía abrirse camino lentamente, con dificultad, por las tortuosidades del pensamiento; y, cuando empezó a hablar de nuevo, fue para responder a las palabras de Maynard.

—Pero he tenido unos sentimientos tan ruines tanto tiempo... Estaba tan furiosa, y odiaba tanto a la señorita Assher, que me daba igual lo que les pasara a los demás; me sentía tan desdichada... Estaba llena de pasiones innobles. No ha habido nadie tan malo como yo.

—Sí, Tina, muchas personas. A mí también me asaltan a menudo muy malos pensamientos, y estoy tentado de hacer cosas horribles; pero mi cuerpo es más fuerte que el tuyo, y puedo ocultar mis sentimientos y combatirlos mejor. No me dominan tanto. Has visto cómo se les erizan las plumas a los pajarillos jóvenes que empiezan a

volar cuando tienen miedo o se enfadan; no les quedan fuerzas para contenerse, y el susto puede hacerles caer por algún hueco. Tú eras como uno de esos pajarillos. Estabas tan atenazada por el dolor que apenas sabías lo que hacías.

El señor Gilfil no hablaba mucho tiempo, pues no quería que ella se cansara ni la abrumaran demasiados pensamientos. La joven parecía necesitar esos largos silencios para condensar en pocas palabras sus emociones.

—Pero tenía la intención de hacerlo —fue lo siguiente que dijo—, y eso es igual de horrible.

—No, Tina querida —respondió Maynard despacio, haciendo una pausa entre frase y frase—; pensamos hacer cosas malas que nunca podremos hacer, del mismo modo que pensamos hacer cosas buenas o inteligentes que nunca podremos hacer. Nuestros pensamientos a menudo son peores de lo que somos, del mismo modo que a menudo son mejores de lo que somos. Y lo que ve Dios es nuestra totalidad, no nuestros sentimientos y acciones por separado, que es lo que ven nuestros semejantes. Nunca somos justos con los demás, y los consideramos mejores o peores de lo que son en realidad, porque solo oímos y vemos palabras y acciones sueltas. Somos incapaces de ver en conjunto la naturaleza del prójimo. Pero Dios sabe que no podrías haber cometido ese crimen.

Caterina movió la cabeza lentamente, y se quedó pensativa.

—No sé —dijo al cabo de un rato—; me pareció que venía hacia mí, como lo hubiera hecho en la vida real, y yo quería... quería matarlo.

—Pero cuando lo encontraste... ¿qué pasó, Tina?

—Lo vi tendido en el suelo y pensé que se sentía mal. No sé cómo fue; lo he olvidado todo. Me puse de rodillas y le hablé, y... él ni se dio cuenta de que estaba allí, y tenía la mirada fija, y yo empecé a pensar que había muerto.

—¿Y no has vuelto a sentirte furiosa con él?

—¡Oh... no, no! Soy yo quien peor se ha portado; soy yo quien ha estado equivocada todo el tiempo.

—No, Tina; tú no tienes la culpa; *él* obró mal; él te puso en un compromiso. Y el mal trae el mal. Cuando alguien nos trata sin consideración, es difícil seguir alimentando los buenos sentimientos. Pero el mal que encierra esa respuesta es más excusable. Yo soy más pecador que tú, Tina; con frecuencia he odiado al capitán Wybrow; y, si me hubiera tratado como a ti, es posible que hubiese hecho algo peor.

—Oh, no fue tan malvado; no se dio cuenta del daño que me hacía. ¿Cómo iba a amarme del mismo modo en que yo lo amaba a él? ¿Y cómo iba casarse con una criatura tan insignificante como yo?

Maynard no respondió a esto, y reinó de nuevo el silencio, hasta que Tina dijo:

—Además fui muy mentirosa; ellos no sabían lo mala que era. *Padroncello* lo ignoraba; su querido mico, solía llamarme; y, si lo hubiera sabido, ¡qué ruin le habría parecido!

—Tina, tesoro, todos tenemos nuestros pecados secretos; y, si nos conociéramos a

nosotros mismos, no juzgaríamos a los demás con tanta dureza. El propio *sir* Christopher está convencido, desde que ha caído esta desgracia sobre él, de que fue demasiado severo y obstinado.

Y así, entre confesiones entrecortadas y palabras de consuelo, transcurrieron las horas desde la noche más oscura hasta el frío amanecer, y desde el frío amanecer hasta que el primer rayo dorado de la mañana atravesó las nubes purpúreas. El señor Gilfil tenía la sensación de que, en aquellas horas interminables, el vínculo de amor que le unía para siempre y únicamente a Caterina se había fortalecido y santificado. Esto ocurre con las relaciones humanas que se basan en un profundo sentimiento de afinidad y cariño: cada nuevo día y cada nueva noche de alegría o pesar son un nuevo fundamento, una nueva consagración para el amor que nutren tanto los recuerdos como las esperanzas; ese amor para el que una repetición constante no es una carga sino una necesidad, y para el que una alegría independiente es el principio del sufrimiento.

Los gallos empezaron a cacarear; la verja de entrada se balanceó; se oyeron pasos en el patio, y el señor Gilfil oyó a Dorcas despierta. Estos ruidos parecieron alterar a Caterina, que le miró con inquietud y dijo:

—Maynard, ¿te vas?

—No, me quedaré en Callam hasta que mejores, y luego nos marcharemos los dos.

—No quiero volver jamás a Cheverel Manor... ¡Oh, no! Viviré pobremente, y me ganaré la vida.

—Está bien, tesoro, harás lo que prefieras. Pero me gustaría que ahora te durmieras. Trata de descansar tranquila, y más tarde quizá te incorpores un poco. Dios no ha querido que murieras a pesar de todo este dolor; sería un pecado no aprovechar al máximo Su regalo. Tina querida, lo intentarás. La pequeña Bessie te trajo el otro día azafrán de primavera, y ni siquiera miraste a la pobre pequeña; pero ahora *sí* que la mirarás, ¿verdad?

—Lo intentaré —contestó con humildad, y luego cerró los ojos.

Cuando el sol estuvo sobre el horizonte, dispersando las nubes y brillando con la agradable calidez de la mañana a través del ventanuco emplomado, Caterina se durmió. Maynard soltó dulcemente su mano diminuta, levantó el ánimo de Dorcas con las buenas noticias, y se dirigió a la posada del pueblo, agradeciendo en el alma que Tina volviera a estar lúcida. Era evidente que su aparición se había mezclado instintivamente con los recuerdos de la joven, y que eso la había ayudado a abrir su corazón de un modo que podía significar el inicio de una recuperación completa. Pero su cuerpo estaba tan debilitado, y su alma tan herida, que sería necesario extremar los cuidados y el cariño. El siguiente paso era enviar noticias a *sir* Christopher y a *lady* Cheverel; y luego escribir a su hermana para pedirle que fuera a Callam, pues había decidido que fuera ella quien se ocupara de Caterina. El señor Gilfil sabía que Cheverel Manor, aunque Tina hubiera deseado volver, era el peor lugar para la joven

en aquellos momentos: cualquier rincón, cualquier objeto iba ligado a un sufrimiento que aún no se había mitigado. Si pudiera pasar algún tiempo con su dulce y afectuosa hermana, que tenía un hogar de lo más apacible y un hijito que no dejaba de parlotear, Tina podría engancharse otra vez a la vida, y recuperarse, al menos en parte, del fuerte golpe asestado a su constitución. Cuando terminó de escribir sus misivas y desayunó a toda prisa, se vio de nuevo sobre su montura, rumbo a Sloppet, donde echaría las cartas al correo y buscaría un médico a quien confiar los motivos morales del estado de debilidad de Caterina.

## Capítulo XX

Antes de que transcurriera una semana, convencieron a Caterina para que viajara en un cómodo carruaje, al cuidado del señor Gilfil y de su hermana, la señora Heron, cuyos dulces ojos azules y maneras afables procuraban un gran sosiego a la pobre criatura herida, tanto más cuanto que tenían un aire fraterno de igualdad que era completamente nuevo para ella. La benevolencia autoritaria y poco afectuosa de *lady* Cheverel siempre había inspirado en Tina cierto comedimiento y temor; y resultaba deliciosa la novedad de tener a una mujer joven y adorable, como una hermana mayor, inclinándose sobre ella y hablándole con cariño.

Maynard se enfadaba casi consigo mismo por sentirse feliz mientras el cuerpo y el alma de Tina seguían temblando al borde de un declive irremediable; pero el nuevo gozo de ejercer de su ángel guardián, de estar con ella todas las horas del día, de hacer planes para su comodidad, de esperar el retorno de un rayo de interés en sus ojos, era demasiado absorbente para que la inquietud o el pesar tuvieran cabida.

Tres días después, el carruaje se detuvo en la entrada de la rectoría de Foxholm, donde el reverendo Arthur Heron, impaciente por ver a su querida Lucy, los recibió en el umbral, llevando de la mano a un niño de cinco años, de espaldas anchas y pelo castaño.

No había en ningún lugar un césped mejor cortado, unos caminos mejor barridos, ni un porche más bellamente engalanado con plantas trepadoras que los de la vicaría de Foxholm, que se alzaba, al abrigo de hayas y castaños, en mitad de la ladera cubierta de hierba de una bonita colina, coronada por una iglesia, desde la que se dominaba un pueblo que se extendía caprichosamente entre pastos y praderas, rodeado de setos salvajes y frondosos árboles, como si aún no pendiera sobre él la amenaza de los métodos más avanzados de cultivo.

El fuego ardía alegremente en el salón, y ardía alegremente en el pequeño dormitorio rosa, que sería el de Caterina porque no daba al cementerio sino a una granja vecina, con su pequeño colmenar, sus plácidos grupos de vacas y los bulliciosos ruidos matinales de un trabajo sano. La señora Heron, con el instinto de una mujer sensible e impresionable, había escrito a su marido para que prepararan este cuarto para Caterina. Unas gallinas moteadas satisfechas, escarbando con ahínco la tierra en busca del escaso grano, a veces pueden ayudar más a un corazón enfermo que una arboleda llena de ruisñores; hay algo irresistiblemente tranquilizador en el regocijo poco sentimental de los pollos con un penacho de plumas, de los perros pastores que se crían salvajes, y de los pacientes caballos de tiro que disfrutaban de un trago de agua fangosa.

En una rectoría como aquella, un nido de bienestar sin la majestuosidad que podría evocar a Cheverel Manor, el señor Gilfil tenía la razonable esperanza de que Caterina olvidara poco a poco las imágenes estremecedoras del pasado, y se recuperara de la languidez y de la debilidad que reflejaban la presencia dañina de



aquellos recuerdos. Lo siguiente que debían organizar era el intercambio de funciones con el coadjutor del señor Heron, a fin de que Maynard estuviera siempre cerca de Caterina y vigilase su mejoría. A ella parecía gustarle estar con él, y esperaba con inquietud su vuelta cuando se iba; y, aunque rara vez hablaba, le complacía sobremanera que se sentara con ella y sujetara su mano diminuta entre sus dedos fuertes y protectores. Pero Oswald, *alias* Ozzy, el niño de espaldas anchas, era quizá su compañía más beneficiosa. Además de parecerse físicamente a su tío, había heredado de éste su temprana afición a los animales domésticos, y se mostraba imperioso cuando le pedía a Tina su parecer sobre cómo cuidaba de los conejillos de Indias, las ardillas y los lirones. Con Ozzy parecían venirle de vez en cuando ráfagas de su infancia a través de las nubes plumizas; y muchas horas invernales transcurrieron con más placidez por estar en el cuarto del pequeño.

La señora Heron no tenía aptitudes para la música, ni un instrumento; pero el señor Gilfil se hizo con un clavicémbalo, y pidió que lo colocaran en el salón, siempre abierto, con la esperanza de que algún día el espíritu de la música renaciera en Caterina, y ella se sintiera atraída por el instrumento. Pero el invierno estaba llegando a su fin, y él había esperado en vano. La mejoría de Tina no había superado un estado de pasividad y aquiescencia: una sonrisa silenciosa y agradecida, conformidad con los caprichos de Oswald, y una conciencia cada vez mayor de cuanto se decía y hacía a su alrededor. Algunas veces cogía una labor, pero parecía demasiado apática para perseverar en ella; sus dedos la dejaban caer enseguida, y la joven se sumía en un ensueño inmóvil.

Pasado el tiempo, amaneció uno de esos días radiantes de finales de febrero en que el sol brilla con la promesa de la cercana primavera. Caterina había paseado con Maynard y con Oswald por el jardín para ver las campanillas de invierno, y estaba ahora descansando en un sofá. Ozzy, deambulando por el salón en busca de algún placer prohibido, se topó con el clavicémbalo y tocó con la empuñadura de su fusta una de las notas más graves.

La vibración atravesó a Caterina como una descarga eléctrica: fue como si en ese instante se adentrara en ella un alma nueva, llenando de profundidad y significado su vida. Miró a uno y otro lado, se levantó del sofá y se acercó al clavicémbalo. Al cabo de un instante, sus dedos recorrían las teclas con la dulzura de antaño, y su alma flotaba en su verdadero elemento: el sonido exquisito; al igual que los nenúfares que yacen secos y marchitos en la tierra recuperan la libertad y la belleza cuando vuelven a bañarse en sus aguas nativas.

Maynard dio gracias a Dios. Una energía poderosa había renacido, y se iniciaba una nueva etapa en la recuperación de Caterina.

Acto seguido, unas notas suaves y cristalinas se mezclaron con los tonos más duros del instrumento, y poco a poco la voz predominó. El pequeño Ozzy se quedó en el centro de la habitación, con la boca abierta y las piernas muy separadas, pasmado de aquella nueva habilidad de «Tin-Tin», como él la llamaba, a quien consideraba una

compañera de juegos en absoluto inteligente, y muy necesitada de sus enseñanzas en muchas materias. Un genio que saliera de su jarra de leche y remontara el vuelo con las alas abiertas no le habría causado más estupor.

Caterina estaba cantando la misma aria de *Orfeo* que le oímos cantar hace tantos meses, cuando empezaban sus tribulaciones. Era *Ho perduto*, la favorita de sir Christopher, y sus notas parecían llevar en las alas los recuerdos más dulces de su vida, cuando Cheverel Manor era todavía un hogar feliz. Los largos y alegres días de su infancia y adolescencia arrebataron justamente su supremacía al breve intervalo de pecado y aflicción.

Caterina se detuvo, y rompió a llorar: las primeras lágrimas que derramaba desde su llegada a Foxholm. Maynard no pudo evitar correr hacia ella, rodearla con el brazo e inclinarse para darle un beso en el pelo. La joven se acurrucó contra él, y levantó su pequeña boca para que la besara.

Los delicados zarcillos de una planta han de tener donde agarrarse. El alma que había renacido para la música había renacido para el amor.

## Capítulo XXI

El 30 de mayo de 1790, los vecinos que se apiñaban junto a la entrada de la iglesia de Foxholm presenciaron una escena muy bonita. El sol brillaba sobre la hierba cubierta de rocío, el aire estaba pletórico de vida con el zumbido de las abejas y el gorjeo de los pájaros, y los frondosos castaños en flor y los setos esponjosos y floridos parecían agolparse para averiguar por qué las campanas de la iglesia tocaban con tanto júbilo, cuando Maynard Gilfil, con el rostro radiante, salió por la vieja puerta gótica con Tina del brazo. El pequeño rostro seguía pálido, y había una sombra de melancolía en él, como cuando alguien cena por última vez con sus amigos y está pendiente de la señal que le obligará a partir. Pero la mano diminuta se apoyaba con gozosa ternura en el brazo de Maynard, y los ojos oscuros respondían a la mirada que él le dirigía con una expresión cohibida de amor.

No les acompañaba un séquito de damas de honor; solo la hermosa señora Heron, del brazo de un joven moreno hasta entonces desconocido en Foxholm y llevando de la mano al pequeño Ozzy, menos exultante con su sombrero y su chaqueta nuevos de terciopelo que con la idea de ser el padrino de Tin-Tin.

Cerraba la marcha una pareja, que atrajo más que los novios la atención de los vecinos: un caballero de edad, muy distinguido, con una mirada penetrante que intimidó a los que se sabían más granujas, y una dama majestuosa con un vestido de seda blanca y azul que a buen seguro se parecía a la reina Carlota<sup>[72]</sup>.

—Bueno, esto sí que es un buen retrato —dijo el viejo «señor» Ford, un verdadero patriarca de Staffordshire, que se apoyaba en un bastón y caminaba con la cabeza muy torcida, con el aire de un hombre que tenía poca fe en la presente generación, pero que de todos modos le concedía el beneficio de su crítica—. Los jóvenes de hoy en día no valen nada... Tienen buena planta, pero no durarán, no durarán. Ninguno tendrá el porte de ese *sir* Christopher Cheverel.

—Te apuesto un par de tragos —dijo otro de los ancianos— a que ese joven que va con la mujer del párroco es el hijo de *sir* Christopher; lo mira con buenos ojos.

—¡Qué va...! *Sir* Christopher no tiene ningún hijo. Dicen que éste es el sobrino que heredará sus tierras. El cochero que se aloja en el Caballo Blanco me ha contado que tenía otro sobrino, mucho más fino, que se murió de repente de un ataque; así que este joven disfrutará de todos sus privilegios.

En la entrada de la iglesia estaba el señor Bates con un traje nuevo, preparado para vaticinar cosas buenas a los novios que se acercaban. Había viajado desde Cheverel Manor para ver a la señorita Tina de nuevo feliz; y su dicha habría sido completa de no haber sido por el ramo de novia, muy inferior al que habría podido hacerse con las flores de su jardín.

—Que Dios Todopoderoso les bendiga a los dos, y les dé una larga vida y felicidad —fueron las palabras entrecortadas del buen jardinero.

—Gracias, tío Bates; no se olvide nunca de Tina —dijo la dulce voz que el señor Bates no volvería a oír.

El viaje de novios iba a ser una ruta que no les llevaría directamente a Shepperton, donde el señor Gilfil llevaba unos meses de párroco. Había conseguido este cargo gracias al interés de un viejo amigo al que la familia Oldinport debía un favor; y fue una gran satisfacción tanto para Maynard como para *sir* Christopher encontrar tan pronto un lugar donde Caterina pudiera vivir alejada de Cheverel Manor. Pues aún les parecía peligroso que ella regresara al escenario de sus sufrimientos, ya que su salud seguía siendo demasiado delicada para correr el menor riesgo de que una emoción la alterara. Después de un año o dos, tal vez, cuando el anciano señor Crichley, el rector de Cumbermoor, hubiera dejado el mundo con su gota, y cuando Caterina fuera probablemente una madre feliz, Maynard podría instalarse con tranquilidad en la casa de Cumbermoor; y Tina no sentiría otra cosa que alegría al ver a un nuevo «mico de ojos negros» corriendo por la galería y los jardines de Cheverel Manor. Una madre no teme a los recuerdos: sus sombras se han desvanecido en el amanecer de la sonrisa de un niño.

Con estas ilusiones, y con el placer que le procuraba el amor de Tina, el señor Gilfil vivió unos meses de completa felicidad. Ella había aprendido a acurrucarse en su amor, y a encontrar la vida dulce por él. Su languidez y su pasividad eran la consecuencia natural de su debilidad física, y la esperanza de que fuera madre se convirtió en una nueva razón para esperar lo mejor. Pero la delicada planta estaba demasiado dañada, y al intentar echar un nuevo brote murió.

Tina murió, y el amor de Maynard Gilfil se sumió para siempre con ella en el más profundo de los silencios.

## Epílogo<sup>[73]</sup>

Ésta fue la historia de amor del señor Gilfil, que ocurrió muchos años antes de que lo viéramos, cansado y encanecido, junto a su chimenea solitaria de la rectoría de Shepperton. Los abundantes mechones castaños, el amor apasionado y el profundo sufrimiento de la juventud, aunque parezcan extrañamente diferentes del cabello ralo y gris, la satisfacción indolente y la indiferencia serena de la vejez, no son sino una parte del mismo viaje vital; del mismo modo que las soleadas llanuras italianas, con el dulce *Addio* de sus atrayentes doncellas, son parte del mismo viaje cotidiano que nos lleva al otro lado de las montañas, entre las paredes sombrías y rocosas y las voces guturales del Valais<sup>[74]</sup>.

Es posible que a los que solo conocieran al pastor de pelo gris que trotaba sin prisa en su vieja jaca marrón les costara creer que fuese el mismo Maynard Gilfil que, con el corazón rebosante de amor y de ternura, había galopado como el viento sobre Kitty, su yegua negra, para llegar a Callam; o que el anciano caballero de palabras cáusticas, gustos bucólicos y costumbres moderadas hubiera conocido los secretos profundos de un gran amor, y se hubiera enfrentado a sus días y noches de angustia, y estremecido con sus alegrías inefables.

Y es cierto que el señor Gilfil de aquellos últimos tiempos en Shepperton tenía más de la rugosidad y aspereza de la pobre naturaleza humana de lo que podrían sugerir los ojos afectuosos y atentos de Maynard. Pero los hombres son como los árboles: si se podan sus mejores ramas, aquellas en las que vertían el jugo naciente de la vida, sus cicatrices serán toscas protuberancias, raras excrecencias; y lo que hubiera sido un árbol gigantesco cada vez más frondoso, apenas es un tronco extraño y deforme. Muchos defectos irritantes, muchas peculiaridades enojosas provienen de un gran dolor, que ha aplastado y mutilado el carácter justo cuando iba a alcanzar su plenitud; y las vidas fallidas y triviales que reprobamos con tanta dureza quizá sean como el paso vacilante de un hombre que tuviera su mejor pierna paralizada.

Así pues, nuestro viejo y querido párroco, aunque tuviera algunas de las imperfecciones y rugosidades del pobre roble podado, había sido diseñado por la naturaleza como un árbol noble. Su corazón era virtuoso, su madera extraordinaria; y en el hombre de pelo gris que se llenaba el bolsillo de golosinas para los niños, que dedicaba sus palabras más mordaces a los pecados de los ricos, y que, a pesar de su camaradería en el trato y de su forma de hablar desenfadada, jamás había perdido el respeto más ferviente de sus feligreses, estaba el tronco principal del mismo ser valeroso, tierno y leal que había vertido los impulsos mejores y más nuevos de su corriente vital en un primer y único amor: el amor de Tina.

# **El arrepentimiento de Janet**

## Capítulo I

—¡No! —dijo el abogado Dempster en tono enérgico, áspero y pomposo, luchando contra su ronquera crónica—. Mientras el Creador me conceda voz e inteligencia, emplearé todos los medios legales a mi alcance para evitar que se introduzca en nuestra parroquia la depravada doctrina metodista. No me quedaré con los brazos cruzados mientras se ofende gravemente a nuestro venerable pastor, que lleva medio siglo impartiéndonos sus valiosas enseñanzas.

Aquella noche hacía mucho calor en todas partes, pero sobre todo en la taberna del León Rojo de Milby<sup>[75]</sup>, donde el señor Dempster bebía su tercer vaso de *brandy* con agua. Era un hombre alto y bastante voluminoso; y la parte delantera de su generosa superficie estaba tan espolvoreada de rapé que la gata, que se había acercado a él sin querer, se había puesto a estornudar con virulencia; un incidente que, cruelmente malinterpretado, había hecho que la echarán de allí sin contemplaciones. El señor Dempster solía llevar la barbilla metida hacia dentro y la cabeza inclinada hacia delante, abrumado, quizá, por su prominente occipucio y su frente abombada, entre los que se le embutía la coronilla como una meseta llana y recién segada. Los otros únicos rasgos destacables eran unas mejillas hinchadas y una boca protuberante pero sin labios. De su nariz lo único que puedo decir es que estaba llena de rapé; y, como al señor Dempster nunca se le vio mirar nada en especial, habría sido difícil jurar de qué color eran sus ojos.

—¡Bueno! No me molestaré más en atacar tanta falsedad e hipocresía —dijo el señor Tomlinson, el rico molinero—. Sé muy bien para qué sirven esos sermones del domingo por la tarde: para que las jovencitas se vean con sus enamorados, y luego se metan en líos. Bastantes problemas tenemos ya con las criadas (muchos más de los que había en tiempos de mi madre) para que ahora me vengan con sus escuelas y sus ideas modernas. Como digo yo, denme una sirvienta que no sepa leer ni escribir, ni el año del Señor en que vino al mundo. Me gustaría saber para qué sirven esas escuelas dominicales. Antes los chicos salían a coger nidos el domingo por la mañana; y era fundamental además, pregunten a cualquier granjero; y ¡qué bonitas eran las guirnaldas que colgaban en las casas de los pobres! Ya no se ven en ninguna parte.

—¡Bah! —exclamó el señor Luke Byles, que se vanagloriaba de ser un gran lector, y acostumbraba preguntar a cualquiera que se tropezaba si había oído hablar de Hobbes<sup>[76]</sup>—. Me parece justo instruir a las clases bajas. Pero este sectarismo dentro de la Iglesia tiene que acabar. En realidad, estos evangélicos no pertenecen a la Iglesia anglicana; no son mejores que los presbiterianos.

—¿Los presbiterianos? ¿Quiénes son? —preguntó el señor Tomlinson, que a menudo decía que su padre no le había dado «*edicación*, y que le traía sin cuidado que se supiera; podía comprar los bienes de casi todos los hombres *edicados* con que se había cruzado».

—Los presbiterianos —dijo el señor Dempster, alzando la voz, convencido de que cualquier solicitud de información iba dirigida a él— son una secta fundada en el reino de Carlos I por un hombre llamado John Presbyter, que engendró a toda la camada de alimañas disidentes que ahora se arrastran por los caminos embarrados, y que engañan al dueño de la heredad para obtener unos metros de tierra donde celebrar sus conventículos en palomares.

—No, no, Dempster —dijo el señor Luke Byles—, se equivoca. Presbiterianismo viene de la palabra «presbítero», que significa «anciano<sup>[77]</sup>».

—¡Haga el favor de no llevarme la contraria! —bramó Dempster—. La palabra «presbitariano» viene de John Presbyter, un fanático despreciable que vestía de cuero, e iba de las ciudades a los pueblos y de los pueblos a las aldeas inoculando a las gentes más vulgares el nefasto virus de la disidencia.

—Vamos, Byles, eso parece más lógico —dijo el señor Tomlinson en tono conciliador, convencido, según parece, de que la historia era un proceso de conjeturas ingeniosas.

—No es una cuestión de lógica; es un hecho conocido. Podría traerles mi enciclopedia y enseñárselo ahora mismo.

—Me importan un pepino usted y su enciclopedia, señor —exclamó Dempster—: un fárrago de información falsa del que consiguió una copia defectuosa en un cargamento de papel desechado. ¿Acaso insinúa usted que no conozco el origen del presbiterianismo? Yo, un abogado reputado en la región que lleva los asuntos de más de diez parroquias; mientras que ante usted, señor, pasan de largo hasta las moscas que infestan la miserable callejuela en que crecí.

Una carcajada general, acompañada de «Vale más que lo deje en paz, Byles», «No sacaré nada de Dempster por las malas», ahogó el comentario del muy documentado señor Byles, que, blanco de rabia, se puso en pie y salió a la calle.

—Un tipo advenedizo, entrometido y jacobino<sup>[78]</sup>, caballeros —prosiguió el señor Dempster—. He querido librarme a toda costa de él. ¿Qué pretende al imponernos su presencia? Un hombre con tantos principios como propiedades, que, según tengo entendido, son más que nulas. Un ateo insolvente, caballeros. Un charlatán deísta que debería sentarse en el último rincón de una taberna, y hacer sus comentarios blasfemos en el periódico grasiento que manosean los hojalateros mientras beben cerveza. No toleraré la compañía de un hombre que habla a la ligera de religión. La firma de un tipo como Byles sería un borrón en nuestra protesta.

—¿Y cómo van sus firmas? —preguntó el doctor Pilgrim, que había entrado con sus botas de caña alta mientras hablaba el señor Dempster.

El doctor Pilgrim acababa de volver de su larga ronda de visitas diarias a las granjas vecinas, en el curso de las cuales había tomado dos comidas tan copiosas que, de no haberlas llamado él «tentempiés», habrían podido ser erróneamente consideradas el almuerzo y la cena; y, como cada tentempié había ido seguido de algún que otro vaso de «combinado» (con una proporción menos generosa de agua



que de los productos a los que él mismo daba ese nombre tan genérico), se hallaba en ese estado que su mozo de cuadra, con poética ambigüedad, explicaba con la frase «el amo ha estado al sol». En esas circunstancias, después de un arduo día en el que realmente había comido a salto de mata, parecía natural que buscara esparcimiento en el León Rojo, donde, como era sábado por la noche, encontraría sin duda a Dempster, y podría conocer las últimas noticias sobre la protesta contra los sermones vespertinos.

—¿Han engatusado ya a Ben Landor? —prosiguió el doctor, cogiendo dos sillas, una para él y otra para su pierna derecha.

—No —dijo el señor Budd, el custodio, moviendo la cabeza—; Ben Landor tiene la costumbre de mantenerse neutral en todo, y no le gusta llevar la contraria a su padre. El viejo Landor es un tryanita convencido. Pero todavía nos falta usted, Pilgrim.

—Pero ¡qué cosas dice, Budd! —dijo el señor Dempster, con sarcasmo—. No esperará usted que firme Pilgrim, ¿verdad? Tiene en tratamiento una docena de riñones tryanitas. Nada como el metodismo y la hipocresía para producir bilis en exceso.

—Oh, pensaba que, como Pratt se había declarado tryanita, Pilgrim estaría de nuestra parte.

El doctor Pilgrim no era un hombre que respondiera a los sarcasmos con silencio, pues la naturaleza le había dotado de un talento considerable para defenderse con su ingenio. En sus momentos de mayor sobriedad tenía un impedimento en el habla, y, como la abundancia de ginebra con agua estimulaba más el impedimento que el habla, tenía tiempo de responder con la acritud necesaria.

—Bueno, a decir verdad, Budd —farfulló el doctor—, Deb Traunter ha ido propagando por la ciudad que usted le ha prometido ser uno de los delegados; y dicen que menuda aglomeración se va armar en la puerta de su casa el día que emprendan viaje, para ver la pelea. Conociendo los tiernos sentimientos que le inspira este miembro del bello sexo, he pensado que sería usted incapaz de negárselo. Y eso me ha quitado un poco las ganas de firmar; es posible que a Prendergast no le guste la protesta si Deb Traunter los acompaña.

El señor Budd era un soltero de cuarenta y cinco años, menudo y de cabello lacio, cuya escandalosa vida llevaba mucho tiempo suministrando chistes de sobremesa a sus vecinos más virtuosos. No tenía nada más que llamara la atención, excepto su temperamento colérico; pero que nadie se extrañe de que fuera el custodio de la parroquia, pues acababa de ser elegido, gracias a los esfuerzos del señor Dempster, para que el ardor con que perseguía los sermones vespertinos se viera respaldado con la dignidad de un cargo.

—Vamos, vamos, Pilgrim —dijo el señor Tomlinson, cubriendo la retirada del señor Budd—, le gusta a usted llevar la capa del pregonero, verde por un lado y roja por el otro. Ha ido a escuchar lo que predica Tryan en las tierras comunales de

Paddiford, no lo niegue.

—Por supuesto que sí; y ¡qué sermón tan bueno! Es una pena que no estuviera usted. Iba dirigido a todos aquellos «privados de entendimiento».

—¡No, no! Jamás me encontrará allí —replicó el señor Tomlinson, sin inmutarse—. Dicen que improvisa los sermones, exactamente igual que un disidente. Debe de ser todo bastante incoherente.

—Y eso no es lo peor —añadió el señor Dempster—; lo peor es que predica contra las buenas obras. Dice que las buenas obras no son necesarias para la salvación. Es una doctrina sectaria, antinómica, anabaptista. Si le dices a un hombre que no se salvará por sus obras, abres las compuertas de la inmoralidad. Podemos verlo en esos falsos innovadores, todos arteros y malvados; hombres hipócritas sin vello en la cara, que arrastran las palabras, fingen que el jengibre no quema su boca<sup>[79]</sup> y desprecian los placeres inocentes; su corazón está más negro por su exterior remilgado. ¿Acaso no nos han prevenido contra quienes limpian el exterior de la copa y el plato? Ahí está ese Tryan, que va de un lado para otro predicando con ancianas y cantando con niños huérfanos; pero, en realidad, ¿en qué tiene sus miras puestas todo el tiempo? Es un jesuita dominante y ambicioso, caballeros; lo único que pretende es tener el pie lo bastante dentro de la parroquia para pisar los zapatos de Crewes cuando el viejo caballero muera. Ya lo verán, cuando un hombre pretende ser mejor que sus vecinos, es que sirve a algún astuto propósito o tiene el corazón podrido de orgullo espiritual.

Como si quisiera ponerse a salvo de este terrible pecado, el señor Dempster cogió el vaso de *brandy* con agua, y lo vació incluso más deprisa de lo habitual.

—¿Han elegido ya a su tercer delegado? —preguntó el doctor Pilgrim, que prefería los detalles a las disertaciones.

—Ahí lo tiene —respondió Dempster, señalando a Tomlinson—. Saldremos hacia la rectoría de Elmstoke el martes por la mañana; de modo que, si quiere firmar nuestra protesta, doctor Pilgrim, más vale que se dé prisa en decidirlo.

El doctor Pilgrim no tenía la menor intención de hacerlo, así que se limitó a decir:

—No me extrañaría que Tryan reuniera más gente que ustedes, después de todo. Tiene un pico de oro, y quizá haya convencido a Prendergast para que lo apoye.

—Dudo mucho que eso ocurra —dijo Dempster, en tono confiado—. Enseguida le quitaré esa idea de la cabeza. Tryan tiene un adversario a su altura. Le bajaré esos humos.

En aquel momento entró Boots y puso una carta en las manos del abogado, diciendo:

—Señor, el mozo de Trower acaba de entrar en el patio con una calesa y me ha dado esta carta para usted.

El señor Dempster leyó la carta y dijo:

—Dile que dé la vuelta al carruaje; estaré con él dentro de un minuto. Y tú corre a la tienda de Gruby, que te llene esta caja de rapé. ¡Rápido!

—Trower ha empeorado, supongo; ¿no, Dempster? Quiere que cambie usted su testamento, ¿verdad? —dijo el doctor Pilgrim.

—Asuntos... asuntos... asuntos. ¡Vaya usted a saber qué querrá! —respondió el discreto Dempster, levantándose con parsimonia de la silla, encajándose su sombrero de copa baja y saliendo del León Rojo con paso lento pero firme.

—Nunca he conocido a nadie como Dempster, ¡que me aspen si no es así! —exclamó el señor Tomlinson, mirando con admiración al abogado que se alejaba—. Se acaba de beber casi toda la botella de *brandy*, y apuesto una guinea a que, cuando llegue a casa de Trower, su cabeza estará tan lúcida como la mía. Sabe más de leyes cuando está borracho que todos sus colegas sobrios.

—Ay, y también sabe de otras cosas, aparte de leyes —dijo el señor Budd—. ¿Se han dado cuenta de la lección que le ha dado a Byles sobre los presbiterianos? ¡Santo cielo!, Dempster lo sabe todo. Estudió mucho cuando era joven.

## Capítulo II

Soy consciente de que la conversación que acabamos de escuchar no es extraordinariamente refinada ni ingeniosa; pero, de haberlo sido, difícilmente habría tenido lugar en Milby cuando el señor Dempster prosperaba allí y el viejo señor Crewe, el coadjutor, aún seguía vivo.

Han pasado más de veinticinco años desde entonces, y, en ese lapso de tiempo, Milby ha progresado a pasos tan agigantados como cualquier otra población con mercado en el territorio de Su Majestad. Ahora tiene una bonita estación de tren, donde los somnolientos viajeros londinenses pueden ver, gracias a la brillante farola de gas, padres y maridos completamente sobrios que se bajan con sus carteras de cuero después de sus negocios cotidianos en la capital del condado. Hay un párroco residente, que apela a la conciencia de sus feligreses con las enormes ventajas de un miembro del clero que es dueño de su propio carruaje; la iglesia tiene, como mínimo, quinientos asientos después de su ampliación; y la escuela de enseñanza secundaria, basada en los principios de la Reforma, tiene sus clases de nivel superior abarrotadas de jóvenes de Milby con muy buenos modales. Los caballeros del lugar, cuando les invitan a cenar, solo caen en el exceso perfectamente virtuoso y refinado de la estupidez; y, aunque las señoras aún se meten demasiado donde no las llaman, no suelen excederse en nada más. La conversación es a veces muy literaria, pues hay un floreciente club de lectura, y muchas de las damas más jóvenes han llegado a estudiar tanto que han olvidado un poco de alemán. En pocas palabras, Milby es ahora una ciudad elegante, moral e ilustrada; y se parece tan poco a la Milby de antaño como el amplio gabán de largos faldones grises, que tanto detestaban los tobillos de nuestros abuelos, al abrigo ligero con que nosotros recorremos con desenfado las calles más embarradas; o como los britanos de nariz en forma de botella que bebían alegremente su pichel en el viejo letrero de Los Dos Viajeros de Milby podían parecerse a los caballeros de aspecto severo, con tirantes y cuello alto, que un artista contemporáneo ha dibujado bebiendo el oporto imaginario de esa conocida casa comercial.

Pero te ruego, lector, que destierres de tu pensamiento todas las ideas refinadas y modernas asociadas a este avanzado estado de cosas, y llevés tu imaginación a la época en que Milby no tenía farolas de gas; en que el correo, cubierto de polvo o de barro, llegaba en la silla de posta a la puerta del León Rojo; en que el anciano señor Crewe, el coadjutor, con una peluca corta y despeinada, pronunciaba el domingo sermones inaudibles, e impartía entre semana una educación de caballero —es decir, un desconocimiento riguroso del latín con ayuda de la *Gramática de Eton*— a tres alumnos de la escuela secundaria.

Si en aquel tiempo hubieras pasado por Milby en carruaje, habrías sido incapaz de imaginar que tuviera gente tan importante entre sus habitantes, así como el sentimiento de rancio abolengo que imperaba entre ellos. Era una población sucia y oscura, con una calle que apestaba a piel curtida y otra en la que vibraban con

estruendo los telares manuales; y ni siquiera las casas de Friar's Gate, ese foco de aristocracia, habrían impresionado por su nobleza la mirada apresurada y superficial del viajero. Y aún te habría extrañado más que la figura vestida de fustán y con largas patillas grises, apoyada en el umbral del tendero en High Street, fuera el señor Lowme, uno de los hombres más aristocráticos de Milby, que, según decían, «se había educado como un caballero», y había cultivado las alegres costumbres de esa condición manteniendo sus propios perros de caza y otros animales costosos. Ahora era un Lotario<sup>[80]</sup> entrado en años, sumido en los pecados más económicos; su diversión principal era quedarse en la puerta del señor Gruby, sacando los colores a las criadas que iban a la compra y chismorreando con los transeúntes. Sin embargo, todo el mundo daba por sentado que el señor Lowme pertenecía al círculo más exquisito de la sociedad de Milby; sus hijos se daban grandes aires, desde luego; y, a pesar de la condescendencia con que charlaba y bebía con sus inferiores, se habría negado con desprecio a verse identificado con ellos de otra forma más cercana. Debe reconocerse que era de cierta utilidad para sus vecinos, pues, al apostarse en la puerta del señor Gruby, tanto él como el perro de Terranova del señor Landor, que se desperezaba y bostezaba en el terraplén de enfrente, respiraban un poco del aire mortecino que flotaba en High Street todos los días excepto el sábado.

La verdad es que, a pesar de las tres asambleas y del baile benéfico en invierno, de la llegada esporádica de un ventrílocuo o de una compañía de teatro itinerante (con algún actor muy admirado en Londres), y de los tres días de feria en junio, Milby podía resultar aburrido para las personas de temperamento hipocondríaco; y quizá fuera éste uno de los motivos de que sus habitantes de edad mediana, hombres y mujeres, encontraran a menudo imposible mantener el ánimo sin un abundante suministro de estimulantes. Es cierto que también había algunos hombres acaudalados con fama de extraordinaria sobriedad, así que las costumbres de Milby no eran tan malas como cabría esperar; y ¿quién sabe si los feligreses del señor Crewe no hubieran sido peores sin la presencia de un hombre del clero?

Los parroquianos más elegantes, por lo general, asistían regularmente a la iglesia; y tiendo a pensar que las damas y los caballeros más jóvenes consideraban que el oficio matinal del domingo era el acontecimiento más emocionante de la semana; pues en pocos lugares se puede presenciar un espectáculo de moda más brillante que el que se daba en la iglesia de Milby a la una de la tarde. Allí estaban las cuatro altas señoritas Pittman, las hijas del anciano abogado, con sus tirabuzones coronados de grandes sombreros, de los que caían largas plumas de avestruz color verde chillón. Estaba la señorita Phipps, con un sombrero carmesí muy ladeado y echado hacia atrás, con una escarapela y unas plumas rígidas en la parte superior. Estaba la señorita Landor, la beldad de Milby, regiamente ataviada de púrpura y armiño, con un penacho de plumas que ni caían ni estaban erectas, sino en un discreto punto medio. Estaban las tres señoritas Tomlinson, que copiaban a la señorita Landor, y también llevaban armiños y plumas; pero su belleza se consideraba vulgar, y a sus formas

angulosas no les sentaba bien la estola redondeada que caía con tanta elegancia sobre los hombros en declive de la señorita Landor. Al contemplar ese desfile emplumado de damiselas, cualquiera habría pensado que Milby era un lugar de mucho dinero; y, sin embargo, no había más que un carruaje cerrado en la ciudad, el del anciano señor Landor, el banquero, que, según creo, nunca llevó más de un cuadrúpedo. Y aquellas damas suntuosamente ataviadas pasaban veloces ante los ojos del pueblo llano en pequeños tálburis tirados por un caballo, en ningún caso de categoría.

Los jóvenes distinguidos también hacían su pequeña exhibición de galas dominicales, siempre más limitada en el caso masculino. El señor Eustace Landor, a punto de alcanzar la mayoría de edad, acababa de adquirir un anillo de diamantes, así como la costumbre de pasarse la mano por el cabello. Era alto y moreno, lo que le daba una superioridad que el señor Alfred Phipps, rubio y rechoncho como su hermana, veía muy difícil atajar, por mucha atención que prestara a los gemelos de su camisa y al tono marrón que más realzara sus botones dorados.

El respeto por el Día del Señor, reflejado en su atildada vestimenta, no contrarrestaba por desgracia la considerable ligereza de su comportamiento durante las oraciones o el sermón; pues tanto las damiselas como los jóvenes caballeros de Milby eran muy aficionados a las bromas, sobre todo la señorita Landor, a la que todos consideraban extraordinariamente inteligente, y de un ingenio terrible; y, como entre la numerosa congregación había muchas personas peor vestidas y con peores modales que la distinguida minoría aristocrática, el oficio religioso incitaba irremisiblemente a las bromas y a las risas, mediante comunicaciones telegráficas de las galerías a los pasillos, y viceversa. Recuerdo haberme puesto rojo como un tomate, convencido de que la señorita Landor se reía de mí, la primera vez que me puse una levita y vi cómo me miraba con malicia y luego se volvía, con una risita ahogada, hacia el apuesto señor Bob Lowme, que tenía dos patillas preciosas que se juntaban bajo la barbilla. Aunque quizá no pensara en mí, después de todo; pues nuestro banco estaba cerca del púlpito, donde siempre pasaba algo gracioso con el anciano señor Crewe. Su peluca caoba casi siempre estaba torcida, y tenía una forma de levantar la voz cada tres o cuatro palabras, y volverla a bajar hasta convertirla en un murmullo, que hacía incomprendible para nosotros lo que decía; aunque, como afirmaba mi madre, diese igual para las oraciones, pues todos teníamos nuestro devocionario; en cuanto al sermón, proseguía con cierta mordacidad, todos oíamos más de lo que recordaríamos al llegar a casa.

Aquella generación joven no era especialmente literaria. A las damiselas que se rizaban el pelo, y formaban con él grandes barricadas en la parte delantera de la cabeza, dejando al descubierto y sin ornamentos su región occipital (como, si al mirarlas por detrás, eso diera lo mismo), se les pasaba tan poco por la imaginación que sus hijas leyeron una selección de poesía alemana y expresaron su admiración por Schiller, como que, en lugar de amenazarnos con aquellas barricadas frontales, estarían mucho más hermosas batiéndose en retirada,

y, como los partos, nos herirían al huir<sup>[81]</sup>.

Esas encantadoras damas de cabello rizado hablaban francés, por supuesto, con bastante fluidez y sin miramientos que pudieran cohibirlas, y acostumbraban a tener conversaciones en ese idioma en presencia de sus menos instruidos mayores; pues, según el criterio de aquellos atrasados tiempos, su educación había sido muy esmerada, y jovencitas como la señorita Landor, la señorita Phipps, y las señoritas Pittman habían «terminado» su instrucción en colegios muy lejanos y caros.

El anciano abogado Pittman había sido en otro tiempo un hombre realmente importante, ya que, en su juventud, había llevado los asuntos de varios caballeros extranjeros que más tarde se habían visto obligados a venderlo todo y abandonar su país; una emergencia que el señor Pittman ayudó a solucionar comprando él las propiedades de estos caballeros, y corriendo con el riesgo y el esfuerzo de una venta más pausada, que, sin embargo, acabó siendo muy ventajosa para él. Tales oportunidades se presentan de improviso como negocios. Pero supongo que el señor Pittman no fue muy afortunado con sus especulaciones posteriores, pues ahora, en la vejez, no tiene fama de ser muy rico; y, aunque todas las mañanas se dirige lentamente a su oficina de Milby sobre un decrépito caballo blanco, ha tenido que renunciar a los beneficios principales y dejar la dirección de la firma en manos de su socio más joven, Dempster. Nadie pensaba en Milby que el anciano Pittman fuera un hombre virtuoso, y los vecinos de más edad no tenían pelos en la lengua cuando contaban las partes menos respetables de su biografía. Y, sin embargo, jamás tuve la sensación de que confiaran menos en él, o le quisieran menos. Pittman y Dempster eran sin duda los abogados más populares de Milby y sus alrededores; y el señor Benjamin Landor, contra el que nadie tenía nada, tenía un bufete mucho más modesto. Era raro encontrar un terrateniente, un granjero o una parroquia a menos de diecisiete kilómetros de Milby que no tuviera sus asuntos bajo la tutela legal de Pittman y Dempster; creo que los clientes se enorgullecían de la falta de escrúpulos de sus abogados, del mismo modo que los patrocinadores de boxeo del estado físico de su campeón. Aquél no era, por supuesto, el modo de funcionar en la vida normal, pero sí lo que uno buscaba en su abogado. El talento de Dempster para «sacar de un atolladero» a un cliente era un tema habitual de conversación entre los granjeros, mientras bebían algún que otro vaso de ponche en el León Rojo.

—Menuda cabeza tiene ese Dempster; la prueba es que se bebe una botella de *brandy* entera y sigue viendo detrás de un muro de piedra lo que otros no ven detrás de una ventana de cristal.

Incluso el señor Jerome, el miembro principal de la congregación del templo de Salem, un anciano de vida muy austera, era cliente de Dempster, y se mostraba excepcionalmente indulgente con las debilidades de su abogado, atribuyéndolas quizá a la inevitable incompatibilidad entre las leyes y el evangelio.

Los principios morales de Milby, como ves, no eran inconvenientemente elevados

en aquellos buenos viejos tiempos, y un par de vicios era lo que todo el mundo esperaba de su vecino. El anciano señor Crewe, el coadjutor, por ejemplo, podía disfrutar con tranquilidad de su avaricia, sin temer el sarcasmo de los demagogos de la parroquia; y a sus feligreses les gustaba más por haber logrado reunir con esfuerzo una gran fortuna entre sus clases, su curato y los intereses de las trescientas libras que tenía con su pequeña mujer sorda. Era ostensible que se trataba de un hombre instruido, pues había tenido una importante escuela privada ligada al centro de enseñanza secundaria, e incluso había contado con uno o dos jóvenes nobles entre su alumnado. El hecho de que ya no cogiera un libro, y de que su intelecto se viera absorbido por las cuestiones más vulgares, se debía sin duda a que había agotado las fuentes de erudición a una edad más temprana. Es cierto que no se hablaba de él con gran respeto, y que la tacañería doméstica del viejo Crewe era motivo frecuente de bromas; pero era algo positivo en un eclesiástico que había sido parte de Milby durante medio siglo: como las abolladuras y deformidades de un viejo pichel familiar, que nadie querría cambiar por una elegante jarra nueva recién llegada de Birmingham. Para los parroquianos no tenía ningún sentido venerar al pastor o a cualquier otra persona; se sentían mucho más cómodos mirando al prójimo por encima del hombro.

Hasta los disidentes<sup>[82]</sup> de Milby eran bastante laxos e indiferentes. La doctrina del bautismo adulto<sup>[83]</sup>, luchando contra la onerosa carga de las deudas, había alquilado la mitad de su capilla a una tienda de lazos y cintas; y el metodismo uno solo lo encontraba, al igual que las larvas, si buscaba afanosamente en los rincones más miserables. Los independientes<sup>[84]</sup> eran los únicos disidentes cuya existencia conocía la aristocracia de Milby, con la vaga idea de que los puntos destacados de su credo eran la oración sin libros, el ladrillo rojo y la hipocresía. El templo de los independientes, conocido como Salem, se erguía rojo e imponente en una de las calles principales, y más de un propietario de alguno de sus bancos tenía una calesa con remaches dorados; y el señor Jerome, un comerciante de grano retirado y el miembro más importante de la congregación, era uno de los hombres más ricos de la parroquia. Con todo, a pesar de su aparente prosperidad, junto con el número habitual de sermones extemporáneos mitigados con notas furtivas, Salem no hacía honor a su nombre<sup>[85]</sup>, ni era siempre una morada de paz. Por una u otra razón, no acertaba con la elección de sus ministros. El reverendo Horner, escogido con gran ilusión, resultó empujar demasiado el codo y pelearse con su mujer; la doctrina del reverendo Rose era un poco demasiado «elevada», y estaba al borde del antinomismo; el talento de predicador del reverendo Stickney no fue tan asombroso como prometía; y el reverendo Smith, un brillante ministro de lo más solicitado en los distritos mineros, y muy dotado para la poesía, acabó siendo inaceptable por su tendencia a intercambiar versos con las damas jóvenes de su congregación. Se alegó con sensatez que había que dedicar mucho tiempo a la composición de unos poemas como los del señor Smith, por lo que dicho hábito podía perjudicar gravemente sus deberes pastorales.



Aquellos reverendos caballeros, sin excepción, opinaron que los miembros del templo de Salem estaban entre los siervos menos ilustrados del Señor, y que Milby era un sitio innoble, donde les habría parecido muy triste tener que trabajar mucho tiempo; aunque cualquiera que viese los numerosos y elegantes feligreses que se reunían con ocasión del sermón anual de beneficencia habría pensado que ser ministro de Salem era un cargo magnífico entre las filas de la disidencia. Algunos miembros de otras congregaciones asistían a esta celebración, pues en Milby, en aquellos días de ignorancia, aún no se habían enterado de que los ministros cismáticos de Salem estaban claramente representados por Coré, Datán y Abirón<sup>[86]</sup>; y muchos fieles creían que la disidencia podía ser una debilidad, pero, al fin y al cabo, bastante inofensiva. Aquellos laxos episcopalianos<sup>[87]</sup> eran, según tengo entendido, principalmente comerciantes que, como el congregacionalismo consumía velas, sostenían que había que apoyarlo, y, en consecuencia, se presentaban en Salem la tarde del sermón de beneficencia, con la esperanza de que les dejaran pasar el cepillo. El doctor Pilgrim, asimismo, aparecía siempre con su medio soberano; ya que, como no había ningún médico disidente en Milby, el doctor Pilgrim contemplaba con suma tolerancia cualquier opinión religiosa que no entrañara creer en curas milagrosas.

En este punto tenía la competencia del señor Pratt, el único otro médico de Milby con su prestigio. Por lo demás, era extraordinario el fuerte contraste que había entre estos dos hombres tan inteligentes. Pratt era de estatura mediana, sutil y con voz aflautada; Pilgrim alto, fuerte, de maneras bruscas y hablares atropellados. Ambos eran grandes conversadores, pero las anécdotas de Pratt eran de la vieja escuela de Joe Miller<sup>[88]</sup>, y las de Pilgrim tenían el sabor picante de los últimos escándalos. Pratt achacaba elegantemente todas las enfermedades a la debilidad, y, con el debido desprecio a los tratamientos sintomáticos, atacaba la raíz del trastorno con oporto blanco y cortezas; Pilgrim estaba convencido de que el principio pernicioso del sistema humano era la plétora, y luchaba contra ésta con ventosas, ampollas y purgantes. Ambos llevaban mucho tiempo en Milby, y, como los dos tenían una buena cartera de pacientes, no había una rivalidad muy enconada entre ellos; por el contrario, sentían el uno por el otro esa especie de desdén amistoso que conduce siempre a un buen entendimiento entre los profesionales; y, cuando algún nuevo cirujano intentaba, en mala hora, instalarse en la ciudad, se hacía increíblemente patente lo pequeñas y triviales que son las diferencias teóricas en comparación con la sólida base del sentimiento humano. Existía la unanimidad más absoluta entre Pratt y Pilgrim en su determinación de ahuyentar lo antes posible al odioso y casi con seguridad incompetente intruso. Y, si éste curaba milagrosamente a uno de los enfermos de Pratt o de Pilgrim, los dos estaban igual de dispuestos a criticar al entrometido, y a conseguir con su extraordinariamente amena conversación que en la ciudad se le hiciera la vida imposible. Sin embargo, para sus respectivos pacientes, estos dos hombres tan distinguidos competían con gran virulencia. La señora Lowme

no podía estar más sorprendida de que la señora Phipps pusiera su vida en manos de Pratt, que le dejaba comer tanto que era un espanto oír sus jadeos; y la señora Phipps perdía la paciencia con la señora Lowme, que vivía solo de caldos y de té, y estaba tan amarilla como un botón de oro<sup>[89]</sup>, y, sin embargo, seguía permitiendo que Pilgrim le hiciera sangrías, le pusiera ventosas y la obligara adelgazar tanto que parecía un espantajo con sus vestidos. En conjunto, es posible que la fama del doctor Pilgrim fuera un poco mayor; y, cuando alguna dama al cuidado del doctor Pratt no mejoraba, se sentía medio inclinada a pensar que «un tratamiento activo» sería más beneficioso para ella. Pero, sin una provocación muy categórica, nadie daría un paso tan grave como cambiar de médico familiar, pues, en aquellos lejanos días, había pocas variedades de odio humano tan terribles como las médicas. La opinión de un doctor, incluso sobre un paciente de confianza, era propensa a los altibajos en sus anotaciones diarias; y me consta que el doctor Pilgrim descubría las virtudes más inesperadas en un paciente aquejado de una enfermedad prometedor. En esas ocasiones te habría alegrado ver que el doctor Pilgrim podía tener una buena opinión de otro ser humano, así como una tendencia a la afable debilidad de mostrarse demasiado admirativo. Una buena inflamación encendía su entusiasmo, y una hidropesía persistente le hacía derretirse de compasión. No hay duda de que este *crescendo* de benevolencia se debía en parte a unos sentimientos que no aparecían en sus anotaciones diarias; pues, en el corazón del doctor Pilgrim, había también latentes una ternura y una conmiseración que brotaban ante la visión del sufrimiento. Poco a poco, sin embargo, durante la convalecencia de sus pacientes, su opinión de ellos se volvía menos vehemente; cuando podían disfrutar de las chuletas de cordero, empezaba a reconocer que tenían puntos flacos; y en el momento en que se tragaban la última dosis de tónico, era consciente de sus defectos más imperdonables. Después de eso, el termómetro de su consideración se mantenía en un punto moderado de murmuraciones amistosas, que bastaban para que sus visitas matinales fueran bien recibidas por las personas atentas y encomiables que aún se hallaban lejos de la convalecencia.

Los pacientes de Pratt no tenían el menor interés para Pilgrim: sus mismas enfermedades era despreciables, y desde luego no merecía la pena diseccionar sus cadáveres. Pero, de todos los pacientes de Pratt, el señor Jerome era el que resultaba más abyecto para el doctor Pilgrim. A pesar de la sensata tolerancia del doctor, la disidencia se volvió odiosa para él en la figura del señor Jerome. Quizá fuera porque el anciano caballero, a pesar de su riqueza y de gastar una fortuna anual en consultas médicas, recurría a los servicios de Pratt, privándose de todas las ventajas de «un tratamiento activo» y tirando el dinero sin que su cuerpo se redujera. De otro modo, era imposible sentir hostilidad por el señor Jerome, un excelente anciano siempre dispuesto a desear lo mejor a sus vecinos, no solo en un inglés imperfecto, sino también prestando dinero a los ostensiblemente ricos y regalando sacos de patatas a los notoriamente pobres.

Por supuesto, Milby tenía esa bondad que permite al mundo seguir girando, y en una dosis mucho mayor de lo que era visible en la superficie: nacían niños inocentes, que dulcificaban los corazones de sus padres con las alegrías más sencillas; hombres y mujeres que se marchitaban en medio de las decepciones mundanas, o henchidos de placeres sensuales, tenían momentos de mayor nobleza en los que apretaban compasivos la mano del que sufría, y prestaban una ayuda generosa a sus vecinos. Tanto en la iglesia como en el templo había devotos rectos y sinceros que se esforzaban por no manchar su conciencia; e incluso en los callejones más oscuros habría uno podido encontrar a un seguidor de John Wesley<sup>[90]</sup> para el que el metodismo fue un instrumento de paz en la tierra y de buena voluntad entre los hombres. Para un observador superficial, Milby quizá no fuera más que un lugar sombrío y prosaico: una población deprimente, rodeada de campos llanos, olmos podados y pueblos manufactureros esparcidos, que avanzaban lentamente con sus telares, y amenazaban con injertarse en la ciudad. Pero la dulce primavera llegaba a Milby a pesar de todo: las copas de los olmos se llenaban de brotes rojos; el cementerio se cubría de margaritas; las alondras inundaban los campos llanos con su amorosa música; el arco iris formaba una bóveda sobre la lúgubre ciudad, envolviendo los tejados y las chimeneas en una extraña belleza transfiguradora. Y lo mismo sucedía con la vida humana, que, al principio, parecía una terrible combinación de asuntos mundanos, vanidad, plumas de avestruz y efluvios de *brandy*: pero, cuando te acercabas, descubría uno en ella cierta pureza, generosidad y ternura, como esos fragantes geranios que desprenden todo su aroma entre las blasfemias y la ginebra de una ruidosa taberna. La pequeña y sorda señora Crewe llevaba a menudo la mitad de la cena que le sobraba a los enfermos y a los hambrientos; la señorita Phipps, a pesar de su escarapela con plumas rojas, tenía un corazón filial, y encendía la pipa de su padre con una sonrisa adorable; y había hombres de cabello gris y polainas pardas, casi invisibles cuando te los cruzabas por la calle, cuya integridad había sido la base de la riqueza de sus vecinos.

Y a los lugareños les gustaba su ciudad tal como era. La vida tenía que ser muy aburrida, pensaban, para esa gran parte de la humanidad que, por desgracia, no podía conocer a las familias de Milby; y tenía que ser una suerte para Londres y para Liverpool que los caballeros de Milby visitaran de vez en cuando esas ciudades por negocios. Pero sus habitantes fueron mucho más conscientes de lo valiosas que eran esas ventajas cuando la innovación entró en su vida con la llegada del reverendo Tryan, el nuevo coadjutor de la capilla<sup>[91]</sup> construida en las tierras comunales de Paddiford. En Milby no tardaron en enterarse de que el señor Tryan tenía unas opiniones muy peculiares; de que improvisaba sus sermones; de que estaba organizando una biblioteca pública de libros religiosos en ese rincón remoto de la parroquia; de que comentaba las Sagradas Escrituras en el interior de las casas más humildes; y de que sus sermones atraían a los disidentes, y llenaban su iglesia hasta los topes. Se corrió el rumor de que el evangelismo había invadido la parroquia de

Milby: una plaga o enfermedad tanto más terrible cuanto que su naturaleza no era sino una débil conjetura. Quizá Milby fuera uno de los últimos sitios alcanzados por la ola de un nuevo movimiento y, solo ahora, cuando la marea estaba a punto de cambiar, las lapas del lugar se veían salpicadas. El señor Tryan era el primer clérigo evangélico que había cruzado el horizonte de Milby: hasta entonces este adjetivo abominable había sido desconocido para los vecinos de cierto nivel; e incluso había muchos disidentes para los que «evangélico» solo era una especie de nombre bautismal para la revista que circulaba entre los feligreses del templo de Salem. Pero ahora, finalmente, la enfermedad había llegado de fuera, cuando los parroquianos la esperaban tan poco como los inocentes pieles rojas esperaban la viruela. Mientras los oyentes del señor Tryan no salieran de Paddiford, que, dicho sea de paso, no parecía en absoluto un terreno comunal, pues era una zona baldía donde se oía el estruendo de los telares manuales y se respiraba el humo de las minas de carbón, nadie tomaría en serio al «hipócrita coadjutor». Pero esto cambió cuando un grupo de damas solteras de la ciudad pareció infectarse, e incluso uno o dos hombres bastante acaudalados, con el anciano señor Landor, el banquero, a la cabeza, parecieron «rendirse» al nuevo movimiento; y cuando se supo que el señor Tryan era recibido en varias casas importantes de la ciudad, donde tenía la costumbre de terminar la jornada entre exhortaciones y plegarias. El evangelismo ya no era algo molesto que solo existía en rincones perdidos, y que cualquier persona bien vestida podía evitar; estaba invadiendo los mismísimos salones, mezclándose con los placenteros efluvios del oporto y del *brandy*; y amenazaba con silenciar el esplendor de las plumas de avestruz con su tenebroso aliento, y ahogar la inocencia de Milby, sin pretender ofender a sus vecinos, con una nube de falsedad y de lúgubre hipocresía. La alarma alcanzó su clímax cuando se supo que el señor Tryan estaba tratando de conseguir el permiso del reverendo Prendergast, el párroco no residente, para pronunciar un sermón vespertino en la iglesia de Milby, con la excusa de que el anciano señor Crewe no predicaba el Evangelio.

Se vio entonces por primera vez el asombroso aprecio que sentían en Milby por los oficios eclesiásticos del señor Crewe; hasta qué punto estaban convencidos de que el señor Crewe era un clérigo modélico, y sus sermones los mejores y más edificantes de los que hasta entonces se habían visto privados los oídos de una comunidad de feligreses. Cualquier alusión a su peluca caoba fue reprimida, y, con ayuda de una figura retórica, se asoció su nombre a unos venerables cabellos grises; el intento de intrusión del señor Tryan era una ofensa para un hombre con muchos años y conocimientos; además, era una insolencia que se abriera paso a empujones en una parroquia donde era evidente que casi todo el mundo lo detestaba. La ciudad estaba dividida en dos bandos muy entusiastas: los tryanitas y los antitryanitas; y, con los esfuerzos del elocuente señor Dempster, la virulencia antitryanita no tardó en convertirse en una oposición organizada. El ortodoxo abogado elaboró una protesta formal contra el discutido sermón vespertino, que, una vez firmada por numerosos

vecinos, debía ser entregada al señor Prendergast; se encargarían de hacerlo tres delegados que representaran el intelecto, la moralidad y la riqueza de Milby. El señor Dempster, como imaginas, encarnaría el intelecto, el señor Budd la moralidad, y el señor Tomlinson la riqueza; y la distinguida tríada debía emprender esa gran misión, como hemos visto, tres días después de aquel caluroso sábado por la noche en el León Rojo, cuando tuvo lugar la conversación recogida en el capítulo anterior.

## Capítulo III

Casi tan caluroso como el jueves siguiente por la noche, cuando el señor Dempster y sus colegas tenían que regresar de su misión en la rectoría de Elmstoke; pero era mucho más agradable estar en el salón de la señora Linnet que en el León Rojo. A través de la ventana abierta llegaba el aroma de la reseda y de la madreselva; el césped que había delante de la casa estaba a la sombra de una pequeña plantación de rosas de Gueldre, lilos y laburnos; el ruido de telares, carruajes y voces destempladas era tan solo un murmullo, pues la casa de la señora Linnet estaba en la periferia de las tierras comunales de Paddiford; y el único ruido que podía perturbar la tranquilidad del grupo de señoras allí reunidas era el zumbido ocasional de las molestas abejas, que parecían confundir la cabeza de las damas con un azucarero. Pero no había ningún azucarero en el salón de la señora Linnet, pues aún no era la hora del té, y la mesa redonda estaba llena de libros que las señoras forraban con una tela negra para la biblioteca pública de Paddiford. La señorita Linnet, cuya letra era un primoroso zigzag, se sentaba en otra mesa más pequeña y escribía unas etiquetas verdes que luego se pegarían en las tapas. La señorita Linnet tenía otras habilidades, además de una letra bonita; y los adornos de la habitación servían como botón de muestra de sus destrezas. Siempre había combinado el amor por las lecturas serias y poéticas con su buena mano para las labores de fantasía; y los volúmenes bellamente encuadernados del *Virgilio* de Dryden, los *Dramas sagrados* de Hannah More, *El naufragio* de Falconer, *Del conocimiento de uno mismo* de Mason, el *Rasselas* de Johnson y *Sobre lo sublime y lo bello* de Burke<sup>[92]</sup>, principales joyas de su biblioteca, tenían todos su nombre y habían sido comprados con su dinero de bolsillo cuando era una adolescente. Debían de haber pasado al menos quince años desde la última de esas adquisiciones, ya que la habilidad de la señorita Linnet para las labores de fantasía parecía haber pasado por muchas más etapas que su gusto literario; pues las cajas lacadas, las cestas para alumbre y lacre, las muñecas de amplias faldas, los paisajes «trasladados» a las pantallas de chimenea, y los recientes ramilletes de flores de cera mostraban una disparidad y una frescura que solo podían relacionarse con períodos muy diferentes de su existencia. Las flores de cera presuponen dedos delicados y paciencia férrea, pero de muchas facetas del cuerpo y del alma no nos dicen más que cosas borrosas e inciertas; así que añadiré que la señorita Linnet tenía rizos oscuros, la tez cetrina y un carácter amable. En cuanto a sus facciones, no había mucho que criticar en ellas, pues la nariz era pequeña, los labios escasos y las cejas inapreciables; en cuanto a su intelecto, su amiga la señora Pettifer decía a menudo que Mary Linnet era la persona más sensata con quien se podía hablar. No había nadie con quien le gustara más tomar una tranquila taza de té mientras leían un fragmento del *Mesías* de Klopstock<sup>[93]</sup>. Mary Linnet le había hecho grandes confidencias mientras estaban juntas: decía que había muchas cosas que sobrellevar

fuera cual fuera el estado civil de una persona, y que nada la induciría a casarse sin la perspectiva de ser feliz. En una ocasión, cuando la señora Pettifer admiró sus flores de cera, ella le contestó: «¡Ah, señora Pettifer, piense en la belleza de la naturaleza!». Mary Linnet decía siempre unas cosas tan bonitas...; todo lo contrario que Rebecca.

La señorita Rebecca Linnet, en efecto, no era una persona muy querida. Si todo el mundo o casi lamentaba que una mujer tan sensata como Mary no hubiera encontrado un buen marido (y lo peor que decían de ella sus amigas es que su cara parecía un trozo de masilla con dos ágatas pegadas), de Rebecca solo se hablaba con sarcasmo; y era una broma habitual que las jóvenes se la recomendaran como consorte a cualquier caballero con el que estuvieran coqueteando; su gordura, su indumentaria y sus tobillos gruesos bastaban para que este comentario desatara las risas, a pesar de su falta de originalidad. La señorita Rebecca, sin embargo, tenía el don de la música, y su forma de cantar *Oh No, We Never Mention Her* y *The Soldier's Tear*<sup>[94]</sup> era un modo tan agradable de iniciar un placentero té que nadie se tomaba la molestia de ofenderla, sobre todo porque Rebecca era una mujer con mucho carácter y, a pesar de su silueta redonda, tenía una lengua especialmente afilada. Había leído más que su hermana, incluyendo casi todas las obras de ficción de la biblioteca circulante del señor Procter, y solo quien conociera el rumbo de sus lecturas descifraría la rápida transición de su vestimenta, que se inspiraba en el estilo de belleza, ya fuera sentimental, vivaracho o severo, que tuviera la heroína de los tres volúmenes que estuviera devorando entonces. Una puntilla que caía por el borde de su sombrero blanco una semana, desaparecía a la siguiente; y sus mejillas, que el domingo de Pentecostés se adivinaban bajo un velo como la bruma de un paisaje de Turner, en la fiesta de la Trinidad reposaban sobre su prominente busto, rojas e inconfundibles, como el sol en un banco de niebla. El terciopelo negro con un broche de cristal que una noche llevaba en la cabeza, descendía otro día hasta su cuello, y un tercero hasta su cintura, sugiriendo a una imaginación fértil una contracción mágica del ornamento o una *ratio* de expansión aterradora en el físico de la señorita Rebecca. Con aquel ejercicio constante del arte de vestir, no podía quedarle mucho tiempo para las labores de fantasía, aun cuando no hubiera carecido del gusto de su hermana por esa ocupación tan encantadora y típicamente femenina. Y en esto, al menos, reconocerá el lector que la opinión de Milby era justa cuando se refería a las aptitudes de una u otra señorita Linnet para el matrimonio. Cuando un hombre tiene la suerte de conquistar el amor de una dulce joven que puede mitigar sus preocupaciones con el *ganchillo*, y responder a sus ideas más apreciadas con alfombrillas de cuentas para la urna de té y fundas de silla tejidas con lana alemana, tiene al menos la garantía de un hogar lleno de comodidades, sean cuales sean las tribulaciones que le aguarden en el exterior. Cuando uno es presa del cansancio o de la irritación, ¿qué consuelo tener un salón repleto de pequeños tapetes siempre preparados por si se quiere poner algo sobre ellos! Y ¿qué estíptico para un corazón que se desangra puede compararse con esos abundantes recuadros de *ganchillo* cuya finalidad es caerse en cuanto uno los



toca? Cómo se las arreglarían nuestros padres sin el *ganchillo* es un misterio; aunque supongo que en su época existiría un pequeño y débil sustituto que llamarían *frivolité*<sup>[95]</sup>. Rebecca Linnet, sin embargo, había descuidado ese tipo de labor, así como cualquier otra. En el colegio, por supuesto, había pasado muchas horas aprendiendo a pintar flores, con el ingenioso método entonces en boga de aplicar, en los lugares indicados, formas de hojas y flores recortadas sobre otra cartulina y pasar por encima un pincel; pero ni siquiera las cajitas de monedas y las pequeñas pantallas de mano que realizó con esta técnica en su último semestre se consideraron especialmente conseguidas, y llevaban mucho tiempo confinadas en el dormitorio principal. Así que había una gran cantidad de desemejanzas familiares entre Rebecca y su hermana, y me temo que tampoco se entendían demasiado bien; pero los reproches de Mary rara vez escapaban de sus finos labios, pues Rebecca no solo era muy testaruda sino también la preferida de su madre; tal vez porque la anciana también era metida en carnes, y prefería un estilo de sombrero más llamativo del que su hija Mary se avendría a confeccionarle.

Pero he descrito a la señorita Rebecca solamente tal como era en otros días, pues su aspecto de esta noche, mientras pega las etiquetas verdes, contrasta sobremanera con el de hace tres o cuatro meses. Su sencillo vestido gris de guinga y su sencillo cuello blanco no podrían haber colgado en su armario antes de esa fecha; y, aunque no ha adelgazado y los rizos castaños siguen enmarcando sus mejillas mofletudas, hay un cambio en su aire y en su expresión que parece derramar una luz más suave sobre ella, y que la asemeja a una peonía en la sombra, en lugar de a esa misma flor cuando se exhibe en un parterre bajo la ardiente luz del sol.

Nadie podía negar que el evangelismo había convertido a Rebecca Linnet en una persona mejor, ni siquiera la señorita Pratt, la dama enjuta y estirada con gafas que se sentaba frente a ella, y que sentía siempre una extraña repulsión por las mujeres de carnes opulentas. La señorita Pratt era una solterona; aunque habría sido igual de certero definirla como una mujer que se encontraba en el otoño de la vida. ¿Era el otoño de los huertos impregnados de la fragancia de las manzanas, el otoño de los robles pardos, o el otoño de las últimas hojas amarillentas que revolotean en medio de la brisa helada? Las jovencitas de Milby habrían dicho que las señoritas Linnet eran unas solteronas; pero, entre las señoritas Linnet y la señorita Pratt, existía la misma diferencia que entre el septiembre perfumado de manzanas y los días desnudos y gélidos de finales de noviembre. Las señoritas Linnet estaban en esa zona moderada de la soltería en que una mujer sigue diciendo que, si un hombre con la edad y el carácter necesarios le propusiera matrimonio, quizá lograra convencerla para recorrer el resto del valle de la vida en su compañía; la señorita Pratt estaba en esa región ártica en que una mujer tiene la certeza de que en ningún momento de su existencia habría accedido a perder su libertad, y de que jamás había conocido a un hombre al que pudiera obedecer y honrar. Si las señoritas Linnet eran unas solteronas, eran unas solteronas rellenas, por no decir gordas, con rizos naturales; la señorita Pratt era una



solterona con cofia, una trenza postiza, una espina dorsal<sup>[96]</sup> y otros apéndices. La señorita Pratt era la única literata de Milby: afirmaba tener unos quinientos volúmenes, y, como decía a menudo su hermano, el doctor Pratt, era capaz de conversar sobre cualquier tema; y de vez en cuando tenía sus escarceos con la autoría intelectual, aunque era sabido que nunca había vertido toda su inteligencia en una página impresa. Sus *Cartas a un joven en el umbral de la vida* y *De Courcy o la promesa irreflexiva, un relato para la juventud* no eran más que bagatelas que aceptó publicar porque se consideraron de utilidad pública, pero no eran nada en comparación con los manuscritos que llevaba años redactando y tenía sin publicar. Su última composición habían sido seis estrofas dirigidas al reverendo Edgar Tryan (sobre un papel satinado con una bonita cenefa) que empezaban: «¡Adelante, joven luchador por la verdad!».

Como la señorita Pratt había llevado la casa de su hermano durante su larga viudedad, la hija de éste, la señorita Eliza, había tenido la fortuna de ser educada por su tía, y de imbuirse de una fuerte antipatía por todos los gustos y opiniones de esa mujer excepcional. La joven agraciada y silenciosa de veintidós años que está forrando las *Memorias de Felix Neff*<sup>[97]</sup>, es la señorita Eliza Pratt. Y la dama menuda, mal vestida y entrada en años que trabaja también con diligencia es la señora Pettifer, una viuda muy dispuesta, amén de apreciada en Milby; una persona de lo más respetable para tener en casa cuando alguien enferma, y de una familia demasiado elegante para remunerarla por sus servicios, aunque siempre se le pueden mandar algunas hortalizas que la compensen con creces. La señorita Pratt tiene bastante con hacer comentarios sobre el montón de libros que tiene delante, ya que, con su privilegiada inteligencia, se siente en la obligación de dar su opinión sobre cualquier cosa. Todo lo bueno tenía que ser ungido con el crisma de su aprobación; todo lo malo, castigado con su condena.

—Pueden creerme —dijo, en un tono deliberadamente agudo, como si estuviera dictando a un amanuense—, no puede ser más admirable la selección de obras para la lectura popular que ha hecho nuestro excelente señor Tryan. De haberme confiado esa tarea a mí, no creo que hubiera combinado con tanto acierto la instrucción y la edificación religiosa con un entretenimiento sano. La historia del *Padre Clemente*<sup>[98]</sup> es toda una biblioteca sobre los errores del catolicismo. Siempre he pensado que la novela es un género muy apropiado para transmitir las enseñanzas morales y religiosas, como señalé en mi pequeña obra *De Courcy*, y que, como dijo un brillante escritor en el *Crompton Argus* cuando se publicó, es el vehículo ligero de una moral de peso.

—Bueno —dijo la señora Linnet, que también tenía las gafas puestas, aunque fuera sobre todo para ver qué hacían las demás—, supongo que no cuesta mucho alejar a la gente de una religión que les hace andar descalzos sobre el empedrado, como a esa niña del *Padre Clemente*... con todo aquel horror de la cabeza llena de sangre. Todo el mundo ve enseguida que es un credo antinatural.

—Sí —dijo la señorita Pratt—, pero el ascetismo no es la raíz del error, como nos contaba el señor Tryan el otro día, sino la negación de la gran doctrina de la justificación por la fe. Por mucho que haya reflexionado sobre todas las cuestiones a lo largo de mi vida, estoy en deuda con el señor Tryan por haberme abierto los ojos a la importancia trascendental de esa doctrina cardinal de la Reforma. Desde pequeña he tenido un profundo sentimiento religioso, pero en mi juventud la luz del Evangelio estaba oscurecida en la Iglesia anglicana, a pesar de nuestra incomparable Liturgia, y eso que no conozco ninguna obra humana más perfecta y sublime. Como le digo a Eliza, no tuve la suerte de conocer a los veintidós años, como ella, a un clérigo que aún cuanto es grande y admirable en el intelecto con las virtudes espirituales más elevadas. No soy un juez nada despreciable de los logros de un hombre, y les aseguro que he puesto a prueba al señor Tryan con unas preguntas que son severísimas piedras de toque. Es cierto que a veces lo llevo a unos niveles demasiado elevados para los demás. Un saber profundo... —continuó, doblando las patillas de sus gafas y dejando éstas sobre el libro que tenía delante—, bueno, no hay mucha gente que pueda apreciarlo en Milby.

—Señorita Pratt —dijo Rebecca—, ¿me pasa *La fuerza de la verdad* de Scott, por favor? Ahí... ese librito que está pegado a *La vida de Legh Richmond*<sup>[99]</sup>.

—Me encanta ese libro... *La vida de Legh Richmond* —dijo la señora Linnet—. Cuando descubre lo de esa mujer de Tutbury que fingía vivir sin comer nada. ¡Qué tontería!

La señora Linnet se había convertido en lectora de obras religiosas desde la llegada del señor Tryan, y, como tenía la costumbre de limitar su lectura a los fragmentos meramente profanos, una parte muy pequeña del conjunto, pasaba vertiginosamente de un volumen a otro. Al coger la biografía de un famoso predicador, se apresuraba a abrir la última página para ver de qué había muerto; y, si se le hinchaban las piernas, como a veces le ocurría a ella, crecía su interés por conocer los detalles anteriores de la historia del hidrópico pastor: si se había caído en alguna ocasión de una diligencia, si se había casado más de una vez, y, en general, cualquier aventura o respuesta ingeniosa anterior a la época de su conversión. Luego echaba un vistazo a las cartas y al diario, y, siempre que predominaban Sión, el Río de la Vida, y los puntos de exclamación, pasaba a la página siguiente; cualquier pasaje, sin embargo, en el que viera palabras tan prometedoras como «viruela», «poni» o «botas y zapatos» monopolizaba su atención.

—Son las seis y media —dijo la señorita Linnet, mirando el reloj cuando la criada apareció con la bandeja del té—. Supongo que los delegados habrán vuelto ya. Si el señor Tryan no hubiera prometido amablemente venir a informarnos, habría tenido que ir andando a Milby para saber qué ha pasado. Tenemos mucha suerte de que el señor Tryan se aloje en casa de la señora Wagstaff, pues así puede llevarnos a menudo cuando vamos o volvemos de la ciudad.

—Me gustaría saber si algún otro hombre con la educación del señor Tryan

viviría en unos cuartuchos de las tierras comunales, entre un montón de casas miserables, para estar cerca de los pobres —comentó la señora Pettifer—. Me da miedo que su salud se deteriore; no parece un hombre muy fuerte.

—Ah —dijo la señorita Pratt—, tengo entendido que es de una familia muy respetable de Huntingdonshire. Le he oído hablar del carruaje de su padre (por casualidad, claro) y Eliza dice que sus pañuelos son de una batista finísima. Mi vista no es lo bastante buena para apreciar esas cosas, pero sé tan bien como otros lo que es la educación, y está claro que el señor Tryan es muy *comme il faut*, por emplear una expresión francesa.

—Me gustaría aconsejarle que no utilizara batista fina en un lugar así... con lo mal que lavan, ¡es una vergüenza! —exclamó la señora Linnet—; se la destrozarán. Un buen linón sería mucho mejor. El domingo pasado me fijé en el color de su ropa de lino durante el sacramento. Mary le está haciendo una funda de seda negra para los fajines, pero yo le he dicho que lo que más necesita es que se los laven.

—¡Por Dios, madre! —exclamó Rebecca, con solemne severidad—, haga el favor de no pensar en pañuelos de bolsillo y ropa de lino al hablar de un hombre como él. Y en estos momentos, además, en que quizá tenga que soportar un duro golpe. Lo que más necesita es que le ayudemos con la oración, como Aarón y Jur cuando sostuvieron alzadas las manos de Moisés<sup>[100]</sup>. Todavía no lo sabemos, pero puede que el mal haya triunfado, y el señor Prendergast haya accedido a prohibir su sermón vespertino. Ha habido dispensas igual de misteriosas, y es obvio que Satán está luchando con todas sus fuerzas para impedir que el Evangelio entre en la iglesia de Milby.

—Jamás habías dicho una verdad tan grande, querida —dijo la señora Linnet, que aceptaba todas las frases religiosas, pero era sumamente racionalista en su interpretación—; pues si alguna vez el Viejo Harry<sup>[101]</sup> ha adoptado una forma humana ha sido en la de ese Dempster. Por su culpa nos quitaron Pye Croft, diciendo que el título de propiedad no era válido. ¡Infamias de abogado! Como si pagar un montón de dinero no fuera suficiente. Como si tu padre que en paz descansa lo hubiera merecido. Pero ese Dempster algún día caerá. Ya lo verán.

—De su carruaje... ¿Habla de eso? —preguntó la señorita Pratt, que, con el trajín de vaciar la mesa, se había perdido la primera parte de la arenga de la señora Linnet—. Da miedo ver cómo vuelve a casa desde Rotherby, dando latigazos como un loco a su caballo. Mi hermano ha dicho a menudo que cualquier jueves por la noche le avisarían para entablillar algún hueso de Dempster; aunque supongo que eso se acabó, pues sabemos de buena tinta que Dempster le ha prohibido a su mujer que vuelva a llamar a mi hermano para ella o para su madre. Ha jurado que ningún médico tryanita atenderá a su familia. Y creo que el otro día llamaron a Pilgrim para la madre de la señora Dempster.

—¡Pobre señora Raynor! Está dispuesta a cualquier cosa para que haya paz y tranquilidad —dijo la señora Pettifer—; pero a su edad no es ninguna tontería dejar a

un médico que conoce tu constitución.

—¡Qué drama para una pobre anciana como ella ver la vida que lleva su hija! — exclamó Mary Linnet—; y su única hija, además, a la que adora.

—Así es —dijo la señorita Pratt—. Nosotros, como es natural, lo sabemos casi mejor que nadie: mi hermano lleva tantos años atendiendo a la familia... En cuanto a mí, nunca me gustó esa boda; e intenté que mi hermano no hiciera caso a la señora Raynor cuando le pidió que fuese el padrino de Janet. «Si quieres aceptar un consejo, Richard —le dije—, mantente al margen de ese matrimonio.» Y el tiempo me ha dado la razón. La propia señora Raynor estaba en contra al principio; pero siempre ha mimado mucho a Janet, y me temo que también le pudo el necio orgullo de tener un yerno con una profesión. Me temo que fue eso. Creo que fui la única que anticipó que sería un desastre.

—Bueno —dijo la señora Pettifer—, Janet solo podía aspirar a ser institutriz; y fue muy duro para la señora Raynor tener que trabajar en una sombrerería: una mujer de su educación, y con un marido que podía ir con la cabeza bien alta en Thurston. Y no todo mundo puede ver lo que ocurrirá dentro de quince años. Robert Dempster era el joven más inteligente de Milby; y no había muchos que estuvieran a la altura de Janet.

—Es muy triste —afirmó la señorita Pratt, prefiriendo pasar por alto el pequeño sarcasmo de la señora Pettifer—, pues Janet Raynor era sin duda la joven más prometedora de mi círculo de amistades; un poco demasiado engreída, quizá, debido a su excelente educación, y demasiado aficionada a la sátira, pero capaz de comentar muy acertadamente cualquier libro que yo le recomendara. Ahora no hay ninguna joven en Milby que pueda compararse a Janet cuando se casó, ni intelectual ni físicamente. La señorita Landor, en mi opinión, está muy muy por debajo de ella. La verdad es que no puedo decir gran cosa sobre la inteligencia de las jovencitas de nuestras familias más distinguidas. Son superficiales... muy superficiales.

—Y Janet fue la novia más hermosa que ha salido jamás de la iglesia de Milby — dijo la señora Pettifer—. ¡Estaba tan elegante! Y le quedaba tan bien el popelín blanco. ¡Y qué sonrisa tan bonita! Pobrecilla, ahora la reserva para sus viejos amigos. Siempre que la veo me dice algo agradable; como vivimos en la misma calle, no puedo evitar tropezármela a menudo, aunque no he vuelto a su casa desde que Dempster me atacó en una de sus borracheras. A veces se me acerca, la pobre, con una pinta tan extraña que cualquiera que se cruce con ella por la calle se dará cuenta de lo que pasa. Pero, a pesar de todo, siempre tiene algún pequeño plan para hacer el bien. Precisamente ayer por la noche me la encontré, y a cinco metros de ella vi que no estaba en condiciones de andar por la calle; pero tenía un cuenco en las manos, lleno de no sé qué para Sally Martin, la niña deforme que tiene tisis.

—Pero está tan en contra del señor Tryan como su marido, según me han dicho —comentó Rebecca—. Su corazón rechaza la verdad, pues creo que compró los sermones del señor Tryan para burlarse de ellos delante de la señora Crewe.

—Bueno, pobrecilla —exclamó la señora Pettifer—. Ya sabe que ella respalda cuanto dice y hace Dempster. Nunca reconocerá delante de nadie que no es un buen marido.

—Es por orgullo —dijo la señorita Pratt—. Se casó con él desoyendo el consejo de sus mejores amigos, y ahora se niega a admitir su equivocación. Incluso con mi hermano (y ya saben lo difícil que es para un médico no enterarse de los secretos familiares) siempre ha fingido tener el mayor respeto por las cualidades de su marido. La pobre señora Raynor, sin embargo, es muy consciente de que todo el mundo está al tanto de la situación. Ya ni siquiera evita hablar del tema conmigo. La última vez que fui a visitarla, me preguntó si había visto a su pobre hija y se echó a llorar.

—Con orgullo y sin orgullo —dijo la señora Pettifer—, yo siempre defenderé a Janet Dempster. Me veló noche tras noche cuando tuve aquel ataque de fiebre reumática hace seis años. Creo que es fácil disculparla. Cuando una mujer no puede pensar en el regreso de su marido sin echarse a temblar, es normal que beba algo para embotar sus sentidos... Y sin tener hijos, además, que puedan apartarla de eso. Es posible que nosotras hiciéramos lo mismo en su situación.

—No hable por las demás, señora Pettifer —protestó la señorita Pratt—. No puedo imaginarme recurriendo a una práctica tan degradante, en ninguna circunstancia. Una mujer debería encontrar apoyo en su propia entereza.

—Pues yo pienso —dijo Rebecca, que consideraba que la señorita Pratt seguía un poco ciega a las cosas espirituales, aunque presumiera de tener más luces que nadie— que encontrará muy poco consuelo si solo confía en su propia entereza. Debería buscar ayuda fuera de sí misma.

Afortunadamente, la retirada de la bandeja del té creó un poco de revuelo, que ayudó a la señorita Pratt a contener su indignación por la osadía de Rebecca al corregirla. ¡Una persona como Rebecca Linnet!, que seis meses antes era la mujer más frívola y presumida que la señorita Pratt había conocido en su vida. ¡Y tan poco consciente de sus deficiencias!

Las señoras se pusieron a trabajar una hora más, mientras el sol se ponía y las nubes doradas que salpicaban el cielo hasta su cenit se volvían cada vez más brillantes. Acababan de sentarse cuando se abrió la verja del pequeño jardín, y la señorita Linnet, en la mesita junto a la ventana, vio entrar al señor Tryan.

—Viene el señor Tryan —dijo, y sus pálidas mejillas se encendieron con un ligero rubor que la mayoría de la gente habría encontrado favorecedor, excepto la señorita Eliza Pratt, cuyos bonitos ojos grises dejaban escapar muy poco a su silenciosa observación.

«Mary Linnet está cada vez más enamorada del señor Tryan —pensó la señorita Eliza—; qué pena ver esos sentimientos en una mujer de su edad, con esos ricitos de solterona. Supongo que se hace ilusiones con el señor Tryan; creará que puede enamorarse de ella por lo mucho que le ayuda con los pobres».

Al mismo tiempo, la señorita Eliza, mientras inclinaba su hermosa cabeza y sus

grandes tirabuzones sobre el trabajo con aparente tranquilidad, sintió un considerable revoloteo interno cuando oyó que llamaban a la puerta. Rebecca tenía mucho menos dominio de sí misma. Demasiado agitada para seguir pegando etiquetas, se agarró a la pata de la mesa para disimular el temblor de sus manos.

¡Pobres corazones femeninos! Dios me libre de reírme de vosotros, y de hacer bromas de mal gusto sobre vuestra vulnerabilidad ante el sexo clerical, como si no hubiera nada más profundo o hermoso en ella que la vulgaridad de buscar un marido. Incluso en estos tiempos ilustrados, a más de un hombre del clero que, considerado en abstracto, no es más que un elegante animal de dos manos con un corbatín blanco, con ideas más o menos anglicanas, y aficionado en secreto a la flauta, lo adora una jovencita con unos hermanos rudos y groseros, o una mujer solitaria que quiere dedicarse en su compañía a las buenas obras, solo porque les parece un modelo de refinamiento y de utilidad pública. Qué tiene de extraño, entonces, que en la sociedad de Milby, tal como he contado que era hace muchísimos años, un ferviente clérigo evangélico, de treinta y tres años, desatara las pequeñas agitaciones que pertenecen a la necesidad divina de amar, tan arraigada en las señoritas Linnet, con sus siete u ocho lustros y sus rizos pasados de moda, como en la señorita Eliza Pratt, con su esplendorosa juventud y sus grandes tirabuzones.

Pero el señor Tryan ha entrado en el salón, y la extraña luz del cielo dorado que cae sobre su cabello castaño claro, peinado hacia arriba, casi parece una aureola. Sus ojos grises, asimismo, resplandecen con un brillo inusitado esta tarde. No es que fueran unos ojos especialmente bonitos, pero su luz cambiante armonizaba de manera perfecta con su expresión cambiante, que reflejaba el carácter paradójico que se observa a menudo en los rubios sanguíneos de piernas largas; al mismo tiempo dulce e irritable, amable y autoritario, indolente y decidido, realista y soñador. Si exceptuamos que sus labios llenos parecían contraerse con esa afectación que a menudo es señal de una lucha por aplacar al dragón, y de que su tez era bastante pálida, lo que indicaba una salud delicada, el rostro del señor Tryan en reposo era el de un típico rubio sin barbas ni bigote; y no había nada en él que le diera cierto aire de distinción, salvo sus delicadas manos y sus bonitos pies.

Era una gran anomalía para la mentalidad de Milby que un hipócrita pastor evangélico, que tomaba el té con comerciantes, y era amigo de mujeres tan vulgares como las Linnet, tuviera ese aire de caballero, y se pareciera tan poco al patizambo señor Stickney de Salem, al que tanto se acercaba en cuestiones doctrinales. Y esta falta de correspondencia entre el físico y el credo había causado la misma sorpresa en la ciudad más grande de Laxeter, donde el señor Tryan había sido antes coadjutor; pues los otros dos clérigos de la Iglesia Baja que había en los alrededores eran un galés de figura oronda y tez grasienta, y un hombre de aspecto melancólico y pelo lacio y moreno que siempre llevaba el corbatín flojo: lo que se espera de unos individuos que repartían folletos de la Sociedad Religiosa Tractariana e introducían himnos disidentes en la Iglesia.

El señor Tryan estrechó la mano de la señora Linnet, se inclinó con aire preocupado ante las demás señoras, y se sentó en la silla enorme de crin de caballo que le habían acercado, mientras todo el mundo interrumpía su trabajo y clavaba los ojos en él, esperando las noticias que tenía que comunicarles.

—Al parecer —empezó a decir, en un tono bajo y argentino—, necesito una lección de paciencia; ha habido algún error en mi forma de pensar o de actuar en relación con nuestro sermón vespertino. He estado demasiado obsesionado con hacer el bien en Milby siguiendo mi propias directrices... He confiado demasiado en mi buen juicio.

El señor Tryan se detuvo. Estaba luchando contra su irritación interior.

—¿Los delegados han vuelto, entonces? ¿Ha cedido el señor Prendergast? ¿Ha tenido éxito Dempster? —fueron las preguntas impacientes de tres damas al mismo tiempo.

—Sí; la ciudad está alborotada. Cuando estábamos en el salón del señor Landor, oímos una fuerte ovación, y enseguida apareció el señor Thrupp, el empleado del banco, que se había quedado en el León Rojo para enterarse del resultado y venía a contárnoslo. Dijo que Dempster había dirigido por la ventana un discurso a la multitud. Repartían bebidas entre la gente, enarbolando pancartas donde se leía en letras muy grandes: «¡Abajo los tryanitas!» «¡Abajo la hipocresía!». Tenían una caricatura horrible de mí tropezando y cayéndome de cabeza del púlpito. El bueno del señor Landor insistió en sacarme de allí en su carruaje; pensaba que no estaría a salvo entre la muchedumbre; pero me he bajado en el cruce. Es evidente que el señor Dempster organizó todo ese revuelo antes de irse. Estaba seguro de su éxito.

Las palabras del señor Tryan habían ido subiendo de tono y de velocidad a medida que las pronunciaba; y añadió, con esa voz de pecho que, tanto dentro como fuera del púlpito, alternaba con un tono más argentino:

—Pero su victoria será breve. Si cree que va a intimidarme con oprobios y amenazas, no sabe con quién está tratando. El señor Dempster y sus colegas acabarán mordiendo el polvo. El señor Prendergast ha traicionado su propia conciencia en este asunto. Sabe tan bien como yo que está volviendo la espalda a las almas de los feligreses al dejar las cosas como están en esta parroquia. Pero pienso apelar al obispo; estoy seguro de su comprensión.

—El obispo no tardará en venir, supongo —dijo la señorita Pratt—, para celebrar una confirmación.

—Sí; pero prefiero escribirle enseguida para exponerle el caso. Y ahora me voy corriendo, señoras, tengo muchos asuntos que atender. Veo que han estado ayudándome mucho —prosiguió el señor Tryan, educadamente, mirando los libros forrados de tela mientras se ponía en pie. Luego se volvió hacia Mary Linnet y añadió—: Creo que nuestra biblioteca va viento en popa. A usted y a su hermana les toca ahora la pesada tarea de la distribución.

Fue muy duro para la pobre Rebecca que el señor Tryan no se volviera hacia ella.

Si él supiera cuánto comprendía su sufrimiento por el asunto del sermón vespertino y cuánto interés ponía en la biblioteca... ¡Bueno!, tal vez fuera su sino que no la tuviera en cuenta; y quizá hubiera en eso una señal de que Dios la bendecía. Ni siquiera un hombre bueno sabía siempre qué corazón estaba más cerca del suyo. Pero, un instante después, la pobre Mary sintió una punzada cuando el señor Tryan se volvió hacia la señorita Eliza Pratt; la expresión tensa de su rostro se desvaneció en esa sonriente timidez con que un hombre se dirige casi siempre a una mujer bonita.

—Tengo que agradecerle, señorita Eliza, lo bien que me secunda con sus visitas a Joseph Mercer. El anciano está encantado de que le lea usted en casa ahora que no puede ir a la iglesia.

La única respuesta de la señorita Eliza fue ruborizarse, lo que le dio una apariencia aún más hermosa; pero su tía dijo:

—Sí, señor Tryan; siempre le he inculcado a mi sobrina la importancia de dedicar el tiempo libre a ayudar al prójimo. Su ejemplo y sus enseñanzas siguen el mismo espíritu que yo siempre he perseguido, aunque estamos en deuda con usted por habernos proporcionado una visión más clara de los motivos que deberían empujarnos a las buenas obras. No es que pueda acusarme de haber tenido nunca pretensiones de superioridad moral, pero mi humildad era algo más instintivo que basado en los sólidos fundamentos del conocimiento doctrinal, que tan admirablemente nos imparte usted.

El ruego habitual de la señora Linnet para que el señor Tryan «tomara algo: un poco de vino con agua y alguna galleta» contribuyó enormemente en aquel momento a no tener que responder a la alocución de la señorita Pratt.

—No tomaré nada, mi querida señora Linnet, muchas gracias. Olvida usted que soy un rekabita<sup>[102]</sup>. Por cierto, cuando he visitado esta mañana a la pobre niña de Butcher's Lane, de quien había oído que tenía tisis, me he encontrado con la señora Dempster. Me he cruzado a menudo con ella por la calle, pero no sabía que era la señora Dempster. Al parecer, ayuda mucho a los pobres. La verdad es que es una mujer muy interesante. Me he quedado muy sorprendido, pues había oído las cosas más terribles sobre sus hábitos, y que es casi tan ruin como su marido. Se marchó corriendo en cuanto me vio entrar. Pero... —disculpándose— las tengo a todas en pie, y realmente tengo que marcharme. Señora Pettifer, hace tiempo que no tengo el placer de visitarla; aprovecharé la primera oportunidad para pasar un rato con usted. Buenas noches, buenas noches.



## Capítulo IV

El señor Tryan tenía razón al decir que el «revuelo» de Milby lo había organizado con antelación Dempster. Las pancartas y las caricaturas se hicieron antes del viaje de los delegados; y habían acordado que Mat Paine, el empleado de Dempster, cogiera un caballo el jueves por la mañana y fuera a buscarlos a Whitlow, último lugar donde cambiarían las monturas, para regresar a galope tendido y preparar una ovación en honor del triunvirato en caso de éxito. Dempster decidió comer en Whitlow, a fin de que Mat Paine llegara a Milby dos horas antes que los delegados, y tuviera tiempo de propagar el rumor por las callejuelas más humildes de que habría una «juerga» en el Bridge Way, así como de reunir dos grupos de hombres: uno que alimentara la llama del fervor ortodoxo bebiendo ginebra con agua en El Hombre Verde, cerca de High Street; y otro que solidificara sus principios religiosos con una cerveza embriagadora en El Oso y el Tronco Nudoso de Bridge Way.

Bridge Way era una calle con un trazado muy irregular, que acababa sin orden y míseramente en la carretera de Whitlow: hileras de casas nuevas de ladrillo rojo, en las que tableteaban telares de cinta detrás de las ventanas largas y estrechas, alternaban con viejas cabañas de tejados medio de paja, medio de tejas: una de esas calles anchas y lóbregas donde la suciedad y la miseria no tienen sombras alargadas que mitiguen la fealdad. Allí, hacia las cinco y media, vieron aparecer al tonto Caleb, un idiota muy famoso en Dog Lane pero casi desconocido en Bridge Way, caminando desgarradamente y seguido por una fila de niños gritones; al cabo de unos instantes, otro grupo de personas, casi todas andrajosas, avanzó con brío en la misma dirección, mirando a uno y otro lado con aire expectante; y muy poco después, avistaron a Deb Traunter, con un vestido rosa de volantes lleno de cintas y lazos, charlando amigablemente con dos hombres, con gorras de piel de foca y ropa barata, que formaban su cortejo. En Bridge Way empezaron a barruntar que se estaba cociendo algo. Phib Cook dejó su colada nocturna y se asomó a la puerta llena de jabón, con el sombrero puesto, y hecha una sopa; tres tejedores de hombros estrechos, vestidos de un negro herrumbroso surcado de hebras multicolores de seda, salieron a la calle con las manos en los bolsillos; y la vieja y masculina Molly Beale, advirtiendo que la nervuda tía Ricketts sacaba la cabeza, aprovechó la ocasión para reanudar su escaramuza matinal. En pocas palabras, Bridge Way se hallaba en ese estado de agitación que, como todo el mundo sabe, anuncia una «manifestación» del pueblo británico; la afluencia de gente de todos los rincones de la ciudad fue cada vez mayor, y no tardó en formarse tal muchedumbre que llegó el momento de que Bill Powers, un pletórico Goliat que presidía el grupo de bebedores de cerveza en El Oso y el Tronco Nudoso, saliera con sus compañeros y, como el declamador de un mito clásico, explicara a la concurrencia con claridad el sentimiento común que los había congregado. La esperanza de vislumbrar el carruaje de los delegados, sumada a la pelea entre Molly Beale y la tía Ricketts, y a la insensata aparición de un escuálido

bull terrier, sirvieron de válvula de escape para la excitación popular el siguiente cuarto de hora; fue entonces cuando vieron acercarse el carruaje por la carretera de Whitlow, con ramas de roble engalanando la cabeza de los caballos; y, para citar el relato de esta interesante escena que se envió al *Rotherby Guardian*, «fuertes vítores testimoniaron de inmediato la simpatía de las honradas personas allí reunidas por los esfuerzos cívicos de sus conciudadanos». Bill Powers, cuyos ojos inyectados en sangre, sombrero ladeado y altura destacada señalaban como líder natural de la aglomeración, se encargó de interpretar el sentimiento común y detuvo el carruaje, se acercó a la portezuela enarbolando el sombrero, y preguntó al señor Dempster si el párroco había prohibido o no el «sermón de la hipocresía».

—Sí, sí —contestó el señor Dempster—. Que no decaigan las ovaciones y los vítores.

Ningún deber público habría resultado tan fácil y agradable para el señor Powers y sus compañeros, y el coro de voces se elevó hasta llegar a High Street, donde, por una misteriosa coincidencia a veces apreciable en estas «manifestaciones» espontáneas, grandes pancartas sobre largos postes se alzaron entre la multitud, sobre todo de camino a Tucker's Lane, donde estaba El Hombre Verde. En una se leía: «¡Abajo los tryanitas!», en otra: «¡Fuera la hipocresía!», en otra: «¡Viva nuestro venerable coadjutor!», y en otra, con letras todavía más grandes: «¡Firmes principios eclesiásticos y no a la hipocresía!». Pero la improvisación más extraordinaria fue una caricatura gigantesca del señor Tryan con una sotana y un fajín, una aureola enorme de pelo amarillo y los ojos en blanco, de pie en los escalones del púlpito intentado tirar al suelo al anciano señor Crewe. Protestas, gritos y silbidos... silbidos, gritos y protestas... solo aplacados con la aparición de otra caricatura en la que el señor Tryan se caía de cabeza de los escalones del púlpito, empujado por una mano que el artista, por sutileza o por falta de espacio, había dejado sin dibujar. En medio de la formidable ovación que aclamaba esta pieza de arte simbólico, el carruaje había llegado a la entrada del León Rojo, y los fuertes gritos de «¡Por siempre Dempster!», con algún que otro vítor menos entusiasta dedicado a Tomlinson y a Budd, se vieron muy pronto respondidos por la aparición del generoso y cívico abogado en el ventanal del piso superior, donde también resultaban visibles en un segundo plano la pequeña cabeza de pelo lacio del señor Budd y el rostro parpadeante del señor Tomlinson.

El señor Dempster, sombrero en mano, sacaba la cabeza como si diera embestidas, a modo de saludo. Una oleada de vítores se desvaneció finalmente entre los gritos cada vez más débiles de «¡Silencio!», «¡Dejadle hablar!», «¡Vamos, Dempster!», y la voz bronca del abogado se volvió claramente audible.

—¡Queridos conciudadanos! Es para nosotros un auténtico placer (hablo en nombre de mis respetados colegas, así como en el mío) presenciar esta prueba incontestable de vuestro apego a los principios de nuestra excelente Iglesia, y vuestro celo por el honor de nuestro venerable pastor. Pero no esperaba menos de vosotros.

Os conozco bien. He visto en los últimos veinte años que sois el grupo de contribuyentes más honrado y respetable de este país. ¡Vuestro corazón es firme hasta la médula! Ningún hombre debería intentar arrojar su falsedad e hipocresía por vuestras gargantas. Estáis acostumbrados a lavarlas con un licor mucho más delicioso. En toda mi vida me había sentido tan orgulloso como en este momento... y creo que puedo decir lo mismo de mis compañeros, pues he de comunicaros que nuestros esfuerzos en pro de la firmeza religiosa y de una moral humana se han visto coronados por el éxito. ¡Sí, conciudadanos! Tengo la satisfacción de anunciaros oficialmente lo que habéis sabido indirectamente. El púlpito desde el que nuestro venerable pastor nos ha alimentado con una sólida doctrina durante medio siglo ¡no lo invadirá un intruso fanático, sectario y jesuítico con dos caras! ¡No dejaremos que nuestros jóvenes se vean corrompidos por la tentación del vicio que inspiran sin la menor duda los sermones del domingo por la tarde! No dejaremos que nos imponga su presencia un predicador que desprecia las buenas obras, y entra a escondidas en las casas para pervertir la fe de nuestras mujeres y de nuestras hijas. No permitiremos que nos envenenen con doctrinas que condenan todo placer inocente, y sacan del bolsillo de los pobres esos seis peniques para pagar un alentador trago después de una dura jornada de trabajo, ¡con el pretexto de comprar biblias para enviárselas a los chicktaws<sup>[103]</sup>! Pero no quiero malgastar vuestro valioso tiempo con palabras innecesarias. Soy un hombre de hechos.

—Ay, maldita sea, ya lo creo que lo es, y bien que los cobra además —gritó una voz entre la multitud; probablemente la de un caballero al que instantes después aplastaron el sombrero en la cabeza.

—Siempre estaré al servicio de mis conciudadanos, y quienquiera que se atreva a intimidaros, o a entrometerse en vuestros placeres inocentes, tendrá que ajustar cuentas con Robert Dempster. Y ahora, muchachos, por favor dispersaos y llevad la buena nueva a vuestros conciudadanos, cuyo corazón es tan firme como el vuestro. Id unos por un lado y otros por otro, para que todos los hombres, mujeres y niños de Milby sepan lo que vosotros ya sabéis. Pero, antes de separarnos, tres vítores por la Verdadera Religión, y ¡abajo la hipocresía!

Mientras los últimos hurras se desvanecían, el señor Dempster cerró la ventana, y las pancartas y caricaturas juiciosamente encargadas se marcharon por un lado o por otro, seguidas de divisiones más o menos grandes de la multitud. El grupo más numeroso parecía ir hacia Dog Lane, el camino de salida a Paddiford Common, donde se dirigían las caricaturas; y es fácil adivinar que aquellas obras de arte simbólico acabaron sus días entre una gran prodigalidad de tojos secos y gritos indefinibles.

Después de semejante esfuerzo público, es natural que el señor Dempster y sus colegas necesitaran más que nunca un poco de esparcimiento social; y un grupo de amigos empezó a reunirse en la sala grande del León Rojo, animados en parte por su curiosidad y en parte por el inestimable Mat Paine. La ponchera más grande fue

requerida; y el señor Lowme, el noble caballero venido a menos, sentado enfrente del señor Dempster como su «lugarteniente», se encargó de preparar el ponche, desafiando las críticas de los envidiosos que con la prontitud de la irresponsabilidad sugerían ignorantemente añadir más limones. La celebración continuó hasta mucho después de la medianoche, cuando varios partidarios de la firmeza religiosa fueron llevados a casa con dificultad, uno de ellos empeñado en sentarse en una acequia.

El señor Dempster había hecho tanta justicia al ponche como cualquier otro; y su amigo Boots, aunque sabía que el abogado podía «beber tanto como el Viejo Nick<sup>[104]</sup>», cuya conducta social Boots parecía conocer especialmente bien, decidió asegurarse, no obstante, de que un cliente tan bueno llegaba sano y salvo a casa, y le siguió sin hacer ruido fuera del patio de la posada. Pero Dempster advirtió enseguida su presencia y, deteniéndose de golpe, se volvió lentamente hacia él y reconoció las deslucidas mangas de su chaqueta, lo bastante visibles a la luz de las estrellas.

—¡Eh, tú, granuja! ¿Por qué vas pisándole los talones a un hombre de mi posición? No te dejaré un hueso sano como intentes seguirme el rastro, igual que un asqueroso perro callejero olfateando bolsillos. ¿Acaso crees que un caballero llega mejor a casa con el perfume de tu frasco de betún en las narices?

Boots se escabulló, más divertido que malhumorado, pensando que la «plática al ron» era sin duda una parte esencial de las habilidades profesionales del señor Dempster; y éste prosiguió parsimoniosamente su camino solo.

Su casa estaba en Orchard Street, la zona más bonita en la periferia de la ciudad: la iglesia, la rectoría y una larga franja de campos verdes. Era un edificio anticuado, con un primer piso en voladizo; fuera, la fachada era de estuco rugoso, y las ventanas de bisagras tenían marcos y postigos verdes; dentro, estaba lleno de largos corredores y habitaciones de techos bajos. Había una aldaba grande y maciza en la puerta pintada de verde, y, aunque el señor Dempster llevaba las llaves, prefería a veces llamar a la puerta. Y eso fue lo que hizo. El estruendo resonó en todo Orchard Street; y, unos instantes después, se oyó un segundo aldabonazo más fuerte que el anterior. Acto seguido, el señor Dempster sacó refunfuñando su llave y, con menos dificultad de la que cabría esperar, la metió en la cerradura. Cuando abrió la puerta, el pasillo estaba sumido en la oscuridad.

—¡Janet! —fue el siguiente sonido, fuerte y ronco, que recorrió la casa—. ¡Janet! —otra vez, antes de que se oyeran unos pasos lentos en la escalera y empezara a parpadear una luz lejana en la pared del corredor—. ¡Maldita seas! ¡Qué necia eres! ¿Es que no puedes darte más prisa?

Pasaron unos segundos antes de que una mujer alta, sujetando un voluminoso candelabro de plata en posición oblicua, doblara la esquina del pasillo que conducía a la entrada principal.

Llevaba un vestido ligero y holgado, que, sin embargo, no ocultaba su figura generosa y elegante. Varios mechones de pelo liso y negro como el azabache, que habían escapado a su sujeción, le caían sobre los hombros. Sus facciones

maravillosamente esculpidas, con esa palidez propia de las mujeres morenas, tenían algunas arrugas prematuras, que reflejaban cómo los años se habían alargado con el sufrimiento; y la nariz delicadamente curva, que parecía destinada a vibrar con la orgullosa conciencia del poder y de la belleza, vibraba con el dolor lacerante que había quitado toda lozanía a las comisuras de sus labios. Sus ojos negros, muy abiertos, tenían una mirada extrañamente perdida, como si no vieran nada, cuando se detuvo al doblar la esquina del pasillo, en silencio delante de su marido.

—¡Ya te enseñaré yo a hacerme esperar en la oscuridad, imbécil! —dijo Dempster, acercándose a ella con su paso lento de borracho—. ¿Cómo? ¿Que has estado bebiendo otra vez? Te voy a dar una buena paliza.

Le agarró con fuerza el hombro, la obligó a volverse y la empujó lentamente por el corredor y por la puerta del comedor, abierta a su izquierda.

Un retrato de la madre de Janet, una anciana de ojos negros y cabello gris, con una cofia primorosamente encañonada, colgaba sobre la repisa de la chimenea. Seguro que esos ojos envejecidos se llenan de angustia cuando ven a Janet... que no tiembla, ¡no!, y sería mejor que lo hiciera... neciamente impasible, erguida en toda su belleza, mientras el enorme brazo se levanta para pegarle. El golpe cae... seguido de otro... y de otro. Seguro que la madre escucha la súplica:

—¡Oh, Robert! ¡Ten piedad! ¡Ten piedad!

¡Pobre mujer de cabello gris! ¿Para esto aguantaste los dolores del parto en tu solitaria viudez de hace treinta y cinco años? ¿Para esto guardaste los gastados zapatitos de cuero con que Janet dio sus primeros pasos, y los besaste todos los días mientras aquella niña esbelta estuvo lejos de casa en el colegio? ¿Para esto la miraste con orgullo cuando regresó con su pálida y radiante belleza, como un yaro blanco que floreciera majestuoso y puro a la luz del sol?

La madre yace insomne en su casa solitaria, rezando y llorando las difíciles lágrimas de la vejez, pues teme que ésta sea una noche cruel para su hija.

Ella también tiene un retrato sobre la repisa de la chimenea, dibujado en tiza por Janet hace mucho tiempo. Lo ha mirado antes de acostarse. Es una cabeza inclinada bajo una cruz, y lleva una corona de espinas.

## Capítulo V

Eran las nueve de la mañana. El sol del solsticio de verano calentaba ya los tejados y las veletas de Milby. Las campanas de la iglesia repicaban, y muchas familias tenían la sensación de que era domingo, sobre todo porque las hijas habían bajado a desayunar con su mejor vestido, y con el cabello artísticamente peinado. Pero no era domingo, sino miércoles; y, aunque el obispo iba a celebrar una confirmación, y a decidir si debía pronunciarse o no un sermón vespertino en Milby, los rayos de sol eran como los de cualquier otro día laborable para los segadores que ya trabajaban en los campos, y para los tejedores menos tempraneros que en aquellos momentos colocaban en el telar su «pieza» de la semana. La impresión de que era domingo era más profunda en damiselas como las señoritas Phipps, que irían a la confirmación de su hermana pequeña y, en tan interesante ocasión, llevarían un dulce y bonito sombrero transparente con plumas de marabú, a fin de no eclipsar la correcta sencillez del atuendo de su hermana, que, como es natural, llevaría un vestido blanco nuevo; o entre las alumnas de la señorita Townley, que ese día estarían eximidas de asistir a clase, e irían a la iglesia para ver al obispo y escuchar al reverendo señor Prendergast, el honorable párroco, leer las oraciones, un elevado placer intelectual, como les aseguraba la señorita Townley. Parecía de lo más natural que un párroco, que era honorable, leyera mejor que el anciano señor Crewe, que solo era coadjutor, y no era honorable; y, cuando la pequeña Clara Robins quiso saber por qué unos clérigos eran párrocos y otros no, Ellen Marriott le contestó con mucha seguridad que solo los eclesiásticos inteligentes llegaban a párrocos. Ellen Marriott iba a ser confirmada. Era un niña bajita, guapa y regordeta, con ojos azules y pelo rubio rojizo, peinado esa mañana con unos tirabuzones más largos de lo habitual para recibir la bendición del obispo; algunas compañeras la consideraban la beldad del colegio, pero otras preferían a su rival, Maria Gardner, que era mucho más alta y recogía sus preciosos rizos color castaño oscuro en lo alto de la cabeza, y que, como también iba a renovar los votos bautismales, se había aceitado y rizado el cabello con especial cuidado. Cuando se sentó a desayunar antes de que la señorita Townley entrara a servir el café aguado, su peinado causó tanta sensación que Ellen Marriott se vio finalmente obligada a mirarla.

—¿Es ésta la cabeza de la señorita Gardner? —preguntó con una sombra de sarcasmo, no exento de acritud.

—Sí —dijo Maria, afable y tartamudeante, sin poder competir con las ingeniosas réplicas de Ellen—; e...e... es mi cabeza.

—¡Entonces no puedo sentir admiración por ella! —fue la demoledora respuesta de Ellen, seguida de un murmullo de aprobación entre sus amigas.

Supongo que es así como las jovencitas vacían su saco de veneno en el colegio. Por ese motivo se tratan con tanta consideración de ahí en adelante.

La única otra alumna de la señorita Townley candidata a la confirmación era

Mary Dunn, hija de un comerciante de paños de Milby y prima lejana de las señoritas Linnet. Su pelo lacio y sin brillo no aguantaba mucho tiempo rizado, y el calor de aquella mañana lo había devuelto a su estado natural más temprano que otros días. Pero no por eso se sentaba sola y melancólica en el fondo de la clase. Sus padres eran admiradores del señor Tryan, y habían decidido, influidos por las señoritas Linnet, que éste preparara a su hija para la confirmación, además del señor Crewe, que era quien se encargaba de instruir a las alumnas de la señorita Townley. ¡Pobre Mary Dunn! Me temo que era un precio demasiado alto por aquellos beneficios espirituales verse excluida de los juegos de pelota, tener que pasear únicamente con niñas pequeñas... en definitiva, ser el objeto de una aversión que solo un suministro incesante de bizcocho con pasas habría neutralizado. Y la señora Dunn opinaba que el bizcocho con pasas era muy poco sano. El espíritu antitryanita, como ves, era muy fuerte en el colegio de la señorita Townley, traído probablemente por las alumnas externas, así como por el hecho de que esa inteligente mujer se opusiera violentamente a la innovación, y alabara todos los domingos «el excelente sermón» del señor Crewe. La pobre Mary Dunn tenía pavor de que las clases terminaran, pues era entonces cuando se convertía en el blanco de esos comentarios explícitos que, tanto en los colegios de señoritas como de jóvenes caballeros, constituyen la forma más sutil y delicada de indirecta.

—Yo nunca seré tryanita, ¿y tú?

—¡Oh, aquí viene la dama que sabe mucho más de religión que nosotras!

—¡Algunas se creen tan piadosas...!

Es realmente asombroso que no se considere a las señoritas capacitadas para seguir el mismo plan de estudios que los caballeros. He observado que sus aptitudes para el sarcasmo son muy similares; y, si hubiera un elegante colegio en Milby para jóvenes caballeros, me inclino a pensar que, a pesar de Euclides y los clásicos, la ironía desplegada en él no habría sido más mordaz, ni la sátira más incisiva, que en la academia de la señorita Townley. Pero no existía dicho centro, y es probable que la escuela de enseñanza secundaria supervisada por el señor Crewe pusiera freno a ese género de especulaciones; y los jóvenes elegantes de Milby habían abandonado sus lejanos colegios para pasar el verano en casa. Algunos acabábamos de estrenar levita, y, como la asunción de nuevas responsabilidades parecía ir unida al cambio de vestimenta, éramos también candidatos a la confirmación. Ojalá pudiera decir que la solemnidad de nuestros sentimientos estaba al nivel de la solemnidad de la ocasión; pero a los muchachos sin imaginación les resulta difícil aceptar las instituciones apostólicas en su forma más desarrollada, y me temo que nuestro sentimiento predominante ante la ceremonia era la timidez, y nuestra opinión predominante, una postura especulativa y herética, era que debía atañer solo a las niñas. Qué pena, dirás; pero es una forma muy masculina de actuar en otras crisis que nos sobrevienen mucho después de la confirmación. Los momentos dorados en el torrente de la vida discurren impetuosos, y lo único que vemos es la arena; los ángeles vienen a

visitarnos, y solo los reconocemos cuando se han ido.

Pero, como ya he dicho, la mañana era soleada, las campanas repicaban y las damas de Milby llevaban sus galas dominicales.

Y ¿quién es esa mujer de belleza luminosa que, a tan tempranas horas, camina a buen paso por Orchard Street con un gran ramo de flores en la mano? ¿Puede ser Janet Dempster, la mujer que tanta lástima nos inspiró, una triste medianoche, hace apenas quince días? Sí; ninguna otra mujer de Milby tiene esos penetrantes ojos negros, esa figura tan grácil y pura, que realzan su sencillo vestido de muselina y su chal de encaje negro, ese abundante pelo negro tan primorosamente trenzado, en maravilloso contraste con las cintas de raso blanco de su modesto sombrero. Ninguna otra mujer tiene la sonrisa dulce y expresiva con la que ella saluda a Jonathan Lamb, el viejo sacristán. Y, ¡ay! —al acercarse—, ahí están las tristes arrugas alrededor de la boca y de los ojos, que esa sonrisa ilumina como los rayos de sol la belleza del grano maduro azotado por la tormenta.

Deja Orchard Street y se dirige lo más rápido que puede a casa de su madre, una casita encantadora que da a un prado junto a la carretera, donde están cargando el heno. La señora Raynor acaba de desayunar y está leyendo en su butaca cuando Janet abre la puerta.

—Hola, madre —dice con su voz más cantarina—. He venido para que me dé el visto bueno antes de ir a la rectoría. ¿Me he puesto bien mi precioso sombrero?

La señora Raynor miró por encima de las gafas, y encontró los ojos de su hija, tan oscuros y amorosos como los suyos. Era una mujer mucho más menuda que Janet (no solo su figura, sino también sus facciones), que había heredado de ella sobre todo los ojos y la piel de una morena de tez blanca. El pelo de la madre había encanecido hacía muchos años, y estaba recogido bajo una primorosa cofia, confeccionada con sus hábiles dedos, al igual que todos los tocados de Janet. Eran unos dedos que habían trabajado mucho, pues la señora Raynor, al enviudar, se había ganado la vida con una sombrerería; eso le había permitido dar a su hija lo que se consideraba entonces una educación de primera, así como ahorrar una suma que, manejada por su yerno, bastaba para mantenerla en su vejez solitaria. La señora Raynor, ¡qué anciana tan pulcra e impecable, siempre con un vestido de seda negra!: una mujer paciente y valerosa, que se inclinaba con resignación ante el peso del dolor grabado en su memoria, y sobrellevaba con mansa fortaleza la nueva carga que los días presentes habían traído con ellos.

—Tu sombrero necesita un tironcito hacia delante, tesoro —contestó la madre, sonriendo y quitándose las gafas, mientras Janet se arrodillaba a su lado y esperaba a que «se lo pusiera bien» como cuando era pequeña—. Vas directamente a casa de la señora Crewe, ¿no? Esas flores que llevas ¿son para decorar los platos?

—¡No, madre! Es un centro de mesa. Ya he enviado la vajilla y el jamón que cocinamos ayer en casa, y Betty irá directamente con los aderezos y las fuentes. Conseguiremos que la señora Crewe salga airosa del paso. ¡Es tan menuda y



adorable! Tendría que haberla visto ayer elevando las manos y suplicando al Cielo que se la llevara antes de tener que preparar otra colación para el obispo. Decía que ya era suficientemente malo tener al archidiácono, que no toma ni la mitad de vasos de gelatina. Según ella, le daría igual alimentar a todos los tullidos viejos y hambrientos de Milby; pero ¡tanto esfuerzo y tanto gasto para unas personas que se atiborran todos los días! Ayer nos pasamos el día limpiando y arreglando el salón. No hay quien quite el olor de las pipas del señor Crewe, ¿sabe? Pero a base de jabón amarillo y lavanda seca hemos logrado disimularlo. Y ahora tengo que irme corriendo. ¿Vendrá a la iglesia, madre?

—Sí, querida, no me perdería ese bonito espectáculo. A mis viejos ojos les sienta bien ver tantas caras tiernas y jóvenes. ¿Irás tu marido?

—Sí, Robert estará allí. Lo he vestido de punta en blanco esta mañana; dice que el obispo pensará que va demasiado elegante. He ido con él al cuarto de su madre para que ella lo viera. Hemos oído que Tryan está seguro de que el obispo le dará su apoyo; pero ya veremos. Daría mi guinea torcida, y toda la suerte que ésta pueda darme, por verlo derrotado; no puedo soportar que ese hombre perturbe la paz de nuestros queridos y ancianos señores Crewe en sus últimos días. ¿Y eso es predicar el Evangelio? El mejor Evangelio es el que hace que todo el mundo se sienta feliz y tranquilo, ¿no es así, madre?

—Ay, hija, me temo que no hay ningún Evangelio que pueda conseguir eso en este mundo.

—Bueno, al menos puedo hacer algo para confortar a la señora Crewe; así que deme un beso, y ya nos veremos en la iglesia.

La madre se recostó en la butaca al marcharse Janet, y se sumió en un doloroso ensueño. Cuando nuestra vida es una aflicción continua, los momentos de paz parecen sustituir únicamente la pesadumbre del temor por la pesadumbre del sufrimiento real: la cortina de nubes solo parece abrirse un instante para que, al compararlo con la efímera luminosidad, apreciemos todo su horror cuando cae hasta el suelo, negra e inminente. Las gotas de agua que visitan unos labios resecaos en el desierto solo traen con ellas la imagen más vívida de la sed. Janet parecía alegre y llena de ternura ahora, pero ¿qué triste escena vendría a continuación? Se parecía demasiado a las flores de las jaras que crecían en el pequeño jardín delante de la ventana, y que, con las sombras del atardecer, verían el blanco delicado y el negro azabache de sus pétalos pisoteado entre el polvo, al borde del camino. Cuando se pusiera el sol, y la luz del crepúsculo se desvaneciera, quizá Janet, enfebrecida y loca de ira, maldijera su dolor con vehemencia egoísta y anhelara desesperadamente no seguir viva.

La señora Raynor había estado leyendo la parábola de la oveja descarriada, y la alegría que reina en el Cielo cuando se arrepiente un pecador. Seguro que el amor eterno en el que siempre había creído, en medio de todas sus desgracias, no permitiría que su hija se adentrara más y más en el desierto, hasta que no hubiera vuelta atrás:

esa hija tan adorable, tan compasiva con el prójimo, tan buena... ¡hasta que la empujaron al pecado las penas más amargas que pueden afligir a una mujer! La señora Raynor tenía su fe y sus consuelos espirituales, aunque no fuera evangélica ni supiera nada del celo doctrinal. Supongo que la mayoría de los seguidores del señor Tryan habrían pensado que carecía del conocimiento salvador; y estoy convencido de que no tenía una opinión clara sobre la doctrina de la justificación. Sin embargo, leía a menudo la Biblia, y creía encontrar lecciones divinas en ella: cómo llevar la cruz con mansedumbre y ser misericordiosa. Confiemos en que exista una ignorancia salvadora, y que la señora Raynor fuera justificada sin saber exactamente cómo.

Intentaba tener esperanza y confianza, aunque costara creer que el futuro fuese algo más que cosechar la simiente que sembraban ante sus ojos. Pero siempre hay alguna semilla sembrada calladamente y sin que nadie lo advierta, de la que brotan las flores más dulces sin nuestro esfuerzo ni previsión. Recogemos lo que sembramos, pero el amor de la Naturaleza supera esa justicia, y nos da sombras, y frutas y flores que nacen sin que nosotros las hayamos plantado.

## Capítulo VI

La mayoría de la gente habría estado de acuerdo con la señora Raynor en que la confirmación de ese día fue un bonito espectáculo, al menos cuando las figuras aniñadas y los rostros jóvenes y hermosos avanzaron como un riachuelo por los pasillos, y se arrodillaron formando semicírculos bajo la luz del ventanal del presbiterio, suavizada por las sombras oscuras de la vieja vidriera; y uno pensaría que contemplar cómo dos manos venerables presionaban esas jóvenes cabezas, y un venerable rostro elevaba la mirada al cielo para bendecirlas, casi con seguridad exaltaría los corazones y humedecería los ojos. Sin embargo, recuerdo que nadie lloraba ese día en la iglesia de Milby, pese a que el obispo era un hombre anciano, y probablemente venerable (pues, aunque no fuera un gran helenista, era hermano de un lord del partido liberal); y creo que a nadie se le saltaron las lágrimas porque tenía unas manos muy pequeñas y femeninas, rodeadas de volantes, y, en vez de posarlas sobre la cabeza de las niñas, se limitaba a sostenerlas en el aire sobre ellas en rápida sucesión, como si el ritual no exigiera tocarlas, y como si la imposición de manos se asemejara a un abrazo de teatro: una parte de la obra, algo en lo que no había que creer. Es cierto que había muchísimas cabezas, y que el tiempo del obispo era limitado. Además, una peluca no puede, en ninguna circunstancia, resultar conmovedora, salvo en algún extraño delirio; y no se puede esperar que unas amplias mangas de linón hagan palpitar un corazón que no sea el de una lavandera.

Ned Phipps, que estaba arrodillado a mi lado (y estoy seguro de que hizo que me portara mucho peor que si no hubiera estado él), dijo en voz baja que el obispo parecía un «mamarracho»; y recuerdo que yo pensé que el señor Prendergast tenía un aire mucho más digno con su sencilla sobrepelliz blanca y su cabello negro. Era un hombre alto y autoritario, y leyó la liturgia con una voz increíblemente sonora y monótona, que intenté imitar el domingo siguiente en casa, hasta que mi hermana pequeña se puso a llorar y dijo que yo le «rugía».

El señor Tryan se sentaba en un banco cerca del púlpito con algunos otros clérigos. Estaba muy pálido, y se pasaba la mano por la cara y por el pelo más a menudo de lo habitual. De pie en el pasillo, muy cerca de él y repitiendo los responsorios con una intensidad edificante, estaba el señor Budd, el custodio y delegado, con un bastón blanco en la mano y el cuerpo y la cabeza inclinados hacia atrás, tal como pensaría él que correspondía, supongo, a un amigo de la religión verdadera. Claramente visible, también, en la galería estaba la figura de elevada estatura del señor Dempster, cuyas obligaciones profesionales rara vez le permitían ocupar ese lugar en la iglesia.

—Allí está Dempster —dijo la señora Linnet a su hija Mary—, con un aire mucho más presentable de lo habitual. Seguro que se ha aprendido de memoria un bonito discurso para el obispo. Pero se habrá puesto perdido de rapé antes de que acabe el servicio, y el obispo estornudará tanto que no podrá escucharlo, es un consuelo.

Finalmente terminó la última parte de la ceremonia, y la numerosa concurrencia afluyó acalorada y cansada a la luz del sol de la tarde; el obispo se retiró a la rectoría, donde, después de hacer los honores a la colación de la señora Crewe, daría audiencia a los delegados y al señor Tryan para tratar el importante asunto del sermón vespertino.

Entre la cinco y las seis, la rectoría había recuperado su tranquilidad habitual bajo la sombra de los gigantescos olmos, y el único indicio de la reciente visita del obispo era la huella de las ruedas en la grava, y la larga mesa con las fuentes decoradas todas torcidas, el damasco lleno de migas y las licoreras abiertas. El señor Crewe fumaba apaciblemente su pipa en la sala contigua, y Janet decidía con la señora Crewe que sería un bonito detalle llevarle un poco de manjar blanco a Sally Martin, mientras la anciana menuda cogía una cuchara para recoger las migas y ponerlas en un plato, a fin de esparcirlas por la grava para los pajarillos.

Poco antes, el carruaje del obispo había cruzado High Street para dirigirse a casa de lord Trufford, donde cenaría. El asunto del sermón vespertino, ¿se había decidido ya, entonces?

La naturaleza de la decisión puede deducirse de la siguiente conversación que se sostuvo en el León Rojo esa misma noche.

—Así que ha perdido la batalla, ¿no, Dempster? —dijo el doctor Pilgrim, con cierta satisfacción.

No le alegraba que Tryan se saliera con la suya, pero tampoco lamentaba que Dempster estuviera contrariado.

—¿Perdido, señor? En absoluto. Es lo que había anticipado. Sabía que no podíamos esperar otra cosa en estos días, cuando la iglesia se ve infestada de hombres que solo quieren repartir himnos sacados de un tonel vacío y melodías compuestas por un aprendiz de zapatero remendón. Pero es un honor para mí defender la causa del verdadero anglicanismo por el bien de la ciudad. Cualquiera cobarde puede librar una batalla cuando está seguro de ganar; pero deme un hombre con el valor suficiente para luchar cuando tiene la certeza de perder. Así soy yo, señor; y hay muchas victorias peores que una derrota, como aprenderá el señor Tryan pagando un alto precio.

—Ese pobre obispo está demasiado viejo y achacoso, ésa es mi opinión —dijo el señor Tomlinson—; de lo contrario, no habría apoyado a un servil metodista como Tryan. En cuanto a mí, creo que daría igual no tener obispos si ésa es su forma de actuar. ¿Qué sentido tiene que ganen miles de libras al año y vivan en un palacio si no siguen los principios de la Iglesia?

—No, no. Está hablando de algo que se le escapa, Tomlinson —le corrigió el señor Dempster—. Nadie me oirá decir una palabra en contra del episcopado: es una salvaguardia de la Iglesia tener rangos y dignidades dentro de ella como en todas partes. ¡No, señor! El episcopado es algo bueno; aunque pueda haber un obispo que no dé la talla. Del mismo modo que el brandy es algo bueno, aunque sea británico y

sepa como agua de lluvia azucarada recogida en la chimenea. Vamos, Ratcliffe, deme algo de beber con un poco menos de cocimiento de azúcar y hollín.

—No he dicho nada en contra del episcopado —contestó el señor Tomlinson—. Solo he dicho que nos las arreglaríamos igual de bien sin obispos; y lo repito. A mí nunca me han servido de nada.

—¿Saben cuándo empezarán los sermones vespertinos? —preguntó el doctor Pilgrim.

—*Empezarán* el próximo domingo —dijo el señor Dempster, en tono elocuente—; pero no hace falta ser un gran profeta para predecir lo poco que durarán. Me da la impresión de que el señor Tryan no tardará en buscar otro puesto de coadjutor.

—Con el tiempo, casi nadie de Milby irá a escucharlo, me apuesto una guinea —exclamó el señor Budd—. No me quedaré con un solo trabajador que vaya a los sermones o permita siquiera ir a sus familiares.

—Yo tampoco —dijo el señor Tomlinson—. Ningún tryanita tocará un saco ni conducirá uno de mis carros, pueden estar seguros. Y me consta que más gente seguirá nuestro ejemplo.

—Tryan tiene muchos amigos en la ciudad, sin embargo; no me extrañaría que le apoyasen —dijo el doctor Pilgrim—. Creo que sería mejor dejarle en paz con sus sermones. Si sigue predicando con el mismo ardor con una constitución como la suya, acabará con la garganta destrozada, y ustedes se librarán de él sin problemas.

—No permitiremos que le ocurra algo así —dijo el señor Dempster—. Puesto que su salud no es buena, le convenceremos para que cambie de aires. Ya verá cómo encuentra el clima de Milby demasiado caluroso para él.

## Capítulo VII

El señor Dempster no se quedó mucho tiempo en el León Rojo esa noche. Le mandó llamar al señor Armstrong, un cliente adinerado, al que estuvo asesorando hasta muy tarde, por lo que se acostó razonablemente sobrio. Así pues, esa jornada, que había sido una de las más felices para Janet, pues había estado ayudando a su querida amiga la señora Crewe, terminó para ella con una quietud inusitada; del mismo modo que una brillante puesta de sol promete una hermosa mañana, conciliar el sueño con ese sosiego es un buen augurio para un amanecer sereno. El señor Dempster, el jueves por la mañana, estaba de un humor inmejorable, y, aunque quizá parte de su animación se debiera a la perspectiva de un asunto lucrativo o excitante con el posible pleito del señor Armstrong, la mayor parte provenía de esa agitación de la savia más bondadosa y saludable del sentimiento humano, que permite a la bondad tomar la delantera en cuanto se presenta la menor oportunidad: el domingo por la mañana, quizá, cuando, liberados de las agotadoras prisas de la semana, cogemos al pequeño de tres años para sentarlo en nuestras rodillas y compartir con él un huevo y el panecillo del desayuno; en los momentos difíciles, cuando la muerte visita nuestra casa o la enfermedad nos hace depender de los cuidados de una mujer que despreciamos; al recordar apaciblemente con nuestra anciana madre los días en que nos sentábamos en su regazo con nuestro primer libro ilustrado, o le escribíamos cariñosas cartas desde el colegio. En los hombres que han sido muy queridos en su niñez siempre hay algo que toca la fibra sensible de su memoria, y el señor Dempster, al que hasta ahora solo hemos conocido como el orador del León Rojo, y el tirano borracho de un siniestro hogar a medianoche, era el adorado primogénito de una madre muy dulce y menuda. Esa madre seguía viva, y su butacón negro, donde se pasaba el día tejiendo, la esperaba ahora ante la mesa del desayuno, al lado de su hijo, con una lustrosa gata parda disfrutando provisionalmente de su propiedad.

—¡Buenos días, Mamsey! Está como una rosa esta mañana. Cada día parece más joven —dijo el señor Dempster, levantando la vista de su periódico cuando entró la diminuta anciana.

Y era realmente menuda, con el semblante pálido y apenas arrugado, el cabello de ese blanco especial que sugiere unos rizos rubios en otro tiempo, una bonita e inmaculada cofia blanca en la cabeza, y un chal blanco prendido con alfileres sobre los hombros. Bastaba una mirada para ver que había sido una rubia preciosa, extrañamente diferente de su hijo, un hombre alto, feo y de piel oscura; y muy distinta también de su nuera, cuya belleza morena de facciones grandes parecía acentuar aún más la blancura de la menuda Mamsey. La disparidad entre Janet y su suegra iba más allá del aspecto físico, y lo cierto que no había demasiada afinidad entre ellas, pues la señora Dempster seguía convencida de que su hijo Robert no habría ido por tan mal camino de haberse casado con la mujer adecuada: una mujer sumisa como ella, que le hubiera dado hijos y hubiera sido un ama de casa virtuosa y

ordenada. A pesar de la ternura y las atenciones que le prodigaba Janet, nunca le había gustado su nuera, y había visto a lo largo de los años cómo aquel hogar se volvía más y más desgraciado, proclive siempre a culpar a la mujer más que al marido, y a reprochar a la señora Raynor que fomentara los defectos de su hija con su apoyo demasiado exclusivo. Pero la anciana señora Dempster tenía la rara virtud del silencio y la pasividad que a menudo crea la ausencia de fortaleza mental; y, fueran cuales fueran sus pensamientos, nunca decía nada que agravara la discordia doméstica. Muda y paciente, se pasaba las horas haciendo punto en medio de las peleas y las escenas angustiosas; no quería ser consciente de los sonidos que llegaban a sus oídos, ni de los hechos que adivinaba cuando se retiraba a su dormitorio; y presenciaba en silencio los tropiezos de la pobre Janet, en los que reparaba únicamente para disculpar a su hijo. El duro, astuto y dominante abogado era aún el niño mimado de la diminuta anciana, como lo había sido cuando, con el orgullo enaltecido, contemplaba sus primeros pasos tambaleantes sobre el suelo del cuarto infantil.

«¡Qué bien se porta conmigo! —pensaba a menudo—. Nunca me ha levantado la voz. Sin duda podría haber sido un buen marido.»

¡Cuán patético es ese dolor de las mujeres entradas en años! En la adolescencia, tal vez, se decían a sí mismas: «Seré muy feliz cuando tenga un marido que me quiera más que a nadie»; luego, cuando el marido era demasiado negligente con ellas: «Mi hijo me consolará»; más tarde, mientras cumplían con el duro trabajo de ser madre: «Mi hijo cuidará de mí cuando crezca». Y, finalmente, después del largo y fatigoso viaje de los años, el corazón de la madre se ve abrumado por una carga más pesada, y no le queda otra esperanza que la tumba.

Pero esa mañana la anciana señora Dempster se sentó en su butaca sin ningún recuerdo doloroso ni reprimido de la noche anterior.

—La verdad es que mamá parece más joven que la señora Crewe, que solo tiene sesenta y cinco años —dijo Janet—. La señora Crewe vendrá a verla hoy, mamá, para contarle todas sus tribulaciones con el obispo y la colación. Se traerá el punto, y podrán contarse chismes.

—Los chismes serán cosa de una, entonces, pues la señora Crewe está cada día más sorda, y no consigo que oiga una sola palabra. Y, cuando le hago señas, siempre me entiende mal.

—Bueno, hoy tiene muchas cosas que contarle, no tendrá usted necesidad de hablar. Con la paciencia que tiene para tejer esas maravillosas colchas, mamá, no debe impacientarse con nuestra querida señora Crewe. ¡Es tan buena! No soporto que piense que puede aburrir a los demás, y ya sabe que tiene esa tendencia. Creo que le gustaría tener el tamaño de un ratón para corretear de un lado para otro sin molestar a nadie.

—No es paciencia lo que necesito, bien lo sabe Dios, sino pulmones para hablar lo bastante alto. Pero supongo que te quedarás en casa esta mañana, Janet; puedes

hablar con ella tú.

—No, mamá; he prometido a la pobre señora Lowme que iría a visitarla. Está recluida en su cuarto, y las dos señoritas Lowme se encuentran fuera; así que iré a leerle el periódico y a entretenerla un poco.

—¿No podrías ir otra mañana? El señor Armstrong y ese otro caballero van a venir a cenar, ¿no sería mejor que te quedaras en casa? ¿Puedes dejarlo todo en manos de Betty? No lleva mucho tiempo en casa.

—Oh, no puedo darle ese disgusto a la señora Lowme; se lo he prometido. Betty se las arreglará muy bien, no tenga miedo.

La anciana señora Dempster se calló, y dio unos sorbos a su té. El desayuno continuó en silencio, pues el señor Dempster estaba enfrascado en el periódico. Finalmente, cuando llegó a los anuncios, pareció fijarse en algo que le inspiró una idea. Entonces dio un golpe en la mesa con aire exultante y, volviéndose hacia Janet, dijo:

—¡Se me ha ocurrido algo fantástico, gitana! —llamaba así a su mujer de ojos negros cuando estaba de excelente humor—, y tú me ayudarás. Eres perfecta para el caso.

—¿Qué es? —preguntó Janet, con el rostro iluminado tras oír aquel apodo cariñoso, que ahora escuchaba tan poco—. ¿Algo relacionado con la transmisión de un patrimonio?

—No, es un poco de diversión que vale por doce emolumentos: un plan para reírse de Tryan y de su banda de hipócritas.

—¿Qué es? Nada que necesite aguja e hilo, espero, o tendré que ir a molestar a madre.

—No, nada que necesite algo más afilado que tu ingenio, salvo el mío. Te lo explicaré. Haremos un programa del sermón vespertino del domingo, una especie de cartelera: «Gran actuación del famoso charlatán de feria», y ese tipo de cosas. Convertiremos a los tryanitas, al viejo Landor y a los demás, en sus protagonistas. Proctor lo imprimirá, y lo haremos circular por la ciudad. Será un golpe maestro.

—¡Bravo! —dijo Janet, aplaudiendo.

En aquel momento habría fingido que le gustaba casi cualquier cosa, ¡le hacía tan feliz que su marido contara con ella!, pero lo cierto es que estaba encantada de reírse de los tryanitas

—Empezaremos ahora mismo, y haremos un boceto antes de que te vayas al despacho. Tengo los sermones de Tryan en el piso de arriba, pero no creo que haya nada en ellos que nos sirva. Acabo de leerlos; no son lo que esperaba... cosas estúpidas y aburridas... nada de expresiones terribles tipo «arderás con fuego y azufre<sup>[105]</sup>», como yo creía.

—¿Expresiones terribles? No; Tryan es dulce como un pichón<sup>[106]</sup>, uno de esos persuasivos hipócritas. Con el demonio y la maldad en su interior, como pude ver mientras hablaba con el obispo; y, sin embargo, suave como una serpiente por fuera.



Está iniciando una guerra en solitario contra mí, lo sé, incitando a mis clientes a dejarme. Ya veremos quién es el primero en gritar *peccavi*<sup>[107]</sup>. ¡Imagino que Milby se las arreglará mejor sin el señor Tryan que sin Robert Dempster! Y a Milby nunca la inundará la falsa piedad mientras yo pueda alzar un rompeolas contra ella. Pero, vamos, recoge el desayuno para ponernos con el cartel. Venga, Mamsey, venga a dar un paseo conmigo por el jardín, a ver qué tal van los pepinos. Hace siglos que no la llevo a dar una vuelta. No, no necesita sombrero. Con la mañana que hace, será como pasear por un invernadero.

—Pero querrá una sombrilla —dijo Janet—. Hay una apoyada en la puerta del jardín, Robert.

La pequeña anciana se cogió del brazo de su hijo con un placer sereno. Estaba demasiado alto para que pudiera apoyarse en él, pero Dempster se inclinó un poco y acomodó sus pasos largos y enérgicos al ritmo pausado de ella. La gata decidió tomar el sol también, y se pegó a sus talones con la cola erguida, frotando sus lustrosos costados contra las piernas de sus amos, demasiado bien alimentada para alterarse por los pájaros que gorjeaban. Como en muchas casas antiguas de una ciudad de provincias, el jardín era sombreado y estaba cubierto de hierba; los manzanos habían tenido tiempo de extender con amplitud sus ramas, los arbustos y las resistentes plantas perennes eran tan exuberantes que necesitaban continuas podas para no invadir el espacio por el que se paseaba. Pero su fondo, que se unía a la verde campiña, era abierto y soleado.

Fue bastante triste, y sin embargo hermoso, ver a aquella pareja pasar de las sombras a la luz del sol, y de la luz del sol de nuevo a las sombras: triste porque la ternura del hijo por la madre era apenas un núcleo sano en un órgano endurecido por la enfermedad, pues el hombre que se vinculaba así con un pasado inocente se había vuelto cruel en su experiencia mundana, un esclavo de los impulsos del azar inflamado por la sensualidad; hermoso porque mostraba cuán difícil es matar las raíces fibrosas y profundas del amor humano y de la bondad, y cómo el hombre al que nos hemos enorgullecido de censurar sigue estando muy cerca de nosotros en algunos de los sentimientos más sagrados.

Cuando volvían a casa, Janet salió a recibirlos.

—Ya tengo el material preparado, Robert —dijo—. Haré de escribana, y Mat Paine podrá copiarlo después.

En cuanto depositaron a Mamsey en su butaca, con las agujas de punto en la mano y la gata ronroneando al lado, Janet se sentó en la mesa y el señor Dempster, muy cerca de ella, sacó la cajita de rapé y, bañándose en aquel polvo inspirador, empezó a dictar lo que su mujer debía escribir.

Lo que dictó es algo que sabremos más adelante.

## Capítulo VIII

Al día siguiente, viernes, cuando el reloj de sol marcó las cinco, el enorme ventanal del salón de la señora Jerome estaba abierto; y esa dama se sentaba en su amplio semicírculo, junto a una mesa en la que media hora antes habían dejado su mejor bandeja, su mejor porcelana y su mejor alfombrilla para la tetera. El mejor juego de té de la señora Jerome era de delicada porcelana blanca, con los bordes ondulados y ramitas doradas: un bonito juego de té que te encantaría ver, lector, e ideal para decorar la chimenea; y lo cierto es que, como las tazas carecían de mango, casi todos las visitas que tenían el honor de utilizarlas, lamentaban que tan encantadora porcelana no se hubiera visto elevada a esa honorífica posición. La señora Jerome era, como su porcelana, bella y anticuada. Era una dama metida en carnes de unos sesenta años, con una cofia de rico encaje atada con un volante bajo la barbilla, unos rizos oscuros ocultándole la frente, un chal níveo cayendo en amplios pliegues hasta la cintura, y un rígido vestido de seda gris. Tenía una servilleta inmaculada de damasco prendida con alfileres para no mancharse el vestido mientras preparaba el té; en el ventanal, sus geranios favoritos estaban resplandecientes; su hermoso retrato, pintado veinte años antes, le sonreía desde las alturas con grata zalamería; y, en conjunto, parecía estar en una situación todo lo apacible y agradable que una matrona elegantemente vestida de su edad podía desear. Pero, como en muchos otros casos, las apariencias engañaban. Estaba inquieta y malhumorada porque eran más de las cinco y cuarto incluso en el reloj que se retrasaba, y las cinco y media en su reloj grande de oro, que sujetaba en la mano como si tomara el pulso de la tarde; y porque el reloj de la cocina, que estaba segura de que no iba una hora adelantado, había dado las seis. El lapso de tiempo le resultaba aún más insoportable porque no entendía cómo su marido podía ser tan desconsiderado y seguir con Lizzie en el jardín, como si le diera igual que hubiera pasado la hora del té y que, después de tantas molestias para sacar las mejores cosas, el señor Tryan no apareciera.

Aquel honor se le había concedido al señor Tryan, no porque la señora Jerome apreciara especialmente su doctrina o su actividad ejemplar como pastor, sino tan solo porque era un «clérigo de la Iglesia», y como tal lo consideraba ella con la misma clase de respeto excepcional que una mujer blanca casada con un nativo de las Islas de la Sociedad debería sentir por un viajero blanco del país de su infancia. Pues la señora Jerome se había criado como anglicana, y, al casarse con más de treinta años, le había repugnado en un principio tener que renunciar a las formas religiosas que le habían enseñado.

—Bueno —decía en confianza a sus amistades religiosas—, al principio no hacía ni caso al señor Jerome; pero, en resumidas cuentas, empecé a pensar que había muchas cosas peores que ir al templo, y que era mejor eso que no pagar lo que uno debe. El señor Jerome es un hombre muy amable, y yo no había conocido a nadie que tuviera una calesa y quisiera casarse conmigo, fuera o no a un templo. Me costó

mucho acostumbrarme a eso de que predicaran sin libro, y a tener que escuchar de pie una larga oración sin cambiar de postura. Pero, ya ven, una acaba haciéndose a todo; siempre puedes sentarte antes de que termine la oración. Nuestros ministros dicen casi las mismas cosas que los pastores anglicanos, a mi entender; y salimos del templo bastante antes de que ellos salgan de la iglesia. En cuanto a los bancos, los nuestros son mucho más cómodos que los de la iglesia de Milby.

La señora Jerome, como puedes ver, no era muy sensible a los matices de la doctrina, y es probable que, después de escuchar la elocuencia de los disidentes durante treinta años, pudiera volver a entrar como si nada en la Iglesia oficial sin guardar ninguna cuarentena espiritual. Su intelecto, al parecer, era de esos duros como el pedernal y nada porosos que no se ven afectados lo más mínimo por la humedad circundante. Pero a lo que sí era sensible la señora Jerome era a la puntualidad en los asuntos cotidianos, y a liberar lo antes posible su conciencia de las cuatro comidas diarias y del consiguiente lavado de platos, a fin de que la familia estuviera metida en la cama a las nueve; y todo aquel retraso, unido a la inexplicable indiferencia del señor Jerome, le resultaba imposible de soportar. Así que tocó la campanilla para llamar a Sally.

—¡Santo cielo, Sally! Sal al jardín y busca al señor. Dile que van a dar las seis y que, como al señor Tryan no se le ocurrirá venir tan tarde, vamos a tomar el té. Seguro que está dejando que Lizzie se ponga perdida en el fresal. Tráeme a la niña, anda.

No es de extrañar que el señor Jerome cayera en la tentación de pasar mucho tiempo en el jardín, pues, aunque la casa fuera muy bonita y mereciera su nombre, la Casa Blanca, con aquellos rosales adamsados que trepaban por el porche y que un estuco rugoso blanco brillante ponía de relieve, el jardín y los huertos eran el paraíso del señor Jerome, ¡y bien podían serlo!; y no había nada que le llenara más de inocente orgullo (¡descanse en paz un hombre bueno!, todo su orgullo era inocente) que enseñar su parcela a algún visitante que no la conociera, y hacerle ver en cierto modo las ventajas incomparables que disfrutaban los habitantes de la Casa Blanca con las manzanas de estrías rojas, las manzanas reinetas y las verdes del norte (excelentes para el horno), con las peras de agua y las primeras hortalizas, por no hablar de los arbustos en flor, los espinos rosas, las matas de lavanda... mucho más de lo que la señora Jerome podía necesitar; en dos palabras, una superabundancia de todo lo que una persona retirada desearía tener o compartir con sus amigos. El jardín era uno de esos paraísos anticuados que apenas existen ya salvo en nuestros recuerdos infantiles: en vez de puntillosas separaciones entre las flores y el huerto, y de que disfrutara solo un sentido excluyendo al otro, había una mezcla encantadora y celestial de cuanto resulta «deleitoso a la vista y bueno para comer<sup>[108]</sup>». La hermosa bordura florida que iba a lo largo de todos los caminos, con su interminable sucesión de flores primaverales —anémonas, prímulas, alhelíes, clavelinas, campanillas, bocas de dragón, liliiums...— tenía a sus bellezas de más altura, como las rosas de musgo o

de Provenza, junto a los manzanos en espaldera; el carmesí de los claveles se confundía con el carmesí indefinible del fresal; cogías una rosa de musgo, y un instante después un racimo de grosellas; había una deliciosa fluctuación entre el aroma del jazmín y el jugo de la uva espina. Y un muro muy grande se elevaba en un extremo, flanqueado por un cenador tan alto que, cuando subías el largo tramo de escalones, veías perfectamente que no había ninguna vista que mereciera la pena; y había hornacinas y asientos de piedra en todas partes; y, a lo largo de un costado, un seto alto, firme y continuo, ¡como una muralla verde!

Fue cerca de este seto donde Sally encontró al señor Jerome. Había dejado la cesta de fresas sobre la grava, y tenía en brazos a la pequeña Lizzie para que viera un nido de pájaros. Lizzie le echó furtivamente una ojeada, y luego miró a su abuelo con los ojos azules muy abiertos, antes de volver a atisbarlo.

—¿Lo ves, Lizzie? —dijo en voz baja.

—Sí —susurró ella, acercando los labios al rostro del abuelo.

En ese momento apareció Sally.

—Hola, Sally, ¿qué pasa? ¿Ha llegado el señor Tryan?

—No, señor, y la señora está convencida de que ya no vendrá, así que quiere que vaya usted a tomar el té. ¡Santo Dios! Se ha manchado el delantal, señorita Lizzie; y no me extrañaría que su vestido también estuviera sucio. ¡Ay, cuánto trabajo! Vamos, venga conmigo.

—No, no y no, no hemos sido malos, no hemos sido malos, ¿verdad, Lizzie? La tina de lavar lo dejará como nuevo —exclamó el señor Jerome.

Sally, que miraba la tina de lavar desde otro punto de vista, pareció muy seria y enfadada, y se apresuró a volver a la casa con Lizzie, que trotaba sumisamente a su lado con la cabecita oculta bajo un gorro enorme de nanquín, mientras el señor Jerome las seguía con parsimonia y con sus anchos hombros bastante encorvados; un sombrero de ala ancha ensombrecía sus facciones grandes y bondadosas y sus rizos blancos.

—Señor Jerome, eres increíble —dijo la señora Jerome, en un tono de reproche e indignación que se debía sin duda al profundo sentimiento de agravio, cuando su marido abrió la puerta del salón—. ¿Cuándo dejarás de invitar a la gente sin especificar la hora? Estoy segura de que nunca le dijiste al señor Tryan que el té era a las cinco, ¡es tan propio de ti!

—¡Qué va, Susan! —respondió el marido en tono tranquilizador—. Te equivocas. Le dije al señor Tryan que tomábamos el té a las cinco; ha debido de pasarle algo. Recuerda que tiene muchos deberes y preocupaciones.

—Pero ya han dado las seis en la cocina. Es una tontería esperar que venga a estas horas. Vamos, toca la campanilla. Sally tiene el calentador en el fuego, así que puede traernos la tetera de todos modos. Eres desesperante, señor Jerome, ¡mira que hacerme sacar todas las cosas y preparar panecillos y bollos para que no venga nadie! Tendré que lavar yo misma todo este juego de té, no puedo fiarme de Sally...

¡Menudo dineral en loza rota en nada de tiempo!

—Pero ¿por qué te tomas tanto trabajo, Susan? Las tazas de a diario habrían bastado para el señor Tryan, y son mucho más cómodas de coger.

—Sí, así eres tú, señor Jerome; te encanta meterte con mi juego de porcelana porque lo compré cuando era soltera. Pero déjame decirte que sabía elegir porcelana, aunque no supiera elegir marido. Pero ¿dónde está Lizzie? Supongo que no la habrás dejado sola en el jardín, con el vestido blanco y las medias limpias.

—Tranquila, mi querida Susan, estate tranquila; Lizzie ha venido con Sally. Estoy seguro de que le está quitando el delantal. ¡Ah! El señor Tryan acaba de abrir la verja.

La señora Jerome se apresuró a recolocar la servilleta de damasco y la expresión de su rostro para recibir al eclesiástico; y el señor Jerome salió a recibir a su invitado, al que saludó antes de que entrara en la casa.

—Señor Tryan, ¿qué tal está, señor Tryan? ¡Bienvenido a la Casa Blanca! Me alegro de verlo, señor... me alegro de verlo.

Si hubieras oído el tono conciliador, reverente y compasivo con que pronunció estas palabras, sin haber visto siquiera el semblante que tan bien armonizaba con ellas, habrías deducido fácilmente la formalidad y sensatez del carácter del señor Jerome. Para un oído fino ese tono decía con claridad: «Cualquiera que se encomiende a mí, Thomas Jerome, en la piedad y la bondad, tendrá mi amor y mi respeto. Ay, amigos, estas palabras tan bonitas resultan también tristes, ¿verdad? Ayudémonos los unos a los otros, ayudémonos los unos a los otros». Y únicamente debido a su fundamento, no a un criterio doctrinal nítido y preciso, el señor Jerome se había hecho disidente en su juventud. Cuando era un muchacho, el destino le había llevado allí donde la disidencia parecía tener la balanza de la piedad, la pureza y las buenas obras inclinada hacia su lado; y volverse disidente fue para él lo mismo que elegir a Dios en lugar de a Mammón<sup>[109]</sup>. Esa especie de disidentes está extinta en nuestros días, cuando la opinión va muy por delante del sentimiento, y cualquier joven que entra en el templo puede llenarnos los oídos con las ventajas del Sistema Voluntario<sup>[110]</sup>, la corrupción de la Iglesia oficial, y la constancia en las Sagradas Escrituras de que los primeros cristianos eran congregacionistas. El señor Jerome ignoraba esas bases teóricas de la disidencia, y lo máximo que se había llegado a preguntar era si un cristiano se veía en conciencia obligado a distinguir la Navidad y la Pascua por alguna práctica especial que no fuera tomar pastelillos de fruta o tartas de queso<sup>[111]</sup>. Tenía la sensación de que todas las estaciones eran igual de buenas para dar gracias a Dios, alejarse del mal y hacer el bien, mientras que sería conveniente limitar los períodos en que se comían masas y pasteles malos para la salud. La disidencia del señor Jerome era tan sencilla y poco polémica que no tiene nada de raro que, al oír que el señor Tryan era un hombre bueno y un predicador excelente, que estaba agitando la conciencia de la gente, decidiera acercarse a la iglesia de Paddiford; y que, al haberse sentido más enaltecido allí que con los últimos sermones del señor Stickney en Salem, hubiera seguido yendo a ese lugar varios domingos, y

hubiera buscado la oportunidad de conocer al señor Tryan. El asunto de los sermones vespertinos le interesaba mucho, y la oposición que encontró el señor Tryan dio a su interés un fuerte tinte de parcialidad; pues había una reserva de irascibilidad en la naturaleza del señor Jerome que debía aflorar de algún modo, y en un hombre tan justo y benevolente la única vía era la indignación contra quienes consideraba enemigos de la verdad y de la bondad. El señor Tryan no había ido nunca a la Casa Blanca, pero el día anterior, al tropezarse con el señor Jerome, había aceptado enseguida su invitación a tomar el té, diciendo que quería comentar algo con él. Apareció ahora con aspecto fatigado, y, después de estrechar la mano de la señora Jerome, se desplomó en un silla y miró el precioso jardín con placidez.

—¡Qué bonito es esto, señor Jerome! No he visto nada tan hermoso y apacible desde que llegué a Milby. En Paddiford, donde vivo, ya sabe que los arbustos están llenos de hollín, y solo hay silencio en mitad de la noche.

—¡Madre mía! ¡Madre mía! Eso es terrible; y para usted, además, que tiene que estudiar. ¿No sería mejor que viviera en un lugar más apartado en el campo?

—¡Oh, no! Perdería demasiado tiempo en desplazarme, y además me gusta estar *entre* la gente. No tendría cara para predicar resignación a esas pobres criaturas en sus hogares incómodos y ennegrecidos por el humo si yo viviera rodeado de todos los lujos. Hay muchas cosas muy legítimas para otros hombres a las que un clérigo debe renunciar si quiere hacer el bien entre una población manufacturera como ésta.

Los preparativos del té se vieron coronados con la llegada simultánea de Lizzie y el bollo. Es una sorpresa muy agradable, cuando uno visita a una pareja de edad, ver entrar a una figurita con un vestido blanco, una cabecita rubia y suave como la seda, unos ojos azules muy redondos y unas mejillas como la flor del manzano. Una niña que da los primeros pasos inspira un sentimiento común que hace que las personas más diferentes se entiendan entre sí; y el señor Tryan miró a la pequeña con ese placer silencioso que siempre es genuino.

—¡Aquí está, aquí está! —exclamó el orgulloso abuelo—. No creía usted que tuviéramos una niñita así, ¿verdad, señor Tryan? Ah, parece que fue ayer cuando su madre era igual que ella. Ésta es nuestra pequeña Lizzie, sí. Ven a estrechar la mano del señor Tryan, Lizzie; ven.

Lizzie se acercó a ellos sin la menor vacilación y, sin dejar de toquetear su collar de coral con una mano, le tendió la otra al señor Tryan y alzó la vista para mirarle la cara con curiosidad. Él le acarició la cabeza sedosa, y dijo con la mayor dulzura:

—¿Qué tal estás, Lizzie? ¿Me das un beso?

Ella levantó su boquita que parecía un capullo, y, alejándose un poco, se miró el vestido y dijo:

—*Ézte ez mi veztido nuevo. Me lo puze porque veníaz. Zally* dijo que no lo *miraríaz*.

—Chsss, chsss, Lizzie. Las niñas pequeñas están, pero no se oyen —observó la señora Jerome; mientras el abuelo, guiñando el ojo significativamente y radiante de

felicidad por la extraordinaria promesa de inteligencia de Lizzie, la sentaba en una sillita muy alta de mimbre al lado de la abuela, que no tardó nada en proteger el precioso vestido nuevo con una servilleta.

—Y ahora, señor Tryan —dijo el señor Jerome con gran seriedad cuando todos tuvieron su taza de té—, cuénteme cómo va lo de los sermones vespertinos. Cuando estuve ayer en la ciudad, me dijeron que andan tramando algo contra usted. Me temo que esos granujas le van a poner las cosas difíciles.

—Estoy seguro de que lo intentarán; creo que volverá a congregarse una multitud el domingo por la tarde, como el día que regresaron los delegados, para molestarnos a mí y a mis feligreses cuando nos dirijamos a la iglesia.

—Ah, y son capaces de cualquier cosa, hombres como Dempster y Budd; y Tomlinson los respalda con dinero, aunque no pueda hacerlo con cerebro. Pero Dempster ha perdido un cliente con su ruin comportamiento, y, si no me engaño, perderá más. Ni se me pasó por la cabeza, señor Tryan, cuando puse mis asuntos en sus manos, en Michaelmas hará veinte años, que se convertiría en un hostigador de la religión. Nunca he conocido a un joven tan brillante y prometedor como él en aquella época. Decían que le gustaba beber una copa de más de vez en cuando, pero no tenía nada que ver con lo de ahora. Y es cerebro lo que uno busca en su abogado, señor Tryan, cerebro. Y yo también estaba muy encariñado con su mujer, ¡pobrecilla! Oigo contar unas historias muy tristes sobre ella en estos tiempos. Pero la han empujado a eso, la han empujado a eso, señor Tryan. Es la mujer más compasiva con los pobres que he conocido; y la mujer más bonita con la que uno quisiera hablar. ¡Sí! Siempre querré a Dempster y a su mujer, a pesar de todo. Pero, en cuanto me enteré del asunto de los delegados, me dije que no volvería a ocuparse de mis cosas. Quizá sea una incomodidad para mí, pero no alentaré a ningún hombre que hostiga la religión.

—Está claro que es el cerebro y la mano de la persecución —dijo el señor Tryan—. Es posible que me odie mucha gente, ¡hay una ignorancia espiritual tan grande en esta ciudad! Pero supongo que no habría habido una oposición formal a los sermones vespertinos si Dempster no la hubiera organizado. No es que me asuste lo que pueda hacer; se dará cuenta de que no es fácil intimidarme ni ahuyentarme con insultos y amenazas. Dios me ha enviado a este lugar y, con su bendición, no retrocederé ante nada que quiera impedirme hacer Su obra entre la gente. Pero me parece justo convocar a quienes conocen el valor del Evangelio para que me apoyen públicamente. Creo, y el señor Landor también está de acuerdo, que sería bueno que mis amigos se dirigieran conmigo a la iglesia el domingo por la tarde. Dempster, como sabe, ha fingido que la mayoría de los habitantes respetables se oponen a estos sermones. Lo que yo deseo es que esa falsedad se vea visiblemente desmentida. ¿Qué le parece el plan? Hoy he visitado a varios amigos que estarán allí para acompañarme, y que comunicarán a otros nuestra intención.

—Cuenta conmigo, señor Tryan, cuenta conmigo. Nunca le faltará ningún respaldo que yo pueda darle. Antes de que usted viniera, señor, Milby era un lugar

muerto y oscuro; es usted el primer eclesiástico anglicano que ha traído la palabra de Dios a sus habitantes; y yo estaré a su lado, reverendo, estaré a su lado. Soy un disidente, señor Tryan; y lo he sido desde los quince años; pero, si veo el bien en la Iglesia anglicana, también soy anglicano. Cuando era niño vivía en Tilston (es posible que ni le suene); allí las mejores tierras eran del señor Sandeman... un hombre con un pie deforme, que perdió un montón de dinero con las acciones del canal. Bueno, señor Tryan, como le iba diciendo, yo vivía en Tilston, y teníamos un párroco que siempre estaba cazando y emborrachándose; no se puede imaginar la depravación que reinaba en aquella parroquia; lo de Milby no es nada en comparación. Bueno, el caso es que mi padre era un trabajador humilde que no podía permitirse darme una educación, así que fui a la escuela nocturna que organizaba un disidente, un tal Jacob Wright; y gracias a ese hombre, señor, aprendí las cosas básicas y unas nociones de religión. Empecé a ir al templo con él, ¡era un hombre tan bueno!, y he seguido haciéndolo desde entonces. Pero no soy ningún enemigo de la Iglesia anglicana, señor, cuando ésta ilumina a los ignorantes y a los pecadores; y eso es lo que hace usted, señor Tryan. Sí, reverendo, estaré a su lado. Iré a la iglesia con usted el domingo por la tarde.

—Será mejor que te quedes en casa, señor Jerome, si es que puedo dar mi opinión —le interrumpió su mujer—. Me merece usted todos los respetos, señor Tryan, pero el señor Jerome no le ayudará nada entrometiéndose. Los disidentes no están bien vistos en Milby, y mi marido se pondrá muy nervioso; volverá a casa enfermo, y no me dejará pegar ojo en toda la noche.

A la señora Jerome le había aterrorizado la mención de una multitud, y una consideración retrospectiva de la comunión religiosa de su juventud no la predisponía en modo alguno al martirio. Su marido la miró con una expresión de ternura y de reproche apesadumbrado, que podría haber sido la del paciente patriarca<sup>[112]</sup> en la memorable ocasión en que reprendió a su mujer.

—Susan, Susan, no me llesves la contraria, por favor, ni pongas obstáculos en el camino del bien. No puedo renunciar a mi conciencia, pídemme otra cosa.

—Tal vez —dijo el señor Tryan, algo incómodo—, puesto que no está usted muy fuerte, mi querido señor, sería mejor que, como dice la señora Jerome, no corriera el riesgo de excitarse demasiado.

—No se hable más, señor Tryan. Estaré a su lado, señor. Es mi obligación. Es la causa de Dios, señor; es la causa de Dios.

El señor Tryan obedeció a sus impulsos de admiración y gratitud y tendió la mano al anciano de pelo blanco, diciendo:

—Gracias, señor Jerome, gracias.

Éste cogió la mano que le ofrecían en silencio, y luego se recostó en la butaca, dirigiendo una mirada pesarosa a su mujer, que parecía decir: «¿Por qué no me entiendes, Susan?».

La comprensión y el apoyo de aquel ingenuo anciano fue más preciosa para el



señor Tryan de lo que cualquier observador podría imaginar. Las personas con una buena dosis de esa psicología superficial que juzga de antemano a los individuos por medio de una fórmula y, sin hacer mayor esfuerzo, los colocan en una casilla debidamente rotulada, podrían pensar que el coadjutor evangélico se limitaba a hacer lo que le gusta hacer a todo el mundo: servir a un propósito que no solo se identificaba con su teoría, que no es más que una especie de egoísmo secundario, sino también con el egoísmo primario de sus sentimientos. La oposición puede convertirse en algo dulce para un hombre que la bautiza como persecución: un reformador impulsivo, amigo de crearse obstáculos, que se complace en no reconocer sus méritos, mientras sus amigos lo llaman mártir, no sigue en realidad el camino más arduo para los que viven según la carne<sup>[113]</sup>. Pero el señor Tryan no había sido fundido en el molde del mártir gratuito. Con una tenacidad que con frecuencia habían tachado de obstinación, era especialmente sensible al odio o las burlas que no se avergonzaba de concitar. Cualquier crítica le dolía profundamente; y aunque se enfrentaba a sus adversarios con valentía, y a menudo con una vehemencia considerable, no era nada beligerante por naturaleza. Uno de sus defectos era ser demasiado susceptible a cualquier vendaval de opinión; estremecerse ante el ceño fruncido de los necios; irritarse ante la injusticia de aquellos que carecían de los elementos indispensables para juzgarle con justicia; y, a pesar de esa sensibilidad extrema y ese afán de ser querido y comprendido, llevaba años ejerciendo por obligación el papel de antagonista. No es de extrañar, pues, que las palabras cordiales del anciano señor Jerome fueran un bálsamo para él. Muchas veces había agradecido que una anciana le dijera: «Dios le bendiga»; que un niño le sonriera; que un perro le dejara acariciarlo.

Como ya habían tomado el té para entonces, el señor Tryan propuso dar un paseo por el jardín para disipar todo recuerdo del reciente desacuerdo conyugal. La petición de la pequeña Lizzie: «¡Y yo y yo, abuelo!» no podía ser denegada, así que le pusieron el gorro y el delantal antes de salir juntos a la luz del atardecer. Sin la señora Jerome, no obstante; pues ésta tenía el plan premeditado de retirarse *ad interim* a la cocina y lavar las mejores piezas de porcelana, a fin de recuperar la demora que sufrían las tareas de la jornada.

—Por aquí, señor Tryan, por aquí —dijo el anciano caballero—; lo llevaré primero al prado, y le enseñaré nuestra vaca, la mejor vaca lechera de la región. Y mire lo bien que está la lechería en esas dependencias traseras; ideé hasta el último detalle. Y aquí tengo mi pequeña carpintería y mi herrería; trabajo una barbaridad en ellas. Nunca he soportado estar ocioso, señor Tryan; siempre tengo que estar haciendo algo. Había llegado el momento de retirarme y hacer sitio a los más jóvenes; tenía dinero suficiente, y solo una hija a la que legárselo, así que me dije que ya era hora de dejar de trabajar como una mula en este mundo para dedicar más tiempo a pensar en el siguiente. Pero hay tantas horas desde que uno se levanta hasta que uno se acuesta, y, total, los pensamientos no pesan nada; puedes andar de un lado

para otro con la cabeza llena de ellos. Mire, aquí está el prado.

Y era un prado bien bonito, en el que una gran vaca con pintas rumiaba apaciblemente mientras yacía tumbada y contemplaba soñolienta a sus admiradores; un seto primorosamente podado lo rodeaba, salpicado aquí y allá por un serbal o un cerezo.

—Tengo un poco más de tierra, digna de verse, pero quizá no le apetezca andar tanto. ¡Dios! Más allá hay casi media hectárea sembrada de patatas; tengo una familia numerosa que alimentar, ¿sabe? —Al decir esto, el señor Jerome guiñó el ojo y sonrió de manera significativa—. Y eso me recuerda, señor Tryan, lo que quería decirle. Los clérigos como usted ven mucha más pobreza y esas cosas que otras personas, y tienen más peticiones de las que pueden atender; y, si alguna vez necesita mi dinero o que le ayude en algo, no dude en decírmelo, se lo agradeceré mucho.

—Gracias, señor Jerome, lo haré, se lo prometo. Ayer vi un caso muy triste: un minero... un muchacho guapo y fornido de unos treinta años murió aplastado por un muro en la mina de carbón de Paddiford. Yo estaba en una de las cabañas cercanas cuando lo llevaron a casa sobre una puerta, y el grito de su mujer sigue resonando en mis oídos. Tenía tres niños pequeños. Afortunadamente, la mujer tiene un telar, así que no tendrá que ir al hospicio; pero parece muy delicada.

—Deme su nombre, señor Tryan —dijo el señor Jerome, sacando su libreta—. Iré a visitarla.

¡Cuán profunda era la fuente de piedad del corazón del bondadoso anciano! A menudo le resultaba doloroso comer, abrumado por el pensamiento de que había hombres, mujeres y niños sin nada que llevarse a la boca, y buscaba consuelo saliendo por la tarde en busca de alguna necesidad que pudiera satisfacer, alguna lucha honrada en la que pudiera echar una mano. Que algunas criaturas vivieran en la miseria era su mayor dolor; que algunos seres racionales vivieran en el despilfarro, su segundo pesar. Sally, desde luego, a la que su amo había reprendido varias veces por emplear demasiadas astillas para encender el fuego de la cocina, así como por su imprudencia con la mecha de las velas, le consideraba el hombre «más agarrado del mundo». Pero el señor Jerome desprendía la calidez del sol matinal, y, al igual que éste, su bondad resplandecía sobre todo lo que encontraba, desde el muchacho descarado de mejillas sonrosadas al que disfrutaba haciendo feliz con un aguinaldo, hasta las pálidas víctimas de los oscuros portales que languidecían en una muerte lenta de necesidad y miseria.

Fue muy agradable para el señor Tryan escuchar la charla sencilla del anciano, pasear por la sombra del incomparable huerto, saber las manzanas de estrías rojas que se cosechaban, y la desconcertante abundancia de peras de verano; sentir la dulce fragancia del jardín al atardecer, sentado en el cenador... y olvidar así, durante un breve intervalo, la tensión de sus tareas pastorales.

Quizá le resultara más doloroso regresar a esas tareas por los caminos polvorientos, quizá aquel hogar apacible y sombreado le hubiera recordado la vida

que llevaba antes de uncirse el yugo de la abnegación. El corazón más fuerte desfallecerá a veces sintiendo que los enemigos son crueles y los amigos solo conocen la mitad de sus penas. El espíritu más firme de vez en cuando mirará hacia atrás con añoranza mientras avanza por el sendero abrupto de la montaña, lejos de la hierba y de las voces risueñas del valle. En un caso u otro, aquella noche a las nueve, cuando entró en su pequeño estudio en medio de la penumbra y cerró la puerta con llave, el señor Tryan se desplomó en la silla delante del escritorio y, haciendo caso omiso de los papeles, ocultó la cabeza entre las manos y sollozó amargamente.

Y supongo que ocurrirá a menudo en esta vida. Mientras hablamos con frialdad de la carrera de un hombre, burlándonos de sus errores, condenando su vehemencia, y etiquetando sus opiniones —«es evangélico e intransigente», «latitudinario<sup>[114]</sup> y panteísta» o «anglicano y arrogante»—, ese hombre, en su soledad, tal vez esté anegado en lágrimas porque su sacrificio es sobrehumano, porque le flaquean la firmeza y la paciencia a la hora de pronunciar las palabras y realizar los actos difíciles.

## Capítulo IX

El señor Tryan no dio ninguna de esas muestras de debilidad cuando llegó el famoso domingo. Rechazó sin vacilar la sugerencia de ir a la iglesia en el carruaje del señor Landor, una proposición que le hizo este caballero para cambiar de plan cuando el rumor del ataque que se preparaba se volvió alarmante. El señor Tryan afirmó que no tomaría ninguna precaución, y se limitaría a confiar en Dios y en la justicia de su causa. Algunos de sus amigos más pusilánimes consideraron su actitud más desafiante que sensata, y al reflexionar sobre la capacidad de improvisación de una multitud, y la escasa satisfacción que ofrece una compensación legal cuando te rompen la cabeza con un ladrillo, empezaron a preguntar muy seriamente a sus conciencias si no era su deber con sus familias quedarse en casa el domingo por la tarde. Estos individuos apocados, sin embargo, eran una pequeña minoría, y la gran mayoría de los amigos y seguidores del señor Tryan se alegraron sobremanera de la oportunidad de hacer frente a las injurias por el bien de un predicador al que se sentían unidos tanto en el terreno personal como doctrinal. La señorita Pratt habló de Cranmer, Ridley y Latimer<sup>[115]</sup>, y dijo que la crisis actual ofrecía la ocasión de emular su heroísmo incluso en unos tiempos tan degenerados; mientras que otras personas mucho menos instruidas, cuyas memorias no almacenaban tantos precedentes, se limitaron a expresar su determinación, como había hecho el señor Jerome, de apoyar al predicador y su causa, convencidos de que era la «causa de Dios».

Así pues, el domingo por la tarde, a las seis y cuarto, el señor Tryan salió de casa del señor Landor con una serie de amigos allí congregados, a los que no tardaron en sumarse otros dos grupos conducidos por el señor Pratt y el señor Dunn; y, como las personas que se dirigían por su cuenta a la iglesia se pusieron en fila tras ellos, cuando llegaron al principio de Orchard Street, los partidarios del señor Tryan formaban una numerosa comitiva, que marchaba en una columna de tres o cuatro en fondo. Era en esa calle, y cerca de la entrada de la iglesia, donde les esperaba una nutrida multitud; y en la ventana del salón del señor Dempster, en el segundo piso, una camarilla más selecta de antitryanitas se había reunido para presenciar el divertido espectáculo de los tryanitas andando hacia la iglesia entre los abucheos y las carcajadas de la muchedumbre.

Para alentar el ingenio popular con los apodos más pertinentes, numerosas copias del cartel del señor Dempster estaban fijados en los muros, en letra convenientemente grande y marcada. Como es posible que el coleccionista más exhaustivo de literatura mural no haya tenido la suerte de conseguir uno, que debería ciertamente conservarse entre el material de nuestra historia religiosa provincial, les adjunto una copia fiel.

GRAN ESPECTÁCULO  
que protagonizará en Milby

el próximo domingo por la tarde el  
FAMOSO CÓMICO PRUÉBATELO<sup>[116]</sup>

con su famosa compañía  
que no solo incluye  
UN ELENCO DE CÓMICOS SIN PAR  
sino también un numeroso grupo de  
*animales domesticados y convertidos*

Entre ellos:

¡Un oso que *baila!*

¡Un loro aficionado a los juramentos!

*¡¡¡Un cerdo polígamo!!!*

Y

*¡¡¡¡Un mono que caza moscas los domingos!!!!*

Junto con

¡Una pareja de PARDILLOS regenerados!

Con unos trinos completamente nuevos, y *plumaje*.

EL SEÑOR PRUÉBATELO

recorrerá primero las calles, en procesión,

con su incomparable compañía

*con los ojos más vueltos hacia arriba, y*

*las comisuras de los labios más vueltas hacia abajo,*

¡que cualquier otra compañía

de saltimbanquis de este distrito!

DESPUÉS DE LO CUAL

se abrirá el Teatro y comenzará el espectáculo a las

SEIS Y MEDIA

cuando se representará por primera vez en un escenario

una obra titulada:

EL LOBO VESTIDO DE OVEJA

o

EL METODISTA ENMASCARADO

Sr. Boanerges<sup>[117]</sup> Martilloblando de herrero..... SR. PRUÉBATELO

Piadoso Viejo Diez por ciento.....SR. GANSO

Dr. Empapuzador..... SR. TÓNICO

Sr. Ramita de Tilo Conquistador de Mujeres..... SR. PRUÉBATELO

Srta. Piedad Ponecebos.....SRTA. TÓNICO

Angélica..... SRTA. SERAFINA TÓNICO

Después de lo cual

un heterogéneo interludio musical que empezará con

*¡Las lamentaciones de Jeremías!*

Un recitativo nasal

que irá seguido del  
mejor Cuarteto de Cacareos  
¡entonado por dos gallinas que *no son pollos!*  
El famoso contratenor Sr. Trato Hecho y un *ganso*,  
¡descendiente directo del ganso de los huevos de oro!  
Para concluir con el  
**GRAN CORO**  
¡¡de toda la Orquesta de Animales Convertidos!!  
Aunque debido a la ausencia inevitable (por enfermedad) del  
*Bulldog que ha abandonado la lucha*  
El Sr. Tónico se ha comprometido, en nada de tiempo, a emitir ¡el «*ladrido*»!  
El espectáculo llegará a su fin con una  
*divertida farsa*  
**EL LADRÓN DE PÚLPITOS**  
Sr. San Sin-barbas..... ¡SR. PRUÉBATELO!  
Sr. Arrastrarse-como-un-gusano..... ¡¡SR. PRUÉBATELO!!  
Sr. Todo-gracia Pocas-obras.....¡¡¡SR. PRUÉBATELO!!!  
Sr. Votado-y-elegido Mono-de-imitación.....¡¡¡¡SR. PRUÉBATELO!!!!  
Sr. Devoto Maligno..... ¡¡¡¡¡SR. PRUÉBATELO!!!!!  
Sr. Imponer-su-presencia-en-todas-partes.....¡¡¡¡¡SR.PRUÉBATELO!!!!!!  
Sr. Menospreciancianos Advenedizo.....¡¡¡¡¡¡SR.PRUÉBATELO!!!!!!!  
Entrada libre. Se hará *una colecta* en las puertas.  
*Vivat Rex!*

Esta sátira, aunque muestra el lado más afilado del ingenio de Milby, supongo que no resulta tan hiriente. Pero el odio es igual que el fuego: hace que incluso la luz pierda todo su brillo. Y los sarcasmos del señor Dempster no solo resultaban visibles en las paredes; se reflejaban en las miradas desdeñosas y burlonas, y se oían entre los abucheos de la multitud. Entre aquel chaparrón de motes y juegos de palabras sin gracia, acompañados de gruñidos, aullidos, silbidos y rebuznos *ad libitum*, pero no de artillería más pesada, el señor Tryan caminaba pálido e impasible, del brazo del anciano señor Landor, cuyo paso era vacilante. Al otro lado llevaba al señor Jerome, que andaba aún con paso firme, aunque tuviera los hombros un poco encorvados.

Por fuera el señor Tryan parecía muy sereno, pero por dentro sufría lo indecible por aquellas muestras de odio y desprecio. Por muy seguro que estuviera de obrar bien, su coraza no era lo bastante fuerte para defenderlo de las miradas burlonas y las palabras virulentas, unas armas tan lacerantes para él como piedras y garrotes: su conciencia estaba tranquila, pero su sensibilidad, llena de magulladuras.

Solo una vez más recorrió el coadjutor evangélico Orchard Street seguido de una cortejo de amigos; solo una vez más se aglomeró una multitud para verlo entrar por las verjas de la iglesia. Pero esa segunda vez ninguna voz se elevaba por encima de

un murmullo, y los murmullos eran palabras de tristeza y bendición. Esa segunda vez, Janet Dempster no contemplaba la escena con desdén e hilaridad; sus ojos estaban fatigados de llorar y de velar, y ella seguía a su querido amigo y pastor hasta la tumba.

## Capítulo X

La Historia, como sabemos, tiende a repetirse y a imponernos episodios muy antiguos con un pequeño cambio de vestuario. Desde los tiempos de Jerjes<sup>[118]</sup>, hemos visto a los generales fanfarronear al inicio de sus campañas, y conquistar al enemigo con la mayor facilidad en los discursos de sobremesa. Pero los acontecimientos son proclives a observar una fastidiosa discrepancia con las previsiones de los mejores tácticos; las dificultades de la expedición están ridículamente en desacuerdo con los cálculos más capaces; el enemigo tiene la insolencia de no sumirse en el caos razonablemente esperado; la cabeza del aguerrido general empieza a distraerse con las noticias de las intrigas urdidas contra él en casa; y, a pesar de los bonitos cumplidos prodigados antes de partir a la Providencia como su indudable patrona, todas las probabilidades de entonar los *Te Deums* parece tenerlas el otro bando.

Y eso le ocurrió al señor Dempster en su memorable campaña contra los tryanitas. Después de la victoria prematura que siguió a su regreso de Elmstoke, la batalla del Sermón Vespertino se había perdido; el enemigo había conquistado el territorio; y la única esperanza que quedaba era una guerra de guerrillas que le obligara a batirse en retirada.

Durante un tiempo se mantuvo esa táctica con el ánimo considerablemente exaltado. Las burlas en Milby se hicieron más despiadadas al envenenarlas con calumnias; y no tardaron en circular historias terribles, narradas con extraordinaria minuciosidad, sobre el señor Tryan y sus seguidores, de las que se deducía con claridad que el evangelismo conducía forzosamente a la indulgencia hipócrita y al vicio. Hubo viejas amistades que se rompieron, y parientes cercanos que encontraron en las diferencias religiosas, no mitigadas por la perspectiva de una herencia, un buen motivo para mostrar la antipatía que les inspiraban sus familias. El señor Budd dirigía arengas a sus trabajadores, y les amenazaba con despedirlos si ellos o su parentela iban a escuchar el sermón vespertino; y el señor Tomlinson, cuando descubrió que su capataz era un tryanita convencido, se puso hecho una furia, y habría puesto en la calle a tan valioso empleado si tan merecido castigo no le hubiera resultado incómodo.

En conjunto, sin embargo, al cabo de pocos meses la derrota se inclinaba claramente hacia el bando de los antitryanitas. Es cierto que el doctor Pratt había perdido un paciente o dos, además de la familia del señor Dempster; pero, como era ostensible que el evangelismo ni había secado el manantial de sus anécdotas, ni alterado lo más mínimo su criterio sobre la constitución física de las damas, es probable que, en esos casos adicionales, el cambio —tan poco ligado a ningún signo visible— fuera más un pretexto que el motivo de que prescindieran de sus servicios. El señor Dunn fue amenazado con la pérdida de algunos de sus mejores clientes, después de que la señora Phipps y la señora Lowme dieran ejemplo ordenando que



les enviara la factura; y el comerciante de paños empezó a esperar su siguiente inventario con una expectación y una angustia que solo atenuó levemente el paralelismo que sugirió su mujer entre su propio caso y el de Sadrak, Mesak y Abednegó, que fueron arrojados a un horno de fuego abrasador<sup>[119]</sup>. Pues, como le comentó a ésta a la mañana siguiente, con esa perspicacia inherente al momento del afeitado, mientras la salvación de los tres jóvenes se debió a que el hilo y lana no se consumieron, su propia salvación residía precisamente en todo lo contrario. Pero la conveniencia, esa excelente bifurcación de la línea principal del interés propio, nos empuja a ayudarnos los unos a los otros a pesar de las decisiones categóricas. Es probable que ningún odio especulativo o teológico sea a la postre lo bastante fuerte para resistirse al poder persuasivo de la conveniencia: que un panadero latitudinario, cuyo pan estuviera honrosamente libre de alumbre, aceptara como cliente a cualquier dispéptico puseyista<sup>[120]</sup>; que un arminiano<sup>[121]</sup> con dolor de muelas prefiriera ir a un buen dentista calvinista que a otro chapucero que mostrara gran firmeza en su lucha contra las doctrinas de la Elección y la Perseverancia Final y le destrozara la boca; y que uno de los Hermanos de Plymouth<sup>[122]</sup>, dueño de una tienda de comestibles bien surtida en un agradable vecindario, estuviera encantado de vender de vez en cuando azúcar o vinagre a las familias ortodoxas que se quedaran inesperadamente «sin» artículos tan indispensables. Y ese poder de persuasión que tiene la conveniencia acabaría salvando al señor Dunn del martirio. Su pañería era la mejor de Milby; la comodidad y la costumbre de conseguir el mejor género en nada de tiempo resultaron demasiado tentadoras para el celo antitryanita; y el comerciante de paños no tardó en esperar su siguiente inventario sin recurrir a ningún paralelismo entre él las Escrituras.

Por otra parte, el señor Dempster perdió a su magnífico cliente el señor Jerome, algo que suscitó en él una indignación desproporcionada para el escaso déficit monetario que esto representaba. Al abogado le gustaba el dinero, pero aún más el poder. Siempre le había enorgullecido haberse ganado tan pronto la confianza de un hombre que se reunía en conventículos, así como «tener al más firme pilar de Salem en el bolsillo». Como casi todo el mundo, además, sentía cierto cariño por quienes le habían dado trabajo al inicio de su carrera; y, del mismo modo que no queremos desprendernos de un viejo barómetro de nuestro estudio, o de una regla que llevamos en el bolsillo desde que empezamos a trabajar, el señor Dempster no quería borrar el nombre del viejo cliente de su cajón del escritorio. Nuestra vida cotidiana es como una pared llena de cuadros que han iluminado los soles de muchos años: si quitamos uno, quedará un espacio vacío muy perceptible que nuestros ojos nunca podrán mirar sin una sensación de malestar. Y no solo eso, la pérdida involuntaria de un objeto familiar casi siempre nos estremece como un mal presagio; evoca las primeras sombras chinescas de una muerte que se aproxima.

Por todos esos motivos juntos, el señor Dempster no podía pensar en el cliente que había perdido sin irritarse profundamente, y el mero hecho de ver al señor Jerome

por la calle era una mortificación para él.

Un día en que el viejo caballero subía por Orchard Street en su yegua pinta, agitando las bridas y dándole con la fusta en los ijares como siempre, aunque los dos sobreentendieran que ella no tenía que apresurar el paso, dio la casualidad de que Janet apareció en el umbral de su casa, y el señor Jerome no pudo resistir la tentación de detenerse a hablar con aquella «agradable mujercita», como la llamaba siempre, aunque fuera más alta que cualquier otra de sus amistades femeninas. Janet, a pesar de su determinación de ponerse de parte de su marido en todos los asuntos públicos, no podía guardar rencor a su viejo amigo; así que los dos se estrecharon la mano.

—Hola, señora Dempster; no sabe cuánto lamento no verla de vez en cuando —dijo el señor Jerome, en tono quejumbroso—. Pero, si conoce a algún pobre que necesite ayuda, y que usted considere que la merece, dígame que vaya a verme, dígame que vaya a verme, igual que antes.

—Gracias, señor Jerome, lo haré. Adiós.

Janet hizo el encuentro lo más breve posible, pero no lo bastante breve para que no lo viera su marido, que, como ella temía, había salido de su despacho en el otro extremo de la calle para almorzar en casa; y esta afrenta de ella, al hablar con el señor Jerome, era uno de los temas repetidos de la elocuencia doméstica inculpatoria del señor Dempster.

Al asociar la pérdida de su viejo cliente con la influencia del señor Tryan, Dempster empezó a entender con más claridad por qué aborrecía al molesto coadjutor. Pero un odio intenso, así como un amor intenso, exigen cierto solaz y libertad espiritual. La persecución y la venganza, como el cortejo y la adulación, no prosperan sin dedicarles bastante tiempo e ingenio, dos cosas que no sobran a un hombre cuyo bufete y cuyo hígado empezaban a presentar unos síntomas alarmantes. Ese mal cariz estaban tomando los asuntos del señor Dempster, y, como el general al que distraen las intrigas caseras, estaba demasiado nervioso para idear planes ingeniosos que hostigaran al enemigo.

Entretanto, el sermón vespertino arrastraba cada vez a más gente; más que a los integrantes del selecto círculo aristocrático en el que sobresalían los Lowme y los Pittman, estaba atrayendo a muchos de los feligreses del señor Crewe, tanto de la mañana como de la tarde, y reduciendo el auditorio vespertino del señor Stickney en Salem. El evangelismo estaba abriéndose camino en Milby, e impregnando poco a poco de su sutil aroma unas estancias que tenían cerrojos y barrotes para impedir su paso. El movimiento, como otros «resurgimientos» religiosos, tenía un efecto desigual. Las ideas religiosas tienen el mismo destino que las melodías, que, en cuanto flotan en el aire, son interpretadas por toda clase de instrumentos, algunos de ellos penosamente toscos, débiles o desafinados, hasta que la gente corre el riesgo de proclamar a voces que la melodía en sí es detestable. Es posible que algunos de los oyentes del señor Tryan ganaran más vocabulario religioso que experiencia religiosa; que aquí y allá la mujer de un tejedor, que, pocos meses antes, solo era una mujer

necia y desaseada, se convirtiera en una mujer necia, gazmoña y desaseada mucho más molesta; que el viejo Adam, con la obstinación de la madurez, siguiera contando mentiras detrás del mostrador, pese a la afición del nuevo Adam a leer y rezar con la familia; que los niños de la escuela dominical de Paddiford tuvieran la cabeza llena de frases sobre la purificación de la sangre, la justicia imputada y la justificación solo por la fe, que una experiencia basada principalmente en jugar al hoyuelo y la rayuela, las bofetadas de los padres y el deseo de un pirulí inalcanzable servía más para oscurecer que para ilustrar; y que en Milby, en aquellos lejanos días, como en todos los tiempos y lugares en que la atmósfera espiritual está cambiando, y los hombres respiran el estímulo de las ideas nuevas, la locura se confundiera a menudo con la cordura, la ignorancia se diera aires de sabiduría, y el egoísmo, elevando los ojos al cielo, se llamara a sí mismo religión.

Con todo, era evidente que el evangelismo había hecho nacer y fructificar en la sociedad de Milby la idea del deber, el reconocimiento de algo que iba más allá de la mera satisfacción personal, lo que para la vida moral era como la adición de un gran nervio central para la vida animal. Ningún hombre puede empezar a moldearse en una fe o en una idea sin elevarse a una experiencia de orden superior: el principio de subordinación, de autodomínio, se introducen en su naturaleza; deja de ser un simple manojo de impresiones, deseos e impulsos. Por muchos defectos que tuvieran las señoras que reducían la exuberancia de sus encajes y lazos, cosían ropa para los pobres, repartían folletos, citaban las Escrituras y distinguían el verdadero Evangelio, habían aprendido esto: que había una obra divina que hacer en la vida, una norma de bondad más importante que la opinión de los vecinos; y, aunque la sensación de que tenían un lugar reservado en el cielo era un poco demasiado prominente, sabían que para entrar en él era necesaria la pureza de corazón, la compasión cristiana y el dominio de los deseos egoístas. Tal vez llamaran piedad a algo que solo fuera egoísmo puritano, y consideraran pecado muchas cosas que no lo eran, pero tenían al menos el sentimiento de que el pecado debía ser evitado y resistido; y el daltonismo, que puede confundir el gris con el escarlata, es mejor que la ceguera, que ve todos los colores iguales. La señorita Rebecca Linnet, con su sencillo atuendo y una solemnidad algo excesiva en el rostro, dando clase en la escuela dominical, visitando a los pobres y esforzándose por alcanzar un ideal de pureza y bondad, tenía con seguridad mucho más encanto moral que en sus días ostentosos de peonía, cuando no tenía otro modelo que los vestidos de las heroínas de la biblioteca circulante. La señorita Eliza Pratt, escuchando embelesada el sermón vespertino del señor Tryan, encontraba sin duda los canales evangélicos para la vanidad y el egoísmo; pero era obvio que llevaba cierta ventaja moral a la señorita Phipps cuando se reía tontamente bajo sus plumas de la peculiar dicción del anciano señor Crewe. E incluso padres y madres entrados en años, con una cabeza, como la de la señora Linnet, demasiado dura para asimilar mucha doctrina, eran mejores por tener sus corazones inclinados hacia el nuevo predicador como un mensajero de Dios. Se sintieron avergonzados,

quizá, de su mal genio, avergonzados de su amor a las cosas mundanas, avergonzados de su pasado inútil y superficial. El primer requisito para la bondad humana es algo que amar; el segundo, algo que reverenciar. Y este último don tan precioso lo trajeron a Milby el señor Tryan y el evangelismo.

Sí, el movimiento era loable, aunque tenía esa mezcla de locura y maldad que con frecuencia convierte lo bueno en una ofensa para los espíritus débiles y quisquillosos, que necesitan pasar las acciones y los caracteres humanos por el tamiz de sus propias ideas antes de poder otorgarles su simpatía o admiración. Dichos espíritus, supongo, encontrarían el carácter del señor Tryan muy necesitado de ese proceso de depuración. El bendito trabajo de empujar el mundo hacia delante no espera, por fortuna, correr por cuenta de hombres perfectos; e imagino que ni Lutero ni John Bunyan, por ejemplo, satisfarían las exigencias modernas del héroe ideal, que solo cree lo que es cierto, siente lo que es elevado y hace lo que es digno. Los héroes reales, creados por Dios, son muy diferentes: tienen una herencia innata de amor y de conciencia que mamaron de sus madres; conocen un par de esas profundas verdades espirituales que solo pueden conquistarse tras una larga lucha contra sus propios pecados; han ganado fe y fortaleza con un trabajo sincero y genuino; pero lo demás son teorías áridas y estériles, meros prejuicios y rumores imprecisos. Su entendimiento se diluye en la simple opinión; su comprensión queda tal vez confinada en los estrechos conductos de la doctrina, en lugar de fluir hacia delante con la libertad de un riachuelo que bendice todos los hierbajos que encuentra en su cauce; la obstinación y la reafirmación se entremezclarán a menudo con sus impulsos más grandiosos; y los propios actos de abnegación a veces no serán más que el reflejo de un egoísmo desmesurado. Y eso ocurría con el señor Tryan: y cualquiera que lo observara desde las alturas con la mirada de un crítico podría decir quizá que cometía el error de identificar la cristiandad con un sistema doctrinal demasiado estrecho; que veía un antagonismo exagerado entre el trabajo de Dios y el del diablo, el mundo y la carne; que su cultura intelectual era demasiado limitada, etc.; lo que convertía al señor Tryan en el tema de un buen discurso sobre las características de la escuela evangélica de su tiempo.

Pero yo no soy ningún pájaro. Estoy a la misma altura y en la misma contienda que él, mientras se abre paso por el camino pedregoso, entre una multitud de semejantes fríos e insensibles. Es posible que dé un traspie; los latidos de su corazón tan pronto se aceleran con el miedo como se intensifican con la angustia; sus ojos se llenan a veces de lágrimas que él se apresura a enjugar; avanza con valentía, con una mezcla de fe y de coraje, con un cuerpo sensible y desfalleciente; finalmente cae al suelo, la lucha ha terminado, y el gentío ocupa el espacio que él ha dejado.

—Un clérigo evangélico, un discípulo de Venn<sup>[123]</sup> —dice el crítico desde el aire—. Un ejemplar muy poco relevante; la anatomía y los hábitos de los de su especie se determinaron hace mucho tiempo.

Pero seguramente, seguramente el único conocimiento verdadero de nuestro

semejante es el que nos permite sentir lo mismo que él, el que afina nuestro oído para escuchar los latidos que palpitan bajo el mero atavío de las circunstancias y la opinión. Nuestro análisis más sutil de las escuelas y de las sectas desfigurará su verdad esencial, a menos que se deje iluminar por el amor que ve en todas las formas de pensamiento, y en sus obras, la lucha a vida o muerte de cada ser humano.

## Capítulo XI

Los observadores más hostiles al señor Tryan se veían obligados a reconocer que era infatigable. Tres sermones el domingo, una escuela nocturna para hombres jóvenes el martes, una charla en las cabañas los jueves, directrices a los profesores, la catequesis infantil, y las visitas pastorales, que se multiplicaban a medida que su influencia se extendía más allá de su propio distrito de Paddiford, habrían bastado para poner severamente a prueba las fuerzas de un hombre mucho más fuerte. El doctor Pratt lo reconvino por su imprudencia, pero ni siquiera logró convencerle de que ahorrara tiempo y esfuerzo comprándose un caballo. Por el motivo que fuera, y sin que sus amigos pudieran explicárselo, el señor Tryan parecía empeñado en agotarse. Sus enemigos encontraban el modo de justificar esto. Era obvio que el egoísmo del coadjutor evangélico era mucho peor que el típico egoísmo sensato y respetable.

—¡Quiere ganar fama de santo! —dijo uno.

—¡Le pierde el orgullo espiritual! —añadió otro.

—Tiene la mira puesta en algún buen beneficio eclesiástico, y quiere trepar sigilosamente por la manga del obispo —señaló un tercero.

El señor Stickney de Salem, que consideraba toda incomodidad voluntaria un vestigio del espíritu legal, condenó severamente aquel abandono de sí mismo, y expresó su temor de que el señor Tryan estuviera aún lejos de alcanzar la verdadera libertad cristiana. El bondadoso señor Jerome se aferró con entusiasmo a esta visión doctrinal del asunto, pues reforzaba cuanto le sugería su propia benevolencia; y una tarde nublada de finales de noviembre, montó en su yegua pinta con la determinación de acercarse hasta Paddiford para «discutir» la cuestión con el señor Tryan.

El rostro del anciano parecía muy apenado mientras cabalgaba por los deprimentes callejones de Paddiford, entre hileras de casas sucias oscurecidas por los telares manuales, y mientras el hollín se arremolinaba a su alrededor empujado por el gélido viento de noviembre. Meditaba sobre el propósito que lo había llevado allí, y sus pensamientos, como ocurría cuando estaba solo, se desahogaban de vez en cuando de forma audible. Tenía la sensación, al contemplar el escenario de las labores del señor Tryan, de que entendía las privaciones del clérigo sin recurrir a la teoría de la deficiente iluminación espiritual defendida por el señor Stickney. ¿No nos dicen los doctores de la filosofía que seríamos incapaces de distinguir siquiera un árbol si no fuera por una sagacidad inconsciente que combina innúmeras sensaciones pasadas y diferentes; que no hay ningún sentido independiente de los otros, de tal modo que en la oscuridad apenas percibimos el sabor del fricasé, o sabemos si nuestra pipa está encendida o no; y que el niño más inteligente, si tuviera garras y pezuñas en lugar de dedos, seguiría probablemente andando a cuatro patas? De ser así, es fácil comprender que nuestro discernimiento de los motivos humanos depende de la totalidad de los elementos que podemos sacar de nuestros propios sentimientos y de nuestra propia experiencia. Asegúrate, amigo, antes de emitir un juicio demasiado

apresurado, de que tu sensibilidad moral no sea de las que tienen pezuñas y garras. El ojo más penetrante no sirve de nada si no tienes dedos delicados, con sus sutiles filamentos nerviosos, que eludan las lentes científicas y se pierdan en el mundo invisible de las sensaciones humanas.

En cuanto al señor Jerome, sacaba los elementos de su visión moral de las profundidades de su veneración y piedad. Si él se compadecía de aquellas pobres criaturas para las que la vida era tan oscura y precaria, ¿qué debía sentir el clérigo que se había comprometido ante Dios a ser su pastor?

—¡Ah! —murmuraba de vez en cuando—, es una carga demasiado pesada para su conciencia, ¡pobre hombre! Quiere ser igual que ellos; no soporta predicar a los hambrientos con el estómago lleno. ¡Ah! Es mucho mejor que nosotros, eso es lo que pasa... es mucho mejor que nosotros.

Al decir esto, el señor Jerome agitó las bridas con vehemencia, y levantó la vista con gran arrojo moral, como si el señor Stickney estuviera presente y fuera a ofenderse de su conclusión. Unos minutos después llegó a casa de la señora Wagstaff, donde se alojaba el señor Tryan. Había estado allí a menudo, así que el contraste entre aquella casa fea y cuadrada de ladrillo, con su descuidado trocito de césped, al que daban las ventanas de varias viviendas, y su precioso hogar blanco, en medio de un paraíso de huertos, jardines y prados, no le resultaba nuevo; pero esa tarde lo sintió con más intensidad mientras ataba lentamente las bridas de su yegua pinta a la estaca de madera, y llamaba a la puerta. El señor Tryan estaba en casa, y mandó decir que el señor Jerome subiera a su estudio, ya que no estaba encendida la chimenea de la sala.

Al pensar en el estudio del clérigo, es posible que tu imaginación demasiado viva, lector, evoque una estancia acogedora, donde el ambiente de comodidad se redime de su carácter seglar con una fuerte impronta eclesiástica en los muebles, el dibujo de la alfombra y los grabados de las paredes; donde, si se da una cabezada, es en una butaca de respaldo gótico, y con los pies en una imitación cálida y aterciopelada de unas vidrieras; donde el arte incontaminado del riguroso protestantismo inglés sonrío sobre la repisa de la chimenea en el retrato de un ilustre obispo, o el exquisito gusto anglicano se hace patente en un grabado alemán de Overbeck<sup>[124]</sup>; donde las paredes están cubiertas de selectas obras de teología con oscuras encuadernaciones, y la luz se ve suavizada por una pantalla de ramas con una iglesia gris en un segundo plano.

Pero he de pedirte que olvides todas esas bellezas escénicas, por muy apropiadas que sean para el carácter y la constitución de un clérigo; pues debo confesar que el estudio del señor Tryan era un cuartucho muy feo, con una vista muy fea de los tejados de las viviendas y los pequeños huertos sembrados de coles. Su propia persona, el escritorio y la librería eran lo único que había en la habitación con el más mínimo aire de refinamiento; y no había nada que indicase comodidad más que una maciza butaca de respaldo vertical tapizada con un chintz descolorido. El hombre que podía vivir en semejante habitáculo, sin sentirse constreñido por la pobreza, o se veía

alimentado por un intenso fervor interno o había elegido la forma menos atrayente de automortificación: la que, sin pasar hambre ni vestir el más áspero tejido de pelo de caballo, acepta lo vulgar, lo ordinario y lo feo cuando el deber supremo parece estar entre ellos.

—Señor Tryan, perdone que le moleste —dijo el señor Jerome—. Pero quería hablarle de algo en particular.

—Usted nunca me molesta, señor Jerome; me alegra mucho que venga a visitarme —respondió el señor Tryan, estrechándole efusivamente la mano y ofreciéndole la «cómoda» butaca tapizada de chintz—. Hace tiempo que no tenía ocasión de verlo, si exceptuamos los domingos.

—¡Ah, señor! Está siempre tan ocupado, lo sé muy bien; con todo lo que tiene que hacer... y encima yendo de un lado para otro; y sin un caballo, señor Tryan. No se cuida usted lo suficiente... No, señor; y de eso he venido a hablarle.

—Es muy amable por su parte, señor Jerome; pero le aseguro que andar me sienta bien: es casi una liberación después de hablar o de escribir. Ya sabe que mi recorrido no es muy grande. El lugar más alejado es la iglesia de Milby, y, si alguna vez necesito un caballo el domingo, alquilo el de Radley, que vive bastante cerca.

—Bueno, pero ahora llega el invierno, y se le mojarán los pies, y el doctor Pratt me ha dicho que tiene usted una constitución delicada, aunque no hace falta ser médico para darse cuenta. Y, según veo yo las cosas, señor Tryan, ¿quién ocupará su puesto si enferma? Ha iniciado usted una gran tarea en Milby, y podría continuarla si no le fallaran la salud y fuerzas. Cuanto más se cuida, más vivirá seguramente, si Dios quiere, para hacer el bien a sus semejantes.

—En cualquier caso, mi querido señor Jerome, no creo que mi vida vaya a ser muy larga; y, si tuviera que cuidarme más con el pretexto de hacer más el bien, probablemente me moriría sin haber hecho nada.

—Vamos, vamos, tener un caballo no le impediría trabajar. Podría hacer más cosas, aunque el doctor Pratt dice que lo peor para usted es forzar continuamente la voz. Mire, yo no soy ningún sabio, señor Tryan, y no voy a decirle lo que tiene que hacer, pero ¿no es casi como suicidarse trabajar por encima de sus fuerzas? No debemos echar a perder nuestra vida.

—No, echarla a perder a la ligera no, pero sí podemos dar nuestra vida por una causa justa. Hay muchos deberes, como sabe, señor Jerome, que están por delante de nosotros.

—¡Ah! No puedo discutir con usted, señor Tryan; pero quería decirle esto: tengo un pequeño caballo zaíno; me haría muy feliz si se quedara con él este invierno. He pensado en venderlo muchas veces, pues la señora Jerome no lo quiere; y ¿para qué necesito yo dos jamelgos? Pero tengo cariño al pequeño zaíno, y no me gustaría venderlo. Así que, si lo montara usted por mí, me haría un gran favor... ya lo creo que me lo haría, señor Tryan.

—¡Gracias, señor Jerome! Le prometo que se lo pediré cuando necesite un penco.



Es usted el hombre con el que más me alegraría estar en deuda; pero en estos momentos preferiría no tener un caballo. Lo montaría muy poco, y sería para mí un inconveniente más que una ventaja.

El señor Jerome pareció preocupado e indeciso, como si tuviera algo en la cabeza que le costara expresar con palabras.

—Perdone, señor Tryan —dijo finalmente—, no me gustaría tomarme libertades, pero sé que un clérigo como usted tiene que atender muchas peticiones. ¿Es por el gasto, señor Tryan? ¿Es por el dinero?

—No, mi querido señor Jerome. Tengo más de lo que un hombre solo necesita. Mi forma de vida ha sido una elección mía, y únicamente hago lo que me siento obligado a hacer, dejando a un lado las consideraciones económicas. Ya sabe que no podemos juzgar al prójimo; todos tenemos nuestras debilidades y tentaciones. No tengo nada en contra de que otro hombre se permita más lujos, y le aseguro que no me siento nada superior por prescindir de ellos. Al contrario, si mi corazón fuera menos rebelde, y yo menos propenso a las tentaciones, no necesitaría esta clase de abnegación. Pero es usted muy amable —añadió el señor Tryan, tendiendo la mano al señor Jerome—, y le bendigo por ello. El día que necesite un caballo, le pediré el zaíno.

El señor Jerome no tuvo más remedio que contentarse con esta promesa, y volvió a casa compungido, reprochándose no haberle dicho una cosa que tenía pensada, y haber «olvidado por completo» esgrimir los argumentos del señor Stickney.

El señor Jerome no era el único al que preocupaba seriamente la idea de que el exceso de trabajo estaba minando la salud del coadjutor. En algunos tiernos corazones femeninos, la inquietud por el estado de sus sentimientos empezaba a mezclarse con la inquietud por el estado de su salud. La señorita Eliza Pratt había pasado una época de insomnes meditaciones sobre la posibilidad de que el señor Tryan estuviera comprometido con alguna dama de otro lugar... de Laxeter, por ejemplo, donde había sido coadjutor antes; y sus hermosos ojos estaban constantemente alerta para que no se le escapara ninguna señal de que su corazón no estaba libre. Le pareció alarmante que sus pañuelos estuvieran primorosamente marcados con cabello<sup>[125]</sup>, hasta que recordó que tenía una hermana soltera de la que había hablado con mucho cariño y que era el consuelo de su padre. Además, el señor Tryan no había ido a visitar a nadie que viviera lejos, solo un par de días a su padre, ni había insinuado jamás que fuera a comprar una casa o a cambiar su forma de vida. ¡No! No podía estar comprometido, aunque quizá hubiera sufrido algún desengaño. Pero, de esta última tribulación, es sabido por todos que un piadoso clérigo puede recobrase con ayuda de unos bonitos ojos grises que le miren radiantes con amorosa veneración. Antes de Navidad, sin embargo, sus cavilaciones tomaron otro derrotero. Oyó decir a su padre con rotundidad que Tryan estaba tísico y que, si no se cuidaba más, no le quedaba un año de vida; y la vergüenza de haber hecho cábalas sobre unas suposiciones que iban a resultar falsas arrojó a la pobre señorita Eliza, con un ímpetu arrollador, al canal de la

tristeza y la inquietud ante la perspectiva de perder al pastor que había abierto para ella una vida nueva de piedad y dominio de sí misma. Es una de nuestras tristes debilidades, al fin y al cabo, recubrir de un halo de santidad al hombre que pensamos que va a morir; como si la vida no fuera también sagrada; como si amar y reverenciar al hermano que ha de escalar con nosotros el difícil precipicio fuera algo trivial, y todas nuestras lágrimas y nuestra ternura las mereciera quien se ahorra tan arduo viaje.

Las señoritas Linnet, asimismo, empezaron a tener otra visión del futuro, en la que no tenían cabida los celos de la señorita Eliza Pratt.

—¿Se fijaron —preguntó Mary, una tarde en que la señora Pettifer estaba tomando el té con ellas—, se fijaron en la tos seca y breve que tenía ayer el señor Tryan? Cada semana que pasa está peor. Me encantaría conocer a su hermana; le escribiría para contarle cómo está. Habría que hacer algo para que no trabajase tanto, y estoy segura de que aquí no hará caso a nadie.

—¡Ah! —exclamó la señora Pettifer—, es una gran lástima que su padre y su hermana no puedan venir a vivir con él, si no piensa casarse. Aunque me encantaría que se hubiera enamorado de una mujer cariñosa que tuviera un hogar acogedor para él. Pensaba que podría gustarle Eliza Pratt; es una muchacha buena y muy bonita; pero ya no lo veo nada probable.

—No, la verdad es que no —dijo Rebecca, con cierto énfasis—: el corazón del señor Tryan no podrá conquistarlo ninguna mujer: lo ha entregado todo a su trabajo; y lo último que desearía es que tuviera una mujer joven y poco experimentada que fuera un estorbo para él en vez de servirle de ayuda.

—Necesitaría tener a alguien, joven o viejo —señaló la señora Linnet—, que le obligara a ponerse el chaleco de franela y a cambiarse las medias cuando llega a casa. En mi opinión, tiene ese catarro porque se sienta con las medias y los zapatos mojados; y esa pobre señora Wagstaff tiene una cabeza de chorlito; no se ocupa nada de él.

—¡Oh, madre! —protestó Rebecca—, es una mujer muy piadosa. Y estoy segura de que piensa que lo que es un gran privilegio es tener al señor Tryan en casa, y no hacer todo lo posible para que se sienta cómodo. No puede evitar que su alojamiento sea sucio y miserable.

—No tengo nada que objetar a su piedad, querida; pero no me gustaría nada que la señora Wagstaff preparase mis comidas. Cuando un hombre llega hambriento y agotado, la piedad no le alimenta, supongo. Las zanahorias duras le pesarán en el estómago, con piedad o sin ella. Pasé por casa de la señora Wagstaff un día en que estaba sirviendo el almuerzo del señor Tryan, y las patatas estaban llenas de agua. Está muy bien ser espiritual, no tengo nada en contra; pero me gustan las patatas harinosas. No creo que nadie llegue antes al cielo por no digerir sus comidas... siempre que no muera antes, como tal vez le ocurra al señor Tryan, ¡pobrecillo!

—Será un día muy triste para nosotras cuando eso suceda —dijo la señora Pettifer

—. Jamás encontraremos a nadie que llene *ese* vacío. Acaba de llegar un nuevo clérigo a Shepperton, el señor Parry; lo vi el otro día en casa de la señora Bond. Puede que sea un hombre muy bueno y un excelente predicador, como dicen; pero yo pensé: «¡Menuda diferencia entre él y el señor Tryan!». Parece un hombre bastante severo, no tiene la sensibilidad del señor Tryan. Lo que me maravilla del señor Tryan es que se pone al nivel de cualquiera, y habla con todos como un hermano. Nunca me da miedo contarle nada. Jamás mira a nadie por encima del hombro. Ningún hombre ha sabido alentar como él a los que están desesperados.

—Sí —dijo Mary—. Y, cuando veo todas las caras levantadas hacia él en la iglesia de Paddiford, a menudo pienso que no lo tendrá nada fácil el clérigo que venga tras él; se ha hecho querer tanto por la gente...

## Capítulo XII

En las visitas esporádicas a su querida vecina la señora Pettifer, una amiga demasiado antigua para distanciarse de ella por ser una tryanita, Janet se veía obligada a veces a escuchar comentarios sobre el señor Tryan, e incluso elogios de él, que normalmente recibía con divertida incredulidad.

—Bueno —contestó un día—, me gusta mucho más nuestro querido y anciano señor Crewe con sus pipas que su señor Tryan con su Evangelio. Cuando era muy pequeña, el señor y la señora Crewe me dejaban jugar en su jardín, porque en casa no teníamos, y pusieron un columpio entre los olmos más altos. Me gusta la gente buena; la bondad es mi religión; y por eso me gusta usted, querida señora Pettifer, aunque sea tryanita.

—Pero ésa también es la religión del señor Tryan... al menos en parte. No hay nadie tan entregado como él a hacer el bien entre los pobres; y además se preocupa de su cuerpo, no solo de su alma.

—Oh sí, sí; pero luego habla de la fe, y de la gracia, y de todas esas cosas, y hace creer a la gente que son mejores que los demás, y que Dios les quiere más que al resto del mundo. Sé que ha metido muchas de estas ideas en la cabeza de Sally Martin, y eso no le ha hecho ningún bien. Antes era una chica muy amable, honrada y paciente; y ahora cree tener una nueva luz y una nueva sabiduría. No me gustan nada esas ideas.

—Se equivoca con él, ¡ya lo creo que se equivoca!, mi querida señora Dempster. Ojalá fuera a uno de sus sermones.

—¿A uno de sus sermones? ¡Qué mala es! Le encantaría convencerme de que desobedeciera a mi marido, ¿no es así? ¡Increíble! Será mejor que me aleje enseguida de usted. Adiós, señora Pettifer.

Pocos días después de esta conversación, sin embargo, Janet fue a ver a Sally Martin hacia las tres de la tarde. El pudín que acababan de enviarles a «mamá» y a ella le pareció justo la clase de bocado delicioso que a la pobre muchachita tísica le apetecería, y, con su impulsividad habitual, se levantó de la mesa, se puso el sombrero y se dirigió con el plato tapado a la calle vecina. Cuando entró en la casa no vio a nadie; pero en el cuartito contiguo, donde estaba tendida Sally, oyó una voz. No la había oído antes, pero adivinó enseguida que era del señor Tryan. Su primer impulso fue dejar el plato y marcharse, pero la señora Martin quizá no estuviera en casa, y entonces nadie le daría a Sally aquel delicioso trozo de pudín. Así que se quedó callada, y no tuvo más remedio que escuchar las palabras del señor Tryan. Éstas se vieron interrumpidas por un violento ataque de tos de la enferma.

—Le duele mucho, ¿verdad? —dijo el clérigo cuando ella se calmó—. Pero Dios parece haberle dado una fortaleza asombrosa. Rece por mí, Sally, para que yo también pueda sobrellevarlo cuando llegue la hora del gran sufrimiento. Una de mis mayores flaquezas es el miedo al dolor físico, y no creo que tarde mucho en tener que

soportar lo que usted está soportando ahora. Pero ya la he cansado demasiado. Hemos hablado un buen rato. Adiós.

Janet estaba sorprendida, y olvidó su deseo de no encontrarse con el señor Tryan: ¡el tono y las palabras eran tan diferentes de lo que había esperado! No había en ellos la unción presuntuosa del maestro, que cita, exhorta y habla en beneficio de quien le escucha, sino una sencilla petición de ayuda, una confesión de flaqueza. ¿El señor Tryan tenía sus tribulaciones, entonces? ¿El señor Tryan sabía, al igual que ella, lo que era temblar ante un sufrimiento previsto... y estremecerse ante un padecimiento inminente, más abrumador de lo que se sentía capaz de soportar?

La acción virtuosa más resplandeciente no habría hecho que Janet se acercara tanto al señor Tryan como su hermandad en el sufrimiento; y la dulzura de ese pensamiento se reflejaba en sus ojos cuando él apareció en el umbral, pálido, agotado y abatido. La visión de Janet en medio del ensimismamiento que sigue a una impresión nueva y muy vívida hizo que él se sobresaltara y se detuviera. Sus ojos se encontraron, y los dos se observaron unos instantes con gravedad. Luego se saludaron con la cabeza, y el señor Tryan se marchó.

Existe un poder en la mirada de un alma humana sincera y afectuosa que contribuye más a disipar los prejuicios y avivar la comprensión que los argumentos más elaborados. La exposición completa de la doctrina del señor Tryan no habría bastado para convencer a Janet de que él no experimentaba una odiosa autocomplacencia al considerarse un hijo excepcional de Dios; pero una mirada de él, llena de patetismo, había logrado desvincularlo para siempre de semejante idea.

Aquello ocurrió a finales de otoño, no mucho antes de que Sally Martin muriera. Janet no comentó con nadie su nueva impresión, pues tenía miedo de toparse con algo que contradijera aún más sus convicciones anteriores. Todos tenemos bastante consideración por el ser que fuimos en otro tiempo, y no nos gusta censurar a ese respetable individuo refutando por completo sus opiniones. Janet no pudo volver a pensar en el señor Tryan sin simpatía, pero siguió rechazando la idea de convertirse en una de sus oyentes y admiradoras. Era un cambio de rumbo con respecto al pasado que armonizaba tan poco con sus inclinaciones como con sus circunstancias.

Y lo cierto es que aquel encuentro con el señor Tryan no tardó en ser empujado al fondo de la memoria de la pobre Janet por el sufrimiento cada vez más infernal de su vida cotidiana.

## Capítulo XIII

La pérdida del señor Jerome como cliente resultó ser solo el principio de las adversidades de Dempster. En ese anciano caballero quedaban aún los vigorosos restos de una energía y una perseverancia que habían forjado su fortuna; y, al ser muy dado, como he insinuado ya, a regodearse rumiando las cosas cuando su indignación estaba justificada, decidió proseguir su guerra retributiva contra el abogado hostigador. Como ejercía cierta influencia sobre el señor Pryme, uno de los contribuyentes más importantes de la parroquia vecina de Dingley, y éste tenía una cuenta privada muy enrevesada y antigua con Dempster, el señor Jerome incitó a este caballero a investigar algunos puntos sospechosos en el manejo del abogado de los asuntos parroquiales. La consecuencia lógica fue una disputa personal entre Dempster y el señor Pryme; el cliente pidió su cuenta, y luego vino la vieja historia de los honorarios exorbitantes del abogado, con el molesto anticlímax de los impuestos.

Estos desagradables hechos, que se prolongaron varios meses, corrieron paralelos al urgente asunto del pleito del señor Armstrong, que amenazaba con dar un giro que dejaba en bastante mal lugar la previsión profesional del señor Dempster; y no es raro que, al hallarse en un constante estado de irritación y nerviosismo con sus propios asuntos, apenas le quedara tiempo para hacer gala de su espíritu público, o para reavivar la vana esperanza del sólido anglicanismo contra la falsedad y la hipocresía. Más de una persona que le guardaba rencor empezó a decir con complacencia que «la suerte lo había abandonado»; sobre todo la señora Linnet, que creía ver con claridad cómo maduraba poco a poco un plan providencial, gracias al cual el hombre que la había despojado de Pye's Croft recibiría su merecido. Por otra parte, los clientes satisfechos con Dempster, que opinaban, atendiendo a sus conveniencias, que el castigo de su maldad debía diferirse hasta el otro mundo, advirtieron con cierta preocupación que bebía más que nunca, y que tanto su carácter como sus impulsos se volvían cada vez más violentos. Por desgracia, esos vasos de *brandy* adicionales, esa exasperación y esos improperios tenían otros efectos aparte de los que inquietaban a sus clientes: eran pequeños símbolos añadidos que aumentaban constantemente la suma de la desdicha hogareña.

¡Pobre Janet! Cuán lentamente pasaban los meses para ella, cargados de nuevas penas mientras el verano daba paso al otoño, el otoño al invierno, y el invierno de nuevo a la primavera. Cada mañana febril, con su vana languidez y su desesperación, parecía más odiosa que la anterior; cada noche que se acercaba, más imposible de afrontar sin recurrir al sopor plomizo. La luz de la mañana no le deparaba ninguna alegría, parecía solo iluminar cuanto había ocurrido a la oscura luz de las velas: el hombre cruel sentado inmovible en su alcohólica obstinación al lado del fuego apagado y de las luces agonizantes del comedor, reprendiéndola a gritos con dureza, repitiendo viejos reproches; o el espantoso vacío de algo olvidado, algo que debía haberle causado ese oscuro moratón en el hombro, que le dolía al vestirse.

¿Te gustaría saber por qué las cosas habían llegado a ser así? ¿Qué delito había cometido Janet en sus primeros años de matrimonio para desatar el odio brutal de ese hombre? Las semillas de las cosas son muy pequeñas: las horas que separan la salida del sol y la penumbra de la medianoche están marcadas por los diminutos números del reloj; y Janet, al recordar los quince años que llevaba casada, apenas sabía cómo o dónde había empezado aquella desdicha infinita; apenas sabía cuándo el dulce amor conyugal y la esperanza que creía eternos se habían convertido en un ocaso de la memoria y la indulgencia, antes de que llegara la noche más oscura.

Para la anciana señora Dempster, el verdadero origen de todo eran las deficiencias de Janet como ama de casa.

«Janet —se decía— siempre anda corriendo de un lado para otro, ayudando a otras personas y descuidando su propio hogar. Eso irrita a un hombre: ¿de qué sirve que una mujer sea cariñosa y mime mucho a su marido si no se preocupa de tener la casa como a él le gusta; si no está cerca de él cuando la necesita; si no atiende todos sus deseos, por pequeños que sean? Eso es lo que hacía yo cuando estaba casada, aunque no hiciera tantas carantoñas a mi marido. Además, Janet no tiene hijos.»

¡Ah! Ahí mamá Dempster había puesto el dedo en la llaga, quizá no de la crueldad de su hijo, pero sí de la mitad del sufrimiento de Janet. Si hubiera tenido bebés que acunar, pequeños que se arrodillaran con sus camisones para decir las oraciones junto a ella, niños cariñosos que la abrazaran y curaran con un beso sus lágrimas, su pobre corazón hambriento habría sido alimentado con un amor sólido, y no habría necesitado jamás calmar su sed con aquel ardiente veneno. ¡Poderosa es la fuerza de la maternidad!, nos dice el gran poeta trágico<sup>[126]</sup> a través de los siglos, encontrando, como siempre, las palabras más sencillas para los hechos más sublimes: *δδεινὸν τὸ τικτεινέστίν*. Transforma todas las cosas con su calor vital: convierte la timidez en fogoso valor, y la rebeldía temeraria en trémula sumisión; convierte la irreflexión en clarividencia, y toda ansiedad en dicha serena; hace que el egoísmo se vuelva abnegación, e incluso da a la dura vanidad la mirada del amor maravillado. ¡Sí! Si Janet hubiera sido madre, se habría librado de gran parte no solo de su pecado, sino también de su dolor.

Pero no pienses que había o dejaba de haber algo en la pobre Janet que justificara la crueldad de su marido. La crueldad, como cualquier otro vicio, no requiere ningún motivo fuera de sí misma: solo requiere una oportunidad. Dempster no tenía ningún motivo para beber aparte de su ansia de hacerlo; la presencia del *brandy* era la única condición necesaria. Y un hombre frío, tirano y brutal no necesita ningún motivo para dar rienda suelta a su crueldad; solo necesita la presencia constante de una mujer que llama suya. Un parque lleno de animales mansos y de mirada asustadiza que pudiera atormentar a su antojo no colmaría igual su sed de tortura; no podrían *sentir* como lo hace una mujer; no podrían formular la réplica acerba que afila el odio.

La amargura de Janet se desbordaba en palabras impulsivas; no estaba en su carácter someterse a la crueldad; sería capaz de cualquier cosa por atajar una

injusticia, aunque se doblegara en un instante ante una palabra o una mirada que evocara los lejanos días de cariño; y, en momentos de relativa calma, a menudo recuperaba su dulce hábito femenino de prodigar mimos y caricias. Pero esos días se habían vuelto raros, y el alma de la pobre Janet era como un mar encrespado, azotado por una nueva tempestad antes de que las viejas olas se hubieran calmado. Una resistencia orgullosa, airada y una entereza arisca eran ahora sus únicas alternativas. Lo sobrellevaría con dignidad de cara al mundo, pero también frente a él; es posible que su debilidad de mujer implorara piedad con un grito tras un fuerte golpe, pero, por voluntad propia, jamás haría nada para aplacar a su marido, a menos que él se ablandara antes. ¿Qué había hecho ella aparte de amarlo con toda su alma, y de creer neciamente en él? A él su carne tierna y delicada no le inspiraba la menor compasión; podía descargar la mano en el suave cuello que antaño pedía besar. Y, sin embargo, ella era incapaz de reconocer su desgracia; se había casado ciegamente, y aguantaría hasta el terrible final, fuese cual fuese. Mejor aquel sufrimiento que la existencia vacía que llevaría fuera del hogar conyugal.

Pero había una persona que oía todas las quejas y todos los gritos de amargura y desesperación que Janet nunca caía en la tentación de revelar a nadie; y, ¡ay!, en sus peores momentos, Janet lanzaba violentos reproches contra esa paciente observadora. Pues los agravios que despiertan nuestro furor solo encuentran en nosotros un médium; nos recorren como una vibración, y nosotros infligimos el mismo dolor que hemos padecido.

La señora Raynor advirtió con la mayor claridad a lo largo del invierno que las cosas empeoraban en Orchard Street. Tenía bastantes pruebas de ello cuando Janet iba a verla; y, aunque programaba de tal modo las visitas a su hija que apenas veía a Dempster, tenía muchos indicios no solo de que él bebía demasiado, sino también de que empezaba a perder esa capacidad física para aguantar los excesos que llevaba tanto tiempo despertando la admiración de espíritus tan refinados como el del señor Tomlinson. Y Dempster parecía tener cierta conciencia de ello, cierta desconfianza en él; pues, antes de que acabara el invierno, renunció a su costumbre de salir solo en carruaje; y nadie volvió a verlo en su calesa sin un criado al lado.

Némesis<sup>[127]</sup> es coja, pero de estatura colosal, como los dioses; y algunas veces, antes de desenvainar su espada, extiende su gigantesco brazo izquierdo y captura a su víctima. La mano poderosa es invisible, pero la víctima se tambalea con el terrible zarpazo.

Los síntomas variados de que las cosas se ponían cada vez peor para los Dempster proporcionaron a los chismosos de Milby algo nuevo que decir sobre un viejo tema. La señora Dempster, comentaba todo el mundo, parecía más desgraciada que nunca, aunque siguiera fingiendo que vivía feliz y satisfecha. Rara vez salía de casa, como antes, cuando salía a hacer sus buenas obras; y hasta la señora Crewe, que siempre se había negado a ver los defectos de su querida Janet, se veía obligada a reconocer que últimamente no parecía ella.



—La pobre anda mal de salud —decía la bondadosa anciana, en respuesta a las habladurías sobre Janet—; siempre ha tenido unas jaquecas horribles, y sé bien lo que es una jaqueca...; a veces la hacen a una desvariar.

La señora Phipps, por su parte, declaró que nunca volvería a aceptar una invitación de los Dempster; se estaba volviendo tan desagradable ir a su casa... La señora Dempster parecía a menudo «tan rara». Por supuesto, circulaban historias terribles sobre cómo Dempster trataba a su mujer; pero, en opinión de la señora Phipps, los dos estaban cortados por el mismo patrón. La señora Dempster jamás había sido como las demás mujeres; siempre había tenido un aire veleidoso, llevando bolsitas de rapé a la vieja señora Tooke, y yendo a tomar el té con la señora Brinley, la mujer del carpintero; y nunca se preocupaba de lo que se ponía, y vestía igual entre semana que los domingos. Un hombre tiene muy poco futuro con una mujer así. El señor Phipps, afable y lacónico, se preguntaba por qué disfrutarían tanto las mujeres criticándose entre sí.

El doctor Pratt, después de atender provisionalmente a un paciente del doctor Pilgrim por una fractura complicada, tuvo con su colega una amistosa charla al día siguiente:

—Así que Dempster ha dejado de conducir el carruaje —dijo—; bueno, no acabará partiéndose el pescuezo, después de todo. Tendrá usted en vez de eso un caso de meningitis y de delírium trémens.

—¡Ah! —respondió el doctor Pilgrim—, no creo que aguante mucho tiempo con ese ritmo que lleva. Está tremendamente disgustado por el asunto de Armstrong. Ya sé que le va a perjudicar, pero Dempster ha tenido que hacerse de oro; seguro que se puede permitir una pequeña pérdida.

—Su bufete durará más que él, eso está claro —afirmó el doctor Pratt—; el día menos pensado, su corazón se parará como el resorte de un reloj.

Otro mal augurio para Dempster se produjo a principios de marzo. Fue entonces cuando la diminuta «Mamsey» murió, murió súbitamente. La criada la encontró inmóvil en su butaca, con la labor en el suelo, y la gata parda apoyada en ella sin que nadie la regañara. La anciana blanca y menuda había concluido su estación invernal de paciente dolor, convencida hasta el final de que «Robert podría haber sido tan buen marido como hijo».

Cuando cubrieron de tierra el féretro de Mamsey, y el hijo, con una bufanda de crespón negro y una cinta en el sombrero, se dio media vuelta para volver a casa, su ángel de la guarda, con las alas extendidas en el borde de la tumba, le miró con desesperación, y se alejó volando para siempre.

## Capítulo XIV

La última semana de marzo, tres semanas después de que muriera la anciana señora Dempster, se produjo la desagradable ruptura profesional entre Dempster y el señor Pryme; y, con ese nuevo motivo de irritación, las borracheras diurnas del abogado alcanzaron su fase más frenética y brutal. El viernes por la mañana, antes de salir para Rotherby, le dijo a su mujer que había invitado a cenar a «cuatro señores» esa misma tarde a las seis y media. La noche anterior había sido terrible para Janet, y, cuando su marido rompió su lúgubre silencio matinal para decirle esas palabras, tenía una mirada tan inexpresiva y apática que él añadió con voz estridente:

—¿Me has oído, o se lo digo a la cocinera?

Ella dio un respingo, y dijo:

—Claro que te he oído.

—Entonces ocúpate de que haya una buena cena, y no te pases el día andando por ahí como una loca.

Media hora después la señora Raynor, silenciosamente atareada en la cocina con las faenas domésticas (pues no tenía más que una criada de doce años), se sobresaltó al oír el chirrido de la verja del jardín y que alguien abría la puerta de entrada. Conocía los pasos, y al instante adivinó la escena que se avecinaba. Se apresuró a salir de la cocina, y en el pasillo, como había vislumbrado, encontró a Janet toda demacrada, como si no hubiera pegado ojo en toda la noche, con el vestido maltrecho y el paso vacilante. No dio los buenos días a su madre, ni tampoco la besó. Entró en la sala y, sentándose en el sofá que había enfrente de la butaca de la señora Raynor, contempló con la mirada perdida muebles y paredes hasta que las comisuras de sus labios empezaron a temblar, y sus ojos oscuros se llenaron de lágrimas que resbalaron por sus mejillas. La madre se sentó en silencio frente a ella, sin atreverse a hablar. Estaba segura de que no había ocurrido nada nuevo, y de que el torrente de palabras, más tarde o más temprano, acabaría abriéndose camino.

—¡Madre! ¿Por qué no me dice nada? —exclamó Janet finalmente—; le da a usted igual que sufra; me echa en cara que me sienta... que sea desgraciada.

—Tesoro, yo no te echo nada en cara; me das mucha pena. Te has levantado con jaqueca, has pasado muy mala noche. Te prepararé una taza de té. Quizá no hayas desayunado bien.

—Claro, eso es lo que le gusta pensar, madre. Es la historia de siempre, cree. No me pregunta qué ha pasado. Está harta de escucharme. Es usted tan cruel como los demás; todos somos crueles en este mundo. Todo son culpas, culpas, culpas; jamás un poco de compasión. Dios es cruel por haberme traído al mundo para que sufra tanto.

—Janet, Janet, no digas eso. No somos quiénes para juzgar; debemos resignarnos; debemos dar gracias por el don de la vida.

—¿Dar gracias? ¿Por qué tenemos que hacerlo? Dios me ha dado un corazón para sentir, y lo único que me ha enviado es sufrimiento. ¿Qué culpa tengo yo? ¿Cómo iba

a saber lo que ocurriría? ¿Por qué no me avisó usted, madre? ¿Por qué dejó que me casara? Usted sabe lo brutales que pueden ser los hombres; y lo mío ya no tiene remedio... ni esperanza. No puedo quitarme la vida; lo he intentado; pero no puedo dejar este mundo para irme al otro. Quizá tampoco haya compasión en él.

—Janet, hija mía, claro que hay compasión en este mundo. ¿Acaso he hecho yo otra cosa que quererte? Y hay compasión en el Señor. ¿Acaso no sientes compasión de los desdichados que sufren? Pues eso es obra de Él, ¿de quién si no?

La irritación nerviosa de Janet estalló en llanto en lugar de quejas; y su madre lo agradeció, pues, tras la crisis probablemente llegaría el descanso, la ternura y una calma relativa. La señora Raynor fue a preparar el té y, cuando volvió con la bandeja en las manos, Janet se había enjugado las lágrimas y se volvió hacia ella esbozando una débil sonrisa; pero el pobre semblante, en su belleza triste y desdibujada, resultaba mucho más patético.

—Se ha empeñado usted en que tome té, madre —dijo—, así que beberé un poco. Pero debo volver a casa enseguida porque tenemos invitados a cenar. ¿Por qué no viene conmigo y me ayuda, madre?

La señora Raynor siempre estaba dispuesta. Se fue con Janet a Orchard Street, y se quedó todo el día con ella, consolándose en cierto modo al ver que, a medida que se acercaba la cena, su hija parecía más contenta y tenía ganas de arreglarse. A las cinco y media todo estaba listo; Janet se había vestido; y, cuando su madre le dio un beso y se despidió, no pudo evitar detenerse un instante para admirar con tristeza su figura alta y generosa, todavía más imponente por la sobriedad de su vestido negro de luto, y su noble rostro de abundante cabellera negra, que dignificaba una sencilla cofia blanca. Janet tenía esa belleza imperecedera que dan una silueta majestuosa y la intensidad del color. Los disgustos y la falta de cuidados dejan su huella en una belleza así, pero ésta sigue emocionándonos hasta el final, como un maravilloso templo griego, pues lo que éste ha perdido en manos del tiempo y de los bárbaros no solo ha hecho más solemne su historia, sino que aguza nuestra imaginación por privárnoslo a los sentidos.

Habían dado las seis cuando Dempster regresó de Rotherby. Era evidente que había bebido mucho y estaba de mal humor; pero Janet, que se había armado de un poco de valor y de paciencia por haber cumplido todo el día con su deber, decidió mostrarse afable con él.

—Robert —dijo dulcemente, cuando vio que se sentaba en el comedor con su traje polvoriento y sucio de rapé, y sacaba unos documentos del bolsillo—, ¿no prefieres lavarte y vestirte para la cena? Te sentirás mejor.

—¡Déjame en paz! —contestó Dempster, en su tono más brutal.

—Cámbiate la chaqueta y el chaleco. ¡Tienen tanto polvo! Te he sacado las cosas.

—Ah, ¿sí?

Unos minutos después se levantó con parsimonia y subió al dormitorio.

A menudo había reprendido a Janet por no prepararle la ropa, y ella creyó, no sin

cierto asombro, que aquel detalle había sido de su agrado.

—¡Janet! —gritó al cabo de unos instantes Dempster; y ella subió al piso de arriba—. ¡Toma! ¡Cógela! —dijo, en cuanto Janet se asomó a la puerta, lanzándole la chaqueta que le había preparado—. Y la próxima vez, ni se te ocurra decirme lo que tengo que hacer.

La chaqueta, arrojada con fuerza, solo le rozó el hombro, y fue caer en la sala de estar, que estaba justo enfrente con la puerta abierta. Janet se apartó corriendo cuando vio acercarse el chaleco; y una por una, todas las prendas que le había sacado fueron lanzadas a la sala.

El rostro de Janet enrojeció de indignación, y, por primera vez en su vida, el resentimiento fue mayor que el orgullo de ocultar sus penas al mundo, que llevaba tanto tiempo alimentando. Hay momentos en que, por algún extraño impulso, contradecemos lo que fuimos antes: momentos fatídicos en los que un arranque de ira, como un río de lava, degrada el trabajo de la mitad de nuestra vida.

«No recogeré la ropa —pensó Janet—; se quedará en el suelo hasta que lleguen los invitados, y a él se le caerá la cara de vergüenza.»

Llamaron a la puerta, y Janet se apresuró a sentarse en la sala para que la criada no pudiera llevarse la ropa, que yacía desperdigada entre la mesa y el suelo. El señor Lowme entró con un invitado de menos confianza, un cliente de Dempster, y acto seguido apareció su marido.

Éste miró la ropa en el suelo y, con una expresión diabólica de odio concentrado, se volvió hacia Janet, que, todavía roja y excitada, fingió no percatarse de nada. Después de estrechar la mano de sus invitados, Dempster tocó la campanilla.

—Recoja esa ropa —ordenó a la criada, sin volver a mirar a Janet.

Durante la cena, ella no abandonó ese falso aire de indiferencia, y trató de mostrarse muy animada, riéndose y hablando más de lo habitual. En realidad, sentía como si hubiera desafiado a una bestia salvaje en el interior de su guarida, y ésta se agazapara en la oscuridad preparando su ataque mortal. Dempster fingió no reparar en su presencia, habló a gritos y bebió sin parar.

Hacia las once el grupo se dispersó, a excepción del señor Budd, que había llegado después de la cena y parecía dispuesto a seguir bebiendo un rato. Janet empezó a cobrar esperanzas de que se quedara hasta que Dempster estuviera tan ebrio que acabara durmiéndose en las escaleras, una forma no muy frecuente pero sí esporádica de terminar sus noches. Dijo a las criadas que se acostaran, y se desvistió y se metió en la cama, tratando de engañarse con el pensamiento de que el día había terminado para ella. Pero, cuando se tumbó, se notó más despierta que nunca. Todo lo que había tomado aquella noche parecía únicamente potenciar sus sentidos y sus miedos. Su corazón palpitaba con violencia, y oía hasta el último ruido de la casa.

Finalmente, a las doce, oyó que el señor Budd se marchaba y la puerta se cerraba de un portazo. Dempster no se había movido. ¿Estaría dormido? ¿Se olvidaría de ella? Cada minuto se le hizo eterno mientras, con el pulso acelerado, aguzaba el oído

para que no se le escapara nada.

—¡Janet! —la voz sonora y estridente pareció golpearla como un arma arrojadiza —. ¡Janet! —gritó su marido de nuevo, saliendo del comedor y parándose al pie de la escalera.

Reinó el silencio unos instantes.

—Si no vienes, te mato.

Otra pausa, y oyó que él volvía al comedor. Iba en busca de una luz... o quizá de un arma. Tal vez quisiera matarla. Pues que lo hiciera. La vida era tan espantosa como la muerte. Llevaba años corriendo hacia un horror desconocido pero ineludible; y ahora lo tenía a un paso. Se sentía casi feliz. Estaba en un estado de rebeldía acalorada y febril que neutralizaba sus terrores femeninos.

Oyó las fuertes pisadas de él en la escalera; vislumbró una luz que avanzaba con lentitud. Luego vio la figura gigantesca, y el rostro de facciones toscas ciego de ira y alcohol. Solo tenía una vela en la mano. La dejó en la mesa y se acercó a la cama.

—Así que crees que puedes desafiarme, ¿no? Ya veremos lo que dura eso. ¡Levántate inmediatamente! ¡Sal de la cama!

Ante la presencia cercana de aquel hombre abominable, y de su fuerza arrolladora, provista de una voluntad feroz, la rebeldía desesperada de la pobre Janet se desvaneció; y volvió a ser presa del terror. Toda temblorosa, se levantó y se quedó indefensa, en camisón, delante de su marido.

Él la agarró del hombro con violencia, y la obligó a andar delante de él.

—¡Yo te bajaré esos humos! ¡Yo te enseñaré a respetarme!

Lentamente, la empujó escaleras abajo y por todo el pasillo, donde un pequeño candil seguía parpadeando. ¿Qué se proponía hacer? Janet creía que en cualquier momento la tiraría al suelo. Pero no dio ningún grito, solo temblaba.

La empujó hasta la entrada, y la agarró con fuerza mientras descorría el pestillo. Luego entreabrió la puerta, la obligó a salir y dio un portazo tras ella.

Por unos instantes, Janet se sintió liberada. El desapacible viento del nordeste, que atravesaba su fino camisón y agitaba su largo y abundante cabello negro, era como una bocanada de compasión después de haberse visto en las garras de aquel monstruo amenazante. Pero la sensación de haberse librado de un terror cerval dio paso al sentimiento de lo ineluctable de su destino.

¿Era ése, entonces, el final del viaje que llevaba haciendo todos aquellos años de sufrimiento? No era la muerte, todavía. ¡Oh!, si hubiera tenido el valor suficiente, la muerte habría sido mejor. Las criadas dormían en la parte trasera de la casa; era imposible que la oyeran y le dejaran entrar sigilosamente sin que su marido se enterara. Y tampoco quería intentarlo. Él la había echado de casa, y para siempre.

El silencio en Orchard Street habría sido sepulcral sin el silbido del viento y los remolinos del polvo de marzo en el empedrado. Gruesas nubes cubrían el cielo; todas las puertas estaban cerradas; todas las ventanas, oscuras. Ningún rayo de luz caía sobre la figura alta y blanca que seguía triste y solitaria en los escalones de entrada;

ninguna mirada se posaba en Janet cuando se desplomó en la piedra helada, y contempló la lúgubre noche. Parecía estar mirando su futuro sin esperanza.

## Capítulo XV

La calle empedrada, el gélido viento del nordeste y la oscuridad... y, en medio de ellos, una delicada mujer expulsada del hogar de su marido con un camisón de tela fina; el viento azota sus pies descalzos y retira su larga cabellera del pecho semidesnudo, donde su pobre corazón no cabe en sí de angustia y desesperación.

El hombre que se ahoga, alentado por la suprema agonía, revive en un segundo toda la felicidad y la tristeza de su pasado: cuando la oscura avalancha cae sobre él como un telón, la memoria, en un instante fugitivo, vuelve a ver representada toda la obra. E incluso en esas crisis anteriores que no son sino una especie de muerte — cuando nos vemos arrancados bruscamente de la vida que conocemos, cuando ya no podemos esperar que el mañana se parezca al ayer, y nos encontramos por algún golpe inesperado en los confines de lo desconocido— resplandece a menudo ese destello en los rincones más oscuros y solitarios de la memoria.

Cuando Janet se sentó tiritando en los escalones de la entrada, dejando su pasado tras aquella puerta, y con un futuro tan sombrío y azaroso como la noche, las escenas de su niñez, juventud y dolorosa madurez, acudieron a su pensamiento y se mezclaron con su desolación. La niña mimada que se acostaba con su juguete nuevo; la jovencita, orgullosa de su belleza y de su fuerza, que soñaba que la vida era una empresa fácil; la novia que pasaba con temblorosa alegría del patio exterior al santuario interior de la vida de una mujer; la mujer casada que se iniciaba en el dolor, herida, resentida, pero aún con esperanzas y deseos de perdonar; la pobre mujer vapuleada que buscaba a lo largo de agotadores años el único refugio de la desesperación, el olvido: Janet se sentía todas ellas y al mismo tiempo era consciente de seguir en la fría piedra golpeada por una nueva desgracia. Toda su alegría de antaño, todas sus brillantes esperanzas e ilusiones, toda su belleza y su capacidad de amar, servían solo para oscurecer el enigma de su vida; eran las promesas traicionadas de un destino cruel que solo había hecho nacer esas flores para que los vientos y las tormentas pudieran causar una mayor desolación, y que la había cuidado como a un cervatillo rodeado de mimos y caricias para que sintiera aún más terror en las garras de la pantera. Su madre decía a veces que las desgracias nos hacían mejores y nos acercaban a Dios. ¡Menuda ironía le parecía eso a Janet! Sus adversidades habían ido hundiéndola año tras año, minándola como espesos vapores cargados de fiebre, contagiando la plenitud de su naturaleza de una infección muy profunda. Sus desdichas habían sido un instrumento de tortura cada vez más atroz, que, poco a poco, había inoculado el sentido del dolor y la búsqueda enloquecida de consuelo en las demás susceptibilidades de su carácter. ¡Ojalá algún rayo de esperanza, de piedad o de consuelo atravesara aquella horrible penumbra para que ella pudiera creer entonces en el amor Divino, en un Padre celestial que se preocupaba de Sus hijos! Pero ahora no tenía fe, ni confianza. No había para ella sostén posible en el ancho mundo, pues su madre no era más que otra víctima de su propia suerte. La pobre y

paciente mujer apenas podía otra cosa que llorar con su hija: tenía la humilde resignación que necesitaba para que no desfalleciera su propia alma, pero no podía procurar más consuelo y fortaleza de ánimo a Janet que un tronco marchito cubierto de hiedra a su vástago fuerte y frondoso arrancado por una tormenta alpina. Janet sentía que estaba sola: ningún alma humana había sopesado su angustia, ni había comprendido su desesperación, ni se había internado en sus desgracias y en sus pecados con esa compasión profunda y clarividente más sabia que cualquier acusación, más poderosa que cualquier reproche; una compasión como la que tantas veces había inflamado su pecho. Y, si existía la Misericordia Divina, Janet no la conocía; no se acercaba a ella, ni ponía ningún bálsamo en sus heridas, ni le tendía una mano para sostener su frágil determinación, para fortalecer su maltrecho ánimo.

Ahora, en el sùmmum de la soledad, no derramaba ni una lágrima: miraba fijamente la oscuridad, mientras recordaba su pasado, sin tener apenas la sensación de que fuera suyo o de que ella fuese algo más que un espectador en una obra extraña y terrible.

El estruendo del reloj de la iglesia al dar las dos la sobresaltó. ¿No llevaba allí más de media hora, entonces? Parecía haber pasado la mitad de la noche. Se estaba quedando aterida. Con ese terror instintivo al dolor y a la muerte que la había hecho retroceder ante el suicidio, se levantó; y la desagradable sensación de apoyarse en sus pies yertos la ayudó a recuperar completamente el sentido de la realidad. El viento empezaba a rasgar las nubes, y la oscura luz de las estrellas que asomaban de vez en cuando la asustaba más que la oscuridad; era como si un dedo cruel señalara su desdicha y su humillación; y tembló al pensar que llegaría el alba. ¿Qué podía hacer? No podía ir a casa de su madre, no podía despertarla en medio de la noche para contarle aquello. Su madre creería que era un espectro; eso la mataría. Y tenía que andar mucho... y si alguien la veía... Pero tenía que buscar algún refugio, un lugar donde esconderse. Cinco puertas más allá vivía la señora Pettifer, una mujer tan bondadosa que la acogería en su casa. Ya no tenía sentido mostrarse orgullosa, daba igual que se enterara todo el mundo: no tenía nada que perder, nada de lo que preocuparse; aunque no podía evitar estremecerse ante la idea de afrontar la luz del amanecer en medio del calle... y le aterrorizaba pasar muchas horas con aquel frío. La vida podía significar angustia, podía significar desesperación; pero ¡ay!, tenía que aferrarse a ella, aunque le sangraran los dedos; sus pies tenían que pegarse al firme suelo para que la luz del sol volviera a calentarlos, no caer por un abismo desconocido donde ella pudiera incluso añorar las desgracias familiares.

Janet pisó despacio, con sus pies descalzos, el áspero pavimento, temblando con el brillo intermitente de la luz de las estrellas, y apoyándose en un muro cuando las ráfagas de viento se abatían sobre ella. Incluso el viento era cruel: trataba de alejarla de esa puerta a la que quería ir, y llamar en busca de compasión.

La casa de la señora Pettifer no daba a Orchard Street: estaba en un callejón ancho al que se accedía desde la calle por un arco de piedra. Janet se metió por él, y



vio una lucecita en la ventana del dormitorio de la señora Pettifer. El resplandor de una vela en el cuarto donde una amiga dormía fue como un rayo de misericordia para Janet después de tantísimo tiempo de oscuridad y de soledad; no sería tan horrible como había pensado despertar a la señora Pettifer. Con todo, esperó unos minutos en la puerta antes de atreverse a llamar; temía que el ruido delatara su presencia a alguien que no fuera la señora Pettifer, aunque ninguna otra vivienda diera a ese callejón, solo almacenes y cobertizos. No había ningún guijarro que pudiera tirar a la ventana, solo un duro pavimento; no había timbre en la puerta; tenía que llamar con la aldaba. El primer golpe fue imperceptible, apenas un roce del bronce en la madera; y luego aguardó un rato; pero no tardó en armarse de valor y llamó varias veces seguidas, no muy fuerte, pero sí rápidamente, para que, si la señora Pettifer oía el ruido, pudiera identificarlo. Y lo oyó, pues no tardó en abrir la ventana, y Janet vio cómo se asomaba para averiguar quién estaba en la puerta.

—Soy yo, señora Pettifer; soy Janet Dempster. Déjeme entrar, se lo ruego.

—¡Dios mío! ¿Qué ha pasado?

—Robert me ha echado de casa. Llevo mucho tiempo en la calle.

La señora Pettifer no dijo nada más; se retiró a toda prisa de la ventana y apareció enseguida en la puerta con una vela en la mano.

—Pase, mi pobre pequeña, pase —dijo la bondadosa mujer con voz temblorosa, tirando de ella—. Métase en mi cama calentita, y que el Señor la proteja y la consuele.

La mirada compasiva, el tono dulce y los gestos de cariño desencadenaron un aluvión de nuevos sentimientos en Janet. Embargada por la emoción, empezó a sollozar de pronto como una niña. La señora Pettifer no pudo evitar llorar con ella, pero dijo:

—Vamos, tesoro, venga arriba. Aquí hace demasiado frío.

Llevó a la pobre criatura con mucha ternura al piso de arriba, y la convenció para que se metiera en su cama. Pero tuvo que pasar mucho tiempo para que Janet pudiera tenderse en ella. Se quedó sentada con la cabeza en las rodillas, entre movimientos convulsivos, mientras la mujer maternal la tapaba con una manta y la abrazaba para darle calor. Finalmente sus lágrimas se agotaron, y ella se recostó en la almohada; pero unos hipidos lastimosos siguieron agitando su garganta, como les pasa a los niños aunque encuentren refugio en el regazo de su madre.

Cuando Janet se serenó un poco, la señora Pettifer decidió preparar una taza de té, el primer solaz y reconstituyente en el que piensa una anciana en medio de una calamidad. Afortunadamente, no corría peligro de despertar a su criada, una muchacha robusta de dieciséis años, que roncaba beatíficamente en la buhardilla, y no debía saber de qué manera se había presentado la señora Dempster. Así que la señora Pettifer se afanó en avivar el fuego de la cocina, que seguía encendido bajo un montón de ascuas, una posibilidad que permite al carbón del centro del país contrarrestar su lentitud y su ceniza blanca.

Cuando subió el té, Janet estaba tendida sin moverse; los espasmos habían cesado, y parecía absorta en sus pensamientos; tenía los ojos fijos en la sombra de una vela, con expresión ausente, y todas las huellas del dolor marcadas en el rostro.

—Y ahora, querida —dijo la señora Pettifer—, debería tomar una taza de té; ya verá cómo la entona y la tranquiliza. ¡Dios mío!, sigue teniendo los pies helados. Vamos, bébase el té y se los envolveré en una manta de franela para que entren en calor.

Janet volvió sus ojos oscuros hacia su vieja amiga y extendió los brazos. Estaba demasiado abrumada para decir algo; su sufrimiento era como una pesada carga que la dejaba sin habla; pero quería besar a aquella mujer tan buena y cariñosa. La señora Pettifer, dejando la taza, se inclinó hacia su semblante triste y hermoso, y Janet la besó con la sinceridad de los besos sacramentales: esos besos que sellan una alianza nueva y más estrecha entre los que ayudan y los que son ayudados.

Janet se bebió el té obedientemente.

—Ya tengo menos frío —dijo—. Pero ahora acuéstese usted. Yo no me moveré.

La señora Pettifer pensó que lo mejor que podía hacer era tumbarse en silencio. Esperaba que Janet se durmiera. En cuanto a ella, con esa tendencia al insomnio propia de la edad avanzada, le resultó imposible conciliar el sueño después de tan perturbadora sorpresa. Se quedó escuchando el reloj, preguntándose qué habría producido aquella nueva atrocidad de Dempster, rezando por la pobre criatura que yacía a su lado, y compadeciendo a la madre que se enteraría de todo por la mañana.

## Capítulo XVI

Janet apenas se movió, como había prometido; pero el té, que la había hecho entrar en calor y sentirse mucho mejor físicamente, aumentó la excitación que embargaba su cerebro. La nueva viveza de sus ideas suscitó en ella la sensación de que antes solo había visto la vida a través de una oscura bruma; los pensamientos, en lugar de surgir de su propia cabeza, eran entes del exterior que se abalanzaban sobre ella como visiones evocadoras e inquietantes. El futuro le reservaba una gran variedad de desgracias y sufrimientos, que terminaban siempre con ella arrastrada a su antigua vida de pánico, estupor y desesperación febril. Su marido llevaba tanto tiempo ensombreciendo su vida que era incapaz de imaginar una situación en la que aquel miedo cerval no estuviera presente; e incluso la ausencia de él... ¿qué suponía? Solo una planicie lóbrega y baldía, donde no había nada por lo que luchar, nada que anhelar.

Finalmente, la luz de la mañana apagó la luz de las velas, y los pensamientos de Janet se volvieron cada vez más fragmentarios y confusos. Su nivel de conciencia se sumergía a cada momento en unas profundidades de las que intentaba salir despertándose sobresaltada. El sueño se estaba apoderando de su cerebro agotado: ese sueño inquieto que solo es mejor que una vigilia desdichada porque la vida que creemos vivir en él no nos impone un futuro desdichado, porque las cosas que hacemos y padecemos en él no son más que sombras nefandas, y no dejan una impresión que se petrifica en un pasado irrevocable.

Apenas llevaba una hora dormida cuando sus movimientos se hicieron más violentos, sus quejidos más frecuentes y agitados, hasta que finalmente se despertó con un grito ahogado y miró con ojos desorbitados a su alrededor, temblando de miedo.

—No se asuste, querida señora Dempster —dijo la señora Pettifer, que se había levantado ya y estaba vistiéndose—, está usted conmigo, su vieja amiga la señora Pettifer. Nadie le hará daño.

Janet volvió a recostarse en la almohada, temblando aún. Después de un rato en silencio, dijo:

—Era una pesadilla horrible. Que nadie sepa que estoy aquí, mi querida señora Pettifer. No se lo diga a nadie. Si mi marido lo descubre, vendrá y me llevará a rastras a casa.

—No lo haré, querida, confíe en mí. Le diré a mi sirvienta que se vaya a casa de vacaciones, hace tiempo que se lo prometí. Se marchará en cuanto tome el desayuno, y así no tendrá ocasión de saber que está usted aquí. Los criados siempre se van de la lengua cuando les dejas enterarse de algo. Lo que no saben no lo dicen; eso está claro. Pero ¿no quiere que vaya a buscar a su madre?

—No, aún no, aún no. Todavía no me siento con fuerzas para verla.

—Bueno, como usted quiera. Y ahora intente dormirse de nuevo. La dejaré sola

un par de horas, y me libraré de Phoebe; luego le traeré el desayuno. Voy a cerrar la puerta con llave, no vaya a ser que la chica entre por casualidad.

La luz del día cambia para nosotros el aspecto del sufrimiento, como de todo lo demás. Por la noche éste oprime nuestra imaginación: las formas que adopta son falsas, irregulares, exageradas; en pleno día repugna a nuestros sentidos con la tediosa persistencia de una realidad segura y mensurable. El hombre que ve con horror infernal todos sus bienes en llamas a altas horas de la madrugada no experimenta ni la mitad de sensación de pérdida que por la mañana, cuando camina sobre las ruinas ennegrecidas a la implacable luz del sol. Ese momento de profundo abatimiento atenazó a Janet cuando la claridad del día que le mostraba las paredes, las sillas y las mesas, y todas las cosas cotidianas que la rodeaban, pareció poner también delante de sus ojos el futuro, y hacer visibles todos los detalles de una vida gris que afrontar día tras día, sin la esperanza de ser más fuerte contra aquel hábito abominable del que renegaba al mirar al pasado, pero al que era incapaz de plantar cara. Su marido nunca permitiría que viviera separada de él: se había vuelto necesaria para su tiranía; jamás apartaría voluntariamente sus garras de ella. Janet tenía la vaga idea de que la ley la protegería de algún modo si lograba probar que su vida corría peligro; pero le faltaba valor, como le había ocurrido siempre, para oponerse y vengarse pública y activamente: se sentía demasiado abatida, demasiado imperfecta, demasiado expuesta a las acusaciones para enfrentarse a él, incluso en el caso de haber deseado colocarse abiertamente en una posición de mujer agraviada que buscara una reparación. Le faltaban fuerzas para resistir un largo camino en el que tendría que defenderse y ser independiente; sobre su vida se cernía una sombra más oscura que el terror a su marido: la sombra de la desesperanza. Lo más fácil sería huir y esconderse de él. Pero también estaba su madre: Robert se ocupaba de administrar sus escasos bienes, que apenas bastaban para que ella tuviera todas las comodidades sin su ayuda. Si Janet se iba sola, seguro que él perseguiría a su madre; y si se marchaba... ¿qué sería de ella? Tendría que trabajar para mantenerse; tendría que esforzarse, por muy exhausta y desesperada que estuviese, para iniciar una nueva vida. ¡Qué difícil le parecía! La naturaleza de Janet no desmentía la magnificencia de su rostro y de su figura: había energía, había fuerza en ella; pero era la fuerza de la parra, que necesita tener sus grandes hojas y sus ricos racimos sobre un sostén muy firme. Y ahora no tenía dónde apoyarse: ninguna fe, ningún amor. Si su madre hubiera sido muy anciana, muy débil, o hubiera estado enferma, la profunda compasión y ternura de Janet habrían encontrado quizá en sus deberes filiales un interés y un consuelo; pero la señora Raynor jamás había necesitado que la cuidaran; siempre había ayudado ella a su hija; siempre había tenido un espíritu humilde y solícito; y uno de los recuerdos dolorosos de Janet era haber sido la tribulación en vez del consuelo de su madre. ¡La misma tristeza por todas partes! Su vida era una extensión seca y baldía, donde no había sombras, y donde todas las aguas eran amargas.

«¡No!», pensó de pronto, sintiendo como una descarga eléctrica; había un rincón en su memoria que parecía prometerle un manantial ignoto donde las aguas podían ser dulces. Su breve encuentro con el señor Tryan le había venido al pensamiento; su voz, sus palabras, su mirada le decían que él conocía su sufrimiento. Las palabras del clérigo habían dado a entender que él creía que su muerte estaba cerca; y, sin embargo, tenía una fe que le permitía trabajar, que le permitía consolar al prójimo. Recordó su mirada con una intensidad mayor de la que había percibido en la realidad: seguro que sabía más sobre los secretos del sufrimiento que otros hombres; quizá tuviera algún mensaje de consuelo, que no se pareciera a las palabras vacías que se había acostumbrado a escuchar de los demás. Estaba cansada, estaba harta de aquellas exhortaciones estériles: haz el bien, ten la conciencia limpia, y Dios te premiará, y tus desvelos serán más fáciles de sobrellevar. Necesitaba *fuerzas* para hacer el bien, necesitaba algo en que apoyarse además de sus propias decisiones; pues ¿no había dejado atrás un camino sembrado de decisiones *fallidas*? ¿Cómo iba a confiar en las nuevas? Había oído a menudo cómo se burlaban del señor Tryan por ser indulgente con los grandes pecadores. Empezaba a ver un nuevo significado en esas palabras; quizá él comprendiera su desvalimiento, sus carencias. ¡Ojalá pudiera desahogarse con él! ¡Ojalá pudiera abrir por primera vez en la vida hasta el último reducto de su alma!

El impulso de confesarse requiere casi siempre la presencia de un oído y un corazón nuevos; y en nuestros momentos de necesidad espiritual, el hombre con quien no tenemos más vínculo que nuestra naturaleza común parece más cercano que una madre, un padre o un amigo. Nuestra vida familiar cotidiana no consiste sino en esconderse los unos de los otros tras una pantalla de palabras y hechos triviales, y aquellos que se sientan al amor del mismo fuego que nosotros son a menudo los que más alejados están de la profunda alma humana que albergamos en nuestro interior, llena de una maldad no expresada y de una bondad no ejercitada.

Cuando la señora Pettifer volvió a su lado, girando la llave y abriendo la puerta con delicadeza, Janet, en lugar de dormir como su buena amiga había esperado, estaba dándole vueltas a la nueva idea. Tenía ganas de preguntarle a su anfitriona si podía ver al señor Tryan; pero las dudas y la timidez se lo impedían. Quizá él no la comprendiera, quizá se sorprendiera de su confesión, quizá le hablara de doctrinas que ella no podía entender ni creer. Aún no había tomado una determinación; pero estaba demasiado agitada con aquella lucha interior para quedarse en la cama.

—Señora Pettifer —dijo—; no puedo seguir acostada; tengo que levantarme. ¿Me deja algo que ponerme?

Envuelta en las prendas que la señora Pettifer pudo encontrar para una mujer de su estatura, Janet bajó a la salita y trató de desayunar algo de lo que su amiga le había preparado. Pero sus esfuerzos resultaron infructuosos; su taza de té y su tostada se quedaron a medias. El peso plúmbeo del desaliento la abrumaba cada vez más. El viento había caído, y lloviznaba; la única vista desde la sala de la señorita Pettifer era

un muro vacío; y, mientras Janet miraba por la ventana, la lluvia y los ladrillos ennegrecidos por el humo parecieron fundirse —en una identificación escalofriante— con la desolación de su espíritu y el cansancio de su cuerpo con jaqueca.

La señora Pettifer terminó las tareas domésticas con la mayor premura, y se sentó con su costura, esperando que Janet se animara a hablar de lo sucedido, y pudiera desahogarse un poco. Pero Janet fue incapaz de decir nada; le obsesionaba la idea de ver al señor Tryan, pero dudaba si contárselo a su amiga.

Pasaron dos horas. Seguía lloviznando, y Janet seguía sin decir nada, con la cabeza dolorida apoyada en la mano, mirando alternativamente la chimenea y fuera de la ventana. Veía que no podía continuar así, paralizada, impasible. Tenía que tomar alguna decisión, tenía que dar algún paso; y, sin embargo, era todo tan difícil...

Era la una, y la señora Pettifer se levantó de su butaca, diciendo:

—Voy a preparar algo de comer.

El movimiento y el ruido sacaron a Janet de su ensimismamiento. Tuvo la sensación de que se le escapaba una oportunidad, y preguntó sin reflexionar:

—¿Sabe si estará el señor Tryan hoy en la ciudad?

—No, creo que no, al ser sábado... —dijo la señora Pettifer, con el rostro encendido por el placer—; pero seguro que vendría si lo mandaran llamar. Puedo enviar al hijo de Jesson con una nota si quiere. ¿Le gustaría verlo?

—Sí, creo que sí.

—Entonces le enviaré un recado ahora mismo.

## Capítulo XVII

Cuando Dempster se despertó por la mañana, no le extrañó que Janet no estuviera a su lado. Ningún muro de olvido separaba sus horas de embriaguez de sus horas de sobriedad; recordaba lo que Janet había hecho para ofenderlo la noche anterior, y cómo la había echado de casa de madrugada, tan bien como habría recordado una consulta sobre un derecho de paso.

El recuerdo ayudó a justificar el malhumor añadido que había acompañado su despertar todas las mañanas de esa semana, pero él se negó a reconocer en su fuero interno que le preocupara lo más mínimo.

«¡Bah! —pensó—, se habrá ido directamente a casa de su madre. Es más asustadiza que una liebre; y nunca dejará que nadie se entere. Seguro que vuelve esta tarde.»

Pero sería mejor que los criados no se enteraran; así que recogió la ropa que ella se había quitado la noche anterior, y la metió en un armario de hierro cuya llave llevaba siempre en el bolsillo. Cuando bajó le dijo a la doncella:

—La señora Dempster ha ido a casa de su madre; traiga el desayuno.

Las criadas, acostumbradas a oír disputas domésticas, y a ver cómo su señora se ponía apresuradamente el sombrero y se iba a casa de su madre, pensaron que Janet se habría marchado después de una discusión más violenta de lo habitual, a medianoche o muy temprano, antes de que ellas se levantaran. La doncella le contó a la cocinera lo que debía de haber pasado; y ésta exclamó moviendo la cabeza: «¡Santo cielo!», pero las dos esperaron que su señora apareciera al cabo de un par de horas.

Dempster, al regresar a casa la víspera, había ordenado al mozo, que no vivía en la casa, que le llevara el caballo y la calesa a las diez. Después de desayunar le dijo a la doncella:

—Que nadie me espere levantado esta noche; no volveré a casa hasta mañana por la tarde.

Luego se fue andando al despacho para dar algunas instrucciones, convencido de que a la vuelta encontraría al mozo con su calesa. Pero, aunque el reloj de la iglesia había dado las diez, no vio ningún carruaje. Con el mal talante que tenía, aquello fue más que suficiente para exasperarlo. Entró en la casa para tomar su acostumbrado vaso de *brandy* antes de partir, encantado de poder gritar a Dawes por llegar unos minutos tarde. Perder los estribos con su mozo no era habitual en él; pues Dempster, como casi todos los tiranos, tenía esa clase de ruín dominio de sí mismo que le permitía controlar su genio cuando le convenía; y, consciente de la valía de Dawes, un muchacho serio y puntual, no solo le pagaba un buen sueldo, sino que le trataba con una cortesía extraordinaria. Esa mañana, sin embargo, el mal humor salió victorioso frente a la prudencia, y Dempster decidió echarle una buena bronca; una determinación a la que Dawes opuso más resistencia de la que él esperaba. Pasaron

cinco minutos, diez minutos, un cuarto de hora; y, cuando Dempster salía hacia las caballerizas de la callejuela para averiguar la causa del retraso, apareció Dawes con la calesa.

—¿Por qué diablos me tienes aquí —rugió Dempster— como un sastre miserable que esperara al carretero? Te dije que vinieras a las diez. Tendríamos que estar en Whitlow a estas horas.

—Uno de los correajes estaba partido en dos, y tuve que llevárselo a Brady para que lo arreglara; pero no lo ha terminado a tiempo.

—Y ¿por qué no se lo llevaste ayer por la noche? Por tu maldita holgazanería, supongo. ¿No pensarás que te pago para trabajar cuando te dé la gana y venir tan tranquilo un cuarto de hora tarde?

—Vamos, no diga esas cosas —protestó Dawes, de mal humor—. Ni soy un holgazán, ni permitiré que nadie me lo llame. Sé bien por qué me paga usted: por hacer lo que muy pocos hombres podrían hacerle.

—¡Granuja insolente! —dijo Dempster, subiendo a la calesa—. Crees que eres indispensable para mí, ¿verdad? Como si un maldito idiota llevacubos como tú no se encontrara todos los días. Vete a buscar otro amo, anda, que te pague por no obedecerlo.

A Dawe se le había subido la sangre a la cabeza.

—Buscaré un amo que tenga mejor carácter que usted, y no sea un mentiroso y un borracho.

Dempster, furioso, cogió el látigo y quiso golpear con él el hombro de Dawes gritando:

—¡Toma! ¡Y vete al diablo!

Dawes estaba volviéndose hacia él con las riendas en la mano cuando el latigazo cayó, y le cruzó la cara. Con los labios blancos como la cera, el mozo dijo:

—Lo llevaré a los tribunales, por muy abogado que sea.

Y arrojó las riendas sobre el lomo del caballo.

Dempster se inclinó hacia delante, cogió las riendas y se alejó en el carruaje.

—Bueno, ahí va tu amigo Dempster sin su criado —comentó Luke Byles, que estaba charlando con el señor Budd en Bridge Way—. ¡Qué loco es al conducir ese chisme de dos ruedas! Se caerá de cabeza el día menos pensado.

—No, él no —respondió el señor Budd, saludando a Dempster con la cabeza mientras pasaba—; Dempster tiene nueve vidas.



## Capítulo XVIII

Estaba anocheciendo, y encendieron las velas antes de que el señor Tryan llamara a la puerta de la señora Pettifer. El mensajero había vuelto con la noticia de que no estaba en casa, y Janet llevaba toda la tarde muy nerviosa temiendo que no viniera; pero, en cuanto se tranquilizó al oír el aldabonazo, la asaltaron las dudas y la timidez: se estremeció y sintió frío.

La señora Pettifer fue a abrir la puerta, y le contó al señor Tryan, en muy pocas palabras, lo que había ocurrido por la noche. Él dejó el sombrero y, cuando se disponía a entrar en la sala, la anfitriona le dijo:

—No pasaré con usted; supongo que ella preferirá verlo a solas.

Janet, envuelta en un enorme chal blanco que resaltaba de un modo extraordinario su oscuro rostro, estaba sentada con los ojos vueltos ansiosamente hacia la puerta cuando entró el señor Tryan. No había vuelto a verla desde su encuentro en casa de Sally Martin hacía muchos meses; y sintió un raptó de compasión al ver un semblante asolado por el dolor en el que se adivinaban las huellas de todo el sufrimiento padecido desde aquel día. A Janet le brincó el corazón cuando, una vez más, sus ojos se encontraron con los de él. ¡No! No se había engañado: tenían toda la sinceridad, toda la tristeza, toda la profunda piedad que su memoria recordaba; incluso más, pues, como su rostro estaba más demacrado y ojeroso, sus ojos parecían haber ganado intensidad.

Tryan se acercó a ella y, tendiéndole la mano, dijo:

—Me alegro tanto de que me mandara llamar... Le agradezco tanto que pensara que puedo serle de algún consuelo...

Janet cogió su mano en silencio, incapaz de pronunciar unas palabras de mera cortesía, o siquiera de gratitud; su corazón estaba abrumado por otras palabras que habían salido de la mirada compasiva del clérigo; y sintió cómo sus dudas se desvanecían.

Se sentaron el uno frente al otro, y Janet dijo en voz baja, mientras las lágrimas asomaban lentamente a sus doloridos ojos:

—Quiero contarle lo desgraciada que soy... y cuán débil y depravada. Me faltan fuerzas para vivir o morir. Pensé que tal vez pudiera usted decirme algo que me ayudara.

Entonces guardó silencio.

—Y quizá pueda —contestó el señor Tryan—, pues, al hablar conmigo, está hablando con otro pecador que un día necesitó el mismo consuelo y la misma ayuda que usted necesita ahora.

—¿Y los encontró?

—Sí; y confío en que usted también lo haga.

—¡Oh, Dios!, me gustaría tanto ser buena y cumplir con mi deber —exclamó Janet—; pero mi destino ha sido realmente duro. Amaba con todo el corazón a mi

marido cuando me casé, y deseaba hacerle feliz: era lo único que me importaba. Pero él empezó a enfadarse conmigo por tonterías y... no quiero acusarlo... pero se emborrachaba y me trataba cada vez peor, y se volvió muy cruel, y me pegaba. Y eso me desgarraba el alma. A veces creía enloquecer cuando pensaba que nuestro amor había acabado así... No podía soportarlo. Yo nunca había bebido más que agua. Odiaba el vino y el alcohol porque Robert bebía de aquel modo; pero un día en que me sentía muy desdichada, y había vino en la mesa, de pronto... no sé cómo se me ocurrió... me serví en un vaso grande y lo bebí. Me embotó los sentidos, e hizo que todo me diera lo mismo. Después de eso, siempre me asaltaba la tentación, que se fue haciendo cada vez más fuerte. Yo estaba avergonzada, y odiaba lo que hacía; pero, casi al mismo tiempo en que me cruzaba por la cabeza la idea de que nunca volvería a beber, bebía. Era como si tuviera un demonio en mi interior que me obligara a abalanzarme sobre lo que no quería. Y Dios me parecía aún más cruel; pues, de no haberme enviado ese terrible sufrimiento, mucho peor que el que otras mujeres tienen que soportar, jamás habría caído en ese vicio. Supongo que es abyecto pensar así... Sé que tiene que haber una bondad y una justicia supremas, pero no puedo verlas, no puedo confiar en ellas. Y llevo así muchos años. Hubo un tiempo en que las cosas mejoraban de vez en cuando, pero todo se ha degradado últimamente. Estaba segura de que todo terminaría pronto de un modo u otro. Y ayer por la noche me eché de casa... No sé qué hacer. Jamás volveré a esa vida si puedo evitarlo; y, sin embargo, cualquier otra cosa me parece horrible. Sé que el demonio me seguirá empujando a satisfacer el ansia de beber, y que los días serán iguales a los que he vivido todos estos desgraciados años. Siempre obraré mal, y luego me odiaré por eso... y cada vez caeré más bajo, consciente de mi depravación. ¡Oh, si pudiera decirme algo que me diera fuerzas! ¿Ha conocido a alguien como yo que recuperara la paz de espíritu y el poder de obrar bien? ¿Puede darme algún consuelo... alguna esperanza?

Mientras Janet hablaba, lo olvidó todo menos su sufrimiento y su anhelo de consuelo. Su voz se elevó desde el susurro de la tímida aflicción al tono vehemente de la angustia implorante. Juntó las manos con fuerza, y miró al señor Tryan con ojos anhelantes e inquisitivos, con los labios entreabiertos y temblorosos, con unas arrugas profundas y horizontales en la frente que hablaban de un dolor lacerante. En esta vida tan artificial, no vemos a menudo un rostro humano con toda la desesperación de su alma en él, sin inhibiciones; cuando esto ocurre, nos sobresaltamos como si hubiéramos despertado de repente en ese mundo real del que nuestra vida cotidiana no es más que un teatro de marionetas. Por unos instantes, el señor Tryan se sintió demasiado conmovido para hablar.

—Sí, mi querida señora Dempster —dijo finalmente—; *existe* consuelo, *existe* esperanza para usted. Puede creerme, pues le hablo desde mi propia experiencia dura y profunda.

Hizo una pausa, como si no hubiera decidido pronunciar las palabras que brotaban de sus labios. Enseguida prosiguió:

—Hace diez años, me sentía tan desgraciado como usted. Y puede que mi sufrimiento fuera mayor que el suyo, pues tenía un pecado aún más ominoso sobre la conciencia. Nadie me había herido como a usted, y yo había hecho un daño irreparable a otra persona tanto física como espiritualmente. El recuerdo del mal que había hecho me atormentaba a todas horas, y estuve al borde de la locura. Odiaba mi vida, pues pensaba, al igual que usted, que seguiría sucumbiendo a la tentación y haciendo más daño en el mundo; y temía la muerte, pues con el sentimiento de culpa que me atenazaba, creía que solo podía aguardarme un gran dolor. Pero un querido amigo al que abrí mi corazón me enseñó que era a hombres como yo, impotentes y desvalidos, a los que Dios invitaba especialmente a unirse a él, y ofrecía todas las riquezas de Su salvación: no solo el perdón; el perdón serviría de poco si nos dejara al arbitrio de nuestras bajas pasiones; sino también fortaleza: esa fortaleza que nos permite derrotar al pecado.

—Pero —dijo Jane— yo no puedo confiar en Dios. Es como si siempre me hubiera dejado sola. A veces he rezado para pedirle ayuda, y todo ha seguido igual que antes. Si usted sentía lo mismo que yo, ¿cómo logró tener fe y confianza?

—No crea que Dios la ha abandonado a su suerte. ¿Cómo puede saber si sus peores padecimientos no han sido solo el camino por el que Él la conducía para que tomara esa conciencia de su propio pecado e indefensión sin la que nunca habría renunciado a otras esperanzas, ni confiado únicamente en Su amor? Lo sé, mi querida señora Dempster, sé que es muy duro de sobrellevar. No hablaré con ligereza de sus penalidades. Sé que el enigma de nuestra vida es inmenso, y hubo un tiempo en que me pareció tan oscuro como hoy a usted.

El señor Tryan vaciló de nuevo. Se daba cuenta de que lo primero que necesitaba Janet era asegurarse de que él la comprendía. Para que sus mensajes de consuelo pudieran encontrar el camino de su corazón, ella debía sentir que su angustia le resultaba familiar, y que él entendía los secretos expresados a medias de su debilidad espiritual. La historia de la Misericordia aún no la habían desmentido unos labios que no se sintieran movidos a compasión. Y la angustia de Janet no era desconocida para el señor Tryan. Jamás había presenciado un dolor o una desesperación que no sacudiera todos los rincones de su penosa experiencia; y, como la comprensión no es más que una nueva forma de revivir nuestro pasado, es frecuente que una confesión desencadene otra confesión. El señor Tryan sentía ese impulso, y su buen juicio, asimismo, le decía que, cediendo a éste, encontraría el mejor modo de consolar a Janet. Con todo, tenía dudas; como cuando tememos que entre la luz del día en una estancia llena de reliquias que solo hemos visitado en el silencio de las cortinas echadas. Pero su impulso inicial triunfó, y continuó diciendo:

—Yo había vivido siempre alejado de Dios. Era un joven alocado y libertino, y mis ambiciones eran vanas y mundanas. Ni se me había ocurrido entrar en la carrera eclesiástica; deseaba dedicarme a la política, pues mi padre era el secretario personal de un hombre importante dentro del Partido Liberal, que había prometido ayudarme.

En la universidad me hice amigo de los estudiantes más juerguistas y frívolos, y me plegué a locuras y vicios que ni siquiera me atraían, solo para no quedar mal con mis compañeros. Como ve, ya era entonces más culpable de lo que nunca lo ha sido usted, pues desperdiciaba todas las ricas bendiciones de una juventud y de una salud libres de inquietudes; no tengo ninguna excusa externa que alegar. Y, mientras estaba en la universidad, ocurrió ese incidente que acabó sumiéndome en ese estado que le he mencionado antes, de culpa y desesperación, que me permite entender muy bien lo que usted sufre; y, si le doy los detalles, es para que tenga la certeza de que no me limito a decir palabras huecas cuando afirmo que he salido de esas profundidades del pecado y del dolor en las que se siente usted ahora. En la universidad tenía una relación con una muchacha adorable de diecisiete años; era de una clase social mucho más baja que yo, y nunca pensé en casarme con ella; pero la empujé a abandonar la casa de su padre. No tenía intención de abandonarla cuando terminara mis estudios, y acallé los escrúpulos de mi conciencia prometiéndome que jamás dejaría de cuidar a la pobre Lucy. Pero, cuando volví de unas vacaciones que había pasado viajando, encontré que Lucy se había marchado... se había marchado con un caballero, según dijeron sus vecinos. Me sentí muy afligido, pero intenté convencerme de que no le ocurriría nada malo. Poco después contraí una enfermedad que minó mi salud, y volvió cualquier disipación odiosa para mí. La vida me parecía monótona y vacía, y envidiaba a todo aquel que tuviera algún objetivo noble y absorbente; incluso a mi primo que se preparaba para ir de misionero, y al que yo había considerado siempre una persona triste y aburrida, pues se pasaba la vida importunándome con cuestiones religiosas. Vivíamos en Londres por aquel entonces; habían pasado tres años desde que había perdido de vista a Lucy; y una noche de verano, hacia las nueve, cuando iba por Gower Street, vi a un puñado de gente en un camino elevado. Al acercarme, oí decir a una mujer: «Está muerta, hazme caso». Eso despertó mi interés, y me metí en el círculo a empujones. El cuerpo de una mujer, vestida con elegancia, yacía apoyado en un umbral. Tenía la cabeza inclinada hacia un lado, y sus largos bucles ocultaban sus mejillas. Me asaltó un temor al ver su pelo: era de un tono castaño claro, igual que el de Lucy. Me arrodillé y le retiré el pelo de la cara: era Lucy... muerta... con colorete en las mejillas. Más tarde descubrí que se había envenenado, que estaba en las garras de una mujer malvada, que ni siquiera era suyo el vestido que llevaba. Fue entonces cuando mi vida pasada me golpeó con todo su horror. Deseaba no haber nacido. Era incapaz de pensar en el futuro. El rostro muerto y maquillado de Lucy me perseguía hasta él, del mismo modo que cuando pensaba en el pasado... o cuando me sentaba a comer con unos amigos, o me tumbaba en la cama, o me despertaba. Solo había una cosa que podría hacerme la vida soportable: pasar el resto de mi existencia tratando de salvar a otros de la perdición a la que había arrastrado a aquella joven. Pero ¿cómo podía hacerlo? Mi alma carecía de consuelo, de fortaleza, de sabiduría, ¿cómo iba a procurárselos a los demás? Mis pensamientos eran sombríos, rebeldes, y estaban en guerra con ellos mismos y con Dios.

El señor Tryan había apartado la mirada de Janet. Su rostro contemplaba el fuego, absorto en las imágenes que su memoria evocaba. Pero ahora se volvió hacia ella; y, cuando sus ojos se encontraron, Janet clavó en él la mirada de embelesada esperanza con que un hombre aferrado a la cima resbaladiza de una roca, a punto de desaparecer bajo las olas, vigila el barco que ha zarpado de la costa para rescatarlo.

—Ya ve, señora Dempster, lo mucho que necesitaba ayuda. Seguí así unos meses. Estaba convencido de que, si alguna vez recuperaba la salud y el consuelo, sería gracias a la religión. Fui a escuchar a los predicadores más famosos, y leí muchos libros religiosos. Pero nada colmaba mis anhelos. La fe que permite la salvación de los pecadores parecía estar fuera de mi alcance. No tenía fe; solo me sentía terriblemente desgraciado, dominado por unos hábitos y un temperamento que habían causado un mal irreparable. Finalmente, como le he dicho, encontré a un amigo al que abrí mi corazón, al que confesé todo. Era un hombre que había vivido una experiencia muy dura y podía entender las diferentes necesidades de los diferentes intelectos. Me explicó que la única preparación para encontrar a Cristo y compartir su salvación era ese mismo sentimiento de culpa e impotencia que me abrumaba. Me dijo que estaba fatigado y sobrecargado, y era Cristo quien me invitaba a acercarme a Él y encontrar descanso<sup>[128]</sup>. Que Cristo quiere que nos agarremos, que nos apoyemos en Él; que no nos ordena caminar solos sin tropezar. Que no nos dice, como nuestros semejantes, que primero debemos ser dignos de Su amor; ni nos condena ni nos reprocha nada por nuestro pasado, solo quiere que nos acerquemos a Él para poder vivir: nos pide que extendamos las manos y recojamos la plenitud de Su amor. Solo tenemos que descansar en Su regazo, al igual que un niño en los brazos de su madre, y Su fortaleza divina nos sostendrá. Y eso es lo que implica la fe. Creemos que nuestros malos hábitos son demasiado fuertes para nosotros; que somos incapaces de luchar contra ellos; que conocemos de antemano nuestra derrota. Pero, cuando sentimos hasta tal punto nuestra impotencia, y nos acercamos al Señor deseando liberarnos de la fuerza así como del castigo del pecado, dejamos de depender únicamente de nosotros mismos. Mientras vivimos rebelándonos contra Dios, deseando ser dueños de nuestra voluntad, buscando la felicidad en las cosas mundanas, es como si nos encerráramos en una habitación abarrotada de gente y con un calor sofocante, donde solo pudiéramos respirar un aire contaminado; pero solo tenemos que salir bajo el cielo infinito para encontrar el aire puro que nos procura salud, fortaleza y felicidad. Y lo mismo ocurre con el espíritu de Dios: tan pronto como nos sometemos a Su voluntad, tan pronto como deseamos unirnos a Él, y ser puros y santos, es como si cayeran los muros que nos separan de Dios, y nos alimentáramos de su espíritu, que nos infunde un nuevo vigor.

—Eso es lo que necesito —dijo Janet—; los placeres ya no me interesan. Creo que me contentaría, en medio de las privaciones y de las dificultades, si sintiera que Dios se preocupa por mí, y me diera fuerzas para llevar una vida pura. Pero dígame, señor Tryan, ¿encontró usted pronto la serenidad y la fortaleza?

—No la serenidad total, eso me llevó mucho tiempo, pero sí la fe y la confianza, que son la fortaleza. Yo era incapaz de perdonarme el dolor que había contribuido a infligir. Mi amigo insistía en que mi pecado contra Dios era más grave que mi pecado contra Lucy; pero... quizá mi sentimiento espiritual no sea lo bastante profundo, pues sigue siendo este último pecado el que me causa mayor remordimiento. Nunca podría salvar a Lucy; pero, gracias a la bendición de Dios, podría salvar a otras almas débiles y descarriadas; y por eso entré en la carrera eclesiástica. Lo único que quería hacer a partir de entonces era consagrarme a la obra de Dios, sin desviarme en busca del placer ni a la derecha ni a la izquierda. No ha sido siempre una lucha fácil, pero Dios ha estado a mi lado... y quizá no se prolongue mucho más.

El señor Tryan guardó silencio. Por unos instantes se había olvidado de Janet, y ésta se había olvidado de sus penalidades. Cuando volvió a pensar en ellas, lo hizo de otra manera.

—¡Ah, qué diferencia entre nuestras vidas! Usted ha elegido el dolor, y el trabajo, y el sacrificio; y yo solo he pensado en mí misma. Me sentía enojada y afligida únicamente por el dolor que tenía que soportar. Usted, por el contrario, seguro que nunca tuvo el egoísmo de pensar que Dios era cruel por enviarle sufrimientos y tentaciones peores que los de los demás...

—Oh, sí, claro que lo tuve; tuve pensamientos muy blasfemos, y sé que el espíritu de rebelión probablemente haya sido lo más duro en su caso. Ignoraba usted lo imposible que es para nosotros juzgar sin equivocarnos la voluntad de Dios, y se oponía a Su voluntad. Pero ¿qué sabemos nosotros? Somos incapaces de predecir el suceso más insignificante de nuestro propio destino; ¿cómo vamos a atrevernos a juzgar cosas que son demasiado sublimes? Lo mejor para nosotros es una completa sumisión, una total resignación. En cuanto enarbolamos nuestra voluntad y nuestra sabiduría en contra de las de Dios, levantamos la muralla que hemos mencionado antes entre nosotros y Su amor. Pero tan pronto como nos postramos a Sus pies, la luz que necesitamos guía nuestros pasos; como el soldado de infantería que, aunque no oye las decisiones que se toman en los consejos sobre el curso de la gran batalla en la que debe luchar, sí oye con toda claridad la orden que debe acatar. Lo sé, mi querida señora Dempster, sé que es duro (lo más duro de todo, quizá) para un ser humano de carne y hueso. Pero deje que Cristo cargue con esa dificultad junto con sus demás pecados y flaquezas, y pídale que derrame sobre usted un espíritu de sumisión. Él participa en sus luchas; Él ha apurado la copa de nuestro sufrimiento; Él sabe lo mucho que nos cuesta decir: «No se haga mi voluntad, sino la Tuya<sup>[129]</sup>».

—Rece conmigo —dijo Janet—, rece para que Dios me ilumine y me dé fuerzas.

## Capítulo XIX

Antes de dejar a Janet, el señor Tryan le pidió encarecidamente que avisara a su madre.

—Se sentirá muy dolida —dijo— si la deja más tiempo al margen de sus penas. Usted debería estar con ella.

—Sí, mandaré a buscarla —respondió Janet—. Pero preferiría no ir a su casa todavía; mi marido pensará que estoy allí, y podría ir a buscarme. No puedo volver con él... al menos, no todavía. ¿Debería hacerlo?

—No, desde luego que no, por el momento. Habría que hacer algo para protegerla de la violencia. Su madre, supongo, tendría que consultar con algún amigo de confianza, algún hombre de carácter y experiencia que pudiera mediar entre usted y su marido.

—Sí, diré que avisen a mi madre ahora mismo. Pero me quedaré aquí, con la señora Pettifer, hasta que tomemos una decisión. No quiero que nadie sepa que estoy aquí, excepto usted. ¿Vendrá a verme otro día? ¿No me dejará sola?

—No se quedará sola. Dios está a su lado. Si yo he podido ofrecerle algún consuelo es porque Su poder y Su amor han estado con nosotros. Pero agradezco mucho que Él haya querido ayudarla a través de mí. La veré mañana... pero a última hora de la tarde, pues es domingo, como sabe; me quedaré libre después del sermón vespertino. Rezaré por usted hasta entonces. Entretanto, querida señora Dempster, abra su corazón todo lo que pueda a su madre y a la señora Pettifer. Aleje de usted ese orgullo que nos impide reconocer nuestras flaquezas ante nuestros amigos. Pídeles que la ayuden a apartarse del pecado que más teme. Evite en la medida de lo posible toda oportunidad de caer en él. Esta clase de esfuerzos, hechos con humildad y dependencia, son una plegaria. Prométame que hará lo que le digo.

—Sí, se lo prometo. Sé que siempre he sido demasiado orgullosa; nunca me ha gustado hablar de mí con nadie. Ni siquiera con mi madre; me molestaba que se diera cuenta de mis errores.

—Ah, señora Dempster, jamás volverá a decir que la vida no tiene sentido, y no hay nada por lo que vivir, ¿verdad? Hay mucho trabajo que hacer, tanto en nuestra alma como en la de los demás. ¿Qué más da tener más o menos comodidades en este mundo que solo durará unos años cuando Dios nos está preparando para la dicha eterna de Su amor? Piense en ese gran final, y sus penas actuales le parecerán solo las pequeñas contrariedades de un viaje. Y ahora no me queda otro remedio que marcharme.

El señor Tryan se puso en pie y le tendió la mano. Janet la cogió y dijo:

—Dios ha sido muy bondadoso al enviarlo. Confiaré en Él. Intentaré hacer todo lo que usted diga.

¡Bendita sea la influencia de un alma humana buena y cariñosa en otra! No calculable por el álgebra, no deducible por la lógica, sino misteriosa, eficaz y

poderosa, como el proceso oculto por el que una semilla diminuta prende y, al brotar, se convierte en un tallo alto de hermosas hojas con una flor de pétalos brillantes. Las ideas son a menudo pobres fantasmas; nuestros ojos deslumbrados por el sol no pueden distinguirlas; pasan a través de nosotros como un ligero vaho, sin que advirtamos su presencia. Pero algunas veces son corpóreas; exhalan su cálido aliento sobre nosotros, nos tocan con manos suaves y sensibles, nos miran con ojos tristes y sinceros, y nos hablan en un tono cautivador; están envueltas en un alma humana, con todos sus conflictos, su fe y su amor. Y entonces su presencia es un poder, entonces nos sacuden como una pasión, y las perseguimos con dulce compulsión, arrastrados por ellas del mismo modo que las llamas arrastran a las llamas.

El rostro majestuoso y oscuro de Janet, aún con las huellas del cansancio, se había serenado, y, sin levantarse, miró con expresión humilde e ingenua el semblante rubio y delgado de ojos grises y algo hundidos que brillaban con febril viveza. Ella habría podido ser una imagen de la fuerza apasionada golpeada y corroída por el conflicto; y él una imagen de la fe y el sacrificio que lo han apaciguado. Cuando el pastor contempló su cara dulce y sumisa, recordó su mirada de angustia y desesperación, y se le hizo un nudo en la garganta.

«Déjame vivir al menos para ver esta obra confirmada, y luego...»

Eran casi las diez cuando el señor Tryan se marchó, pero Janet se empeñó en que avisaran a su madre; así que la señora Pettifer, de lo más expeditiva, se puso el sombrero y salió personalmente en busca de la señora Raynor. La madre llevaba demasiado tiempo acostumbrada a que cada semana que empezaba fuera más dolorosa que la anterior para que las noticias de la señora Pettifer la sorprendieran. Dueña de sí, sin el menor asomo de inquietud, cogió un manojito de llaves y le dijo a su joven criada que no la esperara esa noche; luego acompañó en silencio a la señora Pettifer de vuelta a casa.

Cuando entraron en la sala, Janet, exhausta, se había quedado dormida en una butaca grande de espaldas a la puerta. El ruido la despertó, y cuando miró a su alrededor sobresaltada, la señora Raynor se acercó a ella y dijo:

—Janet, soy tu madre.

—¡Madre, querida madre! —gritó Janet, abrazándose a ella con fuerza—. No he sido una hija buena y cariñosa, pero lo seré... No volveré a disgustarla.

La calma, que había sobrellevado con entereza un nuevo dolor, se vio desbordada de una nueva alegría, y la madre rompió a llorar.



## Capítulo XX

El domingo por la mañana dejó de llover, y Janet, mirando por la ventana, vio, sobre los tejados de las casas, una masa brillante de nubes blancas flotando bajo el lejano firmamento azul. Iba a ser un hermoso día de abril. El cielo, radiante y sereno después del largo azote del viento y la lluvia, mezclaba su benéfica influencia con los nuevos pensamientos y perspectivas de Janet. Sentía un valor y un optimismo que le sorprendieron, después del frío y hondo abatimiento que la había abrumado el día anterior: podía incluso recordar la furia de su marido sin el pánico de antes. Pues una maravillosa esperanza, la esperanza de la purificación y de la paz interior, había invadido su alma, permitiendo en ella la irrupción de la primavera al mismo tiempo que en el mundo exterior.

Mientras su madre le cepillaba el pelo y le hacía un rodete con sus gruesas trenzas negras —una de sus tareas favoritas, pues parecía resucitar la infancia de su hija—, Janet le explicó por qué había acudido al señor Tryan, cómo había recordado su encuentro del pasado otoño en casa de Sally Martin, y había tenido unas ganas irreprimibles de verlo y contarle todos sus pecados y sufrimientos.

—Ahora puedo ver la bondad de Dios, madre, al hacer que nos encontráramos así, y yo olvidara mis prejuicios contra él y comprendiera que era bueno; y al recordármelo luego cuando estaba más hundida en el sufrimiento. Ya sabe las tonterías que decía de él, aunque no lo conociera de nada. ¡Y pensar que era el hombre que me ofrecería consuelo y ayuda cuando todo lo demás me fallara! Es maravilloso poder hablar con él como no lo he hecho nunca con nadie; y cómo cada una de sus palabras entran en mi corazón y cobran un nuevo significado. Debe de ser porque ha sufrido más que otros, y su fe es más profunda. Creo inmediatamente todo lo que dice. Sus palabras son para mí como la lluvia para una tierra agostada. Siempre he tenido la sensación de que podía ver detrás de las palabras de la gente, como a través de una pantalla; pero en el caso del señor Tryan es su alma la que habla.

—Bueno, tesoro mío, tiene mi amor y mi bendición si te ha procurado algún consuelo. Nunca he creído que fuera tan malo como dice la gente, aunque no desee ir a sus sermones, pues me gustan las costumbres de siempre. Encuentro más enseñanzas de las que puedo poner en práctica leyendo mi Biblia en casa, y escuchando al señor Crewe en la iglesia. Pero tus necesidades son diferentes, mi amor, y no todos hemos de seguir el mismo camino. Me pareció un buen consejo del señor Tryan lo que me contaste ayer por la noche: que consultemos con alguien que pueda mediar entre tú y tu marido; y he estado dándole vueltas en la cama, porque no podía conciliar el sueño. Creo que la persona idónea es el señor Benjamin Landor, pues debemos tener a un hombre que sepa de leyes, y que intimide un poco a Robert. Y quizá consiga un acuerdo para que podáis vivir separados. Tu marido está obligado a mantenerte, ya lo sabes; y, si quisieras, podríamos marcharnos de Milby y vivir en cualquier otro lugar.

—Oh, madre, no hagamos nada todavía; tengo que meditar las cosas un poco. Me siento muy diferente que ayer. Algo me dice que debo volver con Robert en algún momento... pasado cierto tiempo. Hubo un día en que lo amé más que a nada en el mundo, y jamás he tenido un hijo al que querer. He hecho algunas cosas mal, y me gustaría poder enmendarlas.

—Está bien, hija mía, como tú quieras. Medítalo un poco más. Pero tendremos que hacer algo pronto.

—¡Ojalá tuviera aquí mi sombrero, mi chal y mi capa negra! —dijo Janet, después de unos instantes de silencio—. Me encantaría ir a la iglesia de Paddiford y escuchar al señor Tryan. No correría el peligro de encontrarme con Robert, pues nunca sale el domingo por la mañana.

—Me temo que no sería una buena idea que yo fuera a buscar alguno de tus vestidos —señaló la señora Raynor.

—¡Oh, no, no! Me quedaré tranquilamente aquí mientras ustedes dos van a la iglesia. Seré la criada de la señora Pettifer, y tendré la comida preparada cuando ella vuelva. ¡Qué buena es! Si viera, madre, lo cariñosa que fue conmigo cuando me abrió la puerta por la noche, y al día siguiente, cuando yo ni siquiera podía darle las gracias...

## Capítulo XXI

Las criadas de los Dempster se quedaron sorprendidas cuando pasaron la mañana, el mediodía y la tarde del sábado sin que su señora apareciera.

—¡Qué raro! —dijo Kitty, la doncella, preparando su cofia de la semana siguiente mientras Betty, la cocinera de edad mediana, la miraba con los brazos cruzados—. ¿Se habrá puesto mala la señora Raynor y habrá avisado a su hija antes de que nos levantáramos?

—Bueno —respondió Betty—, si fuera eso, ya habría ido y venido tres o cuatro veces; o, al menos, habría mandado a la pequeña Ann para que nos lo dijera.

—Yo creo que ha pasado algo muy gordo entre ella y el amo, seguro —dijo Kitty—. Toda aquella ropa tirada ayer por el suelo del salón, cuando llegaron los invitados, me dio muy mala espina. No me extrañaría nada que se hubieran peleado justo antes. A lo mejor ella se ha marchado y no piensa volver nunca.

—Y haría bien —exclamó Betty—. Yo me habría largado hace mucho. No habría dejado que me maltratara así mi marido, aunque fuera el noble más importante del país. No vale la pena estar casada a ese precio: prefiero ser cocinera y pasarme el día en los fogones. No me extraña que beba. A mí también me gusta dar un traguito cuando estoy mal. Y hoy estoy muy alicaída; voy a poner mi cerveza en una cacerola para calentarla.

—¡No sé cómo te calientas la cerveza, Betty! Yo no podría... ¡qué asco!

—Ah, no entiendes nada. Si fueras cocinera sabrías lo que es bueno. No hay nada mejor para entonar el estómago, te lo aseguro. Luego te darían igual todas esas cintas de tu cofia.

—Bueno, bueno, Betty, no seas gruñona. Liza Thomson, la que está en casa de los Phipps, me dijo el domingo pasado que no entendía cómo podía trabajar en casa de los Dempster, con las cosas que pasaban. Y yo le contesté que en todas partes cuecen habas, y que, por mucho que te cambies, al final da lo mismo. ¡Dios! Y Liza me contó que la señora Phipps era muy tacaña en la cocina, con todos los invitados que tienen; en cuanto a los novios, se pone como una fiera si ve a alguno por los alrededores. Nuestra señora no tiene esas cosas. ¡Qué preciosa estaba cuando vino a hablar con Job el domingo pasado! No hay una mujer más bondadosa en el mundo, eso es lo que creo... ni más guapa. Siempre pienso que no hay nadie como ella cuando se hace un peinado bonito. ¡Dios! ¡Ojalá tuviera el pelo largo como ella! Es horrible cómo se me está cayendo.

—Mañana se armará una buena, seguro —dijo Betty—, cuando el señor vuelva a casa; Dawes jura que no volverá a trabajar para él. Tendría gracia que lo llevara a los tribunales por darle un latigazo. ¡Estaría bien que le bajaran los humos por primera vez en la vida!

—Estaba de un humor de mil demonios esta mañana —afirmó Kitty—. Supongo que por lo que había ocurrido con la señora. Lo vamos a pasar muy mal con él como

ella no vuelva. No me extrañaría nada que quisiera azotarnos. Necesita maltratar a alguien cuando está furioso.

—Ya me encargaría yo de que no me tocara... No se lo consentiría aunque se hubiera casado diez veces conmigo; antes le echaría agua hirviendo. Pero la señora no es como yo. Él conseguirá que vuelva, ya lo verás; se inventará algo para convencerla. Aunque no tiene pinta de que vaya a regresar esta noche; tendríamos que cerrar las puertas y acostarnos cuando nos dé la gana.

El domingo por la mañana, sin embargo, a Kitty le inquietaron unas conjeturas más concretas y alarmantes sobre su señora. Mientras Betty, ante la perspectiva insospechada de tener tiempo libre, terminaba una carta que llevaba mucho tiempo a medio escribir entre las páginas de su Biblia, Kitty entró en la cocina corriendo y dijo:

—¡Santo cielo!, Betty, me he quedado sin respiración; casi me caigo de espaldas. Acabo de mirar en el armario de la señora, y están sus dos sombreros. Ha tenido que salir sin sombrero. Y además me he acordado de que su camisón no estaba en la cama ayer por la mañana; pensé que lo habría dejado en la cesta de la ropa sucia, pero he comprobado que no es así. Estoy segura de que la ha matado, y la tiene escondida en ese armario que siempre cierra con llave. Es capaz de hacer una cosa así.

—¡Que Dios se apiade de nosotras! Será mejor que corras a casa de la señora Raynor y veas si está allí. Quizá todo fuera una mentira.

La señora Raynor había vuelto a casa para dar instrucciones a su joven criada cuando Kitty, con los aspavientos que tanto gustan a los sirvientes, entró sin llamar a la puerta, y, llevándose las manos al corazón como si este órgano corriera un serio peligro, dijo:

—Perdone, señora, pero ¿está su hija aquí?

—No, Kitty; ¿por qué has venido a preguntarlo?

—Porque no ha vuelto a casa desde ayer por la mañana antes de que nos levantáramos; y hemos pensado que podría haberle ocurrido algo.

—No tengas miedo, Kitty. Tu señora se encuentra bien. Sé dónde está. Y el señor Dempster ¿está en casa?

—No, señora; se fue ayer por la mañana, y dijo que no volvería hasta esta noche.

—Bueno, Kitty, a tu señora no le ocurre nada. No le digas a nadie que no está en casa. Iré enseguida y cogeré un vestido y un sombrero para ella. Los necesita.

Kitty, comprendiendo que había un misterio en el que ella no debía adentrarse, volvió a Orchard Street, realmente contenta de que su señora estuviera a salvo, pero algo desilusionada, sin embargo, porque le habían dicho que no tuviera miedo. No tardó en seguirla la señora Raynor, en busca del vestido y del sombrero de su hija. La bondadosa madre, al enterarse de que Dempster no estaba en casa, pensó en complacer el deseo de Janet de ir a la iglesia de Paddiford.

—Mira, querida —dijo al entrar en la sala de la señora Pettifer—, te he traído tu traje negro. Robert no está en casa, y no volverá hasta esta noche. No he encontrado

tu mejor vestido negro, pero éste servirá. No quería traerte ninguna otra cosa, ¿sabes?; pero era de justicia que cogiera algo para vestirte. Puedes ir a la iglesia de Paddiford si quieres; yo te acompañaré.

—¡Qué buena es usted, madre! Así iremos las tres juntas. ¿Por qué no viene y me ayuda a arreglarme? ¡Ay, mi querida señora Crewe! Le disgustará muchísimo que vaya a escuchar al señor Tryan. Pero luego le daré un beso, y haremos las paces.

Muchos ojos se volvieron hacia Janet con expresión de asombro cuando avanzó por el pasillo de la iglesia de Paddiford. Ella se sintió algo turbada ante la atención que estaba acaparando, pero también satisfecha de haber dado un paso que permitiría a sus vecinos enterarse de lo mucho que había cambiado su opinión del señor Tryan: ya no quedaba espacio en ella para las reticencias del orgullo o la tenue indecisión. El paseo en medio del dulce aire primaveral había intensificado sus nuevas esperanzas, todos sus anhelos de pureza, paz y fortaleza. Creía que hallaría un nuevo significado en las oraciones de aquella mañana; su corazón embargado por la emoción, como un río a punto de desbordarse, necesitaba todos esos canales ya existentes para verterse; y además volvería a escuchar al señor Tryan, y sus palabras caerían sobre ella como un bálsamo precioso, al igual que la noche anterior. Había un brillo líquido en los ojos de Janet cuando recorrieron las paredes, los bancos, los tejedores y los mineros con sus trajes dominicales. Las cosas más ordinarias parecían despertar el amor que llevaba dentro, del mismo modo que, al desembarazarnos de pronto de un dolor físico agudo, nuestro corazón y nuestros sentidos reviven con una nueva sensación de libertad; e incluso el ruido de las calles nos parece entonces armonioso, y deseamos abrazar al tendero que va a darnos el cambio. Una puerta se había abierto en la fría y oscura prisión de la desesperación de Janet, y la luz dorada de la mañana derramaba sus rayos oblicuos a través de la bendita abertura. Los rayos del sol iluminaban el mundo; el amor divino se preocupaba de ella. Le había dado muchas cosas buenas: había dispuesto que le ofrecieran consuelo justo cuando se sentía más desamparada.

El señor Tryan se alegró mucho cuando sus ojos la divisaron al acercarse al atril; pero su alegría se mezcló con el miedo. No podía mirar aquel rostro dulce y esperanzado sin recordar su expresión de agonía del día anterior; y no se podía descartar la posibilidad de que esa expresión se repitiera.

La aparición de Janet en la iglesia fue recibida no solo con asombro, sino también con mucho cariño, y, después del servicio religioso, varios seguidores del señor Tryan de los que ella se había distanciado en los últimos tiempos se acercaron a darle la mano.

—Madre —dijo la señorita Linnet—, vamos a hablar con la señora Dempster. Estoy segura de que ha cambiado mucho su opinión del señor Tryan. He visto el entusiasmo con que escuchaba el sermón; y ha venido con la señora Lattifer. Deberíamos darle la bienvenida entre nosotros.

—¿Por qué, querida? Llevamos cinco años sin dirigirnos casi la palabra. Ya sabes lo altanera que se mostraba desde que discutí con su marido. Pero lo pasado, pasado

está. No guardo el menor rencor a la pobre criatura, y menos ahora que se ha burlado de su marido viniendo a escuchar al señor Tryan. Sí, vamos a hablar con ella.

Las palabras y las miradas amistosas conmovieron un poco más de la cuenta a Janet, y la señora Pettifer prudentemente se la llevó a casa por el camino menos transitado. Cuando llegaron, un violento ataque de llanto, seguido de una lasitud continuada, mostraron que las emociones de la mañana le habían alterado los nervios. Sufría, además, la ausencia de ese estímulo al que llevaba tanto tiempo habituada, y que había prometido al señor Tryan no volver a tocar. La pobre criatura era consciente de eso, y temía su propia debilidad, como la víctima de una locura intermitente teme la llegada de su antigua alucinación.

—Madre —susurró, cuando la señora Raynor insistió en que se tumbara y descansara toda la tarde, a fin de encontrarse mejor cuando el señor Tryan fuera a verla por la noche—, madre, no me deje tomar nada si se lo pido.

En el pensamiento de la madre reinaba la misma inquietud, que en ella se mezclaba con otro miedo: el miedo de que Janet, en su actual estado de excitación, tomara alguna decisión precipitada respecto a su marido que la encadenara de nuevo a sus penalidades de antes. El comentario que había hecho esa mañana sobre su deseo de volver con él más adelante reflejaba un afán de cumplir con sus difíciles obligaciones que solo hacía temblar a la sensata madre después de tantos años de sufrimiento. Con todo, al acercarse la noche, el heroísmo matinal de Janet pareció abandonarla: su imaginación, influida por un decaimiento tanto físico como mental, se vio atormentada por la visión del regreso a casa de su marido, y empezó a temblar con el pánico de la víspera. Oyó cómo la llamaba, vio cómo se dirigía a casa de su madre en busca de ella, tuvo la certeza de que descubriría su paradero e irrumpiría en casa de la señora Pettifer.

—Por favor, se lo ruego, no me deje, no vaya a la iglesia —dijo a su amiga—. Quédese con mi madre y conmigo hasta que venga el señor Tryan.

A las seis y veinte las campanas de la iglesia llamaron al servicio vespertino, y los feligreses no tardaron en afluir por todo Orchard Street, en medio del suave atardecer. La calle daba al oeste. El sol rojo y medio hundido derramaba un solemne esplendor en las viviendas más ordinarias, y teñía de carmesí las ventanas del piso superior en saledizo de casa de los Dempster.

De pronto, se elevó un fuerte murmullo que se extendió por la oleada de fieles que acudían a la iglesia, y todos se detuvieron y miraron hacia atrás. En el otro extremo de la calle, unos hombres, acompañados de un grupo heterogéneo de mirones, transportaban lentamente algo: un cuerpo tendido sobre una puerta. Avanzaron lentamente por el centro de la calle, entre dos hileras de rostros sobrecogidos, hasta que se dieron la vuelta y se detuvieron ante la puerta de Dempster bajo aquel sol encarnado.

Era el cuerpo del abogado. Nadie sabía si estaba vivo o muerto.

## Capítulo XXII

Fueron probablemente unas *palabras* duras para los fariseos: «Habría más alegría en el cielo por un solo pecador que se arrepienta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de arrepentirse<sup>[130]</sup>». Y ciertos filósofos ingenuos de nuestros días<sup>[131]</sup> seguramente se ofender an ante una dicha tan alejada de la proporción aritmética. Pero un corazón al que su dolorosa lucha ha enseñado a desangrarse con la aflicción de un semejante, que ha aprendido a ser compasivo mediante el sufrimiento, es muy posible que encuentre insatisfactorios «la balanza de la felicidad», «la doctrina de las compensaciones» y otros métodos breves y sencillos de adoptar una actitud complaciente ante el dolor; y para un corazón así esas *palabras* no serían completamente oscuras. Las emociones, he observado, se ven muy poco afectadas por las consideraciones aritméticas: una madre, cuando sus dulces pequeños, que aún cecean, le han sido arrebatados uno tras otro, y se inclina sobre su último hijo muerto, halla muy poco consuelo en el hecho de que ese cuerpo diminuto con hoyuelos sea solo un número de un promedio necesario, y que otras mil criaturas venidas al mundo al mismo tiempo se encuentren bien y con probabilidades de seguir con vida; y, si estás junto a esa madre, si presencias su dolor y lo compartes, posiblemente serás tan incapaz como ella de ver nada satisfactorio en las estadísticas.

Sin duda una complacencia cimentada sobre esa base es muy racional; pero la emoción, me temo, es obstinadamente irracional: insiste en preocuparse por los individuos; se niega por completo a adoptar una visión cuantitativa de la angustia humana, y a reconocer que trece vidas felices sirven de contrapeso a doce vidas desgraciadas, lo que inclina la balanza claramente hacia el lado de la satisfacción.  sa es la imbecilidad inherente al sentimiento, y hay que ser un gran filósofo para librarse de ella y ascender al aire sereno del puro intelecto, donde es evidente que los individuos apenas existen realmente para las abstracciones que puedan extraerse de ellos: abstracciones que pueden surgir de un montón de vidas maltrechas como el dulce aroma de un sacrificio para los orificios nasales de los filósofos, y de una deidad filosófica. Y así, para el hombre que sabe lo que es la compasión porque ha conocido el sufrimiento, esas antiquísimas palabras sobre la mayor felicidad de los  ngeles ante un pecador arrepentido que ante noventa y nueve justos tienen un significado que no est  nada en discordancia con el lenguaje de su propio corazón. Solo le dicen que para los  ngeles también existe un valor trascendental en el dolor humano, que se niega a ser fijado por ecuaciones; que los ojos de los  ngeles también se apartan de la dicha serena de los justos para inclinarse con vívida compasión sobre las pobres almas descarriadas que vagan por el desierto sin encontrar agua: que para los  ngeles también la desgracia de uno arroja una sombra tan terrible que eclipsa la felicidad de noventa y nueve.

El señor Tryan había recorrido el camino del sufrimiento: no es de extrañar, pues,

que la recuperación de Janet fuera la obra que más cerca sintiera de su corazón; y que, por muy agotado que se encontrara al entrar en la sacristía después del servicio vespertino, no viera la hora de cumplir su promesa de verla. Su experiencia le permitía adivinar —como ocurriría en realidad— que, tras el optimismo de la mañana, volverían el decaimiento y el desánimo; y su percepción de las dificultades internas y externas en el camino del restablecimiento era tan lúcida que lo único que le aliviaba de los presentimientos que le asaltaban era elevar su corazón con una plegaria. Hay elementos invisibles que a menudo frustran nuestros cálculos más juiciosos, que levantan al enfermo del borde de la tumba, contradiciendo las profecías del médico más clarividente, y colmando la ciega y persistente sed de afecto; a esos elementos invisibles el señor Tryan los llamaba Voluntad Divina, y venían a llenar el margen de ignorancia que rodea todo nuestro conocimiento con los sentimientos de confianza y de resignación. Es posible que la filosofía más profunda apenas pudiera llenarlo mejor.

Estaba ensimismado en estos pensamientos, mientras se quitaba distraídamente la casulla, cuando el señor Landor entró en la sacristía y le preguntó con brusquedad:

—¿Sabe lo de Dempster?

—No —respondió el señor Tryan, alarmado—; ¿qué ha ocurrido?

—Se ha caído de su calesa en Bridge Way, y creyeron que estaba muerto. Lo estaban llevando a casa cuando veníamos a la iglesia, y me acerqué por si necesitaban ayuda. Quería hablar con la señora Dempster, y prepararla un poco, pero no estaba en casa. Dempster no ha muerto, pero ha perdido el conocimiento. El doctor Pilgrim llegó enseguida, y dice que tiene dos fracturas en la pierna derecha. Parece que va a ser un caso muy difícil, dado su estado físico. Dicen que iba más borracho de lo habitual, y que cruzó Bridge Way azotando su caballo como un loco, hasta que éste giró de pronto y le tiró al suelo. Las criadas no saben dónde está la señora Dempster: lleva fuera de casa desde ayer por la mañana; pero dicen que la señora Raynor lo sabe.

—Y yo también —dijo el señor Tryan—; pero creo que será mejor para ella que no se lo digan todavía.

—Eso mismo ha dicho el doctor Pilgrim; por eso no he ido a casa de la señora Raynor. Dice que sería oportuno que, de momento, la señora Dempster se alojara en otro sitio. ¿Sabe si ha pasado algo nuevo entre Dempster y su mujer últimamente? Me ha sorprendido mucho oír que había estado en la iglesia de Paddiford esta mañana.

—Sí, ha ocurrido algo; pero ella no quiere que nadie sepa cómo la ha tratado su marido. Está en casa de la señora Pettifer; no tiene sentido ocultar esto después de lo que le ha pasado a Dempster. Ayer, presa de la desesperación, me mandó llamar. Agradecí mucho que lo hiciera: creo que ha empezado a gestarse un gran cambio de sentimientos en ella. Pero ahora se encuentra en un estado de agitación tal (después de las dolorosas emociones que ha vivido estos dos últimos días) que sería conveniente, al menos por esta noche, evitarle un nuevo golpe, de ser posible. Pero



voy a verla ahora, y sabré cómo se encuentra.

—Señor Tryan —dijo el señor Jerome, que había entrado mientras hablaban y los había escuchado con expresión afligida—, me hará usted un gran favor si me dice qué puedo hacer por la señora Dempster. ¡Ay Dios, qué vida ésta! Me parece estar viéndolos hace quince años, la pareja más feliz del mundo; y ¡mira cómo ha acabado todo! Yo tenía mucha prisa por castigar a Dempster, pero había una mano más poderosa que la mía...

—Sí, señor Jerome; pero no nos alegremos de un castigo, ni siquiera cuando solo lo inflige la mano de Dios. Los mejores hombres no somos más que unos pobres desgraciados salvados a duras penas del naufragio: ¿podemos sentir otra cosa que miedo y compasión cuando vemos a nuestros compañeros de travesía tragados por las aguas?

—Tiene razón, tiene razón, señor Tryan. Soy demasiado colérico e impulsivo, eso es lo que soy. Pero le ruego que le diga a la señora Dempster, cuando tenga usted ocasión, desde luego, que siempre será bien recibida en la Casa Blanca, y que puede llamarme a cualquier hora del día.

—Sí; tendré ocasión de hacerlo, supongo, y no olvidaré su deseo. Creo —continuó el señor Tryan, volviéndose hacia el señor Landor— que me conviene pararme a hablar con el doctor Pilgrim de camino para saber exactamente cómo están las cosas. ¿Qué le parece?

—Por supuesto: si la señora Dempster tiene que saberlo, no hay nadie más indicado que usted para darle la noticia. Le acompañaré hasta la puerta de los Dempster. Supongo que el doctor Pilgrim seguirá allí. Vamos, señor Jerome, los tres vamos por el mismo camino, coja su caballo.

El doctor Pilgrim estaba en el pasillo dando unas instrucciones a su ayudante cuando, para su sorpresa, vio entrar al señor Tryan. Los dos se estrecharon la mano; pues el doctor Pilgrim, que nunca se había unido a los antitryanitas, cada día estaba más convencido de que el coadjutor evangélico era realmente un buen hombre, aunque fuera un necio por no cuidar mejor de sí mismo.

—Vaya, no esperaba verlo en el cuartel general de su viejo enemigo —dijo al señor Tryan—. Con todo, el pobre Dempster tardará mucho en volver al campo de batalla.

—He venido por la señora Dempster —contestó el señor Tryan—. Se aloja en casa de la señora Pettifer; está muy afectada por un grave contratiempo familiar, y creo que sería prudente esperar un poco para darle esta noticia tan terrible.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el doctor Pilgrim, al que enseguida picaba la curiosidad—. Ella no quería saber nada de usted... ¿Se ha separado de su marido? Es la primera vez que lo deja plantado.

—Oh, solo un agravamiento de las escenas que debían de producirse a menudo. Pero lo importante ahora es si cree usted que el marido puede morir en cualquier momento; de ser así, por lo que he observado en ella, la señora Dempster lamentaría

después que no la hubiéramos avisado.

—Bueno, en estos casos nunca se sabe. No creo que su muerte vaya a ser inminente, y tampoco es totalmente imposible que recupere el conocimiento. De momento, está en un estado de estupor apopléjico; pero si éste remite, lo más probable es que sufra un delirio y presenciemos unas escenas muy dolorosas. Es uno de esos casos complicados en los que, casi con seguridad, el delirio será de la peor especie: meningitis y delírium trémens al mismo tiempo; y lo tendremos muy difícil con él. Si le dan la noticia a la señora Dempster, sería preferible que la convencieran de que no estuviera en esta casa. No podría ayudar en nada, ¿sabe? Y tengo enfermeras.

—Gracias, doctor Pilgrim —dijo el señor Tryan—. Es cuanto quería saber. Adiós.

Cuando la señora Pettifer le abrió la puerta, el señor Tryan le explicó en pocas palabras lo sucedido, y le pidió que aprovechara la menor oportunidad para contárselo a la señora Raynor, a fin de ponerse de acuerdo, si era posible, para evitar que alguien se lo dijera a Janet antes de tiempo.

—¡Pobre criatura! —exclamó la señora Pettifer—. No está en condiciones de recibir malas noticias; anda muy alicaída esta noche... agotada por los nervios; y no ha tomado nada para levantar el ánimo, como estaba acostumbrada. Parece asustarle la idea de verse tentada a hacerlo.

—¡Gracias a Dios! Ese temor es su mayor salvaguardia.

Cuando el señor Tryan entró esta vez en la sala, Janet volvía a esperarlo con impaciencia; y su semblante pálido y triste se iluminó con una sonrisa cuando se levantó para saludarlo. Pero acto seguido dijo, con expresión preocupada:

—¡Parece usted tan enfermo y cansado! No ha dejado de trabajar en todo el día, y, sin embargo, ha venido a hablar conmigo. Está usted minando su salud. Voy a decirle a la señora Pettifer que venga y le prepare algo de cenar. Pero antes le presentaré a mi madre; creo que no la conoce.

Mientras el señor Tryan conversaba con la señora Raynor, Janet salió como una exhalación; y él, consciente de que aquellas amables atenciones ayudarían a contrarrestar su abatimiento, se plegó a sus deseos y aceptó la cena que la señora Pettifer le ofrecía, mientras hablaba tranquilamente de un ropero que iba a abrir en Paddiford y de la falta de hábitos previsores entre los pobres.

La señora Raynor no tardó en anunciar, sin embargo, que debía marcharse una hora a casa para ver cómo estaba su joven criada, y la señora Pettifer aprovechó la oportunidad para salir con ella y contarle lo que le había sucedido a su yerno. Cuando Janet se quedó a solas con el señor Tryan, le dijo:

—No sé qué hacer con mi marido. Soy tan débil... mis sentimientos cambian cada dos por tres. Esta mañana, cuando me sentía tan feliz y esperanzada, imaginaba que me gustaría volver con él, e intentar enmendar mis errores. Pensaba que Dios me ayudaría, y le tendría a usted para mostrarme el camino y aconsejarme, y sabría enfrentarme a los obstáculos que se presentaran. Pero desde entonces, toda la tarde y

parte de esta noche, me acosan los sentimientos de antes, el mismo miedo a su ira y a su crueldad; y tengo la sensación de que nunca seré capaz de sobrellevarlo sin caer en los mismos pecados, y hacer exactamente lo que hacía antes. No obstante, si se acordara una separación, sé que siempre me pesaría haberme negado a volver a su lado. Me parece algo terrible que, después de haber convivido quince años como marido y mujer, dos personas se separen y vivan como dos desconocidos. No hay duda de que es un vínculo muy fuerte, y siento como si no pudiera eludir ese deber. Me cuesta mucho tomar una decisión: ¿qué debo hacer?

—Creo que no debería dar ningún paso decisivo todavía. Espere a estar más serena. Podría quedarse algún tiempo con su madre; en mi opinión, no tiene por qué temer que su marido la moleste; ha caído muy bajo; seguro que la deja tranquila una temporada. Intente no pensar en esa espinosa cuestión. Cada día que amanece puede surgir algo que la ayude a decidir, y lo que más necesita su salud mental es olvidar todas esas zozobras sobre el futuro que la han estado atormentando. Entréguese al Señor, y confíe en que Él le mostrará el camino; Él le enseñara cuál es su deber si se somete a Su voluntad.

—Sí, esperaré un poco, como me dice. Me iré a casa de mi madre mañana, y rezaré para que el Señor me guíe. Y usted también rezará por mí.

## Capítulo XXIII

Al día siguiente Janet amaneció mucho más tranquila, y en el desayuno se mostró tan decidida a irse a casa de su madre que la señora Pettifer y la señora Raynor acordaron que sería más prudente contarle poco a poco lo que le había sucedido a su marido, puesto que, tan pronto como saliera a la calle, correría el peligro de encontrarse con alguien que se lo revelara. Pero la señora Raynor pensó en la conveniencia de acercarse antes a casa de Dempster, para ver cómo se encontraba; así que le dijo a Janet:

—Querida, me iré sola para organizar las cosas y prepararte el dormitorio. No es necesario que vengas aún. Volveré más o menos dentro de una hora, y nos iremos juntas.

—Oh, no —dijo la señora Pettifer—. Quédense conmigo hasta esta noche. Estaré perdida sin ustedes. No deberían salir hasta que oscurezca.

Janet estaba inmersa en la *Vida de Henry Martyn*<sup>[132]</sup>, que la señora Pettifer había sacado de la biblioteca pública de Paddiford, y estaba tan fascinada con la patética historia del misionero que se apresuró a decir que sí a las dos proposiciones; y la señora Raynor se marchó sola.

Llevaba más de una hora fuera, y eran casi las doce cuando Janet dejó su libro; y, después de quedarse un rato pensativa con la mirada inconscientemente fija en la pared de enfrente, se levantó, fue a su dormitorio y, poniéndose en un vuelo el chal y el sombrero, bajó con la señora Pettifer, que estaba atareada en la cocina.

—Señora Pettifer, dígale a mi madre cuando vuelva que he ido a ver cómo están esos pobres Lakin de Butcher Lane. Sé que están pasando hambre, y últimamente los he desatendido. Y luego, casi seguro, me acercaré a casa de la señora Crewe. Quiero ver a esa amiga tan querida y contarle por qué fui a escuchar al señor Tryan. No le dolerá ni la mitad si se lo explico yo.

—¿Por qué no espera a que vuelva su madre, o deja todo eso para mañana? —sugirió la señora Pettifer, alarmada—. No llegará a tiempo para el almuerzo si se pone a charlar con la señora Crewe. Y ya sabe que tendrá que pasar por delante de la casa de su marido; y ayer tenía usted tanto miedo de encontrárselo...

—Oh, Robert, estará encerrado en su despacho a estas horas, si no anda fuera de la ciudad. Tengo que ir; necesito hacer algo por los demás, no puedo seguir siendo una inútil. Me he puesto a leer el libro del maravilloso Henry Martyn; se parece al señor Tryan... trabajando hasta la extenuación para ayudar al prójimo. ¿Cómo voy a quedarme aquí sin hacer nada, pensando únicamente en mí misma? Tengo que ir. Adiós; volveré pronto.

Se marchó corriendo antes de que la señora Pettifer pudiera decir nada para disuadirla, dejando a la bondadosa mujer de lo más agitada, por miedo a que ese nuevo impulso frustrara todas las precauciones tomadas para ahorrarle el impacto de

la noticia.

Janet, después de visitar a la familia de Butcher Lane, volvió a enfilar Orchard Street para ir a casa de la señora Crewe; e iba pensando, con tristeza, que las economías de su madre serían demasiado justas para ayudar a los hambrientos Lakin cuando vio al doctor Pilgrim al otro lado de la calle. Andaba con paso ligero y, al llegar a la puerta de Dempster, se giró y entró sin llamar.

Janet se asustó. El doctor Pilgrim nunca entraría así a menos que hubiera alguien muy enfermo. Era su marido; lo supo con certeza en el acto. Le había ocurrido algo. Sin detenerse a pensar, cruzó la calle corriendo, abrió la puerta y entró. No había nadie en el pasillo. La puerta del comedor estaba abierta de par en par; no había nadie dentro. El doctor Pilgrim, para entonces, estaba ya en el piso de arriba. Se dirigió rápidamente a la habitación de Dempster: su propia habitación. La puerta estaba abierta, y Janet, pálida como la cera, contempló con horror lo que se le apareció, aún más sobrecogedor porque el dormitorio envolvía en la penumbra la luz del mediodía.

Dos fornidas enfermeras empleaban todas sus fuerzas para sujetar a Dempster en la cama, mientras el ayudante del médico le ponía una esponja en la cabeza, y el doctor Pilgrim ajustaba un aparato al otro lado de la estancia. La cara de Dempster estaba hinchada y de un color violáceo, los ojos dilatados, y con una mirada de pánico incontenible se concentraba en algo que, según creía ver, se acercaba a él desde el armario de hierro. Temblaba violentamente, y forcejeaba para escapar de la cama.

—Soltadme, soltadme —decía en su susurro fuerte y ronco—; viene ella... Está helada... Está muerta... Me estrangulará con su cabello negro. ¡Ah! —gritó—. Sus mechones son serpientes... Serpientes negras... Silban... Silban... Soltadme... Quiere arrastrarme con sus brazos helados... Sus brazos son serpientes... Son grandes serpientes blancas... Se me enroscarán... Quiere arrastrarme al agua helada... Su pecho está helado... Está negro... Son todo serpientes...

—No, Robert —gritó Janet, en un tono ansioso y compasivo, corriendo al lado de la cama, y extendiendo los brazos hacia él—. No, aquí está Janet. Ella no ha muerto... Ella te perdona.

El juicio trastornado de Dempster pareció recibir un nuevo golpe con su aparición. El terror dio paso a la cólera.

—¡Ajá! ¡Hipócritas serviles! —exclamó con voz estridente—. Me amenazáis... queréis vengaros de mí, ¿verdad? Lleváis las de perder. La ley está de mi parte... Conozco la ley... Os cazaré como a una liebre... Demostradlo... Demostrad que yo falsifiqué... Demostrad que yo cogí el dinero... Demostradlo... No podréis demostrar nada... ¡Malditos gusanos cantores de salmos! Os prenderé fuego a todos... y barreré vuestras cenizas... Os reduciré a polvo... un polvo imperceptible... —aquí su voz se convirtió en un murmullo de temblorosa indignación—... el polvo que hay en la ropa de cama... flotando por todas partes... Piojos negros... se acercan enjambres de piojos... ¡Janet! Ven a llevártelos... ¡Maldita sea! ¿Por qué no vienes?

¡Janet!

La pobre Janet estaba arrodillada a su lado con el rostro oculto entre las manos. Prefería casi revivir sus peores momentos que aquello. Era como si su marido estuviera padeciendo un suplicio, y ella no pudiera alcanzarlo; como si los oídos de él se hubieran quedado sordos para siempre a la voz del amor y del perdón. Sus pecados habían formado una dura costra alrededor de su alma; la voz compasiva de Janet no podía atravesarlos.

—No está ahí, ¿verdad? —prosiguió Dempster en tono desafiante—. ¿Por qué me preguntas dónde está? Te sacaré hasta la última gota de sangre amarilla si vienes a interpelarme. Tu sangre es amarilla... En tu monedero... Se escapa de tu monedero... ¿Qué? Lo estás cambiando por sapos, ¿verdad?... Se arrastran... Vuelan... Vuelan sobre mi cabeza... Los sapos vuelan por todas partes. ¡Mozo!, ¡Mozo!, saca mi calesa... Saca mi calesa, bestia holgazana... ¡Ajá!, me estás siguiendo, ¿verdad?... Volarás por encima de mi cabeza... Tienes un genio vivo... ¡Mozo! ¡Maldita sea! ¿Por qué no vienes? ¡Janet! Ven a llevarte los sapos... ¡Janet!

Esta última vez gritó su nombre con tanto terror que Janet se levantó involuntariamente de un salto, y pareció quedarse petrificada por la espantosa vibración. Dempster se quedó unos instantes en silencio con la mirada perdida; luego siguió hablando en un ronco susurro:

—Muerta... ¿está muerta? *Ella* lo hizo, entonces. Se enterró a sí misma en el arcón de hierro... aunque dejó su ropa fuera... No está muerta... ¿Por qué fingís que está muerta?... Sale... Está saliendo del armario de hierro... Ahí están las serpientes negras... Detenedla... Soltadme... Detenedla... Quiere arrastrarme al agua helada y negra... Su pecho está negro... Son todo serpientes... Son cada vez más largas... Las grandes serpientes blancas son cada vez más largas...

En ese momento llegó el doctor Pilgrim con el aparato para atarlo, pero los forcejeos de Dempster se hicieron más y más violentos.

—¡Mozo! ¡Mozo! —gritó—. Saca la calesa... ¡Dame el látigo!

Y, zafándose de las fuertes manos que lo sujetaban, empezó a azotar furiosamente las sábanas con el brazo derecho.

—¡Vamos, bestia coja!... ¡Sssh... sshh... sshh! ¡Así! ¡Ya está! Creen que son más listos que yo, ¿verdad? ¡Idiotas rastrosos! El tiempo me dará la razón. Les haré decir las oraciones al revés... Les pondré pimienta para que el demonio se los coma crudos... ¡Sssh... sshh... sshh! Ya veremos quién ríe el último... ¡Vamos, maldita bestia coja!... ¡Te partiré el lomo!... Te...

Se incorporó con más fuerza que nunca para azotar las sábanas, y cayó hacia atrás presa de las convulsiones. Janet pegó un grito, y se arrodilló. Creía que había muerto.

En cuanto el doctor Pilgrim pudo dedicarle un momento de atención, se acercó a ella y, cogiéndola del brazo, intentó sacarla con delicadeza de la habitación.

—Y ahora, mi querida señora Dempster, déjeme convencerla de que, por el momento, es mejor que no entre en el cuarto. Confío en que no tardaremos en aliviar

estos síntomas: no son más que el delirio que suele acompañar a estos casos.

—Pero ¿qué le pasa? ¿Qué ha provocado este ataque?

—Se cayó de la calesa; tiene la pierna derecha rota. Ha sido un accidente terrible, y no quiero ocultarle que es un caso bastante grave debido al estado de su cerebro. Pero el señor Dempster tiene una constitución fuerte, como sabe; en unos días estos síntomas cederán, y estará bien. Le ruego que no entre en el dormitorio por ahora: no puede hacer nada hasta que el señor Dempster mejore y sea capaz de reconocerla. Pero no debe estar sola; déjeme aconsejarle que la señora Raynor se quede con usted.

—Sí, mandaré llamar a mi madre. Pero no me prohíba estar en la habitación. No les molestaré; ¡antes he sufrido una impresión tan grande! No sabía nada del accidente. Puedo ayudar a las enfermeras; puedo ponerle paños fríos en la cabeza. Tal vez recupere el conocimiento por un momento y me reconozca. Por favor no diga que no: lo único que quiero es estar con él.

El doctor Pilgrim se ablandó, y Janet, después de pedir que avisaran a su madre y de quitarse el sombrero y el chal, volvió a ocupar su lugar a la cabecera de la cama de su marido.

## Capítulo XXIV

Apenas con breves intervalos de descanso, Janet no dejó en varios días su puesto en la triste habitación. No es raro que el cuarto del enfermo y el lazareto hayan sido con tanta frecuencia un refugio de las agitaciones de la duda intelectual; un lugar de reposo para los espíritus fatigados y heridos. Hay un deber sobre el que todos los credos y filosofías están de acuerdo: al atenderlo, al menos, la conciencia no se ve acosada por la duda, el impulso benévolo no se ve reprimido por una teoría adversa; y puede uno empezar a actuar sin resolver una cuestión preliminar. Humedecer los labios reseco del enfermo en las largas noches de vigilia, sujetar la cabeza desmadejada, levantar brazos y piernas exangües, adivinar la necesidad que solo puede insinuarse con un pequeño movimiento de la mano o una mirada implorante... son ocupaciones que no exigen ni examen de conciencia, ni casuística, ni aceptar proposiciones, ni sopesar consecuencias. Entre esas cuatro paredes donde el ajetreo y el resplandor del mundo no pueden entrar, y ninguna voz se levanta; donde un ser humano yace postrado, a merced de la ternura de sus semejantes, la relación moral entre los hombres se reduce a su máxima claridad y simplicidad: la intolerancia no puede confundirla, la teoría no puede pervertirla, la pasión, sorprendida de su quietud, no puede contaminarla ni perturbarla. Cuando nos inclinamos sobre el lecho del enfermo, todas las fuerzas de nuestra naturaleza corren hacia los canales de la compasión, de la paciencia y del amor, y barren la miserable y asfixiante deriva de nuestras peleas, de nuestros debates, de nuestra sabiduría frustrada y de nuestros deseos clamorosos y egoístas. Esta bendición serena que nos libera de las importunidades de la opinión se encuentra en todas las obras de misericordia sencillas y directas, y es una fuente de ese dulce sosiego que a menudo invade al cuidador en la habitación de un enfermo, incluso cuando su tarea es dura y terrible.

Janet sintió en cierto modo ese efecto beneficioso mientras atendía a su marido. Cuando pasaron las primeras horas desgarradoras, cuando el horror al delirio dejó de atenazarla, empezó a ser consciente de que se había librado de la carga de decidir qué rumbo tomaría en el futuro. La duda que tanto la atormentaba sobre si volver o no con su marido se había disipado en unos instantes; y el accidente, después de todo, podría ser el heraldo de otra bendición, del mismo modo que aquella medianoche atroz en que se había visto desvalida en medio del frío y de la oscuridad había dado paso al amanecer de una nueva esperanza. Robert se curaría; sus lesiones podrían hacerlo cambiar; se sentiría sin fuerzas mucho tiempo, necesitaría ayuda, y andar con muletas quizá. Ella lo cuidaría con tanta ternura, con tanta comprensión y tanto amor que toda su dureza y su crueldad se derretirían para siempre bajo los rayos del aliento que ella derramaría sobre él. Su corazón palpitaba al pensarlo, y unas lágrimas deliciosas resbalaban por sus mejillas. En la naturaleza de Janet no cabían el odio ni la venganza; los largos años de amargura extraían la mitad de su amargor del recuerdo siempre presente de los años demasiado breves de amor que los habían



precedido; y la idea de que su marido volviera a llevarse su mano a los labios, y evocara los días en que se sentaban juntos en la hierba, mientras él cubría de amapolas escarlatas su pelo negro y la llamaba su reina gitana, parecía impulsar una corriente de amoroso olvido sobre el espacio duro y pedregoso que los dos habían recorrido desde entonces. El Amor Divino que ya había brillado sobre ella la acompañaría; elevaría continuamente su alma en busca de ayuda; el señor Tryan, estaba segura, rezaría por ella. Cuando se sintiera desfallecer, se lo confesaría enseguida; cuando sus pies empezaran a resbalar, tendría ese puntal al que agarrarse. ¡Nunca la arrastrarían de nuevo a aquel sótano húmedo y oscuro de pecado y desesperación! Había sentido el sol de la mañana, había probado el aire puro y dulce de la confianza, del arrepentimiento y de la sumisión.

Ésos eran los pensamientos que pasaban por la imaginación de Janet mientras permanecía junto al lecho de su marido, y ésas las esperanzas que reveló al señor Tryan cuando fue a verla. Era tan evidente que la fortalecían en su nueva lucha, que su rostro se iluminaba de entusiasmo sereno cuando hablaba de ellas, que el señor Tryan no fue capaz de empañarlas con el frío de las dudas premonitorias, aunque había tenido una conversación previa con el doctor Pilgrim que le había hecho descartar cualquier posibilidad de que Dempster se recuperara. La pobre Janet no sabía interpretar los cambios sintomáticos, y cuando, una semana después, el delirio empezó a ser menos violento y se vio interrumpido por intervalos cada vez más largos de estupor, intentó convencerse de que podía tratarse de pasos en el camino de la recuperación, y se negó a hacer preguntas al doctor Pilgrim por si confirmaba los temores que empezaban a apoderarse de ella. Pero no se necesitaron muchos días para que él decidiera sacarla de su engaño. Y un día —hacia el mediodía, cuando las malas noticias parecen más escalofriantes— la llevó desde el cuarto de su marido a la sala que había al otro lado del pasillo, donde estaba la señora Raynor, y le dijo con ese tono suave y comprensivo que a veces daba un aire repentino de delicadeza a aquel hombre rudo:

—Mi querida señora Dempster, lo mejor en estos casos es estar preparados para lo peor. Creo que le haré un favor evitando que albergue falsas esperanzas, y el señor Dempster se encuentra en un estado en el que, me temo, la recuperación parece imposible. La afección cerebral podría no haber sido irreversible, pero ha tenido complicaciones; y lamento decirle que la pierna rota es un verdadero tormento.

Janet lo escuchó desolada. Ese futuro de amor y perdón nunca se haría realidad entonces: él desaparecería para siempre, en un lugar donde su compasión jamás podría alcanzarlo. Se estremeció de frío, y empezó a temblar.

—Pero ¿cree usted que morirá —preguntó— sin volver en sí? ¿Sin reconocerme?

—Es difícil decirlo con certeza. No es imposible que ceda la opresión cerebral, y entonces recobraría el conocimiento. Si hay algo que quiera usted decir o hacer en ese caso, sería conveniente que se preparara. Supongo —continuó el doctor Pilgrim, volviéndose hacia la señora Raynor— que los asuntos del señor Dempster estarán en

orden... su testamento...

—Oh, no permitiré que nadie le moleste con esas cosas —le interrumpió Janet—; solo tiene parientes lejanos, aparte de mí. No se me ocurriría perder el tiempo con eso. Lo único que quiero...

Fue incapaz de terminar la frase; sintió cómo las lágrimas asomaban a sus ojos, y salió de la habitación.

«Oh, Dios —dijo en su fuero interno—, ¿no es Tu amor más grande que el mío? ¡Ten piedad de él! ¡Ten piedad de él!»

Esto ocurrió el miércoles, diez días después del funesto accidente. El domingo siguiente, Dempster se hallaba en un estado de postración galopante; y cuando el doctor Pilgrim, que desde el primer día se había turnado con su ayudante para dormir en la casa, entró como de costumbre hacia las diez y media, apenas creyó que aquella vida débil y agonizante pudiera durar hasta el amanecer. Pues los últimos días le había administrado estimulantes para mitigar el cansancio que había sucedido a la alternancia de delirio y estupor. Poco más podía hacer por el paciente; así que a las once el doctor Pilgrim se fue a la cama, después de dar instrucciones a la enfermera y de pedirle que le avisara si se producía algún cambio o la señora Dempster quería verlo.

No pudieron convencer a Janet de que abandonara la habitación: miraba con avidez a su marido, esperando ese instante en que sus ojos, conscientes, se posaran en ella y comprendieran que lo había perdonado.

¡Cuánto había cambiado desde aquel lunes terrible, hacía casi quince días! Yacía inmóvil: apenas una respiración irregular agitaba su ancho pecho y su cuello grueso y musculoso. Sus facciones ya no estaban violáceas e hinchadas, sino pálidas, hundidas y demacradas. Un sudor frío goteaba en su frente protuberante, así como en sus manos marchitas y rígidas extendidas sobre las sábanas. Prefería verlas así que agitándose en el aire convulsamente, como la semana anterior.

Janet, sentada en el borde de la cama, pasó las largas horas a la luz de una vela contemplando sus ojos inconscientes medio cerrados y enjugando el sudor de su frente y de sus mejillas; con la mano izquierda apretaba la mano derecha, fría e insensible, que yacía a su lado sobre las sábanas. Estaba casi tan pálida como su marido moribundo, y tenía unas ojeras muy marcadas, pues era la tercera noche que no se acostaba; pero la mirada tensa y ansiosa de sus ojos oscuros, y la aguda sensibilidad de cada una de las arrugas que rodeaban su boca, formaban un extraño contraste con la sensualidad inconsciente y descarnada del rostro que vigilaba.

Reinaba un silencio sepulcral en la casa. No se oía nada salvo la respiración de su marido y el tictac del reloj en la repisa de la chimenea. La vela, colocada en alto, emitía una luz suave sobre el único objeto que a ella le interesaba ver. La habitación olía un poco a *brandy*; su marido lo bebía de vez en cuando; pero ese olor, que al principio le había producido un ligero estremecimiento, se había vuelto indiferente para ella: ni siquiera lo percibía; pensaba demasiado poco en sí misma para sentir

tentaciones o culpas. Solo sabía que el marido de su juventud se estaba muriendo; lejos, muy lejos de su alcance, como si ella estuviera impotente en la orilla mientras él se hundía entre unas olas negras y tempestuosas; lo único que anhelaba era un instante en el que poder satisfacer la profunda compasión de su alma con una mirada de amor y una palabra de ternura.

Sus sensaciones y pensamientos eran tan absorbentes que ni se dio cuenta del paso de las horas, y fue una sorpresa para ella cuando la enfermera apagó la vela y dejó entrar la tenue luz de la mañana. La señora Raynor, impaciente por ver a Janet, estaba ya levantada y le trajo una taza de café; y el doctor Pilgrim, que se había vestido con prisas, entró a ver cómo se encontraba su paciente.

El paso de la luz de las velas a la claridad de la mañana, el reinicio de los gestos rutinarios del día anterior, más que aliviar a Janet, la desalentó. Era más consciente de su frío agotamiento: la luz diurna que iluminaba el rostro de su marido parecía revelar el trabajo callado que la muerte había hecho a lo largo de la noche. Sintió cómo le abandonaba la última esperanza de que él la reconociera una vez más.

Pero el doctor Pilgrim, después de tomar el pulso a Dempster, le puso una cucharilla de *brandy* en los labios; el *brandy* bajó por su garganta, y su respiración se volvió menos fatigosa. Janet advirtió el cambio, y su corazón palpitó más deprisa mientras se inclinaba hacia él para mirarlo. Un ligero movimiento repentino, como el paso de una sombra, se hizo visible en su cara; y él abrió los ojos y los clavó en su mujer. Para ella fue casi como encontrarse con él de nuevo la mañana de resurrección después de la noche del sepulcro.

—Robert, ¿me reconoces?

Él no apartó los ojos de ella, e hizo un movimiento apenas perceptible con los labios, como si quisiera hablar.

Pero el momento de las palabras se había desvanecido para siempre: el momento de pedir a su mujer que le perdonara, en caso de que quisiera hacerlo. ¿Pudo leer el misericordioso perdón que estaba escrito en sus ojos? Ella nunca lo sabría; pues, cuando se inclinó para besarlo, el grueso velo de la muerte se interpuso entre los dos, y sus labios besaron un cadáver.

## Capítulo XXV

Las caras que rodeaban la tumba de Dempster, mientras el señor Crewe leía con su voz baja y entrecortada el responso, eran frías e impasibles. Los portadores del féretro eran hombres como el señor Pittman, el señor Lowme y el señor Budd, hombres a los que Dempster había llamado sus amigos mientras vivía; y los rostros mundanos nunca parecen tan mundanos como en un funeral. Causan la misma impresión de discordante incongruencia que una voz bronca que rompe el silencio solemne de la noche.

El único semblante entristecido estaba cubierto por un grueso velo de crep, y su dolor era contenido y silencioso. Nadie sabía cuán hondo era; pues la mayoría de los vecinos pensaban que para la señora Dempster era una suerte haber perdido a un mal marido que le había dejado como contrapartida una buena renta. Les costaba imaginar que la muerte de Dempster no fuera para ella una liberación. La persona que estaba más convencida de que el dolor de Janet era profundo y auténtico era el doctor Pilgrim, que, por lo general, no era nada propenso a la blandenguería y no creía en los sentimientos desinteresados.

—Esa mujer tiene un corazón dulce y cariñoso —le oyeron decir con frecuencia por aquella época en su ronda de visitas matinales—. Yo creía que era una engatusadora, pero no hay ninguna falsedad en ella, se lo aseguro. Si él hubiera sido el mejor marido del mundo, no lo habría sentido más. Hay mucha bondad en la señora Dempster... mucha bondad.

—Siempre lo he dicho —fue la respuesta de la señora Lowme cuando le hizo este comentario—; ¡se portó tan bien conmigo cuando estuve enferma! Pero me han contado que ahora es tryanita; de ser así, no volveremos a ser amigas. Me parece muy poco consecuente por su parte dar ese giro, después de ser la primera que se reía de la hipocresía tryanita; y, además, con sus malos hábitos... Debería abandonarlos antes de pretender ser más religiosa que nadie.

—Bueno, creo que ésa es su intención, ¿sabe? —dijo el doctor Pilgrim, cuya buena disposición hacia Janet estaba en aquel momento bastante por encima de ese punto moderado de juiciosa reprobación con el que se permitía tratar a sus pacientes femeninas—. Estoy seguro de que no ha tomado ningún estimulante mientras su marido ha estado mal; y los ha tenido constantemente a mano. Y he visto cuánto sufre a veces por su falta; lo que prueba aún más su determinación. Es un hábito muy difícil de erradicar: pero me consta que lo han conseguido algunas personas de voluntad férrea.

La señora Lowme no dejó pasar la oportunidad de contar con todo detalle su conversación con el doctor Pilgrim a la señora Phipps, que, como víctima de Pratt y la plétora, rara vez podía tener directamente ese placer. La señora Phipps era una mujer de opiniones categóricas, aunque las expresara entre jadeos.

—A mí —observó— me alegra saber que hay alguna posibilidad de que la señora

Dempster mejore, pero, viendo el cariz que han tomado las cosas, pienso que era más culpable de lo que pensaba la gente; de otro modo, ¿por qué iba a entristecerle tanto la muerte de su marido? Y Dempster, según tengo entendido, le ha dejado casi todos sus bienes para que haga con ellos lo que quiera; eso no es ser tan mal marido. No creo que fuera tan desconsiderado con la señora Dempster como pretendían algunos. Conozco hombres que han planeado atormentar a sus mujeres desde la tumba, inmovilizando su capital e impidiendo que vuelvan a casarse. No es que yo quisiera casarme de nuevo; creo que casarse una vez en la vida es más que suficiente —al decir esto, miró airada al amable señor Phipps, que estaba disfrutando inocentemente de las *facetiae*<sup>[133]</sup> del *Rotherby Guardian*, pensando que el director debía de ser un tipo muy gracioso—; pero es muy molesto no poder disponer del dinero. Dicen que la señora Dempster tendrá una renta de seiscientas libras anuales como poco. Una fortuna para ella, una joven que no tenía nada. Espero que no la malgaste de cualquier manera.

La opinión de la señora Phipps sobre Janet, sin embargo, estaba lejos de ser la más extendida en Milby. Ni siquiera los vecinos que tenían un escaso interés personal por ella podían ver a la noble mujer vestida de luto, de expresión grave y rostro dulce y triste, sin sentir admiración por ella; y sin advertir, aunque solo fuera vagamente, que había empezado una nueva vida en la que era una especie de profanación aludir al doloroso pasado. Y los antiguos amigos que realmente la apreciaban, pero cuya cordialidad había desaparecido o se había enfriado en los últimos años, volvieron a acercarse a ella con efusivas demostraciones de cariño. El señor Jerome se sentía mucho más feliz ahora que podía visitar de nuevo a la señora Dempster, «esa agradable mujercita», y pensar en ella con alegría en lugar de pena. Los Pratt no tardaron nada en recuperar su vieja relación de amistad con Janet y su madre; y la señorita Pratt creyó que le correspondía, siempre que se presentara la oportunidad, mostrar con energía su satisfacción por la extraordinaria fortaleza de ánimo que, en su opinión, estaba exhibiendo la señora Dempster. Las señoritas Linnet tenían ganas de cumplir el deseo del señor Tryan de que acogieran a Janet como una hermana en el sentimiento religioso y en las buenas obras; y la señora Linnet estaba tan gratamente sorprendida de que Dempster le hubiera dejado el dinero a su mujer «de aquel modo tan generoso, para que hiciera con él lo que quisiera» que llegó a incluir al abogado, y su vil descubrimiento del error que invalidaba su título de propiedad de Pye's Croft, en su magnánimo olvido de las ofensas pasadas. Tanto ella como la señora Jerome coincidieron, mientras bebían una agradable taza de té, en que había muchos maridos con muy buena fama y esas cosas, que, sin embargo, escondían un testamento que ataba a sus mujeres de pies y manos.

—Le aseguro —continuó la señora Jerome, bajando la voz de un modo muy confidencial— que no tengo ni idea del testamento que ha hecho el señor Jerome. No es que me preocupe mi renta, sé muy bien que el señor Jerome nunca dejaría que viviese con estrecheces; pero me gustaría tener mil o dos mis libras a mi disposición;

eso vuelve más respetable a una viuda.

Es posible que ese motivo de deferencia con las viudas no dejara de tener su ascendiente en los espíritus de Milby, y contribuyera en cierto modo al acercamiento de esas amistades más aristocráticas de Janet, que de otro modo se habrían inclinado a juzgar con la mayor severidad su apostasía y su abrazo del evangelismo. Los errores parecen tan graves en las personas sin medios económicos que uno tiene la sensación de que son ellas las que se aventuran por el mal camino; mientras que la gente con dinero puede naturalmente permitirse unos cuantos delitos. «Tienen dinero para ello», como dijo la pequeña alumna de la profesora que la había hecho enfermar con salmón escabechado. Por el motivo que fuera, no hubo ningún conocido de Janet en Milby que no se mostrara atento con ella en los primeros días de su viudedad. Ni siquiera la severa señora Phipps fue una excepción; pues sabe Dios qué sería de nuestra sociabilidad si nunca visitáramos a la gente de la que hablamos mal: viviríamos como ermitaños egipcios, solos entre la multitud.

Es posible que las muestras de cariño que más agradeciera Janet fueran las de su vieja amiga la señora Crewe, que la quería demasiado para guardarle rencor por culpa del señor Tryan. La pequeña anciana sorda no podía vivir sin su visitante habitual, a la que había visto crecer y convertirse en una mujer, siempre tan deseosa de charlar con ella y contarle todas las novedades, aunque *estuviera* sorda; mientras que otras personas se cansaban de gritarle al oído, y la sacaban de quicio al recomendarle trompetillas de distintos modelos.

Toda aquella cordialidad era muy valiosa para Janet. Era consciente de la ayuda que le procuraba en el dominio de sí misma, que era la bendición por la que rezaba todas las mañanas. La fuerza principal de su naturaleza residía en su afectuosidad, que teñía el resto de su ser: confería una ternura fraternal a sus buenas obras, y hacía que se aferrara con tenacidad a cualquier objeto que en algún momento hubiera conmovido su sensibilidad. ¡Ay! Era su capacidad de amar insatisfecha y herida la que había vuelto su desgracia insoportable para ella. Y ahora no había nada que frenase la corriente caudalosa de su naturaleza: ninguna angustia secreta y lacerante, ningún pánico cervical, ninguna vergüenza interior. Caras amigas le sonreían; sentía cómo corazones llenos de cariño le daban su aprobación, y querían lo mejor para ella; y los dulces rayos de sol de esa buena voluntad caían benéficamente sobre sus nuevos esfuerzos y esperanzas, del mismo modo que, tras la lluvia, su brillante luz cae sobre los tiernos brotes de las hojas primaverales, y consigue que su promesa se convierta en plenitud.

Y Janet necesitaba ahora esas ayudas secundarias, pues la lucha con su ser pasado no siempre era fácil. Las emociones intensas gracias a las que la vida de un ser humano cambia de rumbo conquistan su victoria como lo hace el mar: aunque su avance sea seguro, a menudo, después de una ola más poderosa de lo habitual, parece retroceder hasta perder todo el recorrido ganado. Janet mostraba la firmeza de su voluntad adoptando todas las precauciones externas para no sucumbir a la tentación.

Su madre estaba constantemente con ella, y había cerrado su pequeña casa para vivir en Orchard Street; y Janet le había entregado todas las llaves, pidiéndole que las ocultara en algún lugar secreto. Cuando la depresión y el ansia que tan bien conocía la atenazaban, buscaba refugio en lo que siempre le había procurado un placer más sincero: visitar a uno de sus vecinos pobres, llevar un poco de comida o de consuelo al lecho de un enfermo, alegrar con su sonrisa algún hogar conocido en los callejones más oscuros y miserables. Pero el principal origen de su valor, el principal sostén para su perseverancia, era el sentimiento de que tenía un amigo y un maestro en el señor Tryan: podía confesarle sus dificultades; sabía que él rezaba por ella; siempre tenía la posibilidad de verlo pronto, y de escuchar sus palabras de admonición y consuelo, que llegaban a ella cargadas de un poder divino que jamás había encontrado en unas palabras humanas.

El tiempo transcurrió hasta que llegó finales de mayo, un mes después de la muerte de su marido. Janet y su madre desayunaban pacíficamente en el comedor, mirando por la ventana abierta el viejo jardín, donde la flor del manzano cubría el césped de blanco, cuando trajeron una carta para la señora Raynor.

—Mira, tiene un matasellos de Thurston —dijo—. Deben de ser noticias de tu tía Anna. Ah, sí... ¡pobrecilla! Ha empeorado hace un par de días, y ha pedido que me avisaran. Esa hidropesía va a llevársela al final, imagino. ¡Pobrecilla! Será una liberación para ella. Tengo que ir, querida... Es la única hermana de tu padre que queda viva... aunque siento mucho dejarte. Sin embargo, quizá solo esté fuera una noche o dos.

Janet parecía muy afligida cuando le contestó:

—Sí, madre, tiene que ir. Pero no sé qué voy a hacer sin usted. Creo que correré a casa de la señora Pettifer, y le pediré que se quede conmigo mientras está usted fuera. Estoy segura de que lo hará.

A las doce Janet, después de acompañar a su madre hasta la diligencia que la llevaría a Thurston, pasó por casa de la señora Pettifer, pero sufrió una gran decepción cuando se enteró de que su vieja amiga estaría todo el día fuera. Así que le escribió en una hoja de su cuadernito la petición urgente de que se instalara con ella mientras su madre estaba en Thurston; y, diciéndole a la joven criada que se la entregara a su señora en cuanto volviera, se dirigió andando a la rectoría para ver a la señora Crewe, convencida de aliviar así el sentimiento de desolación y miedo indeterminado que se estaba apoderando de ella al quedarse sola por primera vez desde la gran crisis de su vida. Pero ¡la señora Crewe tampoco estaba en casa!

Janet, con una sensación de desánimo que le hizo reprocharse su inmadurez, regresó a casa muy compungida; y, cuando entró en el comedor desierto, se echó a llorar sin remedio. Son esa clase de estados vagos e indefinibles de susceptibilidad — estados de excitación o abatimiento, medio espirituales, medio físicos— los que desencadenan muchas tragedias en la vida de las mujeres. Janet apenas pudo probar bocado en su solitario almuerzo; intentó en vano fijar su atención en un libro; paseó

por el jardín, e incluso la luz del sol le pareció melancólica.

Entre las cuatro y las cinco, apareció el viejo señor Pittman, y se acercó a ella en el jardín, donde llevaba un rato sentada bajo uno de los enormes manzanos, recordando cómo Robert, cuando estaba de mejor humor, llevaba a la menuda Mamsey a ver los pepinos, o la vaca de Aldernay<sup>[134]</sup> con su ternero en el cercado. Las lágrimas y los sollozos acompañaron esos pensamientos; y, cuando el señor Pittman se acercó, se sentía lánguida y exhausta. Pero la vista y la sensibilidad del anciano caballero eran obtusas, y, para satisfacción de Janet, no pareció reparar en su congoja.

—Tengo una tarea para usted, señora Dempster —dijo, con esa pomposidad desdentada que le caracterizaba—: necesito que vuelva a mirar las cartas del escritorio de su marido, y vea si puede encontrar una de Poole sobre la hipoteca de esas casas de Dingley. Están en juego veinte libras; y no sé dónde puede estar, como no aparezca entre esas cartas del escritorio. He mirado hasta el último rincón de la oficina. Me retiro ya, pero vendré mañana a verla; si pudiera usted echar un vistazo mientras tanto.

Janet dijo que lo comprobaría inmediatamente, y entró con el señor Pittman en la casa. Pero la búsqueda requeriría algún tiempo, así que se despidió de él y se dirigió al escritorio, que estaba en un cuartito de la parte trasera, donde Dempster solía escribir cartas y recibir a clientes que llegaban fuera del horario de oficina. Janet había revisado las cartas en más de una ocasión; pero ese día, al sacar el último fajo de uno de los compartimentos, descubrió algo que no había visto antes: una pequeña muesca en la madera, del tamaño de la uña del pulgar, destinada claramente a abrir el fondo movable del compartimento. Hasta entonces no había encontrado lo que buscaba el señor Pittman: quizá hubiera más documentos al correr esa tapa. La empujó hacia el fondo, y vio... no cartas, sino una pequeña licorera medio llena de un pálido brandy, la bebida habitual de Dempster.

Un deseo impetuoso estremeció todo su cuerpo; pareció dominarla con la fuerza inevitable de los gases que ahogan nuestros sentidos sin que seamos conscientes. Su mano se hallaba en la licorera; pálida y excitada, estaba sacándola de su nicho cuando, con un movimiento brusco y tembloroso, la estrelló contra el suelo; y el cuarto se impregnó del aroma del licor. Sin cerrar siquiera el escritorio, salió corriendo de la habitación, cogió el sombrero y la capa, y salió rápidamente de la casa.

¿Dónde podía ir? ¿Qué lugar ahuyentaría a ese demonio que se había vuelto a meter en ella? Camina a toda prisa por la calle en dirección a la iglesia. No tarda en llegar a la verja del cementerio; entra por ella y se abre camino entre las tumbas hasta llegar a un rincón que conoce: un rincón donde la tierra fue removida hace poco tiempo, donde un sepulcro va a levantarse en breve. Está muy cerca del muro de la iglesia, en el lado que ahora yace sumido en las sombras, bajo un prominente contrafuerte que impide el paso de los rayos del sol poniente.



Janet se sentó en el suelo. Era un lugar umbrío. Delante de ella había un grueso seto, coronado por unos olmos; a los lados, dos contrafuertes prominentes. Pero necesitaba apartar de su vista incluso esos objetos. Su grueso velo de crep le ocultaba el rostro; pero tenía los ojos cerrados tras él, y apretaba las manos contra ellos. Quería evocar el pasado; quería arrojar al demonio fuera de su alma con el recuerdo punzante del sufrimiento de antaño; quería revivir el antiguo horror y la antigua angustia, a fin de postrarse con mayor energía y tenacidad a los pies de la cruz, donde el Divino Sufridor le comunicaría fuerza divina. Trató de rememorar los primeros momentos de amarga vergüenza, como un leproso que se estremeciera al descubrir en su cuerpo la mancha funesta; el deterioro cada vez más profundo; la desesperación subsiguiente; los momentos de horror pasados junto al lecho de su marido, único responsable de su locura. Y luego trató de evocar, con unos recuerdos más vívidos por su contraste, las horas benditas de esperanza, paz y alegría que había vivido últimamente, desde que toda su alma se había volcado en la consecución de la santidad y de la pureza.

Pero ahora que el paroxismo de la tentación había pasado, el miedo y el desaliento empezaron a interponerse, como una neblina fría y densa, entre ella y el cielo que le proporcionaba luz y guía. La tentación volvería a asaltarla... y esa corriente de deseo podría dominarla, y hacerla caer en ese pozo profundo y enfangado del que ya había sido rescatada una vez, y ya no habría salvación para ella. Sus oraciones no la ayudaban, pues el temor era mayor que la confianza; no se fiaba de que fueran a prestarle la ayuda que necesitaba; la idea de su futura caída se había adueñado completamente de su pensamiento. Sola, de aquel modo, era impotente. Si pudiera ver al señor Tryan, si pudiera confesarle todo, podría recuperar la esperanza. Tenía que verlo; tenía que ir a verlo.

Janet se levantó del suelo, y se alejó con paso rápido y decidido. Llevaba mucho tiempo sentada, y el sol ya se había puesto. Era demasiado tarde para ir andando a Paddiford y aparecer en casa del señor Tryan, al que no había visitado nunca; pero era la única manera de verlo aquella noche, así que olvidó sus dudas. Se dirigió hacia un sendero que iba por los campos, y que la llevaría a Paddiford sin tener que cruzar la ciudad. Era un camino bastante largo, pero lo prefería, pues así tendría menos posibilidades de encontrarse con un conocido; se encogió ante la idea de tener que hablar con alguien.

La luz del crepúsculo se había desvanecido casi cuando Janet llamó a la puerta de la señora Wagstaff. La buena mujer pareció sorprendida al verla a aquellas horas; pero el traje de luto y la dolorosa agitación de su rostro le hizo comprender inmediatamente que alguna urgencia la había empujado.

—El señor Tryan acaba de volver —dijo—. Si espera un momento en la sala, iré a decirle que ha venido usted. Parecía agotado y enfermo.

En otro momento a Janet le habría horrorizado la idea de molestar al señor Tryan en sus horas de descanso; pero ahora su necesidad era demasiado imperiosa: al oír su

paso en la escalera y verlo entrar en la habitación, lo único que sintió es que el consuelo estaba cerca.

El señor Tryan se acercó a ella con una mirada de inquietud, y dijo:

—Me temo que ha ocurrido algo. Me temo que se encuentra en dificultades.

Entonces la pobre Janet le contó su triste historia de tentación y desaliento; y, en cuanto empezó a hablar, sintió un gran desahogo. El acto de confiar en la comprensión humana, la conciencia de que un semejante la escuchaba con paciente compasión, preparó su alma para ese salto más enérgico con el que la fe capta la idea de la comprensión Divina. Cuando el señor Tryan pronunció palabras de ánimo y consuelo, ella pudo comprender el mensaje de la misericordia; las aguas que iban a anegarla volvieron a su cauce, y la vida extendió de nuevo ante ella su espacio cubierto de cielo. Había sido incapaz de rezar sola; pero ahora su oración arrastró su alma con ella, como una ancha lengua de fuego que elevara en su vigoroso salto el pequeño fuego parpadeante que a duras penas seguiría ardiendo por sí mismo.

Pero al señor Tryan le preocupaba que Janet se entretuviera demasiado a aquellas horas. Cuando vio que se había serenado, le dijo:

—La acompañaré a casa; podemos hablar por el camino.

Pero Janet ya estaba lo bastante entera para reparar en los indicios de agotamiento febril que se apreciaban en el reverendo, y se negó a cansarlo más.

—No, no —exclamó con ímpetu—, no puedo tolerar que vuelva a salir por mi culpa. No hay ningún motivo por el que no pueda ir sola.

Y cuando él insistió, temiendo que, si la veían sola tan tarde, se levantaran comentarios, ella le suplicó casi sollozando:

—¿Qué haría yo...? ¿Qué harían otros como yo si usted nos dejara? ¿Por qué no piensa más en eso y se cuida un poco?

No era la primera vez que le hacían esa petición, pero aquella noche... al escucharla de labios de Janet, pareció cobrar una nueva fuerza, y accedió. Es cierto que al principio solo lo hizo con la condición de que la señora Wagstaff la acompañara; pero Janet estaba decidida a volver a casa sola. Prefería la soledad; no quería que ninguna conversación distrajera sus sentimientos.

Así que salió a la luz de las estrellas, en medio del relente; y el señor Tryan, cuando se separó de ella, deseó con más fuerza que nunca que su frágil vida no se apagara hasta ver la recuperación completa de Janet; hasta ver cómo dejaba de huir, de luchar, de aferrarse a las paredes cortadas a pico de un precipicio del que podría volver a caer en cualquier momento en las profundidades de la desesperación, para andar sobre la tierra firme del hábito. Decidió en su fuero interno que solo un deber imperioso le alejaría de Milby; que no dejaría de proteger a Janet hasta que la muerte se lo llevara.

Janet anduvo muy deprisa hasta que llegó a los campos; luego aflojó un poco el paso, disfrutando de la sensación de soledad que unas horas antes le había resultado insoportable. La Presencia Divina ya no le parecía tan lejana, allí donde no tenía alas

para llegar; la misma oración parecía superflua en los momentos de serena confianza. La tentación que tan recientemente la había llevado a estremecerse ante las posibilidades del futuro se había convertido en una fuente de confianza; ¿acaso no se había librado de ella? ¿No había llegado la salvación en el instante de mayor peligro? Sí; el Amor Infinito cuidaba de ella. Se sentía como una niña pequeña que su padre llevara con firmeza de la mano mientras avanzaba con sus frágiles piernas por un terreno escabroso; si tropezaba, su padre no la soltaría.

El paseo a la luz de las estrellas, en medio del relente, quedó grabado para siempre en la memoria de Janet como uno de esos instantes bautismales en que el alma, inmersa en las aguas sagradas de la alegría y de la paz, sale de ellas con renovadas energías, con anhelos más inalterables.

Cuando llegó a casa encontró a la señora Pettifer, preocupada por su ausencia. Después de darle las gracias por ir, Janet se limitó a decirle:

—He estado en casa del señor Tryan; necesitaba hablar con él.

Y entonces, recordando cómo había dejado el escritorio y los papeles, volvió al cuarto trasero, donde, al parecer, no había entrado nadie desde su marcha; pues allí seguían los trozos de cristal, y el odioso olor impregnaba todos los rincones. ¡Cuán débil y miserable le pareció la tentación en ese momento! Tocó la campanilla para que Kitty recogiera los añicos y fregara el suelo mientras ella colocaba las cartas en su sitio y cerraba con llave el escritorio.

La mañana siguiente, mientras desayunaba con la señora Pettifer, Janet dijo:

—¡Qué sombrío y malsano es el lugar donde vive el señor Tryan! Estoy segura de que no le conviene nada. ¿Sabe que, desde que me he levantado esta mañana, he estado dando vueltas a un pequeño plan? Creo que es encantador... y, además, usted entra en ellos.

—¡Ah!, ¿sí? Me pregunto qué será.

—Ya conoce usted esa casa de Redhill Road que llaman Holly Mount, y que está cerrada. Es de Robert; bueno, ahora es mía... y se encuentra en uno de los lugares más saludables de la zona. Bueno, pues se me ha ocurrido que, si una bondadosa mujer que yo apreciara mucho, y que hiciera un hogar tan cómodo y acogedor como un nido de pájaro, quisiera vivir allí y tener al señor Tryan de huésped, haría una de las cosas más provechosos de su provechosa vida.

—Tiene usted una forma de envolver las cosas en palabras bonitas. Hable con más claridad.

—Sin rodeos entonces, me gustaría que se instalara usted en Holly Mount. No tendría que pagar más alquiler que ahora, y sería veinte veces más agradable que vivir en ese callejón sin más vistas que un muro de ladrillo. Y, además, como no está lejos de Paddiford, quizá podamos convencer al señor Tryan para que se aloje con usted, en vez de en esa casa que apesta a mohos, entre coles muertas y viviendas llenas de humo. Sé que le encantaría que viviese con usted, y podría cuidarle como una madre.

—Por supuesto que me encantaría; sería un sueño para mí. Pero necesitaré

muebles. Los pocos que tengo no bastarán.

—Oh, podemos sacar algunos de esta casa; está abarrotada; y compraremos el resto. Dicen que voy a tener tanto dinero que no sabré qué hacer con él.

—Me temo que será muy difícil convencer al señor Tryan —observó la señora Pettifer, escéptica—. Le han dicho muchas veces que se fuera a otro sitio; y él insiste en que tiene que vivir allí... que tiene que estar entre la gente, y no ha encontrado ningún otro lugar donde alojarse en Paddiford. Se me parte el corazón al verlo cada día más delgado, y me he dado cuenta de que a veces se queda sin aliento. Según la señora Linnet, la señora Wagstaff lo está medio envenenando con lo mal que cocina. No sé qué opinar de eso, pero lo cierto es que no puede tener muchas comodidades. Supongo que el día menos pensado le dará un ataque, y jamás podrá volver a predicar.

—Bueno, ya me las ingeniaré para que nos haga caso. Seré muy astuta, y no le diré nada hasta que esté todo preparado. Usted y yo, y mi madre cuando vuelva de Thurston, nos pondremos enseguida manos a la obra y prepararemos la casa; luego se instalará usted en ella cómoda y calentita. Hoy mismo veré al señor Pittman y le contaré mis planes. Le diré que quiero que sea usted mi inquilina. Todo el mundo sabe que quiero mucho a esa ladina de la señora Pettifer; así que les parecerá lo más normal del mundo. Y, con el tiempo, haré saber al señor Tryan que le haría un gran favor a usted, y de paso a sí mismo, si viviera en Holly Mount. Creo que le haré entrar en razón; pues ayer por la noche, cuando se empeñó en acompañarme, conseguí que se quedara en casa.

—Ojalá lo logre, querida. No hay nada que desee más que hacer algo para prolongar la vida del señor Tryan; tengo mucho miedo por él.

—No diga nada... No quiero ni pensar en eso. Nosotras nos dedicaremos a preparar la casa. Estaremos tan ajetreadas como las abejas. ¡Necesitaremos los hábiles dedos de mi madre! Hay una habitación en el piso de arriba que será perfecta como estudio del señor Tryan. No pondremos asientos, solo una butaca muy cómoda y un sofá muy cómodo, para que se vea obligado a descansar cuando llegue a casa.

## Capítulo XXVI

Y ésa fue la última vez que Janet se vio asaltada por una terrible tentación. La buena voluntad de los vecinos que compartían su creencias religiosas, las ocupaciones que le sugería el señor Tryan, unidas a su vocación fuerte y espontánea por las obras del amor y de la misericordia, llenaron sus días con una apacible vida social y la práctica de la caridad. Por otra parte, su constitución, fuerte y sana por naturaleza, fue recuperando semana tras semana, con el creciente poder del hábito, el equilibrio, y la liberó de aquellas esclavitudes físicas que el más pequeño vicio deja siempre tras él. El prisionero siente la erosión del hierro cuando hace mucho tiempo que le quitaron los grilletes.

Siempre había visitas que hacer y recibir en el vecindario; y, a medida que pasaban los meses, la familiaridad cada vez mayor con la nueva Janet empezó a borrar, hasta en cerebros tan rígidos como el de la señora Phipps, las penosas impresiones de los últimos años. Janet estaba recobrando la popularidad que, con su belleza y la dulzura de su carácter, disfrutaba de niña; y la popularidad, como todo el mundo sabe, es el eco más complejo y que más se multiplica. Ni siquiera el prejuicio antitryanita se resistió al hecho de que Janet Dempster era otra mujer: tan cambiada como una planta polvorienta, aplastada y seca cuando la suave lluvia celestial ha caído sobre ella; y este cambio se debía a la influencia del señor Tryan. Los últimos comentarios desdeñosos sobre el coadjutor evangélico empezaron a desvanecerse; y, aunque gran parte del sentimiento que los animaba persistió, había una conciencia intimidante de que su manifestación no sería efectiva: esas bromas ya no hacían gracia en Milby. Incluso el señor Budd y el señor Tomlinson, cuando veían pasar al señor Tryan pálido y agotado por la calle, tenían la sensación secreta de que aquel hombre, aunque les rompiera los esquemas, no era ningún farsante; y que, en realidad, era imposible definirlo por el estómago y el bolsillo. Por mucho que retorcieran y estiraran su teoría, no encajaba con el señor Tryan; y así, con esa semejanza extraordinaria de los procesos mentales que a menudo se observa entre los hombres sencillos y los filósofos, los dos llegaron a la conclusión de que cuanto menos dijeran de él, mucho mejor.

Entre los placeres sociales de Janet, no había nada que le gustara más que tomar un té antes de las cinco en la Casa Blanca, y dar una vuelta con el señor Jerome por el jardín y por el huerto. Nunca se acababan los temas de conversación con el bondadoso anciano, pues el gozo genuino que procuraba a Janet la amistad la llevaba a interesarse por cualquier detalle personal que saliera con cariño de unos labios sinceros; y, además, los dos compartían el mismo afán de hacer planes para ayudar a sus vecinos más pobres. Uno de los grandes objetivos de las obras benéficas del señor Jerome era, como decía a menudo, «que los hombres y las mujeres trabajadoras no se acerquen a la parroquia. Prefiero darle diez chelines a un hombre para que le

sostengan sus propias piernas que darle media corona<sup>[135]</sup> para que se compre una muleta parroquial; se echará a perder en cuanto vaya a la iglesia. Lo he visto muchas veces: si ayudas a un hombre con un regalo amistoso, le dulcificas la sangre y piensa bien de ti; pero los chelines de la parroquia le agrían el carácter: nunca le parecen suficiente». Para ilustrar esta teoría, el señor Jerome tenía una buena colección de detalles sobre personas como Jim Hardy, el repartidor de carbón, que se había quedado sin caballo; y sobre Sally Martin que, con lo honrada que era, había tenido que vender su calandria; detalles que Janet escuchaba inclinándose hacia él; y difícilmente encontrarías una imagen más bonita, lector, que la de aquel anciano de pelo blanco y rostro bondadoso mientras relataba aquellos fragmentos de su sencilla experiencia sin dejar de pasear, con los hombros ligeramente encorvados, entre las rosas de musgo y los manzanos en espaldera; Janet, con su cofia de viuda y los ojos brillantes de interés, le escuchaba, y la pequeña Lizzie, con su gorro de nanquín cayéndole por la espalda, caminaba con paso vacilante delante de ellos. La señora Jerome, por lo general, evitaba acompañarlos en esos largos paseos, y comentaba a menudo:

—No me fío nada del señor Jerome cuando se pone a hablar con la señora Dempster; le da igual que tomemos el té a las cuatro o a las cinco; como lo dejes solo, es capaz de seguir charlando hasta las seis. Es como si estuviera ido.

Sin embargo, la señora Jerome tenía que reconocer que Janet decía unas cosas muy agradables:

—Siempre dice que en ningún sitio se comen panecillos tan ricos como los míos; lo sé muy bien, todo el mundo los compra en alguna tienda: gruesos, muy poco sanos, como si comieras una esponja.

Al ver a la pequeña Lizzie Janet recordaba a menudo el dolor de no haber tenido hijos, un vacío funesto en su vida. Tenía el pensamiento fugaz de que tal vez entre los familiares de su marido hubiera algún niño que ella pudiese ayudar a criar, alguna niña que pudiese adoptar; y se prometió a sí misma averiguar el paradero de una prima segunda suya, una mujer casada a la que había perdido de vista hacía muchos años.

Pero en aquellos momentos tenía las manos y el corazón demasiado ocupados para poner en práctica esa idea. Para su disgusto, el plan de que la señora Pettifer viviera en Holly Mount se retrasó al descubrir la necesidad de hacer algunas reformas para que la casa resultara habitable; y hasta septiembre no tuvo la alegría de ver a su vieja amiga cómodamente instalada, y las habitaciones destinadas al señor Tryan tan bonitas y acogedoras como quería. Se lo había dicho en confianza a algunos de sus mejores amigos, y todos deseaban vivamente que lo persuadiera de que abandonara la sórdida casa y la dudosa alimentación de la señora Wagstaff. Que él se aviniera a un cambio así se estaba convirtiendo en una cuestión cada vez más preocupante para sus seguidores; pues, aunque aún no se observaran síntomas más definidos que una delgadez extrema, una tos áspera y seca y una esporádica falta de aliento, todos

tenían la sensación de que el pronóstico del doctor Pratt no tardaría mucho en confirmarse, y que su obstinada persistencia en trabajar y no prestar atención a su salud se vería interrumpida de pronto, perentoriamente, por la pérdida total de fuerzas. Cualquier esperanza de que el padre o la hermana del señor Tryan le convencieran de que cambiara su forma de vida —de que pudieran quizá ir a vivir con él, o de que su hermana cuando menos fuera a visitarlo, y los argumentos resultarían más persuasivos en sus labios que en los de los demás— se disipó por completo. Su padre acababa de sufrir un ataque de parálisis, y no podía prescindir de los cuidados de su hija. Cuando el señor Tryan volvió de una visita a su padre, la señorita Linnet se mostró impaciente por saber si su hermana no había insistido en que cambiara de aires. Dedujo por sus respuestas que la señorita Tryan quería que abandonara su cargo de coadjutor e hiciera un viaje, o como mínimo pasara una temporada en la costa sur de Devonshire.

—Y ¿por qué no lo hace? —dijo la señorita Linnet—; volvería fuerte y sano, y le quedarían muchos años para ser útil.

—No —se apresuró a responder con sencillez—, creo que la gente da a esa clase de medidas más importancia de la que merecen. No veo qué ventaja puede tener morir en Niza, en lugar de hacerlo entre los amigos y el trabajo. No puedo marcharme de Milby... al menos, no lo haré voluntariamente.

Pero, aunque se mostró inflexible en ese punto, le obligaron a renunciar al servicio religioso de la tarde del domingo, y a aceptar la oferta de ayuda del señor Parry en los sermones vespertinos, así como a recortar sus horas semanales de trabajo; e incluso escribió al señor Prendergast para pedirle que nombrara otro coadjutor en el distrito de Paddiford, dando por supuesto que sería éste quien recibiría el salario, aunque el señor Tryan siguiera colaborando con él mientras se lo permitieran sus fuerzas. El optimismo, un compañero casi constante de la tisis, no lograba engañarlo en cuanto a la naturaleza de su enfermedad, ni le daba esperanzas de una recuperación final. Sabía que estaba tuberculoso, y no había sentido aún el menor deseo de escapar a una muerte prematura que desde hacía tiempo consideraba probable. Incluso las esperanzas enfermas siguen el rumbo del fuerte sesgo habitual del intelecto, y al señor Tryan la muerte llevaba años pareciéndole únicamente la liberación de una carga, bajo la que algunas veces se sentía desfallecer. Solo era optimista con su capacidad de trabajo: se preciaba de que lo que no podía hacer una semana lo haría la siguiente, y se negaba a reconocer que, al abandonar una parte de su labor, estuviera renunciando a ella para siempre. Últimamente había dado una gran alegría al señor Jerome al aceptar después de tanto tiempo que le prestara su pequeño caballo zaíno; y fue tan beneficioso para él sustituir las caminatas por el ejercicio constante de montar a caballo que empezó a pensar que no tardaría en reanudar algunos de los trabajos que había dejado.

Fue una tarde muy feliz para Janet cuando, después de pasar una semana de lo más atareada con su madre y la señora Pettifer, vio Holly Mount impecable desde el

desván hasta el sótano. Era una casa antigua de ladrillo, con dos hastiales en la parte delantera y dos acebos podados a ambos lados de la verja de entrada; un lugar sencillo y de aspecto hogareño, del que la gente apacible se quedaría enseguida prendada; y la habían fregado, abillantado, alfombrado y amueblado con tanto esmero que su interior no podía ser más cómodo ni más acogedor. Cuando no quedó nada por hacer, Janet disfrutó contemplando el estudio del señor Tryan, sentándose primero en la butaca, y tendiéndose luego un rato en el sofá, a fin de tener una sensación más vívida del descanso que le procurarían aquellos muebles tan abundantes y bien dispuestos que había elegido expresamente en Rotherby.

—Bueno, madre —dijo, cuando terminó la inspección—, ha hecho usted su trabajo tan bien como un hada madrina que hubiera convertido una calabaza en un carruaje con caballos. Quédese y tome un delicioso té con la señora Pettifer mientras voy a casa de la señora Linnet. Quiero darles a Mary y a Rebecca la buena noticia de que el recaudador de impuestos me ha prometido que se alojará en casa de la señora Wagstaff cuando el señor Tryan se marche. Se alegrarán mucho de saberlo, pues piensan que él tendrá reparos en dejarla porque es demasiado pobre.

—Pero, mi querida niña —dijo la señora Raynor, cuyo rostro, siempre sereno, estaba radiante—, bebe antes una taza de té con nosotras. Quizá llegues demasiado tarde para tomar el té con la señora Linnet.

—No, todavía estoy demasiado nerviosa. Soy como una niña con una casa de muñecas nueva. Un paseo al aire libre me sentará bien.

Así que se marchó. Holly Mount estaba a un kilómetro y medio más o menos del lugar de las afueras de Paddiford donde la casa de la señora Linnet yacía escondida entre laburnos y lilos. Para ir allí Janet tenía que andar un trecho por la carretera principal, y luego coger un sendero con profundos surcos que se curvaba entre una llanura de praderas y pastos, y desde el que se veía, justo enfrente, la humeante Paddiford, y a lo lejos, a la izquierda, la ciudad madre de Milby. No había sauces plateados que señalaran el curso de un riachuelo; ni abetos escoceses con los troncos enrojecidos por los rayos del sol poniente; nada que rompiera la monotonía de la hierba sin flores y los setos vivos, tal vez algún roble u olmo esporádico, y unas pocas vacas esparcidas aquí y allá. Una escena muy común, desde luego. Pero ¿qué escena ha sido alguna vez común cuando el sol está a punto de ponerse, cuando el color se ha despertado de su siesta del mediodía, y las largas sombras nos sobrecogen como una presencia revelada? Y, sobre todo, ¿qué escena es común para unos ojos llenos de serena felicidad que iluminan todas las cosas con su propia alegría?

Y Janet se sentía muy feliz. Mientras avanzaba por el sendero áspero y rugoso con paso animado, una media sonrisa de júbilo inocente y bondadoso se dibujaba en sus labios. Se deleitaba anticipando el triunfo de su poder de persuasión, y había dejado temporalmente a un lado su dolorosa inquietud por la salud del señor Tryan. Pero no llevaba mucho tramo recorrido cuando oyó un caballo que iba al paso detrás de ella. Sin darse la vuelta, se apartó para que pudiera pasar entre los surcos, y no



reparó en que se había detenido unos instantes antes de continuar a un ritmo un poco más rápido. No tardó ni un minuto en escuchar una voz muy conocida.

—¡Señora Dempster!

Al volverse vio al señor Tryan muy cerca de ella, llevando el caballo por la brida. No le sorprendió nada que estuviera allí. Su presencia ocupaba hasta tal punto su imaginación que verlo realmente fue solo como un pensamiento más vívido, y ella reaccionó, como es nuestra tendencia cuando los sentimientos nos obligan a ser auténticos, haciendo caso omiso de las fórmulas de cortesía. Se limitó a mirarlo ensanchando un poco más la sonrisa que ya tenía en el rostro.

—Cójame del brazo —dijo él amablemente.

Y los dos siguieron andando un rato en silencio. Fue él quien lo rompió.

—Supongo que va a Paddiford, ¿no es así?

La pregunta recordó a Janet que aquélla era una oportunidad inesperada de empezar su trabajo de persuasión, y que la estaba desaprovechando neciamente.

—Sí —respondió—, voy a casa de la señora Linnet. Sé que a la señorita Linnet le encantará saber que nuestra amiga la señora Pettifer ya está instalada en su nueva casa. Tiene tanto cariño a la señora Pettifer como yo... bueno, casi; me niego a admitir que nadie la quiera *tanto*, porque nadie tiene tan buenos motivos como yo para hacerlo. Pero ahora necesita un inquilino, porque no puede permitirse vivir sola en una casa tan grande. Pero yo sabía, cuando la convencí de que se mudara, que encontraría alguno... ¡Es tan agradable convivir con ella!... y no quería que se pasara toda la vida en ese callejón tan oscuro, siempre a entera disposición de aquel que quisiera abusar de ella.

—Sí —dijo el señor Tryan—, entiendo sus sentimientos; no me extraña que la tenga en mucha estima.

—Bueno, pero ahora necesito que sus otros amigos me secunden. Tiene tres habitaciones para alquilar, perfectamente amuebladas, con todo listo; y sé de alguien que la aprecia tanto como yo, y que haría un favor a mucha gente... a todo el mundo que le conoce, además de a la señora Pettifer, si se fuera a vivir con ella. Dejaría un alojamiento muy incómodo, que otra persona desea y está dispuesta a ocupar enseguida; y respiraría el aire puro de Holly Mount, y haría feliz a la señora Pettifer si le dejara cuidarlo; y tranquilizaría a todos sus amigos, que están muy preocupados por él.

El señor Tryan comprendió todo en un instante... comprendió todo lo que habían hecho por su bien. No podía lamentarlo; no podía decir que no; no podía resistirse a la sensación de que la vida le ofrecía una nueva dulzura, y de que a él le gustaría prolongarla un poco... solo un poco, hasta que estuviera más seguro de que Janet se encontraba bien. Cuando ella terminó de hablar, le dirigió una mirada interrogante y dubitativa. No encontró los ojos de él; estaba mirando al suelo; pero su expresión alentó a Janet, que dijo, en un tono de súplica medio festivo:

—¿Irás a vivir con ella? Sé que lo harás. Volverá conmigo y verá la casa ahora.

Él la miró entonces, y sonrió. Hay una mezcla indescriptible de tristeza y dulzura en la sonrisa de un rostro demacrado por el lento progreso de la tisis. Esa sonrisa del señor Tryan atravesó el corazón de la pobre Janet, que detectó en ella una gratitud y un afecto sinceros, así como la profecía de una muerte cercana. Las lágrimas asomaron a sus ojos; los dos se dieron la vuelta sin hablar, y regresaron de nuevo por el sendero.

## Capítulo XXVII

Antes de una semana el señor Tryan estaba instalado en Holly Mount, y no hubo uno solo de sus seguidores que no se alegrara sinceramente.

El otoño ese año fue cálido y luminoso, y a principios de octubre llegó el señor Walsh, el nuevo coadjutor. El buen tiempo, el descanso del trabajo excesivo, y quizá otra influencia benéfica, tuvieron durante unas semanas un efecto visiblemente saludable en el señor Tryan. Al menos, empezó a albergar nuevas esperanzas, que a veces adoptaban la apariencia de nuevas fuerzas. Recordaba los casos en que los enfermos de tisis se mantenían casi estacionarios durante años, sin ese sufrimiento que convierte la vida en una carga para ellos y para los demás; y empezó a luchar contra el deseo de que le ocurriera eso. Luchaba contra él, porque le parecía un indicio de que sentía demasiado apego por las cosas terrenas, y rezaba fervientemente para que su resignación fuera más perfecta, y su abandono a la Divina Presencia, como bien supremo, más absorbente. Sabía bien que no tenía ganas de que su vida se prolongara únicamente para recoger a los vagabundos y ayudar a los débiles: era consciente de que cobijaba un ansia nueva de esas alegrías puramente humanas que, firme y voluntariamente, había desterrado de su vida, de un trago de ese afecto profundo del que le había apartado el oscuro abismo del remordimiento. Pues ahora ese afecto se encontraba a su alcance; lo veía ante él, como un pozo a la sombra de una palmera en el desierto; no *podía* desear la muerte ahora que podía verlo.

Y así se deslizó el otoño lentamente en su «sereno declive<sup>[136]</sup>». Hasta noviembre, el señor Tryan continuó predicando sus sermones de vez en cuando, cabalgando por los alrededores para visitar a sus feligreses y recorriendo sus escuelas: pero su satisfacción creciente con el señor Walsh, su sucesor, le ahorró esfuerzos demasiado intensos y preocupaciones desbordantes. Janet pasaba mucho tiempo con él, pues advirtió que le gustaba que ella le leyera en las horas cada vez más largas de oscuridad; y se convirtió en un hábito para ella y para su madre tomar el té en Holly Mount, donde, con la señora Pettifer, y a veces un par de amigos, proporcionaban al señor Tryan el placer insólito de sentarse en compañía junto a su propia chimenea.

Janet no compartía sus nuevas esperanzas, pues no solo había oído decir muchas veces al doctor Pratt que el señor Tryan difícilmente pasaría el invierno, sino que también sabía que el doctor Madely de Rotherby, al que, ante su insistencia, él había accedido a visitar, era de su misma opinión. No era necesario ni deseable contarle al señor Tryan lo que había revelado el estetoscopio, pero Janet estaba al tanto de lo peor.

No sentía ninguna rebeldía ante la perspectiva de perderlo, sino un dolor callado y sumiso. La gratitud por su influencia y sus consejos aunque hubiera sido muy poco tiempo... la gratitud por poder estar con él, y grabar en el ánimo una impresión cada vez más profunda de su comunión diaria... y por ser algo para él en los últimos

meses de su vida, era tan inmensa que casi silenciaba su sufrimiento. Janet había vivido ya la gran tragedia de la vida de una mujer. Sus sentimientos más íntimos y profundos los había derramado sobre su primer amor; el afecto herido con sus años de aflicción y el dolor de la compasión inútil, sobre aquel lecho de muerte hacía siete meses. Su pensamiento asociaba al señor Tryan con el reposo de ese conflicto emocional, con la confianza en lo inmutable, con la llegada de un poder al que someterse. Haber tenido la seguridad de su comprensión, de sus enseñanzas y de su ayuda a lo largo de toda la vida habría sido como estar en el cielo: una liberación del miedo y del peligro; pero aún no había llegado el momento de percatarse de que la influencia que él ejercía en su corazón era de otra clase que la del amigo caído del cielo y llegado como un ángel a su prisión, a fin de soltarle las cadenas y llevarla de la mano hasta que ella pudiera volver la cabeza y contemplar con horror las puertas que en otro tiempo la habían encerrado.

Antes de que noviembre llegara a su fin, el señor Tryan dejó de salir. Una nueva crisis le había sobrevenido: su tos cambió, y los peores síntomas se manifestaron tan de prisa que el doctor Pratt empezó a pensar que todo acabaría antes de lo esperado. Janet no se movía de su lado, y nadie pensaba que hiciera nada que no fuera una sagrada ocupación. Se instaló en Holly Mount y, con la ayuda de su madre y de la señora Pettifer, ocupó los dolorosos días y las dolorosas noches con toda la influencia balsámica que los cuidados y la ternura pueden procurar. La habitación del enfermo recibió muchas visitas, empujadas todas ellas por un cariño reverencial; y no creo que hubiera ninguna que no recordara vívidamente años después la escena: la figura pálida y consumida en la cómoda butaca (pues estuvo sentado hasta el final), los ojos grises tan llenos aún de bondad inquisitiva, mientras extendía la mano esquelética, casi transparente, para dar un apretón de bienvenida; y la mujer dulce, también, cuyos ojos oscuros y vigilantes detectaban cualquier necesidad, y la satisfacían con diligencia.

Otras mujeres habrían tenido el corazón y la habilidad de ocupar ese puesto al lado del señor Tryan, y lo habrían aceptado como un honor; pero no podían evitar la sensación de que Dios se lo había concedido a Janet por una serie de acontecimientos demasiado extraordinarios para que la envidia no enmudeciera avergonzada.

La triste historia que casi todos conocemos duró más de tres meses. Las últimas semanas, el señor Tryan estaba demasiado débil y sufría demasiado para recibir visitas, pero seguía pasando el día sentado. Las extrañas alucinaciones de la enfermedad, que parecían haberse apoderado de él con más fuerza en la fatídica crisis, y le habían animado a pensar en una posible mejoría justo cuando la muerte empezaba a acelerar el paso, habían desaparecido, y le habían dejado serenamente consciente de la realidad. Una tarde, casi a finales de febrero, Janet se movía por la habitación, en la penumbra del fuego encendido, preparando unas cosas que necesitarían por la noche. No había nadie más en el dormitorio, y los ojos de él la seguían mientras iba de un lado para otro con la gracia que la caracterizaba, mientras

el fuego resplandeciente iluminaba su cara de vez en cuando, y transmitía un fulgor desconocido a su oscura belleza. Incluso seguirla con la mirada era un esfuerzo que tensaba dolorosamente el rostro del pastor; mientras que ella parecía la viva imagen de la vida y la fortaleza.

—Janet —dijo de pronto, con su voz débil; ahora siempre la llamaba Janet.

Ella se acercó al instante, y se inclinó sobre el enfermo. Él abrió la mano mientras alzaba los ojos para mirarla, y Janet posó la palma entre sus dedos.

—Janet —repitió—; vivirás mucho tiempo cuando yo me haya ido.

Sintió una punzada repentina de terror. Pensó que él creía estar agonizando, y se arrodilló a sus pies, sin soltarle la mano, mientras lo miraba, casi sin aliento.

—Pero no me necesitarás tanto como antes... Tienes una confianza inquebrantable en Dios... No te buscaré en vano al final.

—No... no... Estaré allí... Dios no me abandonará.

Casi no podía hablar, aunque no lloraba. Esperaba con ansiedad temblorosa cualquier cosa que él tuviera que decir.

—Démonos un beso antes de separarnos.

Ella levantó el rostro hacia él; y los labios llenos de aliento y de vida se encontraron con los gastados y moribundos en un beso de sagrada promesa.

## Capítulo XXVIII

No tardó en llegar el día dichoso de la liberación, el día luctuoso de la pérdida; y la segunda semana de marzo lo acompañaron a la tumba. Fue enterrado como deseaba: sin catafalco, sin carroza fúnebre; llevaban el ataúd doce de sus humildes feligreses, que descansaban por turnos. Pero le seguía una larga procesión de amigos que lloraban su muerte, tanto mujeres como hombres.

Lentamente, en medio de un profundo silencio, la oleada oscura recorrió Orchard Street, donde dieciocho meses antes el coadjutor evangélico había sido recibido con gritos y silbidos. El señor Jerome y el señor Landor eran los portadores del féretro de mayor edad; y detrás del ataúd, dando el brazo al primo del señor Tryan, caminaba Janet, sumida en un dolor resignado y silencioso. No podía tener la sensación de que se hubiera alejado de ella; el mundo sobrenatural estaba muy cerca de su corazón: había en él todo lo que alguna vez había sacudido las profundidades de aflicción y alegría en su alma.

Era una mañana nublada, y había llovido, cuando partieron de Holly Mount; pero, mientras andaban, salió el sol; y las nubes se alejaban en grandes masas cuando llegaron al cementerio, y escucharon la voz del señor Walsh: «Yo soy la Resurrección y la Vida». Los rostros no eran fríos e impasibles en aquel entierro. Todos los corazones estaban llenos de recuerdos de un hombre que, en su vida abnegada y en su dolorosa muerte, se había visto sostenido por la fe que adopta esa forma con el aliento y la sustancia.

Cuando Janet se alejó de la tumba, no volvió a Holly Mount; regresó a su hogar de Orchard Street, donde su madre esperaba para recibirla.

—Demos una vuelta por el jardín, madre —le dijo muy serena.

Y las dos pasearon en silencio, agarradas de la mano, contemplando el brillo dorado de las flores de azafrán bajo el sol primaveral. Janet sentía una paz muy profunda en su interior. No anhelaba ningún placer; no ansiaba ningún bien mundano. Veía los días que se extendían ante ella como una tarde de otoño, llena de recuerdos resignados. La vida ya no podría despertar en ella ardientes deseos; era un servicio solemne de gratitud y esfuerzo paciente. Caminaba en presencia de los testigos de otro mundo: el amor Divino que la había salvado, y el amor humano que había esperado para disfrutar del descanso eterno a que ella perseverara hasta final.

Janet vive aún. Su pelo negro se ha vuelto gris, y su paso ha dejado de ser ligero; pero la dulzura de su sonrisa es la misma, y el amor no ha desaparecido de sus ojos; y los extraños preguntan a veces: «¿Quién es esa anciana de porte distinguido que lleva a un niño de la mano?». El pequeño es el benjamín de la hija adoptiva de Janet; y Janet, en su vejez, tiene niños sentados en el regazo y brazos jóvenes y cariñosos que le rodean el cuello.

Hay una sencilla lápida en el cementerio de Milby, señalando que en ese lugar yacen los restos de Edgar Tryan, que ocupó dos años el cargo de coadjutor en la

capilla de Paddiford, en esa parroquia. Es un memorial muy humilde, que dice con simplicidad que el hombre que descansa allí se dedicó, fielmente o no, a la tarea de guiar e iluminar a sus semejantes.

Pero hay otro memorial de Edgar Tryan mucho más rico en detalles: es Janet Dempster, salvada de la desesperación, fortalecida con la esperanza divina, que, al mirar hacia atrás, ve años de pureza y trabajo provechoso. Quien ha dejado un memorial así, tiene que ser un hombre cuyo corazón palpitará de compasión verdadera, y cuyos labios se vieran alentados por una fervorosa fe.

# Apéndice



## Cómo llegué a escribir relatos de ficción<sup>[137]</sup>

Septiembre de 1856 marcó una nueva era en mi vida, pues fue entonces cuando empecé a escribir piezas de ficción. Siempre había tenido la vaga fantasía de que algún día escribiría una novela, y mi idea imprecisa de lo que contaría en ella, fue variando, como es natural, de una época a otra. Pero lo máximo que llegué a escribir de esa novela en realidad fue un capítulo preliminar en el que describía un pueblo de Staffordshire y la vida de las granjas vecinas; y, con el paso de los años, acabé perdiendo toda esperanza de ser capaz de escribir una novela, de igual modo que se apoderó de mí el desánimo ante todos los aspectos de mi vida futura. Siempre creí que me faltaba fuerza dramática, tanto en la construcción como en el diálogo, pero pensaba que me encontraría a gusto en las partes descriptivas. Mi «capítulo preliminar» era una descripción pura, aunque hubiera un buen material en él para la presentación dramática. Dio la casualidad de que estaba entre los papeles que llevé a Alemania, y una noche en Berlín, algo me indujo a leérselo a George<sup>[138]</sup>. Le pareció un sólido fragmento descriptivo, e intuyó en mí cierta capacidad de escribir una novela, aunque dudaba —mejor dicho, no creía en absoluto— que tuviera fuerza dramática. Sin embargo, empezó a pensar que tendría que intentar de todos modos, en algún momento, hacer algo con la narración; y, con el tiempo, cuando volvimos a Inglaterra y yo tuve más éxito del que él había esperado con otra clase de escritos, su idea de que merecía la pena ver hasta dónde llegaba mi intelecto en la redacción de una novela se fortaleció. Empezó a decirme categóricamente: «Tienes que intentar escribir una historia», y cuando llegamos a Tenby insistió en que comenzara enseguida. Lo fui retrasando, sin embargo, como hago siempre con cualquier trabajo que no tenga que hacer por obligación. Pero una mañana, mientras estaba en la cama pensando cuál podría ser el tema de mi primera historia, me sumí en una especie de ensueño en el que me imaginé escribiendo un libro con el título *El triste destino del reverendo Amos Barton*. No tardé en estar bien despierta, y se lo conté a G. Él dijo: «¡Qué título tan bueno!», y desde ese momento decidí que sería mi primer relato. George me decía: «Puede que sea un fracaso... quizá no sirvas para escribir relatos». O tal vez: «Quizá sea lo bastante bueno para que vuelvas a intentarlo de nuevo». O incluso: «Puede que te salga una obra maestra a la primera... Nunca se sabe». Pero su impresión dominante era que, aunque sería difícil que escribiera una novela *mala*, a mi trabajo le faltaría la cualidad principal de la ficción: la presentación dramática. Solía decir: «Tienes ingenio, descripción y filosofía: una gran ventaja para redactar una novela. Vale la pena que hagas el experimento».

Decidimos que, si mi historia era lo bastante buena, la enviaríamos a Blackwood<sup>[139]</sup>, pero G. pensaba que probablemente tendría que dejar las hojas a un lado y empezar de nuevo.

Pero, cuando volvimos de Richmond, yo tenía que escribir mi artículo sobre las

novelas tontas y mi crítica de literatura contemporánea para el *Westminster*, así que no empecé mi relato hasta el 22 de septiembre. Después de iniciarlo, mientras paseábamos por el parque, le dije a G. que había tenido la idea de escribir una serie de narraciones que recogieran algunas escenas extraídas de mi propia observación del clero, y que se titularían *Escenas de la vida parroquial*; la primera de ellas sería *Amos Barton*. Enseguida le pareció una buena idea, nueva y original; y una semana después, cuando le leí la primera parte de *Amos*, se disiparon todas sus dudas sobre mi capacidad de llevar adelante el plan. La escena que transcurre en Cross Farm, me aseguró, le había convencido de que tenía un elemento que él había temido precisamente que me faltara: la capacidad de escribir un buen diálogo. Quedaba aún sin resolver la cuestión de si sería o no capaz de transmitir algún *pathos*, y eso se decidiría a la hora de tratar la muerte de Milly. Una noche G. se fue a la ciudad para que yo pasara una velada muy tranquila escribiéndola. Escribí el capítulo, desde que el pastor da la noticia a la señora Hackit hasta el momento en que Amos es arrancado de la cabecera de la cama, y se lo leí a G. cuando volvió a casa. Los dos lloramos, y luego él se acercó a darme un beso y me dijo: «Creo que tu *pathos* es mejor que tu comicidad».

Así pues, cuando terminé la historia, se la mandamos a Blackwood, que respondió diciendo que «los recuerdos parroquiales nos valen», y felicitaba al autor por «merecer todos los honores de la imprenta y el pago», pero que le gustaría ver algún otro relato antes de comprometerse a publicarlo. No obstante, cuando G. escribió para decirle que el autor estaba muy desanimado ante tanta cautela editorial, Blackwood negó su desconfianza y acordó publicar el relato enseguida. La primera entrega salió a la luz en el número de enero de 1857. Antes de que saliera la revista, cuando me enviaron las pruebas, Blackwood me expresó su admiración con mucho más entusiasmo; y, nada más publicarse la primera entrega, me envió una carta encantadora con un cheque de cincuenta guineas, y una propuesta para volver a publicar la serie. Cuando el final del relato salió a la luz, escribió para decirme que Albert Smith le había escrito una carta diciendo que nunca había leído nada que le impresionara más que la muerte de Milly, y, añadía Blackwood, «en el club los hombres parecen haber mezclado sus vasos con las lágrimas. ¡Tendría gracia que fuera usted uno de sus miembros y escuchara los elogios!». Era evidente que no sospechaba que era una mujer. Es interesante, y una muestra del valor que tienen por lo general semejantes críticas basadas en conjeturas, recordar que, cuando G. leyó la primera parte de *Amos* a un grupo en casa de Help, todos llegaron a la conclusión de que su autor era clérigo, y un hombre de Cambridge. Agnes<sup>[140]</sup> pensó que yo era un padre de familia, y con toda seguridad un hombre con experiencia del mundo, etc. Blackwood parecía sentir curiosidad por el autor, y cuando firmé mi carta como «George Eliot», buscó algunas viejas cartas del hermano de Eliot Warburton para comparar las letras, aunque, según dijo, «*Amos* no me parece en absoluto lo que ese buen artillero podría escribir».

Recibí varias muestras de admiración muy agradables en aquellos días: una carta del reverendo Swaine, en la que decía que *Amos*, con su encantadora ternura, le recordaba al *Vicario de Wakefield*, es la única que recuerdo ahora. Las malas críticas a las que Blackwood aludió eran del coronel Hamley y del profesor Aytoun. El profesor Aytoun más tarde cambió de parecer, y dijo que se había equivocado en su juicio sobre el autor de *Amos Barton*, y expresó una gran admiración por *La historia de amor del señor Gilfil*, sobre todo por su final. El coronel Hamley dijo que yo era «un hombre de ciencia, pero no un escritor consumado». Blackwood estaba impaciente por recibir la siguiente historia, y se quedó encantado con las dos primeras entregas de *La historia de amor del señor Gilfil*, que le mandé al mismo tiempo. Escribí la cuarta entrega en Scilly; el epílogo, sentada en Fortification Hill, una mañana muy soleada. El propio Blackwood escribió para manifestar su admiración, y en la misma carta nos dijo que Thackeray «tenía muy buena opinión de mis relatos». Cuando llegamos a Jersey, él estaba en Londres, y nos escribió para contarnos que solo había oído buenas críticas de *La historia de amor del señor Gilfil*. Lord Stanley, entre otras personas, le había hablado de las *Escenas de la vida parroquial* en casa de Bulwer, y se había quedado muy sorprendido de que Blackwood no supiera nada de su autor.

Empecé *El arrepentimiento de Janet* en Scilly y envié la primera parte desde Jersey. A G. le pareció admirable, casi mejor que las otras dos. Pero, para mi desilusión, a Blackwood le gustó menos; pareció no entender a los personajes, y tener dudas sobre el tratamiento de las cuestiones clericales. Le escribí enseguida para decirle que no la publicara si le resultaba embarazosa; y él se apresuró a mandar una carta muy cordial y preocupada diciendo que la idea de detener la publicación de mis relatos le horrorizaba, pues «no se encontraba con Georges Eliot todos los días», etc.

Uno de los pequeños episodios más simpáticos que viví en Jersey fue una carta de Archer Gurney al autor desconocido de *La historia de amor del señor Gilfil*, en la que expresaba su humilde pero calurosa admiración por la verdad y la originalidad que había encontrado en *Escenas de la vida parroquial*. Mi querido G. subió conmigo la escalera con la carta en la mano, diciendo con el rostro radiante de felicidad: «¡Ya empiezas a ser famosa!».

Yo quería escribir más relatos después de *El arrepentimiento de Janet*, y sobre todo deseaba contar la historia del tutor clerical, pero mi irritación por la falta de comprensión de Blackwood en las dos primeras entregas de *El arrepentimiento de Janet* (aunque luego se mostrara entusiasmado con la tercera) me decidieron a cerrar la serie y volver a publicar las obras en dos volúmenes.

El primer volumen ha salido a la luz, y nuestros ojos tropiezan todas las semanas con el anuncio, pero nos seguimos preguntando cómo recibirá el público mi primer libro.



MARY ANN EVANS, GEORGE ELIOT para la historia de la literatura, nació en 1819 en Chilvers Coton (Warwickshire), hija de un agente inmobiliario. A los ocho años se la consideraba ya «fuera de lo normal» por su peculiar inteligencia y brillantez; a los diecisiete confesaba su agnosticismo y su padre, que le había dado una rigurosa educación religiosa, la echó de casa. Subdirectora de la *Westminster Review*, el foro intelectual progresista más importante de su tiempo, fue animada a dedicarse a la literatura por el crítico George Henry Lewes, que llegaría a ser su compañero prácticamente toda la vida: decidieron vivir juntos a pesar de que él estaba casado.

Las primeras novelas de George Eliot recrean ambientes y personajes de su Warwickshire natal, como *Escenas de la vida parroquial* (1857), *Adam Bede* (1859), *El molino del Floss* (1860) o *Silas Marner* (1861). Con la novela histórica *Romola* (1863) inició su etapa de madurez, a la que pertenecen *Felix Holt* (1866), *Middlemarch* (1871-1872) y *Daniel Deronda* (1876). Algunos relatos y novelas cortas como *El velo alzado* (1859) y *El hermano Jacob* (1860) son ejemplo también de su gran ambición y originalidad.

A la muerte de Lewes en 1878, se ocupó de concluir la obra más importante de este, *Problems of Life and Mind*. En 1880 se casó con el agente de bolsa John Walter Cross, pero en diciembre de ese mismo año falleció en Londres.

# Notas

[1] Inspirada en la parroquia de Chilvers Coton, en Warwickshire, donde George Eliot nació y fue bautizada. [*Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.*] <<

[2] Con la «Nueva Policía», la autora se refiere al cuerpo de policía creado por *sir* Robert Peel, ministro del Interior, tanto en Londres (1829) como en el resto del país (1839). La Ley del Diezmo se aprobó en 1836. El «correo del penique» es un sistema postal que entró en vigor en 1840 (las cartas llegaban a cualquier punto del Reino Unido por un penique). <<

[3] Alusión a la antigua sociedad rural en la que un clérigo solía estar más interesado por la caza que por cuestiones teológicas. <<



[4] Se refiere a los himnos que reintrodujeron los evangélicos en el siglo XIX y que no seguían al pie de la letra las Sagradas Escrituras. <<

[5] *New Version of Psalms of David*, publicada por Nahum Tate y Nicholas Brady en 1696. <<

[6] *The Whole Body of Psalms, Collected into English Metre*, versiones métricas de los salmos publicadas por T. Sternhold y John Hopkins en 1562. <<

[7] La Ley de Emancipación Católica de 1829, que devolvería a los católicos los derechos que se les habían denegado desde la Reforma Protestante. <<

[8] Mártir cristiano que murió quemado en una parrilla en el año 258. El herrero bromeaba sobre una supuesta vuelta a las torturas de la Inquisición tras la aprobación de la Ley de Emancipación Católica. <<

[9] Cristianos separados de la Iglesia anglicana. Provenían generalmente de las clases medias de artesanos y pequeños comerciantes. <<

[10] Cargo eclesiástico al que va aneja una renta. <<

[11] Verso de William Cowper (1731-1800), *The Task* («The Winter Evening»). <<



[12] Salmo 133, según la versión de Sternhold y Hopkins. <<

[13] *Ranters*, en el original. Es muy probable que la autora se refiera a los metodistas primitivos. <<

[14] Se refiere a la Track Society, asociación fundada en 1799 para publicar y distribuir folletos sobre asuntos morales y espirituales, actividad muy vinculada a los cristianos evangélicos. <<

[15] La Iglesia Alta, en el original *High-Church*, es la rama de la Iglesia anglicana que hace hincapié en el supuesto origen apostólico y divino de la Iglesia, y da mucha importancia a la forma y al ritual; la Iglesia Baja, en el original *Low-Church*, considera que la Iglesia es una institución principalmente humana en su origen, y resta importancia a la forma y al ritual. <<

[16] Tipo de seda originaria de Nápoles. <<

[17] Un paso en falso. <<

[18] Ritos de iniciación que se celebraban en Eleusis (cerca de Atenas), en la antigua Grecia. <<

[19] Salmos, 49, 12. <<



[20] Thomas Paine (1737-1809), librepensador británico y uno de los artífices de la Revolución norteamericana. <<

[21] Ley de 1834 destinada a regular los problemas relacionados con la ayuda a los indigentes; en concreto exigía que se nombraran capellanes en los hospicios. <<

[22] Deuteronomio, 32, 2. <<

[23] Toda esta lista de influencias viene a respaldar la descripción que hace George Eliot del reverendo Barton como un simple clérigo evangélico. <<

[24] Más tarde conocido como el Movimiento de Oxford, defendía que la Iglesia de Inglaterra recuperara sus tradiciones más antiguas. Sería el origen de la Iglesia Alta, y atacaría duramente la Iglesia Baja de los evangélicos. <<

[25] Seguidores de Laelius y Faustus Socinus que, en el siglo XVI, negaban la Trinidad.

<<

[26] Tribu legendaria de Asia Central. Según Herodoto, tenían un solo ojo y vivían en guerra constante contra los grifones, guardianes del oro. <<

[27] Como quien no quiere la cosa. <<



[28] En el original, *quarter sessions*: tribunales de justicia locales que se reunían cuatro veces al año, y que serían abolidos en 1971. <<

[29] «Es grato conseguir la victoria; ten coraje... Después seremos honrados». *Filoctetes*, de Sófocles. <<

[30] *Farthingale* se traduciría como Miriñaque, lo que acentúa la comicidad del comentario. <<

[31] Traducción literal de la frase hecha: *to keep the wolf from the door*, cuyo significado es salir adelante, no pasar hambre ni carencias. <<

[32] Alusión a Génesis, 3, 15. <<

[33] Referencia a la *Eneida* IV, 173-197. <<

[34] El 5 de noviembre, día en que se conmemora el fracaso de la conspiración de Guy Fawkes y otros católicos, que pretendían hacer volar por los aires al rey Jacobo I cuando asistiera a la inauguración del Parlamento. <<

[35] Esta obra de Dickens se publicó por entregas entre abril de 1836 y noviembre de 1837. <<



[36] A instancias de su editor, John Blackwood, la autora eliminó un párrafo en el que detallaba que Sophy y Chubby estaban casadas, Fred trabajaba en un banco y era padre de familia, y Walter se había embarcado. Según él, nada había preparado al lector a interesarse por cada uno de los niños. <<

[37] *The Wharf*, posada al borde de un canal en la parroquia de Chilvers Coton, lugar de nacimiento de la autora; sería demolida en 1988. <<

[38] 2 de febrero, fiesta de la Candelaria. <<

[39] Esparcían hojas de té humedecidas sobre el suelo para que el polvo se pegara a ellas. <<

[40] En la Antigua Grecia, los atenienses consideraban que los habitantes de Beocia, incluyendo su capital Tebas, vivían muy atrasados y no podían compararse con ellos.

<<

[41] Hechos de los Apóstoles, 18, 17. <<

[42] Inspirada en Arbury Hall (Warwickshire), propiedad de la familia Newdigate. El padre de George Eliot era administrador del dueño, y la escritora nació en una de sus granjas. Al igual que Cheverel Manor, Arbury Hall fue reformada en el siglo XVIII siguiendo el estilo gótico. <<

[43] Tribunales Superiores de Justicia provinciales, que también tenían poderes administrativos y políticos limitados. Desempeñaron un papel muy destacado en la agitación prerrevolucionaria de la década de 1780. <<



[44] Joven de gran belleza, favorito y presumiblemente amante del emperador romano Adriano. Tras su muerte fue deificado y adorado. <<

[45] Ciudad alemana a orillas del Elba. <<

[46] Hipocorístico de *padrone* (señor). <<

[47] Aria de *Amor vengicante* (1786) de Giovanni Paisiello. <<

[48] Se refiere a Guillermo el Conquistador, duque de Normandía, que conquistó Inglaterra en 1066. <<

[49] Como hemos dicho antes, *Ho perduto il bel sembiante* es un aria de Giovanni Paisiello, no de Gluck. <<

[50] *Faublas: les amours du Chevalier de Faublas* (1786-1789), novela sentimental de Jean-Baptiste Louvet de Couvray (1760-1797). <<

[51] En una época, Jean-Jacques Rousseau se ganó la vida como copista de música. <<



[52] Nombre poético de Italia, en honor de Ausón, hijo de Ulises y padre de los ausones. <<

[53] *Áyax*, tragedia de Sófocles. <<

[54] Primera epístola de San Pedro, 2-17. <<

[55] La señora Bellamy confunde al célebre filósofo y estadista (1561-1626) con el fraile franciscano Roger Bacon (1214-1294?), al que popularmente se conocía como el inventor de la pólvora. <<

[56] *Sir* Francis Bacon fue el primer barón de Verulam. <<

[57] Parodia de las *Imitaciones de Horacio* (1733-1739), de Alexander Pope. <<

[58] Jorge III (1738-1820). <<

[59] 29 de septiembre, San Miguel. <<



[60] *Roy's Wife of Aldivalloch*, canción escocesa de finales del siglo XVIII. <<

[61] Una de las razas más antiguas de gallina; toma su nombre de la ciudad de Dorking, en el condado de Surrey. <<

[62] Tabaco muypreciado de origen sirio. <<

[63] Para proteger la industria de la lana, principal fuente de riqueza del país, el Parlamento aprobó una ley en 1666 que obligaba a enterrar a los muertos —excepto cuando eran víctimas de la peste— con un sudario de lana inglesa. Dicha ley fue abolida en 1814, aunque ya desde 1770 casi nadie la respetara. <<

[64] *Tiny* es un diminutivo de Tina, pero también significa «diminuta». <<

[65] La flor del loto, tal como aparece en el canto X de la *Odisea*, se consideraba la flor del olvido. <<

[66] «El desgraciado don de la belleza»: cita del poeta italiano Vincenzo da Filicaja (1642-1707). <<

[67] John Tillotson (1630-1694), arzobispo de Canterbury que se casó con una sobrina de Oliver Cromwell. <<



[68] Isaías, 53, 6. <<

[69] *Coroner*, en el original: funcionario que investiga las muertes violentas, repentinas o sospechosas. <<

[70] Pequeña moneda de oro que equivalía a un tercio de guinea. <<

[71] Toga blanca, sin adornos ni tinturas, que todo ciudadano romano empezaba a llevar hacia los quince años. Significaba el paso de la infancia a la edad adulta. <<

[72] La reina Carlota (1744-1818) fue la mujer de Jorge III. La pareja tuvo quince hijos, entre ellos el futuro Jorge IV. <<

[73] George Eliot escribió este epílogo a raíz de un comentario de su editor, a quien había entristecido que la historia acabase con la muerte de Tina. <<

[74] El cantón del Valais está situado al suroeste de Suiza, al pie de los Alpes. <<

[75] En realidad Nuneaton, en Warwickshire, donde George Eliot estuvo interna entre los nueve y los trece años. <<



[76] Thomas Hobbes (1588-1679), filósofo inglés cuyo materialismo y racionalismo disgustaba profundamente a las personas religiosas de la época. <<

[77] El señor Byles, por supuesto, tiene razón. Dempster se arma un lío entre John Knox, padre del presbiterianismo en Escocia, y George Fox, fundador de los cuáqueros, que empezó a predicar en tiempos de Carlos I y vestía siempre de cuero.

<<

[78] En aquellos días, sinónimo de revolucionario y radical. <<

[79] *Noche de epifanía*, de William Shakespeare, II, iii. <<

[80] Personaje de *El curioso impertinente*, novela corta que Miguel de Cervantes intercaló en la primera parte del *Quijote*, cuyo nombre se convirtió en sinónimo de seductor. <<

[81] Adaptado de *Pensamientos nocturnos* (1742-1745) de Edward Young o de seductor sin escrúpulos. <<

[82] Los disidentes o inconformistas eran miembros de distintos grupos religiosos (bautistas, metodistas, congregacionistas, entre otros) que rechazaban las doctrinas y las prácticas de la Iglesia anglicana. Experimentaron un fuerte crecimiento entre finales del siglo XVIII y mediados del siglo XIX. <<

[83] La doctrina bautista. <<



[84] Se refiere a los congregacionistas, que defendían la independencia y autonomía de cada iglesia local. <<

[85] Salem viene de la palabra hebrea *Shelem* o *Shalom*, que significa «paz». <<

[86] Líderes de la rebelión contra Moisés y Aarón. Números, 16. <<

[87] Miembros de la Iglesia anglicana, que, en vez de gobernarse por sí mismos como los congregacionistas, dejaban la autoridad en manos del clero. <<

[88] *Joe Miller's Jest Book* (1859), famosa recopilación de chistes «de toda la vida».

<<

[89] Planta ranunculácea de color amarillo brillante. <<

[90] Teólogo inglés, padre del movimiento metodista. <<

[91] En el original, *chapel-of-ease*: capilla construida para los feligreses que viven lejos de la parroquia. <<



[92] John Dryden (1631-1700), influyente poeta, crítico literario y dramaturgo inglés, tradujo las obras de Virgilio. *Sacred Dramas*, de Hannah More (1745-1833); *The Shipwreck*, de William Falconer (1732-1769); *A Treatise on Self-knowledge*, de John Mason (1645-1694); *The History of Rasselas, Prince of Abissinia*, de Samuel Johnson (1709-1784); *A Philosophical Enquiry into the Origin of Our Ideas of the Sublime and Beautiful*, de Edmund Burke (1729-1797). <<

[93] Friedrich Gottlieb Klopstock (1724-1803), poeta alemán que tardaría veinticinco años en completar este poema épico sobre la vida de Cristo. <<

[94] Canciones populares. La primera de ellas fue compuesta por Thomas Haynes Bayly (1797-1839). <<

[95] También llamado «encaje a la lanzadera». <<

[96] Juego de palabras, pues *backbone* —en el original— significa tanto «espina dorsal» como «firmeza de carácter, determinación». <<

[97] *Memoirs of Felix Neff, Pastor of the High Alps* (1832), de William Stephen Gilly.

<<

[98] *Father Clement: A Roman Catholic Story* (1832), de Grace Kennedy. <<

[99] *Force of Truth: An Authentic Narrative* (1779), de Thomas Scott. *Memoir of the Rev. Legh Richmond* (1828), de T.S. Grimshaw. Éstas y otras obras mencionadas en el capítulo eran muy familiares para George Eliot, una ferviente evangélica en su adolescencia. <<



[100] Éxodo, 17, 10-12. <<

[101] Uno de los muchos apodos del demonio. <<

[102] Jeremías, 35. Los rekabitas fueron alabados por su obediencia cuando se les ordenó no beber vino. <<

[103] Dempster, al burlarse de la actividad misionera de los evangélicos, confunde dos tribus de indios en el sudeste de Estados Unidos: los choctaws y los chickasaws. <<

[104] El demonio. <<

[105] Apocalipsis, 21-8. <<

[106] *Sueño de una noche de verano*, de William Shakespeare, I, ii. <<

[107] He pecado. <<



[108] Génesis, 2, 9. <<

[109] Demonio de la avaricia, de la riqueza y de la injusticia. <<

[110] Práctica instaurada por las sectas disidentes para que sus clérigos vivieran con las contribuciones de la comunidad, en lugar de recibir estipendios controlados por el Parlamento, como los de la Iglesia anglicana. <<

[111] Los pastelillos se comían en Navidad, y la tarta de queso en Pascua. <<

[112] Job, 2, 10. <<

[113] Romanos, 8, 5. <<

[114] Seguidores de la corriente iniciada por algunos teólogos anglicanos del siglo XVII, que sostienen que todo el género humano puede acceder a la salvación espiritual. <<

[115] Tres obispos anglicanos quemados en la hoguera durante el reinado de María Tudor. Se les conoce como los mártires de Oxford. <<



[116] En el original TRY-IT-ON, juego de palabras entre el apellido Tryan y esa expresión, que significa «pruébatelo». En el cartel se burlan de los apellidos y costumbres de los amigos del señor Tryan. <<

[117] Marcos, 3, 17. Nombre que puso Jesús a Santiago, hijo de Zebedeo, y a su hermano Juan. Significa «hijos del trueno». <<

[118] Jerjes I el Grande (circa 519-465 a. C.), rey de la dinastía aqueménida del Imperio persa. <<

[119] Daniel, 3, 12. Sadrac, Mesac y Abednegó desafiaron la orden de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y se negaron a adorar un becerro de oro. Fueron arrojados al fuego, pero salieron incólumes de sus llamas. <<

[120] Edward Pusey (1800-1882), teólogo inglés y uno de los fundadores del Movimiento de Oxford (ver nota 24). <<

[121] Seguidores del holandés Jacobus Arminius, que impugna el dogma calvinista de la doble predestinación. <<

[122] Conjunto de grupos cristianos independientes entre sí, conservadores y evangélicos. El movimiento nació en Dublín a finales de la década de 1820, pero alcanzó su plenitud en la ciudad de Plymouth. <<

[123] Henry Venn (1725-1797), líder de los inicios del movimiento evangélico. <<



[124] Johann Friedrich Overbeck (1789-1869), pintor romántico alemán miembro del grupo de los nazarenos. <<

[125] Durante el siglo XIX, se puso de moda utilizar el pelo humano en la joyería y en las labores de fantasía. Presuponía siempre la existencia de cierta intimidad. <<

[126] *Electra*, de Sófocles (495 a. C.-406 a. C.). <<

[127] Diosa de la venganza y el castigo retributivo. <<

[128] Mateo, 11, 28. <<

[129] Lucas, 22, 42. <<

[130] Lucas, 15, 7. <<

[131] Se refiere a los filósofos utilitaristas que, siguiendo a Jeremy Bentham (1748-1832), sostenían que el principal objetivo de la ética social era conseguir el máximo bienestar para el mayor número de personas. <<



[132] *Life and Letters of the Rev. Henry Martyn* (1819), de John Sargent. Henry Martyn (1781-1812) fue misionero en la India y en Persia, donde murió joven. <<

[133] Escritos humorísticos. <<

[134] Raza ya extinta de vaca lechera originaria de Aldernay, una de las islas del Canal de la Mancha. <<

[135] Un billete de diez chelines equivalía a dos coronas. <<

[136] William Wordsworth (1770-1850), *Address to Kilchrún Castle, upon Loch Awe*.

<<

[137] Del diario de George Eliot, entrada del 6 de diciembre de 1857. <<

[138] George Henry Lewes (1817-1878), conocido filósofo y crítico literario inglés, pareja de George Eliot. <<

[139] *Blackwood's Magazine*, revista inglesa que se publicó entre 1817 y 1980, y en la que colaborarían autores de la talla de Shelley, Coleridge, Wordsworth, Keats, Dickens, las hermanas Brontë, Edgar Allan Poe, Joseph Conrad y Thomas de Quincey. Su fundador fue William Blackwood (1776-1834), pero el editor al que se refiere George Eliot es John Blackwood. <<



[140] Agnes Jervis Lewes, la mujer de George Lewes. <<